

SAN JUAN EUDES

OBRAS ESCOGIDAS

Segunda Edición

Centro Carismático Minuto de Dios
Bogotá, Colombia
1990

Con las debidas licencias

© Centro Carismático "Minuto de Dios"

Carrera 73 No. 81-27

Teléfonos: 2513990 y 2517756

Apartado Aéreo No. 56437 Bogotá D.E.

"Acabé la presente traducción en borrador el 28 de marzo de 1988 en mi casa de Lebrija (Santander). La ofrezco como homenaje filial de admiración, de gratitud y de amor a la figura incomparable de nuestro fundador".

Hipólito Arias Delgado, C.J.M.

PRESENTACION

La edición de las **OBRAS ESCOGIDAS DE SAN JUAN EUDES** en español es un acontecimiento de primera magnitud para la Gran Familia Eudista en América Latina. Responde a una expectativa ampliamente manifestada por los presbíteros, las comunidades religiosas y los grupos laicales, herederos de la experiencia espiritual de san Juan Eudes, testigo apasionado de Jesús, Verbo de Dios Encarnado.

Representa esta publicación un esfuerzo de adaptación del pensamiento de san Juan Eudes al lenguaje actual. Los traductores han hecho un trabajo implacable y drástico para aligerar el estilo, dentro de una fidelidad absoluta a su contenido ideal. Ciertamente esto será de gran repercusión para muchos lectores que de esta manera podrán acercarse fácilmente a la experiencia y a la palabra de san Juan Eudes como hombre de hoy. Quien se deje llevar de su mano podrá entrar en el mundo de Jesucristo para vivir, en forma peculiar, el misterio de la presencia activa del Señor en él y para descubrir las raíces hondas y nutrientes de su compromiso cristiano para con Dios, con el hombre y con la historia.

Aparece esta publicación en un momento privilegiado de nuestro Continente, cuando, con ocasión de la celebración de los 500 años de la Evangelización, nuestra Iglesia emprende con renovado ardor la Nueva Evangelización de nuestros pueblos. Sin duda que es un magnífico aporte. El pensamiento vivo de Juan Eudes, por haberse acrisolado en las más puras fuentes del Evangelio de Jesucristo y de la tradición de la Iglesia, tiene energía capaz de iluminar y animar las exigencias de la fe ante la realidad del mundo actual. La versión moderna que estamos presentando posibilitará que muchos discípulos de Juan Eudes, colaboren en la gran empresa de este final del siglo XX que es "tratar de llegar a alcanzar y a modificar por la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores que cuentan, los centros de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que se presentan en contraste con la Palabra de Dios y los designios de la salvación" (Evangelii Nuntiandi Nº. 19).

Las OBRAS ESCOGIDAS DE SAN JUAN EUDES son fruto de un esfuerzo conjunto entre la Administración General presidida por el padre Rénald Hébert de 1983 a 1989 y la Provincia eudista de Colombia. En las introducciones y en la selección de los textos colaboraron los mejores conocedores de la espiritualidad eudista en la actualidad. La traducción de los textos estuvo encomendada a los padres Hipólito Arias, q.e.p.d. , y Alvaro Torres, presbíteros eudistas de la Provincia de Colombia. La diagramación y edición estuvo a cargo del Centro Carismático Minuto de Dios de Bogotá. En síntesis un equipo humano muy amplio y eficaz que con mucho amor nos entrega una versión renovada del pensamiento de nuestro fundador.

P. Jorge Jiménez Carvajal, C.J.M.
Superior Provincial

En la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, 22 de junio de 1.990.

INTRODUCCION

P. Alvaro Torres Fajardo, C.J.M.

SAN JUAN EUDES

(1601-1680)

I. SU VIDA.

Juan Eudes nació en Francia. Su tiempo fue el siglo XVII, el de los poderosos monarcas Luis XIII y Luis XIV; el de conocidos hombres de Iglesia, los cardenales Richelieu y Mazarino, implicados a fondo en la vida política del Estado; el de preclaros nombres de la filosofía y de las letras como Descartes, Pascal, Racine y Molière; el de ansiosas búsquedas espirituales, desatinadas unas como la de Jansenio y sus seguidores, fundamentadas y sanas otras como la de san Francisco de Sales, de Madame Acarie y su grupo, del cardenal de Bérulle, de Condren, san Vicente de Paúl, J.J. Olier y el mismo Juan Eudes. A lo largo de su vida cruzará su camino con el de varios de estos personajes; algunos dejarán huella visible en su obra y en su espíritu.

Vino al hogar de Isaac Eudes y Marta Corbin el 14 de noviembre de 1601, luego de tres años de matrimonio. Su llegada fue mirada por ellos, y más tarde por él mismo, como gracia especial de Dios y fruto de la intercesión maternal de María¹. Vendrían luego seis hermanos más, dos hombres y cuatro mujeres. Uno de ellos, Francisco Eudes de Mézeray se hizo célebre como historiador y académico. "Dios me hizo la gracia de nacer de un padre y una madre de mediana condición que vivían en su temor..."². Este sentido elogio hace Juan Eudes de su hogar, primera escuela de su fe.

¹ Memoriale beneficiorum Dei OC XII, 103-104. Especie de Diario en el que anotó hechos sobresalientes de su vida. Oeuvres Complètes. Doce tomos. París y Vannes, 1909. Se cita OC. Tomo y página.

² Memoriale. OC. XII, 103.

Aquel que será luego teólogo eminente del bautismo guarda con afecto la fecha de su regeneración, dos días después de nacido¹. De sus años de infancia sólo nos quedan rasgos fugaces, como aquel momento en que golpeado por un compañero de escuela ofreció al agresor la otra mejilla o aquella pérdida durante una peregrinación y su hallazgo en el templo del lugar, orando.

Una confidencia rápida pero luminosa nos deja en su Diario: "Habitando en una parroquia donde la instrucción referente a la salvación era escasa y donde, fuera de Pascua, muy pocos comulgaban, comencé, a la edad de doce años, a conocer a Dios, por gracia especial de su divina bondad"². La habitual reserva con que suele referirse a los favores especiales que Dios le otorga no nos permite precisar el alcance de aquella inolvidable experiencia del Señor. Ya adolescente hizo voto de castidad y lo significó deslizando un anillo de compromiso en una estatua de María.

Años de estudio en Caen

Dejó un día su aldea natal, Ri en Normandía, para trasladarse a la ciudad de Caen. Fue matriculado en el colegio de los Jesuitas; era el año de 1615. Su padre que oficiaba de cirujano en Ri y era además agricultor pudo pagarle la pensión de residencia y estudios. Desde entonces guardó afecto y gratitud a la que llamó siempre "la santa Compañía de Jesús".

Fue contado entre los miembros de la Congregación de Nuestra Señora, escuela de virtud y de piedad, que funcionaba en el colegio. Completó sus estudios luego, con un año de retórica y dos de filosofía. De aquel tiempo de estudiante se conserva el informe de la dirección del colegio que lo distingue como alumno inteligente-se disputaba con un compañero el primer puesto-, "modelo de probidad y de modestia"³.

¹ *Memoriale*. OC. XII, 104.

² *Memoriale* OC. XII, 105.

³ MILCENT P. S. Jean Eudes, un artisan du renouveau chrétien du XVII^e siècle. Paris. Esta introducción debe mucho a este excepcional trabajo.

Camino del presbiterado.

Accedió a la tonsura clerical y a las órdenes menores en septiembre de 1620¹. No le fue concedido entonces ningún beneficio eclesiástico lo que hace presumir que su decisión por el ministerio sacerdotal no estuvo sujeta a razones distintas de las de una vocación claramente percibida. Un hecho de carácter familiar vino además a contribuir a que esta determinación fuera maduramente asumida. Quisieron sus padres que optara por el estado matrimonial y para ello le escogieron una joven de calidades morales y buena posición social. En actitud firme y decidida Juan rechazó la propuesta y continuó camino del ministerio con tenacidad y certidumbre. Empezó los estudios teológicos en Caen, probablemente con los mismos padres Jesuitas; año y medio después decidió trasladarse a París e ingresar al Oratorio de Francia.

Pedro de Bérulle.

Pedro de Bérulle (1575-1629), más tarde elevado al cardenalato, era por entonces figura de renombre y atracción en la iglesia de Francia. Dejando de lado la que hubiera podido ser una brillante carrera política optó por el sacerdocio y fue ordenado presbítero en 1599. Tomó parte activa en el círculo de reflexión espiritual reunido en casa de madame Acarie, su prima. Luego del retiro espiritual de Verdun (1602) inició el recorrido de una experiencia espiritual particularmente fecunda que lo llevará a clarificar los grandes ejes de su espiritualidad: la devoción al Verbo Encarnado, el cristocentrismo místico y una apasionada admiración por el Sacerdocio de Jesucristo. Iba tomando cuerpo así la que posteriormente se llamará Escuela francesa de Espiritualidad del siglo XVII.

En 1611 fundó el Oratorio de Francia como consecuencia de su búsqueda espiritual. Su propósito era exaltar la santidad y dignidad del estado sacerdotal y ofrecer a los presbíteros un medio propicio para cumplir los compromisos de su ordenación.

La ansiosa búsqueda de beneficios eclesiásticos, la falta de residencia de los pastores, sea obispos o párrocos, el confiar el

¹ *Memoriale* OC. XII, 106; OC. II, 181.

cuidado de la feligresía a vicarios de escasa preparación doctrinal y faltos de celo apostólico eran, entre otros, grandes males del clero de aquellos días. Y sin embargo, se preguntaba Bérulle, ¿qué razones, distintas de ser sacerdote, podría abrigar el presbítero para tender a la perfección? ¿Por qué la santidad parecía haberse refugiado en la soledad de los monasterios? Su opción por Jesucristo, Verbo Encarnado, fue también opción por el sacerdocio y por la santidad y dignidad propias de este estado. Así quedó consignado en la bula de institución del Oratorio, firmada por el Papa Paulo V en 1613: "El fin primero y principal es dedicarse por entero a la perfección del estado sacerdotal; abrazar todas las obras que convienen esencialmente y como propias a dicho estado... consagrarse además a la instrucción de los sacerdotes y de otros que aspiran a las órdenes sagradas en lo que atañe, no a la ciencia sino al uso que deben hacer de ella, a las ceremonias y costumbres propiamente eclesiásticas"¹.

Es comprensible que al decidirse Juan Eudes por el sacerdocio hubiera elegido ingresar al Oratorio del padre de Bérulle. Había conocido esta congregación en Caen cuando empezó sus estudios de teología. Es posible que madame de Sacy² lo hubiera relacionado con el mismo padre Pedro de Bérulle. Fue recibido en el Oratorio de París el 19 de marzo de 1623. Llegaba no sólo a la capital del reino sino al corazón de sus primeros y hondos anhelos. En los 20 años que va a durar su permanencia en esta congregación recibió la influencia fecunda y decisiva del fundador del Oratorio y conoció igualmente al padre Carlos de Condren, maestro espiritual y teólogo notable, sucesor de Bérulle como superior de la Congregación.

Ordenación presbiteral.

¿Cómo se vivía entonces en el Oratorio? Un testigo autorizado de la época nos lo describe: "El inmenso amor de Bérulle a la Iglesia le inspiró el designio de fundar una compañía a la que no quiso dar espíritu distinto del espíritu mismo de la Iglesia, ni

¹ BOULAY D. Vie du V. Jean Eudes. Paris. 1905. T.I, p. 97.

² Cristiana muy conocida de la época, apreciada en el Oratorio. Su esposo era señor de Ri y ella dice que "gustaba mucho de platicar con un niño de nueve o diez años que vivía en una de sus parroquias con sencillez e inocencia extraordinarias". Era Juan Eudes. MILCENT P. Op. c. pp. 16-17.

más reglas que sus cánones, ni otros superiores que los obispos, ni más vínculos que los de la caridad, ni votos solemnes que no fueran los del bautismo y del sacerdocio. Allí una santa libertad se hace compromiso santo. Se obedece sin depender, se gobierna sin imposición"¹. Era justamente lo que había soñado el joven Eudes. Pasado un año de iniciación, el 25 de marzo de 1624, bajo invitación expresa del padre de Bérulle, pronunció el voto de esclavitud a Jesús, el mismo que tiempo atrás había formulado, con sus compañeros, el fundador del Oratorio. "Es preciso que por este voto tienda a anonadarse a sí mismo y a establecerse en Jesucristo, en honor de la humanidad sagrada, aniquilada en su subsistencia humana y establecida en la del Verbo". Así escribía el propio Bérulle el 9 de marzo de aquel año al aprobar la petición de Juan Eudes de emitir tal voto². Muy ligada a sus afectos quedó esta fecha del 25 de marzo; la asoció no sólo con el momento de la Encarnación sino también con la institución de la Eucaristía y del sacerdocio; la hizo objeto de sus meditaciones³ y la puso como punto de partida de algunas de sus empresas apostólicas.

En el mismo Oratorio, en contacto directo y meditativo con la Sagrada Escritura y con los Padres de la Iglesia, completó sus estudios de teología. Empezó además en este tiempo a ejercitarse en la predicación. Notables dotes para este ministerio pastoral descubrieron en él sus superiores. Y a fe que no andaban equivocados. Su actividad posterior así lo demostrará.

Recibió el subdiaconado en 1624, en la fiesta del apóstol santo Tomás, día "en que empecé a orar con el breviario" anota en su Diario; luego el diaconado en la cuaresma de 1625 y finalmente el presbiterado, en París, el 20 de diciembre del mismo año. "Celebré mi primera misa el día de navidad de 1625, en San Honorato, en una capilla y un altar dedicados a honrar a la santísima Madre de Dios"⁴.

¹ BOSSUET J.B. *Oraison funèbre de Fr. Bourgoing*. Citado por MILCENT. P. op. c. p. 26.

² MILCENT P. Op.c.p.28.

³ OC. I, 414-415.

⁴ *Memoriale* OC. XII, 107.

No pudo entregarse de inmediato al ejercicio del ministerio sacerdotal como eran sus anhelos. "En 1625 y 1626 me envió Dios una enfermedad corporal que me impidió trabajar fuera de la comunidad; me concedió El estos dos años para dedicarlos al retiro, para entregarme a la oración, a la lectura de libros de piedad y a otros ejercicios espirituales; fue para mí gracia excepcional por la que bendigo y agradezco eternamente a su divina bondad¹.

Al servicio de los apestados.

En 1627 la peste asoló inmisericorde a Normandía. Apenas restablecido de su enfermedad el joven padre Eudes rogó ahincadamente al padre de Bérulle le permitiera ir a cuidar a los enfermos atacados por la peste, "abandonados de todo socorro espiritual (...) Me concedió el permiso y me fui a vivir donde un buen cura de la parroquia de San Cristóbal quien me acogió caritativamente en su casa. Celebrábamos cada día la Misa, luego, ponía yo unas hostias consagradas en una cajita de hojalata que se encuentra en el fondo de mi baúl e íbamos enseguida a buscar a los enfermos, los confesábamos y les dábamos el santísimo Sacramento. Así hicimos desde fines de agosto hasta la fiesta de Todos los Santos. La peste cesó y Dios nos preservó"².

Fue su primer encuentro, como presbítero, con los pobres, los desprotegidos, necesitados de ayuda espiritual y corporal. Su presencia apostólica ante Jesús que sufre llena de realismo su espiritualidad. Cuando en la tarde de su vida recoja sus recuerdos importantes parece que conservara todavía fresco, en aquella cajita, guardada con esmero en el fondo de su baúl, el impacto de estas primeras armas de joven sacerdote.

En el Oratorio de Caen.

Regresó a Caen como miembro de la comunidad del Oratorio de aquella ciudad. De aquellos años, 1628-1630, tenemos poca información. De seguro se entregó a la preparación inmediata de la que será la ocupación más absorbente de su vida: las misiones

¹ *Memoriale* OC. XII, 107.

² *Memoriale* OC. XII, 107-108.

populares. Conoció por entonces en Caen a madame Lorenza de Budos, priora de la abadía de las Damas, reformadora de su monasterio, mujer de excepcional virtud a quien dedicará su obra *Vida y Reino de Jesús*.

En 1629 recibió la noticia de la muerte de su venerado maestro Pedro de Bérulle, recientemente creado cardenal. Fallecía a los 54 años mientras celebraba la Eucaristía y cuando pronunciaba las palabras del canon: "Dígnate recibir, Señor, la ofrenda de nuestro servicio". Dejaba a la Iglesia una obra imponderable en realizaciones y, sobre todo, un perdurable camino de espiritualidad. El padre Eudes sintió seguramente la ausencia de su director y padre, pero se consoló al conocer la noticia de la elección de su admirado padre Carlos de Condren, como nuevo superior del Oratorio.

La peste apareció de nuevo en 1630, esta vez en Caen. Las medidas tomadas por la autoridad pública hicieron alejar de la ciudad a los enfermos. Se refugiaban en los campos vecinos dentro de grandes toneles abandonados en las praderas. Allí acudió una vez más Juan Eudes. Fueron más fuertes la caridad y su compromiso sacerdotal de servicio a los hermanos que las razones de quienes intentaron disuadirlo ante el alto riesgo que corría. Ocupó uno de los toneles y vivió en medio de los apestados, asistiéndolos, consolándolos, ayudándolos a bien morir. Tres padres de su comunidad del Oratorio cayeron igualmente atacados por la peste. Volvió donde ellos considerando gracia especial de Dios poder asistirlos, prestándoles "los servicios corporales que es costumbre prodigar en esos casos"¹. En sus brazos murió el superior de la casa y también otro de los padres. Pasada la tormenta el propio padre Eudes, debilitado, cayó enfermo de gravedad hasta el punto de que se temiera por su vida. Gozaba ya de tal aprecio que la preocupación y la oración por él fueron intensas. Recuperó la salud y las fuerzas. "Al comprometerse por dos ocasiones en el servicio de los apestados había hecho opciones decisivas que iban a dejar huella en su vida. Se había dejado penetrar hasta las raíces por la fuerza del Evangelio de Jesús"².

¹ *Memoriale Oc.* XII, 108.

² *MILCENT P. Op. c.p.* 43.

Los ejercicios de las misiones.

En 1632, a los 31 años de edad, en plena madurez física y espiritual, se abren para el padre Eudes amplios horizontes apostólicos. El Oratorio de Caen se ocupaba en asegurar en las parroquias de Normandía los ejercicios de las misiones populares. Destinado a este ministerio se va a dedicar a él por espacio de 45 años, con entusiasmo y éxito indiscutibles. "Era de pequeña estatura pero de voz bella y fuerte, con mucho sentimiento, gran facilidad para hablar, imaginación viva y fecunda, llena de comparaciones familiares"¹. Su doctrina, enraizada en la Palabra de Dios, era fruto de su continua oración y de su compromiso ardiente con el Evangelio de la salvación. No menos de 117 misiones va a realizar y lo oirán en ciudades y campos, grandes y pequeños, obispos, sacerdotes, religiosos, el pueblo fiel.

Graves fallas afectaban el comportamiento de los cristianos por aquellos días. La ignorancia religiosa, la mezcla de prácticas supersticiosas, el alejamiento de los deberes elementales de la fe eran notorios². La Iglesia apeló al recurso de las misiones como forma apropiada de evangelización. Muchos apóstoles de la época, entre ellos san Vicente de Paúl, hicieron de ellas el medio principal de su acción pastoral. Juan Eudes, primero como colaborador, luego como promotor y organizador, les aportó mucho de su genio y originalidad. Prolongó su duración a seis semanas como espacio mínimo; estructuró un plan de actividades que comprendía predicación, catequesis, conferencias a grupos especiales, controversias con los protestantes; la atención a los marginados y enfermos, los presos, los pecadores y pecadoras públicos así como la celebración cuidadosa del sacramento de penitencia ocupaban su solicitud apostólica; sobre todo en las ciudades se preocupaba por la suerte de los desfavorecidos; "establecía casas de asilo para los pobres y los enfermos, o hacía reparar las que se encontraban inservibles"³. Una reunión

¹ BATTEREL., analista del Oratorio, poco afecto al padre Eudes, citado en MILCENT P. Op. c. p. 49.

² DELUMEAU J, Religión en Francia durante los ss. XVI y XVII. Concilium. 1986. No. 206. pp. 19-27.

³ PIOGER A. Un orateur de l'Ecole Française, S. Jean Eudes. Paris. 1940 p. 243.

masiva, entusiasta, con compromisos y señales de conversión culminaba las misiones¹.

La predicación constituía el medio principal del trabajo misionero; en ella se ocupaba el padre Eudes casi diariamente; luego venía la catequesis, al principio de la tarde; en forma sencilla y familiar los catequistas desmenuzaban lo dicho en la predicación; ya avanzada la misión se llegaba al sacramento de penitencia; quince o más confesores (en una célebre misión en Caen llegó a haber 100) se entregaban a este agotador ministerio; todos los ejercicios de las misiones se orientaban a este momento pastoral. El sacramento se celebraba sin prisas, buscando la conversión del corazón; no se temía diferir la absolución y aun negarla si fuera el caso. No sin humor comentaba el padre Eudes "los predicadores sacuden las ramas pero los confesores atrapan los pájaros"².

Fruto de su experiencia en esta actividad y como valioso instrumento para quienes se dedicaban a ella escribió el padre Eudes tres obras: EL PREDICADOR APOSTOLICO, EL BUEN CONFESOR Y EL CATECISMO PARA LA MISION.

Siendo en la época la población campesina más numerosa que la urbana (hasta un 90%) es comprensible que los campos hayan sido terreno preferencial de sus misiones; también predicó en las ciudades, incluso más de una vez en París. Pensó además, con certera visión pastoral y social, en la financiación de estos ejercicios. No queriendo recargar a la población, ya bastante agobiada por las penurias, recurrió a benefactores, laicos, presbíteros u obispos; en su Diario consigna con frecuencia los nombres de aquellos que sufragaban los gastos, en ocasiones no escasos, dados el número de misioneros y la duración de la misión.

Etapas decisivas.

Fueron éstos, años fecundos en la vida del padre Eudes. Muchos de los que serán sus compromisos venideros se encuentran aquí

¹ BERTHELOT DU CHESNAY Ch. *Les missions de Saint Jean Eudes*. Paris. 1967.

² MILCENT P. op.c.p.50.

en germen. Ha encontrado el camino de su espiritualidad. Es cierto que ella tiene su fuente en la escuela del Oratorio de Béroulle, pero no es menos cierto que él le imprimió el sello de su personalidad. Alimentó en ella no solo su vida espiritual sino también el contenido fundamental de su anuncio misionero. En 1637, en plena actividad apostólica, escribió su obra *VIDA Y REINO DE JESUS EN LOS CRISTIANOS*. El título mismo señala un programa y encamina a un ideal. No fue producto de mera reflexión teológica sino testimonio de experiencia personal del Señor. Nos legó además allí el camino de formación en Cristo por el que conducía a quienes se confiaban a su dirección.

Su contacto con el pueblo de Dios le ha hecho conocer de primera mano los hondos males que lo aquejan. Ha comprobado con dolor la pobreza en que mucha parte de él está sumida. Ha sentido igualmente la ignorancia religiosa, el alejamiento del ejercicio auténtico del compromiso cristiano así como los vicios morales que abundan.

Ha conocido la situación de los sacerdotes en la ciudad y en los campos, agobiados unos por la ignorancia y aun por la pobreza material, carentes otros de verdadera caridad apostólica. Como discípulo de Béroulle vive con amor el sacerdocio. Pero no le basta. Siente la urgencia de comunicar a sus hermanos sacerdotes el ardor quemante de su propia experiencia. Ha conocido en el trabajo de las misiones, no sólo entre los oratorianos sino también en los presbiterios diocesanos, sacerdotes ejemplares, comprometidos seriamente en su labor apostólica. Tendrá en cuenta a algunos de ellos en la hora de las decisiones.

Como llevado de la mano fue tomando el camino pastoral de la divina misericordia. Al final de su vida, reflexionando sobre la obra realizada, describirá, en su último libro, los pasos que hace dar el Dios de las misericordias a sus apóstoles: "La misericordia requiere tres momentos: el primero tener compasión de la necesidad ajena porque es misericordioso quien lleva en su corazón las angustias de los atribulados; el segundo tomar la resolución decidida de socorrerlos en sus necesidades; el tercero pasar del querer a los hechos"¹. Es lo que él mismo realizó en los años que siguen como testigo de la divina misericordia.

¹ *Le Cœur admirable*. OC. VIII, 53.

Hacia Nuestra Señora de la Caridad.

En 1634 concibió un proyecto que solo madurará siete años después. Durante las misiones conoció la triste situación de las mujeres de prostitución. Sintió en su corazón la miseria de su marginamiento y explotación; escuchó de sus labios el clamor por la liberación y su propósito de conversión y sintió la necesidad de pasar a los hechos. No sería obra de él solo. Entrevió un largo camino al que tendría que asociar a otros, de preferencia laicos, ricos de fe y deseosos de compromisos efectivos. Juan de Bernières, amigo de sus primeros años y ahora tesorero real de la ciudad y Magdalena Lamy, sin muchos títulos pero buena y sencilla, dejarán sus nombres grabados en esta empresa y al tiempo nos revelan el espacio que en sus campos apostólicos abrió el padre Eudes a varios laicos para hacerlos agentes de evangelización.

Ejercicio de piedad.

El año de 1636 fue para el padre fecha señalada, digna de especial recordación en su Diario. En ella se asocia a su vida y a su obra la familia de Camilly; inicialmente se presentó Jacobo Blouet de Camilly como patrocinador de la misión de Fresne; a partir de este momento lo encontraremos cercano en amistad y preocupación al padre Eudes. Precisamente durante esta misión tuvo la idea de "hacer recitar al pueblo las oraciones de la mañana y de la noche"¹. Acababa de publicar en aquellos días un librito llamado EJERCICIO DE PIEDAD. Fue ésta su primera obra impresa; a partir de ahora, a pesar de sus absorbentes labores apostólicas, tuvo siempre en elaboración algún escrito.

Contenía esta obrita consejos prácticos para la santificación de la jornada cristiana desde el despertar hasta el regreso al reposo de la noche. Cada acto va acompañado de una oración que lo concientiza, para ser repetida en la mañana o por la noche, o en distintos momentos del día. El lenguaje es sencillo, tierno y emotivo como el de aquella plegaria: "¡JESUS, mi querido y buen Jesús, sé Jesús para mí! Jesús, me doy todo a Ti; Jesús bueno, te doy mi corazón, llénalo de tu santo amor..."².

¹ Memoriale OC. XII, 109.

² Exercice de piété OC. II, 301.

De parte de los Va-Nu-pieds.

1639 y 1640 fueron años terribles para Normandía. Las guerras habían llevado a Francia a la urgente necesidad de cuantiosos recursos económicos. Normandía, principal escenario de la labor del padre Eudes, fue especialmente exigida pues pasaba por ser la comarca más rica. Los impuestos se multiplicaban, las exacciones eran violentas. Bien pronto llegó para el pueblo la hora de la exacerbación. Aquí y allá se fueron encendiendo los focos de la rebelión. Más de un exactor, de un oficial gubernamental, fue ajusticiado por la población exasperada.

Richelieu pensó que debía actuar con mano fuerte y ejemplar. Envío a un coronel, Gassion, hábil y duro con la consigna de reprimir la insurrección. Le acompañó el canciller Séguier encargado de verificar juicios sumarios que rápidamente llevaban a la ejecución o al encarcelamiento.

Mientras tanto el padre Eudes predicaba en Caen una célebre misión que duró 99 días y llegó a necesitar un centenar de confesores. La tragedia y la angustia que entonces se vivían propiciaron de seguro el éxito clamoroso de esta misión. Predicó además el adviento de 1639 y la cuaresma de 1640. Visitó las cárceles y encontró en ellas muchos prisioneros, gente pobre que por infracciones a veces insignificantes "se pudría allí" según sus propias palabras. Luchó por ellos y obtuvo su liberación. Fue ésta la conocida revuelta de los Va-Nu-pieds (descalzos), encabezada por aquel anónimo "alto e indomable capitán, Juan Nu-pied, general del ejército del sufrimiento..."¹. En sus exhortaciones pedirá a los sacerdotes hacerse solidarios de "los indefensos y oprimidos"²; ésta y otras veces lo hizo el propio padre Eudes.

Aquel año de 1641.

Tres acontecimientos, cuidadosamente consignados en su Diario, sucedidos a lo largo de este año, señalarán rumbos definitivos en su vida y en su obra. Son ellos los siguientes:

¹ MILCENT P. Op. c. p. 73.

² *Le Mémorial de la vie ecclésiastique* OC. III, 40.

- "En este año de 1641, en la octava de la Natividad de la santísima Virgen, Dios me hizo la gracia de formar el designio del establecimiento de nuestra Congregación.
- "En este mismo año de 1641, en el mes de agosto, me concedió Dios uno de los mayores favores que haya recibido de su bondad infinita. En efecto, en este tiempo tuve la felicidad de comenzar a conocer a la hermana María des Vallées; por ella su divina Majestad me ha otorgado gracias incontables y señaladas.
- "En este mismo año de 1641 me concedió Dios la gracia de iniciar el establecimiento de la casa de Nuestra Señora de la Caridad, el día de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen. Deo gratias"¹.

Se trataba de proyectos rumiados de tiempo atrás y largamente orados. ¿Esperaba quizás una señal del Cielo? Con su fino sentido de las voces de la Providencia creyó descubrirla en el encuentro con María des Vallées. Haberla conocido fue, en el tiempo y en la gracia, el primero de estos acontecimientos.

¿Quién era ella? Bajo el título de VIDA ADMIRABLE DE MARIA DES VALLEES él mismo escribirá más tarde su biografía. Vivía en la ciudad de Coutances, adonde llegó el padre Eudes a predicar una de sus misiones invitado por el obispo monseñor de Matignon. Campesina, de 61 años en ese entonces, llevaba una existencia extraña hasta el punto de ser tenida por no pocos como poseída. El propio padre Eudes empezó por exorcizarla en griego, según su propia confesión. Carismática, enriquecida con especiales dones de discernimiento y de consejo, en muy alto grado de oración, presentaba al mismo tiempo comportamientos desconcertantes: comía poco, llamaba la atención con actitudes espectaculares y padecía inhibiciones casi inexplicables². La preocupación pastoral del obispo confió al padre Eudes, cuya sabiduría y prudencia en los caminos del espíritu eran reconocidas, la guía espiritual de esta mujer a quien el pueblo daba el nombre de Hermana.

¹ Memoriale OC. XII, 111-112.

² MILCENT P. O.p. c.p. 98.

Pocos días después de haber conocido a María des Vallées y luego de recibir su consejo tomó el padre Eudes la decisión de establecer la Congregación de Jesús y María. Sólo dos años más tarde tal proyecto se llevará a cabo. La preocupación por la santidad del "orden sacerdotal" lo había encaminado al Oratorio hacía 18 años. Sabía bien que el principal objetivo de este instituto era el de ocuparse de la formación y atención espiritual de los sacerdotes. Sin embargo la congregación no disponía aun de organismo alguno para cumplir este propósito. Por otra parte el contacto directo con el clero durante el trabajo de las misiones le había hecho descubrir la urgencia de poner por obra instituciones que proveyeran remedio a esta apremiante necesidad.

Su posición dentro del Oratorio se tornaba cada vez más sólida y clara. Desde octubre de 1640, por reiterada petición de su comunidad, había sido nombrado superior de la casa de Caen. No obstante, una serie de acontecimientos, en los que va a leer la mano conductora de la providencia divina, lo fue llevando paulatinamente a tomar una acción definitiva.

El padre de Condren, por quien el padre Eudes profesaba no sólo aprecio sino veneración, murió a principios de 1641. Pocos días antes había soñado con organizar un seminario para ordenandos. Su finalidad era acoger por temporadas a aquellos que se aprestaban a la ordenación presbiteral para formarlos, no en la ciencia pues ella se impartía en las universidades sino en el ejercicio de las acciones sacerdotales y en la virtud. Tal seminario no sería obra exclusiva del Oratorio sino que a él serían asociados sacerdotes diocesanos especialmente escogidos. Arrebatado bruscamente por la muerte el padre de Condren, el proyecto quedó en el vacío. La preocupación inmediata fue la elección del sucesor. El padre Eudes fue elegido para tomar asiento en la asamblea que en mayo de 1641 elegiría como nuevo superior general del Oratorio al padre Francisco Bourgoing. Era otra muestra del aprecio de que gozaba en la institución así como de su amor por ella.

Otra experiencia empezó a abrirse campo en su vida de apóstol: el ocuparse directamente de los sacerdotes durante las misiones. Vino a París en mayo de 1640, bajo especial invitación, para predicar al clero reunido en la casa que el oratorio tenía junto a la parroquia de San Maglorio y en la que siempre se quiso

organizar, sin éxito, un seminario. Se entrevistó entonces con el cardenal Richelieu, igualmente preocupado por los problemas del clero, si bien por razones muy propias de su investidura política. No será la última vez que trate al cardenal "ante quien gozaba de audiencia y mucho crédito" al decir de Batterel cuyo testimonio es tanto más valioso cuanto mayor es su animadversión contra el padre Eudes¹. Poco después, durante la misión de Remilly en 1641, anota como hecho importante de su vida, "empecé a tener encuentros especiales con los eclesiásticos"². De entre éstos había conocido y apreciado a tres sacerdotes diocesanos a quienes había asociado a los ejercicios de las misiones: Simón Mannoury, Tomás Manchon y Pedro Jourdan; sus nombres se nos harán familiares.

En su itinerario espiritual un hecho de valía se había producido poco tiempo atrás. El 25 de marzo de 1637, de seguro en la intimidad de sus afectos, había pronunciado el VOTO DE MARTIRIO. Con su propia sangre- no era insólito en la época- firmó el texto y escribió las últimas líneas. Decía allí: "Me doy y me ofrendo, me entrego y me consagro a ti, Jesús, mi Señor, en el estado de hostia y de víctima..."³.

Estos hechos eran signo de que tanto él como la marcha de la historia estaban maduros para el paso que iba a dar. Su decisión, en ese momento, no era aun la de fundar una congregación distinta del Oratorio. Se proponía más bien recoger la idea del padre de Condren y realizarla con algunos sacerdotes seculares en su muy conocida Normandía. Sin embargo acontecimientos posteriores lo obligarán a tomar otro rumbo.

También Nuestra Señora de la Caridad.

Su capacidad para llevar de frente varias tareas hizo que estas preocupaciones no le impidieran avanzar en otros campos. Continuó su infatigable labor misionera, terminó y entregó para aprobación y posterior publicación su tercer escrito, EL CATECISMO DE LA MISION⁴ y puso en marcha una

¹ MILCENT P. Op. c. p. 90.

² Memoriale OC. XII, 111.

³ Voeu OC. XII, 135-138.

⁴ OC. II, 379-517.

institución que se encargara de la acogida y recuperación de las mujeres víctimas de la prostitución. Su fina visión de la realidad le había llevado a interesarse por la situación y por el futuro de estas mujeres que lo consideraban ya como su apóstol.

Había dado de tiempo atrás algunos pasos iniciales. Pero ahora, ante los requerimientos urgentes de Magdalena Lamy, se decidió a dar solidez a lo ya emprendido. Buscó el apoyo de sus colaboradores, el matrimonio de los de Camilly, de Juan de Bernières. Abrió en casa alquilada y bajo la responsabilidad de Margarita Morin un albergue más amplio. Era todavía pequeño y precario como todas las cunas. El 8 de diciembre de aquel año de gracia de 1641 celebró allí por primera vez la Eucaristía dando comienzo a una obra que va a durar hasta el presente y que en su forma primera, la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, o bajo la forma de Congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor, surgida de ella posteriormente, va a mantener a todo lo ancho del mundo la inspiración inicial del padre Eudes.

Entre el rigor y la misericordia.

La opción pastoral del padre Eudes por la vía de la misericordia había sido hecha. Así lo demuestran estos acontecimientos.

Tal paso se dio a precio de luchas dolorosas. El contexto histórico se encontraba sacudido por corrientes encontradas que afectaban directamente la práctica religiosa. Precisamente en 1641 se conoció en Francia el AUGUSTINUS de Jansenio, fallecido tres años antes. En el monasterio de Port-Royal, bajo la influencia del brillante Saint-Cyran, se arraigaba la tendencia rigorista; dos años después aparecería la obra de Arnauld, LA COMUNION FRECUENTE, que tendría honda repercusión en la piedad popular hasta nuestros propios días.

Fue entonces cuando el padre Eudes terminó sus CONSEJOS A LOS CONFESORES, escrito corto en el que nos desliza una de sus esporádicas confidencias. "Conozco muy bien, dice, a alguien que ha sido escogido por la divina misericordia para trabajar en la conversión de los pecadores; encontrándose perplejo sobre cómo debía conducirse con ellos, si usar de bondad o de rigor, si mezclar los dos...recurrió en la oración a la santísima Virgen, como a su habitual refugio. Antes de que hubiera comunicado a

alguien sus inquietudes, la Madre de las Misericordias le inspiró a través de un mensajero: cuando prediques usa las armas poderosas y terribles de la Palabra de Dios para combatir, destruir y aplastar el pecado en las almas, pero cuando te encuentres a solas con el pecador, háblale con bondad, benignidad, paciencia y caridad"¹. Y éste es su consejo: "Acoge con entrañas de misericordia y con el corazón lleno de amor a cuantos se presenten a la confesión, sin hacer acepción de personas ni obrar con preferencias, salvo cuando se trate de enfermos o inválidos, de mujeres encinta o que están criando sus hijos, de aquellos que vienen de lejos..."².

Esta decisión nunca será desmentida. Su lucha contra el rigor desmedido del jansenismo le acarreará tormentas y horas difíciles. En ocasiones su vocabulario se resentirá del pesimismo antropológico de esta escuela pero su concepción y su práctica de la vida cristiana serán sanas y exigentes. La fundación de Nuestra Señora de la Caridad lo coloca decididamente del lado de la bondad divina.

La vida del cristiano en el CATECISMO DE LA MISION.

Bajo este título vio la luz pública, a principios de 1642, esta obra del padre Eudes; ponía en manos de los "catequistas misioneros" un valioso instrumento de trabajo. La catequesis era una de las actividades de mayor significación durante los ejercicios de las misiones. En forma de preguntas y respuestas, para "hacerlo más familiar y didáctico"³ expone lo fundamental de la doctrina cristiana como se enseñaba en la época. En puntos claves, sin embargo, trae expresiones inesperadas donde se siente el sabor directo del Evangelio y su propia experiencia de fe; son de recoger por ejemplo:

- "-¿Qué idea debes tener de Dios?
- Que él es Dios, el gran Dios que vive.
- ¿Qué es la Iglesia?
- Es el cuerpo místico de Jesucristo, del cual él es la cabeza.
- ¿Para qué es el sacramento del orden?

¹ Avertissements aux confesseurs. OC. IV, 366.

² Ib. p. 384.

³ OC. II, 380.

- Para continuar e imitar en la tierra el oficio de mediador entre Dios y su pueblo ejercido por Jesucristo; es decir: dar a conocer a Dios a los hombres, anunciarles su designio y su voluntad, distribuirles sus dones y sus gracias, llevarlos a la adoración, el honor, el amor, la gratitud, la obediencia a Dios"¹.

Llamado donde Richelieu.

Si en algunos aspectos el camino del padre Eudes se esclarecía y afirmaba, en otro, el principal y de mayores consecuencias para su propia persona, no había aun claridad completa. Se trata de su intención de establecer una casa para la formación de los sacerdotes. ¿Debía organizar la obra permaneciendo en el Oratorio? ¿Debía retirarse del Oratorio? No dudaba de la necesidad inaplazable de erigir un seminario para ordenandos; vacilaba sí sobre las modalidades para alcanzar su objetivo.

A finales de 1641 propuso a la comunidad de Caen recibir en su seno un grupo de sacerdotes diocesanos, asociados ya a la obra de las misiones, entre los que se contaban Simón Mannoury y Tomás Manchon. Harían los ejercicios del seminario (un período largo de renovación espiritual) y luego acompañarían a otros sacerdotes deseosos de recuperar sus compromisos de ordenación. La comunidad rehusó hacer la experiencia. A partir de ese momento comprendió el padre Eudes que para realizar éste, su sueño pastoral más urgente, debería abandonar el Oratorio.

En Normandía corrían rumores de que los superiores de su congregación planeaban destinar al padre Eudes a otra región. Así se lo dio a entender desde París monseñor Cospeán, obispo de Lisieux, uno de sus fieles amigos. Eran los comienzos de 1642 y se encontraba en Ruan predicando una misión auspiciada por la duquesa de Aiguillon, sobrina de Richelieu. Dado el éxito alcanzado y atendiendo ruegos obligantes de la ciudad, había decidido predicar igualmente la cuaresma. No se lo permitió el padre Bourgoing so pretexto de velar por su salud. Le pidió en cambio venir a París y predicar, dos veces por semana a un grupo de sacerdotes en la parroquia de San Maglorio. Llamada providencial que le permitió consultar su proyecto con algunos

¹ OC. II, 389, 428, 452.

amigos, en especial los padres jesuitas, y recibir el atinado consejo de María Rousseau, muy apreciado entonces.

Mientras preparaba el terreno para poner por obra la organización del seminario en Caen volvió los ojos a aquellos amigos y colaboradores laicos a quienes había asociado ya a sus proyectos apostólicos. Empezó con ellos el establecimiento de la cofradía de hermanos del Santísimo Sacramento cuya sede principal estaba en París y era dirigida por el admirable Gaston de Renty. Juan de Bernières, conocido como "hermano Juan de Jesús pobre", laico célibe, director de almas, con algunos compañeros, se dedicó, bajo la guía del padre Eudes, a "emprender obras de caridad y a vivir según los consejos y máximas del Evangelio"¹.

Los hechos se precipitaron cuando en noviembre de 1642, mientras predicaba una misión en Saint-Lo, recibió un despacho de Richelieu en el que le pedía venir a París. Terminada la misión viajó de inmediato a la capital. El cardenal, enfermo y debilitado, acababa de regresar de un largo viaje y traía muy viva su inquietud por el deplorable estado del clero en el país. ¿De qué hablaron el poderoso prelado y el infatigable misionero? El tema central fue seguramente el proyecto del padre Eudes que coincidía con las preocupaciones de Richelieu. Estuvieron de acuerdo en hacer redactar unas Letras Patentes por las que se autorizaba la fundación de un seminario para ordenandos en Caen. Estarían dirigidas a monseñor d'Angennes, obispo de Bayeux, en cuya jurisdicción se encontraba la ciudad. Aseguró además el cardenal al padre que su sobrina, la duquesa d'Aiguillon, ayudaría económicamente la obra.

Pero sobrevino rápidamente lo que ya se recelaba. Luego de ardua lucha contra la muerte Richelieu falleció, en mucha paz, el 4 de diciembre. El padre Eudes, preocupado por el grave estado de salud del cardenal, había sido invitado por la duquesa a celebrar una misa en Notre-Dame por esta intención. Días antes le habían sido entregadas las Letras Patentes por las que se aprobaba la obra de Nuestra Señora de la Caridad; dos días después de la muerte de Richelieu tuvo en sus manos las que le otorgaban autorización para erigir el seminario. El texto deja adivinar la

¹ MILCENT P. Op.c.p.117, citando al analista eudista Pedro Hérabourg.

intervención del padre Eudes en su redacción. Permitían fundar "una compañía y sociedad de sacerdotes que habrán de vivir juntos en comunidad, bajo el nombre y título de SACERDOTES DEL SEMINARIO DE JESUS Y MARIA. Su fin principal será imitar y continuar en la tierra la vida, las prácticas y las funciones sacerdotales de Jesucristo, trabajar, mediante su ejemplo y enseñanza, por establecer la piedad y la santidad entre los sacerdotes y entre los aspirantes al sacerdocio, como también dedicarse a instruir al pueblo en la doctrina cristiana mediante las misiones, predicaciones, exhortaciones, conferencias, catecismos y otros ejercicios"¹.

Los días siguientes fueron de inquietud para el padre Eudes. ¿La muerte de Richelieu echaría todo a perder? Confiado en los caminos de Dios volvió a Caen. Discretamente fue dando los pasos necesarios: poner al corriente de la inminente decisión a los sacerdotes que formarían la primera comunidad y buscar un albergue apropiado. Arrendó una casa cerca de la residencia de los jesuitas². El 7 de marzo de 1643 envió al padre Pedro Jourdan a Bayeux para presentar al señor obispo el documento real. monseñor d'Angennes respondió con presteza y manifestó complacido su acuerdo. Lo demás era soltar amarras y adentrarse en el mar de la historia.

Nacer el día de la Encarnación.

En la tarde del 24 de marzo de 1643 Juan Eudes (de 41 años), Simón Mannoury (29), Tomás Manchon (26), Pedro Jourdan (35), Andrés Godefroy, y Juan Fossey emprendieron el camino del santuario de María en la Délivrande. Jornada de 12 kilómetros, penetrada de oración y penitencia. Pasaron la noche en la plegaria y al amanecer del 25, fiesta de la Anunciación, celebraron la Eucaristía³.

¹ MILCENT P. Op., C. ps. 121-122.

² Esta casa, conocida como La Misión, se conserva aun.

³ Los dos últimos, Godefroy y Fossey, abandonaron pronto el grupo inicial; inmediatamente se les agregaron Ricardo Le Mesle (35) y Jacobo Finel (45). Ninguno de ellos pertenecía al Oratorio. Menos Finel todos eran menores que el padre Eudes y sólo Mannoury le sobrevivió. Ese grupo fundador fue recordado con aprecio y se le concedió derecho de participar en las asambleas generales (OC. IX, 414)

Habían escogido nacer como congregación aquel 25 de marzo, en el gozo de la Encarnación. Eran adoradores del Verbo Encarnado y se ponían al servicio de Cristo Sacerdote. En manos de María, Madre de Jesús, ponían su frágil proyecto.

Regresaron a Caen para edificar en la oración y la convivencia su nascente comunidad apostólica y para llenar de calor fraterno el nuevo hogar. Experiencia gozosa que se prolongará hasta Pentecostés.

La separación del Oratorio.

El 19 de marzo el padre Eudes había dejado silenciosamente la comunidad del Oratorio para establecerse en su nueva residencia. Habían pasado 20 años desde su entrada a la congregación del cardenal de Bérulle. Según las leyes canónicas de la época ningún vínculo jurídico, de votos o similar, lo ataba a la institución. Podía, por tanto, abandonarla por razones serias. El Oratorio lo sintió de veras. El éxito innegable de sus acciones misioneras constituía para la congregación timbre de honor. Los mismos comentarios acres que su analista Batterel, jansenista, dejó consignados en sus notas en torno al retiro del padre Eudes dejan entrever que no alegría sino dolor causó su partida intempestiva.

¿Cuáles fueron aquellos motivos serios que provocaron su determinación? Ante todo una situación de hecho: la urgencia impostergable de poner en marcha la experiencia de los seminarios. El Oratorio daba pasos para establecer algunos centros de formación como el de San Maglorio en París, pero el proyecto del padre Eudes no había sido acogido y, por el contrario, en febrero de 1643 se había hablado en consejo de su remoción como superior de la comunidad de Caen.

¿Algún otro motivo interior lo acuciaba en el momento? Pocos días antes de morir, en su obra sobre el Corazón de María, deja escapar una última conmovedora confidencia: "Esta es otra gracia muy especial: para alejarme de evidente peligro de perdición en que me hallaba, me comprometiste en la Congregación de Jesús y María que tú, con tu muy amado Hijo, estableciste en la Iglesia..."¹. Así en la salida del Oratorio parece haber jugado

¹ OC. VIII, 354.

papel importante una razón de conciencia. Francia vivía en la efervescencia de la expansión vigorosa del jansenismo. No pocos oratorianos se habían dejado seducir por él y habían abrazado su causa. Juan Eudes vivió momentos de crisis, sobre todo en el campo de la conducta pastoral, dilucidada cuando optó claramente por el camino de la misericordia. Decidió finalmente alejarse de aquel medio que comprometía su fidelidad a la Iglesia¹.

De nuevo a las Misiones.

Pasados dos meses en el afianzamiento y configuración de la pequeña comunidad, el 24 de mayo, fiesta de Pentecostés, el padre Eudes encabeza a sus nuevos hermanos en los ejercicios de las misiones. Es significativo que a partir de este momento abandone en su Diario el singular y pase a narrar en un NOSOTROS comunitario. Se siente entrañablemente unido a sus compañeros. No oculta su entusiasmo al contar estas primeras acciones fraternas y adivina en aquellas copiosas bendiciones divinas el signo de la benevolencia de Dios sobre su Congregación.

"En este mismo año hicimos dos grandes misiones con frutos extraordinarios, mayores que los de las misiones precedentes como si Nuestro Señor hubiera querido manifestar claramente a todo el mundo que estaba con nosotros y que era El el autor de esta institución.

"La primera tuvo lugar en Saint-Sauveur-le-Vicomte de la diócesis de Coutances; la segunda en Valognes. Allí la multitud era tan grande que me vi obligado a predicar todos los días fuera de la ciudad, detrás del castillo; se estimaba en 40.000 personas el número de asistentes los domingos y días de fiesta..."². Otras fuentes añaden que era escuchado incluso por los más alejados que no habían bajado de sus carrozas.

Estando en esta misión se produjo su salida oficial del Oratorio. Momento ciertamente doloroso, compensado por la realidad de sus nuevos hermanos decididos a acompañarlo en sus caminos apostólicos.

¹ El mismo Bauerel afirma que el problema jansenista habría sido la razón decisiva de su retiro del Oratorio.

² OC. XII, 113.

Un largo camino por recorrer.

La pequeña Congregación iba encontrando su cohesión e identidad interior y vivía el gozo del trabajo misionero. Necesitaba sin embargo hacerse reconocer y aprobar como institución. Las Letras Patentes del difunto rey Luis XIII, obtenidas por la influencia omnipotente del también difunto Richelieu, debían ser ratificadas por el parlamento de Ruan. Este paso no se había logrado. Era necesario emprender además el largo camino que llevara al reconocimiento de la Congregación por las jerarquías eclesiásticas. Sería necesario encontrar intercesores valiosos para llegar a las instancias de definición. Más de una dolorosa cruz está sembrada en este camino para el padre Eudes.

El primer paso, fallido por cierto, fue obtener el registro del documento real en el parlamento de Normandía. Vicente de Paúl, hombre de confianza en la corte de París, bajo petición del padre Eudes, buscó el apoyo y la influencia de la reina madre. Presiones mayores sin embargo se hicieron contra el proyecto y de hecho el documento no fue registrado.

Su devoción y respeto a la Sede romana le urgían buscar la aprobación del Sumo Pontífice Urbano VIII. Sus amigos obispos fueron generosos en concederle las necesarias cartas de recomendación. Pero antes de llegar a esa última instancia era menester pasar por la Iglesia local. El obispo de Bayeux, monseñor d'Angennes, concedió la carta de fundación el 14 de enero de 1644. Decía allí: "le hemos permitido y le permitimos...erigir en nuestra diócesis la dicha Congregación eclesiástica bajo el nombre y título de SACERDOTES DE LA CONGREGACION DE JESUS Y MARIA; permanecerán bajo nuestra entera jurisdicción; les permitimos recibir, poseer y usufructuar fondos, donaciones y otras entradas...hemos escogido además al ya nombrado Juan Eudes para ser el superior de dicha Congregación"¹.

Estos primeros documentos nos permiten establecer algunos rasgos de la Congregación en sus comienzos. Sus miembros no son religiosos pues no se ligan por votos. "La caridad es el

¹ MILCENT P. Op.c.pp.145-146.

único lazo que los ata entre sí"¹. Su razón de ser como comunidad es el seminario. En él se apoyan hasta el punto de haber sido conocidos como Congregación del seminario de Jesús y María. Su condición de sacerdotes diocesanos los llevó a evitar hacer preceder su apellido del título de padre y preferir el de señor que solían llevar los sacerdotes seculares.

Al servicio de la misericordia.

Entre tanto Margarita Morin acogía mujeres necesitadas de amparo y rehabilitación en el albergue alquilado en 1641 por el padre Eudes. La obra se inspiraba en la mirada de Jesús, llena de misericordia para con ellas. Pensaba que la "imagen de Dios debía resplandecer de nuevo en sus vidas y que era preciso resucitar a Jesús en sus corazones"². Esta fundación corría, en cierto modo, con mejor suerte que la de la Congregación de Jesús y María. Las Letras Patentes le habían sido concedidas por Luis XIII en noviembre de 1642. En ellas se preveía ya la erección de un instituto religioso que se encargara de la obra. Por ahora estaba bajo la dirección de Margarita Morin, protestante convertida, mujer de temple, deseosa de llevar a cabo su propio proyecto religioso. La acompañaban algunas asociadas a la obra entre ellas María Magdalena Herson, sobrina del padre Eudes, de sólo 13 años de edad.

Consolidada su Congregación Juan Eudes miró hacia la obra de Nuestra Señora de la Caridad. De las misiones que predicó en 1643 con sus nuevos hermanos vinieron con él cuatro jóvenes decididas a comprometerse en esta obra de misericordia en beneficio de las mujeres penitentes. Llegó entre ellas Renata de Taillefer. Margarita Morin había empezado a tomar actitudes que hicieron sufrir no poco al padre Eudes. Llegó incluso a no permitirle la entrada a la casa. Finalmente abandonó la obra llevándose consigo algunos colaboradores. Sólo Renata y María Magdalena permanecieron fieles a la casa y a su fundador.

Haciéndose necesario y urgente dar solidez a la empresa mediante la fundación de una comunidad religiosa no dudó en pedir ayuda a las Visitandinas de Caen. Fue designada para esta misión una

¹ MILCENT P. Op.c.p.141.

² OC. X, 511.

mujer de valía que se venía desempeñando como maestra de novicias del monasterio, Francisca Margarita Patin. La acompañaban otras dos religiosas. Su labor empezó, en medio de la pobreza y de grandes privaciones, en agosto de 1644. A partir de ese momento tomó el nombre que va a ser suyo hasta el presente: Nuestra Señora de la Caridad. Bien pronto fue necesario alquilar un albergue más amplio.

De inmediato empezó el largo camino de la aprobación de la nueva comunidad. El obispo de la diócesis, monseñor d'Angennes, redactó, por insinuación del padre Eudes, una súplica dirigida al papa Inocencio X. En ella se describía la casa como lugar de acogida para mujeres de mala conducta, deseosas de hacer penitencia y cambiar de vida. Alojaría además a las convertidas del protestantismo y a personas que sin pretender la vida monástica querían, en el retiro, ocuparse en su salvación. Quienes dirigían la casa anhelaban ligarse por los votos de la vida religiosa y aún emitir un cuarto voto, el de "caridad e instrucción" por el que se comprometían a dedicarse al servicio y reeducación de las mujeres recibidas en la obra¹. Se ideó el primer hábito, sencillo, blanco, cercano a la usanza del vestido femenino de la época. Con el nombre de María de la Asunción, Renata de Taillefer fue la primera en revestirlo el 12 de febrero de 1645. Como Constituciones se adoptaron las de la Visitación redactadas por el propio san Francisco de Sales.

Los trámites realizados en Roma para alcanzar la aprobación de las dos comunidades del padre Eudes no dieron resultados inmediatos. Con ese doble propósito había viajado a la Urbe uno de los primeros hermanos, el padre Mannoury. Su viaje fue inútil. Se hizo necesario solicitar la aprobación local tanto civil como eclesiástica. Luego de juzgarla "muy útil tanto para la gloria de Dios como para el bien público" los regidores que en nombre del rey gobernaban la ciudad de Caen aprobaron la obra de Nuestra Señora de la Caridad. En cambio el beneplácito eclesial para la misma se malogró por el fallecimiento de monseñor d'Angennes quien no alcanzó a firmar el documento laudatorio ya listo².

¹ MILCENT P. Op. c. p. 174.

² MILCENT P. Op.c.p. 176.

También en esta obra María des Vallées jugó un papel importante. No sólo acudió a las necesidades económicas de la institución con una suma significativa, fruto de limosnas que le habían sido hechas, sino que su oración y su palabra iluminada fueron apoyo y consuelo en más de un momento crítico.

La cruz de Cristo.

Cuando el padre Eudes redactó las Constituciones de su Congregación en 1658 escribirá que el tercer fundamento sobre el que ella está edificada es la cruz de Jesucristo salvador; sus hijos la estimarán y ella los purificará, embellecerá, enriquecerá y ennoblecerá¹. Consignó allí una dolorosa, pero también gloriosa, experiencia en la que puso a prueba su fe, su personal convencimiento del camino en que se había empeñado, su tenacidad, su decisión inquebrantable de batallar cuando se trataba de la gloria de Dios.

Por una parte su pequeña Congregación crecía en número, abundaba en frutos apostólicos en los ejercicios de las misiones, daba pruebas de que la obra del seminario era provechosa para los sacerdotes pues la casa faltaba de espacio para acoger todas las solicitudes y gozaba del afecto de muchos en la región; por otra empezó a ser combatida de manera más o menos abierta. La urgencia primera seguía siendo la aprobación del instituto. Sin ella no podía subsistir ya que no tenía capacidad para aceptar fundaciones y donativos que le produjeran rentas estables y aseguraran su solidez económica. Además necesitaba existir oficialmente para facilitar los trabajos misioneros en el campo de las iglesias locales. Dicha aprobación se verá una y otra vez frustrada por la animadversión, sobre todo, de sus antiguos hermanos del Oratorio.

Roma contestó a su primera solicitud que consultaría a la nunciatura de París. Se volvió luego hacia el Consejo de conciencia que asesoraba a la reina Ana de Austria en asuntos religiosos; su petición, que pretendía incluso alcanzar la dirección de los seminarios de Normandía, fue dos y tres veces negada.

¹ OC. IX, 147.

Quiso aprovechar la Asamblea general del clero de Francia reunida por entonces. Presentó ante ella un plan ambicioso que recogía un viejo sueño de la época de Richelieu: crear un organismo central que se ocupara de los seminarios de Francia para lo cual el mismo padre Eudes ofrecía sus servicios. También fue rechazada la propuesta. Sin embargo hubo en dicha asamblea un voto de aprecio por la labor misionera que venía desarrollando y se le exhortó a "trabajar en las diócesis a donde fueran llamados"¹. Fue una pequeña luz en medio de una larga noche oscura.

Tocó de nuevo a las puertas del parlamento de Ruan para pedir el registro del documento real de 1642. A pesar de las cartas de recomendación de los obispos de Bayeux y Lisieux, sus fidelísimos amigos que lo acompañaron en todos estos pasos apoyándolo con su palabra escrita en favor de su obra, nada alcanzó. A finales de 1646 volvió a pensar en Roma. Envío otra vez a uno de los suyos, el infatigable Simón Mannoury. Empezó largo y penoso viaje a pie hasta la Ciudad eterna. Llevaba unas iniciales Constituciones y las recomendaciones de los obispos amigos. Nada se logró una vez más.

No cejó el indomable padre Eudes. Estaba convencido de que no era su causa sino la del Reino de Jesús la que lo movía. Pensó en viajar él mismo a Roma. Sin embargo una grave enfermedad, consecuencia de su incansable acción misionera y de tantas luchas y sinsabores, se lo impidió. Alcanzó a recibir los últimos sacramentos y demostró tal fe que "arrancó lágrimas a los asistentes"². Simón Mannoury emprendió de nuevo, a finales de 1647, el fatigoso viaje a Roma. Entre tanto, repuesto en su salud, decidió el padre Eudes ver personalmente a la reina Ana de Austria. Había conocido al duque de Saint-Simon y con su patrocinio había predicado una bendecida misión en la diócesis de Chartres. Es posible que sea él la persona de "consideración" que le obtuvo audiencia ante la reina. Le confesó ella "que había dado su palabra de no oírlo jamás"³. Había ciertamente personas que iban disponiendo en contra suya todas aquellas instancias a donde él pensaba llegar. Tres documentos obtuvo en favor de sus

¹ MILCENT P. Op. c. p. 187.

² MILCENT P. Op. c. p. 199.

³ MILCENT P. Op. c. p. 201

peticiones firmados por la aun tierna mano del rey Luis XIV. Con hacimiento de gracias despachó a Roma esta valiosa correspondencia para fundamentar la misión del fiel Mannoury.

En medio de estas inquietudes continuó desarrollando su infatigable labor apostólica. No menos de 13 misiones predicó a lo largo de estos duros años de 1644 a 1647. Estando precisamente en Fouqueville decidió acudir al arzobispo de Ruan, como señor de la provincia eclesiástica. Le dirigió una súplica en la que le explicaba cómo su obra no era traición al fin del Oratorio sino más bien su cumplimiento. Insistía en que sus padres dedicarían la época estival a los ejercicios de la misiones y los meses de invierno a su trabajo en el seminario.

La respuesta, en tono jurídico, fue positiva. "Concédese lo pedido. Sea registrado en nuestra corte y en las de nuestros muy religiosos hermanos y coprovinciales para aprobación y confirmación canónica e incorporación en el orden de los seminarios"¹. No era el final de su larga lucha pero sí un hito de gozo en el camino.

Esta exigente prueba le permitió conocer la calidad de sus amistades. Creyeron en él y corrieron el riesgo de acompañarlo y apoyarlo los obispos J. d'Angennes y F. Cospéan; ambos fallecieron durante la tormenta aumentando su soledad. Luego de inicial vacilación, debida a la influencia de sus adversarios que buscaban malquistarlo con sus amigos, el barón de Renty se puso decididamente de su parte. Propició la apertura de campos nuevos para sus misiones, puso la cara por él escribiendo con claridad y valentía a sus opositores, se preocupó incluso por su salud. "Le confieso, le escribió en una ocasión, que me ha impresionado saber cuantas tempestades y persecuciones insistentes ha tenido que soportar. No me extrañan sin embargo estas dificultades; baste saber que Ud. es de Jesucristo..." Y otra vez: "Permítame decirle con toda sencillez que una de mis mayores preocupaciones respecto de Ud. es que se recargue demasiado y que no usando de moderación vaya a hacerse inútil; Ud. no se pertenece, Ud. es hombre para todo el mundo"². A su lado, fieles y confidentes, estuvieron sus hermanos. Durante una

¹ OC. XII, 149-150. MILCENT P. Op. c. p. 197.

² RENTY, *Correspondance* p. 795. Citado por MILCENT P. Op. c. p. 191.

misión dos de ellos, Ricardo Le Mesle y Jacobo Finel pronunciaron el acto de Incorporación a la Congregación. Finel recuerda las palabras con la que lo invitó a esta entrega: " Me preguntó si no quería darme y consagrarme a Jesús y María para vivir según las máximas del Evangelio y conforme a las promesas hechas a Dios en el bautismo"¹. Pronto el número de miembros de la Congregación llegó a nueve. Desde los primeros días hubo hermanos laicos en ella. El primero fue Rogerio Le Grand quien ingresó en mayo de 1643. Antes de tener Constituciones escritas hicieron en estos años, junto al padre Eudes, la experiencia de entrega confiada y valerosa a Jesús y María, descubrieron el Evangelio como norma fundamental de la vida cristiana y sacerdotal, aprendieron la fraternidad como cohesión apostólica en la lucha por la vida y el Reino de Jesús en el mundo.

Fiesta en honor de María.

Autun, 30 de noviembre de 1647. Encabezados por el padre Eudes llegan trece misioneros. Pronto se sumarán otros. Habían hecho el camino a pie desde París durante diez días en la inclemencia del invierno. Era evidente que la salud del padre Eudes, milagrosamente recuperada por la intervención de María santísima, andaba bien. El barón de Renty había soñado hacer esta misión, quiso aun colaborar en ella y era su patrocinador.

De inmediato iniciaron el ritmo agitado de la misión: predicaciones, el padre Eudes aseguraba una diaria, catecismo, visitas a las familias ("iglesias domésticas" las llamaba ya él), encuentro con los encarcelados, preocupación por los enfermos, acciones litúrgicas, confesión de penitentes. Prevista inicialmente hasta el 2 de febrero de 1648, se prolongará hasta el 14 del mismo mes. Los frutos no se hicieron esperar. Empezando por el obispo que de una vida un tanto aseglarada y cómoda pasó a un mayor compromiso. Incluso quiso tomar parte en los trabajos de la misión. Comerciantes y notarios públicos se comprometieron a guardar el día del Señor. Para servicio de los pobres se repararon los dos hospitales de la ciudad. Pero dado el número grande de necesitados y desprotegidos la misión lanzó la construcción de otra casa destinada a acogerlos. Los sacerdotes

¹ FINEL J. Journal. Citado por MILCENT P. Op. c. p. 191.

fueron atendidos; dos conferencias semanales se hicieron a ellos; a la abadía vecina llegó la misión para que renaciera en ella el espíritu monacal. Se hizo una peregrinación en oración y arrepentimiento al Cristo de la abadía de San Martín. En el camino el padre Eudes predicó cinco veces siguiendo la inspiración del momento.

Un acontecimiento que desborda la vida de san Juan Eudes y se inscribe en la historia de la devoción eclesial a María vino a darse durante esta misión. El ambiente de conversión y de plegaria era tan señalado que el padre Eudes pensó en coronar esta presencia palpable de la gracia divina con una celebración extraordinaria. Ya desde 1641 venía trabajando en la elaboración de un texto litúrgico, Misa y Liturgia de Horas, para una fiesta en honor del Corazón de María. En la intimidad de su pequeña Congregación había empezado ya a celebrarla el 20 de octubre. En su mente no era fiesta exclusiva del Corazón de María. Lo era también del Corazón de Jesús que es, místicamente, el verdadero Corazón de su Madre santísima. Pensó que aquella misión, tan bendecida por la gracia, sería el marco apropiado para celebrar públicamente en la Iglesia esta festividad. Escogió el 8 de febrero, e hizo imprimir, no sin premura, los textos litúrgicos en la misma ciudad de Autun. Con la aprobación del obispo de la diócesis y bajo su presidencia en la catedral, con gran solemnidad, el mundo celebró por primera vez en la historia esta fiesta de María. Era el año de 1648.

El texto latino, incluidos los himnos y la secuencia de la misa, habían sido compuestos por el mismo padre Eudes. Desde las primeras vísperas sienta la base teológica de la fiesta en las relaciones de María con la Trinidad divina. "En el Corazón de María el Padre establece el reino de su amor; el Hijo único se prepara en él una morada; el Espíritu, plenitud del amor, hace de él su templo"¹.

Un ardoroso sermón predicado en aquellos días, motivado por actos reprochables en el templo, dio pie para la publicación de su TRATADO DEL HONOR DEBIDO A LOS LUGARES

¹ MILCENT P. Op. c. p. 221.

SAGRADOS¹ inserto en una edición de Vida y Reino de Jesús aparecida en aquel año.

El grupo de misioneros dejó a Autun el 15 de febrero. Con ellos se marchó un joven canónigo, Montaigu, quien llegaría a ser miembro distinguido de la Congregación. Estaba vecina la cuaresma y en Beaune les esperaba una larga jornada. Va a nacer allí la SOCIEDAD DE HIJAS DEL CORAZON DE LA MADRE ADMIRABLE. Se preocupó en efecto por agrupar a hombres y mujeres que como fruto de la misión se mostraban deseosos de mantener sus compromisos de amor a Dios y servicio de los hermanos. Se trataba de una institución laical, compuesta esta vez de mujeres viudas o célibes, nutridas en los principios de su espiritualidad bautismal, llenas de caridad apostólica y comprometidas en una elemental consagración. Durante los tiempos duros de la Revolución Francesa, siglo y medio más tarde, cumplirán en Bretaña una misión valiosa en la Iglesia perseguida. Hasta el presente siguen dando testimonio de las intuiciones apostólicas del padre Eudes.

Resultados de un viaje.

El viaje del padre Mannoury a Roma no fue del todo infructuoso. Si bien no se alcanzó todo lo buscado, debido a la acción tenaz de los adversarios, "bienhechores ordinarios que mueven cielo y tierra para destruir nuestro seminario", como decía el padre Eudes, la Congregación romana de la Propaganda declaró que el seminario no tenía necesidad de aprobación pues respondía a lo pedido por Trento; concedió además a los misioneros poder para otorgar indulgencias a los fieles. Pocos días después la misma Congregación romana confirió a "Juan Eudes, sacerdote secular" y a sus asociados, poderes apostólicos para el ejercicio de las misiones. Adjuntas iban las Cartas pontificias firmadas por el Papa Inocencio X. Se leía en ellas: el sumo Pontífice "ha decidido enviarte y te envía a ti, Juan Eudes, a Normandía y te ha designado y mandatado como jefe de misión en esa provincia..."². Antes de salir de Roma el padre Mannoury recibió, como regalo para su superior, reliquias de mártires. Veneraba el padre Eudes

¹ OC. II, 7-61.

² MILCENT P. Op. c. p. 234.

los restos de los santos "como porción de Jesucristo y reliquias preciosas de su Cuerpo místico"¹.

El padre Mannoury había llevado consigo una primera redacción de las Constituciones y de las REGLAS LATINAS. Son éstas un centón de textos de la Sagrada Escritura, trabajados de modo que pueden leerse de continuo y elegidos par sustentar y exponer los fundamentos de la vida cristiana y sacerdotal y la virtudes propias de la vida común. Por ser tomada literalmente de la Palabra de Dios esta Regla de vida se pone en labios de Jesús como superior de la Congregación. Ella es una familia establecida sobre cuatro fundamentos: la gracia divina, la cruz del Señor, la voluntad de Dios y un amor especial a Jesús y María. Como cristianos los miembros de la Congregación viven en actitud dialéctica su compromiso bautismal: renuncia al mal en todas sus formas y adhesión vital a Jesucristo de quien deben revestirse y cuya imagen llevan. El ideal constante es vivir con Cristo, de él, en él, para él, de su vida resucitada, movidos por su Espíritu, en la aspiración de la gloria eterna. Como sacerdotes los hijos de la Congregación anuncian el Evangelio, presiden la comunidad y dispensan los misterios divinos. Luego es María la que, como superiora y madre, habla a su Congregación. Inculca a sus "hijos muy queridos" los deberes para con Dios y para con los hermanos².

Según testimonio del padre Mannoury el cardenal Capponi, prefecto de la Propaganda, conoció con gozo y edificación espiritual estas Reglas y Constituciones, quiso conservarlas y declaró felices a quienes las poseían³.

La osadía del profeta.

En agosto de 1648 el padre Eudes llegó a París de regreso de sus misiones predicadas en Borgoña. Con sus ya once compañeros se presentó ante el Nuncio como se lo pedía desde Roma la Congregación de la Propaganda. Encontró la ciudad convulsionada bajo la furia de los primeros días de la revolución

¹ HERAMBOURG P. Virtudes de san Juan Eudes. Rennes 1.929, p.111. OC. I, 345.

² OC. IX, 69-140; REGNAULT E. Nos règles latines. Gysegghem. 1905.

³ MILCENT P. Op.c.p. 232. OC. IX, 13.

de La Fronda. Su mirada de profeta no pudo menos de leer en aquellos acontecimientos dolorosos la existencia de males profundos. Se decidió a escribir a la reina Ana de Austria, regente durante la minoría de edad del rey Luis XIV. Su carta, fechada el 2 de septiembre, empieza así: "Señora, con ocasión de los disturbios de París celebré hoy el santo sacrificio de la misa por las intenciones de su majestad. Durante la celebración me vino la idea, plugo a Dios inspirármela y no la puedo rechazar, de pedir a usted con todo respeto use del poder que El le ha dado para detener el torrente impetuoso de iniquidad que hace hoy estragos en Francia, arrastra infinidad de almas a los infiernos y es causa única de todas las miserias del reino¹.

Acompaña la carta un memorándum en el que enumera seis males y sugiere para cada uno soluciones apropiadas. Su análisis, condicionado por la época, implica inseparablemente el mundo de lo secular con el de lo religioso. Sanear éste, mediante la elección, por ejemplo, de obispos irreprochables, pastores solícitos de su grey, equivalía a aportar remedio a los males de aquél. ¿Comprometía su aun frágil empresa esta osadía? No se detuvo en cálculos humanos; comprendió que debía lanzar su voz comprometida de profeta y así lo hizo.

El amigo que se ausenta.

Los días aciagos que vivía París acabaron por revelar la calidad cristiana del barón Gastón de Renty. Hacinados en las calles muchos pobres morían de hambre y frío. Incansablemente recorrió la ciudad en los rigores del invierno prestándoles auxilio corporal y espiritual. Debilitado enfermó de gravedad y murió en abril de 1649. Tenía 37 años. Lo lloró el corazón de Juan Eudes, su amigo. Escribió entonces al jesuita padre Saint-Jure: "El señor de Renty era nuestro apoyo y nuestro único refugio para la ejecución de los designios que miraban al servicio de Dios, la salvación de las almas y el alivio de los pobres y necesitados (...) Lo vimos en la iglesia de Citry, ardoroso de celo y fervor, barriendo, recogiendo basuras... En ocasiones se llenaban de lágrimas sus ojos y al preguntarle la causa me confesó que eran signo del gozo inmenso que experimentaba al ver tantos contritos con signos claros de conversión,

¹ OC. XI, 52-60.

restituyendo, reconciliándose, dejando las ocasiones de pecado y comenzando una vida completamente nueva"¹.

Una puerta que se cierra.

Finalmente llegó a Bayeux el sucesor del inolvidable monseñor d'Angennes. Se trataba del obispo Eduardo Molé, hijo del presidente del parlamento de París. Era joven y seguramente la influencia de su padre lo llevó a ese beneficio. Dos años demoró en tomar posesión de la diócesis. El seminario de Caen, en la jurisdicción del nuevo obispo, no cesaba de acoger presbíteros y ordenandos. Venían aquellos para renovarse, los otros para iniciarse en la celebración de la misa; no pocos habían decidido venir al seminario luego de escuchar las conferencias que durante las misiones se hacían a los eclesiásticos y varios encontraron allí la vocación a esta Congregación cuya vida común compartían.

Prevenido por los adversarios del Padre Eudes monseñor Molé se va a manifestar hostil a su persona y a su obra. En marzo de 1650 el parlamento de Ruan consintió en registrar el documento real de 1642 que instituía el seminario de Caen. El obispo Molé lo llevó a mal aduciendo que no había sido consultado. Su poderoso padre, Molé, inició en París un juicio contra el padre Eudes, quien hubo de trasladarse precipitadamente a la capital para defender su causa. A pesar de haber estado en una ocasión "arrojado a los pies" del obispo Molé, lo que se temía llegó; la municipalidad de Caen dio la orden en noviembre de 1650 de "cerrar el seminario y destruir el altar de la capilla"². "Se tomó el camino del silencio y de la sumisión para lo que ya se habían preparado" dice el analista. La mirada larga del padre Eudes ya lo había advertido: "La tempestad pasará y nuestro Señor la hará redundar en gran bien"³. Pero su dolor fue inmenso. Respondiendo a uno de sus hermanos, Le Mesle, que le escribió confortándolo, decía: "Le agradezco en cuanto me es posible su caritativa carta. Me ha hecho derramar lágrimas pues descubro en ella la muy sincera y cordial caridad que nuestro Señor le ha inspirado para conmigo y la parte muy especial que toma en mis

¹ OC. XI, 61-62.

² MILCENT P. Op. c. p 253.

³ OC. X, 392.

aflicciones. Le aseguro que nadie en el mundo lo ama tanto como yo; es, entre mis queridos hermanos, el único que me ha traído consuelo en esta tribulación, la mayor que he tenido en mi vida"¹. Ocasión aünada para descorrer pasajeramente el velo de sus hondos sentimientos.

No se clausuraba sólo la puerta de una capilla fiel y dignamente servida; se cegaba una fuente de gracias sin número en aquella Iglesia.

Y un horizonte se abre.

Días atrás el obispo de Coutances, monseñor Claudio Auvry, venía estudiando con el padre Eudes el proyecto de abrir en aquella diócesis un seminario como el de Caen. El 8 de diciembre de 1650, pocos días antes del cierre de la capilla de Caen, el prelado firmó el acta de fundación del seminario, la hizo refrendar de inmediato por la autoridad competente y nombró al padre Eudes y a cinco de sus compañeros como directores del mismo. Comenzaba así su misión en aquella ciudad esta "compañía o congregación de eclesiásticos que llevan el nombre y título de SACERDOTES DE LA CONGREGACION DEL SEMINARIO DE JESUS Y MARIA" y están al servicio del seminario y de las misiones ².

No pocas alegrías va a traer al corazón de la joven Congregación esta nueva casa. Muchos, entre ellos en forma significativa María des Vallées, oriunda de aquella diócesis, van a contribuir a crear los fondos necesarios para su funcionamiento. El padre Eudes en persona se va a poner al frente de la construcción del templo del seminario que con gozo va a dedicar al "Santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen que no tiene, con su muy amado Hijo, sino un solo Corazón"³. Subsiste hasta el presente, para honor de María y de sus servidores, este templo que el mismo padre Eudes afirma con amor haber sido el primero que haya sido erigido en honra del Corazón de María⁴.

¹ OC. X, 388.

² MILCENT P. Op. c. p. 254-255

³ Memoriale OC. XII, 118.

⁴ Memoriale OC. XII, 118.

Misión en París.

Finalmente se llegó el momento de predicar una misión en París, compromiso que venía siendo postergado de tiempo atrás. Juan Jacobo Olier la había solicitado para su parroquia de San Sulpicio. Corría el mes de enero de 1651 y la Fronda continuaba causando suma desgracia en la ciudad. La llegada de los misioneros para la fecha prevista, 2 de febrero, se vió obstaculizada por esta difícil situación. Olier mismo debió dar comienzo a la misión y lo hizo con estas palabras: "Necesitaría poseer las luces de aquel gran servidor de Dios cuyo puesto ocupó para hablar dignamente de Jesucristo, nuestra luz verdadera"¹.

Estos dos notables servidores de la iglesia de Francia abrigaban inquietudes y proyectos similares. Su máxima preocupación era el estado sacerdotal y la adecuada preparación de los candidatos a las órdenes sagradas. De seguro en aquellos días intercambiaron experiencias y anhelos. Precisamente durante la misión, ya a mediados de marzo, se reunió la Asamblea del Clero y Olier, como lo había hecho cinco años atrás Juan Eudes, presentó ante ella su PROYECTO E IDEA DE LOS SEMINARIOS DE NUESTROS SEÑORES LOS OBISPOS PARA SU CLERO².

Luego de predicar otras misiones en la región parisiense el grupo retornó a Coutances dispuesto a empezar allí una larga misión que iría desde el adviento hasta la cuaresma.

Seminario en Lisieux.

A fines de 1653 Juan Eudes y su equipo misionero llegaron a Lisieux. Los llamaba el nuevo obispo monseñor de Matignon, quien acababa de salir de la diócesis de Coutances. Al tomar contacto con su grey había advertido de inmediato la necesidad urgente de fundar un seminario y revitalizar además el colegio diocesano para la formación de laicos. Volvió entonces sus ojos a su amigo el padre Eudes.

No estaba en los propósitos de la nueva Congregación aceptar la dirección de colegios. Su afán era la formación de los sacerdotes.

¹ FALLON E.M. *Vie de M. Olier*. Citado por MILCENT P. Op. c. p. 257.

² MILCENT P. Op. p. 259.

Comprendió sin embargo que aquel colegio, por el medio geográfico que servía, era apropiado para encauzar candidatos al presbiterado. Lo recibió con la salvedad de que sería el único que tomaría en cargo su Congregación y así lo dejó consignado más tarde en las Constituciones. El decreto de fundación del seminario de Lisieux otorgaba a Juan Eudes y a Tomás Manchon poder de erigir en la ciudad "una compañía o congregación de eclesiásticos bajo el nombre y título de SACERDOTES DE LA CONGREGACION DEL SEMINARIO DE JESUS Y MARIA". Ya sobre la marcha, en mayo de 1654, la comunidad eligió como su superior a Tomás Manchon siguiendo la primera usanza de la naciente Congregación. Habían pasado apenas 10 años desde la fundación en Caen y ya lo que había sido un sueño dura y tenazmente buscado cristalizaba en tres instituciones al servicio del ideal emprendido: formar buenos obreros del Evangelio. Al lado de acciones similares surgidas en la Francia de la época contribuyeron poderosamente a la renovación de la Iglesia.

El bautismo, alianza del hombre con Dios.

Entre 1653 y 1655 Juan Eudes terminó tres de sus obras escritas. Su actividad misionera conoció entonces una ligera pausa. Fue la primera de estas publicaciones el Propio litúrgico de su Congregación. Comprendía OFICIOS COMPUESTOS EN HONOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, DE SU SANTISIMA MADRE, DE SAN JOSE, SAN GABRIEL, LOS SANTOS SACERDOTES Y MINISTROS Y DE VARIOS OTROS SANTOS. Su devoción al Verbo Encarnado, Jesucristo Sumo Sacerdote, lo llevó a escoger, para ser honrados en su Congregación los "estados" de Jesús y los santos más allegados a sus misterios. Tomó textos de los propios de iglesias locales o del Oratorio, como la fiesta de san Gabriel compuesta por el mismo Bérulle; otros fueron redactados por el padre Eudes como la liturgia en honor del santísimo Corazón de María. Este Propio será enriquecido con la fiesta en honor del Divino Corazón de Jesús en 1672¹.

En 1654 editó el CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS POR EL SANTO BAUTISMO. Su raigambre paulina, su propósito de cimentar la vida cristiana en la incorporación a

¹ OC. XI, 204-664.

Cristo, su aprecio por la vocación bautismal le hicieron descubrir cada vez más la riqueza inagotable de este sacramento como fuente de la dignidad y de los compromisos apostólicos del bautizado¹.

Terminó además en 1655 una obrita sobre la MANERA DE AYUDAR DIGNAMENTE LA SANTA MISA. Su amor y devoción al sacerdocio y a la divina Eucaristía lo llevaron a buscar la máxima dignidad y compostura en la celebración de este santísimo Sacramento. Su obra sólo se publicará en 1660².

"Misioneros de la divina misericordia"

El receso en su labor misionera entre 1653 y 1656 le vino impuesto en buena parte por la solicitud y las angustias que le trajo el futuro de su pequeña Congregación. Con natural dolor vio partir hacia la gloria a dos de sus compañeros de primera hora: Jacobo Finel, de 54 años, fiel compañero, valioso para la obra de los seminarios; poco antes había fallecido Tomás Vigeon de sólo 41 años. Otra muerte completamente inesperada le trajo en cambio cierto alivio, la del obispo Eduardo Molé. Le sucedió su hermano Francisco Molé; de inmediato buscó el padre Eudes hacerle llegar la información debida y veraz sobre su obra. A través de dos religiosas, una de ellas carmelita hermana del obispo, otra la superiora de la Misericordia de París, pudo llegar hasta él y obtener que por su medio la municipalidad de Caen ordenara la reapertura de la capilla del seminario. Con explosión de júbilo comunicó la noticia a los hermanos de Coutances en una carta escrita en los días de Pascua: "Nuestra capilla ha sido abierta; hemos celebrado en ella la Misa. ¡Alleluya, alleluya, alleluya!"³. Pide que en sus casas se recuerde el acontecimiento celebrando una solemne Eucaristía en la que en primer término se debe orar "por aquéllos que nos han sido contrarios". Evocando el papel que desempeñó en esta situación la superiora del convento de la Misericordia acuñó una divisa para su Congregación: "Somos los misioneros de la divina misericordia, enviados por el padre de las Misericordias para distribuir los tesoros de su misericordia a los míseros, esto es, a los pecadores

¹ OC. II, 205-244.

² OC. IV, 407-432.

³ OC. X, 398-401.

y para llegarnos a ellos con espíritu de misericordia, de compasión, de bondad"¹.

El futuro del Instituto reclamaba ya el establecimiento de una casa de formación. Fue elegido para este efecto el seminario de Coutances y se confió esta responsabilidad al padre de Montaigu. Escribió entonces una emotiva página en la que trazó sus pautas para la formación: "Cuide de formarlos en el Espíritu de Nuestro Señor que es espíritu de desasimiento y de renuncia a todo y a sí mismo; espíritu de sumisión y abandono a la divina voluntad manifestada por el Evangelio y por las reglas de la Congregación... espíritu de puro amor a Dios... espíritu de devoción singular a Jesús y María... espíritu de amor a la cruz de Jesús o sea al desprecio, la pobreza y el sufrimiento... espíritu de odio y horror a todo pecado... espíritu de caridad fraterna y cordial al prójimo, a los de la Congregación, a los pobres... espíritu de amor, respeto y estima por la Iglesia..."². ¿No estaba traduciendo en estas palabras su propia experiencia de fe?

Durante el invierno de 1654 a 1655, en la oración y la soledad, se dedicó a la redacción final de las Constituciones de su Congregación. Casi doce años de experiencia comunitaria, espiritual y apostólica, bajo su orientación fraterna, podían ser vertidos ya en un texto normativo. Una vez definida su Congregación como sacerdotal, dedicada a la Trinidad Santa y animada por el Espíritu de Jesús, describe el marco en que ella se desenvuelve en el curso del tiempo. Su mirada contemplativa hacia el Padre la hace adoradora en espíritu de religión. De cara a los hermanos es amor fraterno. En ella la caridad "es la regla de las reglas, alma de la Congregación, que anima, conduce y rige cuanto en ella sucede". Pone luego ante los suyos las virtudes cristianas con su valor y la forma de adquirirlas; dice quiénes pueden ingresar a su instituto y cuál es el camino de su formación; detalla los compromisos apostólicos en especial "los ejercicios de los seminarios y los ejercicios de las misiones"; estatuye el gobierno de la Congregación y todos los servicios que en ella se prestan, descritos hasta en los detalles más impensados.

¹ OC. X, 399.

² Carta al Padre Mannoury OC. X, 394-395.

Finalmente traza la imagen del superior, en todos los niveles, con alúsimas sabiduría¹.

La hora de la providencia.

Francisco Molé, llamado Señor de Sainte-Croix del nombre de uno de sus beneficios eclesiásticos, declinó el nombramiento de obispo de Bayeux. Ni siquiera quiso recibir la ordenación episcopal. El padre Eudes vivió de nuevo temores e incertidumbres. Decidió escribir una vez más a la reina Ana de Austria pues de ella y de Mazarino dependía la provisión del cargo. Suplicaba a "su majestad" que se tuviera en cuenta para aquella diócesis "desolada" un "santo"; lo rogaba "en nombre de aquellos pueblos cuya situación conocía muy bien por haber tenido el gozo de hacer con ellos los ejercicios de las misiones"².

De hecho fue designado como obispo un hombre calificado: Francisco Servien, de la misma edad que el padre Eudes. Este viajó apresuradamente a París pero llegó tarde. Ya el ánimo de monseñor estaba prevenido contra él por obra de un oratoriano, Rebigeois, a quien el santo llamaba con un tanto de humor Rabageois. El nuevo obispo habló no sólo de volver a cerrar la capilla del seminario sino que entreveía aun la posibilidad de confiar la dirección de la obra a los oratorianos. El dolor del padre Eudes fue sin límites y enfermó por ello en París. No pudo ocultar su agobio y escribió a uno de los suyos: "Agradezco de corazón a Jesús y a su amada Madre la cruz que han tenido a bien enviarme. Es el único tesoro de la tierra, el soberano bien de los auténticos hijos de Jesús y María, la fuente de toda bendición, la gloria y la corona, el amor y la delicia del verdadero cristiano. Proclamo todo esto desde la fe, no según mis sentimientos"³.

La providencia vino en ayuda de su larga paciencia poniendo en su camino a la madre Matilde del Santísimo Sacramento. Habiendo llegado a Caen conoció a Juan de Bernières y se puso bajo su guía espiritual. Pasó luego a París y fundó allí las Benedictinas de la Adoración perpetua. Anudó con el padre

¹ OC. IX, 141-604.

² OC. XI, 64-65.

³ OC. X, 401.

Eudes, desde su paso por Normandía, una amistad rica en mutua ayuda espiritual. Su comentario al libro del Contrato recién publicado nos revela la calidad de su espíritu. "Nada encuentro tan importante como cumplir el voto que hicimos en el bautismo: voto de Jesucristo que encierra los demás votos: vivir de la vida de Jesucristo. Los votos que hemos profesado no son sino medios para llegar al que hicimos en el bautismo, cosa en la cual no se piensa"¹. Puso ella en contacto al padre Eudes con personas claves que pudieron ayudarlo eficazmente de modo que monseñor Servien no solo no entregó la dirección del seminario a los oratorianos sino que acabó por hacer de él su seminario diocesano.

Factor decisivo para el cambio del obispo fue la experiencia que él mismo quiso hacer de la entrega apostólica de la Congregación. Inquieto y vacilante por el tratamiento que debía dar al asunto decidió pedir una misión en un pueblo muy necesitado de su grey. Hacía nueve años que el padre Eudes no podía predicar en aquella diócesis. En contados días se allegaron los fondos necesarios, se ultimaron preparativos y la misión empezó el 6 de marzo de 1656. El obispo en persona, invitado como padrino a un bautismo, se hizo presente apenas iniciados los trabajos. Ya en la Pascua vino al seminario en su imponente carroza tirada por seis caballos para entrevistarse con el humilde misionero. Años de oscuridad, silencio e incertidumbre quedaban atrás. El gozo y la luz inundaban ahora el corazón del padre y de su pequeña Congregación. Poco después, a finales de 1658, con gozo y edificación, la ciudad de Caen vio desfilar hacia la catedral a 350 ordenandos, en actitud piadosa y recogida. La obra daba frutos a la Iglesia. Por aquellos días supo de la muerte de otro de sus amigos, Juan Jacobo Olier. Mutua estima y admiración los unió en el servicio del Evangelio. Quiso el padre Eudes que en la biblioteca de los de su Congregación no faltaran, entre otras, las obras del piadoso cura de San Sulpicio.

El ingreso de un caballero.

El 8 de febrero de 1654, fiesta del Corazón de María, llegó a las puertas del seminario de Coutances el hijo de uno de sus más leales amigos. Se trata de Juan Jacobo Blouet de Camilly.

¹ MILCENT P. Op. c. p. 272.

Inclinado primero a la vida militar y opuesto a la vocación religiosa de su hermana a quien sacó por la fuerza de un monasterio, encontró finalmente su camino. Su hermana regresó al convento y él, todavía armado caballero, en la flor de los 23 años, pidió al padre Eudes lo recibiera entre sus misioneros; 26 años más tarde lo reemplazará como superior general.

Dificultades en Nuestra Señora de la Caridad.

Nuestra Señora de la Caridad hubo de sufrir igualmente los efectos de la malquerencia de monseñor Molé. Retiradas las Hermanas de la Visitación quedó en las manos aun inexpertas de Renata de Taillefer y María Herson, la sobrina del padre Eudes. Este, impedido de habitar en Caen por prohibición del obispo, no podía seguir de cerca la marcha de la obra. Las dificultades eran grandes y Renata estuvo tentada de abandonar su camino. Sólo la intervención misteriosa de María santísima, confesaba ella, la había retenido allí. Pero la oración del padre Eudes, de María des Vallées y de los amigos de la casa estuvo siempre alerta. Surgió por entonces un benefactor tan discreto como eficiente, Juan Le Roux de Langrie, presidente del parlamento de Ruan, quien facilitó el traslado de la obra a un albergue más adecuado y espacioso. Monseñor Molé más deseoso de acabar con ella que de fortalecerla ponía óbices y pretextos. Cedió finalmente cuando sus exigencias, sobre todo económicas, fueron satisfechas. Sin embargo, era claro para el padre Eudes que mientras no hubiera una comunidad estable la vida de la institución sería precaria. Por el momento logró que las religiosas de la Visitación regresaran a tomar la dirección y a encargarse de la formación de las aspirantes. En junio de 1651 la madre Patin, con tres religiosas más, llegaron a la casa; en septiembre siguiente María Herson tomaba el hábito religioso bajo el nombre de sor María de la Natividad. No pudo el padre Eudes acompañarla debido a su forzado alejamiento de la ciudad. Escribió entonces a su "muy querida sobrina e hija en nuestro Señor" una preciosa carta donde le expone el ideal de la formación. Y le añade: "para ti y para mí es doloroso no poder estar en la ceremonia de tu toma de hábito; todo, sin embargo, resultará mejor y lleno de bendición, pues en las cosas de Dios mientras más cruces haya mayores son

los frutos. Nada me impide con todo estar allí presente de espíritu y de corazón"¹.

La muerte de monseñor Molé no significó el fin de las contrariedades del padre en su obra de Nuestra Señora de Caridad. La madre Patin, contrariando el deseo de algunas hermanas que pedían al padre Eudes, solicitó a monseñor Servien el nombramiento, como superior, de un sacerdote conocido de ella. El obispo no accedió y nombró a Claudio Le Grand, amigo del padre. Esta muestra de desconfianza fundada quizás en temores de que la presencia del padre comprometiera la empresa, lo llevó a escribir: " si me dejara llevar de mis sentimientos tendría sobrados motivos para abandonar esa casa; pero debemos olvidarnos y mirar sólo a nuestro Señor y a su santa Madre y hacerlo todo por su amor"².

La mano de Dios trajo a la naciente institución a una persona notable y con ella otras vocaciones de calidad. Se trataba de María de Soulebieu, marquesa de Boisdavid. Era una joven viuda, mujer rica de valores, humilde, con vocación de servicio y capacidad para toda clase de faenas así fueran duras y penosas. Escasos tres años pasará en la obra que una caída le arrebatará prematuramente a esta misión cuando contaba apenas 40 años. En emotiva carta el padre Eudes iluminará el sentido de esta esperanza frustrada a los ojos del mundo. "La muerte de nuestra querida hermana María del Niño Jesús me tomó de momento por sorpresa, pero habiendo puesto los ojos en la muy adorable voluntad que dispone en todo siempre lo mejor, mi corazón ha quedado en paz. Se marchó para tomar posesión del cielo en nombre de todas las hermanas y comenzar la fundación eterna de Nuestra Señora de la Caridad"³.

Ruan, capital de Normandía.

La ciudad de Ruan era el centro económico y político de la región así como el foco de agitación del partido jansenista animado por el arrogante Carlos du Four. El preclaro Pedro Lambert de la Motte, futuro obispo de Beirut, quien inicialmente había deseado

¹ OC. X, 459-502.

² OC. X, 408.

³ OC. X, 525. LELIEVRE E. *Madame de Boisdavid*. Coutances. 1925.

hacer parte del grupo del padre Eudes, concibió el proyecto de fundar en Ruan un seminario. Corría el año de 1657. Recibió el apoyo decidido del arzobispo Francisco de Champvallon quien llamó a Eudes e inició con él los trámites dentro de la mayor discreción. El clima de lucha religiosa era efervescente, atizado por la reciente publicación de las Cartas Provinciales de Blas Pascal. Un acuerdo se firmó en la Ascensión de 1658; luego en el decreto de fundación se establecía que "se confía el seminario a una comunidad de eclesiásticos que esté unida y agregada a las comunidades de dicha Congregación ya establecidas en Caen, Coutances y Lisieux". El padre Tomás Manchon fue nombrado primer superior. Conocida la decisión se levantó contra el padre Eudes y su obra violenta tempestad que puso en peligro de zozobra la naciente fundación. Hecha claridad sobre la ortodoxia de los directores se dio comienzo a los "ejercicios del seminario" a finales de 1659. En la cuaresma de 1660 Ruan contempló a su turno con admiración de todos el piadoso desfile de 220 ordenandos. El arzobispo era el primero en "decir y repetir a todo el mundo y dondequiera iba el gozo que le causaba su seminario"; el padre Eudes participó en los "ejercicios del seminario" haciendo instrucciones a los ordenandos y pasando largos períodos en aquella comunidad¹.

La familia crece en el cielo.

El 25 de febrero de 1656 había muerto María des Vallées. Fueron sus dos últimos años plenos de paz y cargados de oración. El 8 de febrero había comulgado por última vez. El padre Eudes la acompañó hasta el final con solicitud incansable. Antes de morir había predicho ella a Juan de Bernières que moriría en fecha próxima como efectivamente sucedió en mayo de 1659 a los 57 años. Desde joven hizo camino espiritual al lado del padre Eudes. Construyó una ermita donde pasaba largos tiempos dedicado a la contemplación. Allí se constituyó en guía espiritual de muchos de sus contemporáneos ansiosos de Dios, entre ellos el beato Francisco de Montmorency-Laval, primer obispo de Quebec. Cuatro años pasó éste en la ermita preparándose para su ministerio episcopal. Mérito del padre Eudes fue mantener a este laico memorable en su condición de tal

¹ MILCENT P. Op. c.p. 312.

y apoyar con su amistad y su presencia su misión orante en el mundo.

Misiones en París.

Durante dos años consecutivos, 1660 y 1661, Juan Eudes va a residir en París. Diversas razones, sobre todo las que tenían que ver con su Congregación sacerdotal, lo van a retener en la capital. No era su gozo pasar los días en aquella ciudad, llena de esplendor pero también de fatigas y malos olores. Su residencia habitual era el seminario de San Sulpicio pero también fue huésped de su amigo el obispo Claudio Auvry quien luego de su obispado en Coutances había pasado al servicio inmediato de Mazarino. Apreciando el poder de su palabra, Auvry le propuso una misión en el hospicio de Quinze-vingts. El padre reunió rápidamente a sus colaboradores, obreros disponibles para las fatigas del Evangelio, y durante siete semanas, con gran éxito, hizo escuchar su palabra profética. Fue tal la impresión que san Vicente de Paúl escribió a sus misioneros en Varsovia: "unos sacerdotes de Normandía, encabezados por el padre Eudes, de quien, creo, ustedes han oído hablar, vinieron a hacer una misión en París con bendición admirable; el patio de Quinze-vingts, con ser muy espacioso, resultó pequeño para contener la muchedumbre que venía a las predicaciones"¹. No sólo siguieron la misión los 300 ciegos para quienes había sido construido el hospicio por el rey san Luis, sino que muchos de los nobles habitantes del cercano Louvre y de sus alrededores se unieron a ellos. Al escuchar la predicación del padre Eudes uno de los prelados asistentes, y no eran pocos, comentó: "así deberíamos predicar todos". Quien así hablaba era el joven Bossuet.

Como consecuencia de la misión llegó a aflorar el efímero proyecto de que los misioneros del padre Eudes se establecieran allí para el servicio pastoral. No obstante la intervención de la reina Ana de Austria dicho plan no cristalizó.

Pocos días después dio comienzo en la ya conocida parroquia de San Sulpicio, "la más memorable de las misiones del padre Eudes". Abarcará los meses de julio y agosto y tendrá como escenario el espacioso templo de Saint Germain des Près. La

¹ CITADO POR MILCENT P. Op. c. p. 334.

reina Ana de Austria vino al sermón final. Escuchó al Padre hablar con ardor de combatir las herejías, moderar el lujo y ocuparse con eficacia de los pobres. Durante la procesión del Santísimo que clausuraba los ejercicios, fogoso conductor de multitudes como era, hizo gritar repetidas veces por la muchedumbre un vibrante ¡VIVA JESUS!, como eco de lo que ese mismo pueblo había clamado, ocho días antes, en la entrada solemne de Luis XIV en París luego de su matrimonio con María Teresa: ¡Viva el rey!.

Consignó en su diario el registro de estas dos misiones acentuando "las bendiciones maravillosas que derramó Dios en la misión de Quinze-vingts, como "las aun mayores bendiciones" de la predicada en San Germán¹.

En camino hacia China.

Por aquellos días de 1660 un obispo misionero de China pasó por Francia invitando sacerdotes para el servicio de la iglesia en aquel lejano país. Tres de los miembros de la comunidad del padre Eudes, seducidos por su palabra y su aventura, dieron sus nombres al obispo. Reticente al principio, convencido después, envió a Pedro Sesseval una solemne carta de obediencia: "Sí, mi muy querido hermano, de todo corazón aprobamos esta santa empresa... Vete en nombre de la Trinidad santa para hacerla conocer y adorar en los lugares donde no es conocida ni adorada... Vete en nombre de Jesucristo... para aplicar a las almas el fruto de la sangre preciosa que él derramó por ellas... Vete en nombre y de parte de nuestra pequeña Congregación para hacer en China... lo que ella quisiera realizar en todo el universo... para establecer el Reino de Dios..."². Ninguno de ellos llegó a su destino pues fallecieron en el rigor de aquellos viajes.

De nuevo ante Roma.

En ningún momento había abandonado el padre Eudes la preocupación por obtener de la Santa Sede la aprobación de sus dos institutos. Residiendo en París creyó encontrar en Luis Boniface, sacerdote flamenco no perteneciente a su Congregación,

¹ Memoriale OC. XII, 120-121.

² OC. X, 440.

la persona apta para este propósito. Sus amigos, los obispos de Coutances, Ruan y Lisieux, y el mismo monseñor Auvry lo favorecieron con cartas de recomendación; el propio rey Luis XIV apoyó su causa con dos misivas en las que ponía muy en alto las bendiciones copiosas de las misiones realizadas en París así como el beneficio que de él recibía el reino de Francia. La reina madre, Ana de Austria, envió una carta personal al Papa Alejandro VII. Lleno de esperanzas partió para Roma el padre Boniface.

"Sea en todo nuestra norma la divina voluntad"

Su obligada permanencia en París le brindó la oportunidad de reflexionar sobre el verdadero querer que conduce la vida del hombre. ¿Quería él, Juan Eudes, permanecer en París? Ciertamente no; pero si Dios así lo quería ¿acaso no era él mismo, Juan Eudes, quien, sin saberlo, lo estaba deseando? ¿No era ésa su verdadera voluntad? "Es cierto que mis meses son largos, mucho más de lo que pienso, pero no de lo que quiero... pues nada quiero en este mundo ni en el otro sino dejarme llevar dulcemente entre las manos de la muy adorable voluntad de mi Dios... no sé cuándo regresaré a Caen...será sí, cuando yo quiera, pero no sé cuando será que lo voy a querer, esto es, no sé cuando lo querrá Dios"¹; estaba así permanentemente atado al querer de Dios "que lo retenía en París y no tenía ni pies ni manos para defenderse de él, por el contrario le eran amables sus cadenas"². Partiendo del encuentro constante de la divina voluntad en su vida y en la de los demás supo construir una muy fundada teología de lo imprevisto.

De nuevo el profeta que clama.

El 6 de febrero de 1661 una parte del palacio real del Louvre fue devorado por las llamas. Muchos retratos de los reyes perecieron en el fuego. Dos días después predicaba el padre Eudes donde las Benedictinas del Santísimo Sacramento por invitación de la madre Matilde. Ya terminando su sermón vio que llegaba la reina madre, Ana de Austria. Detuvo su palabra, esperó a que ella y su comitiva tomaran asiento y luego, con segura libertad,

¹ OC. X, 522.

² OC, X, 440.

habló así ante ella: "Señora, no tengo otra cosa qué decir a su majestad, sino suplicarle humildemente, ya que el Señor la ha traído a este lugar, que no olvide nunca la vigorosa predicación que Dios ha hecho a usted y al rey con este incendio del Louvre. Para los cristianos no hay cosas al azar... Los reyes pueden levantar palacios como el Louvre pero Dios les ordena dar alivio a sus súbditos, tener compasión de tantas viudas y huérfanos y de tantos pueblos oprimidos por la miseria... que si el fuego no había perdonado la casa del rey... ni tenido respeto por los retratos de los reyes, el fuego de la ira divina tampoco perdonaría los originales si no ponen su autoridad al servicio del Reino de Dios...".

La reina lo recibió bien, "no como de parte de un hombre sino de Dios" y puso en su lugar a algunos áulicos que quisieron indisponerla contra el predicador. Así lo cuenta él mismo en carta a sus hermanos del seminario de Caen¹.

Penas en el camino.

"En el año 1661 y 1662 me hizo Dios la gracia de darme varias grandes aflicciones"²; entre ellas sobrevino la muerte de dos de sus compañeros: Ricardo Le Mesle "uno de nuestros mejores hermanos, de los más útiles y afectos a la congregación"³, cercano a su corazón y aun confidente en momentos dolorosos. El otro Pedro Jourdan, ambos en los 53 años. A su fallecimiento escribió: Es aflicción que me ha causado dolor extraordinario...si me dejara llevar de mis sentimientos gritaría con dolor y lágrimas: ¿Es así como nos separa la muerte amarga? (1 Sm. 15,32)...Pero grito desde lo más hondo de mi corazón: sí, Padre muy bueno, puesto que tal es tu voluntad"⁴.

Por aquellos mismos días murió otro de sus entrañables amigos, Jacobo de Camilly. Desde el comienzo de sus proyectos apostólicos estuvo a su lado con su apoyo económico y su fiel amistad. Su hijo Juan Jacobo hacía parte ya del grupo del padre Eudes y su esposa Ana sostuvo con él una asidua correspondencia

¹ OC. X, 441-444.

² Memoriale OC. XII, 121.

³ OC. X, 447.

⁴ OC. X, 447.

llena de afecto y solicitud. Amó ella la joven Congregación hasta el punto de que en una de sus cartas él le dice: "todos sus hijos de Coutances la saludan humilde y afectuosamente" y más tarde afirmará: "Dios le dio un corazón de madre para con toda la Congregación". Al conocer la muerte del señor de Camilly a quien llamó "su muy querido hermano del corazón" escribió a Ana: "No me detengo en decirle, mi amadísima hija, cómo estoy de afligido y angustiado porque raya en lo indecible; conozco por experiencia que sus angustias y dolores son mis dolores y mis angustias. Recibí su carta el sábado cuando ya el correo había salido, por eso sólo hoy puedo escribirle lo que acrecienta mi pena pues ha pasado tanto tiempo sin haber podido brindarle algo de consuelo. Me aflige inmensamente no poder estar cerca para llorar con usted y asistirle en el estado en que se encuentra"¹. Es una extensa carta en la que el austero y duro padre Eudes, a sus horas, desvela su ternura y su capacidad de expresar y compartir sus más hondos sentimientos.

Finalmente una aprobación romana.

Mientras tanto Luis Boniface adelantaba en Roma largos trámites en cumplimiento de su misión. En lo que respecta a Nuestra Señora de la Caridad los frutos no llegaban con la celeridad que hubiera deseado la madre Patin. Consideraba además que los gastos eran excesivos y no justificaban la empresa. En cambio el padre Eudes era de parecer que la aprobación romana aseguraría el futuro de la institución y que por lo tanto valía la pena correr los riesgos. Boniface regresó en 1663 sin alcanzar sus propósitos.

Inopinadamente el camino vino a despejarse a raíz de la misión predicada por el padre Eudes y sus compañeros en Chalons por petición del excelente obispo Félix Vialart de Herse. Nació allí la idea de interesar directamente al influyente cardenal de Retz. Accedió él y su intervención hizo que el expediente respectivo, que hacía tres años dormía en la Sagrada Congregación, fuera estudiado y recibiera finalmente la aprobación. Era el 4 de septiembre de 1665. El 2 de enero siguiente el obispo de Bayeux recibió la bula firmada por el papa Alejandro VII. El día de la Ascensión diez y seis hermanas renovaron su profesión. El padre

¹ OC. XI, 77-85.

Eudes tuvo a su cargo la homilfa. Comentando el Evangelio que habla de los misioneros que imponen las manos a los enfermos y los sanan invitó a las hermanas a curar, amándolas, a todas aquellas personas a quienes eran enviadas por Dios. Manifestó luego que sentía su misión cumplida y que bien podía ya salir de este mundo. Desconocía que aun le quedaban años de luchas y trabajos. En cambio, dos hermanas de Nuestra Señora de la Caridad morirían pronto : la tenaz y heroica Renata de Taillefer sobre cuya leal y paciente entrega se edificó la Orden y la madre Patin, abnegada, rica en dones del Espíritu, luchadora infatigable sobre quien recayó especialmente la obra de formación de las religiosas¹.

Por el contrario para la Congregación sacerdotal como para el padre Eudes la misión de Boniface trajo penas inmensas. Había pedido él a su enviado no remover el asunto sino sondear prudentemente la situación. Ya en Roma, Boniface, ignorante de todo el padre Eudes y aun contra su consigna, presentó al Papa una súplica en favor de la aprobación de la Congregación. Aun más, lo hacía en nombre del padre. El documento fue desestimado y archivado. Años más tarde, sirviéndose de este escrito que comprometía al padre y a los suyos "por voto irrevocable a sostener la autoridad del Sumo Pontífice aun en materia dudosa", un malqueriente, ignorando que el padre Eudes nada tenía que ver ni con el contenido ni con la redacción de la súplica, lo hizo caer en desgracia ante el rey y puso en peligro inminente de desaparición la aún frágil comunidad².

Templo en honor del Corazón de María.

Fallecido el benemérito obispo de Bayeux, monseñor Servien, fue designado para sucederle un varón de cualidades apostólicas, Francisco de Nesmond, comprometido en la renovación cristiana de la Iglesia. Durante su mandato episcopal el padre Eudes va a emprender uno de sus más ambiciosos proyectos: construir en Caen un templo en honor del Corazón de María y edificar una sede amplia, "sencilla, sin ornamentaciones superfluas" para el seminario. Esta última tomará más tiempo y sólo será terminada

¹ MILCENT P. Op. c. pp. 392-397.

² Ib. p. 374.

después de muerto el padre Eudes¹. Con la ayuda de generosos bienhechores adquirió de la municipalidad de Caen un espacioso terreno situado frente a la casa de la Misión, residencia de la comunidad. Decidió empezar por la edificación del templo cuya primera piedra puso el 20 de mayo de 1664.

Meses antes, en la fiesta del 8 de febrero, había conocido el fallecimiento del padre Tomás Manchon, superior del seminario de Ruan y a quien el padre consideraba como "el mejor de los misioneros y el más poderoso en el púlpito". Contaba sólo 46 años. Incansable, sin consideración alguna para consigo mismo en el trabajo, solía decir: "La vida buena es corta"!. "Nuestro Señor y su santa Madre nos han hecho un don precioso dándonos una gran cruz, la muerte de nuestro muy querido hermano Tomás Manchon"². Así, en adoración a la divina voluntad, vivieron él y sus hermanos este acontecimiento. De los cinco compañeros de la primera hora era ya el cuarto que moría.

Por aquellos tiempos el padre Eudes había coronado ya los 60 años. Había soportado varias enfermedades de consideración. Sin embargo su caridad apostólica no se veía disminuida. El fatigante trabajo de las misiones seguía siendo su campo preferido; en él encontraba a aquellos y aquellas que orientaría luego hacia sus otras obras: Nuestra Señora de la Caridad y los seminarios. "Abordaba cada misión como nueva aventura evangélica, como novedoso combate espiritual, con inagotable reserva de entusiasmo y admiración"³. Sabía descubrir cada vez las maravillas que Dios obraba y bendecía a Dios por ellas. Así lo anota a propósito de la misión de Chalons en 1665: "Gracias a Dios poseo tanto vigor para la predicación como jamás lo he tenido; he predicado casi a diario hasta el presente. Nuestros dos hermanos Blouet y Yon empiezan a prestarme ayuda en los días en que además doy conferencias a eclesiásticos y religiosos pues el señor obispo ha hecho venir agustinos, benedictinos, dominicos, franciscanos, jesuitas, etc"⁴. Entre otras muchas misiones predicadas en aquellos años destaca él mismo tres: la de

¹ Esta edificación, majestuosa y sobria, existió hasta 1944 cuando fue destruida en los bombardeos del desembarque de las tropas aliadas.

² Memoriale OC. XII, 122.

³ MILCENT P. Op. c. p. 406.

⁴ Memoriale OC. XII, 127.

Caen que duró tres meses, la de Evreux por el singular aprecio que el obispo dispensó a él y a sus hermanos con la consecuencia inmediata de la fundación del seminario, y la de Ruan, "llena en el comienzo de obstáculos y dificultades" por la animosidad de los jansenistas especialmente poderosos en aquella ciudad¹.

Ejercicios de los seminarios en Evreux.

Amistad y aprecio mutuos distinguieron la relación entre el obispo de Evreux Enrique de Maupas du Tour y el padre Eudes. A raíz de la misión allí predicada entre 1666 y 1667 extendió a su diócesis la fiesta en honor del Corazón de María y convino en abrir un seminario y confiarlo a la Congregación del padre Eudes. "Compró, amobló y dotó la casa en que funcionaría" la obra, gozándose en ello "como si hubiera adquirido el Louvre", escribe el padre en su Diario². El mismo obispo rindió testimonio, años más tarde, del trabajo realizado por los hermanos del padre Eudes: "hace ya seis años que esta poco numerosa Congregación de virtuosos eclesiásticos, bajo la guía del padre Eudes, dirige nuestro modesto seminario con tales ejemplos de virtud que todos los buenos reciben consuelo. Teníamos allí en estos días 60 jóvenes en preparación para la ordenación; hicieron un retiro admirable y salieron de él con edificación de todos"³.

En los campos de Bretaña.

Bretaña era una de las regiones más ricas de Francia. La facilidad de la vida traía consigo no poca disipación y mucho afecto a las diversiones. Viva se conservaba sin embargo el alma religiosa de los bretones. Desde dos años atrás el obispo de Rennes, monseñor Francisco de Vieuville, había invitado al padre Eudes a predicar un jubileo en la diócesis. Insistía por su parte el misionero en que se realizara un ejercicio cristiano exigente y prolongado. Se convino en verificar una misión que se extendería por 134 días, la más larga de cuantas predicaron los misioneros del padre, desde el adviento de 1669 hasta la Pascua de 1670.

¹ Memoriale OC. XII, 127.

² Memoriale OC. XII, 126-127.

³ MILCENT P. Op. c. p. 403.

A propósito de ella escribe a una religiosa: "Me dio Dios tal fortaleza durante esta misión que prediqué en la catedral casi diariamente durante doce semanas ante un muy numeroso auditorio como si estuviera en el vigor de los 30 años. Tengo por ello la firme resolución de emplear el resto de mi vida en este trabajo"¹. Y a fe que así lo hará.

Los frutos de la misión fueron extraordinarios. Además durante la misión se convino en fundar e instalar el seminario de la diócesis. El padre Juan Jacobo Blouet de Camilly, con cuatro presbíteros y cuatro hermanos laicos, pasó a habitar la casa donada por el obispo para tal efecto. El pueblo de Rennes recibió con gozo la presencia de la nueva comunidad y frecuentaba gustoso la capilla, sencilla y pobre en sus comienzos, pero servida por buenos confesores y predicadores celosos, que predicaban con respeto la palabra de Dios².

Fue igualmente en Rennes donde se fundó el segundo monasterio de Nuestra Señora de la Caridad. Fallecida la madre Patin la joven comunidad se dio en la persona de la madre María del Santísimo Sacramento la primera superiora salida de sus propias filas. El padre Eudes seguía acompañando con sus consejos la marcha de esta querida Orden. Al llegar los misioneros a Rennes encontraron ya en funcionamiento una obra de ayuda a mujeres penitentes o reclusas. Había sido confiada a María Heurtaut, otrora novicia de Nuestra Señora de la Caridad, mujer valiosa adornada de gracias místicas. Se empeñó ella en que las Hermanas tomaran la dirección de la casa y de la obra. Venciendo la resistencia inicial de la nueva superiora de Caen logró el padre Eudes que dos hermanas vinieran a Rennes y, asumiendo la guía del grupo ya existente allí, echaran las bases de este segundo monasterio de la Orden.

Celebración del amor divino: el Corazón de Jesús.

El año de 1672 es una fecha cumbre en la vida del padre Eudes y en la historia del culto al divino Corazón de Jesús. El 20 de octubre de aquel año, por iniciativa suya, en sus seminarios de Caen, Coutances, Lisieux, Evreux y Rennes se celebró por

¹ OC. XI, 100.

² Anales de la Congregación, citados en MILCENT P. Op. c.p. 444.

primera vez en la Iglesia la fiesta litúrgica en honor del Corazón de Jesús. Pronto varias iglesias particulares y numerosas congregaciones religiosas la adoptaron y la llevaron fuera de Francia. Fue la hoguera del amor divino que empezó a encenderse allí.

Desde años atrás venía el padre preparando pacientemente el texto de la Misa y el Oficio divino para una solemnidad y su octava. Se rezumaban allí jugosos años de oración, reflexión y experiencia de vida cristiana no sólo en él sino también en quienes se beneficiaban de su guía espiritual. Primero había sido la fiesta del Corazón de María en 1648. Ella, la Madre que lleva en su entraña y en su Corazón al Hijo, había abierto el camino para este acontecimiento.

En carta jubilosa del 29 de julio de 1672 invitaba a sus hermanos a prepararse para esta fiesta. "Es gracia inexplicable de nuestro amabilísimo Salvador el haber dado a nuestra Congregación el Corazón admirable de su santísima Madre; pero su bondad ilimitada no se ha detenido allí: nos ha dado su propio Corazón, para ser, con el de su gloriosa Madre, el fundador, el superior, (...) el Corazón y la vida de esta Congregación.

Nos ha hecho este regalo desde el nacimiento de la misma. Si bien hasta hoy no hemos celebrado una fiesta especial del Corazón adorable de Jesús jamás hemos separado dos realidades que Dios ha unido tan estrechamente: el Corazón augusto del Hijo de Dios y el de su bendita Madre"¹.

Quiso añadir un signo a la fiesta. Pidió a cada una de sus comunidades que invitaran a su mesa a doce pobres, de los verdaderos indigentes del mundo. No se trataba de realizar un gesto de mera sensibilidad social. Quiso expresar a través del amor y el servicio a los pobres, imagen viviente del Señor en la historia, la realidad del amor redentor que estaban celebrando.

En la corte del Rey Sol.

Francisco de Champvallon llegó en 1671 al arzobispado de París. Venía de Ruan donde había conocido al padre Eudes y confiado en

¹ OC. X, 459-463.

su obra. De inmediato propuso al rey Luix XIV una misión en la corte, en el ya habitable palacio de Versailles. Eran los días del jubileo ordenado por el papa Clemente X con ocasión de su llegada al pontificado. Hacía un año que el padre había predicado una cuaresma en la Santa-Capilla, recuerdo invaluable del rey San Luis. Pero esta vez el reto era mayor. En tres días reunió su equipo y se presentó, lleno de fe, en el palacio real. Era el domingo de ramos. El rey y la reina vinieron poco después y durante tres días siguieron los ejercicios de la misión.

Frente a frente estuvieron el valiente misionero, luchador de mil batallas contra el mal, en la madurez de sus 70 años y el rey poderoso en el esplendor de sus 32 años. Este lo saludó así: "Estoy muy contento de que monseñor lo haya escogido para esta misión; usted hará aquí mucho bien; continúe como ha comenzado..."¹. Por su parte el padre recuerda en su Diario: "Estando expuesto el santísimo Sacramento Dios me hizo la gracia de hacer dos exhortaciones vigorosas ante la reina, sosteniendo la custodia en la mano, y luego una más vigorosa aun ante el rey"². Registrando este hecho anota el analista de la Congregación: "Habló al rey de la Pasión del Hijo de Dios durante un buen cuarto de hora. El rey lo escuchó de rodillas y pareció impresionado. En Pascua celebró la misa ante el rey. Este lo escuchaba de rodillas con piedad edificante. Durante el ofertorio el padre alabó el hermoso ejemplo que daba a sus súbditos con su respeto y su culto al Rey de reyes, en cuya presencia los soberanos de este mundo no son más que polvo. Y añadió: Me extraña, Señor, que mientras su majestad cumple tan perfectamente los deberes de su piedad...veo multitud de sus oficiales y otros súbditos que hacen lo contrario. El rey se volvió hacia sus cortesanos y todos guardaron compostura"³.

Pasada la misión se quedó al servicio de la capilla real uno de los compañeros del padre, Tomás Hubert, quien con gozo y satisfacción de la corte, había devuelto al lugar santo la dignidad debida.

¹ MILCENT P. Op. c. p. 461.

² Memoriale OC. XII, 128-129.

³ Anales citados por MILCENT P. Op. c.pp.461-463.

Es significativo que cuando se dirige a reyes y reinas no deja de oponer la pequeñez y la caducidad de todo lo terreno a la grandeza y majestad del Rey eterno. Es voz y conciencia de profeta que relativiza sin temores los poderes temporales y los coloca celosamente al servicio del Señor del mundo y de la historia.

Dos años después, en forma intempestiva, fue llamado de nuevo, personalmente por el rey y la reina, a predicar un jubileo extraordinario en la corte, esta vez en el templo de Saint Germain-en-Laye. El rey quería cumplir a pie la peregrinación de las estaciones y de paso educar al delfín. En carta a uno de sus hermanos el padre nos brinda detalles de esta misión. "Apenas llegado saludé a sus majestades y al delfín quienes me recibieron muy bien. Prediqué casi a diario, en las tardes, con vigor inusitado sobre temas encaminados a conmover los corazones. Todos se han mostrado satisfechos y la reina me pidió continuar la predicación toda esta semana"; y anota en seguida con toda sencillez: "La reina vino ayer aquí, al convento de las carmelitas, mientras yo me encontraba en Montmartre; manifestó tanta satisfacción por la misión y por los predicadores que no es posible expresarlo. Dijo que las demás predicaciones eran sólo palabras, que éstas llegaban al fondo del corazón, que todos estaban conmovidos y que ella notaba cambio en la conducta del rey. Ruegue a Dios que él bendiga nuestros modestos trabajos..." Y elevando sus miras termina diciendo: "Dichosos los que son amados por la Reina del cielo"¹. Entre los muchos que en esta ocasión escucharon al padre Eudes estaba seguramente Bossuet, preceptor del delfín.

Larga noche oscura.

El aprecio de que gozaba en la corte hacía presagiar que finalmente alcanzaría de Roma la anhelada aprobación de su Congregación. Decidió entonces poner de nuevo manos a la obra. El rey le concedió tres cartas, una para el papa Clemente X, otra para el embajador de Francia y una tercera para el cardenal protector del reino. Otros notables de la Iglesia y de la corte hicieron lo mismo; el encargado de estos asuntos fue esta vez uno de los presbíteros de la Congregación, Jacobo de Bonnefond quien emprendió el viaje a Roma en junio de 1673. Desde su

¹ OC. X, 465-466.

llegada sintió que una mano fría, poderosa, anónima, movía hilos y cerraba puertas. Una respuesta evasiva aquí, otra amable pero ineficaz allá... Más tarde se ha conocido que tres fuerzas, ligadas entre sí, tenían la consigna de echar a pique al "monigote del padre Eudes"¹. Tres oratorianos que semanalmente se escribían entre Roma, París y Caen vigilaban atentamente los pasos y trámites de Bonnefond. A través de Carlos du Four tenían el apoyo de los jansenistas y se mantenían en contacto con el padre Simon, superior de la Congregación de la Misión. ¿Por qué éstos, hijos de san Vicente, amigo del padre Eudes, querían también cerrarle el paso? La razón que oficialmente se daba en Roma ya desde 1662 era que la Congregación del misionero normando se dedicaba a los mismos fines de la fundada por aquél. Finalmente el cardenal Bona se atrevió a manifestar a Bonnefond: "No creo que los padres de San Lázaro tengan otros motivos para oponerse a la aprobación que los de su propios intereses"².

La última esperanza del padre Eudes reposaba en la estima de que gozaba ante Luis XIV. Tenazmente sus "bienhechores" buscaron el documento que años atrás su enviado Boniface había presentado a la Santa Sede en nombre del padre pero sin su consentimiento ni aprobación. Aquella súplica en la que Eudes y los suyos se comprometían por voto a defender los derechos del Papa se consideraba lesiva de los intereses del rey. Eran los días en que el galicanismo dominaba en la iglesia de Francia. Finalmente el cardenal d'Estrées dio con ella y la deslizó en manos de quien podría hacerla llegar a Luix XIV. Un mes más tarde éste retiraba su apoyo a Juan Eudes a quien hasta entonces había admirado.

Fue quizás su hermano Francisco Eudes de Mézeray, historiador muy conocido en París y en la corte, quien lo puso al corriente de lo que estaba sucediendo. Perder el favor del rey no era sólo problema político o de conveniencias humanas; para él tenía alcance de orden religioso. El rey era la persona sagrada que gobernaba su nación. Ser arrojado de su faz equivalía a saborear el más amargo castigo. El padre Eudes midió de inmediato las consecuencias que podrían seguirse y estuvo dispuesto a desaparecer de la escena. Así escribió a Bonnefond: "Por lo que a mí respecta que suceda lo que se quiera: que se me arroje al mar

¹ BATTEREL, analista del Oratorio, citado por MILCENT P. Op. c. p. 481.

² MILCENT P Op. c.p. 480

para que se apacigüe la tormenta, que se ponga a otro en mi puesto. ¿Qué otra cosa quiero, qué busco sino que Dios sea glorificado? De todo corazón renuncio al superiorato a los pies de su Santidad".¹

Duramente golpeado intentó jugar sus últimas cartas; ante todo buscar que Boniface dijera la verdad, lo que hizo en dos ocasiones por escrito y con mucho dolor por lo sucedido. Intentar además el apoyo de la reina María Teresa quien le guardaba admiración y aprecio y recurrir a la influencia de la madre Matilde; ésta alcanzó que no fuera confinado en La Bastilla. A mediados de abril recibió la orden de abandonar a París. La firmaba el poderoso ministro Colbert. Su respuesta, digna y dolorosa, fue ésta: "Domingo 15 de abril de 1674, en la mañana. Señor, ayer tarde recibí la orden de confinamiento emanada de usted con el mandato de retirarme al seminario de Caen. Al punto me dispuse a obedecer. No habiéndome sido posible encontrar puesto en los coches y no siéndome posible, a causa de mi edad, ir a caballo o a pie, salgo ahora mismo de París para ir a esperar en el camino un carrocín que me debe llegar de Evreux. Me he creído en la obligación, señor, de darle cuenta de mi puntual obediencia y protestarle que soy, con profundo respeto, su muy humilde y obediente servidor, Juan Eudes, sacerdote"².

Abatido por tanto sufrimiento y enfermo, por primera vez hace humilde confesión de debilidad: "Estas ligeras cruces nada serían para hombros más fuertes que los míos pero mi flaqueza se doblega a menudo bajo el peso de la carga"; y pide orar por sus perseguidores: "Continúe orando por mis muy queridos bienhechores a los que mucho debo; quiera la divina bondad hacer de ellos grandes santos en la dichosa eternidad por los muchos bienes que me hacen"³.

Nueva cruz iba a añadirse a sus tribulaciones. El jansenista Carlos du Four, quien desde años atrás sostenía contra él una sorda e implacable persecución, vio llegado el momento propicio para venir públicamente al ataque. Bajo el título de CARTA A UN DOCTOR DE LA SORBONA dio a la estampa un libelo

¹ OC. X, 470.

² OC. XI, 107.

³ OC. XI, 109.

anónimo "lleno, dice el padre, de injurias atroces y de calumnias acusándome de numerosas herejías...pero todo se disipó como humo"¹. El escrito fue difundido por toda Francia. Además de ser fautor de 13 herejías se decía allí que el padre Eudes era el propagador, bajo el nombre de Corazón de María, de un culto idolátrico a María des Vallées. Aparte de una rápida respuesta al obispo de Meaux prefirió guardar silencio; requerido por uno de los suyos para que asumiera públicamente su defensa respondió con hondura de fe: "Mil gracias por su caritativa carta...sin embargo no encuentro en el Evangelio que nuestro divino y adorable Maestro haya empleado el camino y los medios que usted me indica en su carta para defenderse de la injusticia y de la crueldad de los judíos; no puedo hacer sino tratar de imitarlo en su paciencia y en su silencio. Quizás Dios suscite alguien que responda el libelo. En cuanto a mí, abrazo de corazón todas las cruces que tenga a bien enviarme; que él me perdone y perdone a los que me persiguen..."².

Dios suscitó en la persona del sacerdote Juan Bautista de Launay-Hüe, quien no era miembro de la Congregación sino compañero asociado a los trabajos de las misiones, al que iba a tomar la defensa del padre Eudes. Publicó un escrito amplio y documentado para demostrar la inocencia del misionero normando.

En medio de la tormenta encontró fuerzas para volver a "los ejercicios de las misiones". "En los años de 1674, 1675 y 1676, dice, realizamos varias misiones que Dios bendijo abundantemente, sobre todo la verificada en Saint-Lo durante la cual la divina bondad convirtió a numerosos protestantes"³. En esta misión, a pesar del viento y del frío, predicó al aire libre con su poderosa voz, que ni los años ni las muchas penas lograban apagar.

Las alegrías finales.

Paulatinamente el horizonte se fue aclarando. En mayo de 1675 un grupo de obispos designado para estudiar su caso lo absolvió

¹ Memoriales OC. XII, 132.

² OC. X, 474.

³ Memoriale OC. XII, 132.

de toda sospecha de herejía. En Roma, el padre de Bonnefond, si bien no alcanzó la aprobación de la Congregación, sí obtuvo por bula del papa Clemente X, se le autorizara a predicar misiones en toda Francia, se confirmaran los Estatutos de la Congregación y se le permitiera establecer la Cofradía de los Corazones de Jesús y María, enriquecida de numerosas indulgencias¹.

El paso definitivo era, sin embargo, el de reconquistar el favor real. En ningún momento cejó en ese empeño e ideó caminos para lograrlo. En 1676 publicó su obra *INFANCIA ADMIRABLE DE LA MADRE DE DIOS* y la dedicó a la reina María Teresa, esposa de Luis XIV; ella le mantuvo siempre benevolencia y aprecio. "¿A quién, dice en la introducción, podría ofrecer este libro compuesto en honor de la Reina de los Angeles sino a una reina muy piadosa?...Suplico a su majestad recibir con agrado este modesto presente que me hago el honor de ofrecerle para manifestarle mi reconocimiento por todas las bondades con que ha tenido a bien distinguirme"².

Durante el tiempo de su confinamiento obligado en Caen escribió en dos ocasiones al rey, la segunda de ellas a través del propio confesor de su majestad, el jesuita padre de la Chaise. Buscó además el apoyo del arzobispo de París en quien siempre había confiado. Finalmente él mismo nos cuenta que "habiendo hecho voto a Dios de dedicar una de las capillas principales de nuestra iglesia de Caen a la Inmaculada Concepción, tres días después, recibí carta de monseñor Auvry; me escribía éste de parte del arzobispo de París y me anunciaba que el rey había depuesto la mala impresión que contra mí le habían infundido y que me trasladara a París... lo que habiendo hecho el arzobispo me presentó al rey le hablé así: Señor, aquí estoy para darle humildes gracias por la bondad que me dispensa al recibirme para que tenga yo el honor y el consuelo de ver su faz antes de morir...le ruego, Señor, honrarnos con su real protección y seguir otorgándonos el honor de sus gracias y favores". Evidentemente al hablar así pensaba no sólo en él sino en su querida Congregación. Consigna luego la respuesta del rey: "Me complace mucho verlo; conozco el bien inmenso que hace en mi reino. Continúe con su trabajo como lo viene haciendo. Me

¹ Memoriale OC. XII, 132.

² OC. V, 46-48.

gustaría verlo de nuevo; le serviré y lo protegeré en toda ocasión que se presente"¹;

Terminaba así una angustia de seis años en la que había visto comprometida su Congregación. Razón de más para dar gracias al Padre de las misericordias y a la Madre de toda bendición.

Nuestra Señora de la Caridad vino a alegrar igualmente sus últimos años. Luego de Caen y de Rennes se hicieron las fundaciones de Hennebont y de Guingamp y se fue delineando el proyecto de establecerse en París. En el momento de publicar un texto de estatutos reafirmaba el propósito de la Orden "que ha sido instituida para el mismo fin por el que el divino Salvador vino al mundo, esto es, llamar a penitencia no a los justos sino a los pecadores y buscar salvar lo que estaba perdido"².

En la corte de su Rey y de su Reina.

"Regresando de París-luego de su entrevista con el rey-, nos cuenta él mismo, el movimiento del coche al pasar por un camino lleno de piedras muy grandes me produjo una hernia que me ha hecho sufrir mucho corporal y sobre todo anímicamente pues me impidió volver a trabajar en las misiones por la salvación de las almas"³.

Vió que era llegado el momento de dejar libre el campo a sus hermanos y convocó una asamblea reducida de tres superiores, los de Coutances, Lisieux y Evreux y declaró ante ellos que sintiéndose limitado por la edad y las enfermedades escogía como vicario a Jacobo de la Haye de Bonnefond. Meses más tarde, en junio de 1680, reunió en debida forma la primera asamblea general de la Congregación para elegir su reemplazo. El escogido fue Juan Jacobo Blouet de Camilly quien ya se había hecho un buen nombre dentro y fuera de la Congregación. El padre Eudes le dio sus votos, se arrodilló ante él y le pidió la bendición.

Se dedicó luego, con ahinco, a terminar su gran obra sobre EL CORAZON ADMIRABLE DE LA MADRE DE DIOS. Le dio

¹ Memoriale OC. XII. 133-134.

² OC. X, 245.

³ Memoriale OC. XII, 134.

el toque final el 25 de julio según consignó en su Diario como último dato de su vida. "Hoy 25 de julio de 1680 Dios me hizo la gracia de acabar mi libro sobre El Corazón Admirable..."¹. En esos tiempos pulió, además, algunos de sus escritos, publicados póstumos unos o perdidos posteriormente otros.

Este último valeroso esfuerzo consumió rápidamente sus fuerzas. Cayó enfermo y pidió recibir el santo Viático y la Unción de los enfermos. Al entrar en su habitación el santísimo Sacramento rogó que se le ayudase a ponerse en pie; "se prosternó, desnudas las rodillas, sobre el piso y sostenido por dos hermanos hizo pública reparación a nuestro Señor por sus innumerables pecados y pidió perdón a todos los de su Congregación"². En seguida oró en voz alta y repitió las palabras que largo tiempo le fueron familiares y resumen toda su vida: ¡JESUS ES MI TODO!

Murió el lunes 19 de agosto de 1680 hacia las tres de la tarde. Lo enterraron sus hermanos y amigos en la iglesia aun inconclusa del seminario de Caen.

Lleno de amor a Jesucristo, Verbo Encarnado, sacerdote eterno, cabeza de la Iglesia, vida del Cristiano, "de seguro agradaría a Juan Eudes que termináramos el relato de su vida con esta plegaria en la que él condensó el grito de su fe: Si pudiera fiarme de mí mismo, no quisiera tener otro lenguaje que el de JESUS y sólo diría y escribiría esa única palabra: JESUS... JESUS es el nombre admirable que por su inmensa grandeza llena cielos y tierra, tiempo y eternidad, los espíritus y corazones de ángeles y santos; aun más, llena y ocupa por siempre la capacidad infinita del Corazón de Dios... Sería un santo y delicioso lenguaje si en la tierra se pudiera hablar y hacerse entender sin proferir nada distinto de esa dulce palabra: JESUS, JESUS. Mientras me palpito el corazón dentro del pecho...no predicaré ni escribiré jamás otra cosa que JESUS. No quiero tener vida, ni espíritu, ni lengua, ni pluma sino para anunciar de viva voz y por escrito las maravillas y misericordias de ese Nombre glorioso...Pero mucho más preferiría tener corazón para amarlo que pluma y lengua para

¹ Memoriale OC. XII, 135.

² Anales de la Congregación. Cfr. MILCENT P. Op.c.p.529.

escribir y hablar de él. Señor, tú puedes concederme ambas cosas y así lo espero de tu bondad infinita"¹.

La obra que perdura.

La Congregación de Jesús y María, aunque sin salir de Francia, llegó vigorosa a la Revolución de 1789. Dirigía entonces 16 seminarios mayores. Los días 2 y 3 de septiembre de 1792 los revolucionarios dieron muerte al superior general, Francisco Luis Hébert y a otros dos padres. Fueron beatificados en 1926. Otros afrontaron igualmente el martirio en distintas circunstancias; los demás se dispersaron y la Congregación se desintegró. Sólo en 1826 un grupo de eudistas ya mayores se reunió en asamblea general y decidieron reemprender la marcha. En 1883, por petición expresa del papa León XIII, llegaron a Cartagena de Indias en Colombia y desde entonces han servido a la iglesia latinoamericana en diversos países sobre todo en la obra de formación de sacerdotes. En 1890 fundaron el primer asentamiento en el Canadá y luego se extendieron a los Estados Unidos. En este siglo se hicieron las fundaciones en Africa desde la provincia de Francia.

La Orden de Nuestra Señora de la Caridad perdura agrupada en Uniones de monasterios o en monasterios independientes. En 1835 la superiora de Tours (Francia), santa María Eufrasia Pelletier, promovió una reforma para establecer un generalato y tomar el carácter de congregación apostólica bajo el nombre de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor. Hoy se encuentra presente en todos los continentes. Asimismo mantiene la presencia del padre Eudes entre los laicos la Orden Tercera de Hijas del Corazón de la Madre Admirable. De estas congregaciones han nacido otras que animadas por el espíritu del fundador, Juan Eudes, forman la que ha sido llamada LA GRAN FAMILIA DE UN GRAN SANTO.

En 1909 san Pío X inscribió al padre Eudes entre los bienaventurados y el papa Pío XI lo canonizó en 1925. Ambos pontífices, en las respectivas bulas de beatificación y canonización, le dieron el título históricamente bien merecido de PADRE, DOCTOR Y APOSTOL DEL CULTO LITURGICO

¹ MILCENT P. Op.c.p. 530. OC. XII, 190-191.

A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESUS Y DE MARIA. Pío XI ordenó que su estatua fuera colocada en la nave central de la basílica de San Pedro en Roma. Su vida, sus escritos y su doctrina espiritual son tesoro de la Iglesia. A través de ellos sigue pregonando al hombre de siempre LA VIDA Y EL REINO DE JESUS y continúa sosteniendo el compromiso de sacerdotes y laicos en el servicio de la Iglesia CORDE MAGNO ET ANIMO VOLENTI como solía repetir: con entusiasmo e intrepidez.

II. SUS ESCRITOS¹

La obra escrita de Juan Eudes fue abundante. Brotó de su vida y de su labor apostólica al ritmo de sus actividades pastorales como apoyo de su acción evangelizadora, como instrumento de ayuda para sus colaboradores o como medio de iniciación y de educación en los caminos de la oración y de la formación cristiana.

Cubre 44 años de su vida, desde 1636, cuando aparece su primera obra, hasta pocos días antes de morir cuando da término feliz a su monumental estudio sobre el Corazón de María. Infortunadamente no conservamos todos sus escritos. Algunos desaparecieron en los azares del tiempo, sobre todo durante la Revolución francesa.

1636. Publica el EJERCICIO DE PIEDAD QUE CONTIENE, EN RESUMEN, LAS PRINCIPALES COSAS QUE SON NECESARIAS PARA VIVIR CRISTIANA Y SANTAMENTE. Es una guía breve y práctica para llevar a la vida diaria lo predicado en las misiones. Tuvo varias ediciones (OC. II, 287-367).

1637. Es el año de LA VIDA Y EL REINO DE JESUS EN LOS CRISTIANOS. Sólo durante el siglo XVII conoció veinte ediciones. En OC. I aparece según la edición de 1670. Sin embargo en vida del mismo san Juan Eudes fue editado ocasionalmente con algunos textos como el TRATADO DEL HONOR DEBIDO A LOS LUGARES SAGRADOS

¹ Las citas entre paréntesis indican el tomo y las páginas de las Obras Completas donde estos escritos se encuentran actualmente publicados. La lista se ha establecido según OC. I, VI-IX y MILCENT' P. Saint Jean Eudes. Vie Eudiste. 1973. No. 8 pp. 9-12.

(actualmente en OC. II, 7-61) o las MEDITACIONES SOBRE LA HUMILDAD (hoy en OC. II, 71-127) o los COLOQUIOS INTERIORES DEL ALMA CRISTIANA CON SU DIOS (ahora en OC. II, 135-194).

1642. Editó LA VIDA DEL CRISTIANO o CATECISMO DE LA MISION. Reeditado en numerosas ocasiones era instrumento útil para los catequistas de la misión y para los fieles (OC. II, 380-519).

1644. Es el año de los CONSEJOS A LOS CONFESORES MISIONEROS. Este escrito fue reelaborado posteriormente (OC. IV, 378-402).

1648. Con ocasión de la celebración en Autun de la primera fiesta litúrgica en honor del Corazón de María publica LA DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON Y AL SACRATISIMO NOMBRE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA. Comprendía los textos litúrgicos, Oficio y Misa, en latín, y su primer trabajo sobre el Corazón de María, reflexión y práctica de la devoción. Fue su primera obra mariana. Fue reeditado varias veces (OC. VIII, 399-508; OC. XI, 251-317; 417-437).

1652. En especial para el servicio de su Congregación pero también para algunas diócesis que habían acogido sus fiestas editó en Caen OFICIOS COMPUESTOS EN HONOR DE NUESTRO SEÑOR Y DE SU SANTISIMA MADRE, DE SAN JOSE, DE SAN GABRIEL, DE LOS SANTOS SACERDOTES Y LEVITAS Y DE VARIOS OTROS SANTOS. Recibió su forma definitiva en 1672 cuando la celebración de la fiesta en honor del Divino Corazón de Jesús (OC, XI, 204-665).

1654. CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS POR EL SANTO BAUTISMO. Obra breve pero densa, en la línea de Vida y Reino de Jesús. Busca hacer tomar conciencia al cristiano sobre la dignidad y las exigencias de la vida en Cristo. Reeditado muchas veces. Una reelaboración hecha en el siglo XVIII alcanzó 50 ediciones (OC. II, 204-244).

1660. **MANERA DE AYUDAR DIGNAMENTE LA SANTA MISA.** Opúsculo práctico que refleja su estima de la virtud de religión: el digno servicio del altar. Repetidamente editado (OC. IV, 407-432).

1666. **EL BUEN CONFESOR.** Ya en 1644 había publicado una obrita bajo el título **CONSEJOS A LOS CONFESORES MISIONEROS.** Pasados los años, cargado de experiencia, vuelve sobre el tema y desarrolla ampliamente lo allí expuesto. Conoció numerosas ediciones (OC, IV, 143-309).

1668. **MANUAL DE DIVERSOS EJERCICIOS DE PIEDAD PARA USO DE UNA COMUNIDAD ECLESIASTICA.** Recoge el uso de oraciones y orientaciones espirituales practicadas en sus comunidades ya desde el principio. Ha sido editado muchas veces y adaptado para uso de comunidades y parroquias (OC. III, 267-492).

1670. La orden de Nuestra Señora de Caridad recibió en 1666 la aprobación pontificia. Cuatro años después aparecieron en Caen y para su intención las **REGLAS DE SAN AGUSTIN Y CONSTITUCIONES PARA LAS HERMANAS RELIGIOSAS DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD.** Nueva edición en 1682. (OC. X, 41-190).

1676. Publicó en París **LA INFANCIA ADMIRABLE DE LA SANTISIMA MADRE DE DIOS.** Dedicada a la reina María Teresa, estaba dirigida especialmente a "las religiosas de San Benito... y a todas las que reciben niñas en sus monasterios para educarlas en el temor y en el amor de Dios". Esta finalidad explica mucho del estilo y del contenido de la obra (OC. V, 43-490).

1681. Terminada pocos días antes de morir se publicó como obra póstuma al año de su muerte **EL CORAZON ADMIRABLE DE LA SACRATISIMA MADRE DE DIOS o LA DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE MARIA.** Exposición amplia de su primera obra sobre el tema publicada en 1648. Conformar tres tomos de las obras completas así: OC. VI, 1-445; VII, 7-678; VIII, 7-388. Está dividida en doce libros el último de los cuales (OC. VIII, 206-388) trata expresamente del Divino

Corazón de Jesús. Ha conocido varias ediciones. En volumen aparte ha sido publicada la parte sobre el Corazón de Jesús.

1681. Asimismo como obra póstuma se publicó **EL MEMORIAL DE LA VIDA ECLESIASTICA**. Contiene un resumen de cuanto es necesario y útil a toda clase de eclesiásticos para su salvación y su santificación. Así reza el título completo. La primera parte ha sido publicada bajo el título de Grandezas y deberes del sacerdote (OC. III, 1-233).

1685. Vio la luz **EL PREDICADOR APOSTOLICO**. Contiene las cualidades y disposiciones exteriores e interiores del predicador evangélico. Manera de predicar sobre diversos temas y lo que hay que observar y evitar para predicar cristianamente y para hacer el catecismo con provecho. Así es el título original. Orador de renombre consignó allí su experiencia y dejó consejos útiles para el ejercicio de la función profética. (OC. IV, 1-115).

1865. Con miras a la aprobación de la Congregación, apagadas ya las animosidades y tormentas que suscitó en el principio, fueron publicadas las **REGLAS Y CONSTITUCIONES DE LA CONGREGACION DE JESUS Y MARIA** (OC. IX, 59-604).

1909. San Juan Eudes escribió numerosas cartas a lo largo de su vida apostólica. Sensible al acontecer de sus hermanos y amigos se hizo presente con ellas en los momentos difíciles y gozosos. Fueron instrumento de su infatigable acción de animación, de apoyo y de esperanza. Las que se conservan dirigidas a sus hermanos fueron publicadas en OC. X, 383-490; las escritas a las hermanas de Nuestra Señora de la Caridad en OC. X, 491-581; las que conciernen a sus amigos y otras personas distintas de sus congregaciones en OC. XI, 7-132. En 1958 fueron publicadas diez cartas inéditas¹.

1909. En esa fecha fue publicado el **MEMORIALE BENEFICIORUM DEI**, especie de diario o memorias en el que consigna, con acción de gracias, algunos acontecimientos sobresalientes de su vida (OC. XII, 103-135). En el mismo tomo (pp.135-208) se recogen algunos escritos sueltos, cortos

¹ SAINT JEAN EUDES. Textes choisis et présentés par Ch. Berthelot du Chesnay. Namur. 1958. pp. 167-169.

pero muy significativos como el VOTO EN CALIDAD DE VICTIMA, su CONTRATO DE SANTA ALIANZA CON LA SANTISIMA VIRGEN, el TESTAMENTO etc.

Se conoce el título de otros escritos infortunadamente perdidos: EL HOMBRE CRISTIANO, TODO JESUS, EL SACRIFICIO ADMIRABLE DE LA SANTA MISA, COLECCION DE MEDITACIONES, LA DIVINA INFANCIA DE JESUS, LA DEVOCION AL CORAZON ADORABLE DE JESUS, SERMONES (pide expresamente en su testamento que se conserven), LA VIDA ADMIRABLE DE MARIA DES VALLEES. De esta última se encontró en Quebec, en 1894, un manuscrito que contiene extractos considerables; probablemente lo llevó consigo el beato Francisco de Montmorency-Laval, primer obispo de aquella ciudad ¹.

III. SU DOCTRINA ESPIRITUAL

Por su doctrina y su experiencia de fe Juan Eudes pertenece a la Escuela francesa de espiritualidad del siglo XVII² y es uno de sus exponentes más notables. Toda escuela de espiritualidad comporta dos elementos fundamentales: una manera de llegarse a Dios, a Cristo, al Evangelio, acentuada, definida, unificante y medios adecuados para llevar a la práctica el ideal descubierto. En el origen de estas experiencias de la vida cristiana se encuentra un testigo sobresaliente de la obra transformante de la gracia. Uno de estos grandes maestros del Evangelio ha sido el cardenal Pedro de Bérulle (1575-1629). Iniciado primeramente en la escuela abstracta de los maestros, renano-flamencos (Ruysbroeck, Eckard, Herp) al calor del grupo de creyentes reunido en torno a Madame Acarie, se entregó a la contemplación mística de Dios, mirado en su divina esencia desde la pequeñez del hombre en su condición de criatura. Es significativo que en esta época, en sus escritos, hay un silencio casi total del nombre de Jesucristo.

¹ MILCENT P. Op. c.p.314.

² El nombre le fue dado por BREMOND II. en su *Histoire littéraire du sentiment religieux en France*. T.III. La conquête mystique. L'école française. Paris. 1935. pp. 3-4.

"La revolución copernicana"

Por el conocimiento de otras fuentes espirituales, pero, sobre todo, por anhelante búsqueda personal, Bérulle fue descubriendo paulatinamente el puesto y la acción de Jesucristo, Verbo Encarnado. Dio el paso de una espiritualidad teocéntrica, muy seguida entonces, hacia el Cristocentrismo místico, paso que él mismo calificó como "revolución copernicana"¹. Esta conversión a Jesucristo, sacerdote eterno, adorador del Padre, cabeza del Cuerpo místico, "perfeccionamiento de nuestro ser" desató una fuerza renovadora en la espiritualidad del siglo XVII. El anonadamiento de la encarnación le sirvió de ejemplar de la vocación cristiana: anonadamiento de la criatura para ser todo en Cristo por "adherencia" a su persona, a sus "estados y misterios hasta ser una persona mística" con él. Esta comunión de vida hará que sus "estados y misterios" en cierto modo se impriman en el creyente. "O eres sólo nada ante Dios o eres miembro de Jesús, incorporado a él por su gracia, vivificado por su Espíritu, en unidad total con él, en honor de la unidad sagrada que él tiene con su Padre"². En su visión de la vida cristiana ocupa lugar primordial la consagración bautismal del creyente, fundamento de su voto culminante de servidumbre a Jesús. María Virgen, modelo acabado de esta espiritualidad, "pura capacidad de Jesús, colmada de Jesús", silencio fecundo ante Dios, tiene derecho y deber de "dar a Jesús a las almas"³. Al ingresar al Oratorio en 1623 y permanecer en él por veinte años Juan Eudes se nutrió de esta riquísima espiritualidad.

Sus fuentes.

La fuente inmediata de la doctrina espiritual eudista es ciertamente el berulismo. No sólo la doctrina, bebida directamente en Bérulle y sobre todo en Condren, en su vertiente específica sacerdotal, sino también la liturgia y la piedad vividas a diario en la experiencia comunitaria del Oratorio; se puede pensar por ejemplo en aquella maravillosa Solemnidad de Jesús,

¹ COCHOIS P. Bérulle et l'école française. Paris. Seuil. 1923. p. 23.

² COCHOIS P. Op.c.p.93. Igualmente a él pertenecen, passim las demás citas sin referencia directa.

³ COCHOIS P. Op.c.pp. 105.108.

fiesta litúrgica propia de Bérulle, en la que él concentró su admiración y su gozo por el Verbo Encarnado.

Tuvo además contacto personal con las fuentes de Bérulle, ante todo con la Escritura y los Padres de la Iglesia. Su conocimiento de la Biblia, la facilidad con que escoge y utiliza los textos, la abundancia misma de sus citas denotan familiaridad y devoción a la Palabra de Dios. Según la formación del Oratorio tuvo igualmente conocimiento directo de la patrística en especial de san Agustín y del Seudo-Dionisio. Los dos años siguientes a su ordenación, durante los cuales padeció una enfermedad, le fueron propicios para frecuentar estas y otras fuentes. Es indudable que san Juan y san Pablo influyeron en su pensamiento y en su acción. La doctrina del Cuerpo místico, de la incorporación a Cristo, de su vida en el cristiano, de la unidad de vida entre la vid y los sarmientos, marcaron su reflexión. Conoció además los escritos de san Francisco de Sales y de las grandes místicas Gertrudis y Matilde así como los de los maestros renano-flamencos, como Taulero, y demás ya citados.

El sello de su personalidad.

Sin embargo no se limitó a ser expositor de la doctrina de Bérulle. Su sentido práctico, su temple misionero, dado más a la experiencia viva de la fe que a la especulación metafísica, su sensibilidad y sus dotes pedagógicas lo llevaron a descubrir la necesidad de ofrecer esta espiritualidad en formas concretas y sencillas a la piedad popular. Su lenguaje la hizo comprensible al pueblo fiel, ideó fórmulas y ejercicios para que fuera asimilada y vivida y la divulgó a través de sus escritos ampliamente difundidos durante las misiones.

Hizo que fuera fuente de vigor apostólico especialmente para sacerdotes y laicos comprometidos y finalmente la condujo a su culminación en el "descubrimiento genial" de la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María cuyas fiestas litúrgicas fue el primero en celebrar y propagar¹.

¹ ARRAGAIN J. Saint Jean Eudes et l'école française. Son génie propre. En *La Spiritualité de l'école française et Saint Jean Eudes*. París. 1949. pp. 62-66.
DEVILLE R. *L'école française de spiritualité*. Desclée. París. 1987. p. 81.

Núcleo doctrinal.

En teología espiritual el cristocentrismo ofrece aspectos diversos y complementarios.

- Jesucristo puede ser mirado como el modelo que el creyente se propone imitar. El ideal es obrar como él.

- O Jesucristo es propuesto como principio y causa de la vida cristiana. Actúa en el fiel mediante su gracia, lo justifica y santifica. El ideal es obrar movido por él.

- O Jesucristo puede ser experimentado en comunión de vida entre el cristiano y El, realización misteriosa de "una sola persona mística" (la expresión es de Bérulle), actualización de la vida de Cristo en sus miembros según la palabra de san Pablo: "Vivo, no soy yo el que vive, es Cristo el que vive en mí" (Gál. 2,20) **El ideal es que Cristo viva en el bautizado sus estados y misterios.** Es el cristocentrismo místico, principio animador de la Escuela francesa de espiritualidad¹ y punto de partida de la doctrina del padre Eudes. Esta es su visión acentuada y unificante si bien no es insólito encontrar en su obra expresiones que se acercan al cristocentrismo ejemplar o al activo.

Ya en 1637, año de la publicación de VIDA Y REINO DE JESUS, su pensamiento estaba definido. Así describe allí la vida cristiana: "Jesús no es solamente nuestro Dios y Salvador sino también nuestra Cabeza porque somos miembros de su cuerpo como dice san Pablo (Ef 5,30). Por eso estamos unidos con él en la forma más íntima posible: la de los miembros con su cabeza; unidos espiritualmente por la fe y por la gracia que de él recibimos en el bautismo y unidos corporalmente por la unión de su cuerpo con el nuestro en la santa Eucaristía.

Y así como los miembros están animados del espíritu de su cabeza y viven de su vida, también nosotros debemos estar animados del Espíritu de Jesús, caminar tras sus huellas, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones, realizar nuestras

¹ HUBBEN J. Aux sources de la spiritualité française du XVIIe. siècle. La Vie spirituelle. Suppl. 1931p. pp. 21-22.

acciones con las disposiciones e intenciones que él tenía al ejecutar las suyas; en una palabra continuar y completar la vida, la religión y devoción que Cristo tuvo en la tierra (...). La vida cristiana consiste precisamente en continuar y completar la vida de Jesús. Debemos ser otros tantos Jesús sobre la tierra"¹.

Partiendo de estos principios fue preocupación constante del padre Eudes construir una visión unificada y coherente del misterio cristiano y encontrar los medios para llevar a la práctica, personal y comunitaria, esta concepción del seguimiento de Cristo.

En busca de la raíz²

Esta vida en Cristo es sacramental. De ella participa el cristiano al incorporarse a él por el bautismo. Indiscutible mérito del padre Eudes fue reavivar la significación viviente de este sacramento casi del todo olvidado en su época. No sólo vio en él el voto de religión que conmovió a Bérulle sino que lo presentó como contrato de alianza entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de una parte y el creyente fiel de otra. Del bautismo como de cantera fecunda extrajo los elementos básicos para su construcción de la vida cristiana.

Sacerdocio común y laicado.

Todo creyente es de condición sacerdotal. Esta afirmación, corriente hoy a raíz de la enseñanza del Concilio Vaticano II³ sobre sacerdocio común de los fieles, podría pasar por insólita en el siglo XVII, sobre todo estando aun muy fresca la Reforma protestante. Para Juan Eudes es sin embargo justa y su base es el bautismo. Por él, Cristo, al incorporar a sus discípulos al misterio de su persona, los hace partícipes de su condición de sacerdote, adorador del Padre y salvador de los hombres. Comentando las ceremonias del bautismo dice: (Al recibir la unción del crisma) "el Hijo te ha hecho partícipe, en cierto modo, de su divino sacerdocio a fin de que le ofrezcas perpetuo sacrificio de alabanza y de amor. San Pedro llama al cristianismo

¹ OC. I, 161-162.

² BERMUDEZ Nicolás. El bautismo en la doctrina de san Juan Eudes. Madrid. 1978.

³ L.G. 10-11.

sacerdocio real y por consiguiente todos los cristianos están revestidos de la calidad de reyes y de sacerdotes (1 Pc. 2,9; Ap. 1,6; 5, 10)"¹.

Cuando enumera las disposiciones para participar en la Eucaristía destaca en primer término que "vas a realizar la acción más santa y divina...porque todos los cristianos no siendo sino uno con Jesucristo que es el soberano sacerdote, y siendo por tanto partícipes de su divino sacerdocio, tienen derecho no sólo de asistir al santo sacrificio de la misa sino de hacer con el sacerdote lo que él hace: ofrecer con él y con Jesucristo mismo el sacrificio que es ofrecido a Dios en el altar"².

Al colocar el bautismo como fundamento de la vida cristiana pudo abrir espacio propio a los laicos en los compromisos eclesiales. Todo cristiano, nutrido en esta doctrina espiritual, se reconoce llamado a realizar su vocación a la santidad y al apostolado por título peculiar. En el CATECISMO DE LA MISION, como consecuencia necesaria del bautismo, inculca al cristiano la obligación de ejercitarse en toda suerte de obras de caridad y de misericordia³. Es así espiritualidad laical, abierta a todo el pueblo de Dios.

Dinamismo de la vida cristiana.

Esta vida en Cristo, inaugurada en el bautismo, tiene su organismo apropiado. Empieza por ser mirada contemplativa, incesante, hacia Jesús, a sus "estados y misterios" con la súplica de "que los viva en nosotros pues no han llegado aún a su entera perfección"⁴.

De ser conformes a Jesús nos alejan "demonio, pecado, mundo, afecto desordenado de nosotros mismos". Hay que "morir a las inclinaciones, tendencias y obras del hombre sin Cristo". Esta obra de purificación, fruto de la gracia del Señor, es llamada por san Juan Eudes diversamente: renuncia, abnegación, anonadamiento, muerte. Acentúa a veces la acción divina y pide

¹ OC. II, 231.

² OC. I, 459.

³ OC. II, 432; I, 180.441.

⁴ OC. I, 310.

que Cristo destruya, aniquile en el fiel cuanto se opone a su querer. Es la primera cláusula del contrato de alianza con Dios en el bautismo¹.

Se renuncia para adherir. No es empobrecimiento sino plenitud. Un vocabulario rico y expresivo designa esta fase complementaria del desarrollo de la vida cristiana: adherencia, usado preferentemente por Bérulle, adhesión, más común en san Juan Eudes, oblación, donación de sí mismo a Jesús. En ocasiones prefiere destacar la obra de Cristo y le pide tomar posesión del corazón del creyente. Es la segunda cláusula del contrato bautismal: "Has prometido adherirte a Jesucristo por la fe, la esperanza y la caridad; seguirlo no como el esclavo sigue al amo sino como el miembro se adhiere a quien es su Cabeza y por consiguiente vivir de su vida"².

Este proceso de renuncia-adhesión culmina en la configuración con Cristo, unión íntima y vital como la de la cabeza con sus miembros. "Tu Redentor ha querido unirse de tal manera contigo que llegas a ser uno con él... Es natural que te ame como a sí mismo y que tengas un mismo Padre, una misma Madre, un mismo Espíritu y un solo corazón, una sola vida, una morada, el mismo reino, la misma gloria y el mismo nombre que él"³.

Este proceso de conformación con Cristo supone larga y exigente ascesis y acción preponderante del Espíritu, artífice primero de lo que san Juan Eudes llama la formación de Jesús en nosotros.

"Formar a Jesús en nosotros"

"Es el mayor de los misterios y la más grande de las obras", obra del Padre y del Espíritu, de María y de la Iglesia, obra del mismo Jesús; por consiguiente "nuestro principal deseo, empeño y ocupación debe ser formar a Jesús, haciéndolo vivir y reinar en nosotros con su espíritu, devoción, virtudes, sentimientos, inclinaciones, disposiciones"⁴.

¹ OC. II, 220.

² OC. II, 220.

³ OC. II, 218.

⁴ OC. I, 271-279.

Como excepcional educador de la fe precisa los pasos que deben darse en este ejercicio: ante todo aprender a descubrir la presencia de Jesús en el mundo. "El es todo en todo, la belleza de todo lo bello, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la virtud de los santos". Pedagógicamente antepone la capacidad de admiración que precede el encuentro y prepara la receptividad, la acogida del Señor a través de los signos de su presencia. Esta mirada contemplativa enciende el corazón: "Elevaremos hacia él a menudo nuestro corazón y realizaremos todas nuestras acciones únicamente por su amor". Para hacer el espacio al Señor Jesús en la vida es necesario purificarse de todo pecado mediante una eficaz muerte a él y a cuanto lleva a él. "Si queremos que Jesús viva y reine perfectamente en nosotros tenemos que hacer morir y desaparecer de nuestro corazón todas las criaturas para no mirarlas ni amarlas por sí mismas sino en Jesús y a éste en ellas". Renuncia que prepara la acogida de la divina misericordia: "Como esta obra sublime de la formación de Jesús en nosotros supera infinitamente nuestras fuerzas el medio principal es acudir al poder de la gracia divina... Entreguémonos al poder del Padre eterno y roguémosle a él y al Espíritu Santo que nos aniquilen enteramente para que Jesús viva y reine en nosotros"¹.

Florecimiento de la vida cristiana: las virtudes.

En esta concepción de la vida de Jesús en el cristiano ¿qué son las virtudes? Aprendió de su maestro Bérulle a contemplar los "estados y misterios" de Jesús. Las virtudes que acompañan estos estados y misterios existen fundamentalmente en él. El es pobre y humilde en su Infancia, es misericordioso en su ministerio público, es paciente y obediente en su Pasión. En actitud adorante el discípulo suplica a su Maestro que sus virtudes se impriman en su corazón. Aún más, Jesús vive hoy en los suyos el misterio de su vida. Es humilde en quien practica la humildad, ama en quien ama en su nombre, obra la misericordia en quien es misericordioso. La obediencia cristiana no es sólo la actitud del bautizado que trata de imitar la obediencia redentora de Jesús; es la misma obediencia de Jesús que toma realidad hoy en las actitudes obedientes de sus seguidores.

¹ OC. I, 273-275.

¿Qué fundamentación tiene esta enseñanza? Cuestionado por la palabra de san Pablo "completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en bien de su cuerpo que es la Iglesia" (Col. 1,24), con clarividencia propia del místico, decidió llevarla a sus consecuencias lógicas. "Jesucristo tiene dos clases de cuerpo y de vida. El primero es su cuerpo personal tomado de la santa Virgen y su primera vida es la de este cuerpo. Su segundo cuerpo es su Cuerpo místico, la Iglesia, y su segunda vida es la que lleva en ese Cuerpo que formamos todos los cristianos. La vida pasible y temporal de Jesús en su cuerpo personal terminó con su muerte; pero él desea continuarla en su Cuerpo místico hasta el fin de los siglos para dar gloria a su Padre por las acciones y padecimientos de una vida mortal, laboriosa y pasible... Esta vida se va realizando cada día en los verdaderos cristianos..."¹.

Considerando las virtudes no sólo como actos de perfección humana e individual sino como obra del Espíritu Santo en el cristiano, como presencia de Jesucristo en sus miembros mediante actitudes concretas y como realizaciones de alcance eclesial que manifiestan el Cuerpo místico de Cristo y lo enriquecen, da a la virtud su verdadera dimensión cristiana como florecimiento de la vida bautismal.

Mal podría interpretarse esta enseñanza si se viera en ella un quietismo disfrazado. Lejos de eximir al cristiano de una laboriosa y constante tarea de ascesis, hecha de conversión y purificación, de lucha implacable contra el pecado, de hábitos de virtud, lo introduce en una experiencia de unidad y comunión con Cristo que invita de continuo a la santificación. Cristo no sustituye al cristiano sino que a través de él, de sus compromisos y actividades, sigue obrando en el mundo su misterio salvador.

Extensión de esta vida.

Para san Juan Eudes también en lo ordinario de la vida, en la cotidianidad de los trabajos, el cristiano hace presente a su Señor. "Cuando trabaja, dice, continúa y realiza la vida laboriosa de Jesucristo, cuando comparte el diario vivir con el prójimo, continúa y realiza el trato de Cristo con los suyos; cuando se

¹ OC. I, 164-165.

alimenta y descansa continúa y cumple el sometimiento de Cristo a esas necesidades..."¹. ¿Simple sacralización de la vida? ¿O mejor, unificación de la vida en el misterio de Cristo vivo y actuante en el mundo a través de sus discípulos? Queda descartada toda dicotomía y el fiel vive penetrado en la totalidad de su existir por el dinamismo de la gracia bautismal.

Intenciones y disposiciones.

Su sentido práctico lo llevó a idear métodos sencillos para poner por obra estas enseñanzas. Entre otros propuso a sus oyentes y lectores la consideración de las "intenciones y disposiciones con las cuales Jesús hizo sus acciones durante su vida terrena". ¿Qué se proponía él al orar, al departir con el prójimo, al comer, al trabajar...? ¿Cómo lo hacía? Contemplar a Jesús que obra, descubrir sus actitudes, dejarse penetrar por ellas para que las acciones del cristiano lo hagan presente, purificarse de toda intención o disposición contraria a las de Jesús, invocar a María y a los santos y aprender de ellos a dejarse actuar por el Señor, es el camino de la santificación del discípulo de Jesucristo. Abrir el espacio total del corazón a la obra del Señor para que él anime al creyente y lo haga actuar como discípulo es invitar a vivir conforme al Evangelio en todos los compromisos de la vida así en las grandes empresas del hombre como en los detalles ordinarios de la existencia, es crear posibilidades para enfrentarse desde el ser cristiano a los grandes empeños del hombre en la historia².

Visión coherente de la vida cristiana.

En su descripción de la vida cristiana san Juan Eudes ofrece un cuadro orgánico en el que cada elemento desempeña su función propia. ¿En esta vida bautismal qué lugar ocupan Dios Padre, Jesucristo el Señor, el Espíritu de Jesús, María, la Madre de Jesús, la Iglesia, la fe, el pecado, la oración, la cruz de Cristo como signo del dolor purificante, inherente a la condición humana, el martirio...?

¹ OC. I, 165-166.

² Gaudium et Spes No. 34.

Da a la fe el valor de primer fundamento de la vida cristiana. Es el don inestimable, primordial, recibido del Padre, del Hijo y del Espíritu en el bautismo¹. "Es, dice, la piedra fundamental de la casa y del Reino de Jesucristo; luz celeste y divina, participación de la luz eterna e inaccesible de Dios" por la que percibimos el sentido de la vida y abrazamos en obediencia filial los caminos que nos señala la divina voluntad².

"Con los ojos de la fe" descubrimos la gravedad del pecado, "poder contrario a la gloria del Padre y a nuestra salvación; Jesús lo odia infinitamente como es infinito su amor al Padre". Partícipe de la vida y de los sentimientos de Cristo el bautizado se compromete por entero en la lucha contra el pecado en el que se engloban todos los males del mundo. Esta aversión total al pecado y a su poder destructor es, para Juan Eudes, el segundo fundamento de la vida cristiana³.

La oración ocupa un lugar privilegiado en este dinamismo de la vida en Cristo. Ella es ante todo, dentro de la lógica del pensamiento eudista, oración de Jesús en el creyente. De ahí la necesidad de unirse a las intenciones y disposiciones de Jesús orante; oración contemplativa que parte de la mirada a Jesús en sus estados y misterios. Unido a él, el creyente adora al Padre por sus dones y su acción santificante; le agradece sus bondades; pide perdón por la respuesta siempre deficiente a la llamada divina y se entrega a Jesús para, en él y con él, practicar la virtud y asumir los compromisos del seguimiento evangélico. Es ante todo oración de alabanza, participación de las alabanzas eternas tributadas a Dios en la gloria por Jesucristo, por María, los ángeles y los santos: oración gratificante que "anticipa la soberana felicidad del paraíso"⁴.

San Juan Eudes no fue un iluso. Su raigambre campesina y normanda le dio un alto sentido de la realidad. A lo largo de la vida experimentó la presencia del sufrimiento y la contradicción. Los vivió igualmente, como propios, en sus hermanos y sus amigos a quienes iluminó y sostuvo con su palabra y su

¹ OC. II, 213.

² OC. I, 168-173.

³ OC. I, 173-177.

⁴ OC. I, 191-204; Manuel de prières OC. III, 288-297.

correspondencia. Vio en todo momento, en lo próspero como en lo adverso, la presencia de la divina voluntad. Para él los momentos difíciles fueron siempre valiosos: ocasión de abrazar la cruz de Cristo, de asociarse a su pasión gloriosa, de compartir sus sufrimientos redentores, de recibir la acción purificante de Jesucristo que prepara para la gloria. Unida a esta identificación amorosa con la voluntad divina caminó siempre la necesidad del desasimiento de sí mismo. Esta purificación voluntaria, consecuencia de los compromisos bautismales, asocia a Cristo en su Pasión; gustaba de repetir el *non sibi placuit*. Cristo "nada hizo movido por su sentir y su espíritu humano sino por el movimiento de su Espíritu y de su Padre; jamás siguió sus propias voluntades sino la del Padre"¹.

"La cima, la perfección y la consumación de la vida cristiana es el martirio². En efecto si ella es seguimiento de Cristo debe acompañarlo hasta la realidad del sacrificio de la cruz; si es testimonio, el mayor testimonio es la muerte asumida por el Señor y por su Evangelio. Todo cristiano debe mirar esa perspectiva como el término normal de su compromiso; y si no llega a la verdad del martirio al menos debe vivir en su espíritu hecho de "fortaleza y constancia, de humildad y de desconfianza de sí mismo, de desasimiento del mundo y de su poder, de amor ardiente a Jesús para hacer y sufrir todo unidos a aquél que lo hizo y lo sufrió todo por los suyos"³.

Dios el Padre antes que todo. Todo viene de él y a él regresa todo. Es el creador que obró todo por amor, "que me lleva en su regazo y en su corazón con más solicitud y amor que los que una madre tiene por su hijo"⁴. Nos ha dado a Jesucristo y nos ha llamado a participar de su misterio. Amor preveniente que todo lo atrae; Jesucristo, sumo sacerdote, es su adorador perfecto y hacia El lleva consigo el hombre y el universo; María es su hija predilecta; el hombre, desde su nada, se le debe por entero.

Herederero de Bérulle, centra su contemplación y sus afectos en Jesucristo, Verbo Encarnado. "Salido del seno del Padre viene a

¹ OC. I, 177-191.

² OC. I, 284-304.

³ OC. I, 292-297.

⁴ OC. II, 141.

este mundo, hecho hombre" cargado de misterio, de lágrimas y trabajos, "y todo por hacernos cristianos, o sea, hijos de Dios y miembros de su Cuerpo"¹. Amar a Jesucristo y hacerlo amar fue la preocupación constante de su vida y de su ministerio. Amor de compromiso que "nos obliga a vivir de la vida de nuestra Cabeza, a continuar en la tierra su vida"². A su misterio nos incorporamos por el bautismo, formamos su Iglesia que es su Cuerpo místico, "Hacemos profesión de él" y todos, sacerdotes y laicos, nos comprometemos en la edificación del cuerpo místico hasta llegar a la totalidad de su pleno misterio³. En él conocemos, amamos y adoramos al Padre y asumimos los designios de su voluntad y en él amamos y servimos a los hermanos, en especial a los pobres, porción escogida de su Cuerpo.

"Un cristiano es templo del Espíritu Santo. El Espíritu nos ha sido dado para ser el Espíritu de nuestro espíritu, el corazón de nuestro corazón, el alma de nuestra alma; no sólo está con nosotros sino en lo íntimo de nosotros mismos, como en una parte del Cuerpo de Cristo que él anima... Viene para formar a Jesucristo en nosotros, para incorporarnos a él y para hacernos nacer y vivir en Él"⁴. Se trata de una teología del Espíritu Santo llena de vida (Rom. 8,2), coherente con el misterio y la acción de Cristo y de la Iglesia.

Inseparable de Jesús como él de ella, en relación filial con el Padre de cuya paternidad participa al engendrar en el tiempo al Hijo, esposa del Espíritu Santo pues en sus entrañas él formó a Jesús, acción que prolonga en el creyente formando místicamente a Jesús en él, María es la Madre del Cuerpo místico. Siendo la Madre de Jesús participa de su señorío universal y así es Reina y Señora a título propio. Puesto que "por sí sola no es nada ni puede nada" sino que es grande y poderosa porque "Jesús es todo en ella" se constituye en modelo acabado del cristianismo por su apertura total al misterio de la vida de Cristo en ella y su acogida plena a la acción santificante de la gracia. Habla de María en lenguaje expresivo, tierno, de "enamorado" como lo confiesa él

¹ OC. II, 175.

² OC. II, 171.

³ OC. I, 566.

⁴ OC. II, 172 y 176.

mismo. Pide a sus hermanos que al proclamar el misterio de Cristo no dejen de anunciar igualmente el papel de María en la obra de la salvación¹.

"Sacerdotes según el corazón de Dios"²

No sólo vivió con autenticidad su vocación de sacerdote, no sólo amó el sacerdocio con devoción, sino que nos legó su enseñanza teológica, ascética y pastoral sobre el mismo.

Parte de Jesucristo, Verbo Encarnado, único y eterno sacerdote. "Cristo existe totalmente para el Padre, sólo mira y ama al Padre, todo su anhelo es hacerlo conocer, adorar y amar; toda la riqueza, el honor y el contento de Jesús es buscar la gloria de su Padre y hacer su voluntad; con este propósito Cristo desempeñó, con disposiciones santas y divinas, las funciones sacerdotales"³. "Y si del hombre se trata, basta echar una mirada a lo que hizo y padeció Jesús en la tierra; no se contentó con ser el sumo sacerdote sino que quiso asumir también la condición de víctima"⁴.

Si bien es cierto que san Juan Eudes insiste por momentos en el carácter privilegiado de los sacerdotes "como los miembros más nobles y primeros del Cuerpo místico"⁵ también lo es que su atención se dirige sobre todo a los compromisos de santidad y de actividades que derivan de esta participación sacramental del sacerdocio de Jesucristo. Su afirmación es categórica: el sacerdote es ante todo pastor. Existe "para la Iglesia"⁶. "Su primera y más apremiante obligación es trabajar por la salvación de las almas. Para este fin estableció el Hijo de Dios el sacerdocio en su Iglesia; con este objetivo se debe ingresar en ese estado"⁷.

¹ OC. I, 337-344; HERAMBOURG P. Virtudes de San Juan Eudes. Rennes. 1929. p. 81.

² MILCENT P. Saint Jean Eudes. Une conception de la vie en Jésus-Christ. Vie Eudiste. 1973. No. 8. pp. 21-23.

³ OC. III, 189.

⁴ OC. III, 189-192.

⁵ OC. III. 207 ss.

⁶ OC. III, 321.

⁷ OC. IV, 165.182.

Este oficio pastoral es ante todo proclamación y anuncio de la Palabra de salvación. "El principal ejercicio del sacerdocio es anunciar incansablemente, en público y en privado, de obra y de palabra, el Evangelio de Jesucristo"¹. Consignó allí su propia experiencia pues fue ante todo "sacerdote misionero" como solía firmar sus cartas. Ministro de la Palabra debida a los demás aún a riesgo de sinsabores para él y para los suyos como fue en su sermón ante la reina: "los predicadores son criminales ante Dios si mantienen cautiva la verdad en la injusticia"². Para ser auténtica, la palabra del sacerdote debe ser palabra evangélica; su poder le viene de Dios mismo; en su intervención ante la reina continúa: "Le supliqué que recibiera estas palabras no como palabra de un hombre mezquino y miserable pecador sino como palabras de Dios ya que por el lugar en que me encontraba y por ocupar el puesto de Dios yo podía exclamar con san Pablo... actuamos como enviados de Cristo (2 Co. 5,20)"³. Así la palabra que predica el sacerdote es para él llamado urgente de conversión y santificación⁴.

Además de continuar el ejercicio profético de Cristo realiza igualmente su acción litúrgica. "El sacerdote es Jesucristo que vive y camina en la tierra. Ocupa su lugar, representa su persona, obra en su nombre y se halla revestido de su autoridad"⁵. "Con Jesús ofrece al Padre el mismo sacrificio que él ofreció en la cruz y ofrece cada día en los altares, y es su acción más santa y excelsa"⁶. Por mediación del ministerio sacerdotal el Espíritu Santo obra la misión salvadora de Jesucristo: "Ilumina, reconcilia, borra el pecado, comunica la gracia, santifica, aplica los frutos de la pasión del Redentor, destruye en nosotros la condición pecadora, da forma y nacimiento a Jesucristo. Esta es la ocupación ordinaria del sacerdote enviado por Dios para formar a Cristo en el corazón del hombre"⁷.

¹ OC. III, 26.

² OC. X, 441.

³ OC. X, 441.

⁴ OC. IV, 12-16.

⁵ OC. III, 187.

⁶ OC. III, 14-16.

⁷ OC. III, 14-16.

Como pastor es servidor del pueblo de Dios pero especialmente de los pobres; es defensor de los oprimidos. En seguimiento de Jesucristo, "modelo y regla de vida de todos los pastores y los sacerdotes...debe constituirse en protector, defensor, consolador, padre y refugio de las viudas, los huérfanos, de todo indefenso y oprimido, de todo desdichado; procure que los pobres sean catequizados, instruidos, oídos en confesión..visite las cárceles...tenga cuidado de los afligidos y los tristes para consolarlos...esté cerca de los enfermos y procúreles todos los servicios de caridad que necesitan, sean grandes o pequeños, pobres o ricos"¹.

Antes que honor el sacerdocio es entrega al servicio de Jesucristo y de su Iglesia. "Ella merece todo tu amor, tu respeto, tu decisión valiente por su honor, su servicio y sus intereses. Le debes sumisión, obediencia, veneración..."(OC. III, 219). Don gratuito para el servicio de Jesucristo en su obra salvadora, exige entrega total de tiempo, preocupaciones y cualidades. No se ingresa por tanto al sacerdocio por beneficio sino por "llamada de Dios"; otro camino sería usurpación².

La vocación a la santidad, para Juan Eudes, se encuentra radicalmente fundada en el bautismo; esto vale también para el sacerdote. Pero ser sacerdote implica compromiso particular con el Evangelio de la salvación, desde la gracia capital de Cristo en cuyo nombre actúa. En efecto "al asociarnos él a su sacerdocio eterno y a sus más divinas cualidades con sus poderes y privilegios nos obliga a imitarlo en su santidad, a continuar su vida, sus ejercicios y funciones"³. De ahí que el ejercicio pastoral, cualquiera que él sea, comporta de por sí claras exigencias de santificación. Para Juan Eudes, sacerdocio y santidad son inseparables; es "vivir a todo lo largo de la vida en diálogo viviente y personal con el Sumo y Unico Sacerdote, Jesucristo"⁴. Y a fe que así vivió san Juan Eudes.

¹ OC. III, 33.40.

² OC. III, 146 ss.

³ OC. III, 189-192. .

⁴ MILCENT P. Saint Jean Eudes. Une conception...p.23.

La apoteosis del Corazón.

Nadie discute hoy la paternidad histórica de Juan Eudes respecto del culto litúrgico a los Corazones de Jesús y de María. Cuando en 1648 hizo celebrar por primera vez la fiesta en honor del Corazón de María, en la que se escuchaban ya las resonancias del Corazón de Jesús, santa Margarita María Alacoque contaba apenas escasos siete meses de nacida. Y cuando ella profese en la Visitación de Paray-le-Monial en 1672, lo hará semanas después de que el padre Eudes haya hecho celebrar, por primera vez, la fiesta del divino Corazón de Jesús.

Los pontífices san Pío X y Pío XI lo llamaron además doctor de este culto por su contribución a la reflexión teológica en este campo. Y su reflexión dio base segura a la devoción que difundió entre sus contemporáneos, lo que lo constituye en apóstol de este culto.

Antes de él se habló de Corazón de Jesús. Su maestro Bérulle usó de paso la expresión como lenguaje de su doctrina sobre el Verbo Encarnado. Juan Eudes, en cambio, ya en la madurez de su evolución espiritual, centra lo mejor de su pensamiento sobre el misterio de Jesús y de María, en el símbolo del Corazón. Sin embargo para él lo fundamental es la persona misma de Jesús y de María. El recurso al simbolismo del corazón en ningún momento puede opacar la totalidad del misterio de dichas personas. Quiere sólo penetrar en ese misterio y expresar lo más acendrado del Amor de Dios Padre, de Jesucristo, Verbo Encarnado, de su Espíritu, del asocio de María a la obra divina de la salvación. El Corazón aparece así como el centro de las definiciones y de la entrega de Dios al plan salvador.

Empieza por analizar la palabra corazón y descubre en ella tres aspectos. "Para penetrar mejor lo que se entiende por Corazón de la Virgen hay que saber que así como en Dios adoramos tres corazones que sin embargo no forman sino un solo Corazón, y así como en el Hombre-Dios adoramos tres corazones que no son sino un mismo Corazón, igualmente honramos en la Madre de Dios tres corazones que no constituyen sino un único Corazón"¹.

¹ OC. VI, 36.

Hablar del Corazón de Dios Padre es sólo analogía. El Corazón expresa aquí el amor creador y salvador del Padre; se identifica con su Hijo, el Verbo Encarnado, y con el Espíritu Santo, "Corazón del Padre y del Hijo"¹. En Jesucristo, la primera realidad significada en la palabra corazón es el órgano vital, el corazón corporal, realidad humana, asumida por la divinidad en la unión hipostática. Da el paso a la simbología e identifica el corazón espiritual, "parte superior de su alma santa, que comprende su entendimiento y voluntad"² en su doble dimensión divina y humana. Su pensamiento se acerca aquí al concepto bíblico de corazón como interioridad consciente y responsable del hombre. Ahonda y descubre un tercer corazón en Cristo: el Espíritu Santo llamado con razón por él el Espíritu de Jesús. Su reflexión vislumbra allí el don del Espíritu que colma al Mesías para la obra salvadora. Llama este corazón, el corazón divino³.

Juan Eudes expresa igualmente a través del triple lenguaje del corazón la vocación y la misión de María. Designa con él en primer lugar su corazón humano y corporal, corazón de mujer, de madre, de virgen; describe su corazón espiritual, su interioridad de persona, capacidad de pensar, de querer, de amar, de sentir; finalmente su más elevado corazón, es Jesús mismo, su propio Hijo que vive en ella de manera perfecta y la mantiene siempre atenta a la acción divina. Es su corazón divino⁴.

Esta teología del corazón alcanza al creyente en lo más íntimo de su persona, en su propio corazón. Se le ofrece no sólo como objeto de devoción sino como principio interno de su actuar cristiano; el Corazón de Cristo es "el Corazón de su corazón" y está llamado a no tener con Jesús y María sino "un solo Corazón"⁵. El Corazón de Jesús le ha sido dado para que en él responda a Dios, en El adore, dé gracias, ame, ore, satisfaga al Padre. El Corazón de María, atento y fiel a la voluntad divina, es para el creyente el modelo perfecto de su relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu. En una palabra, incorporado

¹ OC. VI, 37.

² OC. VI, 37.

³ OC. VI, 37.

⁴ OC. VI, 37-38.

⁵ Oración del Oficio y de la Misa del Corazón de Jesús. OC. XI, 468.

sacramentalmente al Hijo de Dios, lo está igualmente a su divino corazón.

Esta aparente multiplicidad no constituye sino un solo y gran corazón. Esta realidad única y vital es el amor creador y salvador de Dios, revelado en Jesucristo y en su Espíritu, fuente de la santidad en María, en la Iglesia y en cada cristiano. Amor en su fuente, en lo más entrañable del ser divino, el Corazón; amor por el hombre a quien Dios quiere divinizar y salvar. El corazón no es sino el símbolo de esta realidad y expresa, en lenguaje concreto y vivo, la fuerza de esta "mutua interioridad" que es la esencia de la vida cristiana como participación de la vida y del amor divinos.

Al desprenderse Juan Eudes de la significación meramente sentimental del símbolo del corazón y al llenar ese símbolo del dinamismo de la obra salvadora unificada en el Amor encontró el lenguaje para comunicar, con calor humano, el misterio de la relación interpersonal entre Dios y el hombre. Dios me ama; su Corazón entregado por mí y destrozado en la cruz, en el Corazón de Cristo, me lo está diciendo a las claras. Aún más, Dios me da el Corazón de Cristo para que yo pueda amarlo como conviene. El diálogo de la fe llega así a su más honda y rica expresividad. El Corazón en definitiva es Dios, es Jesucristo, es el Espíritu, es María, es finalmente el hombre total, en su plena dimensión de criatura y de hijo de Dios, empeñados todos, en un solo propósito, el plan divino de la salvación.

Históricamente la primera experiencia de Juan Eudes fue la del Corazón de María. Pero como María, dice él, concibió primero a Jesús en su Corazón que en su seno, ya aquella fiesta contenía la del Corazón de Jesús. Para expresarlo consagra la fórmula: EL CORAZON DE JESUS Y MARIA. Lo inesperado de la expresión sugiere ya que no mira ante todo la realidad física sino el significado del símbolo: "la vida de Jesús en María y de María en Jesús". Así la doctrina del Corazón no es capítulo distinto y novedoso de su pensamiento sino la culminación del mismo. María, como ejemplo primero del ser cristiano es habitada y vivificada por el corazón de su Hijo Jesús. El es "el Corazón de su Corazón, el principio único de sus movimientos, hábitos y funciones". El Corazón de María designa finalmente el amor maternal por el que ella continúa su obra de Madre en el Cuerpo

de Cristo, la Iglesia: ella le da nacimiento en cada Hijo de Dios hasta "la medida total del Cuerpo de Cristo".

Si bien la fiesta inicial, la del Corazón de María, era igualmente fiesta en honor del Corazón de Jesús, su evolución doctrinal y pastoral lo llevó a celebrar un día una fiesta especial del Divino Corazón de Jesús. Su pensamiento está expresado en los textos litúrgicos escritos por él mismo para esta solemnidad. Se honra el corazón corporal, objeto de culto por ser el Corazón del Hijo de Dios, formado en la entraña de María, sensible a los dolores y las alegrías del hombre y finalmente destrozado en la cruz por la lanza del soldado como suprema manifestación del amor de Jesús. Este Corazón es depositario del amor del Padre, amor increado, identificado en último término con la persona del Espíritu Santo. "En Jesús Dios mismo nos ama con un corazón de hombre"¹. Y recíprocamente en Jesús el hombre puede amar a Dios con un corazón divino. Al darnos a Jesús Dios Padre nos ha entregado un Corazón con todas las posibilidades de adoración, de amor y de perdón. La palabra de Ezequiel: "les daré un corazón nuevo" vuelve incesantemente a sus labios en el Oficio y la Misa de la fiesta del Divino Corazón de Jesús.

El tema del Corazón, presea valiosa de la madurez espiritual del padre Eudes, recapitula los grandes momentos de su pensamiento:

- "- Concretando todo en el corazón quiere decir que el Amor está en el origen y en el término de toda realidad;
- expresa con vigor la misteriosa interioridad mutua que hace de todos los miembros del Cuerpo místico un solo ser; corazón de su Cuerpo total, el Corazón de Cristo es el centro del universo y el punto de encuentro entre Dios y la creación: "unión de la tierra con el cielo"².
- el acto sacerdotal por excelencia, el sacrificio perfecto del universo, se realiza en el fuego del amor: "Salve sacerdote de los corazones, altar siempre encendido, dispuesto para todas las víctimas"³.

¹ MILCENT P. Saint Jean Eudes. Une conception...p.26.

² OC. XI, 509.

³ OC. XI, 480.

Con estas palabras termina P. Milcent su excelente estudio sobre la espiritualidad del padre Eudes¹.

Con justicia san Juan Eudes ha sido llamado Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico a los Sagrados Corazones de Jesús y de María y una autora moderna lo ha calificado como "el profeta del corazón"².

Mensaje para los cristianos de hoy.

San Juan Eudes no es hombre de ayer. Su experiencia y su palabra pueden llegar, con provecho, al sacerdote, al religioso, al laico de hoy. Quien se deje llevar de su mano podrá entrar en el mundo de Jesucristo para vivir, en forma peculiar, el misterio de la presencia activa del Señor en él y para descubrir las raíces hondas y nutrientes de sus compromisos cristianos para con Dios, con el hombre y con la historia.

Más que en la letra de sus textos la actualidad de un santo se encuentra en la estructura de su pensamiento y en la capacidad de éste para iluminar y animar las exigencias de la fe ante la realidad del mundo actual. Las radicales inquietudes que acucian a la Iglesia de nuestro tiempo son, entre otras, la formación de auténticos seguidores de Jesucristo, la necesidad de encarnar el Evangelio en la realidad actual de modo que se constituya en fermento transformante de la sociedad y el papel activo que en la misión de la Iglesia deben tomar, en especial, los laicos.

Estas inquietudes adquieren matices propios en cada región; en la Iglesia latinoamericana el afán de este día es la Evangelización como acción liberadora de las angustias y opresiones de nuestros pueblos. Nuestra Iglesia ha tomado conciencia de ello y paulatinamente va delineando con mayor claridad sus compromisos y toma opciones pastorales definidas: opción preferencial por los pobres, opción por las vocaciones a los ministerios, por los jóvenes, por la familia.

Para ser cristiana esta acción liberadora en que están empeñados los cristianos debe partir de Jesucristo y debe conducir a la

¹ MILCENT P. Op. c.p.26.

² SCHNEIDER O. *Der Prophet des Herzens, Johannes Eudes*. Wien. 1947.

realización de su proyecto específico de salvación. ¿Qué aporte espera encontrar el cristiano de hoy, laico o presbítero, comprometido en las luchas del hombre y de la Iglesia, en la visión cristiana de Juan Eudes?

Ante todo Juan Eudes invita a vivir una espiritualidad de encarnación. Para él Jesucristo cumple hoy su misión salvadora encarnado en la Iglesia que es su Cuerpo, en cada cristiano que debe revestirse de los sentimientos de su Maestro y en quien "el cumplimiento de lo que falta a la Pasión" (Col. 1,24) lo impulsa a hacer presentes en el mundo las actitudes de Jesús. Encarnar sus opciones y decisiones por el hombre, por el pobre preferencialmente, para hacerlo digno hijo de Dios, es esencial en la misión de la Iglesia. Las actitudes de Jesús en su obediencia al Padre y en su amor y entrega por el hombre, hasta dar la vida por él, se viven en el cristiano de hoy, en los mártires de hoy, en aquellos que aman y luchan hasta la muerte por la liberación de sus hermanos.

Desde su bautismo, en efecto, cada cristiano está habitado por el poder de las virtudes, los estados y misterios del Señor. En respuesta a ese poder el creyente no sólo hace presente a Jesucristo en el trajín del diario vivir sino que asume, desde su fe, los compromisos del hombre con la historia de la salvación. Así lo entendió y lo hizo el propio padre Eudes al tomar posición profética, desde el Evangelio y como expresión de la espiritualidad que vivía, en favor de los humildes y los marginados y al hablar por ellos ante los poderosos de su época. No contento con ello propició el nacimiento de obras para su servicio. Para el cristiano comprometido, Cristo no es sólo el inspirador lejano y romántico de sus empresas y sus luchas sino el poder salvador que lo habita y lo lanza al combate histórico de la liberación integral del hombre.

Esta lucha reviste un carácter peculiar: vencer las fuerzas opositoras para instaurar el Reino de Dios. Para Juan Eudes es fundamental la oposición total al pecado, poder contrario al Evangelio de la salvación; no entiende este ejercicio cristiano como simple purificación de defectos y vicios sino como combate implacable contra las raíces hondas del mal en el individuo y en la sociedad. Así lo mira nuestra Iglesia latinoamericana cuando señala el "pecado institucional" que

desborda el ámbito de la vida privada de los hombres. Empeño del creyente es identificar las formas que reviste hoy el pecado, esclavizando al hombre y enfrentándolo a sus hermanos. De igual manera es preciso descubrir, en cada tiempo y lugar, las formas históricas que debe revestir la dimensión temporal del Reino de Dios; en nuestro horizonte latinoamericano es la construcción del mundo nuevo, "la civilización del amor" para que Jesús viva y reine en el corazón del hombre y de la sociedad. Tomando la parte que le corresponde en esta lucha, el cristiano de hoy vivirá, en él y en sus hermanos, su compromiso bautismal de renuncia al mal y de adhesión fuerte y vital al Cristo triunfador, liberador del pecado y de la muerte.

La doctrina del Padre Eudes es espiritualidad de bautismo, ofrecida a todo creyente, sacerdote o laico. Al mismo tiempo es espiritualidad eclesial que compromete a vivir como parte activa del Cuerpo de Cristo. Para todo cristiano el bautismo es el título primario para la santidad, la oración, la vocación de testigos de Jesucristo en todo sitio donde el Evangelio debe penetrar. Incorpora además a la Iglesia "Cuerpo místico de Jesús", Cristo total, empeñada en su misión esencial de evangelizar. Allí cada cual, sacerdote y laico, tiene su espacio peculiar y necesario, cada uno siente como propio el compromiso de ser Iglesia evangelizadora y llamada a la santidad. Fiel a este principio, a todo lo largo de su vida, el padre Eudes abrió campo indiscutido a la misión de los laicos en sus obras y sus actividades. Este es el mensaje del padre Eudes al cristiano de hoy: ser hombre de alianza, de avanzada, con vocación de martirio, actor en la historia, por ser bautizado y miembro vivo del Cristo salvador y de la Iglesia que es su Cuerpo.

Inmerso en la lucha histórica el cristiano no puede olvidar que por su bautismo ejerce una vocación sacerdotal en el mundo: es testigo y adorador del Dios vivo. Unido a Jesucristo no sólo comparte las luchas del Evangelio de la salvación sino que participa de su acción sacerdotal: en Cristo, por él y en él tributa al Padre el gozoso homenaje de la religión. El creyente encuentra así el sentido pleno de su vocación cristiana.

También el sacerdote, en virtud de su bautismo y de su ordenación, se siente poseído por la fuerza del sacerdocio de

Jesucristo que lo impele a ser, ante todo, anunciador de las investigables riquezas del Evangelio, a presidir con suma dignidad la asamblea litúrgica de la Iglesia y a empeñarse en las opciones salvadoras de Jesucristo, sumo y eterno sacerdote, en favor del hombre, esclavizado por el mal y por la malicia opresora de sus hermanos; esta función sacerdotal, por su carga profética de verdad y de denuncia, está abierta, desde su misma raíz, al supremo testimonio del martirio, no inusitado en nuestra Iglesia y considerado por el padre Eudes como la culminación eximia de la vida cristiana.

Apropiándose las actitudes de Jesús, según la escuela de san Juan Eudes, el presbítero y el laico de hoy pueden llegarse al mundo actual "llevando la mirada misericordiosa de Jesús sobre la realidad para descubrir las miserias humanas allí vividas y discernir, desde el Evangelio, las causas que originan las situaciones de opresión"¹. La conciencia de ser voz de Jesucristo² en el mundo los llevará no sólo a la denuncia valerosa de las injusticias sino también a propiciar y promover acciones eficaces contra los males que esclavizan al hombre. Así entendió el padre Eudes su doctrina sobre el amor misericordioso del Corazón divino de Jesús y del admirable Corazón de María³ y sólo así esta experiencia espiritual encontrará en el mundo de hoy espacio propio en el empeño cristiano de hacer surgir la civilización del amor habitada por la justicia y la paz⁴.

"Nada soy, nada tengo, nada puedo..."

Al leer algunas páginas del padre Eudes, acentuadamente marcadas por la mentalidad y el vocabulario de su época es posible que el hombre actual experimente no poco malestar e incomodidad. Son aquellas en que el santo se expresa, en ocasiones con su característica vehemencia, sobre la condición mísera y depravada de la naturaleza humana y su capacidad ilimitada y radical para el pecado. Es, a primera vista, una

¹ Sobre el tema de la Misericordia en san Juan Eudes. cfr. HEBERT R. San Juan Eudes, testigo y artífice de la misericordia. Conferencia fotocopiada. Caracas. 1985.

² OC. III, 14-15.

³ OC. VII, 32-33.

⁴ DROUIN P. Notas de una homilía en Caracas.

concepción negativa y pesimista del hombre y de sus valores muy en contra del alto sentido de autoestima e intrínseca dignidad muy en boga en las actuales antropologías. El pensamiento justo de san Juan Eudes sobre el hombre y su condición no se expresa adecuadamente si no se mira su doctrina global sobre el proyecto de Dios acerca de sus criaturas. Una cosa es el hombre pecador, abandonado a sus propias fuerzas e inclinaciones, sin Cristo, (idea cercana al "hombre viejo" de san Pablo), y otra el hombre en la plenitud de su dimensión, hijo de Dios, redimido en Cristo e incorporado a su Cuerpo, habitado por el poder del Espíritu Santo, llamado a la santidad, capaz entonces de los mayores heroísmos por Dios y por sus hermanos, (cercano al "hombre nuevo" de la teología paulina)¹.

Conclusión.

Juan Eudes ha sido, en la historia de la fe, un testigo apasionado de Jesús, Verbo de Dios Encarnado. Su vida, antes que todo, es el mejor testimonio de la solidez de su doctrina sobre el hombre y la grandeza de su vocación en Cristo. Sin esa experiencia viva, fruto del trabajo de la gracia cristiana en su corazón receptivo, decidido, rico en posibilidades, no tendríamos, como patrimonio de Iglesia, su enseñanza sobre el camino cristiano.

Nos mostró cómo vivir, en sólida coherencia, vocación y misión, contemplación y acción, exigencia evangélica y comprensión apostólica. En torno a Cristo y en adhesión vital a El, encontró el rostro paterno de Dios y el poder transformante del Espíritu Santo; a la Iglesia viva y a María, Madre y ejemplar creyente; al hombre, buscado por el amor divino, y al mundo de los hombres, trabajado por la fuerza opositora del pecado; pudo llamar a Jesús, con toda verdad, su todo, su totalidad. Quiero a Jesús y nada más solía repetir² pero en JESUS, en su Corazón, reunía todos sus amores.

¹ Dos textos característicos de esta doctrina: MEDITACIONES SOBRE LA HUMILDAD (OC. II, 71-127) y COLOQUIOS INTERIORES DEL ALMA CRISTIANA CON SU DIOS (OC. II, 135-194).

² OC. XI, 477.

Muy al principio de sus afanes apostólicos escribió una corta oración para beneficio de los sencillos de corazón; su corazón sencillo se expresó seguramente en ella:

¡ JESUS !
 ¡ Mi querido JESUS!
 ¡ Buen JESUS, sé JESUS para mí !
 ¡ JESUS, me doy totalmente a Ti !
 ¡ Buen JESUS, me entrego totalmente a Ti !
 ¡ Buen JESUS, te doy todo mi corazón,
 cólmalo de tu santo amor !
 ¡ JESUS, eres totalmente mío !
 ¿Cuándo seré yo totalmente tuyo?
 ¡ Mi Todo, sé para mí la totalidad,
 que todo lo demás nada signifique para mí !¹

Y en el atardecer de su vida, al redactar su testamento espiritual, contempló con hacimiento de gracias que en su caminar de cristiano y de sacerdote había mantenido esta fidelidad a Jesús, su Todo, y quiso morir en ella: "Finalmente me entrego de todo corazón a mi amadísimo Jesús para unirme a las santas disposiciones con que él, su santa Madre y todos sus santos han muerto, aceptando por su amor todas las penas de cuerpo y de espíritu que me vengan en mis últimos días. Quiero que mi último suspiro sea un acto de puro amor a él y le suplico que acepte todos estos sentimientos míos y los conserve en la hora de mi muerte"².

Bogotá, abril 1 de 1988.

¹ OC. II, 301.

² OC. XII, 137.

VIDA Y REINO DE JESUS EN LOS CRISTIANOS

VIDA Y REINO DE JESUS EN LOS CRISTIANOS.

OC. I.

INTRODUCCION

P. Paul Milcent, C.J.M.

"Vida y Reino" en la existencia de San Juan Eudes.

Juan Eudes, presbítero oratoriano, tiene 35 años. Lleva 10 años predicando en misiones parroquiales. Con sus hermanos oratorianos y sacerdotes asociados se dirige de preferencia a las gentes humildes de las aldeas rurales, que constituía por entonces el 90% de la población. Pero entre sus oyentes o penitentes se encuentran también cristianos cultivados e influyentes, como sus amigos Blouet de Camilly, religiosas y religiosos, como la abadesa de la Trinidad de Caen, madame de Budos a la que dedica este libro, junto a ellos ha adquirido la experiencia de la dirección espiritual.

Desde 1636 había publicado un folleto para los cristianos que deseaban hacer en su hogar las oraciones de la mañana y de la noche y para los misioneros que quisieran ayudarlos, como se hizo precisamente en ese año en la misión de Fresne- Camilly. El folleto se titulaba, EL EJERCICIO DE PIEDAD.

Luego transformó y desarrolló ese pequeño manual para ofrecer ayuda "a todos los verdaderos cristianos que desean servir a Dios en espíritu y verdad" (Prefacio), para que puedan establecer en ellos "La vida y el reino" del amor de Cristo (elevación). Se dirige a "todos los cristianos", de cualquier "estado y condición". Porque Juan Eudes está convencido de que todos sin excepción están llamados a la santidad: "ser cristiano y ser santo es una misma cosa", puesto que nuestra santidad consiste en acoger en

nosotros la santidad de Jesucristo, en "formar y hacer vivir a Jesús dentro de nosotros" (Prefacio). Mostrar el camino para ello es el propósito de este libro.

El libro será, pues un complemento de la predicación misionera. El predicador podrá proponerlo a los cristianos y cristianas deseosos de vivir en verdad su fe y de progresar en el camino de su unión a Cristo.

Juan Eudes trabajó en la preparación de este libro durante todo el año de 1636 en los intervalos que le dejaban las misiones. En otoño confió el manuscrito a un premostratense de la abadía de Ardeine y a un benedictino de San Esteban de Caen para su aprobación en su calidad de doctores en teología, el 18 y 23 de diciembre. La obra, un denso libro en formato 8º, aparece en Caen, editorial Pierre Poisson, a comienzos de 1637 bajo el título: LA VIDA Y EL REINO DE JESUS EN LOS CRISTIANOS, CON NUMEROSOS EJERCICIOS DE PIEDAD, PARA VIVIR Y MORIR CRISTIANA Y SANTAMENTE Y PARA FORMAR, SANTIFICAR Y HACER VIVIR Y REINAR A JESUS EN NOSOTROS.

Sin duda Juan Eudes había vivido todo este período en "el fervor del espíritu". En la época de la aparición del libro el 25 de marzo de 1637, redacta y firma con su sangre un ferviente texto que titula: VOTO O ELEVACION A JESUS PARA OFRECERSE A EL EN CALIDAD DE HOSTIA Y DE VICTIMA QUE DEBE SACRIFICARSE A SU GLORIA Y A SU PURO AMOR. Este voto del martirio como se le llama lo realizó Juan Eudes en el secreto de su oración; sólo se le conocerá después de su muerte. Pero nos hace adivinar algo del clima de su fe en el momento en que preparaba su libro "Vida y Reino".

Señalamos que por esa misma época en otras esferas del pensamiento humano aparecen en Francia dos obras de envergadura: Pedro Corneille hace representar EL CID (Invierno de 1636-1637) y Renato Descartes publica su DISCURSO SOBRE EL MÉTODO (1637).

Por esta época también, en el campo de la espiritualidad comienzan a aparecer obras que están animadas, como ésta de Juan Eudes, por las grandes intuiciones de Pedro de Bérulle.

Desde 1632 se conocía el TESORO ESPIRITUAL QUE CONTIENE LAS EXCELENCIAS DEL CRISTIANISMO, del oratoriano Hugo Quarré; en 1634 aparece la GUIA DE ORACION PARA LAS ALMAS QUE NO TIENEN FACILIDAD PARA ELLA, de Claudio Séguenot; en 1636 las VERDADES Y EXCELENCIAS DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR, de Francisco Bourgoing, ambos oratorianos. En 1643 Dionisio Amelotte publica la VIDA DEL PADRE DE CONDREN; en 1644 aparecen las OBRAS COMPLETAS DE BÉRULLE, con prefacio de Bourgoing, en 1645, Juan Bautista Noulleau, también oratoriano, publica la PRACTICA DE LA ORACION, finalmente, un poco más tarde, en 1655-1657 se podrán leer LA JORNADA CRISTIANA y los otros pequeños libros de Juan Jacobo Olier. Se ve, pues, cómo "Vida y Reino" se sitúa en una floración de libros espirituales de inspiración beruliana, varios de los cuales han sido reeditados frecuentemente.

Fuentes.

La fuente principal de donde saca Juan Eudes su doctrina es la Escritura. Su libro es un tejido de citas o de alusiones bíblicas, en especial de san Pablo y san Juan que se incorporan con toda naturalidad a la exposición. Guiados por sus maestros oratorianos Juan Eudes se había impregnado de la palabra de Dios durante su permanencia en Aubervilliers, en 1626-1627; desde entonces no había cesado de explorarla.

La encontraba también en la enseñanza de los padres de Bérulle y Condren. Se había compenetrado con ella al escuchar sus conferencias durante su formación oratoriana. Había leído también los escritos de Bérulle. A veces los reproduce casi literalmente, por ejemplo en la segunda parte cuando habla del triple "voto" que hicimos en el bautismo. Más a menudo presenta a su manera y con su propio vocabulario los pensamientos de que se había alimentado. Deja de lado las consideraciones demasiado difíciles como la meditación, a menudo tratada por Bérulle sobre la humanidad de Cristo despojado de "subsistencia" propia.

También lo señalaron otras influencias. La de algunos Padres de la Iglesia, muy leídos en el Oratorio, como Agustín y el pseudo-Dionisio...entre sus contemporáneos Francisco de Sales dejó en

él huellas evidentes; cuando el obispo de Ginebra al comienzo de INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA, desea que su vida se llene del grito "VIVA JESUS, VIVA JESUS. Sí, Señor Jesús vive y reina en nuestros corazones por los siglos", creeríamos escuchar ya a Juan Eudes.

Hay que mencionar también otra fuente que probablemente no había conocido en el oratorio: las cistercienses alemanas de Helfta, Gertrudis y Matilde (siglo XIII). Sin duda conoció sus escritos a través de sus amigas las benedictinas de la Trinidad de Caen. Su influencia que será importante en los textos sobre el Corazón ya se percibe en Vida y Reino (Cfr. OC. I, 149, 236,520).

Ediciones.

En los cuarenta años que siguieron a su primera aparición, Vida y Reino: conoció unas treinta ediciones, a veces a espaldas de su autor. En el solo año de 1647, décimo aniversario de su publicación, se cuentan cuatro ediciones diferentes, de las cuales dos al menos desconocidas por el padre Eudes, Caen, París, Ruan y Mons.

Mons era una ciudad de los Países Bajos (más o menos la actual Bélgica), en ese entonces provincia española. En efecto, se ha podido descubrir recientemente que "Vida y Reino" había tenido allí difusión, probablemente por iniciativa de los oratorianos: Mons en 1643 y 1647, Bruselas en 1662. Es picante ver el libro de Juan Eudes ampliamente difundido por sus antiguos hermanos.

En Caen, en 1642, el texto se enriqueció con las Profesiones cristianas. En 1648 Juan Eudes añade a la sexta parte un largo comentario sobre "el honor debido a los lugares sagrados". Finalmente, en 1662 hace aprobar una octava parte compuesta de dos pequeños tratados: MEDITACIONES SOBRE LA HUMILDAD y COLOQUIOS INTERIORES DEL ALMA CRISTIANA CON SU DIOS.

La edición de París de 1670 es probablemente la última que se hizo en vida del padre Eudes.

En las ediciones más recientes, por ejemplo en la que abre las obras completas (1905) y que hace autoridad, no se conservó el **TRATADO SOBRE EL HONOR DEBIDO A LOS LUGARES SAGRADOS** que no pertenece a la misma inspiración que el resto de la obra. Y se han puesto aparte los dos tratados de la octava parte. Este mismo criterio se ha seguido para la presente edición.

Plan y Doctrina.

El carácter propio de este libro es su orientación eminentemente práctica. Es ella la que impone su plan, un poco desconcertante para los amantes de la lógica. Contiene siete partes, a lo largo de las cuales se distribuyen los consejos que deben ayudarnos a "formar a Jesús en nosotros". Muy deliberadamente Juan Eudes admite en ellas numerosas repeticiones. He aquí ese plan:

1. Algunos ejercicios de uso corriente y general;
2. "lo que debe hacerse en toda nuestra vida", para desarrollar en nosotros la vida y las virtudes cristianas, que son la vida y virtudes de Jesús en nosotros;
3. "lo que debe hacerse en cada año": cómo santificar al comienzo y el fin de nuestros años y cómo vivir en ellos los misterios de Cristo al compás del ciclo litúrgico;
4. "lo que debe hacer en cada mes" para que esté totalmente animado por el amor a Jesús;
5. "... en cada semana" que debe vivirse como un miniciclo litúrgico en el que nos vuelve a ocupar todo el misterio de Cristo;
6. "... en cada día": es una invitación a vivir las "acciones ordinarias", renunciándonos a nosotros mismos y dándonos a Cristo para vivir de su vida;
7. Ejercicios para hacer memoria de nuestro nacimiento y de nuestro bautismo y para prepararnos a la muerte, a fin de vivir toda nuestra existencia en comunión con Jesús.

Juan Eudes hacía imprimir en letras mayúsculas el nombre de JESUS. Y su único propósito lo expresa así en el Prefacio:

"Jesús, Dios y hombre, es al decir de su Apóstol, todo en todas las cosas (Cf. Ef. 1,22-23 y Col. 3, 11) (...) Por eso nuestra preocupación principal debe ser formarlo y establecerlo dentro de

nosotros para que él sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestra fuerza y tesoro, nuestra gloria y nuestro todo".

Actualidad de Vida y Reino

De tan rica doctrina podría hacerse un mal uso, una lectura "idealista"; dejándose cautivar por los suntuosos paisajes teológicos que nos presenta, olvidando las capacidades y combates de este mundo enigmático "mientras la humana caravana prosigue su marcha con los pies inflamados..." (E. Mounier).

Para captar bien su alcance, es importante sentir que esa doctrina emana de una existencia comprometida en las tareas difíciles y riesgosas de este mundo: la de un hombre apasionado de acción, constructor de futuro, pero que se ejercitaba en la libertad del corazón para no querer sino el designio de Dios; la de un gran orante, pero que sabía alimentar su oración con toda la riqueza de sus múltiples relaciones y proseguía su búsqueda de Dios en medio de la noche, en la prueba interior, sin olvidar el diálogo con Francisco, su hermano carnal crítico y escéptico...; la de un misionero ardiente, consciente de su poder, ufano de ejercerlo, pero que sabía porfiar en la paz, a pesar de fracasos, oposiciones y calumnias.

Porque, en verdad, la contemplación luminosa de Juan Eudes fue puesta en el crisol de la vida que llevó y de las responsabilidades que asumió. Justamente nos enseña a vivirlas como bautizados:

- Con una mirada de fe que ve más allá de lo inmediato de nuestras relaciones y nuestras tareas; en ellas reconoce, en acción, el amor sin límites de nuestro Padre, el poder de Cristo resucitado, el dinamismo del Espíritu que construye en la historia del mundo y de cada hombre, el Cuerpo de Cristo;
- en la convicción de que sólo el amor tiene valor: no sólo el amor a los hermanos sino, a través de ellos, el amor a Jesús mismo, centro y plenitud de toda realidad y al mismo tiempo hermano nuestro tan cercano; Jesús que nos concede, al compás del año litúrgico, comulgar cada vez más íntimamente, con su misterio, hasta que tome forma en nosotros;

- en docilidad al Espíritu Santo que no cesa de actuar a través de nuestra propia acción, que crea en nosotros la plegaria y el amor, que nos asocia a su acción creadora para preparar el futuro de la resurrección en nuestro mundo;
- en solidaridad profunda con los hermanos próximos o lejanos, especialmente con los más desvalidos "indefensos y oprimidos". Y esto con horizontes muy amplios, inmensos porque "todo es nuestro"; podemos tomarlo y ofrecerlo todo "como algo nuestro"; hasta se nos ha dado el Corazón mismo de Cristo que es el corazón del mundo.

Esta última perspectiva apenas se entreabre en Vida y Reino; un poco más tarde se ensanchará (en 1648) en la fiesta litúrgica del Corazón de María y más todavía en la fiesta del Corazón de Jesucristo (1672).

A JESUS Y A MARIA SU SANTA MADRE

¡Jesús, mi Señor y mi Dios! Hundido en el abismo de mi nada me prosterno ante tu Majestad soberana. Aniquilo a tus plantas mi espíritu, mi amor propio y cuanto me pertenece, y me entrego al poder de tu divino espíritu y de tu santo amor. En la inmensidad infinita de ese espíritu y de ese amor y en las virtudes y potencias de tu divinidad humanizada y de tu humanidad divinizada, te adoro, te amo y glorifico en tus estados, misterios, cualidades, virtudes, y en lo que eres en relación con tu Padre del cielo, contigo mismo, con tu santa Madre, con los ángeles y los santos y con todas las criaturas (...).

Te adoro especialmente porque eres la vida, nuestra vida verdadera, el Rey de los reyes, el Santo de los santos y nuestra santificación.

Adoro tu designio y tu ardiente anhelo de vivir y de reinar en mí y en todos los cristianos. Te pido humildemente perdón por haberlo obstaculizado en mí y en los demás. Para reparar mi falta y contribuir a la realización de tu designio, me entrego y sacrifico totalmente a ti, oh Jesús, y proclamo ante cielos y tierra que ya no quiero vivir sino para darte forma en mí, para glorificarte y hacerte vivir y reinar en mí y en todos aquellos que tú pongas en mis manos. Te suplico me concedas la gracia de que mis preocupaciones, pensamientos, palabras y acciones sólo tiendan a este fin.

Te consagro en especial este modesto libro que he escrito para ayudar a tus fieles a establecer en ellos la vida y el reino de tu santo amor. Es obra tuya, porque tú eres su fuente primera y su verdadero autor y porque renuncio con todas mis fuerzas a lo que en él pueda ser mío y no tuyo. Deseo que te pertenezca totalmente, que seas tú su único y último fin, así como eres su único y primer principio con tu Padre y tu Espíritu Santo.

Por eso, en honor y unión del amor con que me diste este libro que salió de ti, te lo devuelvo y te lo confío, te lo ofrezco y consagro, como homenaje de tu vida adorable, a tu amor y a todo lo que tú eres.

Unido también al amor con que tú, que eres el verdadero libro de vida y de amor, te has dado a nosotros, quiero ofrendar y dedicar este libro a cuantos desean amarte especialmente a los que has querido confiarme de manera particular.

Pero no puedo mirarte, Señor Jesús, sin contemplar a aquella que está sentada a tu diestra, la que te formó, te glorificó y te hizo reinar siempre en ella de manera admirable y perfecta. La saludo y venero después de ti, como a tu Madre gloriosa, madre de vida y de amor, y como a mi soberana señora y Madre amadísima a la que pertenezco por razones innumerables.

Porque fui concebido, engendrado y educado en un lugar que le pertenece de manera especial y por su intercesión me diste el ser y la vida. Pues mi madre privada de hijos durante varios años, hizo voto en honor de tu santa Madre y al sentirse escuchada me llevó, en compañía de mi padre, a un lugar a ella particularmente consagrado para cumplir su promesa, para darte gracias y para ofrecerme y entregarme a ella y por ella a ti. (...)

En el día (de tu Encarnación) me concediste la gracia de hacer el voto de servidumbre perpetua a ti y a tu santa Madre. En ese mismo día me has concedido muchas otras gracias señaladas que tu bondad conoce y por las que siempre te bendeciré. En el día en que varias iglesias celebran el martirio de la santa Virgen al pie de tu cruz fui revestido del santo hábito eclesiástico. Además por una gracia especial de tu misericordia, celebré por primera vez, o mejor por las tres primeras veces, el augusto sacrificio de la Misa en el día en que la santa Virgen y Madre te trajo al mundo y en un lugar a ella especialmente dedicado.

Por eso, sin hablar de muchas otras razones, me siento con particular obligación de consagrarme a ella. Así que, Salvador mío, después de consagrarte este trabajo, permíteme ofrecerlo también a tu santa Madre, como homenaje a la vida desbordante de amor que tienes en ella y que ella tiene en ti.

Te lo ofrezco, pues, Madre de vida y de amor, y te lo consagro con todo el afecto de mi corazón, con todo lo que ha realizado y realizará en mí la misericordia de Dios. Bendice, Madre de bendición, la obra y al obrero y a cuantos se servirán de ella. Preséntalos a tu Hijo Jesús, fuente de toda bendición. Ruégale que él mismo los bendiga y consagre a su gloria y a su puro amor.

Este libro, oh Jesús, está lleno de ejercicios de alabanza, de amor, de contrición, de humildad y de otras virtudes cristianas. Te ruego que los imprimas en mi corazón y en el corazón de los lectores. Por mi parte, te ofrezco esos actos y ejercicios, con el deseo de hacerlos míos, de manera cordial, consciente y constante, como están ellos incesantemente presentes en este libro. Esto vale por mí y por todos los hombres del mundo, especialmente por los que leerán este libro y por los que deben recibir un cuidado especial de mi parte delante de ti. Te pido, amado Jesús, por tu bondad inmensa, que realices mi anhelo, por el amor que tienes a tu Madre amabilísima y por el que ella te tiene a ti. (...)

Finalmente, Dios de bendición, toma este libro bajo tu protección, defiéndelo de sus enemigos, que son los tuyos, bendícelo y santifícalo. Llénalo de tu espíritu y de tu fuerza divina, toma posesión de él, para que por él, o mejor, por ti mismo, seas bendito, santificado, amado y glorificado en todos los que habrán de leerlo.

Destruye en él todo lo que sea mío para que no quede nada que no sea tuyo. Bendice sus palabras para que sean otros tantos actos de bendición, de amor, de alabanza a ti, otras tantas fuentes de bendición y de gracia para sus lectores, saetas que hieran sus corazones con heridas celestiales y centellas que los enciendan en los divinos ardores de este santo amor.

VIVA JESUS Y MARIA

PREFACIO

Jesús, Dios y hombre, es, al decir de su apóstol, *Todo en todas las cosas*¹. Pero debe serlo especialmente en los cristianos como lo es la cabeza en los miembros y el espíritu en el cuerpo. Por eso nuestra preocupación principal debe ser formarlo y establecerlo dentro de nosotros, hacer que allí viva y reine, para que sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestra fuerza y tesoro, nuestra gloria y nuestro todo. Se trata, en una palabra, de que Jesús viva en nosotros, que en nosotros sea santificado y glorificado, que en nosotros establezca el reino de su espíritu, de su amor y de sus demás virtudes.

Para este fin ya hice imprimir el folleto titulado EJERCICIO DE PIEDAD, que muchos recibieron bien, lo apreciaron e hicieron buen uso de él. Como se necesitaba una segunda edición, lo he revisado cuidadosamente, le he cambiado el título y le he añadido muchas cosas útiles y necesarias a todos los cristianos que desean servir a Dios en espíritu y en verdad.

Hablo de "todos los cristianos" porque ha sido compuesto no sólo para religiosos sino para cuantos desean vivir cristiana y santamente. Y esta es obligación de todo cristiano, de cualquier estado y condición, porque, en lenguaje celestial, ser cristiano y ser santo es una misma cosa. La palabra de Dios, en efecto, nos declara que su voluntad es que no solamente los que se encuentran en los claustros, sino todos los cristianos *trabajen en su santificación*², *que busquen la santidad sin la cual nadie podrá ver a Dios*³, *que le sirvan en santidad y rectitud en su presencia todos los días de su vida*⁴, *que sean santos en toda su conducta*⁵, que

¹ Col. 3,11

² 1 Te. 4, 3.7.

³ Hb. 12, 14.

⁴ Lc. 1, 74-75.

sean santos y perfectos, sin mancha y sin reproche a sus ojos¹, que en ellos sea santificado su nombre² y que den gloria a Jesucristo en sus corazones³.

El título que he dado a este libro contiene dos aspectos: La Vida y el Reino de Jesús en los cristianos.

Lo llamo, en primer lugar, La Vida de Jesús en los cristianos porque su objetivo principal es mostrar que Jesús debe vivir en todos ellos; que los cristianos están en la tierra únicamente para continuar la vida santa que en ella llevó Jesús y que el negocio y la ocupación más importante de un cristiano es esforzarse para que Jesús tome forma y asiento dentro de él, según la consigna apostólica: *que Cristo tome forma en vosotros⁴*. Lo cual significa hacer vivir en su espíritu y en su corazón y en todo su ser la santidad de su vida y de sus costumbres. Es lo que san Pablo llama *llevar y glorificar a Dios en nuestro cuerpo⁵*, y san Pedro: *santificar a Jesucristo en nuestros corazones⁶*.

En efecto, por ser Jesucristo nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, todo lo suyo es también nuestro y lo nuestro es también suyo. Y así él *se consagró por nosotros* para que nosotros *quedáramos consagrados por la verdad⁷*, es decir, por él mismo que es la verdad eterna, como explica san Agustín. Su Apóstol afirma igualmente que *él es nuestra santificación⁸*: por eso cuando nos santificamos lo hacemos para que él sea santificado en nosotros y nuestra santificación es la santificación de Cristo en nosotros. Cumplimos así la palabra de san Pedro: *santificad al Señor Jesucristo en vuestros corazones⁹*. Todo lo cual se logra cuando nos acostumbramos a contemplar, amar y glorificar a Jesús en todas las cosas, a actuar siempre en su

⁵ 1 Pe. 1, 15.

¹ Col. 1,22.

² Mt. 5, 48.

³ 1 Pe. 3, 15.

⁴ Ga. 4, 19.

⁵ 1 Cor. 6, 20.

⁶ 1 Pe. 3, 15.

⁷ Jn 17, 19.

⁸ 1 Cor. 1,30.

⁹ 1 Pe. 3, 15.

santidad. Es esto lo que pretende enseñar este libro con medios sencillos y eficaces.

Llamo también este libro El Reino de Jesús en los cristianos porque su propósito no es solamente ofrecerte medios para dar forma y hacer vivir a Jesús en ti, sino para hacer que reine Jesús en plenitud. Si con esmero y fidelidad utilizas los ejercicios que él te propone, comprobarás la verdad de la palabra del Hijo de Dios: *El reino de Dios está dentro de vosotros*¹ y alcanzarás lo que le pides todos los días: *que venga tu Reino*². Tú, en cambio, con toda verdad, podrás llamarlo tu rey y le dirás: *Queremos, Señor Jesús, que reines sobre nosotros*.

He dividido el libro en ocho partes que contienen, en conjunto, lo que un cristiano, aunque sea religioso o religiosa, debe realizar para vivir cristiana y santamente y para formar y glorificar a Jesús, haciéndolo vivir y reinar en sí mismo (...).

La mayoría de estos ejercicios revisten la forma de "elevaciones" a Jesús, para que puedan utilizarlas personas de toda clase. Porque muchos cuando se dirigen a Dios no pueden hacer uso fácil de las verdades cristianas que se les proponen de manera simple y desnuda o de mera instrucción. Lo cual no impide que quienes los prefieran en forma de teoría puedan sacar de ellos los temas y verdades que les sirvan para ocuparse de ellos ante Dios, según la acción de su gracia y de su espíritu.

Si encuentras algo que de primeras te parezca demasiado elevado o difícil de entender y de practicar, no te desalientes porque si tienes la paciencia de leerlo todo y si te acompaña una intención pura y sincera y el verdadero deseo de hacer buen uso de ellos, confío en la bondad de nuestro Señor que él te dará luz para comprenderlo y gracia para practicarlo. Lo que no entiendas acá lo entenderás más adelante, según progrese tu lectura y así lo llevarás a la práctica con facilidad y deleite.

Me he repetido a propósito en algunos pasajes, por una parte para hacerme entender más claramente e imprimir mejor en ti ciertas cosas que considero importantes, y por otra, para no usar de notas

¹ Lc. 17, 21.

² Lc. 19,14.

y evitarte el esfuerzo, porque hay verdades y prácticas que convienen a diversos temas y ejercicios (...).

Por lo demás, si quieres usar piadosamente de este libro y dar gloria a Dios mediante los ejercicios que allí se encuentran, no lo leas ni utilices de prisa sino con atención; aplica tu espíritu y tu corazón a lo que lees. Esto vale principalmente para las elevaciones y plegarias; deberás meditar, saborear y asimilar con toda tranquilidad el sentido y la sustancia de las palabras (...).

Como premio de este humilde trabajo te pido, en nombre del que es todo amor por nosotros, que cuantas veces te sirvas de este libro, te entregues a Jesús con renovado propósito de amarlo perfectamente y que hagas tres actos de amor a Jesús de parte de quien lo ha puesto a tu disposición y que ha recibido de su Corazón y de sus manos todo lo que contiene de bueno para compartirlo contigo. Por mi parte, suplico de nuevo al mismo Jesús que imparta su bendición a mi modesta obra y también a ti, mi querido lector, para que por ella realice en ti lo que le agrada; que te dé la gracia de utilizarla según sus deseos y que establezca por siempre en ti el reino de su gloria y de su puro amor, que él mismo tome forma y se establezca en ti, para que en ti viva y reine en plenitud y se ame y glorifique a sí mismo por toda la eternidad.

PRIMERA PARTE

ALGUNOS EJERCICIOS MAS NECESARIOS PARA VIVIR CRISTIANAMENTE, Y PARA FORMAR, SANTIFICAR Y HACER VIVIR Y REINAR A JESUS ENTRE NOSOTROS.

EJERCICIO PARA LA MAÑANA

I. Jesús debe ser nuestro principio y nuestro fin en todas las cosas. Lo que debes hacer al despertar.

Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, es, según palabra de su apóstol, *el que da comienzo y plenitud a nuestra fe*¹ y, como se llama a sí mismo en el Apocalipsis, *el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin de todas las cosas*². Es justo, pues, que sea el comienzo y fin de nuestra vida, de nuestros años, meses, semanas, días y ejercicios.

Por eso, así como hubiéramos debido consagrarle, de haber tenido uso de razón, el comienzo de nuestra vida y como deseamos terminarla en su gracia, en el ejercicio de su amor, así también si queremos alcanzar este don, debemos consagrarle con ejercicios de piedad y de amor el comienzo y el fin de cada año, de cada mes, de cada semana y especialmente de cada día. Es importante, ante todo, comenzar bien cada día para que nuestro espíritu se llene tempranamente de buenos pensamientos y para ofrecer a nuestro Señor nuestras primeras acciones, porque de allí depende la bendición del resto del día.

Por eso, apenas despiertas, levanta tus ojos al cielo y tu corazón a Jesús para consagrarle el primer uso de tus sentidos y los primeros pensamientos y afectos de tu espíritu y de tu corazón.

Que tu primera palabra sea el santo nombre de Jesús y de María: Jesús, María. ¡Oh Jesús! ¡Oh María! ¡Madre de Jesús! Oh

¹ Hb. 12,2.

² Ap. 22, 13.

María, Madre de Jesús, te entrego mi corazón para siempre, para que lo entregues a tu Hijo Jesús. Ven, Señor Jesús¹. Ven a mi espíritu y a mi corazón para que lo llenes y poseas enteramente. Oh Jesús que seas Jesús para mí.

Que tu primera acción exterior sea la señal de la cruz, mientras dices: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, al mismo tiempo que te entregas a las tres divinas personas para que te posean perfectamente.

Cuando llegue la hora de levantarte, acuérdate del amor inmenso por el cual el Hijo de Dios, en el momento de su encarnación, salió del seno de su Padre, lugar (si se puede usar esta expresión) de delicias, de descanso y de gloria, para venir a la tierra a someterse a nuestras miserias y compartir nuestros dolores y fatigas. Y en honor y unión de ese amor saldrás pronta y valientemente del lecho, diciendo: *Me levantaré en busca del amado de mi alma*², deseando pronunciar esta frase con todo el amor que recibe Jesús en el cielo y en la tierra.

Luego, de rodillas, adora a Jesús, diciendo: Te adoramos, Señor Jesús, y te bendecimos, te amamos con todo nuestro corazón, con nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Y al pronunciar estas palabras desearás decirlas con toda la humildad, devoción y amor del cielo y de la tierra y en nombre de todas las criaturas.

II. Al vestirte.

Recuerda que nuestro Señor Jesucristo, al encarnarse, se revistió por amor a ti, de nuestra humanidad, mortalidad, miserias y necesidades. Que, por lo mismo, necesitó de vestido como tú. Luego eleva hacia él tu corazón para decirle:

Bendito seas Señor, por siempre, porque de esa manera te has humillado por mi amor. Te ofrezco lo que estoy realizando en estos momentos para honrarte por haber revestido tu divinidad con nuestra humanidad y por haber usado vestidos semejantes a los nuestros. Deseo realizar esta acción con tus mismas disposiciones e intenciones.

¹ Ap. 22,20.

² Cant. 3, 2.

Piensa también en tantos pobres que nada tienen para cubrirse aunque no han ofendido a Dios como tú, y que nuestro Señor, en extremo bondadoso, te ha dado con qué cubrirté, y por lo mismo dirás:

Te bendigo mil veces, Dios mío por tantas misericordias conmigo. Te suplico alivies las necesidades de los pobres. Y así como me has dado con qué vestir mi cuerpo, reviste mi alma de ti mismo, de tu espíritu, de tu amor, de tu humildad, mansedumbre, paciencia, obediencia y demás virtudes.

III. Toda nuestra vida debe consagrarse y emplearse en dar gloria a Jesús.

Nuestra vida con sus pertenencias y dependencias pertenece por entero a Jesucristo.

1. Porque él es nuestro Creador. De él recibimos el ser y la vida que llevan impresa la imagen y semejanza de su vida y de su ser. Por eso le pertenecemos en forma total y debemos ajustarnos a él como la imagen a su prototipo.
2. Porque él nos conserva a cada instante en el ser que nos dio, y nos lleva continuamente en su regazo con mayor solicitud y ternura que una madre a su hijo.
3. Porque según la Palabra sagrada su Padre le ha dado desde siempre y por toda la eternidad todas las cosas en general y a cada uno de nosotros en particular¹.
4. Porque es nuestro Redentor. El nos ha librado de la esclavitud del demonio y del pecado y nos ha rescatado al precio de su sangre y de su vida. Por eso a él pertenece todo cuanto somos y tenemos; nuestra vida, nuestro tiempo, nuestros pensamientos, palabras y acciones, nuestro cuerpo y nuestra alma, el uso de los sentidos corporales y de las facultades del espíritu, y de las cosas del mundo. Porque no sólo nos adquirió por su sangre la gracia para santificar nuestras almas, sino también cuanto requiere la conservación de nuestros cuerpos. Porque, a causa de nuestros pecados, no tendríamos

¹ Sal. 2, 7-8; Lc. 10, 22; Jn 13, 3.

derecho ni de transitar por el mundo, ni de respirar el aire, ni de comer un trozo de pan o beber una gota de agua, ni de servirnos de criatura alguna, si Jesucristo no nos hubiera dado ese derecho por su sangre y por su muerte. (...)

5. Porque Jesús nos ha dado todo cuanto es y cuanto tiene. A su Padre para que sea también nuestro Padre; a su Espíritu Santo para que sea nuestro Espíritu y nos enseñe, gobierne y guíe en todas las cosas; a su santa Madre para que sea nuestra Madre; a sus ángeles y santos para que nos protejan e intercedan por nosotros; las criaturas del cielo y de la tierra para nuestro servicio.

Nos ha dado, además, su propia persona en la Encarnación. Todos los instantes de su vida los empleó por nosotros; sus pensamientos, palabras y acciones y los pasos que dio estuvieron consagrados a nuestra salvación. En la Eucaristía nos ha dado su cuerpo y su sangre, con su alma y su divinidad, con todas sus maravillas y tesoros infinitos; y esto cada día y cuantas veces nos disponemos a recibirlo.

De ahí nuestra obligación de darnos enteramente a él, de ofrecerle y consagrarle todas las actividades y ejercicios de nuestra vida. Si fueran nuestras todas las vidas de los ángeles y de los hombres de todos los tiempos, debiéramos consumirlas en su servicio. Aunque sólo hubiera empleado por nosotros un instante de su vida, él vale más que mil eternidades, si así se puede hablar, de las vidas de todos los ángeles y seres humanos. Con mayor razón debemos consagrar a su gloria y a su servicio el poco de vida y de tiempo que pasamos sobre la tierra.

Con ese fin, lo primero y principal que debes hacer es conservarte en su gracia y amistad. Huirás del pecado, que puede hacértela perder, más que de la muerte y de los más terribles males del mundo. Si, por desgracia, caes en algún pecado, levántate cuanto antes mediante la confesión. Porque como las ramas, las hojas, flores y frutos pertenecen al dueño del tronco del árbol, así mientras pertenezcas a Jesucristo y estés por la gracia unido a él, toda tu vida, con sus dependencias, y todas tus buenas acciones, a él pertenecen (...).

IV. Cómo hacer de nuestra vida un ejercicio continuo de alabanza y de amor a Jesús.

1. Antes de salir de casa y de realizar cualquier otra acción, ponte de rodillas y dedica al menos medio cuarto de hora a quien te dio su vida entera. Adóralo, dale gracias, ofrécete a él y conságrale todas tus acciones del día a su gloria. Por los libros de santa Gertrudis sabemos que el Señor le aseguró que aceptaba complacido el ofrecimiento de las acciones más mínimas, como las respiraciones y las palpitaciones del corazón¹. En virtud de esta ofrenda, todos tus pasos, el uso de tus sentidos exteriores e interiores y todos tus actos redundarán en su gloria.

Pero cuando te exhorto a postrarte para adorar, dar gracias y entregarte a Jesucristo, no pretendo que te limites a la persona del Hijo, sino que incluyas a la santísima Trinidad. Lo cual se realiza necesariamente aunque no se explicita. Porque Jesucristo es una sola cosa con el Padre y el Espíritu Santo, y toda la santísima Trinidad, la plenitud de la divinidad, como dice san Pablo², habita en él. De ahí que cuando adoramos y glorificamos a Jesús, tributamos los mismos homenajes al Padre y al Espíritu Santo.

2. Ofrece a Jesús el honor y la gloria que se le tributarán en ese día, en el cielo y en la tierra, y únete a las alabanzas que recibirá de su Padre eterno, de sí mismo, de su Espíritu Santo, de su santa Madre, de los ángeles y santos y de todas las criaturas.
3. Ruega a los ángeles y santos, a la santa Virgen, al Espíritu Santo y al Padre eterno que en ese día glorifiquen y amen a Jesús por ti. Esta es la petición que más les place, la que escuchan y conducen con mayor agrado. Así tendrás parte especial en el amor y la gloria que Jesús recibe continuamente de las divinas personas y él aceptará esos homenajes como si procedieran de ti, porque ellos se los tributan a petición tuya.

¹ *Legatus divinæ pietatis*, Lib. IV. Cap. II, 13.

² Col. 2, 9.

Si eres fiel a esas tres prácticas, resultará que cada mañana, cada día y toda tu vida en su conjunto, serán un continuo ejercicio de amor y de gloria a Jesús (...).

Conviene, además, que cada mañana aceptes, por amor a nuestro Señor, las molestias que te sucederán durante el día. Renuncia también a las tentaciones del espíritu maligno, a todo sentimiento de amor propio y demás pasiones. Estos dos actos tienen importancia, porque durante el día ocurren, de paso, mil detalles enojosos que no se ofrecen a Dios y muchas tentaciones de amor propio que se deslizan insensiblemente en nuestras acciones. Mediante esos dos actos Dios será glorificado en todas tus penas corporales y espirituales y recibirás fuerza para resistir a las tentaciones y para destruir las consecuencias del amor propio y de los demás vicios. Para ello podrás servirte de la siguiente elevación.

V. Elevación matinal a Jesús.

¡Adorable Jesús! Prosternado ante ti en la inmensidad de tu espíritu y en la grandeza infinita de tu amor, te adoro, te glorifico, te bendigo y te amo por lo que eres en ti mismo y en todas las cosas. Adoro, bendigo y amo dentro de ti y por medio de ti, a la santísima Trinidad. Te doy gracias infinitas porque velaste sobre mí en esta noche. Te ofrezco las bendiciones que durante ella recibiste en el cielo y en la tierra.

Me ofrezco y consagro a ti, Salvador mío, y por ti al Padre, en forma total y perdurable. Te ofrezco mi cuerpo, mi alma, mi espíritu, mi corazón, mi vida, mis pasos y miradas. Deseo consagrarlos a tu gloria y que representen otros tantos actos de alabanza, de adoración y de puro amor hacia ti.

Te ofrezco también, oh Jesús y por ti a la santísima Trinidad, el amor y la gloria que recibirás hoy y en toda la eternidad en el cielo y en la tierra. Me uno a las alabanzas que han tributado y tributarán siempre al Padre su Hijo y el Espíritu Santo, al Hijo y al Espíritu Santo el Padre; al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo la santa Virgen, los ángeles y santos y todas las criaturas.

Oh Jesús, adora y ama a tu Padre y al Espíritu Santo por mí.
Padre de Jesús, ama y glorifica a tu Hijo Jesús por mí.

**Santo Espíritu de Jesús, ama y glorifica a Jesús por mí.
 Madre de Jesús, bendice y ama a tu Hijo Jesús por mí.
 Bienaventurado san José, ángeles de Jesús, santos y santas
 de Jesús, adorad y amad a mi salvador por mí.**

Acepto desde ahora por amor a ti, Señor Jesús, las molestias, contrariedades y aflicciones, corporales y espirituales que me sobrevendrán en el día de hoy y en toda mi vida y me ofrezco a ti para sobrellevar lo que te plazca sólo para agradarte y darte gloria.

Renuncio también desde ahora, a las seducciones y tentaciones del espíritu maligno y desapruebo todo sentimiento de amor propio, de orgullo y demás pasiones e inclinaciones torcidas que hay en mí.

Te suplico, Salvador mío, que imprimas en mi corazón, hacia el pecado, un odio, horror y temor más fuerte que de todos los males del mundo; que prefiera morir a ofenderte deliberadamente. Dame la gracia de servirte en el día de hoy y en el resto de mi vida con fidelidad y amor y de tratar a mi prójimo con caridad, mansedumbre, paciencia, obediencia y humildad.

VI. Otra elevación a Dios para santificar nuestras acciones.

Dios mío, mi Creador y soberano Señor, si te pertenezco por infinidad de títulos, también debe ser tuyo cuanto procede de mí. Me has creado para ti: por lo tanto me ofrezco a mi mismo y a todas mis acciones que no tendrían valor alguno si no las refiero a ti (...).

Y para que sean más de tu agrado las uno a las de Jesucristo, nuestro Señor, a las de la santa Virgen María, su Madre, a las de los espíritus bienaventurados y de los justos de todos los tiempos, los del cielo y los de la tierra. Te consagro todos mis pasos, palabras, miradas, cada movimiento de mi cuerpo y cada pensamiento de mi espíritu, con la intención de tributarte por ellos gloria infinita y de amarte con amor sin límites (...).

Te ofrezco también las acciones de las demás criaturas: la perfección de todos los ángeles, las virtudes de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles, los sufrimientos de los mártires,

las penitencias de los confesores, la pureza de las vírgenes, la santidad de todos los bienaventurados. Y finalmente te ofrezco a ti mismo. No lo hago para alcanzar nada de ti, ni siquiera el paraíso, sino para agradarte cada día más y tributarte mayor gloria.

Quiero, además, ofrecerte desde ahora, en estado de libertad, los actos de amor y de las demás virtudes con que te mostraré necesariamente mi amor en la dichosa eternidad, como lo espero de tu bondad. Quiero igualmente en todas mis acciones, no sólo ajustar mi voluntad a la tuya sino hacer únicamente lo que más te agrada, para que sea tu voluntad y no la mía la que se cumpla en todas las cosas. Quiero decirte siempre con los labios y de corazón y en todos los actos de mi vida: "Señor, que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo".

Concédeme, Señor, esta gracia, para poder amarte con mayor fervor, servirte con mayor perfección y buscar únicamente tu gloria. Que yo me transforme de tal manera en ti que solo viva para ti y en ti y que agradarte sea mi paraíso, en el tiempo y en la eternidad.

A la santísima Virgen.

Madre de Jesús, Reina del cielo y de la tierra: te saludo y venero como a mi soberana Señora; a ti pertenezco después de Dios. Te tributo todo el honor que me es posible y que te debo según Dios y según tus grandezas. Me doy enteramente a ti para que tú me ofrezcas a tu Hijo. Que, por tus ruegos, todo cuanto hay en mí quede consagrado a su gloria y a la tuya y que prefiera morir a perder su gracia.

A san José.

Bienaventurado san José, excelso padre de Jesús y dignísimo esposo de María: te pido que seas para mí padre, protector y guía en el día de hoy y en toda mi vida.

Al ángel de la guarda.

Santo ángel de mi guarda: me ofrezco a ti para que me entregues a Jesús y a su santa Madre. Pídeles para mí la gracia de honrarlos y amarlos con toda la perfección que exigen de mí.

A todos los ángeles y santos.

Santos ángeles y bienaventurados santos y santas: a vosotros me ofrezco; presentadme a Jesús y rogadle que me dé su bendición para emplear fielmente este día en su servicio (...).

Pedir la bendición de Jesús y de su santa Madre.

Oh Jesús, Oh María, Madre de Jesús, imploro vuestra santa bendición. Que la Virgen María, con su Hijo, nos bendiga. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Padre nuestro... Dios te salve, María. Creo en Dios Padre...

EJERCICIO DURANTE EL DIA

VII. Jesús es nuestro centro y nuestro paraíso.

El único objeto de las miradas, del amor y de las complacencias del Padre eterno, es su Hijo Jesús. Porque como el Padre ha querido, al decir de su apóstol, que su Hijo fuera *todo en todas las cosas*¹ y que *todas las cosas tuvieran consistencia en él y por él*², así también mira y ama todas las cosas en él. Y, como el mismo apóstol nos enseña, Dios *creó todas las cosas en él y por él*³. Por consiguiente *lo ha hecho todo para él*⁴. Y como *ha puesto en él todos los tesoros de su ciencia y de su sabiduría*⁵, de su bondad, belleza, gloria, felicidad y de todas sus demás perfecciones, el Padre mismo nos anuncia, en diversas ocasiones, que *ha puesto toda su complacencia y sus delicias en ese Hijo*

¹ Ef. 1, 23; Col. 3, 11.

² Col. 3, 17.

³ Col 1, 16.

⁴ Hb. 2, 10.

⁵ Col. 2, 3.

*único y amadísimo*¹. Lo cual no excluye, claro está, al Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús y una sola cosa con él.

En pos del Padre celestial a quien debemos imitar como a nuestro Padre, Jesús debe ser el objeto único de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Todas las cosas debemos verlas y amarlas en él y sólo a él en ellas. Nuestras acciones las realizamos en él y para él. Nuestro contento y nuestro paraíso debe ser él; porque como es el paraíso del Padre eterno que en él encuentra sus complacencias, también el Padre nos lo dio para que sea nuestro paraíso. Por eso nos manda que moremos en él: *Permaneced en mí*². Y su discípulo amado nos reitera el mandamiento: *Permaneced en él, hijos, permaneced en él*.³ San Pablo nos asegura que *no hay condenación para los que están en Cristo Jesús*⁴. Al contrario, podemos decir que fuera de él solo hay perdición, maldición e infierno (...).

Considera, pues, a este amabilísimo Salvador como el objeto único de tus pensamientos, deseos y afectos; como el fin único de tus acciones; como tu centro, tu paraíso y tu todo. Retírate de todas partes y búscalo a él como un lugar de refugio, elevando a él tu espíritu y tu corazón (...).

Medita a menudo aquella palabra suya: *Sólo una cosa es necesaria*⁵, a saber, servir, amar y dar gloria a Jesús. Todo lo demás es locura, engaño, ilusión, pérdida de tiempo, *aflicción de espíritu, vanidad de vanidades*⁶. Piensa que estás en la tierra únicamente para esa ocupación, la más necesaria, importante y urgente. Y que tus pensamientos, palabras y acciones deben tender a ese fin. Por eso al comienzo de tus acciones, ten cuidado de ofrecerlas a nuestro Señor, reafirmandole que quieres realizarlas únicamente por su gloria.

Si caes en alguna falta, no te desalientes, aunque reincidas en ella, pero humíllate profundamente ante Dios (...) y trata de

¹ Mt. 3, 17; Lc. 3, 35.

² Jn, 15, 4.

³ 1 Jn 2, 27-28.

⁴ Rm. 8, 1.

⁵ Lc. 10, 42.

⁶ Qoh. 1,2.14.

producir un acto de contrición. Suplica a nuestro Señor Jesucristo que repare tu falta, que te dé nueva gracia y fuerza para no recaer y que afiance de nuevo en ti el propósito de morir antes que ofenderlo.

Acuérdate a menudo de que estás ante Dios y dentro de Dios mismo (...). Que Jesucristo, por su divinidad, te rodea, te penetra y te colma de tal manera que está en ti más que tú mismo; que él piensa de continuo en ti y que sus ojos y su corazón están siempre vueltos hacia ti. Esto te llevará a pensar en él, a elevar a él tu espíritu y tu corazón (...). Puedes servirte para ello de alguna de las elevaciones siguientes, o de otra semejante que te inspire su divino Espíritu.

VIII. Elevaciones a Jesús durante el día.

¡Oh Jesús, mi único amor, el amado de mi alma, el objeto de todos mis amores! ¿Cuándo te amaré perfectamente?

Tú que eres mi divino sol, ilumina las tinieblas de mi espíritu, incendia mi helado corazón.

Tú que eres la luz de mis ojos, haz que te conozca y que me conozca, para que a ti te ame y a mí me odie.

Tú eres mi suave luz: hazme descubrir que todo cuanto hay fuera de ti sólo es humo, engaño y vanidad.

Mi Dios y mi todo: apártame de lo que no es tú, para unirme enteramente a ti.

Mi amado todo: sé tú mi todo y que lo demás nada signifique para mí.

Oh mi Jesús, que seas Jesús para mí.

Tú, vida de mi alma, Rey de mis amores, vive y reina en mí perfectamente.

Viva Jesús, Viva el Rey de mi corazón, viva la vida de mi vida. Que él sea amado y glorificado por todo en todas las cosas.

Te pido, fuego divino e inmenso, fuego devorador, que me consumas íntegramente en tus sagradas llamas.

Oh Fuegos, oh llamas celestiales: caed sobre mí y transformadme en llama de amor a mi Jesús.

Tú, oh Jesús, que eres todo fuego y llama de amor hacia mí, haz que yo sea fuego y llama de amor hacia ti.

Tú, Jesús, eres todo mío: que yo sea todo tuyo por siempre.

Tú eres el Dios de mi corazón, mi único tesoro: sólo a ti anhelo en el cielo y en la tierra.

Tú eres lo único necesario, lo único que busco y deseo, mi Jesús y mi todo: fuera de él todo es nada.

Ven, Señor Jesús, ven a mi corazón para que allí te ames tu mismo en forma perfecta.

¿Cuándo será, oh Jesús, que nada en mí sea contrario a tu santo amor?

Madre de Jesús, muestra que de verdad lo eres: fórmalo y hazlo vivir en mí.

Madre de amor, ama a tu Hijo por mí.

Oh Jesús, tribútate a ti mismo, centuplicado, el amor que yo hubiera debido darte en toda mi vida y que debían tributarte todas las criaturas.

Te ofrezco, oh Jesús, todo el amor del cielo y de la tierra. Te doy mi corazón para que lo colmes de tu santo amor.

Que todos mis pasos rindan homenaje a tu caminar sobre la tierra. Te consagro mis pensamientos para honrar los tuyos, mis palabras para honrar tus santas palabras. Que todas mis acciones glorifiquen las tuyas divinas.

Tú eres mi gloria: haz que a tu gloria me inmole eternamente.

Tú eres mi todo: renuncio a todo lo que no eres tú y me entrego a ti para siempre.

**¡Nada quiero, y lo quiero todo;
Jesús es mi todo: fuera de él todo es nada;
quítame todo, pero dame ese solo bien;
y todo lo tendré,
aunque no tenga nada!**

EJERCICIO PARA LA NOCHE

Terminar bien la jornada es tan importante como comenzarla bien y consagrar a Dios sus últimas acciones como las primeras. Por eso, antes de tomar tu descanso, ponte de rodillas, agradece a Dios los beneficios que de él recibiste durante el día; haz tu examen de conciencia y ofrécete a él mediante los ejercicios siguientes:

IX. Acción de gracias.

Jesús, mi Señor, te adoro, porque eres el principio y la fuente, junto con tu Padre y tu Espíritu Santo, de lo bueno, santo y perfecto que hay en el cielo y en la tierra, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Te agradezco los dones y bienes celestiales y terrestres, temporales y eternos que han venido de ti, especialmente en este día, en la tierra y en el cielo.

Te bendigo y te doy gracias por cuanto eres en ti mismo, y por lo que realiza tu bondad, especialmente en este día, en favor de todas tus criaturas y particularmente en favor mío que soy la más desvalida de todas ellas.

Te ofrezco el amor y las alabanzas que te han tributado siempre y especialmente hoy, en el cielo y en la tierra. Que te bendigan eternamente tus ángeles y santos, todas las criaturas y las potencias de tu divinidad y de tu humanidad.

X. Examen de conciencia.

Te adoro, Señor Jesús, como a mi soberano juez. Me someto gustoso al poder que tienes de juzgarme. Comunícame algo de la luz con que me harás ver mis pecados cuando me presente ante tu tribunal a la hora de mi muerte para que, con la claridad de esa luz pueda comprender mis ofensas contra ti. Comunícame también el celo de tu justicia, y el odio que tienes al pecado (...).

Después de esto pasarás brevemente en revista toda la jornada, para descubrir y reconocer los pecados con que has ofendido a Dios. Acúsate de ellos ante su presencia y pídele perdón, haciendo actos de contrición de la siguiente manera:

XI. Actos de contrición.

Salvador mío: me acuso ante ti, ante tus ángeles y santos, de los pecados que he cometido en toda mi vida y particularmente en el día de hoy, contra tu divina Majestad. Te suplico, mi Señor, por tu inmensa misericordia, por tu preciosa sangre derramada por mí, y por la intercesión y méritos de tu santa Madre y de tus ángeles y santos, que me concedas la gracia de una perfecta contrición y arrepentimiento.

Detesto mis pecados de todo corazón y con todas las fuerzas de mi voluntad, por la ofensa y deshonor que con ellos te he causado. Los odio porque tú los odias y porque a causa de ellos has padecido los tormentos más atroces, has derramado hasta la última gota de tu sangre y has sufrido la más cruel de todas las muertes. Por eso, Salvador mío, los abomino y renuncio a ellos para siempre. Quisiera tener el dolor y la contrición de san Pedro, de santa Magdalena y de todos los santos penitentes, para llorar mis ofensas con su mismo arrepentimiento (...).

Te pido, amabilísimo Señor, la gracia de preferir morir mil veces, antes que volver a ofenderte mortalmente o de cualquier manera en forma deliberada. Prometo, con la ayuda de tu gracia, que me acusaré de todos mis pecados en mi próxima confesión, con el firme propósito de alejarme de ellos por amor a ti. De todo corazón renuncio para siempre a toda clase de pecado y me ofrezco a ti para sufrir lo que tú quieras en satisfacción de mis ofensas. Acepto desde ahora, en homenaje a tu justicia, las penas

y penitencias que te plazca imponerme, en ésta o en la otra vida. En satisfacción del irrespeto que te he causado, te ofrezco la gloria que recibiste en el día de hoy, de ti mismo, de tu santa Madre, de tus ángeles y santos y de las almas santas que están en la tierra.

Me doy enteramente a ti, oh Jesús: destruye en mí cuanto te desagrada; repara tú por mí las ofensas que he cometido contra tu eterno Padre, contra ti mismo, contra tu Espíritu Santo, contra tu santa Madre, tus ángeles y santos y contra todas las criaturas. Dame la fuerza y la gracia para no ofenderte jamás.

Ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, madre de Jesús suplid mis deficiencias y repara por mí la ofensa que he causado a Dios con mis pecados; rendidle, centuplicados, el amor y la gloria que yo hubiera debido tributarle hoy y en toda mi vida.

Madre de Jesús, Madre de misericordia; ruega a tu Hijo que tenga misericordia de mí. Madre de gracia, ruega a tu Hijo que me conceda la gracia de no ofenderlo más y de amarlo y servirlo con fidelidad.

Bienaventurado san José, santo ángel de mi guarda, bienaventurado san Juan, santa Magdalena, interceded por mí para que alcance misericordia y gracia y sea más fiel a mi Dios. Pater, Ave, Credo.

XII. Ofrecer el descanso a Jesús.

Te ofrezco, oh Jesús, el descanso que voy a tomar en honor del reposo eterno que disfrutas en el regazo de tu Padre y para honrar tu sueño y descanso temporal en el seno de tu Madre y durante tu vida terrena.

Te ofrezco las respiraciones y latidos de mi corazón y deseo que sean otros tantos actos de alabanza y de adoración a ti. Me uno a las alabanzas que recibirás en esta noche, en el cielo y en la tierra y suplico a tus ángeles y santos, a tu santa Madre y a ti mismo que te amen y glorifiquen por mí en esta noche y por toda la eternidad.

Al acostarte harás la señal de la cruz y repetirás la última palabra que Jesús dirigió a su Padre en el postrer instante de su vida: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*¹. Y tú se las dirigirás a Jesús: *En tus manos, Señor Jesús, encomiendo mi espíritu*². Esta plegaria que habrás de decir en tu última hora tratarás de decirla como si esa hora hubiera llegado para ti, con el amor, la humildad, la confianza y demás disposiciones santas y divinas con que las pronunció Jesús. Desde ahora te unirás, para la hora de tu muerte, a las disposiciones con que Jesús terminó su vida. Le pedirás a Jesús que grabe en ti esa plegaria y la conserve para esa hora a fin de que mueras en Jesús, con sus mismas disposiciones e intenciones, y se te apliquen aquellas palabras: *Felices los que mueren en el Señor*³.

Finalmente tratarás de que tu último gesto antes de dormirte sea la señal de la cruz, tu último pensamiento sea el de Jesús, tu último acto interior sea de amor a Jesús, tu última palabra el santo nombre de Jesús y María. Así merecerás que las últimas palabras de tu vida sean: ¡Jesús, María! Viva Jesús y María! ¡Oh Buen Jesús, sé tú Jesús para mí! ¡Oh María, Madre de Jesús sé también la Madre mía!

¹ Lc. 23, 46.

² Hech. 7, 59.

³ Ap. 14, 13.

SEGUNDA PARTE

COMO HACER VIVIR Y REINAR A JESUS EN NOSOTROS.

I. La vida del cristiano continúa la vida santa de Jesús.

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey de los hombres y de los ángeles, no es sólo nuestro Dios, Salvador y Señor soberano. Es también, al decir de san Pablo, nuestra Cabeza, de la que *somos su cuerpo y sus miembros, hueso de sus huesos y carne de su carne*¹. De esa unión la más estrecha imaginable, de los miembros con su cabeza; de nuestra unión espiritual con él por la fe y el bautismo; de la unión corporal que se realiza en la santa Eucaristía, se desprende que, como los miembros reciben animación del espíritu de su cabeza y viven de su vida, también a nosotros debe animarnos el espíritu de Jesús, para vivir de su vida, caminar tras sus huellas, revestir sus sentimientos e inclinaciones y realizar nuestras acciones con sus mismas disposiciones e intenciones. En una palabra, debemos continuar y completar la vida y la devoción de Jesús en la tierra.

Esta afirmación se apoya sólidamente en las palabras insistentes del que es la misma verdad. No nos dice, acaso, en distintos lugares de su Evangelio: *Yo soy la vida y he venido para que tengáis la vida. Vosotros no queréis venir a mí para tener la vida. Como yo vivo también vosotros viviréis. En aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros*². Es decir, que así como yo estoy en mi Padre y vivo de su vida, así vosotros estáis en mí y vivís de mi vida, pues, estando en vosotros os la comunico.

Su discípulo amado nos sigue recordando que *Dios nos ha dado vida eterna y que esa vida está en su Hijo. Que quien tiene al Hijo tiene la vida; quien no tiene al Hijo no tiene la vida. Y que Dios ha enviado a su Hijo al mundo para que vivamos por medio*

¹ Ef. 5, 30 Vulg.

² Jn 14, 6; 10, 10; 5, 40; 14, 19-20.

de él y que nuestra vida en este mundo imite la vida de Jesús ¹. Es decir que ocupamos su lugar y debemos reproducir su vida.

El libro del Apocalipsis nos advierte que Jesús, el amado esposo, nos interpela sin cesar: *El que tenga sed que se acerque; el que quiera reciba gratuitamente agua de vida*², es decir, que tome de mi interior el agua de la vida verdadera. Lo cual se ajusta a lo que nos cuenta el Evangelio; que un día el Hijo de Dios, de pies, en medio de la multitud, clamaba: *Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba*³.

Por su parte el apóstol Pablo nos recuerda a cada instante que *estamos muertos y que nuestra vida está oculta con Cristo en Dios* ⁴; que el Padre eterno *nos vivificó juntamente con Cristo y en Cristo* ⁵, es decir que nos hace vivir no sólo con él sino en él y de su misma vida; que *debemos manifestar la vida de Jesús en nuestro cuerpo* ⁶; que *Jesucristo es nuestra vida*⁷ y que vive en nosotros: *Yo vivo -nos dice san Pablo- pero ya no yo, es Cristo el que vive en mí* ⁸. Y si atiendes a la continuación del capítulo hallarás que esas palabras las dice no sólo de sí mismo sino en nombre y representación de todo cristiano. Finalmente en otro lugar dice a los fieles: *Rogamos a Dios que os haga dignos de vuestra vocación y lleve a término, con su poder, vuestro deseo de hacer el bien y la actividad de vuestra fe, para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros y vosotros en él* ⁹.

Estas palabras sagradas muestran con evidencia que Cristo debe vivir en nosotros, que su vida debe ser nuestra vida; que sólo en él debemos vivir y que nuestra vida ha de ser continuación y expresión de la suya. Que si tenemos derecho a vivir en la tierra es para llevar, manifestar, santificar, glorificar y hacer vivir y

¹ 1Jn 5, 11-12; 4, 9. 17.

² Ap. 22, 17.

³ Jn 7, 37.

⁴ Col. 3, 3.

⁵ Ef. 2, 5; Col. 2, 13.

⁶ 2 Cor. 4, 10-11.

⁷ Col. 3, 4.

⁸ Ga. 2, 20.

⁹ 2 Te. 1, 11-12.

reinar en nosotros el nombre, la vida, las cualidades y perfecciones, las disposiciones e inclinaciones, las virtudes y acciones de Jesús.

II. Confirmación de la verdad anterior.

Para que entiendas con más claridad y asientes sólidamente en tu espíritu esta verdad, que es fundamental en la vida, religión y devoción cristianas, recapacita que nuestro Señor tiene dos clases de cuerpo y de vida. Por una parte, su cuerpo personal, tomado de la santa Virgen y la vida que en él llevó mientras estaba en la tierra. Por la otra, su cuerpo Místico, o sea la Iglesia, a la que Pablo llama *Cuerpo de Cristo*¹. Su segunda vida la lleva dentro de este cuerpo y en los verdaderos cristianos que son sus miembros. La vida pasible y temporal de Jesús en su cuerpo mortal terminó con su muerte: pero él desea continuarla en su cuerpo místico para dar gloria al Padre con las acciones y padecimientos de una vida laboriosa y pasible, no sólo durante treinta y cuatro años sino hasta el fin del mundo. Ella se va realizando, día tras día, en el que es de verdad cristiano, pero no alcanzará su plenitud sino al final de los tiempos.

Por eso san Pablo dice que *completa en su carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia*². Esto se cumple en el cristiano que sufre en espíritu de sumisión a Dios y se extiende a sus demás actividades sobre la tierra. Como miembro de Cristo, continúa y completa, si actúa en su espíritu, las acciones de Jesús en su vida mortal. Y así cuando un cristiano ora, trabaja o ejecuta cristianamente cualquier acción, está continuando y completando la oración, la vida laboriosa y conversante y demás acciones de Jesucristo. En este sentido san Pablo nos declara que la Iglesia es la plenitud de Jesucristo, el cual, como *Cabeza de la Iglesia, es completado totalmente en todos*³. En otro lugar nos dice que todos concurrimos a la perfección de Jesucristo y a su *edad adulta*⁴, es decir a su edad mística que sólo tendrá su plenitud en el día final.

¹ 1 Cor. 12, 27.

² Col. 1, 24.

³ Ef. 1, 22-23.

⁴ Ef. 4, 11-13.

De todo ello puedes deducir que la vida cristiana consiste en continuar y completar la vida de Jesús. Debemos ser otros tantos Jesús sobre la tierra, que continuemos santa y divinamente en su espíritu sus acciones y padecimientos.

Estas verdades, en extremo importantes, entrañan grandes consecuencias para nosotros. Por eso medítalas a menudo y comprenderás que la vida, la devoción y la piedad cristianas consisten en continuar la vida y devoción de Jesús en la tierra. Por eso no sólo los religiosos sino todos los cristianos han de llevar una vida santa y divina.

Muchos podrían pensar que es algo difícil o imposible. Pero resulta fácil y grato si elevas a menudo tu espíritu a Jesús y te entregas a él en todas tus acciones.

III. Fundamentos de la vida cristiana.

Si nuestra presencia en el mundo debe continuar la vida santa de Jesús, nuestra Cabeza, justo es que contemplemos, adoremos y tratemos de continuar y de expresar cuatro cosas fundamentales que brillan en la vida de Jesús, para ser cristianos de verdad.

IV. El primer fundamento de la vida cristiana es la fe.

El primer fundamento de la vida cristiana es la fe. Porque el que se acerca a Dios, ante todo debe *creer*¹; *sin la fe es imposible agradar a Dios*². *La fe es la firme seguridad de los bienes que se esperan, la plena convicción de las realidades invisibles*³.

La fe es la piedra fundamental de la casa y del reino de Jesucristo. Es luz celestial y divina, participación de la luz eterna e inaccesible, destello de la faz de Dios. O, para hablar conforme a la Escritura, es como una divina impronta por la que la luz del rostro de Dios se imprime en nuestras almas⁴.

¹ Hb. 11, 6.

² Hb. 11, 6.

³ Hb. 11, 1.

⁴ Sal. 4, 7.

La fe es como una comunicación y extensión de la luz y ciencia divinas infundidas en el alma de Jesús en el momento de su Encarnación. Es la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos, la ciencia que Jesucristo sacó del seno del Padre y trajo a la tierra para disipar nuestras tinieblas e iluminar nuestros corazones. El nos da los conocimientos necesarios para servir y amar perfectamente a Dios y somete nuestros espíritus a las verdades que nos ha enseñado, y nos sigue enseñando por sí mismo y por medio de su Iglesia.

Por la fe expresamos, continuamos y completamos en nosotros la sumisión amorosa y perfecta, la docilidad y el sometimiento voluntario y sin oscuridad del espíritu humano de Cristo frente a las luces y verdades que le comunicaba su Padre eterno.

Esa luz y ciencia divinas nos dan el conocimiento perfecto, en cuanto compatible con las limitaciones de esta vida, de cuanto hay en Dios y fuera de él. La razón y la ciencia humanas a menudo nos engañan; sus luces son débiles y limitadas para penetrar lo infinito e incomprensible de Dios. Además se hallan entenebrecidas por el pecado y no perciben claramente ni siquiera las cosas externas a Dios. En cambio, la luz de la fe, participación de la verdad y de la luz de Dios, no puede engañarnos porque nos hace ver las cosas tal como están en su verdad y ante sus ojos.

De manera que si miramos a Dios con los ojos de la fe, lo veremos en su verdad, tal cual es, y , en cierta manera, cara a cara. Pues aunque la fe vaya unida a la oscuridad y no nos permita ver a Dios con la claridad con que se le ve en el cielo, sino como a través de una nube, sin embargo no rebaja su grandeza a nivel de nuestros espíritus, como lo hace la ciencia, sino que penetra a través de sus sombras hasta la infinitud de las perfecciones divinas y nos hace conocer a Dios tal cual es, infinito en su ser y en sus perfecciones.

La fe nos hace conocer que cuanto hay en Dios y en Jesucristo, Hombre-Dios, es infinitamente grande y admirable, adorable y digno de amor. Nos hace palpar la veracidad y la fidelidad de las palabras y promesas de Dios que es todo bondad, dulzura y amor para los que le buscan y confían en él. Y de igual manera es

riguroso con los que le abandonan porque es horrendo caer en manos de su justicia.

La fe nos atestigua que la providencia de Dios conduce los acontecimientos del mundo con santidad y sabiduría y que por lo mismo merece toda adoración y amor en lo que dispone, por misericordia o por justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Si miramos la Iglesia de Dios a la luz de la fe y pensamos que Jesucristo es su Cabeza y que el Espíritu Santo la guía, veremos que es imposible que pueda alejarse de la verdad ni extraviarse en la mentira (...).

Y si, con mirada de fe, nos examinamos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, descubriremos que por nuestras propias fuerzas no somos sino pecado y abominación y que las cosas del mundo son humo, vanidad e ilusión.

Por eso debemos mirarlo todo, no en la vanidad de nuestros sentidos, ni con los ojos de la carne y de la sangre, ni con la vista miope y engañosa de la razón humana, sino en la verdad de Dios y con los ojos de Jesucristo.

V. La fe debe guiar todas nuestras acciones.

Así como debemos mirar todas las cosas a la luz de la fe si queremos conocerlas de verdad, también debemos realizar nuestras acciones guiados por esa luz, para actuar santamente. Porque así como Dios se conduce por su sabiduría divina, los ángeles por su inteligencia angélica, los hombres sin fe por la razón, los mundanos por sus máximas, los voluptuosos por sus sentidos, así los cristianos se conducen por la misma luz que guía a Cristo, su Cabeza, es decir, por la fe, que es participación de la ciencia y luz de Jesucristo.

Esforcémonos, pues, por adquirir, por todos los medios, esa ciencia divina para guiarnos únicamente por ella. Con este fin, al comenzar nuestras acciones, sobre todo las más importantes, postrémonos ante el Hijo de Dios, adorémoslo como al que inicia y perfecciona nuestra fe y como a la luz verdadera que ilumina a todo hombre.

Por nuestra naturaleza somos tinieblas: las luces de la razón, de la ciencia y de la experiencia son, a menudo, sombras e ilusiones. Por eso debemos renunciar a la sabiduría mundana y rogar a Jesús que la destruya en nosotros. Que nos ilumine con su luz celestial, nos guíe con su sabiduría para conocer su voluntad, y nos fortalezca para adherirnos a sus palabras y promesas. Así cerraremos los oídos a todas las consideraciones humanas y preferiremos con valentía las verdades de la fe, que conocemos por su Evangelio y por su Iglesia, a los discursos mundanos de los hombres.

Con este fin es muy provechoso que leas todos los días, de rodillas, un capítulo de la vida de Jesús, o sea del Nuevo Testamento, para comprobar, meditando sus acciones, virtudes y palabras, qué criterios lo guiaron y deben guiarte a ti también. Porque la sabiduría cristiana consiste en renunciar a la sabiduría mundana y en invocar el espíritu de Jesucristo para que nos ilumine, guíe y gobierne con las verdades que nos anunció y las virtudes que practicó. En eso consiste la vida según el espíritu de la fe.

VI. El odio al pecado, segundo fundamento de la vida cristiana.

Si estamos obligados a continuar en la tierra la vida santa y divina de Jesús, es natural que nos revistamos de sus sentimientos, como enseña su apóstol: *Tened en vosotros los sentimientos de Cristo Jesús* ¹.

Pues bien, Jesús tuvo dos sentimientos diametralmente opuestos: un amor infinito hacia su Padre y hacia nosotros, y un odio extremo al pecado, que se opone a la gloria de su Padre y a nuestra salvación.

Jesús ama de tal manera a su Padre y a nosotros que ejecutó acciones de trascendencia infinita, soportó tormentos en extremo dolorosos y sacrificó su preciosa vida para dar gloria a su Padre y por nuestro amor. Y abomina de tal manera el pecado que bajó del cielo a la tierra, se anonadó a sí mismo, tomó la condición de esclavo, llevó durante treinta y cuatro años una vida de trabajos,

¹ Fp. 2, 5.

desprecios y sufrimientos, derramó hasta la última gota de su sangre, padeció la muerte más cruel e ignominiosa. Todo eso por el odio que tiene al pecado y por el deseo inmenso de destruirlo en nosotros.

Pues bien, es deber nuestro continuar esos mismos sentimientos de Jesús hacia su Padre y hacia el pecado y proseguir su lucha contra el mal. Porque así como estamos obligados a amar a Dios soberanamente y con todas nuestras fuerzas, así debemos odiar el pecado con todas nuestras potencias.

Para ello debes considerar el pecado no con mirada humana y con ojos carnales y ciegos, sino con la mirada de Dios, con ojos iluminados por su luz divina, en una palabra, con los ojos de la fe.

Con esa luz y esos ojos descubrirás que el pecado es infinitamente opuesto a Dios y a sus perfecciones y privación del bien infinito. Por eso lleva en sí, en cierta manera, una malicia, locura, maldad y horror tan grandes como es Dios infinito en bondad, sabiduría, hermosura y santidad¹. Por lo mismo debemos odiarlo y perseguirlo con el mismo ahinco con que buscamos y amamos a Dios. Con esa luz verás que el pecado es algo tan horrible que sólo puede borrarlo la sangre de un Dios; tan abominable que sólo puede aniquilarlo el anonadamiento del Hijo único de Dios, tan execrable a los ojos divinos por la ofensa infinita que le irroga, que sólo pueden repararlo los trabajos, sufrimientos, agonía, muerte y méritos infinitos de un Dios.

Verás que el pecado es un cruel y horrendo homicida y deicida. Porque es la causa única de la muerte del cuerpo y del alma del hombre y porque pecado y pecador han hecho morir a Jesucristo en la cruz y lo siguen crucificando todos los días. Finalmente destruye la naturaleza, la gracia, la gloria y todas las cosas por haber destruido, en lo que de él dependía, al autor de todas ellas.

Es tan detestable el pecado a los ojos de Dios que cuando el ángel, que es la primera y más noble de sus criaturas, cometió un solo pecado instantáneo de pensamiento, fue precipitado desde lo más alto del cielo a los más profundos infiernos, sin oportunidad

¹ S. Th. III, 1,2 ad 2 m.

de penitencia, pues era indigno y hasta incapaz de ella¹. Y cuando Dios encuentra a un hombre, en la hora de la muerte, en pecado mortal, a pesar de que es todo bondad y amor y que desea ardientemente salvarlos a todos, hasta derramar su sangre y entregar su vida con ese fin, se ve obligado, por su justicia, a proferir una sentencia de condenación. Y lo que es más sorprendente todavía, el Padre eterno, al ver a su Hijo único y santísimo cargado con pecados ajenos, *no lo perdonó sino que lo entregó por nosotros a la cruz y a la muerte*² demostrando así cuán execrable y abominable es el pecado a sus ojos.

El pecado está tan lleno de malicia que cambia a los siervos de Dios en esclavos del demonio, a los hijos de Dios en hijos del diablo, a los miembros de Cristo en miembros de Satanás, y a los que son dioses por gracia y participación, en demonios por gracia e imitación, como lo indica la Verdad misma cuando refiriéndose a un pecador dice: *uno de vosotros es un diablo*³.

Finalmente caerás en cuenta de que el pecado es el peor de los males y la mayor de las desgracias que llenan la tierra y colman el infierno, pues es la fuente de todos ellos. Más aún, es el único mal: más pavoroso que la muerte, que el diablo y que el infierno porque lo horrendo que ellos tienen proviene del pecado.

¡Oh pecado, qué detestable eres! ¡Ojalá los hombres te conocieran! Porque hay en ti algo infinitamente más horrible de lo que se puede pensar y decir: porque el hombre que tú mancillas no puede purificarse sino con la sangre de un Dios, y a ti sólo puede destruirte la muerte y el anonadamiento de un Hombre-Dios. No me asombro, gran Dios, de que así odies ese monstruo infernal y que lo castigues con tal rigor. Que se asombren los que no te conocen y no miden la injuria que se te hace con el pecado. De verdad que no serías Dios si no odiaras infinitamente la iniquidad. Porque así como sientes la dichosa necesidad de amarte a ti mismo con amor infinito, también sientes la necesidad de odiar infinitamente lo que en cierta manera se opone a ti infinitamente.

¹ Cf. S. Th.I, I, 64, 2.

² Rm. 8, 32.

³ Jn. 6, 71

Tú, cristiano, que lees estas cosas que se apoyan en la verdad eterna, si aún te queda una chispa de amor y de celo por el Dios que adoras, ten horror por lo que él abomina. Huye del pecado más que de la peste, de la muerte y de todos los males imaginables. Conserva siempre en ti el vigoroso propósito de sufrir mil muertes antes que de verte separado de Dios con un pecado mortal.

Y para que Dios te guarde de esa desgracia evita también cuidadosamente el pecado venial. Porque nuestro Señor derramó su sangre y entregó su vida para borrar tanto el pecado venial como el mortal. Además el que no se duele de las faltas veniales caerá pronto en pecados graves.

Si no tienes estos propósitos, ruega a nuestro Señor que los imprima en ti. Porque si no estás en disposición de sufrir toda suerte de desprecios y tormentos antes que cometer un pecado, no serás de verdad cristiano. Si, por desgracia, cometes una falta, esfuérzate por levantarte cuanto antes mediante la contrición y la confesión para regresar a tus anteriores disposiciones.

VII. EL desprendimiento del mundo. Tercer fundamento de la vida cristiana.

Como cristiano, además de odiar toda clase de pecado, debes desprenderte en forma total del mundo y de las cosas del mundo.

Llamo mundo la vida corrompida y desordenada que en él se lleva, el espíritu reprobable que en él reina, los sentimientos e inclinaciones perversas que lo inspiran, las leyes máximas que lo gobiernan.

Llamo cosas del mundo todo lo que el mundo estima, ama y codicia; los honores y alabanzas de los hombres, los placeres vanos, las riquezas y comodidades temporales, las amistades y afectos fundados en la carne y en la sangre, en el amor propio y en el propio interés.

Repasa la vida de nuestro Señor Jesucristo y descubrirás que vivió en desasimiento perfecto. Si aceptas la palabra de su Evangelio, aprenderás que *quien no renuncia a todas las cosas, no*

puede ser su discípulo ¹. Por eso, si deseas ser cristiano de verdad y discípulo de Jesucristo y continuar y expresar con tu vida su vida santa y desprendida de todo, es indispensable que te desprendas en forma absoluta y universal, del mundo y de las cosas del mundo.

Recuerda a menudo que el mundo ha sido y será siempre contrario a Jesús; que siempre le ha perseguido y crucificado y que así lo hará hasta el fin de los siglos. Los sentimientos e inclinaciones, las leyes y máximas y el espíritu del mundo son de tal manera opuestos a los de Jesucristo que no pueden subsistir juntos. Porque mientras los de Jesús sólo tienden a la gloria de su Padre y a nuestra santificación, los del mundo sólo tienden al pecado y a la perdición.

Las leyes y máximas de Jesús son llevaderas, santas y razonables; las del mundo diabólicas, tiránicas e insoportables (...).

La vida de Jesús es santa y hermoseada con toda clase de virtudes: la del mundo es depravada, desordenada y repleta de vicios.

El espíritu de Jesús es espíritu de luz, verdad, piedad, amor, confianza, celo, reverencia para con Dios y los intereses de Dios. El espíritu del mundo es de error, incredulidad, tinieblas, ceguera, desconfianza, murmuración, irreverencia e insensibilidad para con Dios y sus intereses.

El espíritu de Jesús es de humildad, modestia, mortificación, abnegación, constancia y firmeza. El espíritu del mundo es de orgullo, presunción, egoísmo, ligereza e inconstancia.

El espíritu de Jesús es de misericordia, caridad, paciencia, dulzura y solidaridad con el prójimo; el espíritu del mundo es de venganza, envidia, impaciencia, ira, maledicencia y división.

Finalmente, el Espíritu de Jesús es el Espíritu de Dios, Espíritu santo y divino, rico en dones, virtudes y bendiciones; espíritu de paz que sólo busca los intereses de Dios y de su gloria. Por el contrario, el espíritu del mundo es el espíritu de Satanás, príncipe

¹ Lc. 14, 33

de este mundo: espíritu terrestre, carnal y animal, de turbación, inquietud y tempestad que sólo busca sus intereses, satisfacciones y comodidades.

Ya puedes concluir que es imposible que el espíritu y la vida del mundo puedan coexistir con el espíritu y la vida del cristiano que son los mismos de Jesucristo.

Por eso, si deseas ser de verdad cristiano y pertenecer del todo a Jesucristo, vivir de su vida y dejarte animar por su espíritu y guiarte por sus leyes, debes renunciar para siempre al mundo. No pretendo decir que te encierres dentro de cuatro paredes, si Dios a ello no te llama, sino que vivas en el mundo sin pertenecerle; que des testimonio público, generoso y perseverante de que no llevas una vida mundana ni te dejas conducir por el espíritu y las leyes del mundo. Que te muestres santamente orgulloso de ser cristiano, de pertenecer a Jesucristo y de preferir las verdades de su Evangelio a las falsedades con que el mundo alecciona a sus seguidores. Que tengas al menos tanto valor para alejarte de los criterios e inclinaciones del mundo y para despreciar su vana palabrería y engañosas opiniones, como él tiene de temeridad y de impiedad para despreciar las máximas cristianas y perseguir a quienes las siguen. Porque en ello consiste el verdadero temple y la generosidad cumplida. Lo que el mundo considera hombría y fortaleza de espíritu es cobardía y flaqueza de corazón.

En una palabra, desprenderse del mundo es renunciar a él y vivir en él como sin estar en él.

VIII. Continúa el tema del desprendimiento del mundo.

Para que afiances en ti el desprendimiento del mundo no basta que trates de separarte de él sino que, como Jesucristo, sientas el horror por él. Jesucristo no sólo nos exhorta por medio de su discípulo amado, a *que no amemos el mundo ni las cosas del mundo*¹, sino que nos declara por el apóstol Santiago, que *la amistad del mundo es su enemiga*², es decir, que considera como enemigo a quienes aman el mundo. El nos asegura personalmente

¹ 1 Jn. 2, 15

² Sant. 4, 4

que su *reino no es de este mundo* ¹, como *tampoco él es del mundo* y que aquellos que su Padre le ha dado *no son del mundo, así como él tampoco lo es* ².

Y lo que es más terrible, es que proclama en alta voz que *no ora por el mundo* ³. Lo dijo el mismo día en que dio muestra de los mayores excesos de su bondad, en la víspera de su muerte, cuando estaba listo a derramar su sangre y a entregar su vida por la salvación de los hombres. Así fulmina un anatema, maldición y excomunión contra el mundo y lo declara indigno de sus plegarias y de su misericordia.

Finalmente, nos asegura que *el juicio del mundo es asunto concluido y que el príncipe de este mundo ya está juzgado* ⁴. Y de hecho, apenas el mundo se corrompió por el pecado, la justicia divina lo juzgó y condenó a ser consumido por el fuego. Y aunque se difiera el cumplimiento de la sentencia, de todos modos se ejecutará en la consumación de los siglos. Por eso Jesucristo lo mira como el objeto de su odio y maldición.

Comparte, pues, estos sentimientos de Jesús frente al mundo y las cosas del mundo. Míralo como lo mira Jesús. Míralo como algo que él te prohíbe amar si no quieres perder su amistad, y que por estar excomulgado y maldecido por él no te es lícito frecuentar sin participar de su maldición.

Mira las cosas que el mundo aprecia y ama de preferencia: los placeres, honores, riquezas, amistades, apegos mundanos y cosas semejantes, como algo efímero, conforme al oráculo divino: *el mundo pasa con sus codicias* ⁵; que sólo son humo, ilusión, vanidad y atrapar vientos. Lee y medita a menudo estas verdades y ruega cada día al Señor que las imprima en tu espíritu.

Y para disponerte a ello, destina diariamente unos momentos para adorar a Jesucristo en su perfecto desprendimiento del mundo: suplícale que te desprenda totalmente de él y que imprima en tu

¹ Jn. 18, 36

² Jn. 17, 12-16

³ Jn. 17, 9

⁴ Jn. 12, 13

⁵ 1 Jn. 2, 17

corazón odio, horror, abominación por las cosas del mundo. Ten cuidado de no enredarte en las visitas y tratos inútiles que se estilan en el mundo: apártate de ellos cueste lo que cueste y huye, más que de la peste, de los sitios, personas y compañías en donde sólo se habla del mundo y de temas mundanos. Porque como allí se habla de esas cosas con deleite y apego es fácil que dejen huella funesta en tu espíritu. Y tú acabarás perdiendo el tiempo, disipándote tristemente y atrapando el viento. Sólo ganarás pesadumbre, enfriamiento en la piedad, alejamiento de Dios y mil faltas que allí cometerás. Mientras busques y gustes las conversaciones del mundo, Aquél que encuentra sus delicias en estar con los hijos de los hombres, no las encontrará en ti y no te hará gustar las dulzuras que él comunica a quienes se deleitan en conversar con él. Huye, pues, del mundo, te lo repito, y abomina de su vida, de su espíritu, de sus máximas. En cuanto de ti dependa no trabes amistad ni tengas comunicación sino con las personas a quienes puedes ayudar o que te puedan ayudar a ti, con su ejemplo y su palabra, a amar a nuestro amabilísimo Jesús, a vivir en su espíritu y a detestar cuanto le es contrario.

IX. El desprendimiento de sí mismo.

Pero no basta renunciar al mundo, por importante que ello sea, para lograr el desprendimiento perfecto que es uno de los primeros fundamentos de la vida cristiana. Nuestro Señor dice clamorosamente que *el que quiera seguirlo renuncie a sí mismo y vaya en pos de él*¹. Si queremos, pues, formar parte del séquito de Jesús y pertenecerle, tenemos que renunciar a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, criterio, voluntad, deseos e inclinaciones y a nuestro amor propio. Este nos inclina a evitar lo que nos lacera y mortifica en el cuerpo o en el espíritu y a buscar lo que nos da placer o deleite.

Dos razones nos obligan a esa abnegación y renuncia de nosotros mismos.

1. Porque todo lo que es exclusivamente nuestro se halla tan desordenado y depravado como consecuencia del pecado, que es contrario a Dios, entraba sus designios y se opone a su amor y a su gloria. Por eso si queremos ser de Dios tenemos que

¹ Mt. 16, 24

renunciar a nosotros mismos, olvidarnos, perdernos y anonadarnos.

- 2. Porque nuestro Señor Jesucristo, nuestra cabeza y nuestro modelo, en quien todo era santo y divino, vivió en tal desprendimiento de sí mismo, anonadó de tal manera su espíritu humano y su propia voluntad, y el amor de sí mismo, que todo lo hizo únicamente bajo la dirección del espíritu de su Padre; nunca siguió su propia voluntad sino la de su Padre, y se comportó consigo mismo como si en lugar de amarse se hubiera odiado: porque se privó en este mundo de una gloria y felicidad infinitas, de todos los deleites y satisfacciones humanas y sólo buscó y aceptó los sufrimientos del cuerpo y del alma.**

Por eso, si somos de verdad miembros suyos, debemos revestir sus sentimientos y disposiciones y resolvemos a vivir en adelante en total separación, olvido y odio de nosotros mismos.

Para ello adorarás a menudo a Jesús en su desprendimiento de sí mismo y te entregarás y unirás a él plenamente para que te conduzca en todo conforme a su espíritu, su voluntad y su puro amor.

Al comenzar tus acciones levantarás tu corazón hacia él diciéndole: Oh Jesús, renuncio resueltamente a mí mismo, a mi propio espíritu, a mi propia voluntad y a mi amor propio, y me entrego por entero a ti, a tu santo espíritu y a tu divino amor; sácame fuera de mí mismo y guíame en esta acción según tu santa voluntad.

Cuando se presenten opiniones contrastadas, como es de común ocurrencia, aun cuando creas tener la razón y la verdad de tu parte, renuncia gustoso a tu criterio personal en favor del parecer ajeno con tal que no sufra mengua la gloria de Dios.

Si sientes deseos o inclinaciones hacia algo, sacrifícalo a los pies de Jesús, declarándole que no quieres tener deseos e inclinaciones distintos a los suyos.

Cuando notes que sientes ternura o afecto sensible hacia alguna cosa, vuélvete a Jesús y dile: Amado Jesús, te entrego mi corazón y mis afectos. Tú eres el único objeto de mis amores. Que nada ame sino en ti y para ti.

Cuando recibas elogios, trasládalos al único que merece todo honor: Gloria mía, no quiero otra gloria que la tuya: porque sólo a ti se debe el honor, la alabanza y la gloria. Yo sólo merezco desprecio y humillación.

Cuando se te presenten ocasiones de mortificar el cuerpo o el espíritu o de privarte de algún placer (como sucede a cada instante), acéptalas gustoso por amor a nuestro Señor y agrádecele porque te da la oportunidad de mortificar tu amor propio y de honrar las mortificaciones y privaciones de su vida terrena.

Cuando sientas alegrías o consuelos, piensa en aquél que es la fuente de todo consuelo y dile: Oh Jesús, no quiero otro contento que no sea el tuyo. Ya es suficiente alegría para mí saber que eres Dios y por lo mismo mi Dios. Oh Jesús, que seas siempre Jesús, el glorioso, el inmenso, el dichoso y estaré siempre contento. No permitas que encuentre felicidad en cosa alguna del mundo sino sólo en ti para poder repetir con la santa reina Ester: *Tu bien sabes, Señor Dios... que tu siervo sólo se ha deleitado en ti*¹.

X. El perfecto desprendimiento cristiano.

Para lograr la abnegación perfecta y el pleno desprendimiento cristiano no basta desasirse del mundo y de sí mismo. Tenemos que aspirar a desprendernos, por decirlo así, hasta de Dios.

Cuando Jesús aseguraba a sus apóstoles que les convenía que él se separara de ellos para ir al Padre y enviarles su Espíritu Santo, lo decía porque estaban apegados al consuelo sensible producido por su presencia y conversación visible de su sagrada humanidad, lo cual obstaculizaba la venida de su Espíritu. Porque es necesario estar desligado de todas las cosas, aún las más santas y

¹ Est. 14, 17.

divinas, para que nos anime el espíritu de Jesús, que es el espíritu del cristianismo.

Por eso insisto en que debemos desprendernos en cierta manera hasta del mismo Dios. Es decir, de las dulzuras y consuelos que acompañan de ordinario su gracia y su amor; de los piadosos propósitos en busca de su gloria; de nuestros deseos de mayor perfección y amor y aún del anhelo de abandonar la prisión de nuestro cuerpo para ver a Dios, para tener con él unidad perfecta y amarlo con pureza y continuidad. Porque cuando Dios nos hace experimentar las dulzuras de su bondad, en nuestros ejercicios de piedad, debemos evitar remansarnos en ellas. Nos humillaremos como indignos de todo consuelo y las devolveremos a él, listos a vernos privados de ellas. Le reafirmaremos que deseamos servirlo y amarlo no por los consuelos que da, en este mundo o en el otro, a los que lo aman y lo sirven sino sólo por su amor y agrado.

Si hemos concebido un piadoso propósito o cuando realizamos alguna acción para gloria de Dios, aunque debemos esmerarnos por darles pleno cumplimiento, evitaremos apegarnos a ellos; y así, si por acaso nos vemos obligados a interrumpirlos o abandonarlos, no perderemos la paz y sosiego del espíritu; pensaremos que la voluntad o la anuencia de Dios todo lo conduce y son igualmente dignas de amor.

Y aunque debemos hacer lo posible por vencer nuestras pasiones e imperfecciones y por ejercitarnos cumplidamente en toda suerte de virtudes, debemos hacerlo sin apremios ni apegos. Si creemos no poseer la virtud y el amor de Dios que anhelamos, permanezcamos en paz y sin inquietud; humillémonos por haberlos obstaculizado y amemos nuestra abyección. Contentémonos con lo que place a Dios concedernos y perseveremos en el deseo de progresar, confiados en la bondad del Señor que nos dará las gracias para servirlo con la perfección que pide de nosotros.

Igualmente, por más que debamos vivir en la expectativa, el deseo y anhelo continuos del momento feliz que nos desligará enteramente de la tierra, del pecado y de la imperfección y nos unirá de manera perfecta con Dios y con su puro amor, y por más que debamos trabajar por realizar la obra de Dios en nosotros para

que nos tome pronto con él, tal deseo debe ser sin apego y sin inquietud. De modo que si place a Dios que se demore la dulce visión de su faz divina hallemos nuestro contento en su santa voluntad, aunque esa privación se prolongara hasta el día del juicio.

Es esto lo que llamo estar desprendidos de Dios, que es el desprendimiento perfecto del mundo, de sí mismos y de todas las cosas. Y es sobremanera placentero estar así libre y despegado de todo.

Lo cual se hace fácil cuando nos entregamos por entero, sin reservas, al Hijo de Dios y si nos apoyamos, no en nuestras capacidades y propósitos sino en su bondad inmensa y en el poder de su gracia y de su amor. Porque donde se encuentra ese amor divino todo se logra con extrema suavidad. Aunque tengamos que hacernos violencia y apurar amarguras y oscuridades, en los caminos del amor divino hay más mieles que hieles, más dulzura que aspereza.

¡Cuánta gloria recibes, Salvador mío, cuántas delicias experimentas y cuántas maravillas realizas en el alma que camina valerosamente por estas selvas, que todo lo abandona y que se desprende en cierta manera hasta de ti mismo para darse más perfectamente a ti! A ella te unes con mayor fuerza, santamente la haces tuya y la sumerges en el abismo de tu amor, la transformas en ti mismo, le comunicas tus cualidades, tu espíritu y tu amor.

¡Cuántos deleites y dulzuras experimenta aquél que puede decir en verdad: heme aquí, Señor, libre y desprendido de todo ¿Ahora quién podrá impedirme que te ame plenamente? *atráeme en pos de ti*¹; *mi amado es todo mío* y *yo soy todo para él*²; *todo lo mío es tuyo* y *lo tuyo mío*³.

Deseemos fervientemente con santo desprendimiento; entreguémonos a Jesús para que emplee la fuerza de su gracia para romper nuestras ataduras y desprendernos totalmente del mundo,

¹ Cant. 1, 3

² Cant. 2, 16

³ Jn. 17, 10

de nosotros mismos y de todas las cosas, a fin de que pueda realizar en nosotros, sin obstáculo alguno lo que desea para su gloria.

XI. La oración, cuarto fundamento de la vida cristiana.

Colocamos el santo ejercicio de la oración entre los principales fundamentos de la vida y santidad cristiana, porque la vida de Jesucristo fue una oración constante y es deber nuestro continuarla y expresarla.

La tierra que nos sostiene, el aire que respiramos, el pan que nos alimenta, el corazón que palpita en nuestro pecho, no son tan necesarios para la vida humana como la oración para llevar una vida cristiana. Porque:

1. La vida cristiana, que el Hijo de Dios llama la vida eterna, consiste en conocer y amar a Dios¹ y esta divina ciencia la adquirimos en la oración.
2. Por nosotros mismos nada somos ni podemos; somos pobreza y vacío. Debemos acudir a Dios a cada instante para recibir de él cuanto necesitamos.

La oración es una elevación respetuosa y amorosa de nuestro espíritu y nuestro corazón a Dios. Es dulce diálogo, santa comunicación, divina conversación del cristiano con su Dios. En la oración contemplamos a Dios en sus perfecciones, misterios y obras; lo adoramos, lo bendecimos, lo amamos y glorificamos; nos entregamos a él, nos humillamos por nuestros pecados e ingratitudes y pedimos su misericordia; tratamos de asemejarnos a él por la contemplación de sus virtudes y perfecciones. Finalmente le pedimos lo necesario para amarlo y servirlo.

Orar es participar de la vida de los ángeles y de los santos, de la vida de Jesucristo, de su santa Madre y de la misma vida de las tres divinas personas. Porque la vida de Cristo y de los santos es un continuo ejercicio de oración y contemplación, de glorificación y de amor a Dios, de intercesión por nosotros. Y la

¹ Jn. 17, 3

vida de las tres divinas personas se halla perpetuamente ocupada en contemplarse, glorificarse y amarse mutuamente, que es lo fundamental en la oración.

La oración es la felicidad perfecta y el verdadero paraíso en la tierra. Gracias a ella el cristiano se une a su Dios, su centro, su fin y soberano bien. En la oración el cristiano posee a Dios y Dios se apodera de él. Por ella le tributamos nuestros homenajes, adoraciones y afectos y recibimos sus luces, sus bendiciones y las innumerables pruebas de su amor infinito. En ella, finalmente, Dios realiza su divina palabra: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*¹. En ella conocemos experimentalmente que la felicidad perfecta está en Dios, que miles de años de placeres mundanales no valen un momento de las verdaderas delicias que Dios da a gustar a quienes colocan su deleite en conversar con él mediante la oración.

Finalmente, la oración es la más digna, noble e importante ocupación, porque es la misma de los ángeles, de los santos, de la santa Virgen, de Jesucristo y de la santísima Trinidad durante la eternidad, y será nuestra ocupación perpetua en el cielo. Es, además, la verdadera y propia ocupación del hombre y del cristiano, porque el hombre no ha sido creado sino para Dios, para entrar en comunión con él, y el cristiano está en la tierra para continuar en ella lo que Cristo hizo durante su vida mortal.

Por eso te exhorto y te encarezco, en nombre de Dios, que no prives a Jesús de su gran deleite de estar y de conversar con nosotros mediante la oración, y que experimentes la verdad de aquel dicho del Espíritu Santo: *No hay amargura en su compañía, ni cansancio en su convivencia, sino placer y alegría*².

Considera, pues, la oración como el principal, el más necesario, urgente e importante de tus quehaceres. Trata de desligarte de asuntos menos necesarios, para darle más tiempo a éste, especialmente en la mañana, en la noche y poco antes del almuerzo en una de las maneras que te voy a proponer.

¹ Prov. 8, 31

² Sab. 8, 16

XII. La oración mental.

Hay muchas maneras de orar, entre las cuales señalaré cinco principales.

La primera es la llamada oración mental o interior: en ella el hombre se entretiene interiormente con Dios, sobre alguna de sus divinas perfecciones, o sobre algún misterio, virtud o palabra del Hijo de Dios, o sobre alguna de sus obras en el orden de la gloria, de la gracia, de la naturaleza, en su santa Madre, en sus santos, en su Iglesia y en el mundo natural. Usa del entendimiento para considerar con atención suave y fuerte, las verdades que se encuentran en el tema escogido, capaces de llevamos al amor de Dios y al odio de nuestros pecados. Luego el corazón y la voluntad producen actos y afectos de adoración, de alabanza, de amor, de humildad, de contrición, de ofrenda y de propósito de huir del mal y de obrar el bien, y otros semejantes según las inspiraciones del espíritu de Dios.

No hay palabras para ponderar cuan santa, útil y llena de bendiciones es esta forma de oración. Por eso, si Dios te llama a ella y te da la gracia, debes darle gracias como de un don precioso. Si aún no te ha dado esa gracia, pídesela y pon de tu parte lo necesario para corresponder a ella y para ejercitarte en ella. Dios te la enseñará mejor que todos los libros y maestros del mundo si te postras ante él con humildad, confianza y pureza de corazón.

XIII. La oración vocal.

Esta se hace cuando hablamos oralmente a Dios, como cuando recitamos el Oficio Divino, el rosario, o cualquier otra oración vocal. Es casi tan útil como la anterior si el corazón y el espíritu acompañan a nuestra lengua cuando hablamos a Dios. Porque de esa manera tu oración resulta al mismo tiempo mental y vocal. En cambio si las recitas por rutina y sin atención, saldrás de la presencia de Dios más disipado, frío y cobarde en tu amor que antes de ella.

Por eso, fuera de tus oraciones de obligación te aconsejo que hagas más bien pocas y que te acostumbres a hacerlas bien, con mucha atención y aplicadas a Dios, manteniendo tu espíritu y tu

corazón ocupados en santos pensamientos y afectos mientras habla tu lengua.

Acuérdate que debes continuar la oración de Jesucristo en la tierra: para ello entrégate a él y únete al amor, la humildad, pureza y santidad y a la atención perfecta con que él oraba. Suplícale que te comunique sus santas disposiciones e intenciones.

Puedes también ofrecer tu oración a Dios uniéndote a las oraciones que han hecho y harán continuamente en el cielo y en la tierra, la santa Virgen, los ángeles, los santos de la tierra y del cielo y con sus mismas disposiciones de amor, devoción y atención.

XIV. Tercera manera de orar: realizar las acciones con el espíritu de oración.

La tercera forma de orar es realizar cristianamente tus acciones, aún las más insignificantes. Las ofrecerás a nuestro Señor al comenzarlas y levantarás a menudo tu corazón hacia él en el curso de las mismas. Ejecutar así tus acciones es hacerlas en espíritu de oración, según el mandato del Señor que quiere que *oremos siempre y sin cesar*¹. Se trata de un medio excelente y fácil de mantenerse en la presencia de Dios.

XV. Cuarta forma de orar: leer buenos libros

Pero debemos leerlos sin prisa, con tranquilidad y atención. Te detendrás en rumiar, pesar y saborear las verdades que más te impresionen para imprimirlas en tu espíritu y para que de ellas saques actos y afectos, como se dijo para la oración mental, a la cual, por lo demás, se asemeja en sus efectos. Por eso te recomiendo encarecidamente que no dejes pasar un solo día sin dedicar una media hora a leer un libro piadoso, empezando por el Nuevo Testamento (...).

Al comenzar la lectura entrega tu espíritu y tu corazón a nuestro Señor y pídele la gracia de sacar el fruto que pide de ti para su gloria.

¹ Lc. 18, 1.

XVI. Quinta forma de oración: hablar y oír hablar de Dios.

Es ejercicio útil y santo y muy propio para encender los corazones con el divino amor, hablar y dialogar familiarmente con los demás acerca de Dios y de sus intereses. En ello deberían los cristianos emplear una parte de su tiempo: ese debería ser tema habitual de sus conversaciones; en ello deberían colocar su alegría y su descanso.

Así nos exhorta el príncipe de los apóstoles: *Si alguien habla que sean palabras de Dios* ¹.

Puesto que somos hijos de Dios debemos encontrar placer en hablar el lenguaje santo y divino de nuestro Padre. Si hemos sido creados para el cielo, debemos empezar desde la tierra a hablar el lenguaje celestial; debe ser deleitoso, para quien ama a Dios sobre todas las cosas, hablar y oír hablar de lo que más ama en el mundo. Cuánto agradan estas sagradas conversaciones a aquél que dijo: *Donde haya dos o tres reunidos en mi nombre, allí estaré en medio de ellos* ². ¡Cuánto distan de los discursos ordinarios del mundo! ¡Qué manera tan santa de emplear el tiempo si se hacen con las disposiciones requeridas!

Para ello seguiremos el ejemplo y la norma que nos da san Pablo: *Hablamos como de parte de Dios bajo su mirada, en Cristo* ³.

Debemos hablar como de parte de Dios, haciendo derivar desde el interior de Dios los pensamientos y palabras que vamos a proferir. Por eso, al comenzar nuestros diálogos espirituales nos entregaremos al Hijo de Dios para que él ponga en nuestro espíritu y en nuestros labios lo que digamos y así le podamos decir lo que él dijo a su Padre: *Les he dado las palabras que tú me diste* ⁴.

¹ 1 Pe. 4, 11

² Mt. 19, 20

³ 2 Cor. 2, 17

⁴ Jn, 17, 8

Debemos hablar bajo la mirada de Dios, es decir, pensando en Dios que está presente en todas partes, con espíritu de oración y de recogimiento, entregándonos a él para producir los frutos de lo que decimos o escuchamos y para hacer de ellos el uso que él desea.

Finalmente, debemos hablar de Jesucristo: con sus disposiciones e intenciones, como él hablaba en la tierra y como hablaría si estuviera en lugar nuestro; sus intenciones no tenían otro fin que el de dar gloria a su Padre y sus disposiciones eran de humildad, de mansedumbre y caridad hacia los hombres de amor y aplicación a su Padre. Si obramos así nuestras conversaciones le agradarán sobremedida, él estará en medio de nosotros, hallará en nosotros sus delicias y el tiempo empleado en dichos coloquios será un tiempo de oración.

XVII. Disposiciones y cualidades que deben acompañar la oración.

San Pablo nos enseña que para realizar santamente nuestras acciones debemos hacerlas en nombre de Jesucristo. Y Cristo nos asegura que el Padre nos concederá cuanto le pidamos en su nombre (...).

Pero, ¿qué significa orar en nombre de Jesucristo? (...) Es continuar la oración de Jesucristo en la tierra. Porque como miembros suyos que formamos su cuerpo, según enseña san Pablo, hacemos sus veces en la tierra y lo representamos; y por lo mismo debemos hacerlo todo en su nombre, en su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, como él mismo actuó cuando estaba en el mundo y como actuaría si estuviera en lugar nuestro (...).

Por ello, cuando te dispongas a hacer oración, acuérdate de que vas a continuar la oración de Jesucristo, orando como oraría él, si estuviera en lugar tuyo, es decir, con las disposiciones con que ha orado y sigue orando en el cielo y en nuestros altares, donde se halla en constante ejercicio de oración a su Padre. Para este fin únete al amor, humildad, pureza y santidad y demás disposiciones con que él ora, entre las cuales quiero destacar cuatro principales.

XVIII. Primera disposición para orar.

La primera disposición es presentarnos ante Dios con profunda humildad, reconociéndonos indignos de comparecer ante su faz, de mirarlo y de ser mirados y escuchados por él. Porque de nosotros mismo no podemos producir ni un buen pensamiento ni acto alguno que le agrade. Por eso debemos anonadarnos a sus plantas, darnos a nuestro Señor Jesucristo y rogarle que él mismo nos aniquile para establecerse en nosotros. Así será él mismo quien ore por nosotros. Porque sólo él es digno de comparecer ante su Padre para glorificarlo y amarlo y obtener de él todo lo que le pida. Luego, sí pediremos confiadamente al Padre lo que le solicitemos en nombre de su Hijo, por sus méritos y para ese Hijo Jesús que está entre nosotros.

XIX. Segunda disposición para orar.

La segunda disposición para orar es hacerlo con respetuosa y amorosa confianza de que alcanzaremos lo que le pidamos para la gloria de Dios y por nuestra salvación. Muchas veces recibiremos más y mejor de cuanto le pidamos porque no nos apoyamos en nuestros méritos, o en el poder de nuestra plegaria, sino que lo pedimos en nombre de Jesucristo, por sus méritos e intercesión y para el mismo Jesucristo. Nos apoyamos únicamente en su bondad y sobre la verdad de sus palabras: *Pedid y se os dará. Todo lo que pidieréis en mi nombre se os concederá; y, cualquier cosa que pidáis en la oración, creed que lo obtendréis y lo recibiréis*¹.

Porque si Dios nos tratara según nuestros méritos, nos lanzaría en el abismo, lejos de su presencia. Cuando nos concede alguna gracia no es a nosotros, ni por nuestros ruegos sino a su Hijo Jesús y en virtud de su intercesión y de sus méritos.

XX. Tercera disposición para orar.

La tercera disposición para hacer oración es la pureza de intención. Al comenzar a orar reafirmaremos a nuestro Señor que renunciamos a la curiosidad de espíritu y al amor propio y que realizamos esa acción no para nuestra satisfacción y deleite sino únicamente por su gloria y agrado. Porque es así como él se

¹ Lc. 11, 9; Jn. 16, 23; Mc. 11, 24

complace en tratar y conversar en nosotros. Y todo lo que le pidamos debemos hacerlo con este fin.

XXI. Cuarta disposición para orar.

La cuarta disposición que debe acompañar la perfecta oración es la perseverancia.

Si deseas glorificar a Dios en la oración y alcanzar de su bondad lo que le pides, debes perseverar fielmente en ese divino ejercicio. Porque hay muchas cosas que le pedimos a Dios y que él no nos concede a la primera, segunda o tercera instancia. Quiere, en efecto, que le roguemos por largo tiempo y repetidas veces con el designio de mantenernos en la humildad y en el menosprecio de nosotros mismos y en la estima de sus gracias. El, en su amor, se complace en dejarnos por largo tiempo en una necesidad que nos obliga a acudir repetidamente a él y para que estemos a menudo con él y él en nosotros. Porque de verdad se complace en estar con nosotros.

Finalmente, como cima de toda santa disposición, cuando comiences tu oración entrega vigorosamente tu espíritu y tu corazón a Jesús y a su divino espíritu. Ruégale que ponga en tu espíritu los pensamientos y en tu corazón los sentimientos y afectos que él desea encontrar en ti. Abandónate a él por completo para que te dirija según su beneplácito en ese divino ejercicio. Confía en su inmensa bondad que cuanto le pidas lo alcanzarás si no en la forma que tú lo deseas, ciertamente de una manera más provechosa.

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Después de colocar en ti los fundamentos de la vida cristiana, es necesario, si deseas vivir cristiana y santamente o mejor, hacer vivir y reinar a Jesús en ti, que te ejercites cuidadosamente en la práctica de las virtudes que nuestro Señor Jesucristo practicó en el mundo.

Porque si debemos continuar y completar la vida santa de Jesús en la tierra, también debemos completar sus virtudes.

XXII. Excelencia de las virtudes cristianas.

Muchos estiman la virtud, la aman, la buscan y se esfuerzan por adquirirla. Pero son pocos los que poseen verdaderas y sólidas virtudes cristianas. Y una de las causas principales es que no se guían ni comportan, en la búsqueda de la virtud, según el espíritu del cristianismo, sino de los filósofos paganos y de los políticos. No se guían por el espíritu de Jesucristo y de la gracia que él nos adquirió con su sangre, sino por el de la naturaleza y de la razón humana.

¿Quieres conocer la diferencia entre esos dos espíritus en lo que concierne al ejercicio de las virtudes? Hay tres diferencias principales:

Los que buscan la virtud a la manera de los filósofos paganos y de los políticos:

1. La miran sólo con los ojos de la razón; la estiman excelente en sí misma y necesaria para hacer al hombre cabal, para diferenciarlo de los brutos que sólo se guían por los sentidos, y así desean adquirirla por consideraciones más humanas que cristianas.
2. Están persuadidos de que podrán adquirir la virtud por su propio esfuerzo, cuidados y vigilancia, con motivaciones, propósitos y prácticas. Pero se equivocan sobremanera porque no caen en la cuenta de que es imposible, sin la gracia divina, realizar el más mínimo acto de virtud cristiana.
3. Aman la virtud y se esmeran por adquirirla, no tanto por Dios y por su gloria sino para sí mismos, para su propio mérito, interés y satisfacción, y para hacerse más cumplidos y excelentes. Esa es la manera como los paganos y políticos desean la virtud, que por ser algo noble y excelente quisieran poseerla, no para agradar a Dios sino por orgullo y propia estima.

Por el contrario, los que, en el ejercicio de la virtud, se guían por el espíritu y la gracia de Jesucristo:

1. No la miran solamente en sí misma sino en su principio, en su fuente, es decir, en Jesucristo, fuente de toda gracia: en él se encuentra toda virtud en grado eminente, soberano e infinito; y como todo lo que se halla en él es santo, divino y adorable, también la virtud está santificada y deificada en él. Por eso, si consideramos la virtud en Jesucristo, nos sentiremos llevados a apreciarla, amarla y buscarla de manera infinitamente más poderosa que si sólo la miráramos en su intrínseca excelencia o por el aprecio que le tienen el espíritu y la razón humana.
2. Los que se guían por el espíritu del cristianismo saben perfectamente que no pueden realizar por sí mismos el más mínimo acto de virtud. Que si Dios se retirara de ellos caerían en el abismo de toda clase de vicios, y que la virtud, por ser obra exclusiva de la misericordia de Dios, hay que pedirla con confianza y perseverancia, y al mismo tiempo aportar toda la vigilancia, y el esfuerzo para ejercitarse en ella. Sin embargo no se apoyan en sus prácticas, deseos ni propósitos: todo lo esperan únicamente de la bondad de Dios. No se inquietan cuando no descubren en sí mismos las virtudes que anhelan, sino que se mantienen tranquilos y humildes ante Dios, reconociendo que son ellos los culpables e infieles. Porque si Dios los tratara como lo merecen, no sólo nada les concedería de sus peticiones, sino que les retiraría las gracias ya concedidas y que ya les concede gran beneficio al no rechazarlos y abandonarlos por completo. Esto enciende en ellos un fuego nuevo de amor y renovada confianza en la bondad divina y un deseo ardiente de emplear todos los medios para alcanzar las virtudes con el fin de servirlo y darle gloria.
3. Desean la virtud y se esmeran por hacer a menudo actos interiores y exteriores de amor a Dios y de caridad hacia el prójimo, de paciencia, obediencia, humildad, mortificación y demás virtudes cristianas, no para ellos mismos, para sus intereses, satisfacciones y recompensa sino únicamente para agradar a Dios, asemejarse a su Cabeza, Jesucristo, para darle gloria y continuar el ejercicio de las virtudes que él practicó en la tierra. Porque en eso precisamente consiste la virtud cristiana.

Por todo esto puedes deducir cuánto aventajan en santidad y excelencia las virtudes cristianas a las virtudes que llaman morales, que son las de los paganos y falsos católicos. Estas son sólo virtudes humanas y naturales, virtudes de ficción y de apariencia, sin fondo ni firmeza, pues se apoyan sólo en la fragilidad del espíritu y de la razón humana, sobre la arena movediza del amor propio y de la vanidad. En cambio las virtudes cristianas son sólidas y genuinas, divinas y sobrenaturales. En una palabra, son las mismas virtudes de Jesucristo que debemos revestir y que él comunica a quienes se adhieren a él y a quienes las pidan con humildad y confianza, tratando de practicarlas como él.

XXIII. Cómo ejercitar las virtudes cristianas y reparar nuestras fallas.

De lo dicho ya puedes deducir la santidad con que debemos ejercitar las virtudes cristianas, puesto que debemos actuar como Jesucristo. Por eso si deseas adelantar en una virtud:

1. Adórala en nuestro Señor Jesucristo y piensa cómo sobresalió en ella y con qué perfección la ejercitó en toda su vida.
2. Humíllate ante él al verte tan lejos de esa perfección. Pídele perdón por tus faltas contra ella. Reconoce que de ti mismo no tienes fuerza para realizar el más mínimo acto de virtud y que no mereces recibir la gracia para ello. Rúgale, sin embargo, que por su inmensa misericordia, te la otorgue, para ejercitar esa virtud en las ocasiones que se presenten.
3. Entrégate a menudo a Jesús con ferviente deseo de practicar esa virtud con la perfección que él exige de ti. Rúgale que destruya en ti todo lo que es contrario y que la imprima y establezca en ti, únicamente para su gloria.
4. Esmérate por practicar actualmente esa virtud, con actos interiores y señales externas, uniéndote a las disposiciones o intenciones que tuvo Jesucristo al ejercitar dichas virtudes.
5. Si cometes alguna falta contra esa virtud no te turbes ni te desalientes: humíllate ante Dios, pídele perdón y ofrécele en

satisfacción el honor que su Hijo amadísimo y su santa Madre le tributaron con esa virtud.

Entrégate una vez más a Jesús con renovado deseo de serle fiel en adelante en la práctica de dicha virtud, y suplícale por su gran misericordia que repare tu falta y te dé nueva gracia para practicarla mejor cuando se presente la ocasión.

XXIV. Aplicación de lo anterior a la mansedumbre y humildad de corazón.

Para facilitar el ejercicio anterior a toda clase de personas, quiero aplicarlo a una virtud particular, lo que podrás extender a cada una de las demás virtudes.

Tomemos como ejemplo, la mansedumbre y humildad de corazón, tan recomendadas por el mansísimo y humildísimo Jesús.

Destina cada día unos instantes para postrarte a los pies de Jesús y hacer tuyos los sentimientos, e inclinaciones contenidos en la siguiente elevación:

Adoro en ti, oh Jesús, tu adorable mansedumbre y humildad. Te adoro y glorifico en los actos interiores y exteriores con que la practicaste (...). Al considerar tu comportamiento sobre la tierra, te veo en un continuo ejercicio de mansedumbre y de humildad, en tus pensamientos, palabras, obras y sufrimientos. Con ellas has dado gloria inmensa a tu Padre y por ellas él te ha exaltado soberanamente en recompensa por haberte humillado por su gloria y por amor a nosotros (...).

Tú eres, oh Jesús, mi Cabeza y yo uno de tus miembros (...) tú eres mi maestro y yo tu discípulo. Lo cual me obliga a imitarte y a asemejarme a ti en estas cosas y en las demás virtudes. Reconozco, sin embargo, que estoy lleno de orgullo, de vanidad, de aspereza y de impaciencia y que he multiplicado mis faltas con pensamientos, palabras y obras contra la mansedumbre y humildad.

Te pido perdón, Salvador mío y quiero imitarte en esas virtudes. Y como, por mí mismo, no puedo producir el más mínimo acto

de mansedumbre y humildad y ni siquiera merezco tu gracia, la imploro de tu inmensa misericordia.

Te adoro, Jesús, en el momento en que pronuncias aquellas palabras: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso*¹. Adoro los pensamientos, los designios y el amor que entonces tuviste hacia mí (...). Me entrego a ti para cumplir tu designio y para producir el fruto de esas palabras. No permitas que te ponga impedimento. Destruye lo que en mí es contrario a la mansedumbre y humildad. Implanta y glorifica en mí tu mansedumbre y humildad por el amor de ti mismo.

Si se presenta la ocasión de ejercitar la mansedumbre y humildad, levanta tu corazón hacia Jesús y dile:

Me entrego a ti, oh Jesús, para honrar y ejercitar ahora tu mansedumbre, paciencia y humildad, uniéndome a tus divinas disposiciones e intenciones.

Si cometes alguna falta contra esas virtudes, esfuérzate por repararla cuanto antes, postrándote a los pies del Hijo de Dios para decirle:

Jesús misericordioso, te pido perdón de todo corazón, por haber ofendido a tu divina Majestad. Padre de Jesús, te ofrezco el honor que tu Hijo amadísimo y su santa Madre te han tributado con su mansedumbre y humildad, en satisfacción de mis faltas de orgullo y de impaciencia. Me entrego a ti con renovado deseo de ser más manso y humilde en adelante; aniquila mi soberbia e impaciencia y dame la gracia de ser fiel en practicar esas virtudes cuando se presente la ocasión, por tu gloria y contentamiento.

Estas mismas prácticas podrás extenderlas a la caridad, la obediencia y demás virtudes.

¹ Mt. 11, 29

XXV. Dignidad, necesidad e importancia de la humildad cristiana.

Si tienes verdadero propósito de vivir santamente, una de tus principales preocupaciones será afianzarte muy conscientemente en la humildad cristiana. No hay virtud más necesaria e importante. Es la que con mayor encarecimiento nos recomienda nuestro Señor, con aquellas palabras que debemos repasar a menudo con amor y respeto: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso.*¹

San Pablo llama a esta virtud la más característica de Jesucristo. Es por consiguiente, la virtud propia del cristiano, sin la cual es imposible llegar a serlo. Ella es el fundamento de la vida y santidad cristianas, la guardiana de todas las demás gracias y virtudes. Ella nos trae toda clase de bendiciones, porque es en los humildes donde el inmenso y humilísimo Jesús encuentra su descanso y sus delicias, según su palabra: *En ese pondré mis ojos: en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras*².

Es la humildad, acompañada del amor, la que hace santos y grandes santos. Si un alma es de verdad humilde, diré que es de verdad santa... Si es muy humilde diré que es muy santa, adornada de toda clase de virtudes y que Dios recibe de ella gloria inmensa; que Jesús vive en ella, como su tesoro y paraíso; que será grande en el reino de Dios, conforme a la verdad eterna; *el que se humilla será enaltecido*³. Al contrario, un alma sin humildad carece de virtud, es un infierno, habitación de los demonios, abismo de todos los vicios.

En cierta manera se puede decir que la humildad es madre de Jesús, porque gracias a ella la santa Virgen se hizo digna de llevarlo en su seno. De la misma manera ella nos hace dignos de formarlo en nosotros y de hacerlo vivir y reinar en nuestro corazón. Por eso con ahinco debemos amarla, desearla y buscarla.

¹ Mt. 11, 29

² Is. 66,2

³ Mt. 23, 12

XXVI. La humildad de espíritu.

Hay dos clases de humildad: la humildad de espíritu y la humildad de corazón: si ambas van estrechamente unidas se logra la perfección de la humildad cristiana.

La humildad de espíritu es el conocimiento profundo de lo que realmente somos, no ante los ojos y el juicio engañoso de los hombres, ni de la vana presunción de nuestro espíritu, sino ante la mirada y el juicio de Dios. Para ello es preciso mirarnos, guiados por la fe, en la luz y la verdad de Dios, en la cual podremos comprobar:

1. Que, como hombres, somos polvo y corrupción; como criaturas salidas de la nada, nada poseemos, nada podemos y nada somos.
2. Que, como hijos de Adán y pecadores, nacemos enemigos de Dios, incapaces de todo bien (...) Que nuestra única vía de salvación es renunciar a Adán y a cuanto heredamos de él, a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, y darnos a Jesucristo para asimilar su espíritu y su virtud.

Que es muy cierto lo que él nos dice, que no podemos liberarnos de la servidumbre del pecado si él no nos libra de él¹; que sin él nada podemos hacer², y que después de haber cumplido todo podemos y debemos decir con verdad que somos siervos inútiles³. Igualmente san Pablo nos dice que por nosotros mismos somos incapaces de atribuirnos cosa alguna como propia y que toda nuestra capacidad viene de Dios⁴; que no podemos testimoniar que Jesús es el Señor sino por virtud del Espíritu Santo ⁵. (...)

Estamos sometidos al pecado, por haber nacido de Adán, que nos engendró pero dentro de su condenación, que nos dio la naturaleza y la vida pero dentro del poder y cautividad del

¹ Jn. 8, 33-36

² Jn ,15, 5

³ Luc 17, 10

⁴ 2 Cor 3, 5

⁵ 1 Cor 12, 3

pecado (...) que no nos engendró libres, puestos que él mismo era esclavo, que no pudo darnos la gracia y la amistad de Dios que él había perdido. Por justo juicio de Dios llevamos todo ese yugo de iniquidad que la Escritura llama el reino de la muerte¹ que nos impide realizar las obras de libertad y de vida de los hijos de Dios, sólo obras de muerte y de esclavitud, privadas de la gracia de Dios, de su justicia y santidad (...) Frente a esa miseria e indignidad fue preciso que el Hijo de Dios nos adquiriera con su sangre hasta el más leve propósito de servir a Dios...

Si nos miramos en la luz de Dios, veremos que, como hijos de Adán, no merecemos existir ni vivir, ni que la tierra nos sostenga, ni que Dios piense en nosotros y ni siquiera que ejerza en nosotros su justicia. Por eso el santo varón Job se extrañaba de que Dios se dignara abrir los ojos sobre nosotros y que se diera la pena de juzgarnos: *¿En alguien así clavas los ojos y lo llevas a juicio contigo?*².

Porque el pecado, al apartarnos de la obediencia a Dios nos quitó todos nuestros derechos. Por causa suya no son nuestros, ni el ser, ni la vida, ni nuestro cuerpo y nuestra alma con todas sus facultades. El sol no nos debe su luz, ni los astros sus influencias, ni la tierra su escabel, ni el aire la respiración (...) ni las plantas sus frutos, ni los animales sus servicios. Ante bien toda creatura debería pelear contra nosotros para vengar la injuria que hacemos a su creador (...).

Veremos igualmente que de nosotros mismos, en cuanto pecadores, somos otros tantos demonios encarnados, Luciferes y Anticristos³, pues nada hay en nosotros que no sea contrario a Jesucristo. Que tenemos en nosotros el principio y la semilla de todos los pecados de la tierra y del infierno; el pecado original ha puesto en nosotros la raíz y la fuente de toda clase de pecados, según las palabras del Profeta-Rey: *mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre*⁴. De

¹ Rm, 5, 14-17

² Job 14, 3

³ "el que con sus obras niega a Cristo es un Anticristo" S. Agustín, Tract. III in Joan. núm. 8.

⁴ Sal 51 (50), 7

ahí que si Dios no nos llevara siempre en los brazos de su misericordia, si no realizara el permanente milagro de preservarnos de caer en el pecado, nos precipitaríamos a cada instante en un abismo de iniquidades. Somos, finalmente, tan horribles (...) que si pudiéramos vernos como Dios nos ve, no podríamos soportarnos.

Por eso leemos de una santa que pidió a Dios conocerse a sí misma y se vio tan horrible que empezó a gritar: No tanto, Señor que voy a flaquear. Y el Padre Maestro Avila refiere haber conocido a alguien que le hizo a Dios idéntica súplica y se vio tan abominable que exclamó: Señor , te ruego por tu misericordia, que apartes ese espejo de mis ojos: ya no me interesa ver mi imagen¹.

Después de esto, ¿cómo podremos tener algún aprecio de nosotros mismos y pensar que algo somos o merecemos? ¿Cómo podremos amar la grandeza y buscar la vanidad y complacernos en la estima y alabanza de los hombres? (...) ¡Cuán irrisorio es que nosotros, criaturas viles y miserables, pretendamos elevarnos y enorgullecernos! Por eso el Espíritu Santo, en el Eclesiástico, nos advierte que siente odio y aversión por un pobre altanero². Es sin embargo, este un vicio común a todos los hombres. Ellos aunque aparenten ser algo a los ojos del mundo, llevan impresas las señales infamantes de su condición pecadora que debería mantenerlos en gran humillación ante Dios y ante todas las criaturas(...).

Por eso Dios detesta el orgullo y la vanidad: él, que conoce nuestra bajeza e indignidad, no puede tolerar que algo tan bajo y tan indigno pretenda enaltecerse. Cuando él, la grandeza misma, se rebajó hasta la nada, no puede soportar que la nada pretenda encumbrarse.

Si quieres, por tanto, agradar a Dios y servirlo a satisfacción, esmérate por adquirir esa ciencia divina del conocimiento de ti mismo; afianza estas verdades en tu espíritu y repásalas a menudo ante Dios, rogando a nuestro Señor que las imprima profundamente en ti.

¹ RODRIGUEZ, Tratado de la humildad, c. IX.

² Eclo. 25, 2

No olvides, sin embargo, que como hijo de Dios y miembro de Jesucristo, cuanto te hallas en su gracia, tienes una vida nobilísima y sublime y posees un tesoro infinitamente precioso. Y que, aunque la humildad de espíritu te obliga a reconocer lo que por ti mismo eres en Adán, no debes olvidar lo que eres en Jesucristo y por Jesucristo, ni las gracias que Dios te ha hecho mediante su Hijo. Pensar de otra manera sería tener falsa humildad. Reconoce, eso sí, que todo lo bueno que hay en ti proviene de la sola misericordia de Dios, sin méritos de tu parte. He ahí en qué consiste la humildad de espíritu.

XXVII. La humildad de corazón.

No basta la humildad de espíritu que nos da a conocer nuestra miseria e indignidad. Sin la humildad de corazón sería humildad diabólica porque los demonios que carecen de la humildad de corazón son también conscientes de su indignidad y maldición. Por eso nosotros debemos aprender de Jesús, nuestro maestro, a ser como él también humildes de corazón.

La humildad de corazón consiste en amar nuestra bajeza, en sentirse a gusto de ser pequeños y despreciables (...) y en alegrarnos de que nos traten como tales; en no justificarnos sino por motivos graves, en no quejarnos jamás de nadie. Porque si recordamos que llevamos dentro de nosotros mismos la fuente de todo mal, merecemos toda clase de reproches y malos tratos. Y eso por dos razones:

1. Porque merecemos toda clase de desprecios y humillaciones y que todas las criaturas nos persigan y pisoteen (...).
2. Porque debemos amar lo que el Hijo de Dios ha amado tanto y colocar nuestro centro y nuestro paraíso en las mismas cosas que él escogió para glorificar a su Padre, a saber los desprecios y humillaciones.

La humildad de corazón consiste, además, en odiar toda grandeza y vanidad, conforme a la sentencia del Hijo de Dios que te ruego

graves hondamente en tu espíritu: *Lo que es estimable para los hombres es abominable ante Dios*¹.

Cuando digo "toda grandeza" me refiero no solamente al desprecio de las grandezas temporales y de la vanidad que proviene de la estima y de las alabanzas humanas, sino también, y mucho más, de la vanidad que pueden producir cosas espirituales. Debemos rehuir lo que es vistoso y extraordinario a los ojos de los hombres, en los ejercicios de piedad, como visiones, éxtasis, revelaciones, el don de hacer milagros y cosas semejantes. No solamente no debemos desear ni pedir a Dios tales gracias extraordinarias, aunque el alma reconociera que Dios le ofrece alguna de esas gracias, debería retirarse al fondo de su nada y estimarse indigna de ellas, y pedirle en su lugar, otra gracia menos vistosa a los ojos humanos, más conforme con la vida escondida y despreciada que nuestro Señor llevó en la tierra. Porque aunque es verdad que nuestro Señor, en el exceso de su bondad, nos concede con agrado sus gracias ordinarias y extraordinarias, también le agrada que por un sentimiento sincero de nuestra indignidad y por el deseo de asemejarnos a él en su humildad, rehuyamos todo cuanto es grande a los ojos humanos. Quien no se halla en esta disposición dará cabida a los muchos engaños e ilusiones del espíritu de vanidad.

Debes tener en cuenta, sin embargo, que hablo de cosas extraordinarias y no de las que son comunes y habituales en los servidores de Dios, como la comunión frecuente, prosternarse ante Dios mañana y tarde para tributarle nuestros homenajes; acompañar por las calles al santísimo Sacramento cuando se le lleva a los enfermos; recitar el rosario, u orar, sea en la iglesia, en casa o de camino; servir y visitar a los pobres y prisioneros o hacer cualquier otra obra de piedad. Porque puede suceder que omitas tales acciones por cobardía, con pretexto de falsa humildad. Y si el respeto humano te hace ruborizar de servir a Dios, debes vencerlo pensando que es gloria grande ser cristiano, y actuar como cristiano y servir y glorificar a Dios delante de los hombres y frente al mundo. Si el miedo a la vanidad y la vana apariencia de humildad postiza quieren impedirte realizar esas acciones, tu debes declarar a nuestro Señor que todo lo haces

¹ Luc, 16, 15

únicamente por su gloria y que por ser normal en los servidores de Dios no hay motivo de vanidad.

Es verdad que nuestro Señor Jesucristo nos enseña a ayudar, a dar limosna y a orar en secreto. Pero san Gregorio nos aclara que se trata de la intención y no de la acción ¹, es decir que el Señor no prohíbe que las hagamos en público, ya que nos dice en otra parte: *Que brille vuestra luz ante los hombres para que al ver vuestras buenas obras den gloria a vuestro Padre que está en los cielos* ². El quiere que nuestra intención se mantenga secreta y escondida y que realicemos nuestras acciones exteriores no para agradar a los hombres, o buscando vanos aplausos, sino para agradar a Dios y procurar su gloria.

Finalmente, la verdadera humildad de corazón que nuestro Señor nos inculca con su ejemplo, consiste en ser humildes como lo fue Cristo en la tierra; en odiar todo espíritu de grandeza y de vanidad, amar el desprecio y la humillación como Cristo se humilló en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte.

En su encarnación se anonadado a sí mismo, tomando la forma de esclavo³. Quiso nacer en un establo, someterse a las necesidades y debilidades de la infancia y a otras mil humillaciones. En su pasión dijo de sí mismo: *Soy un gusano y no un hombre, vergüenza de la gente y desprecio del pueblo* ⁴. Llevó sobre sí la ira y el juicio de su Padre, cuya severidad le hace sudar sangre (...); se sometió al poder de las tinieblas como él mismo lo afirma ⁵, es decir, de los demonios, quienes por medio de los judíos, de Pilato, de Herodes, le hicieron padecer todas las ignominias del mundo. Los soldados y Herodes lo trataron como si fuera un bribón. Lo azotaron y clavaron en la cruz como a un esclavo y un ladrón. Dios, que debía ser su refugio, lo abandonó y lo miró como si él solo hubiera cometido todos los crímenes del mundo. Y, finalmente, para usar el lenguaje de su apóstol,

¹ S. GREGORIO MAGNO. Homil XI in Evangeliiis.

² Mt, 5, 16

³ Fil 2, 7

⁴ Sal., 22 (21), 7

⁵ Luc 22,53

fue hecho anatema y maldición por nosotros¹. Y para colmo de ese extraño y espantoso envilecimiento, la justicia de Dios lo hizo pecado por nosotros². Es decir que no solo cargó con la confusión y deshonor que merecen los pecadores, sino con las infamias del pecado mismo que es el estado más ignominioso que Dios reserva a sus peores enemigos. Cuánta humillación para un Dios, para el Hijo único de Dios, para el Señor del universo (...) ¿Será posible, Señor Jesús, que ames tanto al hombre hasta anonadarte en esa forma por su amor? ¿Cómo podrás envanecer, oh hombre, cuando ves a tu Dios de tal manera humillado por el amor que te tiene? Deseo, Salvador mío, ser humillado, aniquilado contigo, comulgar con los sentimientos de tu profunda humildad y estar dispuesto a sufrir las confusiones y rebajamientos que se deben al pecador y al pecado mismo.

En esta disposición consiste, precisamente, la perfecta humildad cristiana (...) ya que si Jesús, nuestra Cabeza, el Santo de los santos y la santidad misma, ha sufrido las ignominias debidas al pecador y al pecado, con mayor razón los que, por nosotros mismos, somos pecado y maldición.

Si grabamos profundamente estas verdades en nuestro espíritu, encontraremos perfectamente razonable gritar y repetir a menudo con santa Gertrudis: "Señor, uno de los milagros más señalados en este mundo es permitir que la tierra me sostenga³.

XXVIII. Práctica de la humildad cristiana.

No basta que conozcas, en forma vaga y superficial, que nada eres, que no tienes poder alguno de obrar el bien y de evitar el mal, que todo bien descende de lo alto, del Padre de las luces⁴, y que toda obra buena nos viene de Dios mediante su Hijo. Es preciso, además, afirmarte poderosamente en la convicción y en el vivo sentimiento de tu cautividad bajo la ley del pecado, de tu inutilidad, incapacidad e indignidad para servir a Dios, de tu insuficiencia para cualquier bien y de la urgente necesidad que tienes de Jesucristo y de su gracia.

¹ Gal, 3, 13

² 2 Cor. 5, 21

³ J. de Avila, Cartas espirituales, I, XXXIII. Leg. div. pietatis lib. 1 cap. XI.

⁴ Sant. 1, 17.

Por eso debes llamar a gritos constantemente a tu libertador y acudir, en todo momento a su gracia, apoyándote únicamente en su poder y su misericordia.

Dios permite a veces que luchemos largo tiempo para vencer alguna pasión y para adquirir alguna virtud y que no adelantemos gran cosa en nuestros propósitos, para que reconozcamos, por experiencia, lo que somos y podemos por nosotros mismos y para obligarnos a buscar en nuestro Señor Jesucristo la fuerza para servir a Dios. Dios sólo quiso enviar a su Hijo al mundo después de que el mundo experimentó que no podía observar su ley, ni librarse del pecado y que necesitaba un espíritu y una fuerza nueva para resistir al mal y obrar el bien. Así nos mostraba su voluntad de que debíamos reconocer nuestra miseria para recibir su gracia.

En consecuencia debes reconocer cada día tu miseria, tal como Dios la conoce, y renunciar a Adán y a ti mismo, porque ambos han pecado e hipotecado tu naturaleza al diablo y al mal. Renuncia, pues, por completo a tu espíritu, a toda fuerza y capacidad que creas poseer. Porque el poder que Adán ha dejado en la naturaleza del hombre es solo impotencia; y creer que lo poseemos es mera ilusión y falsa opinión de nosotros mismos. Sólo tendremos verdadero poder y libertad para el bien cuando nos renunciemos y salgamos de nosotros mismos y de todo lo nuestro para vivir en el espíritu y el poder de Jesucristo.

Después de renunciar de esa manera, adora a Jesucristo, entrégate plenamente a él y ruégale que ejerza sobre ti los derechos de Adán y los tuyos que él adquirió con su sangre y con su muerte, y que viva en ti en lugar de Adán; que te despoje de tu condición y haga suyo y utilice todo lo que tú eres. Dile que quieres deshacerte entre sus manos de todo lo que eres: que desees abandonar tu propio espíritu, orgulloso y vanidoso, tus intenciones, inclinaciones y disposiciones para revestir únicamente los suyos divinos y adorables.

Suplícale que, por su inmensa misericordia, te saque de ti mismo como de un infierno y te coloque en él para afianzarte en su espíritu de humildad, no buscando tu interés y satisfacción sino su contento y su gloria. Que emplee su divino poder para destruir tu orgullo (...).

Póstrate con frecuencia, especialmente al comenzar la jornada, a los pies de Jesús y de su santa Madre, y diles:

Oh Jesús, oh Madre de Jesús, mantened a este miserable bajo vuestros pies, aplastad esta serpiente, haced morir este Anticristo con el soplo de vuestra boca, atad a este Lucifer para que no haga nada en este día contra vuestra santa gloria.

No pretendo decirte que cada día pronuncies estas cosas con las fórmulas empleadas aquí, sino como plazca al Señor hacértelas gustar, hoy de esta manera, mañana de otra.

Cuando formules deseos o propósitos de ser humilde, entrégate al Hijo de Dios para cumplirlo y dile:

Me doy a ti, Señor Jesús, para comulgar con tu espíritu de humildad. Quiero acompañarte todos los días de mi vida en la práctica de esta virtud. Que tu espíritu aniquile mi orgullo y me mantenga contigo en humildad. Te ofrezco las ocasiones de practicar la humildad que se me presenten en la vida y te ruego las bendigas. Renuncio a mi mismo y a cuanto pueda impedirme tener parte en la gracia de tu humildad.

Pero no te confíes en tus propósitos ni en estas prácticas: apóyate únicamente en la bondad de nuestro Señor Jesús.

Lo mismo puedes hacer con las demás virtudes y propósitos que quieras ofrecer a Dios. De esa manera los apoyarás no en ti sino en nuestro Señor Jesucristo y en la misericordia y la gracia de Dios.

Cuando presentamos a Dios nuestros deseos e intenciones de servirlo, lo haremos con la absoluta persuasión de que no lo podemos ni lo merecemos; que si Dios nos aplicara su justicia no soportaría siquiera que pensáramos en él; sólo por su gran misericordia y por los méritos y sangre de su Hijo, Dios nos tolera en su presencia y nos permite esperar de él la gracia de servirlo.

No debemos extrañarnos cuando fallan nuestros propósitos porque somos pecadores y Dios no está obligado a otorgarnos su

gracia. *Yo sé, dice san Pablo, que en mí no anida nada bueno, porque el querer lo mejor lo tengo a mano, pero no el realizarlo*¹.

Nuestra incapacidad es tan grande que no basta haber recibido de Dios el deseo del bien; necesitamos igualmente la voluntad y el propósito; y si, después de recibirlos, Dios no nos da también el cumplirlos a la perfección, nada habremos logrado. Y todavía necesitamos la perseverancia hasta el final.

Por eso debemos tender a la virtud sometidos a Dios: desear y pedir su gracia, pero extrañándonos de recibirla. Y si caemos, debemos adorar su juicio sobre nosotros, sin desanimarnos. Porfiaremos con humildad entregándonos a él para entrar en su gracia con mayor virtud y vivir siempre agradecidos con él porque nos soporta en su presencia y nos inspira el deseo de servirlo (...).

Si Dios te concede alguna gracia para ti o para otro, no pienses que ha sido en virtud de tus plegarias, sino por su sola misericordia.

Si en las buenas obras que Dios te concede realizar sientes vana complacencia y un tufillo de vanidad, humíllate ante Dios, fuente única de todo bien (...) porque tienes más motivos para temer y para humillarte que para envanecerte por el poco bien que haces, el cual tampoco es tuyo.

Si te censuran y desprecian, acéptalo como algo que has merecido y en honor de los desprecios y calumnias sufridos por el Hijo de Dios. Si recibes honores o alabanzas y bendiciones, trasládalos a Dios. No te los apropiés ni te adormezcas en ellos, para que no sean la recompensa de tus buenas acciones y no te apliquen las palabras del Hijo de Dios: *Ay si los hombres hablan bien de vosotros. Así es como los padres de estos trataban a los falsos profetas*². Con ellas nos enseña a considerar y temer las alabanzas del mundo no sólo como puro viento e ilusión, sino como desgracia y maldición.

¹ Rm 7, 18.

² Luc 6, 26.

Ocúpate gustoso en oficios humildes y despreciables para mortificar tu orgullo, pero hazlo en espíritu de humildad y con sentimientos y disposiciones interiores acordes con la acción que ejecutas.

Al comenzar todas tus acciones humíllate siempre ante Dios. Piensa que eres indigno de existir y de vivir y por lo mismo de actuar, y que nada puedes hacer que le agrade sin la ayuda de su gracia.

En síntesis, graba bien hondo en tu espíritu las palabras del Espíritu Santo: *Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios. Porque es grande la misericordia de Dios y por los humildes es glorificado*¹.

XXIX. La confianza y abandono de sí mismo en manos de Dios.

La humildad es la madre de la confianza; al seríamos desprovistos de todo bien, virtud y capacidad para servir a Dios no nos apoyaremos en nada nuestro. Al contrario, huiremos de nosotros mismos como de un infierno, para retirarnos a nuestro paraíso que es Jesús. En él nos apoyaremos, a él nos confiaremos, ya que el Padre eterno nos lo ha dado para que sea nuestra redención, justicia, virtud, santificación, tesoro y fuerza como nuestra vida y nuestro todo. A ello nos invita amorosamente cuando nos dice: *Venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré*², os descargaré del peso de vuestras miserias; y cuando nos asegura que no rechazará a ninguno de los que vengan a él³.

Para presionarnos a que tengamos esta confianza nos anuncia en diversos lugares de sus santas Escrituras que son malditos y desdichados quienes colocan su confianza en cosas distintas a él, y que son bendecidos y felices los que en él confían⁴; que abundarán en gracias y bendiciones y que nada les faltará⁵; que él

¹ Eclo., 3, 18-20.

² Mt. 11, 28.

³ Jn. 6, 37.

⁴ Jer. 17, 5-7.

⁵ Sal. 23 (22) 1-2.

tiene sus ojos puestos en los que esperan en su misericordia¹; que es bueno para los que en él esperan²; que los rodeará con su misericordia³; que él mismo estará a su lado⁴; que será su escudo y baluarte inexpugnable⁵, su ayuda y protector⁶; que los ocultará en su tabernáculo y los esconderá en el asilo de su presencia⁷; que será su defensor en la tribulación, los protegerá y librará de las manos de los pecadores porque colocan su esperanza en él⁸; que les hará gustar la abundancia de su bondad⁹; que se alegrarán con júbilo eterno y que él hará en ellos su morada¹⁰; que derramará en nosotros sus gracias y su misericordia en la medida de nuestra esperanza y confianza en él¹¹; que quienes se confían en él conocerán la verdad, es decir que se manifestará a ellos como suprema verdad¹²; que quienes colocan en él su esperanza se santificarán como él mismo es santo¹³; que jamás quedaron defraudados los que en él confiaron¹⁴; En fin, que nada es imposible para los que creen y esperan en él, antes bien todo lo pueden, apoyados en su misericordia y su poder¹⁵.

Nunca terminaría si quisiera citar todos los textos de la Santa Palabra que nos encarecen la virtud de la confianza. Parece que no se cansara de testimoniar cuánto ama él esta virtud y cómo ama y ampara a quienes se abandonan totalmente al cuidado de su paternal providencia.

Leemos en el libro tercero de las INSINUACIONES DE LA DIVINA PIEDAD de santa Gerturdis, que nuestro Señor dijo a

¹ Sal. 33 (32) 18.

² Lam. 3, 25.

³ Sal. 32 (31) 10.

⁴ Prov. 3, 26.

⁵ 2 Sam. 2, 3-31.

⁶ Sal. 18 (17) 31.

⁷ Sal. 31 (30) 21.

⁸ Sal. 91 (90) 14-15.

⁹ Sal. 31 (30) 20.

¹⁰ Sal. 5, 12.

¹¹ Sal. 33 (32), 22.

¹² Sab. 3, 9.

¹³ 1 Jn. 3,3.

¹⁴ Eclo. 2, 11.

¹⁵ Mc. 9, 22.

esa gran santa que la confianza filial de un cristiano hacia él es aquella mirada de la esposa de que habla el Esposo divino en el Cantar de los Cantares: *Me has enamorado, hermana y novia mía, con una sola de tus miradas* ¹. Y agrega: *El que me traspasa el corazón con una flecha de amor, es aquél que tiene absoluta confianza en mí de que puedo, conozco y quiero ayudarlo fielmente en todo; tal confianza presiona de tal manera mi misericordia que no puedo alejarme de él* ².

Y en el LIBRO DE LA GRACIA ESPECIAL de santa Matilde vemos que Jesús le dice: *Me produce singular contento que los hombres confíen en mi bondad y se apoyen en mí. A quien se confía en mí con humildad lo protegeré en esta vida, y le concederé en la otra más de lo que merece. Cuanto más confíe alguien en mí, más podrá contar con mi bondad, tanto más ganará, porque es imposible que no alcance el hombre lo que santamente cree y espera alcanzar porque así se le ha prometido. Por eso es muy provechoso que quien espera de mí grandes cosas, confíe plenamente en mí* ³. Y cuando ella preguntó a Dios lo que debía creer principalmente de su bondad inefable, le respondió: cree, con toda seguridad que después de tu muerte te recibiré como el Padre recibe a su Hijo amadísimo y que nunca habrá padre alguno que comparta todos sus bienes con tanta fidelidad y afecto a su hijo único como yo te haré partícipe de todos mis bienes. El que esto crea con firmeza acerca de mi bondad y con amor humilde, será bienaventurado⁴.

XXX. Continúa el tema de la confianza.

Para afirmarnos más aún en esa confianza, nuestro Salvador toma con relación a nosotros los títulos y cualidades más amorosos. Porque se dice nuestro amigo, abogado, médico, pastor, hermano, padre, el alma, el espíritu, el esposo de nuestra alma, y nos llama sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su herencia, su corazón.

¹ Cant. 4, 9.

² *Legatus divinae pietatis*, I. III c. VII.

³ *Liber spec. grat.* p. III c. V.

⁴ *Ibid.* I.c.

En distintos lugares de sus santas Escrituras nos asegura que nos cuida y que vela constantemente sobre nosotros¹, que nos lleva siempre en su regazo y en su corazón; y esto lo repite hasta cinco veces en un mismo texto². En otro lugar nos dice que aunque se encontrara una madre que pudiera olvidarse del hijo de sus entrañas, él nunca nos olvidará; que nos ha escrito en la palma de su mano para tenernos siempre ante sus ojos³; que no debemos afanarnos por las cosas necesarias para el sustento y el vestido, pues bien sabe que las necesitamos y que él cuida de nosotros⁴; que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza y ninguno de ellos caerá⁵; que su Padre nos ama como él mismo lo ama y que él nos ama como su Padre lo ama⁶; que él quiere que estemos allí donde él está, que descanemos con él, en el regazo y en el Corazón de su Padre⁷ y que nos sentemos con él en su trono⁸. En una palabra que estemos consumados en unidad con él y con su Padre⁹. Si lo hemos ofendido nos promete que si regresamos a él con humildad, arrepentimiento, confianza en su bondad y propósito de abandonar el pecado, nos recibirá con amor, olvidará nuestras culpas y nos vestirá con la túnica de su gracia y de su amor de la que nuestra falta nos había despojado¹⁰.

Después de saber estas cosas, ¿quién no tendrá confianza y no se abandonará totalmente a la dirección y los cuidados de un amigo, hermano, padre y esposo? El conoce con sabiduría infinita lo que nos conviene, prevé lo que puede sucedernos y escoge los caminos más convenientes para llevarnos a la meta de nuestra suprema felicidad. El, con su bondad inmensa, quiere para nosotros todo bien y tiene el poder para alejar de nosotros todo mal (...).

¹ Sab. 12, 13; 1 Pe. 5, 7.

² Is. 46, 3-4.

³ Is. 49, 15-17.

⁴ Mt. 6, 31-33.

⁵ Lc. 21, 18.

⁶ Jn. 15, 9.

⁷ Jn. 17, 24.

⁸ Ap. 3, 21.

⁹ Jn. 17, 21-23.

¹⁰ Ez. 17, 21; Lc. 15, 22.

Y para que te persuadas de que sus palabras y promesas son sinceras y eficaces, recuerda lo que ha hecho y padecido por ti en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte; lo que hace todos los días en el sacramento de la Eucaristía; cómo bajó del cielo a la tierra por amor a ti; cómo se humilló y anonadó hasta hacerse niño, nacer en un establo, someterse a las miserias y necesidades de un ser humano, pasible y mortal; cómo empleó su tiempo, sus pensamientos, palabras y acciones, por ti; como entregó su cuerpo santo a Pilato, a los verdugos y a la cruz; cómo entregó su vida y derramó su sangre hasta la última gota; cómo te da, tan a menudo, su cuerpo, sangre, alma y divinidad, todo lo que es y lo que tiene de más precioso. *Que esperen en ti, amabilísimo Jesús, los que conocen tu nombre*¹, que no es sino amor y misericordia (...). No me extraño de que sean pocos los que confían plenamente en ti, porque son pocos los que se esmeran por conocer los efectos de tu bondad infinita. Tenemos que reconocer que somos bien miserables, si después de tantas pruebas de tu amor por nosotros no confiamos en tu bondad. Porque si has hecho y sufrido tanto y nos has dado cosas tan grandes, ¿qué no harías ahora si acudiéramos a ti con humildad y confianza?

Deseemos, pues, fervientemente, esta virtud; no seamos tímidos sino audaces para forjarnos altos propósitos de servir y de amar con la mayor perfección a nuestro adorable Jesús y de emprender grandes hazañas por su gloria, conforme al poder y la gracia que para ello nos concederá. Porque si es verdad que por nosotros mismos nada podemos, con él sí lo podemos todo y su gracia no nos faltará si confiamos en su bondad.

Coloquemos y abandonemos en sus manos paternas y providentes nuestros intereses corporales y espirituales, nuestra salud y reputación, nuestros bienes y negocios, las personas allegadas, nuestros pecados pasados, nuestros progresos en el camino de la virtud y de su amor, nuestra vida, nuestra muerte, nuestra salvación y nuestra eternidad, seguros de que, en su bondad, dispondrá todas las cosas de la mejor manera.

Cuidémonos bien de no apoyarnos ni sobre el poder y favor de nuestros amigos, ni en nuestra fortuna, ingenio, ciencia o

¹ Sal. 9, 11.

fuerzas, ni sobre nuestros buenos deseos y disposiciones, ni sobre nuestras plegarias, ni siquiera en la confianza que creemos tener en Dios, ni sobre nada creado, sino únicamente en la misericordia de Dios. No es que no debamos emplear tales cosas y aportar todo lo que podamos para vencer el vicio, ejercitarnos en la virtud y llevar a término la misión que Dios ha puesto en nuestras manos, cumpliendo los deberes inherentes a nuestra condición (...) Debemos aportar todo nuestro esfuerzo y cuidado como si nada esperáramos de Dios y al mismo tiempo sin apoyarnos en ellos, como si nada hubiéramos hecho, porque todo lo hemos esperado de la sola misericordia de Dios.

A ello nos exhorta el Espíritu Santo por boca del profeta rey: *Encomienda tu camino al Señor, confía en él y él actuará*¹. Y en otro lugar: *Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará*². Y por medio del príncipe de los apóstoles nos advierte: *Confiadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros*³. Es lo que nuestro Señor dijo a santa Catalina de Siena: *Hija mía, olvídate de ti y piensa en mí, que yo pensaré continuamente en ti*⁴.

Saca provecho tú de esta enseñanza: que tu preocupación principal sea evitar lo que desagrada a nuestro Señor y servirlo y amarlo perfectamente, y él encaminará todas las cosas, aún tus faltas, en provecho tuyo.

Acostúmbrate a hacer a menudo actos de confianza en Dios, especialmente cuando te asalten pensamientos o sentimientos de temor o desconfianza, por tus culpas pasadas o por cualquier otro motivo. Eleva inmediatamente tu corazón a Jesús y dile con el profeta real: *A ti, Señor, levanto mi alma: Dios mío, en ti confío no quede yo nunca defraudado. Que no triunfen de mí mis enemigos, pues los que esperan en ti no quedan defraudados*⁵. *A ti Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado*⁶. Dios mío,

¹ Sal. 37 (36), 5.

² Sal. 55 (54), 23.

³ 1 Pe. 5, 7.

⁴ R. de Capua. Vie de S. Catherine I, c. VI.

⁵ Sal. 25 (24), 1-2.

⁶ Sal. 31 (30), 2.

confío en ti ¹. *El Señor está conmigo, no temo, ¿qué podrá hacerme el hombre?. El Señor está conmigo y me auxilia, verá la derrota de mis adversarios. Mejor es refugiarse en el señor, que fiarse de los hombres* ². *Y aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque tú vas conmigo* ³.

O le dirás con el profeta Isaias: *He aquí a Dios, mi Salvador, estoy seguro y sin temor* ⁴.

Otra vez dirás con el santo Job: *Aunque quiera matarme esperaré en él* ⁵.

O bien con aquel pobre hombre del Evangelio: *Señor, yo creo, ven en ayuda de mi poca fe* ⁶.

O con los santos apóstoles: *Señor aumentanos la fe* ⁷.

Puedes decir también: Sólo en ti, Oh Jesús, he puesto mi confianza. Tú eres mi fuerza y mi único refugio. Me entrego y abandono totalmente a ti: haz de mi lo que te plazca.

En tus manos coloco y sacrifico mi ser, mi vida, mi alma y todo lo mío, para que dispongas de mí en tiempo y eternidad para tu gloria.

En una palabra, la confianza es un don de Dios que sigue a la humildad y al amor. Si la pides a Dios, él te la dará. Esmérate por hacer tus acciones en espíritu de humildad y por puro amor a Dios y pronto gustarás la dulzura y la paz que acompañan la virtud de confianza.

XXXI La sumisión y obediencia cristianas.

La sumisión continua al santo querer de Dios es la virtud más universal y de más frecuente aplicación. Porque a todo momento se presenta la ocasión de renunciar a nuestra propia voluntad para someternos a la de Dios. Y ésta es fácil de conocer. Porque Dios ha dispuesto que las cosas que nos son indispensables las encontremos fácilmente, como el sol, el aire, el agua y demás

¹ Sal. 91 (90), 2.

² Sal. 118 (117), 6-8.

³ Sal. 23 (22), 4.

⁴ Is. 12, 2.

⁵ Job. 13, 15.

⁶ Mc. 9, 23.

⁷ Lc. 17, 5.

elementos necesarios a la vida natural del hombre, que están al alcance de todo el mundo.

De igual manera, si Dios nos colocó en este mundo únicamente para que cumplamos su voluntad y si de ello depende nuestra salvación, es necesario que podamos conocer fácilmente cuál es la voluntad de Dios en todas nuestras acciones. Y nos la hace conocer por cinco vías principales:

1. Por sus mandamientos;
2. por sus consejos;
3. por las leyes, normas y obligaciones de nuestro estado;
4. por las personas que nos dirigen y que tienen autoridad sobre nosotros;
5. por los acontecimientos dispuestos o permitidos por Dios.

Y así, por poco que abramos los ojos de la fe, nos quedará muy fácil a toda hora y en toda circunstancia conocer la santísima voluntad de Dios, para que la amemos y nos sometamos a ella.

Pero para afirmarnos más en esa sumisión, debemos imprimir profundamente en nuestro espíritu las siguientes verdades:

1. La misma fe que nos dice que sólo hay un Dios, Creador de todo, nos exige creer que ese gran Dios dispone y gobierna todas las cosas, sin ninguna excepción por voluntad absoluta o por voluntad permisiva, que son como los dos brazos de su Providencia: *Tu providencia, Padre, la gobierna*¹.
2. Dios nada quiere o permite sino para su mayor gloria. Porque el Creador y Gobernador del mundo ha hecho todas las cosas para sí mismo. Y con su infinita sabiduría y poder las encamina a su fin. En efecto, su apóstol nos advierte que *en todas las cosas interviene Dios en favor de los que le aman*². De manera que si en toda circunstancia buscáramos amar a Dios y adorar su santa voluntad, todas las cosas resultarían para nuestro mayor bien; y de nosotros depende que así sea.

¹ Sab. 14, 3.

² Rm. 8, 28.

3. La voluntad absoluta o permisiva de Dios es infinitamente santa, justa, adorable y digna de amor y merece ser igualmente adorada, amada y glorificada en todas las cosas.
4. Desde el primer instante de su vida, al hacer su entrada en el mundo, Jesucristo, nuestro Señor, hizo profesión de no hacer jamás su voluntad sino la de su Padre. Dice la carta a los Hebreos: *Al entrar Jesús en este mundo dice: He aquí que vengo -pues de mí está escrito en el rollo del libro- para hacer, oh Dios, tu voluntad* ¹. Y él mismo dirá después: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* ²(...). Y aunque su voluntad era santa, deificada y adorable, la hizo a un lado y en cierta manera la aniquiló para seguir la de su Padre, diciéndole sin cesar en todas las cosas lo que le dijo, en la víspera de su muerte, en el jardín de los Olivos: *Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya* ³.

Si miramos bien estas verdades nos someteremos fácilmente a la adorabilísima voluntad de Dios. Porque si recapacitamos que Dios dispone y ordena con justicia y amor todos los acontecimientos del mundo, para su gloria y nuestro mayor bien, ya no los atribuiremos ni a la suerte, ni al azar, ni a la maldad del diablo o de los hombres, sino a la disposición de Dios. Amaremos y aceptaremos con ternura su voluntad, convencidos de que es santa y digna de amor y que todo lo ordena o permite para nuestro mayor bien y para su gloria. Esta debemos amar por encima de todo ya que estamos en el mundo únicamente para buscar la gloria de Dios.

Si consideramos con atención que Jesús, nuestra Cabeza, ha abandonado y como aniquilado su voluntad, tan santa y divina, para seguir la voluntad rigurosa de su Padre que le imponía cosas tan extrañas y una muerte tan cruel y vergonzosa para salvar a sus propios enemigos, ¿Podrá acaso, costarnos abandonar nuestra voluntad depravada y hacer que viva y reine en su lugar la santísima y amabilísima voluntad de Dios?

¹ Hb. 10, 5-7.

² Jn. 6, 38.

³ Lc. 22, 42.

Porque la sumisión y obediencia cristiana consiste en continuar la sumisión y obediencia perfecta de Jesucristo, no sólo a las voluntades que su Padre le manifestó directamente, sino a las que le dio a conocer por su santa Madre, por san José, por el ángel que lo llevó a Egipto, por los judíos, los Herodes y Pilatos. Porque se sometió no sólo a su Padre sino a todas las criaturas, para dar gloria a Dios y por amor a nosotros.

XXXII. Cómo practicar la sumisión y obediencia cristiana.

Para llevar a la práctica estas verdades, adora en Jesús la sumisión que él ejercitó de manera tan perfecta. Aniquila a menudo a sus pies todos tus quereres, deseos e inclinaciones; declárale que sólo quieres que se cumplan los suyos y ruégale que los haga reinar plenamente en ti.

Esmérate por mantener el propósito constante de morir y de sufrir todos los tormentos, antes que quebrantar el menor de los mandamientos de Dios y por estar generalmente dispuesto a seguir estos consejos en la medida de la luz y la gracia que él te dará según tu condición y de acuerdo con el parecer de tu director.

Mira y honra a los que ejercen autoridad sobre ti como lugartenientes de Jesucristo en la tierra y acata sus voluntades como voluntades de Jesús, con tal que no se opongan claramente a lo que Jesús ordena o prohíbe.

El príncipe de los apóstoles, san Pedro, va mucho más lejos: nos exhorta a *someternos a toda criatura humana por amor a Dios*¹; y san Pablo quiere que *consideremos a los demás como superiores*². Siguiendo las enseñanzas de estos dos apóstoles, debemos mirar y honrar a toda suerte de personas como nuestros superiores y superiores, y estar dispuestos a renunciar a nuestro propio criterio y voluntad para someternos a los de los demás. Porque, como cristianos, debemos revestir los sentimientos y disposiciones de Jesucristo y hacer profesión con él de no hacer jamás nuestra propia voluntad sino de acatar todas las voluntades de Dios. En caso de duda sobre cuál sea la voluntad de Dios,

¹ 1 Pe. 2, 13.

² Fp. 2, 3.

debemos hacer la voluntad de cualquier persona en lo que no sea contrario a Dios y a la obligación de nuestro estado, dando la preferencia a quienes tienen mayor autoridad y derecho sobre nosotros.

Considera y guarda las leyes, normas y obligaciones de tu estado, oficio o condición como señales ciertas de lo que Dios quiere de ti; y, como homenaje a la obediencia exacta y al sometimiento perfecto de Jesús, no sólo a las normas recibidas del Padre, y a las horas y momentos que él asignó a cada una de sus acciones, sino también a las leyes humanas. Sométete tú también a las normas y obligaciones de tu condición, a las horas y momentos en que debes cumplir tus deberes y aún a las leyes humanas y civiles, por amor a aquél, que por amor a ti, se sometió primero a ellas.

En todos los acontecimientos dispuestos o permitidos por Dios, adora, bendice y ama el querer de Dios y dile con su amado Hijo y en cuanto te sea posible en su mismo espíritu de amor, sumisión y humildad: *Padre que no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú*¹; *que no se haga mi voluntad, sino la tuya*²; sí, *Padre, pues tal ha sido tu beneplácito*³.

Cuando sientas alguna inclinación o deseo, anonádalo a los pies de Jesús. Y si la inclinación es fuerte, no ceses de renunciar a ella, de destruirla y de rogar a Jesús que la aniquile en ti hasta que te sientas dispuesto a querer lo contrario si a él le place.

Cuando te sobrevenga el pensamiento o el temor de perder tu salud, tu reputación o tus bienes, a tus padres o a tus hijos, a tus amigos, o cosas semejantes, acalla tu voluntad a los pies de Jesús para adorar, amar y bendecir la suya como si todo ello ya hubiere sucedido o para cuando sucediere, de la siguiente manera:

Oh Jesús, aniquilo a tus pies todos mis deseos e inclinaciones. Adoro, amo y alabo, de todo corazón, tu santa voluntad. A pesar de mis repugnancias y sentimientos contrarios, quiero amarte, bendecirte y glorificarte en todo lo que has querido y quieras

¹ Mc. 14, 36.

² Lc. 22, 42.

³ Mt. 11, 26.

disponer sobre mí y sobre mis allegados, en tiempo y eternidad. ¡Viva Jesús! ¡Viva la santa voluntad de mi Jesús! ¡Que desaparezca mi voluntad para siempre y que la tuya reine y se cumpla eternamente, en la tierra como en el cielo!

XXXIII. La perfección de la sumisión y obediencia cristiana.

Jesucristo, nuestro Señor, no solamente acató todas las voluntades de su Padre y se sometió a él y a todas las cosas por amor a él, sino que colocó en ello su felicidad y su paraíso: *Mi alimento -dice- es cumplir la voluntad del que me ha enviado*¹, es decir no tengo nada más deseable y delicioso. Y, en efecto, sentía alegría infinita al hacer todas las cosas porque esa era la voluntad de su Padre. Colocaba su alegría y su felicidad, según el espíritu, en los sufrimientos que padecía porque tal era el beneplácito del Padre. De ahí que el Espíritu Santo, hablando del día de su pasión y muerte, lo llama *el día de la alegría de su corazón*².

De igual manera en todo lo que veía que estaba sucediendo o que debía suceder en el mundo, encontraba la paz y el gozo de su espíritu pues en todo sólo buscaba la amabilísima voluntad de su Padre.

También nosotros, como cristianos, debemos revestirnos de los sentimientos y disposiciones de nuestra Cabeza y someternos no sólo a Dios y a todas las cosas por amor a él, sino colocar en ello nuestro gozo y nuestro paraíso. Esta es la perfección de la sumisión cristiana. Esa es la plegaria que hacemos cada día: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo (...).*

Y es que:

1. Hemos sido creados únicamente para dar gloria a Dios; en lograrlo debemos colocar nuestra felicidad, así como en los efectos de su divina voluntad, que tienden todos a su mayor gloria.

¹ Jn. 4, 32.

² Cant. 3, 11.

2. Nuestro Señor quiere que seamos un sola cosa con él y con su Padre: por los mismo que tengamos un mismo espíritu y sentimientos con él, como los habitantes del cielo. Nuestra alegría, felicidad y paraíso deben estar allí mismo donde los santos, la santa Virgen, el Hijo de Dios y el Padre eterno encuentran los suyos. Los santos y la santa Virgen descubren la voluntad de Dios en todas las cosas y en ellas colocan su contento, y Dios se goza infinitamente en lo que ordena y permite y *en todas sus obras* ¹. De otra manera no sería Dios (...).

De igual modo debemos colocar nuestro gozo y nuestro paraíso en todas las voluntades, anuencias y obras de Dios y, en general, en todas las cosas, excepto en el pecado que debemos detestar y abominar (...).

Y así, con la gracia de Dios, estaremos siempre contentos y poseeremos el paraíso en la tierra. Bien difíciles seríamos de contentar si no nos gozáramos con lo que alegra a Dios, a los ángeles y a los santos. Estos no se gozan tanto de su propia gloria, por inmensa que sea, como de que se cumple la voluntad de Dios en ellos, de que Dios se agrada en glorificarlos...

XXXIV. Práctica de la perfecta sumisión cristiana.

Por consiguiente, si deseas tener un verdadero paraíso en la tierra, ruega a Jesús que consolide en ti esas disposiciones de sumisión perfecta a todos sus quereres y esmérate no sólo en someterte a Dios en todas las cosas sino en hacerlo con alegría.

Cuando ejecutes una acción, trata de hacerla no sólo por amor a nuestro Señor sino con tal amor que coloques en ello tu felicidad y tu paraíso porque él lo quiere y en ello se goza.

Cuando te suceda algo contra tu voluntad, alégrate porque es voluntad de Dios. Si corresponde a tus deseos, alégrate también, no por esa coincidencia sino porque es voluntad de Dios.

En los acontecimientos del mundo no mires sino la voluntad o la anuencia de Dios. Y al considerar que él coloca su contento en

¹ Sal. 104 (103), 31.

sus voluntades absolutas o permisivas y conduce todas las cosas a su mayor gloria, rechaza, por una parte, los pecados que en ellas se cometen contra Dios y gózate por otra de aquellas cosas en las que él encuentra su complacencia.

No pretendo decir que tengas alegrías sensibles en cuanto haces y padeces y por lo que sucede en el mundo; esto sólo pertenece a los bienaventurados. Hablo aquí de aquella alegría según el espíritu y la voluntad, que puedes alcanzar con facilidad, con la gracia de nuestro Señor. Pues te basta decir: Quiero Dios mío, con tu gracia, por amor a ti, colocar todo mi gozo en querer, hacer o padecer esto o aquello porque tal es tu gozo y beneplácito (...). Esta práctica frecuentemente reiterada disminuirá y destruirá la repugnancia natural que pudieras sentir y hará que encuentres dulzura y contento, aún sensible, allí donde antes sólo sentías amargura y molestia.

Y para que esa práctica se te haga más familiar, acostúmbrate, en todo acontecimiento, a levantar tu corazón a Jesús, para decirle:

Oh Jesús, tú lo dispones o lo permites todo con gozo infinito. Dios mío, me entrego a ti, para tener, con tu gracia, un mismo espíritu, sentimiento, disposición y voluntad contigo. ¡Que yo quiera todo lo que tú quieres! Que lo quiera con alegría como con alegría lo quieres tú y que encuentre mi felicidad y paraíso en tus obras y voluntades.

Ante cosas que te causen repugnancia dirás:

Oh Jesús, a pesar de las repugnancias de mi propia voluntad y de mi amor propio, quiero soportar esta pena y aflicción (o quiero realizar esta acción) con tanto amor a ti que en ello encuentre mi felicidad y mi paraíso porque esa es tu divina voluntad.

Ante cosas que te agradan di:

Oh Jesús, me alegro de que esto haya sucedido de esta manera, (o quiero hacer esta acción) no porque me agrada sino porque ésa es tu voluntad y beneplácito.

Si actúas así empezarás tu paraíso desde este mundo y gozarás de paz y contento perpetuo; harás tus acciones como Dios hace las

suyas y como actuó Jesucristo cuando estaba en la tierra, es decir con alegría. Eso es lo que él desea y lo que pidió a su Padre para nosotros la víspera de su muerte: *que tengan en sí mismos alegría colmada*¹.

En ello reside la perfección suprema de la sumisión cristiana y del puro amor de Dios. Porque la cumbre del amor divino consiste en hacer, sufrir y aceptar todas las cosas por amor a Dios con gozo y contento. Y el que haga uso semejante de cuanto sucede en el mundo, el que con esta disposición soporte las aflicciones y ejecute sus acciones, dará más gloria y agrado a Dios y adelantará más en un día en el camino de su amor que en toda una vida con otro comportamiento.

XXXV. La caridad cristiana.

En su Evangelio, el Hijo de Dios nos advierte que el primero y principal mandamiento es que amemos a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas y que el segundo, que nos pide amar al prójimo, es semejante al primero². Porque el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables; no son dos sino uno sólo y único amor. Y debemos amar a nuestro prójimo con el mismo corazón y el mismo amor con que amamos a Dios, porque no se trata de amarlo en él ni por él, sino en Dios y por Dios, o, más exactamente, es a Dios mismo a quien amamos en el prójimo.

Es así como Jesús nos ama: en su padre y para su Padre, mejor dicho, ama a su padre en nosotros y quiere que nos amemos recíprocamente como él nos ama. Tal es su mandamiento³.

La caridad cristiana consiste precisamente en amarnos unos a otros como Jesucristo nos ama. Y de tal manera nos ama él que nos da todos sus bienes y tesoros, su propia persona, utiliza sus poderes, los recursos de su sabiduría y de su bondad, para hacernos el bien. Es tan excesiva su caridad que soporta por largo tiempo con mansedumbre y paciencia, nuestros defectos; que da el primer paso para buscarnos cuando le hemos ofendido a

¹ Jn. 17, 13.

² Mt. 22, 37-39.

³ Jn. 15, 11.

él que sólo nos ha colmado de bienes. Parece como si, en cierta manera, prefiriera nuestras comodidades, contentos e intereses a los suyos propios, pues se ha sometido a toda clase de incomodidades, miserias y tormentos para librarnos de ellos y hacernos felices. En una palabra, tanto amor nos tiene que emplea su vida, su cuerpo, su alma, su tiempo, su eternidad, su divinidad y su humanidad, lo que es, lo que tiene y lo que puede, por nosotros; y sus pensamientos, palabras y acciones son de caridad y de amor.

Aquí tenemos la norma y el modelo de la caridad cristiana. Es eso mismo lo que pide de nosotros cuando nos ordena amarnos los unos a los otros como él nos ama.

Para animarte en este propósito, contempla a tu prójimo en Dios y a Dios en él. Míralo como a alguien que ha salido del corazón y de la bondad de Dios, como una participación de Dios, creado para regresar a Dios, para vivir en su regazo, para darle gloria eternamente y en el que Dios será efectivamente glorificado por su misericordia o por su justicia. Míralo como a alguien a quien Dios ama (...) salido del mismo principio que tú, hijo del mismo Padre, creado para el mismo fin, propiedad de un mismo Señor, rescatado con la misma sangre preciosa de Jesucristo. Míralo como a miembro, contigo, de una misma Cabeza que es Jesús y de un mismo cuerpo que es la Iglesia, que se nutre de un mismo precioso alimento, el cuerpo y la sangre de Jesús. Con él, por consiguiente, debes tener un mismo espíritu, un solo corazón y una sola alma.

Míralo como a templo del Dios vivo, como portador de la imagen de la santísima Trinidad y de la impronta de Jesucristo; como a alguien que es una parte de Jesucristo, hueso de sus huesos y carne de su carne, por quien Jesucristo tanto trabajó y sufrió, por quien gastó su tiempo y entregó su sangre y su vida; finalmente como alguien a quien él te recomienda que trates como a su propia persona, cuando te asegura que todo cuanto hagas al más pequeño de los suyos, es decir, de los que creen en él, lo considera hecho a sí mismo¹.

¹ Mt. 25, 40.

Si diéramos toda su importancia a estas verdades, ¡cuánta caridad, respeto y reverencia tendríamos los unos por los otros! ¡Cómo temeríamos herir la unión y la caridad cristiana con nuestros pensamientos, palabras o acciones! ¡Qué no haríamos y soportaríamos los unos por los otros! ¡Con cuánta caridad, y paciencia sobrellevaríamos y excusaríamos los defectos ajenos, con qué mansedumbre, modestia y deferencia nos trataríamos! Con cuánto empeño nos esforzaríamos por *agradar a cada uno para el bien, buscando su edificación* ¹. Oh Jesús, Dios de amor y de caridad, dignate imprimir estas verdades y estas disposiciones en nuestras mentes y en nuestros corazones.

XXXVI. Práctica de la caridad cristiana.

Si deseas vivir en el espíritu de la caridad cristiana que no es sino la continuación y plenitud de la caridad de Jesús, ejercítate a menudo en las prácticas siguientes.

Adora a Jesús que es todo caridad. Bendícelo por la gloria que ha tributado a su Padre con los continuos actos de su caridad. Pídele perdón por las faltas que has cometido contra esa virtud y ruégale que ofrezca su propia caridad al Padre, en lugar tuyo, en satisfacción de tus faltas. Entrégate plenamente a él para que destruya en tus pensamientos, palabras y acciones lo que va contra la caridad, y la haga vivir y reinar perfectamente en ti.

Relee y medita a menudo las palabras de san Pablo: *La caridad es paciente, es afable, no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es mal educada ni egoísta, no se exaspera, no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites. La caridad no pasa jamás* ².

Adora a Jesús en el momento de inspirar esas palabras a su apóstol y entrégate a él para llevarlas a la práctica, pidiendo su gracia para ello.

Cuando prestes un servicio a tu prójimo, sea por obligación, sea por caridad, levanta tu corazón a Jesús y dile:

¹ Rm. 15, 2.

² I Cor. 13, 4-8.

Oh Jesús, quiero realizar esta acción, con tu gracia, en honor y unión de la caridad que tú tienes a esta persona y por amor a ti, a quien deseo ver y servir en ella.

Cuando, por necesidad, des reposo, alimento o refrigerio a tu cuerpo, hazlo con esa misma intención. Considera tu salud, tu vida y tu cuerpo no como algo tuyo sino como de uno de los miembros de Jesús, al cual pertenece según la palabra divina: *el cuerpo es para el Señor*¹ y que debes cuidarlo, no para ti sino para Jesús, para su servicio, acuérdate en pos de santa Gertrudis de la palabra de nuestro Señor: *Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis*².

Cuando saludes u honres a alguien hazlo como honrando el templo y la imagen de Dios y a un miembro de Jesucristo.

Cuando uses con alguien frases de felicitación, no permitas que tu lengua profiera palabras de aprobación que no salgan de tu corazón. Porque esa es la diferencia entre los santos, los cristianos verdaderos y los mundanos: que sirviéndose en sus encuentros y visitas de los mismos cumplidos y frases habituales, los primeros lo hacen con sinceridad, caridad y verdad cristianas, los segundos con mentira y adulación.

No pretendo decir que pongas siempre en acción estos pensamientos e intenciones cada vez que saludas a alguien o que lo felicitas o te muestras servicial con el prójimo. Ese sería el ideal; pero al menos tendrás en el fondo de tu ser la intención general de actuar en el espíritu de la caridad de Jesús y la renovarás ante Dios cuando él te lo inspire.

Cuando sientas repugnancia, aversión o envidia hacia alguien, renuncia instantáneamente a ellas, aniquílalas a los pies de nuestro Señor y ruégale que él mismo las destruya y te llene de su divina caridad. Trata de producir actos interiores de caridad hacia esa persona, de la siguiente manera:

Oh Jesús, quiero amar a esta persona por amor a ti. En honor y unión de tu caridad hacia ella, quiero amarla con todo mi corazón.

¹ 1 Cor. 6, 13.

² Mt. 25, 40.

Me doy a ti para hacer y sufrir por ella todo lo que te plazca. Esfuérzate por hablarle y por realizar actos exteriores de caridad con ella hasta que hayas eliminado en ti ese sentimiento de aversión y de repugnancia.

Si te ofendieren, o si hubieres ofendido a alguien, no esperes a que vengan a buscarte. Recuerda las palabras del Señor: *si al momento de presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda, allí, ante el altar, y anda primero a reconciliarte con tu hermano*¹. En obediencia a estas palabras del Salvador y para honrarlo porque él, nuestro gran bienhechor, es el primero en buscarnos, a pesar de tantas ofensas nuestras, anda y busca a aquél a quien ofendiste o que te ofendió, para reconciliarte con él, dispuesto a hablarle con toda mansedumbre, paz y humildad.

Si en presencia tuya se tejen comentarios desfavorables a alguien, desvía, a ser posible, la conversación con prudencia y suavidad, de manera que no des motivo a que se diga más todavía; porque, en este caso, mejor sería callar y contentarse con no manifestar interés ni complacencia en lo que se dice.

Ruega especialmente a nuestro Señor que imprima en tu corazón caridad y tierno afecto hacia los pobres, los extranjeros, las viudas y los huérfanos.

Mira a esas personas como recomendadas por Jesús, el mejor de tus amigos. El, en sus santas Escrituras, las recomienda muy a menudo, con encarecimiento y como si se tratara de sí mismo. con este pensamiento háblales con suavidad, trátalas con caridad y préstales toda la ayuda que te sea posible.

XXXVII. Caridad y celo por la salvación de las almas.

Sobre todo tendrás una caridad especial por las almas de todos los hombres, en particular de tus allegados y de quienes dependen de ti, y buscarás su salvación por todos los medios a tu alcance. Porque san Pablo nos advierte que *quien no mira por los suyos, y*

¹ Mt. 5, 24.

*en particular por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un descreído*¹.

Recuerda que ellas han costado los trabajos y sufrimientos de treinta y cuatro años, la sangre y la vida de un Dios y que la obra más grande, la más divina y la más agradable a Jesús que puedas realizar en el mundo, es trabajar con él en la salvación de las almas que le son tan queridas y preciosas.

Por consiguiente, entrégate a él para trabajar en esa obra en todas las formas que lo pida de ti. Considérate indigno de que te emplee en misión tan excelente: pero cuando se presente la ocasión de prestar ayuda a una pobre alma necesitada (lo que sucede muy a menudo si estás alerta a ello) no la dejes nunca pasar. Ante todo pide la gracia de nuestro Señor; luego esmérate en ello, según tu condición y el poder que Dios te dará, con el mayor cuidado, diligencia y afecto que te sea posible. Se trata de un asunto que tiene mayores consecuencias que si estuvieran en juego todos los bienes temporales y la vida corporal de todos los hombres del mundo. Todo esto lo harás únicamente por amor a Jesús y para que Dios sea eternamente glorificado en las almas. Porque debes considerar como gracia inmensa y como una bendición gastar todo tu tiempo, tu salud, tu vida entera y todos los tesoros del mundo, si fueran tuyos, para ayudar a la salvación de una sola alma, ya que por ella Jesucristo ha derramado su sangre, ha empleado y consumido su tiempo, su vida y sus fuerzas.

Oh Jesús, amante de las almas, que quieres la salvación de los hombres, imprime, te lo ruego, en el corazón de todos los cristianos tus sentimientos de celo y de ardiente caridad.

XXXVIII. La verdadera devoción cristiana.

Después de lo dicho acerca de las virtudes, podemos concluir fácilmente en qué consiste la verdadera devoción cristiana. Porque si todas las virtudes cristianas no son sino las virtudes de Jesucristo en la tierra que debemos continuar, también la devoción cristiana es la devoción santa y divina de Jesucristo que debemos continuar y completar en nosotros.

¹ 1 Tm. 5, 8.

Pues bien, Jesucristo colocó su devoción en cumplir, a la perfección, las voluntades de su Padre y en fincar en ello toda su felicidad. En servir a su Padre y aún a los hombres por amor a su Padre: quiso asumir la condición de servidor para rendir más vivamente con su anonadamiento, su homenaje a la grandeza suprema de su Padre. Colocó su devoción en amar, glorificar y en hacer amar y glorificar a su Padre en el mundo, en ejecutar todos sus actos únicamente por la gloria y el amor a él, y con disposiciones santas, es decir, con profunda humildad, ardiente caridad hacia el prójimo desprendimiento perfecto de sí mismo y de todas las cosas; y en contemplación, unión fortísima y sumisión exacta y alegre al querer de su Padre.

Finalmente colocó su devoción en su inmolación y sacrificio por la sola gloria de su Padre: asumió la condición de hostia y de víctima y, como tal, quiso experimentar toda suerte de desprecios, humillaciones, privaciones, mortificaciones interiores y exteriores hasta una muerte cruel y afrentosa.

Podemos decir que Jesús, desde el primer instante de su encarnación, hizo tres profesiones y votos solemnes que cumplió a la perfección en su vida y en su muerte.

1. Al iniciar su encarnación hizo su profesión de obediencia a su Padre, de no hacer jamás su propia voluntad (...) y en ello cifró su felicidad y su alegría.
2. Hizo profesión de servidumbre a su Padre. Porque fue la condición de siervo la que su Padre le asignó por medio del Profeta: *Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso* ¹. Y esa *condición de siervo* ² la asumió él mismo rebajándose a un estado y manera de vida humilde de servicio a sus criaturas, hasta el suplicio cruel y oprobioso de la cruz, por amor a nosotros y para gloria de su Padre.
3. Hizo profesión de hostia y de víctima consagrada e inmolada a la gloria del Padre, desde el primero al último instante de su vida.

¹ Is. 49, 3.

² Fp. 2, 7.

En eso consistió la devoción de Jesús. Y si la nuestra es continuación de la suya, debe incluir los mismos elementos. Es, por eso, indispensable que mantengamos una unión estrecha e íntima con Jesús, que nos adhiramos y apliquemos perfectamente a él, en toda nuestra vida, en nuestros ejercicios y actividades.

Tal es el voto solemne y profesión pública, primera y principal que hacemos en el bautismo, delante de toda la Iglesia. Porque en el bautismo, según san Agustín¹, santo Tomás² y el catecismo del Concilio de Trento³, hacemos voto y profesión solemne de renunciar a Satanás y a sus obras y de adherir a Jesucristo como los miembros a su cabeza, de entregarnos y consagrarnos enteramente a él y de permanecer en él. Lo cual equivale a adherir a su devoción, disposiciones e intenciones, a sus leyes y normas, a su espíritu y comportamiento, a su vida, cualidades y virtudes, a cuanto hizo y padeció⁴.

Por eso al hacer voto y profesión de adherir a Jesucristo y de permanecer en él, que, al decir de san Agustín es el mayor de todos nuestros votos⁵, hacemos tres grandes y santas profesiones que debemos frecuentemente recordar:

1. Junto con Jesucristo hacemos profesión de no seguir jamás nuestra propia voluntad, sino de someternos a todas las voluntades de Dios y de obedecer a toda suerte de personas en lo que no sea contrario a Dios, colocando en ello nuestro gozo y paraíso.
2. Hacemos profesión de servidumbre a Dios y a su Hijo Jesucristo y a todos los miembros de Jesucristo, conforme a las palabras de san Pablo: *Nosotros somos vuestros siervos por Jesús* ⁶. En consecuencia de esta profesión los cristianos nada tienen como propio, pues son esclavos, ni el derecho de hacer uso de sí mismos, ni de los miembros y sentidos de su cuerpo, ni de las facultades de su alma, ni de su vida, ni de su

¹ Epist. 149 ad Paulinum n. 16.

² S. Theol. 2-2 q. 88 1 ad lum.

³ Cat. Conc. Trid. p. 1 a 2 n. 18 y 19.

⁴ Cfr. BERULLE, Narré. XXIV p. 614.

⁵ S. AGUSTIN. 1, cit.

⁶ 2 Cor. 4, 5.

tiempo, ni de sus bienes temporales, sino para Jesucristo y para sus miembros, que son todos los que creen en él.

3. Hacemos profesión de ser hostias y víctimas sacrificadas continuamente a la gloria de Dios, *hostias espirituales* dice el príncipe de los apóstoles¹. Por su parte san Pablo nos dice: *Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestro ser como hostia viva, consagrada, agradable a Dios* ². Por lo cual estamos obligados a glorificar y amar a Dios y a hacerlo glorificar y amar, con todas nuestras fuerzas; a buscar en nuestros actos y en todas las cosas solamente su gloria y su puro amor; a vivir de tal manera que nuestra vida sea un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor a él y a estar dispuestos a ser inmolados y sacrificados y destruidos por su gloria.

En una palabra, *el cristianismo es hacer profesión de la vida de Jesucristo* como dice san Gregorio de Nisa³. Y san Bernardo nos asegura que *nuestro Señor no considera como profesos de su religión a quienes no viven de su vida*. Con ese fin hacemos en el bautismo profesión de Jesucristo, de su vida, su devoción, disposiciones e intenciones, de sus virtudes y de su perfecto desprendimiento de todas las cosas. Hacemos profesión de creer firmemente en todo lo que nos enseña, por sí mismo o por su Iglesia y de morir antes que apartarnos de esa fe. Hacemos profesión de librar una guerra a muerte contra el pecado; de vivir, como Jesucristo, en espíritu de continua oración, de tomar con él su cruz y su muerte en nuestros cuerpos y espíritus y de continuar el ejercicio de su humildad, confianza en Dios, obediencia y sumisión, de su celo por la gloria, de su Padre y por la salvación de las almas y demás virtudes suyas.

Hacemos profesión, finalmente, de vivir en la tierra y en el cielo únicamente para ser de Jesús, para amarlo y honrarlo en todos los estados y misterios de su vida y en todo lo que él es en sí mismo y fuera de él, y de estar dispuestos a padecer todos los suplicios y todas las muertes por su amor y su gloria.

¹ 1 Pe. 2, 5.

² Rm. 12, 1.

³ *Initio operis ad Harmonium*.

Tal es el voto y profesión que los cristianos hacen en el bautismo. Y en ello consiste la devoción cristiana. Cualquier otra devoción, si pudiera existir otra, será engaño y perdición.

XXXIX. Práctica de la devoción cristiana.

Para entrar en esta sagrada devoción, adora a Jesús en su devoción perfecta y en la profesión que hizo a su Padre desde el momento de su encarnación y que cumplió durante toda su vida. Bendícelo por la gloria que con ella tributó a su Padre. Pídele perdón por tus faltas contra el voto y profesión de tu bautismo y ruégale que las repare con su inmensa misericordia.

Renueva a menudo el deseo de cumplir las obligaciones que adquiriste en el bautismo y ruega a Jesús que establezca en ti su santa devoción. Unete a la devoción de Jesús, de la siguiente manera:

Oh Jesús, me entrego a ti para ejecutar esta acción, o para sobrellevar esta aflicción en unión de la perfecta devoción con que realizaste todas tus acciones y soportaste todas tus aflicciones.

Si actúas de esta manera vivirás en la devoción verdadera y formarás a Jesús en ti como lo desea el apóstol: *que Cristo tome forma en vosotros*¹, y *te transformarás en su imagen*², es decir, harás vivir y reinar a Jesús en ti, serás una sola cosa con él, y Jesús será todo en ti, según la santa Palabra: *para que queden realizados en la unidad*³ y *Dios sea todo para todos*⁴. Esa, en efecto, es la meta de la vida, de la piedad y devoción cristianas. Por eso es importante que tomes conciencia de la necesidad de formar a Jesús en nosotros y de los medios para lograrlo.

XL. La formación de Jesús en nosotros.

El misterio por excelencia y la tarea suprema es la formación de Jesús que nos señala las siguientes palabras de san Pablo:

¹ Ga. 4, 19.

² 2 Cor. 3, 18.

³ Jn. 17, 23.

⁴ 1 Cor. 15, 28.

*Hijitos míos por quienes sufro de nuevos dolores de parto hasta que Cristo tome forma en vosotros*¹ (...).

Es éste el gran misterio y la acción más noble que el Padre eterno realiza durante toda la eternidad, en la que está continuamente ocupado en producir en sí mismo a su Hijo. Y lo más admirable que realiza fuera de sí es formarlo en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la encarnación. Es también la obra más excelsa del Hijo de Dios en la tierra, al formarse a sí mismo en su santa Madre y en la Eucaristía. Es la acción más noble del Espíritu Santo que lo formó en las entrañas benditas de la Virgen. Y la Virgen no ha hecho ni hará nunca nada más digno que cuando cooperó en la divina y maravillosa formación de Jesús en ella. Es la obra mayor y más santa de la Iglesia que no tiene ocupación más eximia que producirlo, en cierta manera, por la palabra sacerdotal, en la Eucaristía y formarlo en los corazones de sus hijos. Porque su único propósito, en todas sus funciones, es formar a Jesús en los cristianos.

Por tanto nuestro deseo, preocupación y tarea principal debe ser formar a Jesús en nosotros, haciendo que en nosotros viva y reine, con su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, inclinaciones y disposiciones. A ese fin deben tender todos nuestros ejercicios de piedad. Es la tarea que Dios nos pone entre manos para que en ella trabajemos sin descanso. Y ello por dos razones:

1. Para que se cumpla el designio y deseo inmenso del Padre eterno de ver que Jesús vive y reina en nosotros. Porque, después de que su Hijo se anonadó por su gloria y por amor nuestro, quiere que en recompensa de su anonadamiento viva y reine en todas las cosas; ama de tal manera a su Hijo, que no quiere tener otro objeto de sus miradas, de su complacencia, de su amor. Por eso quiere que *él sea todo en todos*².
2. Para que Jesús, una vez formado e instalado en nosotros, allí ame y glorifique dignamente a su Padre eterno y a sí mismo,

¹ Ga. 4, 19.

² 1 Cor. 15, 28.

conforme a las palabras de san Pedro: *para que Dios sea glorificado en todo por Jesucristo* ¹.

XLI. Cómo formar a Jesús en nosotros.

Para formar a Jesús en nosotros:

1. Debemos acostumbrarnos a verlo en todas las cosas y a tenerlo por único objeto en nuestros ejercicios de devoción y en todas nuestras acciones, con todos sus estados, misterios, virtudes y acciones. Porque él es todo en todas las cosas: el ser de cuanto existe, la vida de los vivientes, la hermosura de las cosas bellas, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la santidad de los santos. Casi no ejecutamos acción alguna que él mismo no haya realizado cuando estaba en la tierra: ésa es la que debemos contemplar e imitar mientras ejecutamos la nuestra. De esa manera, pensando en él a menudo y contemplándolo en todas las cosas, llenaremos nuestro entendimiento de Jesús y lo formaremos e instalaremos en nuestro espíritu.
2. No sólo debemos formar a Jesús en nuestro espíritu, pensando en él y contemplándolo en todas las cosas: también lo formaremos en nuestros corazones con el ejercicio frecuente de su divino amor. Elevaremos a menudo, amorosamente, nuestro corazón hacia él y haremos todas nuestras acciones por su amor, consagrándole todos nuestros afectos.
3. Lo formaremos dentro de nosotros por el anonadamiento de nosotros mismos y de todo lo nuestro. Porque si deseamos que Jesús viva y reine en nosotros hay que hacer morir y desaparecer todas las criaturas de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Ya no las amaremos por sí mismas sino en Jesús y a Jesús en ellas. Tenemos que hacer de cuenta que el mundo y cuanto hay en él ha desaparecido y que para nosotros no existe sino Jesús en este mundo; que sólo a él hemos de contemplar, agradar y amar.

Nos esforzaremos también por anonadar nuestro criterio, nuestra voluntad y amor propio, nuestro orgullo y vanidad,

¹ 1 Pe. 4, 11.

nuestras inclinaciones y hábitos desordenados, los deseos e instintos de nuestra naturaleza corrompida y todo lo que nace en nosotros. Porque en nosotros mismos nada hay libre de la depravación del pecado: todo es contrario a Jesucristo, a su gloria y a su amor. Por eso todo debe desaparecer para que Jesucristo viva y reine plenamente en nosotros.

Es éste el principio fundamental y el primer paso en la vida cristiana. Es lo que la Palabra santa y los santos Padres llaman perderse a sí mismo, morir a sí mismo, renunciar a sí mismo. Y ésa debe ser una de nuestras preocupaciones principales, uno de los principales ejercicios que debemos realizar mediante la abnegación, la humildad, la mortificación interior y exterior, como medio precioso para formar a Jesús en nosotros.

4. Pero como la gran tarea de formar a Jesús en nosotros supera excesivamente nuestras fuerzas, debemos acudir, ante todo, al poder de la gracia divina y a la intercesión de la Virgen y de los santos.

Roguemos, pues, con insistencia a la Virgen, a los ángeles y a los santos que nos ayuden con sus oraciones. Entreguémonos al poder del eterno Padre y al amor ardiente que tiene a su Hijo; entreguémonos también a su Espíritu Santo y supliquémosle que nos aniquile enteramente para que Jesús viva y reine en nosotros.

Anonadémonos a menudo a los pies de Jesús y supliquémosle, por el gran amor con que se anonadó a sí mismo que emplee su divino poder para aniquilarnos y para establecerse en nosotros. Digámosle con este fin:

Oh buen Jesús, te adoro en aquel anonadamiento de que nos habla tu apóstol cuando nos dice: *se anonadó a sí mismo*¹. Adoro tu inmenso y poderoso amor que te condujo a ello. Me entrego y me abandono al poder de ese amor para que me aniquiles totalmente. Emplea, oh Jesús, tu poder y tu bondad infinita para vivir en mí y destruir mi amor propio, mi voluntad propia y mi espíritu, mi orgullo y todas mis pasiones, sentimientos, inclinaciones para que reinen en mí tu

¹ Fp. 2, 7.

santo amor, tu voluntad, tu espíritu, tu profunda humildad y todas tus virtudes, sentimientos e inclinaciones.

Elimina también en mí todas las criaturas y destrúyeme en el espíritu y en el corazón de todas ellas y ponte tu mismo en su lugar y en el mío, para que una vez instalado tú en todas las cosas, no se vea, ni aprecie, ni desee, ni busque, ni ame nada fuera de ti, no hable sino de ti, no actúe sino por ti. De esa manera lo serás todo y lo harás todo en todos, y serás tu quien ames y glorifiques a tu Padre en nosotros y para nosotros, con un amor y una gloria dignos de él y de ti.

XLII. Cómo usar bien de los consuelos espirituales.

La vida terrena del Hijo de Dios estuvo repartida en dos estados contrarios: el uno de consuelo y de alegría, el otro de aflicción y sufrimiento. En la parte superior de su ser gozaba de todos los contenidos divinos, en la parte inferior de su alma y en su cuerpo conoció toda clase de amarguras y tormentos. De igual manera la vida de sus servidores y miembros, por ser continuación e imitación de la suya, se halla siempre mezclada de gozo y de tristeza, de consuelos y aflicciones. Y así como el Hijo de Dios usó divinamente de esos dos estados opuestos, y en ambos glorificó al Padre eterno, también nosotros en ambos debemos esmerarnos por tributar a Dios la gloria que él pide de nosotros, para poder decir con el santo rey David: *Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca* ¹.

Por eso sugerimos aquí el uso que debemos hacer para ser fieles a Dios y glorificarlo en el tiempo de la alegría y en el tiempo de la tristeza.

Los que han tratado este tema nos enseñan que no debemos atribuir demasiada importancia a los consuelos internos o externos, ni desearlos, ni pedirlos, ni temer perderlos, ni estimarnos más que los demás porque tenemos bellos pensamientos, grandes intuiciones, diversos sentimientos o afectos sensibles de devoción, o ternuras, lágrimas o cosas semejantes. Porque no estamos en este mundo para gozar sino para sufrir. El estado de gozo está reservado para el cielo; el

¹ Sal. 34 (33), 2.

estado de sufrimiento es propio de la tierra, en homenaje a los sufrimientos que soportó el que es Dios de la tierra y del cielo.

Sin embargo, si a Dios le place darnos consuelos, no debemos rechazarlos ni desdefiarlos, por temor a pecar de orgullo y presunción. Por el contrario, sea que vengan de Dios o de la naturaleza o de otra fuente, nos esforzaremos por hacer buen uso de ellos de manera que todas las cosas sirvan a Dios. Para ello actuaremos de la manera siguiente:

1. Nos humillaremos profundamente ante Dios como indignos de toda gracia y consuelo y pensando que nos trata como a débiles e imperfectos, como a niños tiernos que todavía no pueden recibir manjares sólidos, ni sostenerse sobre sus pies, que necesitan alimentarse de leche y que los lleven en brazos para que no caigan y mueran.
2. No permitiremos que nuestro amor propio se regodee con tales fruiciones y sentimientos espirituales, ni que nuestro espíritu se complazca en ellos; hay que remitirlos a su fuente y devolverlos a quien los ha dado, es decir, a Dios, principio de todo consuelo, el único digno de toda alegría. Le reafirmaremos que no queremos otro gozo que el suyo y que, mediante su gracia, estamos dispuestos a servirlo eternamente por puro amor a él, sin buscar consuelo ni recompensa.
3. Hay que depositar nuestros buenos pensamientos, sentimientos y consuelos en manos de nuestro Señor Jesucristo, rogándole que haga de ellos, en lugar nuestro, el uso que quiere que nosotros hagamos para su gloria; por lo demás haremos que sirvan a Dios despertando en nosotros un amor más ardiente y un servicio más decidido y fiel a quien nos trata tan amorosamente a pesar de haber merecido tantas veces que nos retire sus gracias y nos abandone totalmente.

XLIII. Cómo usar santamente de las arideces y aflicciones espirituales.

La vida de Jesucristo, nuestro Señor, nuestro Padre y nuestra Cabeza, estuvo colmada de trabajos, amarguras y sufrimientos. No sería, pues, razonable que sus hijos y miembros llevaran una vida distinta a la suya. Y nos otorga insigne beneficio cuando

nos da lo que tomó para sí mismo y cuando nos considera dignos de beber con él, el cáliz que su Padre le dio con tanto amor y que él nos ofrece con un amor semejante. Así nos manifiesta principalmente su amor y nos da las señales seguras de que acepta nuestros humildes servicios. De ahí que su apóstol nos diga que *todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones* ¹. Por su parte el ángel Rafael dice a Tobías: *que fue enviado para someterlo a prueba* ². Y el libro del Eclesiástico: *Hijo mío, si te llegas a servir al Señor prepárate para la prueba. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo y en los reveses de tu humillación muéstrate paciente. Porque en el fuego se purifica el oro y los que son aceptos a Dios en el horno de la humillación* ³. Estas divinas palabras nos enseñan que la verdadera piedad y devoción va siempre acompañada de prueba y de aflicción, sea de parte del mundo o del demonio, sea de parte del mismo Dios que parece a veces retirarse de quienes ama para probar y ejercitar su fidelidad.

No te engañes, pues, imaginando que hay sólo rosas y delicias en los caminos de Dios. Encontrarás en ellos variadas espinas y trabajos. Pero si amas al Señor con fidelidad, su amor cambiará la hiel en miel y la amargura en dulzura. Harás mejor, en cambio, si, mientras estés en esta vida, colocas tu paraíso en las cruces y tribulaciones. Porque en ellas glorificas más a Dios y le demuestras tu amor y en ellas Jesús, tu esposo y tu cabeza, colocó su alegría y su paraíso, hasta llamar al día de su pasión *el día de la alegría de su corazón* ⁴.

Tal es el uso que debes hacer de tus aflicciones. Por ahora sólo hablaré aquí de las aflicciones interiores y espirituales como las arideces, tristezas, tedios, miedos, desconciertos, cansancios de las cosas de Dios y demás aflicciones del espíritu que sobrevienen a los que sirven a Dios. Porque es muy importante usar bien de ellas y permanecer fiel a Dios en ese estado. He aquí cual debe ser tu comportamiento:

¹ 2 Tm. 3, 12.

² Tob. 12, 13.

³ Eclo. 2, 1.3.5.

⁴ Cant. 3, 11.

1. Adora a Jesús en los sufrimientos, privaciones, humillaciones, tristezas y desamparos que tuvo en su alma santa, según sus propias palabras: *Mi alma está colmada de desdichas. Ahora mi alma está turbada. Mi alma está triste hasta la muerte*¹. Adora las divinas disposiciones que tuvo en semejante estado y el buen uso que hizo de él para gloria de su Padre. Entrégate a él para comulgar con sus disposiciones y para usar de tus aflicciones siguiendo su ejemplo. Ofrécele tus penas en honor y unión de las suyas y para que con las suyas bendiga y santifique las tuyas. Que repare tus deficiencias y haga de tus penas el uso que hizo de las suyas para gloria de su Padre.
2. No te entretengas buscando minuciosamente la causa del estado en que te encuentras, ni examinando tus pecados. Humíllate a la vista de tus faltas e infidelidades, en general, y adora la divina justicia ofreciendo tus penas en homenaje a ella, y considerándote indigno de que la ejerza sobre ti. (...) Y cuando estemos en estado de aridez y de hastío de las cosas de Dios; cuando apenas si podemos pensar en él y orar, sino con mil distracciones, debemos recordar que somos indignos de toda gracia y consuelo; que nuestro Señor nos hace ya un gran favor el permitir que la tierra nos sostenga (...) Es así como hallándonos en ese estado debemos humillarnos ante Dios.

Porque tal es el designio y la voluntad que Dios tiene en esos momentos sobre nosotros: que reconozcamos lo que somos por nosotros mismos, que seamos plenamente conscientes de nuestra nada. Así, cuando nos dé un buen pensamiento o sentimiento de piedad u otra gracia, no podrán apropiárselo nuestro orgullo o nuestro amor propio, para atribuirlo a mérito nuestro, sino que lo atribuiremos únicamente a su misericordia y colocaremos nuestra confianza solamente en su bondad.

3. Cuídate de dejarte llevar de la tristeza o el desaliento: antes bien alégrate, considerando:
 - 3.1. Que Jesús es siempre Jesús, es decir, siempre Dios, siempre grande y admirable, en continuo estado de gloria

¹ Sal. 88 (87), 4; Jn. 12, 27; Mt. 26, 38.

y de felicidad que nada puede mermar: *Sabed que el Señor es Dios*¹, y así diras: Me basta saber que siempre eres Jesús. Si lo eres siempre para mí, suceda lo que suceda estaré feliz.

- 3.2. Alégrate de saber que Jesús es tu Dios, que es todo tuyo y que perteneces a tan buen Señor, y recuerda lo que dice David: *Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor*².
- 3.3. Alégrate porque es entonces cuando podrás servir al Señor con mayor pureza, por puro amor y no por los consuelos que antes te daba. Y para demostrar la fidelidad y pureza de tu amor a él, realiza tus acciones y ejercicios ordinarios con las mayor perfección que te sea posible. Cuanto más sientas en ti frialdad, cobardía y debilidad, más debes acudir al que es tu fuerza y tu todo. Entrégate a él con más intensidad y eleva con mayor frecuencia tu espíritu hacia él. No dejes de hacer a menudo actos de amor a él sin preocuparte si no sientes el fervor y el consuelo habituales. ¿Qué importa que tú no estés contento si Jesús está contento? Acontece con frecuencia que lo que hacemos en estado de aridez y desolación espiritual, por ser más depurado le agrada más que lo hecho con fervor y devoción sensible que de pronto van acompañados de amor propio.

Finalmente, no te desalientes por las faltas y cobardías que cometes en ese estado. Pero humíllate ante nuestro Señor y ruegale que las repare por su misericordia. Confía en su bondad que así lo hará. Sobre todo conserva siempre en ti el propósito firme de que, suceda lo que suceda, lo servirás y amarás perfectamente y le serás fiel hasta el último instante de tu vida, contando con su inmensa misericordia.

XLIV. La cumbre de la santidad es el martirio.

La cima, la perfección y culminación de la vida cristiana es el martirio. La gracia del martirio es el milagro más insigne que Dios realiza en los cristianos. Padecerlo es la ofrenda más

¹ Sal. 100 (99), 3.

² Sal. 144 (143), 15.

sublime que ellos pueden hacerle a Dios. Es el favor más señalado que hace Jesucristo a los que ama: asemejarlos a él en su vida y en su muerte; hacerlos dignos de morir por él, como Cristo murió por su Padre y por ellos. En los mártires resplandece de preferencia el poder admirable de su divino amor y ante Dios son ellos los más egregios de todos los santos. Los santos más grandes del paraíso como Juan el Bautista y los apóstoles son mártires. Son ellos, los santos de Jesús, a quien pertenecen de manera especial, porque han vivido y muerto como él. A ellos les manifiesta un amor singular y les promete dones inimaginables.

1. Les anuncia, por boca de su Iglesia, que les asignará *un lugar insigne en el Reino de su Padre* ¹.
2. Les promete que *les dará a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de su Dios* ², es decir de él mismo como lo explican santos doctores. Es como si les dijera: por mí habéis perdido una vida humana y temporal: yo os daré una vida divina y eterna. Porque os haré vivir de mi vida y yo mismo seré vuestra vida por la eternidad.
3. Les declara que *les dará un maná escondido* ³ que es el amor divino que reina perfectamente en el corazón de los santos mártires, que cambia, ya desde esta tierra, la amargura de los suplicios y el infierno de los tormentos en un paraíso de dulzuras y delicias y que los colma en el cielo de goces y contentos eternos e inenarrables, a cambio de las aflicciones padecidas en este mundo.
4. Les asegura que *les dará autoridad sobre las naciones, la misma que él recibió de su Padre tan poderosa, que las podrán quebrantar como el alfarero hace pedazos las piezas de arcilla* ⁴, es decir, que los hará reinar y dominar, como él, sobre el universo, que los establecerá jueces del mundo con él ⁵ para juzgar y condenar con él a los impíos en el día del juicio.

¹ Brev. Rm. Común de mártires, 2º Noct. 1º antíf.

² Ap. 2, 7.

³ Ap. 2, 17.

⁴ Ap. 2, 26-28.

⁵ Sab. 3, 8.

5. Les promete que, como Rey de los mártires, los vestirá de sus colores blanco y rojo (...). Ellos van *vestidos de blanco porque han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero*¹ y *caminarán con el Hijo de Dios vestidos de blanco*² y el que venciere *será revestido de vestiduras blancas*, porque el martirio es un bautismo que borra todo pecado, y reviste a los mártires de gloria y de luz inmortal. También van vestidos de rojo por la propia sangre que han derramado, *rubri sanguine fluido*³ y por el amor ardentísimo que los llevó al holocausto.

6. Les anuncia que *escribirá sobre ellos el nombre de Dios*, su Padre, y *el nombre de la ciudad de su Dios*⁴. Palabras que el piadoso doctor Ruperto explica diciendo: los consideraré y trataré como si fueran mi padre y mi madre, ya que dijo Jesús: *mi madre es el que hace la voluntad de mi Padre*⁵. Pues bien, en nada se cumple mejor la voluntad de Dios como en el martirio. Por eso el Hijo de Dios, hablando de su Padre y de sus santos mártires, dice que *ha realizado maravillosamente sus voluntades en ellos*⁶. Además les dice que *escribirá sobre ellos su nuevo nombre*⁷ que es Jesús, porque como los santos mártires imitaron con tanta perfección a Jesús en su vida y en su muerte, en la tierra, se asemejarán también a él tan admirablemente en el cielo que se les llamará "Jesús" y lo serán, en cierta manera, por la semejanza perfecta con él y la maravillosa transformación en él.

7. Les promete que los *hará sentar con él en su trono como él se ha sentado con su Padre en su trono*⁸. La santa Iglesia, en la fiesta de cada mártir, nos presenta a Cristo hablando así a su Padre: *Quiero Padre, que donde yo estoy esté también mi*

¹ Ap. 7, 14.

² Ap. 3, 4-8.

³ Brev. Rm. Común de Mártires. Himno de Vísperas.

⁴ Ap. 3, 12.

⁵ Mt. 12, 50.

⁶ Sal 16 (15)3 (Vulg.)

⁷ Ap. 3, 12.

⁸ Ap. 3, 21.

servidor ¹, es decir que él more y descanse conmigo en tu regazo y en tu corazón paternal.

Sé muy bien que la mayor parte de las promesas que se hacen a los mártires se dirigen también a los demás santos; sin embargo, se aplican de preferencia a los mártires que llevan su sello e impronta y a quienes por ser los santos de Jesús, él ama con especial amor y colma de extraordinarios privilegios (...).

Qué felices son, oh Jesús, los que son tan amados de ti y que te devuelven tu amor con amor. Felices los que llevan en sí mismos la imagen perfecta de tu santa vida y de tu amorosa muerte. *Felices los invitados al banquete de las bodas del Cordero*². *Felices los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero*³. Felices los que no quieren vida en la tierra sino para dedicarla íntegramente y sacrificarla a la gloria y al amor de tan manso y amabilísimo Cordero. Porque, según el lenguaje del Espíritu Santo, es esta la consumada perfección de toda santidad: porque el hombre no puede hacer nada más grande por su Dios que sacrificarle lo más caro que tiene, a saber su sangre y su vida y morir por él⁴. Y en eso consiste el verdadero y perfecto martirio.

Porque hay diversas clases de mártires y de martirios. En cierta manera son verdaderos mártires a los ojos de Dios, los que se hallan en sincera disposición y voluntad de morir por nuestro Señor, aunque de hecho no lleguen a morir por él. Son también mártires, según san Cipriano⁵, los que están dispuestos a morir antes que ofender a Dios. San Isidoro⁶ dice que mortificar la carne y las pasiones, resistir a los apetitos desordenados y perseverar así hasta el fin por amor a nuestro Señor, es un género de martirio. San Gregorio Magno afirma que sufrir con paciencia, con ese mismo fin, las necesidades y miserias de la pobreza o cualquier otra aflicción, soportar con mansedumbre las injurias, calumnias y persecuciones, sin devolver mal por mal,

¹ Brev. Rm. Común de Mártires 5 ant. de Laudes.

² Ap. 9, 19.

³ Ap. 22, 14.

⁴ Jn. 15, 13.

⁵ De exhortatione Martyrii, c. 12.

⁶ Isid. Hisp. Etymol. 1. VII. c. 11.

bendiciendo a los que nos maldicen y amando a los que nos odian, es otra suerte de martirio.

Pero el martirio verdadero y perfecto no sólo consiste en sufrir sino en morir. La muerte pertenece a su esencia y naturaleza. Para ser mártir en el sentido en que lo entiende la Iglesia es necesario morir y morir por Jesucristo.

Es cierto, sin embargo, que cuando alguien realiza una acción por amor a nuestro Señor o sufre por causa suya, algo que normalmente debía producir la muerte, si Dios interviene milagrosamente para preservarlo de ella, aunque luego viva largo tiempo y finalmente muera de muerte natural, Dios no lo privará de la corona del martirio si persevera hasta el fin en su gracia y en su amor. Así lo demuestran san Juan Evangelista, santa Tecla, la primera mujer que sufrió el martirio por Jesucristo, el presbítero san Félix de Nola y otros que la Iglesia venera como verdaderos mártires aunque no murieron a manos de los tiranos y en medio de los tormentos que padecieron por nuestro Señor (...).

Pero fuera de esos casos en los que se suspende milagrosamente el efecto de la muerte, para ser verdadero mártir es preciso morir y morir por Jesucristo. Es decir, morir por su persona o por el honor de alguno de sus misterios o sacramentos, o en defensa de su Iglesia o por sostener alguna verdad enseñada por él o alguna virtud por él practicada, o por evitar algún pecado, o por amar a Cristo con tal fervor que nos haga morir la violencia de su amor o por ejecutar alguna acción que redunde en su gloria.

En efecto, el doctor Angélico nos asegura que toda acción aunque sea humana y natural, si la referimos a la gloria de Dios y la ejecutamos por su amor, nos hace mártires si llega a ser causa de nuestra muerte¹.

Por eso te aconsejo y te exhorto que al comenzar tus acciones eleves tu corazón a Jesús para ofrecérselas y reafirmarle que quieres ejecutarlas por su amor y su gloria. Porque si, por ejemplo, por asistir corporal o espiritualmente a un enfermo, te sobreviene un mal que sea causa de muerte, si realizaste esa acción por amor a nuestro Señor, serás considerado por él como

¹ S. Theol. 2-2 q. 124 ad 3um.

mártir y tendrás parte en la gloria de los santos mártires. Y con mayor razón si lo amas con tal vehemencia que el esfuerzo y la intensidad del amor sagrado acaban con tu vida corporal. Porque esa muerte es un martirio eminente, el más noble y santo de todos los martirios. Es el martirio de la Madre de amor, la santa Virgen, de san José, de san Juan Evangelista, de santa Magdalena, de santa Teresa, de santa Catalina de Génova y de muchos otros santos y santas. Ese fue también el martirio de Jesús que murió no solamente en amor y por amor sino también por el exceso y la violencia de ese mismo amor.

XLV. Todos los cristianos deben ser mártires y vivir en el espíritu del martirio.

Todo cristiano, de cualquier estado y condición, debe estar preparado para sufrir el martirio por Jesucristo, nuestro Señor, y está obligado a vivir en disposición y espíritu de martirio, por múltiples razones:

1. Porque los cristianos pertenecen a Jesucristo por infinidad de títulos. Así como deben vivir únicamente para él, así están obligados a morir por él, conforme a las palabras de san Pablo: *Ninguno de nosotros vive para sí, ni ninguno muere para sí: si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor: o sea, que en vida o en muerte somos del Señor. Para eso murió Cristo y resucitó para ser el Señor de vivos y muertos*¹.
2. Porque Dios nos dio el ser y la vida sólo para su gloria. Estamos, pues, obligados a darle gloria en la manera más perfecta posible, es a saber, sacrificándonos en homenaje a su vida y ser supremos, para testimoniarle que solo él es digno de existir y de vivir y que toda otra vida debe inmolarse y aniquilarse ante su vida soberana e inmortal.
3. Dios nos ordena amarlo con todo nuestro corazón, con toda el alma y todas nuestras fuerzas, es decir con el amor más perfecto. Para amarlo de esa manera debemos amarlo hasta derramar nuestra sangre y entregar la vida por él. Porque esa es

¹ Rm. 14, 7-9.

la cumbre del amor como dice el Hijo de Dios: *no hay amor más grande que dar la vida por los amigos*¹.

4. Como nuestro Señor Jesucristo sintió, desde el primer instante de su Encarnación, un deseo y sed ardientes de derramar su sangre y dar la vida por la gloria de su Padre y por nuestro amor, pero no podía realizarlo por no haber llegado aún la hora señalada por el Padre, escogió a los santos Inocentes para realizar en ellos ese deseo, muriendo en cierta manera en ellos. De igual manera, después de su resurrección y ascensión al cielo ha conservado ese deseo de sufrir y morir por la gloria de su Padre y por nuestro amor. Y al no poder hacerlo por sí mismo quiere sufrir y morir en sus miembros (...) por eso si tenemos algún celo por dar satisfacción a los deseos de Jesús, debemos ofrecernos a él para que en nosotros, desaltare, si podemos hablar así, esa sed ardiente y cumpla su deseo inmenso de derramar su sangre y de entregar su vida por el amor de su Padre.
5. En el bautismo hicimos profesión de adherir a Jesucristo, de seguirlo e imitarlo, y por lo mismo de ser hostias y víctimas consagradas y sacrificadas a su gloria. Lo cual implica imitarlo en su muerte tanto como en su vida y estar dispuestos a sacrificarle nuestra vida y todo lo nuestro, según la santa Palabra: *Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza*².
6. Si Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, así como debemos vivir de su vida también estamos obligados a morir de su muerte, según la palabra de san Pablo: *Llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús... y nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal*³.
7. Pero la razón más poderosa y apremiante que nos obliga al martirio es el martirio cruento y la muerte dolorosísima que

¹ Jn. 15, 13.

² Sal. 44 (43), 23.

³ 2 Cor. 4, 10-11.

Jesucristo, nuestro Señor, padeció en la cruz por nuestro amor.

Nuestro Salvador no se contentó con emplear toda su vida por nosotros: quiso también morir por nosotros de la muerte más cruel e ignominiosa. Entregó una vida de la cual un solo instante vale más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Y estaría dispuesto a entregarla mil veces más. En efecto, se encuentra continuamente sobre nuestros altares en calidad de hostia y de víctima y allí es y será inmolado todos los días y a toda hora, cuantas veces se celebre el sacrificio incruento y sin dolor del altar, hasta el fin del mundo. Así nos manifiesta que está dispuesto, si fuere necesario, a ser sacrificado otras tantas veces por amor nuestro con un sacrificio cruento y doloroso como el de la cruz.

No me extraña que ante ese amor inmenso de Jesús, decenas y centenas de miles de mártires hayan derramado su sangre y entregado la vida por Jesucristo. Y es que si Jesucristo ha muerto por todos los hombres, también todos los hombres deberían morir por él. No me extraña, repito, que los santos mártires y todos aquellos a quienes Jesús ha dado a conocer y gustar los santos ardores de ese divino amor que lo clavó en la cruz, sientan tan ardiente sed y tan vehemente deseo de sufrir y de morir por amor a él. No me extraña que muchos hayan padecido atroces tormentos con tanta alegría que primero se cansaban los verdugos de atormentarlos que ellos de soportar los tormentos y que tanta crueldad ejercida contra ellos les parecía insignificante comparada con el deseo insaciable que tenían de sufrir por Jesucristo.

Lo que sí me extraña es el vernos ahora tan fríos para amar a tan amable Salvador, tan cobardes para sufrir las menores molestias, tan apegados a esta vida mezquina y miserable y tan distantes de quererla sacrificar por aquél que sacrificó por nosotros su vida tan digna y preciosa.

¿No es, acaso, una inconsecuencia llamarse cristiano, adorar a un Dios crucificado, agonizante en una cruz, que por nosotros entrega una vida tan noble y excelente, que se sacrifica cada día ante nuestros ojos, sobre nuestros altares, con el mismo fin, y no estar dispuestos a sacrificarle lo más caro que tenemos en el mundo y aún nuestra vida que le pertenece además por tantos

títulos? Ciertamente no somos verdaderos cristianos si no tenemos esta disposición. Por eso repito lo que es obvio para quienes consideren atentamente estas verdades: que todos los cristianos deben ser mártires, si no de hecho, al menos por disposición y voluntad.

Porque si no quieres ser mártir de Jesucristo, lo serás de Satanás. Mira a cuál de los dos prefieres. Si vives bajo la tiranía del pecado, serás mártir de tu amor propio y de tus pasiones y, por lo mismo, del demonio. Pero si deseas ser mártir de Jesucristo, esmérate por vivir en el espíritu del martirio que contiene cinco cualidades eminentes:

1. Es un espíritu de fortaleza y perseverancia que no se deja convencer ni vencer por promesas ni por amenazas, por halagos o por rigores y que sólo teme a Dios y al pecado.
2. Es un espíritu de profunda humildad que detesta la vanidad y la gloria del mundo y ama los desprecios y humillaciones.
3. Es un espíritu de desconfianza de sí mismo y de firme confianza en nuestro Señor Jesús, como en aquél que es nuestra fuerza y por cuya virtud todo lo podemos.
4. Es un espíritu de total desprendimiento del mundo y de las cosas del mundo. Porque los que han de sacrificar su vida a Dios deben sacrificarle con ella todo lo demás.
5. Es un espíritu de amor ardiente a nuestro Señor Jesucristo que conduce a los que están animados por él a hacerlo y sufrirlo todo por el amor de aquél que todo lo hizo y sufrió por ellos. Ese espíritu los posee y embriaga de tal manera que consideran, buscan y desean, por amor a Cristo, las mortificaciones y sufrimientos como un paraíso y evitan y detestan los placeres y deleites de este mundo como un infierno.

Tal es el espíritu del martirio. Suplica a nuestro Señor, Rey de los mártires, que te lo comunique. Suplica también a la Reina de los mártires y a todos los mártires que con sus oraciones te alcancen del Hijo de Dios ese mismo espíritu. Ten devoción especial a los santos mártires, y ora también a Dios por cuantos

han de padecer el martirio para que les conceda la gracia y el espíritu del martirio. Ora de manera especial por los que habrán de sufrir en tiempo de la persecución del Anticristo que habrá de ser la más cruel de todas las persecuciones.

Finalmente, procura imprimir en ti, por vía de imitación, una perfecta imagen de la vida de los santos mártires y sobre todo de Jesús y María, Rey y Reina de los Mártires, para que te hagan digno de asemejarte a ellos en su muerte.

TERCERA PARTE

COMO HACER VIVIR Y REINAR A JESUS DURANTE EL AÑO

I. Comenzar el año con Jesús.

El gran apóstol Pablo nos anuncia que *Jesucristo murió por todos para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para el que murió y resucitó por ellos*¹ y que *murió por nosotros para que, despiertos o dormidos, vivamos con él*²: y el mismo Jesucristo nos asegura que *sus delicias son estar con nosotros*³.

Por eso, para no privarlo de su deleite ni del fruto de su santa muerte, debemos colocar nuestra felicidad en conversar con él, en ingeniamos para estar siempre con él, para no perderlo nunca de vista, en tenerlo en mira en todas las cosas, en velar, dormir, vivir y morir con él, en comenzar y terminar con él nuestra vida, nuestros años, meses y días (...).

Para comenzar cada año de nuestra vida con Jesús hay que recordar de qué manera Jesús comenzó su vida temporal y pasible. Por eso, al principiar cada año, nos pondremos a los pies de Jesús para rendirle nuestros homenajes mediante las prácticas que te ofrezco en forma de elevación para que pueda utilizarlas toda suerte de personas.

II. Elevación a Jesús al comenzar el Año.

Señor Jesús, te adoro, bendigo y amo en el primer instante de tu vida pasible y mortal.

Adoro los pensamientos, sentimientos y disposiciones y todo lo que entonces sucedió en ti.

¹ 2 Cor. 5, 15.

² 1 Te. 5, 10.

³ Prov. 8, 31.

Desde ese primer instante tú te vuelves a tu Padre para adorarlo, amarlo y glorificarlo, para dedicarle tu ser y tu vida y para entregarte a él con el fin de hacer y padecer lo que a él le pluguiere por su gloria y por amor nuestro. En ese mismo instante diriges tu espíritu y tu corazón hacia mí, para pensar en mí, para amarme, formar grandes designios sobre mí y prepararme gracias muy especiales.

Bendito seas por todo ello, oh Jesús; que tus criaturas del cielo y de la tierra, las potencias de tu divinidad y de tu humanidad te bendigan eternamente.

Me entrego a ti para empezar este año como empezaste tu vida en la tierra y para hacer mías tus santas disposiciones. Te ruego que las imprimas en mí por tu inmensa misericordia.

En honor y unión de la humildad, el amor y demás disposiciones con que adoraste y amaste a tu Padre eterno y te entregaste a él en el primer instante de tu vida, yo también te adoro, amo y glorifico como a mi Dios y mi Salvador, dueño de los tiempos, Rey de los siglos y de los años y que, al precio de su sangre adquiriste los años, días, horas e instantes que he de vivir en la tierra.

Te ofrezco y consagro mis instantes, horas, días y años, mi ser, mi vida y todas sus dependencias y declaro que no quiero usar de todo ello sino para tu gloria. Deseo que todos mis pensamientos, palabras, acciones, los latidos de mi corazón, mis respiraciones y todo lo que me sucediere en este año y en toda mi vida, sean actos de alabanza y de amor a ti. Que así sea, amado Jesús, lo pido por tu poder y misericordia.

Te ofrezco también, oh Jesús, el amor, la gloria y las alabanzas que te tributarán en este año y para siempre, tu Padre eterno, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, tus ángeles, tus santos y todas tus criaturas.

Adoro los designios que tienes sobre mí para este año. No permitas que los obstaculice. Me entrego a ti para realizar y sufrir lo que te plazca con tal de asegurar el cumplimiento de esos designios. Y en honor y unión del amor con que aceptaste, desde el instante de tu Encarnación los sufrimientos que ibas a padecer

en tu vida, acepto desde ahora, por amor a ti, las penas del cuerpo y del espíritu que tendré que soportar en este año y en toda mi vida.

Llegará un año, Salvador mío, que será el último de mi vida y es posible que sea el que hoy comienza. ¡Si estuviere seguro de ello, con cuánto cuidado y fervor lo emplearía en tu servicio! Pero, sea lo que fuere, quiero considerar este año como si fuera el último, y deseo vivirlo como si no tuviera más tiempo para amarte y glorificarte en este mundo y para reparar las ofensas que he cometido en mi vida pasada contra tu santo amor. Te ruego, oh Jesús, que me concedas para ello las gracias necesarias.

III. Elevación a la santa Virgen.

Virgen santa, Madre de mi Dios y Salvador. Te venero en el primer momento de tu vida, con las disposiciones de tu alma y con todo lo que entonces se realizó en ti.

Desde ese momento empezaste a amar y glorificar a Dios y acrecentaste cada día ese amor y glorificación hasta el último instante de tu vida. Mientras que yo, después de tantos años de vivir en este mundo, no he empezado a amarlo y servirlo como es debido.

Ruega a tu Hijo, Madre de misericordia, que tenga misericordia de mí. Repara tú mis deficiencias y, para ello, dignate ofrecer por mí el amor y la gloria que le has tributado siempre. Hazme participar del amor que a él le tienes y de tu fidelidad en ese amor y ruégale que me conceda la gracia de que por lo menos ahora empiece a amarlo perfectamente. Que todo lo que me suceda en este año y en toda mi vida esté consagrado a su gloria y a tu honor.

Angeles de Jesús, santos y santas de Jesús, rogad a Jesús por mí; que me conceda gracia renovada y un amor nuevo a él para emplear toda mi vida únicamente al servicio de su gloria y de su puro amor.

DEVOCION A LOS MISTERIOS DEI SEÑOR

IV. Nuestra obligación de honrar los estados y misterios de Jesús.

Tenemos innumerables y poderosas obligaciones de honrar y de amar a Jesús en sí mismo y en todos los estados y misterios de su vida. Sólo enumeraremos algunas de ellas.

En primer lugar te diré que así como debemos continuar y completar en nosotros la vida, virtudes y acciones de Jesús en la tierra, también debemos continuar y completar los estados y misterios de Jesús y rogarle a menudo que los consuma y complete en nosotros y en toda su Iglesia.

Porque es una verdad digna de frecuente consideración que los misterios de Jesús no han llegado todavía a su entera perfección y plenitud. Aunque perfectos y consumados en la persona de Jesús, aún no se han cumplido y perfeccionado en nosotros, sus miembros, ni en su Iglesia que es su Cuerpo místico.

El Hijo de Dios, en efecto, tiene el designio de hacernos participar, por extensión y continuación en nosotros y en toda la Iglesia, del misterio de su encarnación, de su nacimiento, de su infancia, de su vida oculta, conversante y laboriosa, de su pasión, de su muerte y de sus demás misterios, por las gracias que quiere comunicarnos y por los frutos que quiere producir en nosotros por esos misterios.

Por esta razón san Pablo dice que Jesucristo *se completa en su Iglesia*¹ y que *todos nosotros concurrimos a su perfección y a la edad de su plenitud*², es decir a la edad que tiene en su cuerpo místico que es la Iglesia, y que no será cabal sino en el día del juicio final. Y en otro lugar el mismo apóstol habla de la misma *plenitud de Dios que se realiza en nosotros y del crecimiento y aumento de Dios en nosotros*³. Dice también que *completa en su cuerpo la pasión de Jesucristo*⁴. Pues bien, lo

¹ Ef. 1, 22-23.

² Ef. 4, 13.

³ Ef. 3, 11.

⁴ Col. 1, 24.

que dice del misterio de la pasión se aplica también a la plenitud de los demás estados y misterios de Jesús.

El Hijo de Dios tiene el designio de completar en nosotros el estado de la vida divina que ha tenido desde toda eternidad en el seno de su Padre y para ello imprime en nosotros una participación de esa vida al hacernos vivir con él de una vida pura y divina.

Tiene el designio de completar en nosotros el estado de su vida pasible y mortal haciéndonos vivir en la tierra, mediante su gracia, de una vida que sea imitación y homenaje de la suya.

Quiere consumir en nosotros el misterio de su encarnación, de su nacimiento, de su vida oculta, formándose y como encarnándose dentro de nosotros y naciendo en nuestras almas por los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía y haciéndonos vivir con una vida espiritual e interior, escondida con él, en Dios.

Quiere perfeccionar en nosotros el misterio de su pasión, de su muerte y resurrección, haciéndonos sufrir, morir y resucitar con él y en él. Quiere realizar en nosotros el estado de su vida gloriosa e inmortal en el cielo haciendo que la vivamos en él y con él cuando estemos en el cielo. Y así quiere consumir y realizar en nosotros y en su Iglesia, por comunicación y participación, sus demás estados y misterios.

Este designio del Hijo de Dios sólo quedará completo en el día del juicio. Porque así como los santos sólo se pueden declarar plenamente realizados en la consumación del tiempo que Dios ha destinado a los hombres para su santificación, así también los misterios de Jesús sólo serán consumados al final de los tiempos.

Ahora bien, la vida en la tierra sólo se nos concede para realizar en ella los grandes designios que Jesús tiene sobre nosotros. Por eso debemos emplear nuestro tiempo, nuestros días y años en colaborar con Jesús en esa tarea divina de completar sus misterios en nosotros. A ello debemos cooperar mediante buenas obras y oraciones y con la aplicación frecuente de nuestro espíritu y de nuestro corazón para contemplar, adorar y honrar los estados y misterios de Jesús en los diferentes tiempos del año y dándonos a

él para que por esos misterios realice en nosotros su designio, únicamente por su gloria.

V. Otros motivos para honrar en cada año los estados y misterios de Jesús.

Además de la razón anterior quiero añadir otras cuatro muy poderosas para honrar los estados y misterios de la vida de Jesús.

1. Porque según la enseñanza de san Pablo debemos *imitar a Dios como hijos muy amados* ¹. Pues bien, el Padre celestial se halla continuamente ocupado en contemplar, glorificar y amar a su Hijo Jesús y en hacerlo amar y glorificar en sí mismo y en sus estados y misterios.
2. Porque debemos amar y honrar singularmente todo cuanto conduce al amor y gloria de Dios. Pues bien, todo cuanto hay en Jesús tributa a Dios gloria infinita. Por eso debemos honrar infinitamente si fuera posible, los estados y misterios y hasta los menores detalles de Jesús. Y estamos mucho más obligados a honrarlos y a agradecer al Hijo de Dios la gloria que con ellos tributó a su Padre que por las gracias y la salvación que con esos estados y misterios nos adquirió porque los intereses de Dios deben sernos infinitamente más caros que los nuestros.
3. Porque la santa Iglesia, o mejor el Espíritu Santo que habla por ella, nos invita continuamente a adorar y glorificar los diversos estados y misterios de Jesús. Así al comienzo, al final, en medio y en las partes principales de la Misa, como en el Gloria in excelsis en el símbolo, como también en el Oficio Divino, que recitamos todos los días, el Espíritu Santo coloca sin cesar ante nuestros ojos los diversos estados y misterios de la vida de Jesús. Y ello para que sean objeto de nuestra contemplación, y de nuestra adoración y el tema de nuestros ejercicios de piedad; para que sean el pan cotidiano y el alimento ordinario de nuestras almas que no deben vivir sino de la fe, de la consideración y del amor hacia los

¹ Ef. 5, 1.

misterios de Dios y de Jesucristo, según la palabra de la carta a los Hebreos: *El justo vive de la fe*¹.

4. Tenemos obligación muy especial de honrar todo lo que se halla en Jesús, porque una grandeza infinita merece honor infinito. Jesús es el grande entre los grandes, la grandeza misma, infinita e incomprensible. Y todo lo que él encierra en su divinidad y humanidad, todos sus estados y misterios y hasta las cosas mínimas que le han sucedido llevan consigo grandeza y maravillas infinitas.

Empero, pocos conocen, meditan y honran cosas tan grandes, dignas y santas, aún aquellos que se dicen Hijos de Jesús, que llevan su nombre y que sólo están en la tierra para conocerlo y adorarlo en su vida y sus misterios. Sin embargo ellos no pueden tener verdadera vida sino en ese amoroso conocimiento: *Esta es la vida eterna que te conozcan a ti como único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo*².

Si en esto consiste la vida dichosa del cielo, también en ello debe consistir la verdadera vida de la tierra: en conocer, amar y honrar la vida, los estados y misterios de Jesús.

Sobre este punto seremos examinados en la hora de la muerte. El reproche mayor que recibiremos será por la escasa aplicación, consideración y honor debidos a la vida y a los misterios de Jesús. El Hijo de Dios al juzgar al mundo, al final de los siglos, hará rendir, con el poder de su justicia, a la faz del cielo y de la tierra, el honor que todas las criaturas y aún sus enemigos deben tributar a todos sus misterios. (...)

Y para no ser del número de los desdichados que en el infierno deberán honrar, por la fuerza de la justicia, los misterios de Jesús que no honraron con amor y voluntad, nuestra preocupación y devoción principal será contemplar y honrar los diversos estados y misterios de Jesús. Debemos tener predilección por las fiestas de Jesús que ocurren en el curso del año, y por las fiestas de su santa Madre, por encima de las demás. Y debemos disponer de tal manera nuestro tiempo y

¹ Hb. 10, 38.

² Jn. 17, 3.

nuestros ejercicios de piedad que honremos toda la vida de Jesús con sus estados y misterios a lo largo de cada año. Para lo cual te sugiero el orden siguiente:

VI. Como honrar los misterios de Jesús en el curso del año.

Comenzando por el primero de los estados de Jesús que es el de su vida divina en el seno de su Padre desde toda la eternidad, antes de honrarlo en su vida en el seno de la Virgen, en la plenitud de los tiempos, lo honraremos en el tiempo que precede al Adviento, en los meses de octubre y noviembre.

Sin embargo, las dos últimas semanas de noviembre las reservo para honrar la vida que tuvo Jesús en la tierra desde la creación del mundo hasta la encarnación del autor del mundo. Porque durante ese tiempo vivía, en cierta manera, en los espíritus y corazones de los ángeles del cielo y de los patriarcas, profetas y justos de la tierra. Ellos sabían de su futura venida al mundo, lo amaban, lo deseaban, lo esperaban y lo pedían incesantemente a Dios. Vivía igualmente en los espíritus de los santos Padres que se hallaban en el limbo. Vivía también en el estado de la ley mosaica que sólo era anuncio y figura suya y que preparaba al mundo para que creyera en él y lo acogiera a su llegada.

En el tiempo de Adviento honraremos el misterio de la encarnación y de la vida de Jesús en María durante nueve meses.

Desde Navidad a la Purificación honraremos la santa infancia de Jesús y los misterios en ella incluidos, según los diversos tiempos en que la Iglesia los propone a nuestra veneración. Tales son el misterio de su nacimiento, de su residencia en el establo de Belén, de su circuncisión, de su epifanía, de su presentación en el templo, de su huida y residencia en Egipto, de su regreso de Egipto a Nazaret, de los viajes al templo de Jerusalén con su santa Madre y san José, de su pérdida en el templo y de su reunión con los doctores cuando tuvo doce años.

Desde la Purificación hasta el miércoles de Ceniza honraremos la vida escondida, y laboriosa de Jesús con su santa Madre y san José hasta la edad de treinta años.

Desde el miércoles de Ceniza hasta el primer domingo de Cuaresma, el bautismo de Jesús en el Jordán y la manifestación que de él hace la voz del Padre: *Este es mi Hijo amadísimo en quien tengo mis complacencias* ¹ y del Espíritu Santo que baja sobre él en forma de paloma, junto con el testimonio que sobre él da Juan el Bautista.

En la primera semana de Cuaresma honramos la vida solitaria de Jesús en el desierto.

En la segunda, su vida pública y de trato con los hombres, desde la edad de treinta años hasta su muerte. Sin embargo, como una semana es un tiempo demasiado corto para honrar el estado de la vida pública de Jesús le dedicaremos otro espacio de tiempo después de la fiesta del santísimo Sacramento.

En las otras cuatro semanas de Cuaresma honraremos la vida penitente de Jesús. En la primera de ellas rendiremos homenaje a las humillaciones interiores y exteriores de la vida de Jesús; en la segunda sus privaciones exteriores e interiores; en la tercera sus sufrimientos corporales y en la cuarta los sufrimientos de su espíritu.

El Jueves santo honraremos la institución de la Eucaristía de Jesús y el lavatorio de los pies de sus apóstoles.

Desde el Viernes santo hasta el Domingo de la resurrección adoraremos a Jesús en sus dolores, en su agonía, su cruz, su muerte, su descenso al lugar de los muertos y su sepultura.

El domingo de Pascua honraremos la resurrección de Jesús y su entrada en la vida gloriosa; lo mismo haremos todos los domingos del año que están consagrados a honrar la santa resurrección.

Desde Pascua a la Ascensión honraremos la vida gloriosa de Jesús y el tiempo que pasó en la tierra después de su resurrección.

¹ Mt 3, 17.

Desde la Ascensión a Pentecostés todos los domingos honraremos la vida gloriosa de Jesús en el cielo desde su ascensión.

Desde Pentecostés hasta la fiesta de la santísima Trinidad honraremos el envío del Espíritu Santo de Jesús y las grandezas, cualidades y misterios de ese divino Espíritu.

En la fiesta de la santísima Trinidad adoraremos la vida de la Trinidad en Jesús y la vida de Jesús en la Trinidad, la cual debemos honrar también cada domingo del año. Porque el domingo está consagrado a honrar el misterio de la santísima Trinidad y el misterio de la resurrección y el estado de la vida gloriosa de Jesús.

Los tres días que siguen a la fiesta de la santísima Trinidad los dedicaremos a honrar las tres divinas personas: el lunes al Padre, el martes al Hijo y el miércoles al Espíritu Santo.

Durante la octava del santísimo Sacramento y todos los jueves honraremos el estado y la vida de Jesús en la santa Eucaristía.

El tiempo entre la octava del santísimo Sacramento hasta agosto se repartirá en dos partes iguales: la primera se dedicará a honrar la vida pública y conversante de Jesús que no tuvo suficiente tiempo en cuaresma. La segunda a honrar el misterio de la segunda venida de Jesús y del juicio universal que realizará en la consumación de los siglos. Es uno de los misterios de la vida gloriosa de Jesús y del juicio universal que realizará en la consumación de los siglos. Es uno de los misterios de la vida gloriosa de Jesús y el primero que la santa Iglesia presenta a nuestra adoración en el Credo después del misterio de la ascensión y de la sesión de Jesús a la diestra del Padre.

Durante el mes de agosto honraremos las cuatro cosas principales que se encierran en la persona de Jesús:

1. Su divinidad o esencia divina que le es común con el Padre y el Espíritu Santo y por la cual es Dios como ellos, infinito, incomprensible, eterno, inmortal, omnipotente, sabio, bueno, y poseedor de las demás perfecciones del ser divino.

2. Su persona divina que le es propia y particular: por ella es el Hijo de Dios, el Verbo, la imagen y el esplendor del Padre y el divino ejemplar según el cual el Padre creó todas las cosas.
3. Su alma santa con todas sus facultades, memoria, entendimiento y voluntad.
4. Su sagrado cuerpo con todos los miembros, sentimientos y partes de su cuerpo deificado. Entre ellos honrarás particularmente su preciosa sangre y su Corazón divino.

Durante el mes de septiembre honraremos los siete estados y señoríos de Jesús:

1. El estado y el señorío de Jesús sobre el mundo natural en sus cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego y demás cosas de la naturaleza.
2. El estado y el señorío de Jesús sobre el mundo espiritual y místico, es decir en la Iglesia militante.
3. El estado y el señorío de Jesús en la muerte, en la cual honramos su soberanía, su justicia, su eternidad, su muerte y su vida inmortal.
4. El estado y el señorío de Jesús en el juicio particular que ejerce todos los días y a cada hora sobre las almas que salen de este mundo y en el cual honramos su justicia, su equidad, su verdad, su poder y su divina majestad.
5. El estado y señorío de Jesús en la Iglesia que sufre, es decir en el purgatorio, donde se glorifican continuamente su divina voluntad, su justicia, su bondad y sus sufrimientos.
6. El estado y el señorío de Jesús en el infierno, donde en forma terrible y admirable se honran sus divinas perfecciones y todos sus misterios.
7. El estado y el señorío sobre la Iglesia triunfante en el cielo.

Esos son los siete estados y señoríos de Jesús que podemos honrar durante el mes de septiembre. Los llamo así porque en

esos lugares y cosas Jesús reina y triunfa, llenándolos de su gloria, de su poder, de su presencia y majestad.

En las fiestas de la santa Virgen y en los sábados del año, honraremos la vida de Jesús en ella y todas las maravillas y misterios con que la ha favorecido.

En las fiestas de los ángeles y de los santos, en el curso del año, honraremos la vida de Jesús en ellos.

De esa manera nada que sea de Jesús quedará sin nuestro homenaje especial. Pensaremos en él y lo honraremos en todos los lugares, tiempos y cosas. Por lo mismo en el curso del año debemos honrar todos sus estados y misterios. Y para facilitarte este cometido (...) te propongo los temas principales que hemos de considerar y honrar en cada estado y misterio de Jesús y la manera de hacerlo (...).

VII. Lo que debemos honrar en cada misterio de Jesús.

Cada misterio de la vida de Jesús encierra infinidad de maravillas. Pero hay siete principales que debemos considerar y honrar porque te darán gran luz, apertura y facilidad para ocuparte de los misterios de Jesús.

La primera es el cuerpo o exterior del misterio. Por ejemplo, lo que sucedió exteriormente en el nacimiento de Jesús, como la desnudez, la pobreza, el frío, la impotencia y pequeñez, los pañales, el tiempo que pasó en el pesebre, sobre el heno, entre el asno y el buey, sus lágrimas y vagidos infantiles, los movimientos de sus pies y manos, el primer uso de sus ojos, de su boca y demás sentidos, el descanso en el seno de su Madre y el alimento que de ella tomó, los besos y caricias que recibió de ella y de san José, la visita de los pastores y todo lo que sucedió en el pesebre y en la noche del nacimiento del Hijo de Dios.

De igual manera lo que sucedió exteriormente en el misterio de la encarnación, de la circuncisión, de la presentación en el templo, de la huida a Egipto, de la pasión y de todos los demás estados y misterios. Las palabras, hechos y padecimientos exteriores, de

parte del Hijo de Dios o de los personajes angélicos y humanos presentes en los misterios de Jesús.

Y si el Hijo de Dios se da el trabajo de aplicar su espíritu a contar nuestros pasos y los cabellos de nuestra cabeza¹, de anotar en su Corazón y conservar en sus tesoros las más pequeñas acciones que hacemos por él para honrarlas eternamente en el cielo, ¿cómo no hemos de considerar, adorar y glorificar con sumo cuidado los más mínimos detalles de su vida y sus misterios? Porque todo lo suyo es grande y admirable y merece honor y adoración infinitos.

La segunda es el espíritu o interior del misterio. Es decir, la virtud, el poder y la gracia propios de cada uno de ellos; como también los pensamientos, intenciones, afectos, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores que lo acompañaron. En una palabra, lo que sucedió en el espíritu, en el corazón, en el alma santa de Jesús cuando realizaba ese misterio y en los espíritus y corazones de quienes participaron en ellos.

Por ejemplo, lo que tuvo lugar interiormente en la encarnación, en el nacimiento, en la pasión y demás misterios del Hijo de Dios: los pensamientos de su espíritu, los afectos y sentimientos de su Corazón las disposiciones de humildad, de caridad, amor, sumisión, mansedumbre, paciencia y demás virtudes con que realizó sus misterios. Sus ocupaciones interiores en relación con el Padre eterno, consigo mismo, con su Espíritu Santo, con su santa Madre, con sus ángeles y santos, con todos los hombres en general y con cada uno de nosotros en particular, como también el poder, la virtud y el espíritu de gracia que encerró en esos misterios. A todo eso llamo el espíritu, el interior y como el alma del misterio.

Y es ese espíritu lo que ante todo debemos considerar y honrar. Porque él constituye el fondo, la sustancia, la vida y la virtud del misterio. El cuerpo y lo exterior es apenas la corteza, lo accesorio, la apariencia, lo accidental del misterio que es, por lo mismo, pasajero y temporal. En cambio, la virtud interior y el espíritu de gracia que se encierra en cada misterio es permanente y eterno.

¹ Job. 14, 16; Mt. 10, 30.

Por eso decimos que los misterios de Jesús no son cosa del pasado sino que son siempre actuales, por su espíritu, su interior, su verdad y su sustancia. Aunque a decir verdad, también según el cuerpo están presentes ante Dios, en virtud de su eternidad en la que no hay pasado ni futuro sino que todo está presente a sus ojos.

Lo tercero que debemos honrar en los misterios de Jesús son los frutos que produjo y sigue produciendo mediante cada uno de ellos. Porque sus Escrituras llaman al Hijo de Dios el *Cordero degollado desde el comienzo del mundo*¹ porque desde entonces actuaba y sigue actuando sin cesar, mediante su encarnación, su muerte y demás misterios, frutos admirables de gloria, felicidad, luz, gracia, misericordia y justicia en el cielo, en la tierra y en el infierno, sobre los hombres, los ángeles y todas las criaturas.

En cuarto lugar adoraremos los designios particulares que tiene Jesús en cada uno de sus misterios, como dar gloria a su Padre y a sí mismo, glorificar ese misterio por maneras y caminos que sólo él conoce, santificar las almas y producir otros frutos que ignoramos.

En quinto lugar consideraremos y honraremos la parte y relación especial que tuvo la santa Virgen en cada misterio de Jesús. Ella, en efecto, tiene mayor parte en los misterios que todos los ángeles y santos juntos y que el mundo entero. Porque el Hijo de Dios obró en ella maravillas más grandes y admirables en cada misterio que en todos ellos. Y ella sola ha tributado a esos misterios más honor que todos los ángeles y santos.

En sexto lugar consideraremos y honraremos la relación y la parte que los santos y santas tuvieron en cada misterio de Jesús porque cada uno tiene sus ángeles y santos propios.

Por ejemplo, los ángeles y los santos del misterio de la encarnación son la santa Virgen, san José, san Gabriel y los santos que han tenido particular devoción a ese misterio.

¹ Ap. 3, 8.

Los ángeles y los santos del misterio del nacimiento son, además de los anteriores los santos pastores y los santos particularmente devotos de este misterio como san Bernardo y otros muchos.

Entre los ángeles y santos del misterio o estado de la infancia, además de la santa Virgen, san José y san Gabriel que tienen parte en todos los misterios del Hijo de Dios, contamos a san Juan Bautista, santificado por Jesús niño, a san Zacarías e Isabel, al justo Simeón que lo llevó en brazos en el día de su presentación en el templo, a la profetisa Ana que también se encontraba allí, los santos Reyes, los Inocentes, mártires y no mártires y los ángeles custodios de esos santos.

Los ángeles y santos de la vida oculta de Jesús, además de la santa Virgen, de san José, san Gabriel y Juan Bautista, son aquellos que él trató durante ese tiempo y los que han llevado una vida escondida y solitaria.

Los ángeles y santos de la vida pública de Jesús son sus apóstoles y discípulos, todos aquellos con quienes trató en ese tiempo, y los ángeles custodios de esos mismos santos.

Los ángeles y santos del misterio de su pasión, de su cruz y de su muerte son, de manera especial, la santa Virgen, san Gabriel, san Juan Evangelista, santa Magdalena, santa Marta, santa María Salomé y demás santas mujeres que estuvieron al pie de su cruz, los santos mártires y los que han tenido especial devoción a este misterio.

Y así todos los estados y misterios de Jesús tienen su ángeles y santos propios. Por su parte, el Hijo de Dios ha producido y sigue produciendo, en cada misterio, frutos más específicos de gracia, de santidad, de luz, de amor y de gloria en los ángeles y santos que tienen relación con él; y ellos a su vez, han tributado y tributarán eternamente en el cielo un homenaje especial a ese misterio.

En séptimo lugar honraremos en los misterios de Jesús la parte singular que nosotros tenemos en ellos. Porque el Hijo de Dios en cada misterio suyo, ha tenido un pensamiento, designio y amor particular para cada uno de nosotros. Ha querido

comunicarnos gracias y favores especiales en la tierra y en el cielo.

VIII. Siete maneras de honrar los misterios de Jesús.

Ante misterios tan admirables y dignos de honor no omitiremos ninguna acción ni padecimiento para honrarlos y glorificarlos en todas las formas posibles. Aquí te propongo siete maneras de honrarlos:

1. Con pensamientos, consideraciones, afectos, disposiciones y actos interiores de nuestro espíritu y de nuestro corazón que emplearemos en contemplarlos, adorarlos y glorificarlos.
2. Con nuestras palabras, comunicaciones y diálogos familiares que no deberían tener tema distinto que el de Jesús y las virtudes y misterios de su vida, como será nuestro tema exclusivo en el cielo.
3. Con nuestros ejercicios y acciones exteriores de piedad, como decir la santa Misa o participar en ella, comulgar, confesarse u oír confesiones, recitar el Oficio Divino y demás ejercicios ordinarios de devoción. Igualmente con las demás acciones exteriores que hacemos cada día, ofreciéndolas todas a Jesús para honrar el misterio del momento. Dirás, por ejemplo, Oh Jesús, te ofrezco este sacrificio de la Misa o esta comunión, y todo lo que realice en este día, en honor del adorable misterio de la encarnación.
4. Con ejercicios de humildad, de mortificación y penitencia que ofreceremos a Jesús con ese mismo fin.
5. Por imitación, tratando de imprimir en nosotros lo imitable del misterio que queremos honrar. Por ejemplo, en el de su infancia, nos esforzaremos por imitar la sencillez, humildad, mansedumbre, obediencia, pureza e inocencia de ese misterio, y por grabar en nosotros una imagen de la infancia de Jesús. Esta es una de las formas más perfectas de honrar los misterios de Jesús.

6. Por estado, es decir cuando en forma continua y permanente rinda homenaje a algún estado y misterio de Jesús. Si, por ejemplo, te encuentras en estado de pobreza interior o exterior, y lo sufres con paciencia y sumisión a Dios, honrarás con ese estado la pobreza de Jesús a la que él voluntariamente se redujo cuando estuvo en la tierra.

Si por debilidad o enfermedad te ves reducido a un estado de impotencia, si lo sufres con sumisión al querer de Dios y para honrar la impotencia de la infancia de Jesús, honrarás con tu debilidad el estado de impotencia y debilidad del niño Jesús.

Si te hallas en estado de vida retirada y solitaria y, por amor a Dios amas tu soledad, estarás honrando la vida oculta y solitaria de Jesús.

Si te encuentras en estado de cruces, dolores y sufrimientos exteriores e interiores, si los soportas con amor y humildad en honor de las cruces y padecimientos de Jesús, estarás honrando excelentemente el misterio de su Pasión.

7. Debemos honrar los misterios de Jesús mediante el humilde y profundo reconocimiento de nuestra indignidad, incapacidad e impotencia para tributarles el honor que les es debido. Porque nada hay en nosotros que sea digno de honrarlos: al contrario, todo lo que está en nosotros como de nosotros está en oposición a la gloria que deberíamos tributarle. Sólo Jesús es digno de honrarse a sí mismo y sus misterios. Por eso le pediremos que los glorifique él mismo en nosotros.

IX. Otras siete maneras de honrar los misterios de Jesús.

Hemos dicho que una de las maneras de honrar los misterios de Jesús es con las disposiciones y actos interiores. Voy a enumerarte siete que te pueden servir para ocuparte de ellos interiormente con Jesús.

1. Contempla, adora, glorifica y ama a Jesús, en forma general, en el estado del misterio que estás honrando y en sus circunstancias y consecuencias. Luego podrás descender a las

particularidades del misterio y contemplarlo, adorarlo, amarlo y glorificarlo:

- 1.1. en el cuerpo o exterior del mismo;
 - 1.2. en su espíritu o interior;
 - 1.3. en los frutos que ha producido por él;
 - 1.4. en los designios que tiene en cada misterio;
 - 1.5. en la parte que en él ha tenido la santa Virgen;
 - 1.6. en la parte que tienen los ángeles y santos relacionados con ese misterio;
 - 1.7. en la parte que en él tenemos nosotros.
2. Alégrate al contemplar a Jesús tan grande y admirable, tan lleno de amor, de caridad, de santidad y de toda perfección, en el misterio que te ocupa, como también al ver como él ama y glorifica tan dignamente a su Padre, y al ver a Jesús tan magníficamente amado y glorificado por su Padre, por su Espíritu Santo, por su santa Madre, por sus ángeles y santos.
 3. Bendice y agradece a Jesús por el amor y la gloria que ha tributado y tributará eternamente a su Padre y a sí mismo en cada uno de sus misterios y por las gracias y beneficios que por él nos ha concedido a nosotros y al mundo entero. Darás prioridad a lo primero sobre lo segundo porque el interés de Dios debe sernos más caro que el nuestro propio. Por lo demás, cuando le agradeces a Jesús la gloria que ha tributado a su Padre y a sí mismo en cada misterio, le estás agradeciendo las gracias que te ha concedido, pues todas tienen como fin glorificar dentro de nosotros al Padre y a Jesucristo. Y esta acción de gracias es la más santa, pura y desinteresada pues con ella nos olvidamos a nosotros mismos y sólo buscamos a Dios en nuestros ejercicios interiores.
 4. Humíllate a los pies de Jesús y pídele perdón por tus deficiencias en honrarlo en el misterio que meditas, por la deshonra que le has causado con tus pecados y por los obstáculos que hemos puesto en nosotros mismos y en los demás a la gloria de ese misterio y a los designios que en él tiene Jesús. Supliquémosle que supla nuestras deficiencias y que se tribute en sí mismo, en forma centuplicada, el honor que nosotros hubiéramos debido tributarle a ese misterio. Roguemos también al Padre eterno, al Espíritu Santo, a la santa Virgen, a todos los ángeles y santos que reparen nuestras

faltas y rindan a Jesús, por nosotros, la gloria que debíamos tributarle.

5. Agradece a Jesús los frutos de gracia, de gloria y santidad producidos por él en cada misterio, en el cielo y en la tierra, y ofrécele la gloria, el amor y las alabanzas que mediante él le tributarán para siempre su Padre eterno, su Espíritu Santo, su santa Madre, sus ángeles y sus Santos y todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno. Porque hasta en el infierno se honran los misterios de Jesús por la acción de su justicia. Unámonos al honor que se tributa en todo el universo a los misterios de Jesús y supliquemos al Padre eterno, al Espíritu Santo, a la santa Virgen, a los ángeles y santos, en especial a los más relacionados con cada misterio que nos asocien al honor que ellos le tributan.
6. Entrégate a Jesús para honrar ese misterio en todas las formas que él desea. Y después de emplear para ello el poder que él se digne concederte, suplícale que aplique la fuerza de su espíritu y de su amor para honrarlo en nosotros; que destruya en nosotros lo que vaya en contra de la gloria de ese misterio; que por él nos conceda las gracias y frutos que desea; que nos conduzca conforme al espíritu y la gracia de ese misterio; que grave en nosotros la imagen y la participación del mismo, que lo complete en nosotros y que, finalmente, realice los designios que tiene sobre nosotros en ese misterio.
7. Pide a Jesús que imprima en los corazones de todos los cristianos un celo ferviente por la gloria de sus misterios; que destruya en sus almas cuanto a ello se opone; que los haga conocer y glorificar por todo el universo según sus deseos; que los complete y lleve a la perfección en su Iglesia y realice los designios que en ellos tiene, ofreciéndonos una vez más para hacer y sufrir lo que a él le plazca con esa intención.

Puedes escoger entre estas diversas maneras de honrar los misterios de Jesús las que mejor se ajusten a tu disposición, dejándote llevar por la gracia de nuestro Señor y la dirección de su espíritu.

Para facilitarte esta práctica he condensado estas últimas siete maneras en forma de elevación, aplicada al misterio de la santa

infancia de Jesús, que puedes extender a cada uno de sus demás misterios.

X. Elevación a Jesús sobre el misterio de su infancia.

1. Te adoro, te amo y glorifico, oh Jesús, en todo lo que eres y en todo lo que has obrado y sigues obrando en el estado de tu santa infancia. Adoro tus pensamientos, designios, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores en ese estado, en relación con tu Padre, contigo mismo, con tu Espíritu Santo, con tu santa Madre, con tus ángeles y santos y conmigo en particular.
2. Me regocija, oh Jesús, contemplarte en el estado de tu infancia y ver que con él amas y glorificas tanto a tu Padre; que tu Padre te ama y te glorifica y que en ese misterio te muestras tan colmado de virtudes, excelencias y grandezas.
3. Te agradezco infinitamente el amor y la gloria que en ese misterio has tributado a tu Padre y a ti mismo.
4. Te pido perdón, Salvador mío, por mis descuidos en honrarte en ese misterio y por los impedimentos que he puesto a las gracias que con él querías realizar en mí. Te ruego que suplas mis faltas y te tributes, centuplicado, el honor que yo hubiera debido tributarte. Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, ángeles santos y santas de Jesús, glorificad a Jesús por mí en este misterio, etc.
5. Reconozco que de ti vienen, oh Jesús, los frutos de gracia y de gloria que has producido en el cielo y en la tierra por tu santa infancia. Te ofrezco el amor y la gloria que en este misterio has recibido de tu Padre eterno, de tu Espíritu Santo, de su santa Madre y de todos los ángeles y santos a quienes suplico que me unan a ellos en las alabanzas que te tributan.
6. Divino Niño Jesús: me doy a ti para honrar el misterio de tu infancia. Destruye en mí todo lo que se opone a la gloria de este misterio. Comunícame la sencillez, la humildad, la mansedumbre, pureza, inocencia, obediencia y demás virtudes

de tu infancia y colócame en un estado de santa infancia que imite y honre el estado de tu infancia divina.

7. Imprime, oh Jesús, en los corazones cristianos un celo ferviente por la gloria de este misterio. Destruye en ellos lo que le sea contrario. Haz que todo el mundo lo glorifique. Realiza los designios que has puesto en él. Me doy a ti para hacer y sufrir lo que te plazca con esta intención.

LA DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN

XI. Honrar a Jesús en ella y a ella en Jesús.

La devoción a la santa Virgen, Madre de Dios, agrada tanto a su Hijo y es tan necesaria y familiar a los verdaderos cristianos que no necesito recomendarla a quienes desean vivir cristianamente como son los destinatarios de este libro.

Sólo te diré que no debemos separar lo que Dios tan perfectamente ha unido. Jesús y María están de tal manera vinculados entre sí que ver a Jesús es ver a María, amar a Jesús es amar a María, tener devoción a Jesús es tenerla a María.

Jesús y María son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, las dos fuentes vivas de toda bendición, los dos protagonistas de nuestra devoción y las dos metas que debemos mirar en nuestras acciones y ejercicios.

No es cristiano de verdad quien no tiene devoción a la que es Madre de Jesucristo y de todos los cristianos. De ahí que san Anselmo¹ y san Buenaventura afirmen que no pueden tener parte con Jesucristo los que no son amados de su santa Madre, como tampoco pueden perecer los que ella mira con benevolencia.

Y puesto que debemos continuar las virtudes y sentimientos de Jesús, es necesario que continuemos el amor, la piedad, la devoción de Jesús por su santa Madre. El la amó y la honró en forma singularísima al escogerla por Madre, al darse a ella en calidad de Hijo, al tomar de ella un ser y una vida nueva, al crear

¹ S. ANSELMO, *Orat. LI ad B. Mariam.*

nexos profundos con ella, al dejarse guiar por ella durante su infancia y su vida oculta y al constituirla soberana del cielo y de la tierra, glorificándola y haciéndola glorificar por el mundo entero.

Para continuar en la tierra la piedad y devoción de Jesús por su santa Madre debemos tener por ella una devoción especial y honrarla singularmente. Pues bien, para honrarla como Dios lo pide de nosotros y como ella lo desea, tenemos que hacer tres cosas:

1. Mirar y adorar en ella únicamente a su Hijo. Así desea ella que la honren, porque de sí misma nada es. Su Hijo lo es todo en ella: él es su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza. Tenemos que agradecerle a él la gloria que en ella y por ella se tributó a sí mismo; ofrecernos a él y rogarle que nos entregue a ella de manera que nuestra vida y nuestras obras estén consagradas a honrar las suyas; que nos haga participar del amor que ella le tiene y de sus demás virtudes; que se sirva de nosotros para honrarla o más bien honrarse a sí mismo en ella, según su beneplácito.
2. Reconocerla y honrarla como a la Madre de nuestro Dios y luego como a nuestra Madre y Soberana; agradecerle el amor, la gloria y los servicios que ha prestado a su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor; confiarle a ella, después de Dios, nuestro ser y nuestra vida y pedirle que tome la dirección de todo cuanto nos atañe; darnos y someternos a ella en calidad de esclavos, rogándole que tome plena posesión de nosotros como de algo enteramente suyo y que disponga de nosotros según le plazca para gloria de su Hijo; que se sirva de todas nuestras acciones para honrar las de su Hijo y que nos asocie al amor y a las alabanzas que ella le ha tributado y que le tributará por toda la eternidad.

Conviene rendirle estos homenajes todos los días y de manera especial una vez por semana, o por lo menos, una vez al mes.

3. Podemos y debemos honrar a tan sagrada Virgen: con nuestros pensamientos y reflexiones, considerando la santidad de su vida y la perfección de sus virtudes; con nuestras palabras deleitándonos en hablar y oír hablar de sus excelencias; con

nuestras acciones ofreciéndolas en honor y unión de las suyas; con nuestra imitación, esforzándonos por reproducir sus virtudes, especialmente su humildad, su caridad, su puro amor, su desprendimiento de todas las cosas y su pureza divinal. El pensamiento de esta última virtud debe llevarnos a rehuir, temer y mirar con más horror que la muerte, las menores faltas contra la pureza por pensamientos, palabras o acciones.

Finalmente, podemos honrar a la sagrada Virgen con alguna oración o ejercicio de devoción como el rosario, cuya recitación debe ser común a todos los cristianos y el oficio de Nuestra Señora que debemos rezar en unión del amor y de la devoción que su Hijo Jesús tiene hacia ella, y en honor de la vida de su Hijo y de la suya, de sus virtudes y acciones.

Sólo añadiré que así como cada año honramos un misterio de Jesús de manera especial, conviene también escoger en el día de la Asunción de la Virgen un misterio de su vida para tributarle honor particular durante el año. Aquí te enumero los principales misterios de su vida.

XII. Principales estados y misterios de la vida de María.

Los principales estados y misterios de la vida de la santa Virgen son: su concepción; su residencia en las dichosas entrañas de su madre santa Ana; su nacimiento; el día en que recibió el santo nombre de María; su presentación en el templo; su estado de infancia hasta la edad de doce años; su matrimonio con san José; la encarnación de Jesús en ella; su condición de Madre de Dios; la residencia de Jesús en ella; su visita a Isabel y su permanencia de tres meses en su casa; su viaje de Nazaret a Belén; su divino alumbramiento; su purificación; su huida a Egipto y su permanencia allí; su regreso de Egipto y su vida en Nazaret con su Hijo hasta que él tuvo treinta años; los viajes con su Hijo durante su vida pública; su martirio al pie de la cruz; su alegría en la resurrección y ascensión de su Hijo; todo el tiempo de su vida desde la ascensión de Jesús hasta su propia asunción; sus santas comuniones durante ese tiempo, su dichosa muerte; su gloriosa resurrección; su triunfal asunción; su colocación a la diestra de su Hijo en calidad de Soberana del cielo y de la tierra; la

vida gloriosa y feliz que lleva en el cielo desde el día de su asunción.

XIII. Elevación a Jesús para honrarlo en su santa Madre.

Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María: te adoro en lo que eres y en lo que has obrado en tu santísima Madre. Te adoro, particularmente, te amo y glorifico, en lo que eres y has realizado en ella en el misterio de su concepción, de su nacimiento, de su presentación, etc.

Me alegro infinitamente, oh Jesús, porque eres tan grande y admirable, tan glorificado y amado en tu dichosa Madre.

Te agradezco la gloria que te has tributado y te tributarás por siempre en ella.

Te pido perdón, Salvador mío, por mis deficiencias en honrar a tu nobilísima Madre y por haberle causado desagrado en mi vida. Te ruego que suplas mis faltas y le tributes por mí el honor que yo hubiera debido tributarle.

Oh Jesús, reconozco que son tuyos los frutos de santidad y de amor que has producido en tu amabilísima Madre y te ofrezco la gloria y el amor que se te ha tributado en ella y por ella.

Me doy enteramente a ti, oh Jesús; destruye en mí lo que desagrada a tu santa Madre. Entrégame totalmente a ella. Haz que con mi vida y mis obras honre las tuyas. Comunícame el amor, el celo que tienes por su gloria, o más bien, por tu gloria en ella; hazme participar del purísimo amor que ella tiene por ti, de su ardiente celo por tu gloria, de su humildad y demás virtudes. Finalmente, oh Jesús, mi Señor, dignate servirte de mí para glorificar y hacer glorificar a tu santa Madre, o más bien, para glorificarte y hacerte glorificar en ella en todas las formas que te plazca.

XIV. Elevación a la santa Virgen aplicable a cada misterio de su vida.

Adoro, Virgen santa y venero en todas las formas posibles, a tu Hijo Jesús en ti. Y te honro y reverencio, tanto como puedo y debo, por lo que tú eres en él y por él. En particular te rindo homenaje en el misterio de tu concepción, de tu nacimiento, etc. Venero los sentimientos y disposiciones de tu alma santa, lo que sucedió en ti en ese misterio.

Bendita seas, Virgen santa, por la gloria que has tributado a Dios en este misterio y en toda tu vida.

Te pido perdón, Madre de misericordia, por mis faltas y pecados de toda mi vida, contra ti y contra tu Hijo. Te ofrezco, en satisfacción, el honor y la alabanza que has recibido en el cielo y en la tierra.

Me doy a ti, Madre de Jesús: entrégame, te lo ruego, a tu Hijo. Destruye en mí, por tus méritos y tu intercesión, lo que a él desagrada. Comunícame tu purísimo amor, tu humildad y demás virtudes. Haz que mi vida entera y mis obras honren la vida y las acciones de tu Hijo. Asóciame al amor y a la gloria que le tributas y tributarás eternamente y sírvele de mi ser, de mi vida y de todo lo mío, que es totalmente tuyo, para glorificarlo según tu beneplácito.

DEVOCION A LOS SANTOS

XV. Honrar a Jesús en los santos y a éstos en Jesús

Es deber nuestro tener devoción a todos los santos y ángeles, en especial a nuestro Angel custodio, el santo cuyo nombre llevamos, a los santos y santas que trataron con nuestro Señor en la tierra, al orden de los ángeles y santos a quienes estaremos asociados en el cielo, a los santos y ángeles protectores de los lugares de nuestra residencia o de los lugares que recorreremos y de las personas que tratamos.

Debemos honrarlos porque Jesús los ama y los honra: *Yo honro -dice- a los que me honran*¹; y porque el Padre eterno honra a los servidores de su Hijo: *Al que me sirva le honrará mi Padre*² como también porque ellos aman y honran a Jesús, son sus amigos, sus servidores, sus hijos, sus miembros y como una parte de él mismo. Por eso, honrarlos a ellos es honrarlo a él que lo es todo en ellos.

Por eso debemos honrar sus reliquias como una porción de Jesús, como una parte de sus miembros y llevarlas con nosotros uniéndonos al amor con que él lleva a todos su santos eternamente en su regazo y en su corazón y al amor y las alabanzas que los santos, cuyas reliquias llevamos, le han tributado y tributarán eternamente.

Para honrar a los santos como es debido:

1. Adoraremos a Jesucristo en ellos; *porque él es todo en todos*³: su ser, su vida, su santidad, su felicidad y su gloria. Le agradeceremos la gloria y las alabanzas que él se ha tributado a sí mismo en ellos y por ellos, más que las gracias que les ha comunicado a ellos y por ellos a nosotros, pues debemos preferir los intereses de Dios a los nuestros.

Le ofreceremos el honor y el amor que sus santos le han tributado y le rogaremos que nos haga participar de su amor y de todas sus demás virtudes.

Por consiguiente, cuando hagamos una peregrinación o recibamos la comunión o digamos la santa Misa, o hagamos cualquier acción en honor de un santo, la ofreceremos a Jesús por esas intenciones, diciéndole:

Oh Jesús, te ofrezco esta peregrinación, esta comunión, esta Misa o esta acción, en honor de lo que tú eres en este santo; en acción de gracias por la gloria que te has tributado en él y por él; para el aumento de su gloria, o más bien de la tuya en él; para que se cumplan tus designios sobre él y para que, por

¹ 1 Sam. 2, 30.

² Jn. 12, 26.

³ Ef. 1, 23.

su intercesión, me concedas tu santo amor y las gracias que requiero para servirte en forma irrepachable.

2. Cuando nos dirijamos a los santos, humillémonos como indignos de pensar en ellos o de que ellos piensen en nosotros; les agradeceremos los servicios y la gloria que han tributado a nuestro Señor. Nos ofreceremos a ellos, rogándoles que nos ofrezcan a Jesús, para que destruya en nosotros cuanto le desagrada y nos haga partícipes de las gracias que les ha concedido. Les rogaremos también que lo honren y amen por nosotros, que le tributen, por nosotros, centuplicados, el amor y la gloria que hubiéramos debido tributarle en toda nuestra vida; que nos asocien al honor y las alabanzas que ellos le tributan en el cielo y que se sirvan de nosotros para honrarlo y glorificarlo conforme a sus deseos.
3. Cuando, yendo de camino, pasemos por una ciudad o aldea o que lleguemos a algún lugar para vivir o descansar allí, conviene saludar a los ángeles y santos protectores de ese lugar, rogando a nuestro Angel custodio que los salude por nosotros (...). Podemos imitar a santo Domingo que cuando entraba a una ciudad suplicaba a Dios que no causara perjuicio a esa ciudad por causa de sus pecados. Conviene también rogar a los ángeles y santos protectores de los lugares por donde pasamos o donde vivimos que glorifiquen y amen a nuestro Señor por nosotros y que reparen las faltas que en esos lugares cometemos.

Cuando tratemos a nuestros semejantes, es práctica muy santa saludar a sus ángeles custodios y a sus santos protectores y rogarles que los dispongan para lo que sea más útil a la gloria de Dios en el asunto que hemos de tratar con ellos.

También es muy conveniente escoger, en la fiesta de Todos los Santos, un orden de santos y, en la de san Miguel, un coro de ángeles, para honrarlos de manera especial durante ese año, o mejor para honrar a Jesús en ellos.

He aquí los coros de los ángeles y los órdenes de los santos:

Los serafines, los querubines, los tronos, las dominaciones, las virtudes, las potestades, los principados, los arcángeles, los ángeles.

Los patriarcas. Los profetas. Los apóstoles. Los mártires. Los sacerdotes. Los confesores. Las vírgenes. Las viudas. Los santos Inocentes.

Para que honres con más facilidad a Jesús en los santos y a los santos en Jesús, voy a condensarte su práctica en las dos elevaciones siguientes aplicadas a san Juan Evangelista y que tú puedes extender a cada santo en particular.

XVI. Elevación a Jesús para honrar a san Juan Evangelista.

Te adoro, Jesús, en todo lo que eres y en lo que has realizado en tus santos y, en especial, en tu apóstol y evangelista san Juan.

Tú lo eres todo en todas las cosas. Sólo quiero contemplarte y honrarte a ti en todo y especialmente en tus santos y en tu discípulo amado, san Juan. Porque tú eres todo en él: su vida, su santidad, su felicidad, y su gloria. Tú que eres, de verdad, admirable en tus santos, eres sobremanera amado y glorificado en él. Con alegría te bendigo por la gloria que te tributas a ti mismo en tan gran apóstol.

Te ofrezco, oh Jesús, el honor y el amor que este evangelista te ha tributado y te tributará eternamente. Me entrego a ti para que destruyas en mí cuanto te desagrade y me hagas participar de las gracias que concediste a tan gran santo, en especial de su humildad, de su amor a ti, de su caridad para con el prójimo y de sus demás virtudes.

XVII. Oración a san Juan Evangelista.

¡Bienaventurado apóstol y evangelista san Juan! En ti adoro y reverencio a Jesús, y te honro a ti en Jesús. Te agradezco el amor y los servicios que has rendido siempre a mi salvador. Me ofrezco a ti para que me entregues a Jesús para siempre. Destruye en mí, con tu intercesión y tus méritos, lo que en mí se

opone a su gloria. Me tienes plenamente en tus manos: sírverte de mí para glorificarlo y amarlo en todas las formas posibles.

Comunícame tu purísimo amor a él y tus demás virtudes. Amalo y dale gloria por mí. Repara las faltas que he cometido en toda mi vida y las que pudiera cometer contra su amor y su servicio. Devuélvele, centuplicado, el amor y el honor que yo hubiera debido tributarle. Asóciame al amor y a las alabanzas que tú le has tributado y tributarás para siempre. Ruégale que yo no viva sino para amarlo; que muera mil veces antes que ofenderlo. Que cuanto hay y habrá en mí sea alabanza y amor a él; y que, finalmente, muera en el ejercicio de su purísimo amor.

ELEVACION A JESUS PARA TERMINAR EL AÑO CON EL

Si queremos finalizar cada año de nuestra vida con Jesús, lo haremos como él finalizó su vida mortal. Puedes utilizar para ello la elevación siguiente.

Te adoro, te amo y glorifico, Jesús, Señor mío, en la última hora y en el postrer instante de tu vida mortal.

Adoro lo que sucedió en ti en ese último día: tus últimos pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos, el postrer uso de tus sentidos corporales y las últimas disposiciones de tu espíritu. A ellas quiero unirme, desde ahora, para el último instante de mi vida.

A la luz de la fe veo que en tu último día adoras y amas infinitamente a tu Padre. Le agradeces, en forma digna a él, las gracias que te hizo y por ti al mundo entero, durante tu permanencia temporal en la tierra. Le pides perdón por los pecados de los hombres y te ofreces a él para tomar sobre ti la penitencia de ellos. Con gran amor piensas en mí y con inmenso deseo de atraerme a ti. Y, finalmente, sacrificas tu sangre y tu vida preciosa a la gloria de tu Padre y por amor nuestro. Por todo ello te bendigo ininidad de veces.

En honor y unión del amor, de la humildad y demás disposiciones santas que entonces te animaban te doy gracias

inmensas por la gloria que tributaste a tu Padre mientras estuviste en la tierra y por los favores que me has concedido a mí y a todos los hombres, durante este año y en toda nuestra vida y por los que me habrías concedido de no haber puesto impedimento.

Te pido perdón humildemente por los ultrajes recibidos por causa mía mientras estabas en el mundo y por las ofensas que cometí contra ti en este año. Te ofrezco en satisfacción el amor y la gloria que te han tributado, mientras estabas en el mundo durante este año, tu eterno Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, tus ángeles y tus santos. Me ofrezco también a ti para sufrir por mis pecados la penitencia que te plazca.

Adoro, oh Jesús, los pensamientos y designios que tuviste sobre mí en el último día de tu vida. Me doy a ti para hacer y sufrir lo que deseas de mí para que ellos se cumplan.

Te ofrezco el último día, la última hora y el último instante de mi vida y todo lo que entonces tendrá lugar en mí: mis últimos pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, el postrer uso de mis sentidos corporales y las últimas disposiciones de mi espíritu, para honrar el último instante de tu vida y todo lo que entonces sucedió en ti. Haz que yo muera en el ejercicio de tu santo amor: que mi ser y mi vida sean sacrificio y holocausto para tu gloria y que mi último suspiro sea un acto de puro amor a ti. Esa es mi intención, mi deseo y mi esperanza, amado Jesús. Me apoyo en el exceso de tu bondad infinita. Y que sea así te lo ruego por tu inmensa misericordia.

CUARTA PARTE

LO QUE DEBE PRACTICARSE CADA MES PARA VIVIR CRISTIANA Y SANTAMENTE Y PARA HACER VIVIR Y REINAR A JESUS EN NOSOTROS.

Para el primero y el último día de cada mes

Debemos tener en alta consideración el primero y el último día de cada mes. Miremos, pues, el primer día como si fuera el primero de nuestra vida y entremos en él con renovado deseo y resolución de servir y amar a Dios perfectamente y de emplear este mes en su servicio y gloria, considerándolo como si fuera el último mes de nuestra vida. Pero especialmente debemos mirar y usar el último día como quisiéramos pasar el último día de nuestra vida.

Consagremos el primero y el último día de cada mes a la honra del primero y del postrer día de la vida de Jesús, como se dijo antes acerca del primero y del último día de cada año; de este modo comenzaremos y terminaremos nuestros años y nuestros meses unidos a Jesús. Para tal efecto puedes servarte, al comienzo y al fin de cada mes, de los mismos ejercicios propuestos para principiar y terminar el año.

Para el retiro mensual.

Además del retiro anual es recomendable escoger un día del mes para renovar y acrecentar los buenos sentimientos y resoluciones tomados en el curso del retiro anual; para reparar las faltas cometidas durante el mes en el servicio y amor de Dios; para en ese día entregarse a Dios y realizar las acciones ordinarias con mayor atención y perfección que de costumbre y para dedicarse con mayor esmero y fervor a los ejercicios de alabanza y de amor a Jesús. Encontrarás más adelante diversos ejercicios y rosarios de alabanza, de gloria y de amor a Jesús. Podrás servarte de ellos en este día de retiro, utilizando sea uno o sea otro, según la gracia que Dios te conceda.

EJERCICIO DE AMOR A JESUS

Entre los deberes y ejercicios de un verdadero cristiano, el más noble y santo, el que Dios pide ante todo de nosotros, es el ejercicio del divino amor. Por eso al hacer tus ejercicios de piedad y demás acciones, debes declarar a nuestro Señor que no quieres realizarlos por temor al infierno, ni por los premios del paraíso, ni para hacer méritos, ni buscando tu satisfacción y consuelo, sino para agradarle a él únicamente por su gloria y su puro amor.

Y como a menudo debes ejercitarte en las consideraciones y actos de ese divino amor, te señalo aquí treinta y cuatro ejercicios en honor de los treinta y cuatro años de la vida llena de amor de Jesús en la tierra. Puedes servirtte de ellos en todo tiempo, pero especialmente en el día del retiro mensual o en otro momento especialmente escogido para dedicarte con plena conciencia a esa divina ocupación. Es la más santa y digna ocupación de los ángeles y de los santos y de Dios mismo que en ella emplea los espacios infinitos de la eternidad.

1. ¡Mi Señor Jesús! Me basta saber que eres infinitamente digno de amor. ¿Para qué necesitaría más ciencia, luces y consideraciones? Para mí es suficiente saber que Jesús es todo digno de amor y que nada hay en él que no merezca amor infinito. Que mi espíritu se contente con ese conocimiento, pero que mi corazón nunca se sacie de amar al que jamás será suficientemente amado.

2. Sé muy bien, Salvador mío, que mi mezquino e imperfecto corazón no es digno de amarte. Pero tú sí eres digno de ser amado y has creado este pobre corazón sólo para que te ame. Más aún, le ordenas, bajo pena de muerte eterna, que te ame. Pero no es necesario, Dios de mi corazón, que me lo mandes, porque eso es precisamente lo que quiero, lo que busco, y por ello suspira mi corazón. Deseo ardientemente amarte y no quiero tener anhelo distinto. Lejos de mí tener otro pensamiento, otra inclinación, otro querer. Una sola cosa quiero: amar a Jesús, que es el amor y las delicias del cielo y de la tierra.

3. Ciertamente quiero amarte, oh Jesús, pero no sólo con todo el poder de mi voluntad, débil en demasía, sino con las infinitas

fuerzas de tu voluntad divina, que es también mía, pues te has dado todo a mí. Quiero amarte también con las voluntades de todos los hombres y de los ángeles, las cuales también me pertenecen, ya que al darte tú a mí me lo has dado todo. Quiera Dios que me convierta en deseo, en suspiro, en querer y en ansia vehemente para amarte cada día más.

4. Escucha mi súplica, tú, el deseado de mi alma: oye los suspiros de mi corazón y apiádate de mí. Bien sabes, Señor, lo que quiero pedirte, ¡pues te lo he manifestado tantas veces! Sólo te pido la perfección en tu santo amor. Ya nada quiero sino amarte y crecer siempre en ese deseo que tú me has dado de amarte: pero que sea tan férvido y poderoso que en adelante viva languideciendo por el deseo de tu amor.

5. Enciende en mí, Jesús amabilísimo, tan ardiente sed y hambre tan extrema de tu santo amor que considere un martirio permanente no amarte lo suficiente y que nada me apesadumbre tanto en este mundo como el amarte demasiado poco.

6. ¿Quién no querría amarte, buen Jesús? ¿Quién no desearía amar cada día más una bondad tan digna de amor? Dios mío, mi vida y mi todo: nunca me cansaré de decirte que deseo amarte de la manera más perfecta y tanto lo deseo que, si fuera posible, querría para ello que mi espíritu se convirtiera en anhelo, mi alma en deseo, mi corazón en suspiro y mi vida en ansia vehemente.

7. Rey de mi corazón, apiádate de mi miseria. Tú sabes que quiero amarte, pero estás viendo cuántas cosas en mí se oponen a tu amor. La multitud de mis pecados, mi propia voluntad, mi amor propio, mi orgullo y demás vicios e imperfecciones me impiden amarte perfectamente. ¡Detesto todas esas cosas que obstaculizan mi deseo de amarte! Estoy listo para hacerlo y sufrirlo todo para aniquilarlas. Si yo pudiera, Señor, y se me permitiera reducirme en añicos y en polvo y ceniza y aniquilarme totalmente para destruir en mí todo cuanto es contrario a tu amor, gustoso lo haría, mediante tu gracia. Pero necesito que tú intervengas, Salvador mío. Emplea el poder de tu brazo para exterminar en mí a los enemigos de tu amor.

8. Nada hay en ti, oh Jesús, que no sea todo amor, y todo amor por mí. También yo debería ser todo amor por ti. Pero nada hay en mí, como mío, en mi cuerpo y en mi espíritu que no esté en contra de tu amor. ¿Qué puedo hacer para soportarme? ¿Dónde estás tú, amor divino? ¿Dónde tu poder? ¿Dónde la fuerza de tu brazo? Si tú eres fuego devorador, ¿dónde están tus celestes llamas? ¿Por qué no me consumes, si todo lo que hay en mí es tan contrario a ti? ¿Por qué no aniquilas totalmente en mí esta vida maligna y pecadora y estableces la tuya santa y divina?

9. Me entrego a ti, amor irresistible, y me abandono enteramente a tu poder, ven, ven a mí y destruye cuanto te desagrada; establece plenamente tu celestial dominio. Si para ello es requisito el sufrimiento, me entrego a ti para sufrir todos los martirios y tormentos más inauditos. ¡Oh amor, no me exonerés! Con tal de verme libre de cuanto desagrada a mi Salvador y me impide amarle, nada me importa. Porque al fin y al cabo lo que quiero es amar a mi Jesús y amarle perfectamente, a cualquier precio y a expensas de lo que sea.

10. ¡Dios de mi amor! Tú eres todo amable, todo amante, todo amor y todo amor por mí. Que también yo sea todo amor por ti. Que el cielo se convierta en una pura llama de amor por ti.

11. ¿Quién podrá impedirme que te ame, dulce amor mío, después de conocer tu inmensa bondad? ¿Acaso mi cuerpo? Antes lo reduciría a polvo. ¿Acaso mis pecados pasados? Los sumerjo todos en el océano de tu sangre preciosa. Toma mi cuerpo y mi alma: hazme sufrir lo que te plazca para borrarles enteramente, para que no me impidan amarte. ¿Será entonces el mundo? ¿O las criaturas? ¡Pero no! Renuncio con todas mis fuerzas a todo apego sensible a cosas creadas. Consagro mi corazón y mis afectos a Jesús, mi Creador y mi Dios. A ti, oh mundo, Jesús te ha excomulgado. El dice, en efecto, que no es del mundo, ni tampoco los suyos y que no ruega por el mundo. ¡Oh mundo, renuncio a ti para siempre, quiero huir de ti como de un excomulgado; quiero mirarte como a un Anticristo, enemigo de mi Señor Jesucristo; no quiero saber nada de tus alabanzas, ni de tus reproches, ni de tus placeres y vanidades, ni de lo que tú aprecies y prefieres. Porque todo eso es sueño como humo efímero. Quiero sentir horror por tu espíritu, tu conducta, tus sentimientos y tus máximas reprobables. Y, finalmente, quiero

odiar y perseguir tu malicia como tú odias y persigues la bondad de mi Señor Jesucristo.

Así que, mundo, ¡adiós! Adiós todo lo que no es Dios. En adelante Jesús será mi mundo, mi gloria, mi tesoro, mis delicias y mi todo. No quiero ver nada sino a Jesús. Cerraos a lo demás, ojos míos, porque sólo él merece vuestras miradas. No me importa agradar sino a Jesús y no quiero corazón ni afecto sino para él. Quiero alegrarme en su amor y en el cumplimiento de su voluntad; no quiero sentir tristeza sino de lo que a él le ofende y de lo que se opone a su divino amor. ¡Oh amor, oh amor! O amar o morir, o, más bien, morir y amar. Morir a todo lo que no es Jesús, amar únicamente, por encima de todo, al mismo Jesús.

12. Tú, soberano de mis amores, me has colocado en el mundo sólo para que te ame. ¡Qué noble, santo y excelso es el fin para el que fui creado! ¡Qué gracia y qué dignidad la tuya, pobre corazón mío, pues te crearon para el mismo fin que tiene el Dios que te ha creado, para ocuparte en su mismo ejercicio divino. Porque el gran Dios sólo existe para contemplarse y amarse a sí mismo, y tú has sido hecho sólo para amar a ese Dios y para ocuparte eternamente en bendecirlo y amarlo. Sea por siempre bendito y amado el Rey de los corazones que me ha dado un corazón capaz de amarlo.

Dios de mi corazón: si me has creado sólo para amarte haz que yo sólo viva para amarte y para crecer cada día en tu amor. O amar o morir. Que no tenga vida, Dios mío sino para amarte. Prefiero sufrir mil muertes a perder tu amor.

13. Sé tú, divino amor, la vida de mi vida, el alma de mi alma y el corazón de mi corazón. Que ya no viva sino en ti y de ti. Que no subsista sino por ti. Que ya no tenga pensamiento, ni diga palabra, ni realice acciones sino por ti y para ti.

14. Tú eres el objeto exclusivo de mi corazón, el único digno de ser amado. Todo, fuera de ti, es nada, que ni siquiera merece mis miradas. Sólo a ti quiero, sólo a ti busco, sólo a ti deseo amar. Tú eres mi todo, lo demás es nada para mí y nada quiero ya mirar ni amar sino en ti y para ti. O más bien, sólo quiero mirarte y amarte a ti en todas las cosas (...).

15. Oh Jesús que eres el único amable, el único amante y el único a quien ama tu Padre eterno y todos los amantes celestiales, haz que yo no sólo te ame a ti soberanamente, sobre las cosas, sino que en todas ellas sólo te ame a ti, y si algo amo que sea en ti y para ti.

16. ¡Oh Jesús, único amor de mi corazón, objeto único de todos mis amores! Sólo tú eres digno de amor en el cielo y en la tierra ¿Cuándo será que sólo te miraremos y amaremos a ti?

17. Oh Jesús, único amor mío, sepárame enteramente de mí mismo y de todas las cosas; llévame en pos de ti, arrebatame en ti, poséeme en forma tan plena y absoluta que nada fuera de ti ocupe mi espíritu y mi corazón.

18. ¡Amabilísimo Jesús que eres tan digno de amor y tan poco amado! El mundo no piensa en ti ni en amarte: sólo atina a ofenderte y a perseguir a quienes te aman. Que, en cambio, yo, pensando por el mundo, sólo piense en amarte. ¿Quién me diera que te amara como el mundo entero debería amarte?

19. Hijo eterno del Padre, que eres todo amable, todo amante y todo amor: tú me has amado desde toda eternidad. De haber sido yo también eterno hubiera debido amarte también desde siempre. Pero, al menos, debí amarte desde el primer uso de mi razón. Pero, ay de mí, bien tarde he empezado a amarte y ni siquiera me atrevo a afirmar que he comenzado a amarte como debo. Tú, Dios eterno, desde los límites de tu eternidad no has dejado un instante de amarme, mientras yo no sé si he empleado un solo instante en amarte de verdad. En cambio demasiado sé que no he pasado un solo día sin ofenderte. Cuando pienso en ello me encuentro insoportable para mí mismo. Es ahora, corazón mío, cuando deberíais estallar de dolor. Es ahora, ojos míos, cuando deberíais deshaceros en llanto. Ojalá me cambiara en un mar de lágrimas y lágrimas de sangre, para deplorar y lavar mis monstruosas ingratitudes hacia una bondad tan grande. Oh amor, oh amor, no más ingratitud, ni ofensa, ni pecado, ni infidelidad: nada, sino amor.

20. Jesús, amor eterno, desde toda la eternidad te aman tu Padre y tu Espíritu Santo. De ello me regocijo infinitamente. A ese amor

me asocio. Me pierdo y me hundo en ese amor eterno de tu Padre y de tu Espíritu Santo.

21. Hermosura eterna, eterna bondad, si tuviera una eternidad de vida sobre la tierra debería consagrarla enteramente a amarte. ¿Cómo no emplear el poco de vida y de tiempo que me queda? ¡La consagro, Señor mío, a tu santo amor! Haz que yo no viva sino para amarte y para consagrar todos los instantes de mi vida a tu divino amor. O amar o morir. Pero, ante todo, haz que te ame para siempre. Suceda lo que suceda, me asocio, desde ahora, al amor que te tributarán por toda la eternidad.

Oh eternidad de amor, querido Jesús mío: quema, corta, redúceme a polvo y hazme sufrir lo que te plazca en este mundo con tal que te ame eternamente.

22. Tú, Rey de los siglos y de los tiempos, bienamado de mi alma, has adquirido, al precio de tu sangre, todos los instantes de mi tiempo y de mi vida para que los dedique a amarte. Pero, ay de mí, he dedicado demasiado tiempo al amor de mí mismo, del mundo y de las cosas creadas; he perdido demasiado un tiempo que te costó tan caro y que debe serme tan precioso porque debo destinarlo a algo tan importante como es ocuparme en tu divino amor. Ya es tiempo, oh Jesús, de que me dedique, con plena conciencia, a los ejercicios de tu amor sagrado. Que ya no tenga, pues, ni vida ni tiempo sino para amarte. Que haga de cuenta de que ya no existimos sino tú y yo en el mundo; que no tenga otra ocupación que la de pensar en ti y entenderme contigo corazón a corazón, espíritu a espíritu. Que ya nada me interese de cuanto sucede en el mundo sino la sola preocupación y el deseo de amarte. Aumenta en mí de tal manera ese deseo, hazlo tan ardiente y urgente que se me convierta en obsesión continua. Que sin cesar suspire por ti, que languidezca noche y día en pos de ti. ¿Cuándo será, oh Jesús, único amor de mis deseos, que me transfome en llama de amor a ti?

23. Dios mío, amor inmenso, tú llenas el cielo y la tierra y estás en todas las cosas. Por doquiera eres todo amable y todo amor. Por doquiera amas infinitamente a tu Padre y a tu Espíritu Santo y eres infinitamente amado por ellos. Igualmente me amas a mí con amor infinito. Que también yo te ame en todas partes y en todas las cosas y que todas las cosas las ame en ti y para ti. Me

uno y me entrego a ti y, en virtud de tu inmensidad divina, extiando mi espíritu y mi voluntad a todos los lugares del mundo y allí con el poder y la ilímite extensión de tu espíritu y de tu amor, te ame, glorifique y adore. Igualmente me asocio al amor que te tienen tu Padre y tu Espíritu Santo en todo lugar y en todas las cosas.

24. Necesitaríamos, oh bondad infinita, un amor infinito para amarte en forma digna de ti. Qué alegría para mi alma, qué contento para mi corazón saber que tú, oh Jesús, eres tan bueno, tan perfecto y digno de amor que si todas las criaturas del cielo y de la tierra emplearan sus fuerzas durante toda la eternidad para amarte, no lo podrían lograr suficientemente. Porque sólo tú, con tu Padre y tu Espíritu Santo, eres capaz de amarte dignamente.

25. Oh bondad infinita: si fueran míos hasta el infinito todos los corazones y la capacidad de los hombres y de los ángeles fuera infinita, debería dedicarla a amar al que es infinitamente digno de amor y que dedica su sabiduría, su poder, su bondad, y demás perfecciones a amarme y a realizar tantas maravillas por amor. Quiero, amado Jesús, agotar y consumir todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi corazón en amarte. Pero eso es demasiado poco: quiero juntar en mí todas las fuerzas del cielo y de la tierra, que son más porque tú me lo has dado todo, y emplearlas en amarte; más aún, quiero dedicar a ello las potencias de tu divina humanidad, que también me pertenecen puesto que te has dado tú mismo a mí.

26. Pero, ¿qué hago, Dios mío? No soy digno de amarte. ¡Sólo tú puedes desempeñar una función tan santa y divina! Me anonado, pues, ante ti, en lo más profundo de mi nada. Me doy enteramente a ti para que tú mismo me destruyas por la acción del amor poderoso que te hizo descender hasta nuestra nada. Establécete tú en mí para que allí me ames tú mismo con amor digno de ti y para que, en adelante te ame, ya no por mí mismo ni con las propias fuerzas de mi espíritu y de mi amor, sino por ti mismo, con el poder de tu espíritu y de tu amor.

27. Tú nos aseguras en tu santa Palabra, oh Jesús, que tu Padre nos ama como te ama a ti¹ y que tú nos amas como tu Padre te

¹ Jn. 17, 23

ama¹, con el mismo corazón y el mismo amor. Luego nos ordenas que te amemos como tú amas a tu Padre y que permanezcamos en tu amor, como tú permaneces siempre en el amor de tu Padre². Pero tú, Señor, conoces mi incapacidad para amarte. Por eso te pido que me concedas lo que me ordenas y luego sí ordéname lo que quieras³. Aniquila en mí mi propio corazón y mi amor propio y pon en su lugar tu corazón y tu amor, que es el mismo de tu Padre, para que en adelante te ame como tú amas a tu Padre y como tu Padre te ama; que yo permanezca siempre en tu amor, como tú permaneces siempre en el amor de tu Padre y que realice todas mis acciones por la virtud y la dirección de ese amor.

Así es, Jesús mío, como deseo en adelante amarte y servirte: con el amor eterno, infinito e inmenso con que tu Padre te ama y con que tú lo amas a él desde toda la eternidad. Es ese amor infinito de tu corazón y ese corazón inmenso, rebosante de amor, lo que quiero ofrecerte y de hecho te ofrezco como algo propio, como mi propio corazón y amor. Tú me lo has dado, al darte a mí junto con el Corazón amadísimo de tu santa Madre, el más amado y amante de todos los corazones que al tuyo rinden adoración; como también te ofrezco los corazones de todos los amantes del cielo y de la tierra que me pertenecen, porque tu apóstol me asegura que tu Padre, al darte a nosotros, contigo nos ha dado todas las cosas⁴.

28. Tú eres, Jesús purísimo, la pureza misma y con purísimo amor me amas. También yo quiero amarte con el amor más puro posible. Por eso quiero amarte en ti mismo, con tu propio amor. No quiero amar nada sino a ti, por ti y para agradarte. Te amo con el purísimo amor con que te amas a ti mismo. Te amo con el amor purísimo con que te aman tu Padre, tu Espíritu Santo, tu purísima Madre, tus ángeles y tus santos.

Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, amad a mi Salvador por mí y reparad mis deficiencias en amarlo. Madre de Jesús, ángeles y santos de Jesús, criaturas todas de Jesús, venid, ayudadme a

¹ Jn. 15, 9

² Jn. 15, 9-10

³ San AGUSTIN, Conf. 1-X c. XXXVII

⁴ Rm. 8, 32

amar a nuestro Creador. Venid, amemos a tan amabilísimo Señor. Consumamos nuestro ser y nuestras fuerzas en amar al que nos ha creado para que lo amemos.

29. ¡Querido amigo de mi corazón y querido corazón de mis amores! Es algo que debe deplorarse con lágrimas de sangre ver cuán poco te aman aún aquellos que hacen profesión de amarte.

Es incomprensible que no existiendo nada tan digno de amor como tú, nada haya en el mundo que parezca menos amado que tú. Son muchos los que aman tu paraíso y las dulzuras de tu gracia y los consuelos de tu amor, pero apenas habrá uno entre mil que te ame en forma pura por el amor de ti mismo. Jesús, mi amor purísimo, sólo te busco a ti, sólo te deseo a ti, sólo quiero amarte a ti. Y quiero amarte no por mi interés y deleite personal, ni porque sea placentero y consolador amarte, sino porque mereces infinitamente que te amemos por el amor de ti mismo.

30. ¿Cuándo te amaré, oh Jesús, con amor tan puro que pueda decir con verdad: Mi Jesús es mi todo, todo lo demás nada significa para mí. El solo me basta y nada deseo fuera de él. ¿Y no lo quiero para mí sino para él mismo? No, no pretendo las alegrías del pParaíso, ni los consuelos del amor celestial: sólo busco y amo al Señor del paraíso, al Dios de los consuelos. Y si, por imposible, jamás me diera consuelo alguno o recompensa, siempre querría amarlo porque es inmensamente digno de ser amado por el amor de sí mismo. No quiero otra recompensa que poder amarlo y no quiero amarlo sino para amarlo.

Imprime, buen Jesús, estos sentimientos y disposiciones en mi corazón y en el de todos los hombres, en especial en el de aquéllos por quienes tú sabes que debo y quiero rogarte de manera especial. Te ofrezco, Rey de los corazones, todos esos pobres corazones que creaste para que te amen y que no quieren palpar sino de amor por ti. Aniquila en ellos cuanto se opone a tu santa dilección, llénalos de tu divino amor. Tú, el Salvador, atráelos y arrebatálos a ti, únelos al tuyo y haz que merezca escuchar aquéllas palabras: *Viva su corazón para siempre*¹, es decir que vivan de la vida del amor divino, para amar por siempre, al Dios de amor y vida. Cuán dichosos son los corazones que por toda la

¹ Sal. 22(21), 27

eternidad no harán nada distinto que adorar, alabar y amar al adorabilísimo Corazón de Jesús. Bendito sea el que ha creado esos privilegiados corazones para que lo glorifiquen y amen eternamente.

31. Tú, Dios de mi vida y de mi corazón, estás siempre en continuo ejercicio de amor hacia mí. Empleas todo lo tuyo y tus criaturas del cielo y de la tierra para demostrarme tu amor. Por eso uno de tus amantes me recuerda que el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos no cesan de decirme que ame al Señor mi Dios¹. De suerte que todo cuanto escuchan mis oídos, o ven mis ojos, lo que disfrutan mis demás sentidos, lo que mi memoria, entendimiento y voluntad pueden conocer y desear, las cosas visibles o invisibles de la naturaleza, de la gracia o de la gloria, las gracias temporales y eternas que he recibido de ti, Dios mío, tus ángeles y santos, los buenos ejemplos que éstos me han dejado, las maravillas que has obrado en tu santa Madre, las perfecciones de tu persona divina, los estados y misterios de tu divinidad y humanidad, tus cualidades y virtudes, tus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos; todos tus pasos sobre la tierra, la sangre que has derramado las llagas de tu cuerpo, en una palabra todo cuanto hay en el ser creado o increado, en tiempo y eternidad, son otras tantas bocas, oh Jesús, por las que proclamas incesantemente tu bondad y tu amor por mí. Son lenguas por las que continuamente me afirmas que me amas y me invitas a amarte. Con esas voces me dices perpetuamente: Te amo, te amo, áname porque yo te he amado primero. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Todas esas cosas son, finalmente, predicadores y voces que me gritan sin cesar: Amor, amor a Jesús, que es todo amor por ti y que emplea todo lo que es, lo que tiene y puede, lo que sabe, lo que hace y lo que de él depende, en el cielo y en la tierra, para demostrarte el amor que te profesa, para ganar tu corazón y obligarte a amarlo.

Cuán extremosa es Señor, tu voluntad, cuán admirable tu amor por mí. Tú me amas, me deseas, me buscas, con tanto ardor como si sacaras provecho de mí, como si de verdad yo fuera algo y necesitaras de mí. Tanto deseas adueñarte de mí y temes tanto perderme como si poseyeras o perdieras un gran tesoro. Buscas

¹ San AGUSTIN, manuale, c. XXIV

mi amistad con tal insistencia como si de ella dependiera tu felicidad. ¿Y si en verdad, tu felicidad y tu gloria dependieran de ello qué más podrías hacer de lo que haces? ¡Oh bondad, oh bondad, me pierdo en tus profundidades! ¿Es posible que piensen tan poco en ti, que te amen tan escasamente y te ofendan tanto? Cuán duro eres, corazón humano, cuando no te ablandan tantas voces poderosas y amorosas. Qué helado estás si no te encienden tantos fuegos y llamas sagradas. ¿Qué haré, Salvador mío? ¿Cómo puedo resistir tan violentos atractivos de tu bondad infinita? ¿Qué deseas, Señor, qué esperas de mí, sino que te responda con el Príncipe de los apóstoles: Te amo, te amo, te amo¹?

En cambio, hasta ahora he contestado, como los crueles judíos, con la voz de mis pecados: *Fuera, fuera, crucifícalo*². Porque mis pecados, mis ingratitudes, mis inclinaciones perversas, mi amor propio, mi propia voluntad, mi orgullo y demás vicios, mis malos pensamientos, palabras y obras, el mal uso de mis sentidos corporales y espirituales, y de las cosas que están en mí como mías, gritan contra ti como los judíos: *Fuera, fuera, crucifícalo*. Hombre pérfido y detestable, ¿esa es tu manera de amar al que es todo amor por ti?

¿Es esa tu respuesta a quien te invita tan suave y poderosamente a que lo ames? ¿Es esa la manera de agradecer a tan inmensa bondad los bienes recibidos? Perdón, mi Señor, perdón, te lo ruego. Que tus bondades y misericordias te pidan perdón por mí. Que tu santa Madre, tus ángeles y santos se postren ante ti y me alcancen el perdón de tu clemencia.

Acepta, te lo ruego, Salvador misericordioso, por tu inmensa misericordia, los propósitos que te hago para el porvenir. Puesto que estás siempre en ejercicio de amor por mí y dedicas lo que está en ti y fuera de ti para amarme, yo también quiero vivir en constante ejercicio de amor a ti. Y aunque, por imposible, no tuviera obligación alguna de amarte, quiero amarte con todo mi corazón y en todas las formas posibles.

¹ Jn. 21, 15.

² Jn. 19, 15.

Quiero, por tanto, que todos mis pensamientos, palabras y obras, el uso de mis sentidos corporales y espirituales, mis respiraciones y los latidos de mi corazón, los instantes todos de mi vida, todo cuanto hay en mí, y hasta mis pecados, si es posible, por el poder de tu sabiduría y de tu bondad que conducen todas las cosas al bien de los que te aman, sean otras tantas voces que te vayan diciendo con todo el amor del cielo y de la tierra: Te amo, te amo, sí, Señor Jesús, te amo. Y si algo se encuentra en mí, en mi alma o en mi cuerpo, que diga lo contrario, quiero que sea reducido a polvo y arrojado al viento.

32. Deseo también que todas las cosas del cielo y de la tierra, en la naturaleza, la gracia y la gloria sean voces que te digan de parte mía, en forma continua y para siempre: te amo, te amo, Señor Jesús.

33. Deseo además, oh Jesús, que las potencias y perfecciones de tu divinidad y de tu humanidad, tus estados, misterios, cualidades, virtudes, pensamientos, palabras, obras y padecimientos, tus sagradas llagas, las gotas todas de tu sangre, todos los instantes de tu eternidad, si se puede hablar así y, en general, todo cuanto hay en tu cuerpo, en tu alma y en tu divinidad, sean voces que te digan por mí eternamente: *Te amo, amantísimo Jesús, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas y quiero amarte siempre más y más*¹

Finalmente, Salvador mío, quiero, mediante tu gracia, que no haya nada en mi ser y en mi vida, en mi cuerpo y en mi alma, en mi tiempo y en mi eternidad, que no esté convertido en amor a ti.

Y para que estos deseos míos sean eficaces, no los quiero con mi voluntad humana y natural tan débil y tan indigna de cosas tan santas y excelsas, sino con tu voluntad divina, oh Jesús, que es todopoderosa y que me pertenece porque eres todo mío.

Si yo tuviera, Señor mío, tanto poder como querer, haría que todos mis deseos se cumplieran plenamente por tu gloria y por tu amor. Pero a mí me corresponde desear y a ti llevarlo a cabo, ya que todo lo puedes y quieres y atiendes los deseos de quienes te honran. Te pido, pues, oh Jesús que se cumplan estos deseos

¹ Jn. 21, 15; AGUSTIN, *manuale*, c. X.

míos, por todo lo que tú eres, por tus bondades y misericordias, por todo lo que amas y por todos los que te aman en el cielo y en la tierra. Todo por tu purísimo amor y agrado. Y pues fundamento mis deseos en el poder de tu voluntad, que es mía, tengo la firme confianza de que, por tu infinita bondad, se cumplirán en la forma que tu sabiduría eterna juzgará más conveniente a la gloria de tu divina grandeza.

34. ¿Cuándo será, buen Jesús, que ya no habrá nada en mí que me impida amarte? Pero eso sólo ocurrirá en el cielo. Oh cielo, cuán deseable eres. Sólo en ti se ama a Jesús perfectamente. Sólo en ti el amor de Jesús reina en plenitud. Sólo en ti todos los corazones se hallan transformados en ese divino amor. ¡Qué insoportables son para mí la tierra, el mundo y este cuerpo, prisión oscura de mi alma! Infortunado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? ¿Tendré acaso que permanecer todavía largo tiempo en este destierro, en esta tierra extranjera, en este lugar de pecado y maldición? ¡Venga pronto ese día, esa hora, ese instante tantas veces deseado en que comenzaré a amar perfectamente a mi amabilísimo Salvador!

Mi Jesús, mi amado Jesús, mi amadísimo Jesús. ¿Será que no podré amarte nunca como lo deseo? Dios de las misericordias, ¿no tendrás compasión de mi dolor? ¿No escucharás mis suspiros? ¿No darás oído a mis clamores? Ay, Señor, mi grito te llama a ti, mis deseos van hacia ti, en pos de ti suspiro. Y tú sabes que nada quiero en el cielo y en la tierra, en la vida y en la muerte, sino tu puro amor.

Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, criaturas todas de Jesús, tened compasión de mis sufrimientos. Hablad en favor mío al amado de mi alma. Decidle que languidezco de amor por él. Decidle que nada quiero en tiempo y eternidad sino su puro amor; no quiero el cielo y su gloria, ni las grandezas del paraíso, ni las dulzuras de la gracia, sino su purísimo amor. Decidle que ya no puedo vivir sin ese puro amor. Decidle que se apresure a realizar los designios y la obra de su gracia, a consumirme totalmente en su divino amor, para trasladarme pronto al reino eterno de su amor. *Amén, ven, Señor Jesús*¹. ¡Ven, mi vida y mi luz, ven, amor mío, ven, mi todo,

¹ Ap. 22, 20.

ven a mí para destruir lo que es contrario a tu amor! Ven para atraerme a ti y para instalarme pronto en ese lugar de amor, donde reina el verdadero y perfecto amor, donde todo es amor, donde sólo hay puro amor, amor continuo, invariable y eterno. Sí, Jesús, Sí Jesús, único amor de mi corazón.

Actos de amor a Jesús residente en las entrañas de María.

Jesús, amor mío, te veo cautivo en las entrañas purísimas de tu santa Madre, pero más prisionero aún en los sagrados lazos de tu divino amor. Que yo te ame con el mismo amor que te redujo a este estado y que me cautive, en compañía tuya, ese divino amor.

¡Oh amor que cautivas a Jesús en María y a María en Jesús! Cautiva mi corazón, mi espíritu, mis pensamientos, deseos y afectos en Jesús y establece a Jesús en mí para que yo me llene de él y que él viva y reine en mí perfectamente.

Oh Jesús, te amo con el amor con que te han amado, durante los nueve meses de tu cautividad, el Padre eterno, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, san José, san Gabriel y los ángeles y santos que participaron en ese misterio de amor.

¡Oh abismo de amor! Al contemplarte en las sagradas entrañas de tu santa Madre, te veo como perdido y sumergido en el océano de tu divino amor. Haz que yo también me pierda y me hunda contigo en el mismo amor.

Actos de amor a Jesús recién nacido.

Tú, oh Jesús, eres todo amor en todos los momentos, estados y misterios de tu vida. Pero sobre todo eres solo amor y dulzura en el instante de tu nacimiento y en el estado de tu santa infancia. Que yo te ame, en ese momento y en ese estado. Que el cielo y la tierra te amen conmigo y que el mundo entero se transforme en amor a su Creador y su Dios, que se ha convertido en dulzura y en amor hacia el mundo.

Tú, amabilísimo niño, naces por amor, en amor y para amar. Y amas más a tu Padre eterno, en el instante de tu nacimiento, que todos los ángeles y los hombres juntos podrían amarlo por toda

la eternidad. Y también tu Padre te ama más en este mundo que a todos los hombres y ángeles juntos. Te ofrezco, oh Jesús, el amor con que te amaron en tu nacimiento tu Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, san José, san Gabriel y los ángeles y santos que participaron de manera especial en ese amabilísimo misterio.

Oh amor de Jesús: tú campeas en Jesús en todos sus estados y misterios, pero especialmente en el estado de su infancia y en el misterio de su cruz. En ambos misterios haces triunfar su omnipotencia en la impotencia, su plenitud en la pobreza, su soberanía en la dependencia, su sabiduría eterna en la infancia, su gozo y felicidad en los sufrimientos y su vida en la muerte. Te pido que triunfes sobre mí, quiero decir, sobre mi amor propio, mi propia voluntad y sobre mis pasiones. Colócame en estado de impotencia, de indigencia, de dependencia, de infancia santa y divina y de muerte al mundo y a mí mismo, que vaya adorando y glorificando la dependencia, la infancia y la muerte a la que has reducido a mi Jesús en el misterio de su nacimiento y de su cruz.

Estos actos de amor sobre el nacimiento y la infancia de Jesús bastan para inspirarte otros semejantes sobre los demás estados y misterios.

QUINTA PARTE

MEDITACIONES O ELEVACIONES A JESUS, PARA CADA DIA DE LA SEMANA, SOBRE LOS ESTADOS DE SU VIDA.

Para el Domingo.

La vida divina de Jesús en el seno de su Padre desde toda la eternidad.

1. ¡Jesús, mi Señor y mi Dios! Te contemplo, adoro y glorifico en la vida divina que tienes desde toda eternidad, en el seno de tu Padre, antes de tu encarnación. ¡Qué vida tan santa, pura, divina, admirable, llena de gloria, de grandezas y delicias! ¡Me regocijo al contemplar esa vida tuya tan perfecta, feliz y maravillosa! ¡Bendito seas, Padre de Jesús, por haberla dado a tu Hijo! Te ofrezco, oh Jesús, la gloria y la alabanza que recibes de tu Padre y de tu Espíritu Santo en la eternidad de tu vida divina.

2. En esa vida tu principal ocupación es contemplar, glorificar y amar a tu Padre y entregarle a él como a tu principio, tu ser, tu vida, tus perfecciones y todo lo que serás por siempre, como algo recibido de él que deseas emplear para glorificarlo y amarlo con un amor digno de él. ¡Bendito seas por todo ello, oh Jesús! Padre amabilísimo: ¡qué alegría verte tan amado y glorificado por tu Hijo! Te ofrezco el amor y la gloria que de él recibes en la eternidad de la vida divina que él lleva en tu regazo paterno antes de su encarnación.

3. Tú has empleado, buen Jesús, tu vida divina por mí. Porque, desde toda eternidad, piensas en mí, me amas y me ofreces a tu Padre, y en mí te ofreces a ti mismo para venir un día a la tierra a encarnarte, sufrir y morir por mi amor. Tú, amadísimo Jesús, me amas desde toda eternidad: yo, en cambio, no sé si he comenzado a amarte como debo. ¡Te pido perdón, Salvador mío! Que en adelante, y por toda la eternidad, sólo viva para amarte.

Para el Lunes.

Sobre el primer instante de la vida temporal de Jesús.

1. Te adoro, oh Jesús, en el momento de tu Encarnación, en el primer instante de tu vida temporal y pasible. Adoro los portentos que entonces tuvieron lugar en ti. ¡Cuántas grandezas se acumularon en ti y por ti en ese dichoso instante, en relación con tu Padre, con tu Santo Espíritu, con tu sagrada humanidad y con tu santa Madre! Qué maravillosos pensamientos, afectos, amor y aplicación de tu alma santa a tu Padre, en ese instante, para adorarlo, glorificarlo y sacrificarte enteramente a su gloria y al cumplimiento de sus designios.

Adoro, buen Jesús, los primeros pensamientos y actos de adoración, de oblación, de amor y de alabanza que en ese momento tributaste a tu Padre.

Ciertamente, en ese solo instante, le tributaste más honor y amor que todos los ángeles y los hombres en los miles de años que antecedieron a tu encarnación y en toda la eternidad. ¡Cuánta alegría siento, Padre de Jesús, al verte tan amado y glorificado por tu Hijo! Seas por siempre bendito, amado y adorado oh Jesús, por el honor y el amor que tributaste a tu Padre en el feliz momento de tu encarnación.

2. ¡Oh Jesús! a la luz de la fe descubro que tienes entonces grandes designios y realizas maravillas en la persona en la que se cumple ese misterio. Adoro tus primeros pensamientos y actos de amor y tus primeros frutos de gracia, de luz y de santidad que realizaste en favor de tu santa Madre en el momento de tu encarnación. Rindo homenaje, también, a los primeros actos de adoración, de alabanza y de amor de tan excelsa Madre por tan egregio Hijo. Bendito seas, Jesús, Hijo de María, por las maravillas obradas en tu santa Madre por este adorable misterio. Bendita seas, Madre de Jesús, por la gloria que en él tributaste a tu Hijo. Asóciame, te lo ruego, al amor y honor que le diste en ese primer instante de su vida y hazme comulgar con el amor que le tienes y con tu celo por su gloria.

3. Oh Jesús: en el mismo instante en que, apenas encarnado, te volviste a tu Padre, también te volviste a mí. Cuando empezaste a pensar en él, a dirigirte a él y a amarlo, pensaste igualmente en

mí, te diste a mí y me amaste. En el mismo instante en que comenzaste a vivir, comenzaste a vivir para mí, a prepararme gracias señaladas y a formar grandes designios sobre mí. Porque, ya desde entonces, concebiste el designio de imprimir en mí una imagen del misterio de tu encarnación y te encarnaste, en cierta manera, dentro de mí, uniéndome a ti y uniéndote tú a mí corporal y espiritualmente por tu gracia y por tus sacramentos, y de llenarme de ti mismo y de formarte en mí, para vivir y reinar en mí perfectamente. Bendito seas, Jesús, por tu bondad y tu amor. ¡Que todas tus misericordias y todas tus maravillas en favor de los hijos de los hombres, te bendigan eternamente! Te pido perdón, humildemente, por haber obstaculizado tus grandes designios. No permitas que vuelva a contrariarlos. Porque, en adelante, quiero aniquilar en mí, al precio que sea, con la ayuda de tu gracia, cuanto se opone a tu voluntad.

Para el Martes.

Sobre la santa infancia de Jesús.

1. No te has contentado, admirable Jesús, con hacerte hombre por amor a los hombres: quisiste también ser niño y sujetarte a la pequeñez y debilidades de la infancia, para honrar a tu Padre en todos los estados de la vida humana y santificar los estados de nuestra propia vida. ¡Bendito seas por todo ello, oh Jesús! Que tus ángeles y santos te bendigan eternamente. Te ofrezco, amabilísimo niño, mi propio estado de infancia y te suplico, por la virtud de la tuya que borres las imperfecciones de mi infancia y la conviertas en eterno homenaje a tu infancia adorable.

2. En tu infancia oh Jesús, no estás ocioso, sino que obras maravillas. Con relación a tu Padre te ocupas incesantemente en su contemplación, adoración y amor. A tu santa Madre la estás colmando de gracias y bendiciones. Estás produciendo frutos admirables de luz y de santidad en san José, en el pequeño Juan Bautista y en los demás santos y santas que tuvieron trato contigo en tu infancia. Te adoro, te amo y te bendigo en estas divinas ocupaciones y en los efectos maravillosos de tu santa infancia. Te ofrezco el honor y el amor que recibiste en ese estado, de parte de tu Padre, de tu Espíritu Santo, de tu santa Madre y de los ángeles y santos que pertenecen de manera especial a ese misterio.

3. Adoro en ti, niño amabilísimo, los pensamientos, los designios y el amor ardiente que tuviste por mí en tu estado de infancia. Porque sin cesar pensabas en mí y me amabas. Desde entonces tenías el designio de imprimir en mí la imagen de tu divina infancia, de colocarme en un estado que imitara y honrara la dulzura, la sencillez, la humildad, la pureza de cuerpo y de espíritu, la obediencia y la inocencia de tu infancia. Me doy a ti, oh Jesús, para que se realice este designio tuyo. En adelante, para rendir homenaje a tu santa infancia, me esforzaré con la ayuda de tu gracia, por ser manso, humilde, sencillo, puro, obediente, sin amarguras y sin malicia, como un niño.

Para el Miércoles.

Sobre la vida escondida y laboriosa de Jesús.

1. Aunque tenías, oh Jesús, tantas e importantes cosas por decir y realizar en la tierra, como convertir muchas almas y hacerles el bien con tu ejemplo y tus predicaciones, no quisiste conversar entonces con los hombres, sino que llevaste una vida escondida y desapercibida hasta la edad de treinta años. Estabas retirado dentro de tu Padre: en él habías encerrado tu espíritu, tu corazón, tus pensamientos, deseos y afectos. Lo hiciste así para honrar tu vida escondida y eterna en el seno de tu Padre y para mostrarnos cuánto te agradan la soledad y el retiro. En efecto, de tus treinta y cuatro años de vida terrena, sólo empleaste cuatro para tratar con los hombres y dedicaste los demás al retiro y a la soledad. Bendito seas, buen Jesús, por la gloria que tributaste a tu Padre durante esos años de vida escondida. Concédeme, te lo ruego, que para honrarla, ame yo en adelante, la soledad exterior e interior. Retírame y escóndeme dentro de ti: mi espíritu dentro de tu espíritu, mi corazón en tu corazón, mi vida dentro de tu vida. Por mi parte deseo, con la ayuda de tu gracia, retirarme a todas partes para vivir en ti, con el pensamiento y el afecto, como en mi lugar de refugio, mi centro, mi elemento y mi paraíso, fuera del cual todo es infierno y perdición. Quiero permanecer siempre en ti, según tu mandamiento: *Permaneced en mí*¹, es decir, en tu espíritu, en tu amor, en tus sentimientos e inclinaciones.

2. Tú, amabilísimo Jesús, quisiste llevar a los ojos humanos, una vida escondida y opaca, pobre, laboriosa y sufrida, con el

¹ Jn. 15, 4.

nombre y el oficio de carpintero. Así nos enseñas primero con tu ejemplo, lo que más tarde nos enseñarás con tus palabras, a saber, que *lo grande ante los hombres es abominación ante Dios*¹. Graba profundamente, oh Jesús, esta verdad en mi espíritu. Infunde en mi corazón un odio superlativo a lo que es gloria, alabanza, grandeza, vanidad y brillo a los ojos humanos y comunícame en cambio amor y afecto fortísimos a lo que lleva consigo humillación y pequeñez.

3. Tú eres, Jesús, Dios como tu Padre y un solo Dios con él. Tienes con él un solo y mismo poder y actividad. Junto con tu Padre creaste y gobiernas este inmenso universo. Con él te dedicas, desde toda eternidad a producir un Dios y Persona divina, tu Espíritu Santo y a realizar maravillas dignas de tu soberana grandeza. Sin embargo, cuando te considero en el estado de tu vida escondida, te veo sometido a las acciones y necesidades más humildes de la vida humana, como alimentarte, dormir, ganarte la vida con la fuerza de tus brazos y el sudor de tu frente. Pero consuela y asombra que eres tan admirable en las cosas pequeñas como en las grandes. Porque al realizar tus acciones más ordinarias con un amor infinito a tu Padre y a nosotros, das a tu Padre una gloria infinita. Así nos has merecido y adquirido, en virtud de tu santas acciones, gracias especiales para que hagamos santamente las nuestras. No permitas que por dejar de hacerlas santamente hagamos tu gracia vana e inútil. Ese es mi deseo y mi propósito: concédeme llevarlo a efecto únicamente por tu gloria. Haz que, en adelante, te ofrezca todas mis acciones, aún las más triviales, en honor de las tuyas y que las realice, a ser posible, con tus mismas disposiciones e intenciones.

Para el Jueves.

Sobre la vida pública de Jesús en la tierra y en el santísimo Sacramento.

1. Tú, amabilísimo Jesús, vives y reinas y te comunicas desde toda eternidad con tu Padre y tu Espíritu Santo. ¡Qué deliciosa es para ti esa conversación! Cuánta gloria, amor y alabanzas recibes en ella de tu Padre y de tu Espíritu Santo. Sin embargo, quisiste dejar el seno de tu Padre y venir a la tierra para conversar, beber y comer familiarmente no sólo con tu santa Madre, san José y tus

¹ Lc. 16, 15.

santos apóstoles y discípulos, sino también con hombres pecadores que te han hecho víctima de sus ultrajes e indignidades. Y has querido actuar así:

1.1. Para rendir homenaje, con el trato que tuviste con tu santa Madre y tus santos apóstoles y discípulos, a la santa y divina conversación que has tenido en la eternidad con tu Padre y tu Espíritu Santo;

1.2. Para liberarnos, mediante las molestias que recibiste en el trato con los pecadores, del castigo que merecimos con nuestros pecados, de vernos reducidos para siempre a la miserable compañía de los demonios y para hacernos dignos de vivir eternamente en la compañía de tus ángeles y santos, de tu santa Madre y de las tres eternas personas;

1.3. Para demostrar la verdad de lo que has dicho: *mis delicias son estar con los hijos de los hombres*¹;

1.4. Para adquirimos, por los méritos de tu vida pública, la gracia de tratar santamente los unos con los otros;

1.5. Para que tu conversación santa y divina nos sirva de ejemplo de cómo debemos tratar con nuestro prójimo.

2. Por todo esto, oh Jesús, te adoro, te bendigo y te amo. Te adoro en el estado de tu vida pública y de trato con los hombres, desde tus treinta años hasta tu muerte. Te adoro y glorifico en lo que sucedió en ti durante ese tiempo, en tus acciones, palabras y predicaciones, en tus milagros, viajes, trabajos y fatigas, y en tus pensamientos, sentimientos, designios, afectos y disposiciones interiores. Te bendigo sin cesar por la gloria que has tributado a tu Padre con todas esas cosas. Te ofrezco el amor y el honor que durante tu vida pública te tributaron los santos que trataron contigo. Te ofrezco también las conversaciones que he tenido y tendré con mi prójimo en homenaje a las tuyas, te suplico las consagres a dar gloria a tu vida pública.

3. Adoro en ti, oh Jesús, las santas y divinas disposiciones e intenciones con que trataste con los hombres. ¡Con qué humildad, caridad, dulzura, paciencia, modestia, desprendimiento de las criaturas y aplicación a Dios lo has hecho! Deseo, Salvador mío, conversar, en adelante, con mi prójimo, con tus mismas disposiciones que te ruego imprimir en mí. Te pido perdón por las faltas que contra ello he cometido.

¹ Prov. 8, 31.

4. No te contentas, Señor, con haber convivido y tratado con nosotros en tu vida mortal sino que, antes de regresar al cielo, el amor, siempre insatisfecho que tienes por nosotros, te hizo inventar un medio admirable que permanece siempre con nosotros y aún para morar dentro de nosotros y darte a nosotros con los tesoros y maravillas que tú encierras. Eso lo lograste mediante tu divina Eucaristía resumen de tus portentos y fruto cumbre de tu amor por nosotros. ¡Oh amor, oh bondad! ¿Cómo no me he convertido en amor y alabanza a ti? Perdóname, oh Jesús, el mal uso que he hecho de don tan excelente. Concédeme que para el futuro aproveche mejor este divino Sacramento y que así como tú tienes tus delicias en estar conmigo, yo también encuentre mi gozo en conversar contigo, en pensar en ti, en amarte y glorificarte.

Para el Viernes.

Sobre los sufrimientos y muerte de Jesús.

1. Tú eres, oh Jesús, el amor y las delicias de Dios y de los ángeles, del cielo y de la tierra. Tú eres el Dios de los consuelos, la fuente de toda alegría, el gozo y la felicidad personificados. Pero veo que en el estado de tu vida mortal y especialmente en tu último día, eres el objeto de la ira y saña del cielo, de la tierra y del infierno, de Dios, de los hombres y de todas las criaturas. Veo cómo todas las cosas se coligan contra ti y se dedican a hacerte sufrir; que eres como el blanco de todos los ultrajes y contradicciones. Te veo tan abrumado de dolor y tormentos en cada porción de tu cuerpo y de tu alma que pareces trocado en dolor y en sufrimiento. Por eso el Profeta te llama *varón de dolores*¹. A ese lamentable estado, Salvador mío, te han reducido tu bondad y el exceso de tu amor. Te adoro, te amo y te bendigo en todos tus sufrimientos. Pero, sobre todo, contemplo y adoro en ti las santas disposiciones con que has padecido. ¡Qué sumisión la tuya a la voluntad de tu Padre! ¡Qué humillación la de tu alma santa a la vista de todos los pecados del mundo que te echaste encima! ¡Cuánta caridad hacia nosotros, qué paciencia y mansedumbre para tus enemigos!

Siento inmensa confusión al ver a mi Jesús sufrir cosas tan inauditas con semejantes disposiciones y comprobar que soy tan

¹ Is. 53, 3.

sensible a las menores molestias y tan desprovisto de sus disposiciones. Me doy a ti, buen Jesús, para sufrir contigo lo que te plazca. Te ofrezco lo que he padecido y habré de padecer en toda mi vida. Te ruego que unas mis penas y trabajos a los tuyos; que con los tuyos bendigas los míos; que te sirvas de ellos como si fueran tuyos para dar gloria a tu Padre y en honor de tu santa pasión. Hazme partícipe de tu amor, de tu humildad y demás disposiciones.

2. Tú has sufrido, amabilísimo Jesús, los tormentos de la cruz y de la muerte con tal amor a tu Padre y a nosotros que tu Espíritu Santo hablando, en las Escrituras, del día de tu pasión y de tu muerte, lo llama *el día de la alegría de tu Corazón*¹, para mostrar que habías puesto tu gozo en sufrir, que a imitación tuya yo también, Salvador mío, coloque mi alegría en las penas, desprecios y sufrimientos como en aquello con que puedo darte más gloria y amor. Infunde estas disposiciones en mi alma y graba en mi corazón un odio profundo a los placeres de la tierra y un afecto particular a los trabajos y sufrimientos.

3. Te contemplo y adoro, oh Jesús en tu agonía y muerte en la cruz. Adoro cuanto tuvo lugar en ti en el último instante de tu vida; tus últimos pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos; el último uso de los sentidos de tu cuerpo y de las facultades de tu alma; los últimos efectos de gracia que realizaste en el alma de tu santa Madre y en las almas santas que estaban con ella al pie de tu cruz; tus últimos actos de adoración y de amor a tu Padre; los últimos sentimientos y disposiciones de tu Corazón, y tu último suspiro. Te ofrezco mi muerte y el último instante de mi vida en honor de tu santa muerte y de tu último instante. Bendice mi muerte, Salvador mío y santifícala con la tuya; únala a tu muerte. Te pido que las últimas cosas que me sucederán sean un homenaje a las cosas últimas que tuvieron lugar en ti; que mi último suspiro honre tu último suspiro y sea un acto de purísimo y perfectísimo amor a ti.

¹ Cant. 3, 11.

Para el Sábado.

Sobre la vida de Jesús en María y de María en Jesús.

1. ¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María! Te contemplo y adoro viviendo y reinando en tu santísima Madre, como el que eres y lo realizas todo en ella. Porque si, conforme a la palabra del apóstol, *tú lo eres y lo haces todo en todas las cosas*¹, ciertamente también en tu sacratísima Madre. Tú eres su vida, su alma, su Corazón, su espíritu, su tesoro. Estás en ella santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo. Estás en ella realizando obras más grandes y tributándote en ella y por ella una gloria mayor que en todas las demás criaturas del cielo y de la tierra. Estás en ella revistiéndola de tus cualidades y perfecciones, de tus inclinaciones y disposiciones, imprimiendo en ella una imagen perfectísima de ti mismo, de tus estados, misterios y virtudes y haciéndola tan semejante a ti que quien ve a Jesús ve a María, quien ve a María ve a Jesús. Bendito seas, oh Jesús, por todo cuanto eres y realizas en tu santa madre. Te ofrezco las delicias, el amor y la gloria que has tenido y tendrás por siempre en ella.

2. Te honro, Madre de Jesús, y te admiro en la vida prodigiosa que tienes en tu Hijo Jesús. Es una vida adornada de toda virtud y perfección: un solo instante de ella es más grato a Dios que todas las vidas de los ángeles y de los hombres; es una vida que tributa a Dios más honra y amor que todas las demás vidas de la tierra y del cielo; esa vida no es otra que la vida de su Hijo Jesús que él le va comunicando de modo singular e inefable. Bendita seas, Virgen santa, por el honor que has tributado a tu Hijo amadísimo en toda tu existencia. Te ofrezco mi vida, Madre de vida y de gracia, y la consagro por entero a honrar la tuya; suplico a tu Hijo Jesús, Dios de mi vida y de amor, que por su inmensa bondad haga de mi vida homenaje continuo y eterno a su santa vida y a la tuya.

3. ¡Jesús, Dios de mi vida y de mi corazón! Tú tienes un deseo inmenso de vivir en mí y de hacerme vivir en ti con una vida santa y celestial. Te suplico me perdones los obstáculos que con mis pecados e infidelidades he puesto al cumplimiento de este deseo tuyo. Extingue en mí la vida corrompida del viejo Adán y

¹ Ef. 1, 23; 1 Cor. 12, 6.

reemplázala por tu vida santa y perfecta. Vive en plenitud en mi espíritu y en mi corazón: realiza allí todo cuanto deseas para tu gloria. Amate a ti mismo en mí y glorifícate en todas las formas que deseas. Alcánzame de tu Hijo, Madre de Jesús, que todas estas cosas se cumplan en mí.

También para el Domingo.

Sobre la vida gloriosa de Jesús en el cielo después de su ascensión.

1. Después de contemplarte y adorarte, oh Jesús, en tu estado de vida mortal y pasible, en las agonías de tu cruz y en las sombras de la muerte y del sepulcro, quiero contemplarte y adorarte en las grandezas, esplendores y delicias de tu vida gloriosa que siguió a tu resurrección y de la que ahora, desde tu ascensión, gozas en el cielo, en el regazo y la gloria del Padre.

¡Oh vida inmortal de mi Jesús, vida libre de las miserias y necesidades de la tierra; vida totalmente escondida e imantada en Dios; vida toda de amor purísimo! En ella Jesús no tiene otra ocupación que amar a su Padre, amarnos para su Padre, amar, bendecir y glorificar a su Padre por nosotros, ofrecernos a él e interceder ante él por nosotros. Oh vida santísima, purísima y divina, penetrada de gozo indecible, de la plenitud de gloria, de grandeza y de la felicidad de Dios. ¡Qué alegría para mi corazón, amado Jesús, verte gozar de vida semejante! Bendito sea siempre tu Padre amabilísimo por haberte establecido en esa vida.

2. ¡Amable Jesús! No sólo vives en ti mismo con una vida gloriosa y feliz, sino también en tus ángeles y santos que te acompañan en el cielo. Porque eres tú el que vives en ellos, el que les comunicas tu vida gloriosa e inmortal, el que eres glorioso y feliz en ellos. Tú lo eres todo y los haces todo en ellos, según el testimonio de tu apóstol: *todo en todos*¹. Eres tú el que adoras, alabas y amas a tu Padre eterno y a ti mismo en ellos y por ellos. Por lo cual, ¡bendito seas, buen Jesús! Te ofrezco la vida gloriosa de todos los habitantes del cielo, con el amor y las alabanzas que te tributan y habrán de tributar por siempre, en honor de la vida gloriosa que tienes en ti mismo. Y ruego a tus ángeles y santos que te amen y te glorifiquen por mí

¹ 1 Cor. 12, 6; Ef. 1, 23.

y me asocien a los homenajes que te tributan y tributarán eternamente.

3. Bien sé, oh Jesús, que por tu amor hacia mí y por el celo que tienes por tu gloria, deseas ardientemente ser amado y glorificado en mí. De ahí que tienes un deseo infinito de atraerme a ti en el cielo para vivir en mí perfectamente y establecer en mí, en plenitud, el reino de tu gloria y de tu amor. Porque mientras yo more en la tierra tú no vivirás ni reinarás plenamente en mí. Por eso, Salvador mío, ya no quiero vivir en la tierra sino para suspirar incesantemente por el cielo. ¡Oh cielo, cuán deseable y amable eres! ¿Cuándo será, Dios del cielo, que veré tu rostro? ¿Cuándo vivirás plenamente en mí y te amaré perfectamente? ¡Que dura e insoportable eres, vida terrena! Dios de mi vida y de mi corazón: ¡qué larga y cruel es esta vida en la que se te ama tan poco y tanto se te ofende!

Pero me consuela, Señor, la advertencia de tu apóstol, de que, ya desde ahora, estoy contigo en el cielo y que allí estoy viviendo, en ti y contigo, de tu propia vida. Porque él me asegura que tu Padre *nos ha vivificado y resucitado, y nos ha hecho sentar juntamente contigo en el cielo*¹. De manera, Jesús mío, que estoy viviendo contigo en el cielo; allí tengo parte en el amor, la gloria y las alabanzas que das a tu Padre, por ti mismo y mediante tus ángeles y santos. Y si estoy en tu gracia puedo decir que amo, alabo y glorifico sin cesar en ti y contigo a mi Padre y Padre tuyo, con el mismo amor, alabanza y gloria con que tú lo glorificas y lo amas. En efecto, pues soy una sola cosa contigo, como un miembro con su cabeza, puedo decir con san Agustín que allí estoy donde está mi cabeza, que vivo de su vida, que todo lo suyo es mío, que tengo parte en todo lo que él hace; que todas sus acciones y ejercicios me pertenecen. En una palabra que hago en él y con él todo cuanto él hace.

En consecuencia, amado Jesús, estoy también desde ahora en el cielo con tu santa Madre, con tus ángeles y santos, especialmente con los que tienen relación especial conmigo. Tengo parte en las alabanzas y en el amor que ellos te tributan. Hasta puedo decir con verdad que amo y glorifico sin cesar en ellos y por ellos, a tu Padre y a ti. Por que tanto ellos como yo somos miembros de

¹ Ef. 2, 5.

una misma cabeza y de un mismo cuerpo, y así somos uno. Por eso todo lo de ellos es mío, tengo parte en sus obras, en ellos y con ellos realizo lo que ellos hacen.

¡Qué consuelo representa para mí saber que ya me encuentro en el paraíso, donde amo y glorifico continuamente a mi Dios! Ah, Señor Jesús, ¿qué amor y qué acción de gracias te daré por haberme unido tan estrecha y santamente contigo y con tus santos y por haberme dado, con esa unión, medios tan eficaces de alabarte y de amarte perpetuamente en la tierra y en el cielo? ¡Salvador mío, que yo viva en la tierra de manera acorde con la vida que tengo en ti y con tus santos en el cielo! Que me ocupe continuamente aquí en la tierra en el ejercicio de amarte y de alabarte. Que empiece en este mundo mi paraíso, haciendo consistir mi felicidad en bendecirte y amarte, en cumplir tus voluntades y en realizar valientemente la obra de gracia que deseas cumplir en mí. Así cuando esa obra esté plenamente cumplida, me llevarás contigo al reino de tu amor eterno para allí amarte y glorificarte en forma perfecta y eterna.

Elevación a Jesús sobre todos los estados y misterios de su vida.

¡Jesús, mi Señor! Prostrado a tus pies me entrego al poder de tu divino Espíritu y de tu santo amor. Con la fuerza inmensa del mismo Espíritu y la grandeza infinita de ese amor, te adoro, te glorifico y te amo en ti mismo y en los misterios y estados de tu vida.

Te adoro en tu vida divina y eterna en el seno de tu Padre; en tu vida temporal en la tierra durante treinta y cuatro años; en el primer instante de esta vida; en tu santa infancia; en tu vida escondida y laboriosa; en tu vida de trato con los hombres cuando vivías y caminabas visiblemente en la tierra y en la que llevas aún con nosotros en la santa Eucaristía.

Te adoro en tus sufrimientos exteriores e interiores y en el último instante de tu vida mortal; en tu vida gloriosa y celestial; en la vida que tienes en tu santa Madre y en tus ángeles y santos del cielo y de la tierra. De manera general te adoro, te amo y glorifico en los demás misterios y portentos contenidos en la vastedad ilímite de tu vida divina, temporal y gloriosa. Te

bendigo y te doy gracias por la gloria que has tributado y tributarás siempre a tu Padre en todos los estados de tu vida.

Te ofrezco el amor y el honor que has recibido y recibirás siempre en tus misterios y estados, por parte de tu Padre, de tu divino Espíritu, de tu Santa Madre, de tus ángeles y santos. A ellos les suplico que te amen y te glorifiquen por mí.

Me entrego a ti, oh Jesús, y te suplico que imprimas en mí una imagen perfecta de ti mismo, de tu vida, de tus estados y misterios, de tus cualidades y virtudes. Ven Señor Jesús y aniquila en mí lo que se aparte de ti: establécete perfectamente en mí, de manera que lo seas todo y lo hagas todo en mí, y mi ser, mi vida y todas sus dependencias estén consagradas a honrar tu vida y tu ser soberano.

Que mi nacimiento a la naturaleza y a la gracia, mi infancia, mi adolescencia, mi trato con los hombres, mi agonía, mi muerte y sepultura, todos los estados de mi vida temporal y eterna, rindan homenaje a todos los estados de tu vida temporal y eterna. Que mis pensamientos, palabras y obras, rindan homenaje a los tuyos. Que mis pasos, trabajos y sufrimientos honren los tuyos. Que las facultades de mi alma, y los miembros y sentimientos de mi cuerpo, honren las facultades de tu alma santa y los miembros y sentimientos de tu cuerpo deificado. En una palabra, que todo lo que ha habido y habrá en mí se convierta en adoración, alabanza y amor continuo y eterno a ti.

Ven, Señor Jesús, ven a mí para vivir y reinar en mí plenamente, para amarte y glorificarte como mereces, para cumplir los designios de tu bondad, para consumir en mí la obra de tu gracia y para establecer en mí el reino eterno de tu gracia y de tu puro amor. Ven, Señor Jesús, ven, con la plenitud de tu poder, con la santidad de tu Espíritu, con la perfección de tus misterios, con la pureza de tus caminos. ¡Ven, Señor Jesús!

Ven a mí, Señor Jesús, con la plenitud de tu poder, y destruye cuanto te desagrada, para realizar en mí lo que deseas para tu gloria. Ven en la santidad de tu Espíritu y despréndeme enteramente de lo que no eres tú; úneme perfectamente contigo y condúceme en todas mis acciones. Ven con la perfección de tus misterios y realiza en mí lo que deseas realizar por ellos;

dirígeme según el espíritu y la gracia de esos misterios y glorifícalos, complétalos y consúmelos en mí. Ven en la pureza de tus caminos y realiza en mí a cualquier precio, los designios de tu amor; condúceme por las sendas rectas de ese amor purísimo, y no permitas que me desvíe ni a la derecha ni a la izquierda; que en nada ceda a las inclinaciones y sentimientos de la naturaleza corrompida y del amor propio: ¡Ven, Señor Jesús!

SEXTA PARTE

SANTIFICACION DE LAS ACCIONES ORDINARIAS

1. Estamos obligados a hacer santamente nuestras acciones.

En la primera parte de este libro te propuse la manera de empezar y terminar cada día. Ahora te ofrezco algunas prácticas que te ayudarán, mediante la gracia de nuestro Señor, a hacer tus acciones santamente, como lo exige tu condición de cristiano o de cristiana.

Porque todo cristiano, de cualquier estado o condición, está obligado, como miembro de Jesucristo, a llevar la vida de su Cabeza, es decir, una vida santa, realizando cristianamente todas sus acciones, grandes y pequeñas. Digo "cristianamente", es decir, de manera santa y divina, como actuó Jesucristo: en una palabra, realizando nuestras acciones en Jesucristo y para Jesucristo, en su espíritu y con sus disposiciones.

Infinidad de razones nos obligan a ello, muchas de las cuales ya las expresé en la primera parte de este libro. Pero te ruego recordar, una y otra vez, que Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, y que con él, si estamos en su gracia, tenemos una unión más íntima y perfecta que los miembros de un cuerpo natural con su cabeza. De ahí nuestra obligación de realizar nuestras acciones para él y en él. Para él, porque ellas le pertenecen, como lo que es propio de cada miembro pertenece a la cabeza. En él, es decir, en su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, puesto que los miembros deben seguir e imitar a su cabeza.

Esto tiene gran importancia: en efecto, la mayor parte de nuestra vida es un tejido de pequeñas acciones, tales como comer, beber, dormir, leer, escribir, conversar con el prójimo. Si nos esmeramos por hacerlas bien, daremos con ellas gran gloria a Dios y adelantaremos pronto en las sendas de su amor. En

cambio, si somos negligentes, privamos a Dios de la gloria que le debemos y malogramos las gracias que él nos daría.

Por eso san Pablo nos exhorta diciendo: *Sea que comáis, sea que bebáis o cualquier cosa que hagáis, por pequeña e indiferente que sea, hacedlo todo para gloria de Dios y en nombre de nuestro Señor Jesús*¹.

Es decir, en el espíritu de Jesucristo, con las disposiciones e intenciones con que él hacía esas mismas acciones y con que las haría también ahora de estar en lugar nuestro.

Pero me dirás: ¿cómo puedo conocer las disposiciones e intenciones con que actuaba Jesucristo? Y te respondo:

1. La luz de la fe nos hace ver cómo sus disposiciones fueron de humildad, mansedumbre, paciencia, caridad con el prójimo, aplicación a Dios, y de toda clase de virtudes. Y que sus intenciones fueron actuar por amor a su Padre, para darle gloria, agradecerle y cumplir sus voluntades.

2. No es necesario conocerlas: basta tener el deseo y la intención de actuar en el espíritu de Jesucristo, con sus disposiciones e intenciones; y así es fácil, con la gracia de nuestro Señor, hacer sus acciones santa y cristianamente.

Esfuézate pues, por lo menos al comenzar tus principales acciones, por levantar tu corazón a Jesús, diciéndole:

1. que renuncias a ti mismo, a tu amor propio y a tu propio espíritu, a tus propias disposiciones e intenciones;
2. que te entregas a él, a su santo amor y a su divino Espíritu, porque quieres realizarlas con sus disposiciones e intenciones.

Por este medio le tributarás gran gloria y adelantarás en corto tiempo por las vías de su gracia.

Para llevar a la práctica este santo ejercicio, puedes utilizar las siguientes elevaciones, oral o mentalmente, ya de una manera ya de otra, cifrándote al sentido y a la sustancia de las mismas y no a las palabras.

¹ 1 Cor. 10, 31; Col. 3, 17.

Elevaciones a Jesús para realizar santamente las acciones

Oh Jesús, renuncio a mí mismo, a mi espíritu y amor propios y a todo lo mío. Me doy a ti, a tu Espíritu Santo y a tu divino amor para realizar esta acción con tu gracia, guiado por tu espíritu y tu puro amor.

O bien:

Oh Jesús, sacrifico ante ti mi espíritu y amor propios, mis disposiciones e intenciones personales y todo lo mío. Me entrego totalmente a ti para que tú mismo me destruyas y te establezcas en mí y seas tú el que hables y actúes en mí según tu espíritu, tus disposiciones e intenciones.

O bien:

Me abandono totalmente, oh Jesús, a tu divino poder y a tu santo amor. Arráncame de mí mismo y escóndeme y atráeme dentro de ti para que no viva, hable y actúe sino en ti, por ti y para ti.

O bien:

Te ofrezco, Jesús, esta acción en honor de las acciones que realizaste en el mundo. Deseo tener las mismas disposiciones e intenciones que acompañaron tus santas acciones.

O bien:

Tú, Dios mío, estás siempre con nosotros y con nosotros realizas todas nuestras obras. Haz que también yo esté siempre contigo y realice esta acción con las mismas intenciones tuyas, en unión del mismo amor, perfección y santidad con que tú la realizas ahora conmigo.

O bien:

Oh buen Jesús, que todo sea para ti, todo para tu gloria y tu puro amor; nada para mí, nada para el amor propio, nada para el mundo.

Para realizar acciones prolongadas o que exigen gran atención.

Cuando tengas que ejecutar alguna acción que por ser prolongada o porque te exige gran atención, podría distraerte de la presencia de Dios, invoca, antes de empezarla, a tu ángel de la Guarda, a los demás ángeles y santos y a la santísima Virgen y diles que amen y glorifiquen a Jesús por ti mientras tú realizas esa acción.

Antes de conversar con el prójimo.

Oh Jesús, me entrego a ti: pon en mi boca lo que quieres que diga y haz que mis palabras rindan homenaje a tus santas palabras.

Que todas mis conversaciones estén consagradas a honrar tus conversaciones terrenas con los hombres. Te ruego me haga partícipe de la humildad, mansedumbre, modestia y caridad con que trataste a toda clase de personas.

Al tomar el alimento.

Dios mío, por tu inmensa caridad me das esta comida: quiero tomarla por amor a ti y uniéndome al amor con que tú me la otorgas. Deseo que cada bocado que tome sea un acto de alabanza y de amor a ti.

Te ofrezco, oh Jesús, esta comida en honor de las que tomaste en la tierra. Renuncio a todo amor propio y deseo tomarla uniéndome al mismo amor con que te sometiste a la necesidad de comer y de beber, y con las santas disposiciones o intenciones con que tomaste tus alimentos.

Al ir de recreo.

Te ofrezco, oh Jesús, este recreo en honor y unión de los santos recreos y divinas alegrías de tu vida mortal, con tu Padre eterno, con tu Espíritu Santo, con tu santa Madre y con tus ángeles y santos. Porque hablando de ti mismo dices: *Me deleitaba en todo tiempo en su presencia, jugaba con la esfera de la tierra y*

*mis delicias eran estar con los hijos de los hombres*¹. Y tu evangelio nos refiere que te alegraste en el Espíritu Santo y que recomendaste a tus apóstoles que descansaran después de su trabajo.

Yendo y viniendo por la casa y fuera de ella.

Oh Jesús, que mis desplazamientos, mis idas y venidas y todos mis pasos, tributen gloria a todos los pasos que tú has caminado en la tierra.

Que el uso de mis ojos, boca, manos y pies, de mis sentidos interiores y exteriores, rinda homenaje al uso divino que tu hiciste de los tuyos.

En el trabajo.

Que mi trabajo, oh Jesús, honre los trabajos tuyos en el mundo. Te pido, para ello, tu santa bendición.

Para escuchar la predicación.

Te ofrezco, Jesús, esta predicación en honor de tus santas predicaciones en la tierra. Deseo asistir a ella en honor y unión de la devoción con que tu santa Madre asistía a tus predicaciones.

Hazme participar del amor, la atención y devoción con que escuchas y obedeces fielmente la palabra de tu Padre, que continuamente te habla y te comunica sus voluntades.

Leyendo un libro de piedad.

Entre los ejercicios que nos pueden ayudar a mantenernos y adelantar en el divino amor, uno de los más excelentes es la lectura de libros de piedad. De ello ya hablamos en la segunda parte de este libro. Por eso te exhorto a que no dejes pasar un día sin hacer al menos media hora de lectura en un buen libro. Y, para hacerla bien, recuerda el episodio que nos refiere el capítulo cuarto de san Lucas: que el Hijo de Dios entró un día de sábado a

¹ Prov. 8, 30-31.

la sinagoga, tomó un libro y leyó de él¹. Ofrécele pues tu lectura en honor de la suya, diciéndole:

Te ofrezco esta lectura, oh Jesús, en honor de tu santa lectura: quiero hacerla uniéndome al amor y las disposiciones e intenciones con que tú leíste. Me doy a ti para que realices en mí, mediante esta lectura, lo que desees obrar con ella para tu gloria.

Escribiendo.

Ofrécele a Jesús esta acción diciéndole:

Te ofrezco esta acción, oh buen Jesús, en honor de la que tú realizaste cuando escribiste. Deseo hacerla ateniéndome a la caridad y demás disposiciones e intenciones tuyas. Que cada palabra y cada letra que voy a escribir sea una alabanza y bendición a ti.

Guía, amado Jesús, mi espíritu y mi pluma para que nada escriba que no venga de ti, por ti y para ti. Te ruego que mientras escribo, tú escribas e imprimas en mi corazón la ley de tu divino amor y las virtudes de tu vida.

Al dar limosna.

Quiero, oh Jesús, realizar esta acción únicamente por tu amor y en honor y unión de tu caridad hacia los pobres.

En las visitas a los pobres, enfermos o afligidos.

Te ofrezco, oh Jesús, esta acción en honor y unión del amor que te hizo bajar del cielo a la tierra para visitar a los pobres y consolar a los afligidos. Me doy a ti para consolarlos y ayudarlos yo también tanto como lo desees de mí. Hazme partícipe, te lo ruego, de la caridad inmensa que tienes hacia ellos.

¹ Cfr. Lc. 4, 16.

Al ayunar y hacer alguna penitencia.

Te ofrezco, oh Jesús, esta acción para honrar tu divina justicia y tu santa pasión. Quiero sobrellevar esta privación, esta penitencia y mortificación, por tu puro amor y uniéndome al amor con que soportaste en la tierra tantas privaciones y mortificaciones, como también en satisfacción por mis pecados y para que se cumplan los designios que tienes sobre mí.

Al hacer un acto de humildad.

Te ofrezco humildísimo Jesús, este acto de humildad, junto con los semejantes que se han realizado y se realizarán en el mundo, para honrar tus santas humillaciones y las de tu santa Madre. Destruye en mí el orgullo y la vanidad y haz reinar tu divina humildad.

Al hacer un acto de caridad.

Te ofrezco esta acción, Jesús de inmensa caridad, con todos los actos semejantes que se han realizado y se realizarán, en honor y unión de tu caridad infinita. Destruye en mí todo amor e interés propio y establece en mí el reino de tu divina caridad.

Al hacer un acto de obediencia.

Te ofrezco, Jesús obedientísimo, este acto de obediencia, para honrar tu obediencia perfecta y tu sometimiento a las normas y leyes no sólo de tu Padre sino de los hombres y hasta de tus enemigos. Destruye mi propio parecer y mi voluntad propia para no tener otra voluntad que la tuya y la de quienes te representan.

Para todas las demás acciones.

A todas las demás acciones puedes aplicar lo dicho para las anteriores. Porque no hay casi acción alguna, ni ejercicio de virtud, en la vida humana y cristiana, que Jesucristo no haya realizado cuando estuvo en la tierra. Y si queremos hacer santamente nuestras acciones tenemos que ofrecérselas en honor y unión de las suyas.

Te he propuesto estas pequeñas prácticas como señalándote con el dedo el medio para caminar siempre en presencia de Dios y para vivir en el espíritu de Jesús. El mismo espíritu te sugerirá otras si te entregas a él al comenzar tus acciones.

Porque te ruego tener en cuenta que la práctica más excelente, el secreto supremo, la devoción perfecta, consiste en no apegarse a prácticas o ejercicios especiales de devoción, sino en entregarte en todos tus ejercicios y acciones, al Santo Espíritu de Jesús, con humildad, confianza y total desprendimiento. Así él podrá actuar en ti con pleno poder y libertad para conducirte por los caminos de su agrado. Y después de darte a él muéstrate fiel en seguir su inspiración y su dirección.

Si él te inspira que utilices los ejercicios anteriores y los que te propondré más adelante, y encuentras en ellos gracia y bendición, enhorabuena. Si te lleva a otros más excelentes y más colmados de gracia y de unción, sigue su llamado con sencillez y humildad.

Estar siempre en la presencia de Dios.

Con estas prácticas y las frecuentes elevaciones de tu espíritu y de tu corazón a Dios, toda tu vida pertenecerá a Jesús, a él glorificarás en todas tus acciones, caminarás continuamente en su presencia. Porque se trata del medio más genuino y fácil de estar siempre en la presencia de Dios y de vivir en ejercicio constante de amor a él.

Sé muy bien que quien está en gracia de Dios y le ofrece por la mañana lo que va a hacer durante el día, aunque no vuelva a pensar en él, dará siempre gloria a Dios con sus acciones. Pero si Nuestro Señor, cuando ofrecía a su Padre por nosotros todas sus acciones terrenas, no dejó ni un instante de pensar en nosotros y de amarnos, quedaríamos muy cortos en nuestra gratitud y amor a él si sólo pensáramos en él una o dos veces al día. Porque si lo amáramos de verdad deberíamos encontrar nuestro deleite en levantar a menudo el espíritu y el corazón hacia él. Y esto podemos hacerlo fácil y llanamente, porque con su gracia, que nunca nos faltará para ello, y con un poco de esmero y de fidelidad de nuestra parte, nos habituaremos de tal manera a esta práctica que resultará casi connatural en nosotros.

En prueba de ello te diré, con toda verdad, que conozco a un eclesiástico, cuyo nombre ojalá esté escrito en el libro de la vida, que por el uso frecuente de este ejercicio, ha llegado al punto de que le es fácil, aún al tomar sus alimentos, hacer conscientemente casi tantos actos de amor como bocados toma. Y lo hace no sólo sin tensionar el espíritu y sin perjuicio de su salud, sino con tal facilidad y deleite que puede hablar y recrearse sanamente con el prójimo, cuando se presenta la ocasión. No te digo esto para que hagas lo mismo porque se apresurarían a gritar que pido cosas demasiado difíciles, sino para que te convenzas de cuánto poder tiene una santa costumbre y cómo se equivoca el mundo cuando se imagina mil dificultades y desabrimientos donde hay sólo toda suerte de dulzuras.

Cómo utilizar los sufrimientos del prójimo para gloria de Dios.

No sólo podemos y debemos hacer uso de cuanto sucede en nosotros, para dar gloria a nuestro Señor. Utilizaremos también todo cuanto ha sucedido, está sucediendo y habrá de suceder en el mundo. Y podemos hacerlo porque son cosas nuestras. En efecto, san Pablo nos asegura que todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, nos pertenecen¹; debemos hacerlo, porque es deber nuestro emplear todo lo nuestro para gloria de quien todo nos lo ha dado.

Por eso, al ejecutar una acción, nuestro amor y el celo por la gloria de nuestro Señor deben llevarnos no sólo a ofrecérsela sino a adicionarle las acciones semejantes que han sido, son y serán hechas en todo el mundo y que nos pertenecen, para ofrecerlas y consagrarlas a su gloria.

Por ejemplo, si emprendes un trabajo, piensa en el inmenso número de personas que en el mundo lo han hecho, lo hacen y lo harán, sin ofrecerlo a Dios. Pues bien, une todos los trabajos de ellos a los tuyos y ofrécelos a Jesús, como algo propio, en honor de sus trabajos. Haz lo mismo cuando te sobrevenga una aflicción corporal o espiritual.

¹ 1 Cor. 3, 22.

Es así como debemos orientar santamente todas las cosas a la gloria de Dios. Así continuamos y expresamos en nosotros el gran celo de Jesús por la gloria de su Padre. Porque cuando él, estando en la tierra, ejecutaba alguna acción, la ofrecía a la gloria de su Padre junto con todas las acciones pasadas presentes y futuras del mundo, que para él eran tan presentes como las que estaba ejecutando y que consideraba como propias, pues el Padre todo se lo había dado. Así reparaba las insuficiencias de los hombres. Y lo que digo de sus acciones se aplica también a las aflicciones y sufrimientos. Porque el Hijo de Dios no dejó nada en el mundo sin utilizarlo santamente para glorificar a su Padre. Revistamos, pues sus sentimientos y disposiciones y unámonos a él en el santo uso que hizo de todas las cosas para honrar a su Padre. No dejemos pasar nada, ni bueno ni malo, en nosotros y en los demás, sin aprovechar la ocasión para levantar nuestro corazón a Jesús y para utilizar cuanto sucede para su gloria, así como él conduce todas las cosas para nuestro bien y lo emplea todo para nuestro provecho.

En las aflicciones.

Cuando te sobrevenga una aflicción corporal o espiritual, póstrate de inmediato a los pies del que dijo: *Al que viene a mí no lo echaré fuera*¹. *Venid a mí los que estáis cansados y abrumados y yo os aliviaré*². Adora su divina voluntad, humíllate ante él a la vista de tus pecados, que son la causa de todos los males; ofrécele tu aflicción, pídele su gracia para sobrellevarla santamente y reconcíliate con él mediante la confesión y la comunión. Porque si no estás en su gracia y en su amor, todos los martirios del mundo serían inútiles para la gloria de Dios y para tu santificación: privarías a Dios de un gran honor que podrías tributarle en el momento de la tribulación y tú perderías inestimables tesoros de gracia y de gloria.

Elevación a Jesús en la aflicción.

Me postro a tus pies, Jesús, mi Señor. Adoro, bendigo y amo tu divina providencia en todo cuanto ordena o permite respecto a mí y a todo lo que me concierne. Porque tus mandatos y

¹ Jn. 6, 37.

² Mt. 11, 28.

aquiescencias, gran Dios, son igualmente adorables y dignos de amor. Sí, Salvador mío, que se cumpla tu voluntad en todo y por todo, apesar de las repugnancias de la mía, y que tus mandatos y aquiescencias sean adorados y glorificados eternamente.

Reconozco ante el cielo y la tierra que eres justo y que merezco esta aflicción, y mil veces más, por el menor de mis pecados. Por eso acepto, con toda mi voluntad, esta tribulación para honrar tu divina justicia, para someterme a tu santa voluntad y honrar los sufrimientos extremos que sobrellevaste en la tierra; para satisfacer por mis pecados, para que se cumplan tus designios sobre mí y para reconocer que es algo que proviene de tu mano amabilísima y de tu Corazón lleno de amor por mí.

Bendito seas, buen Jesús, por darme la ocasión de sufrir algo por tu amor. Hazme participar, te lo ruego, del amor, la humildad, la paciencia, dulzura y caridad con que tú has sufrido y dame la gracia de soportarlo todo por tu gloria y por tu puro amor.

Contra las tentaciones.

Si te sobreviene una tentación, no te confundas: vuélvete confiado a Jesús, humíllate ante él y pídele fuerza de la siguiente manera:

Reconozco, Salvador mío, que por causa de mis pecados no sólo merezco ser asediado sino vencido por toda clase de tentaciones. Confieso que por mí mismo no poseo fuerza alguna para resistir a la menor de ellas y que si tú no me sostuvieras caería en un infierno de toda clase de pecados.

¡Ay de mí, Jesús mío! ¡En estos momentos me hallo en horrible peligro! Me veo bordeando el infierno, a punto de perder tu gracia, de estar separado de ti, reducido a la esclavitud de Satanás y, lo peor de todo, de crucificarte cruelmente y afrentarte infinitamente si me dejo vencer por esta tentación. No lo permitas, Señor mío; librame de este peligro; dame gracia y fuerza para hacer buen uso de ella y darte gloria.

Renuncio, Dios mío, con todas mis fuerzas, al espíritu maligno, al pecado y a cuanto te desagrada. Te entrego mi voluntad:

protégela, te lo ruego y no permitas que se adhiera en lo más mínimo a la de tus enemigos. Te suplico, Salvador mío, por tu santa pasión y por todas tus bondades, que me concedas la gracia de padecer todos los tormentos del mundo antes que ofenderte.

EJERCICIO PARA LA SANTA MISA.

Cómo asistir dignamente al santo sacrificio de la misa.

Para asistir santamente al santísimo sacrificio de la Misa y glorificar dignamente a Dios en él, debes hacer cuatro cosas.

1. Apenas salgas de tu casa para ir a misa considera que no sólo vas a presenciar o a mirar sino a realizar la acción más santa y divina del cielo y de la tierra; que por lo mismo debes hacerla santa y divinamente, con gran cuidado y aplicación de espíritu y de corazón, como el asunto de mayor importancia que tengas en el mundo. He dicho que vas a hacer, porque todos los cristianos son una sola cosa con Jesucristo, sumo sacerdote y participan de su divino sacerdocio, hasta el punto de que en las Escrituras se les llama sacerdotes¹. Tiene, por tanto, el derecho, no sólo de asistir al santo sacrificio sino de hacer con el sacerdote lo que él hace, es decir, ofrecer con Jesucristo, el sacrificio que se ofrece a Dios sobre el altar.

2. Al entrar en el templo, humíllate profundamente y estímate indigno de estar en la casa de Dios, de presentarte en su presencia y de participar en tan augusto misterio. Y, a la vista de tu nada y de tus pecados, entra en espíritu de penitencia. Al comenzar la Misa acúsate en forma general, junto con el sacerdote, pide perdón a Dios y ruégale que te dé perfecto arrepentimiento y la gracia y la fuerza para evitarlos en lo venidero; en satisfacción ofrécele el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de su Hijo que le fue ofrecido en la cruz y que se le va a ofrecer sobre el altar.

3. Después de adorar a nuestro Señor Jesucristo que se hace presente en el altar para recibir nuestros homenajes y adoraciones, ruégale que así como cambia la naturaleza baja y terrestre del pan

¹ 1 Pe. 2, 9; Ap. 1, 6; 5, 10.

y del vino en su cuerpo y en su sangre, que cambie también y transforme la pesadez, frialdad y aridez de nuestro corazón terrestre y árido en el ardor, ternura, y agilidad de los afectos y disposiciones de su Corazón divino y celestial. Recuerda que los cristianos son una sola cosa con Jesucristo, como los miembros con su cabeza y que, por lo mismo, participan de sus cualidades. En este sacrificio Jesucristo se encuentra en calidad de sacerdote y de hostia al mismo tiempo. De la misma manera los que a él asisten deben hacerlo en calidad de sacerdotes, para ofrecer, junto con Jesucristo, sumo sacerdote, el mismo sacrificio que él ofrece; igualmente, en cuanto hostias y víctimas deben inmolarse y sacrificarse con él para gloria de Dios.

Por lo tanto, puesto que participas del divino sacerdocio de Jesucristo y como cristiano y miembro suyo llevas el nombre y la cualidad de sacerdote, debes ejercer esta cualidad y hacer uso del derecho que ella te da, para ofrecer a Dios, con el sacerdote y con el mismo Jesucristo, el sacrificio de su cuerpo y de su sangre en la santa Misa y, en cuanto sea posible, con las mismas disposiciones con que lo ofrece Jesucristo. ¡Con qué disposiciones santas y divinas se lo ofrece su Hijo Jesús! ¡Con qué humildad, pureza, santidad, desprendimiento de sí mismo y de todas las cosas, con cuánta aplicación a Dios y caridad hacia los hombres y con cuánto amor a su Padre! Unete a esas disposiciones de Jesús y ruégale que las imprima en ti.

Unete también a las intenciones con que Cristo lo ofrece que son cinco principales: la primera es honrar a su Padre, con honor, gloria y amor dignos de él. La segunda darle acciones de gracias dignas de su bondad, por los favores que ha hecho siempre a todas las criaturas. La tercera satisfacer plenamente por todos los pecados del mundo. La cuarta para que se cumplan sus designios y voluntades. La quinta para impetrar de él cuanto necesitan los hombres para el alma y para el cuerpo. Conforme a estas intenciones de Jesucristo ofrecerás a Dios el santo sacrificio de la misa:

- 3.1. En honor de la santísima Trinidad, en honor de lo que Jesucristo es en sí mismo, en sus estados y misterios, cualidades, virtudes, acciones y sufrimientos; en honor de cuanto realiza, por misericordia o por justicia, en su santa Madre, en sus ángeles y sus santos, en su Iglesia,

triumfante, militante y purgante en todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno.

- 3.2. Para dar gracias a Dios por los bienes temporales y eternos que ha comunicado a la humanidad sagrada de su Hijo, a la santa Virgen, a los ángeles y a los hombres y a ti en especial.
- 3.3. Para satisfacer a la divina justicia por todos tus pecados, por los pecados del mundo y en especial por los de las pobres almas que se encuentran en el purgatorio.
- 3.4. Para que se realicen todos sus designios y voluntades, especialmente los que tienen relación contigo.
- 3.5. Para alcanzar de la bondad de Dios, para ti y para todos los hombres, las gracias necesarias para que él sea servido y honrado por todos, según la perfección que pide a cada uno.

Esto es lo que debes hacer en calidad de sacerdote. Pero, en calidad de hostia, estás obligado al ofrecer a Jesucristo en la santa misa, a ofrecerte tú también a él como víctima; o más bien, a rogar a Jesucristo que penetre dentro de ti, que te atraiga dentro de él, que se una a ti y que te una e incorpore a él en calidad de hostia para sacrificarte junto con él a la gloria de su Padre.

Y porque es menester hacer morir la hostia que va a ser sacrificada y luego consumida por el fuego, ruégale que te haga morir a ti mismo, que te consuma en el fuego sagrado de su divino amor para que en adelante tu vida sea sacrificio perpetuo de alabanza, de gloria y de amor a su Padre y a él.

4. Prepárate a comulgar, al menos espiritualmente. Porque Nuestro Señor Jesucristo, que te ama infinitamente se hace presente en este sacrificio no sólo para estar contigo y comunicarte sus dones y gracias: también tiene el deseo ardiente de hacer su morada en tu corazón y de darse a sí mismo mediante la comunión, sacramental o espiritual. Por lo tanto prepárate a recibirlo con disposiciones y sentimientos de humildad y de amor. Humíllate ante él, consciente de que eres indigno de recibirlo; pero, al mismo tiempo, atendiendo a su ardiente deseo,

también tú deséalo recibir e invítalo con actos de amor a venir a ti, para vivir y reinar en ti perfectamente.

5. Finalmente, después de agradecer a nuestro Señor las gracias que te ha hecho en la santa misa, retírate de ella con el firme propósito de emplear el día en su servicio y con el pensamiento de que en adelante debes ser hostia muerta y viva al mismo tiempo; muerta a todo lo que no es de Dios, viva en Dios y para Dios, consagrada y sacrificada a su gloria y a su purísimo amor. Reafírmale a nuestro Señor que esos son tus deseos y que te ofreces a él para hacer y sufrir con este fin todo lo que le plazca. Ruégale que realice todo esto en ti por su inmensa misericordia y que te dé la gracia de levantar a menudo tu corazón hacia él durante el día, de no hacer nada que no sea para su gloria y de morir antes que ofenderle. Pídele para ello su santa bendición.

Tal es el uso que debes hacer de algo tan santo y divino como es el sacrificio de la misa. Y para facilitarte el uso de estos ejercicios, los voy a reducir en forma de elevaciones. Si quieres sacar fruto para gloria de Dios, te servirás de ellos a espacio y aplicando tu espíritu y tu corazón.

Elevación a Dios para el comienzo de la misa.

¡Mi Dios y Señor soberano! Me postro ante tu divina misericordia; dignate echar una mirada de bondad sobre esta criatura tuya que se reconoce la más indigna e ingrata de todas.

Me acuso ante ti, Padre de las misericordias, ante tus ángeles y santos, de las vanidades de mi vida pasada, de las ofensas cometidas contra tu divina Majestad, de mi frialdad en tu santo amor, de mi negligencia en tu servicio y en seguir tus inspiraciones, y de infinidad de faltas que tú conoces. Y, sobre todo, Dios mío, al pensar que tu Hijo amadísimo, al que vengo a adorar, me ha dado aún el primer instante de su vida, me considero inmensamente culpable por no haberte consagrado el primer uso de la razón que recibí de tu Majestad.

Tú, Señor Jesús, pasaste todos tus días en la pobreza y en el sufrimiento y los terminaste en la cruz por mi amor. Dedicaste tu vida a obras y ejercicios continuos de ardiente y excesiva caridad hacia mí. Yo, en cambio, creyendo que mis días y mi

tiempo eran plenamente míos, los vivo de ordinario inútilmente, con despreocupación, y a menudo ofendiendo a tu divina Majestad. Detesto, Salvador mío, todas mis faltas, la menor de las cuales te ha hecho nacer en un establo y morir en una cruz para expiarla ante la justicia del Padre.

La menor de tus acciones humanamente divinas y divinamente humanas amado Jesús, que has hecho y reiterado tantas veces por mi bien mientras vivías en la tierra, tiene tanto valor y mérito que aunque sólo hubiera sido realizada una vez, reclamaría justamente como reconocimiento y acción de gracias y a manera de reciprocidad, el empleo y la dedicación de mi vida a cumplir tu voluntad. Y eso nunca lo hago: al contrario, parece que no he nacido sino para ofenderte y afrentarte. Me arrepiento de haber sido tan infiel y tan ingrato y de haber pagado tan mal tu inmenso amor por mí. Dios mío, arrojo todos mis pecados en tu preciosa sangre, en el piélagos de tus misericordias y en el fuego de tu divino amor. Bórralos y consúmelos enteramente. Repara todas mis faltas, oh Jesús, y acepta en satisfacción este santo sacrificio de tu cuerpo y sangre que ofreciste en la cruz y que ahora te ofrezco con el mismo fin. El amor desordenado a mí mismo y al mundo han sido el origen de todas mis ofensas: renuncio a él para siempre y con todas mis fuerzas, amadísimo Jesús: destrúyelo en mí y establece el reino de tu divino amor.

Elevación a Jesús durante la misa.

¡Oh Jesús, mi Señor y mi Dios! Tú te haces presente en este altar para que yo te contemple y adore, te ame y glorifique y para comunicarme y aplicarme tus méritos. También para recordarme el gran amor que te hizo padecer y morir por mí en una cruz. Te adoro, te bendigo y glorifico en todas las formas posibles. ¡Cuánto deseo ser todo amor por ti y amarte perfectamente! ¿Quién me concediera verme transformado en fuego ardiente y en purísima llama de amor a ti? Angeles, santos y santas del paraíso, dadme vuestro amor para emplearlo en amar a mi Jesús. Oh hombres, criaturas todas capaces de amar, dadme vuestros corazones para sacrificarlos a mi Salvador. Si yo tuviera, Salvador dulcísimo, todo el amor del cielo y de la tierra gustoso lo dirigiría hacia ti. ¡Cuán adorado, amado y glorificado eres sobre este altar, tú el Hijo amadísimo del Padre eterno, por los millares de ángeles que te rodean! ¡Pero cuánto más deberían

honrarte, alabarte y amarte los hombres, ya que es por ellos y no por los ángeles que allí te haces presente! Que todos los ángeles y los hombres, todas las criaturas del cielo y de la tierra se conviertan en adoración, glorificación y amor a ti. Y que todos los poderes de tu divinidad y humanidad te magnifiquen y amen eternamente.

Adoro, Jesús poderosísimo, el poder de tus palabras que cambian la naturaleza grosera y terrestre del pan y del vino en la sustancia de tu precioso cuerpo y sangre. Me entrego totalmente a ese mismo poder para que cambie la pesadez, frialdad y aridez de mi corazón terrestre y árido por el ardor, la ternura y agilidad de los afectos y disposiciones de tu Corazón celestial y divino. Que me transforme de tal manera en ti que ya no tenga sino un corazón, un espíritu, una voluntad, un alma y una vida contigo.

Tú, mi Redentor, estás presente sobre este altar para recordarnos y hacer presente tu dolorosa pasión y tu santa muerte. Concédeme hacer memoria continua y tener un vivo sentimiento de lo que has hecho y padecido por mí; concédeme sufrir con humildad, sumisión y amor a ti las contrariedades que me ocurrirán hoy y en toda mi vida. Tú, buen Jesús, odias tanto el pecado, que mueres para darle muerte; y tanto aprecias y amas mi alma, que pierdes tu vida para devolverle la vida. Te pido, Salvador mío, no temer ni aborrecer ya nada fuera del pecado y no buscar y estimar cosa distinta de tu gloria.

Elevación a Jesucristo, sumo sacerdote que se sacrifica a sí mismo en la misa.

Te adoro, oh Jesús, como sumo sacerdote. De continuo estás ejerciendo ese ministerio, así en el cielo como en la tierra, sacrificándote a ti mismo por la gloria de tu Padre y por amor nuestro. Bendito seas mil veces por el honor infinito que das a tu Padre y por el extremado amor que nos testimonias en este divino sacrificio. No te contentas con sacrificarte tantas veces por nosotros: quieres, además, asociarnos contigo a esta obra egregia al hacernos a todos partícipes de tu cualidad de sumo sacerdote y al confiarnos el poder de sacrificarte contigo y con tus santos sacerdotes a la gloria del Padre y por nuestra salvación. Uneme, pues, a ti, pues te agrada que yo te ofrezca ahora contigo

este santo sacrificio. Haz que lo ofrezca también con tus disposiciones santas y divinas. ¡Con qué devoción, pureza y santidad, con qué caridad hacia nosotros y con cuánta aplicación y amor hacia tu Padre realizas esta acción! Dígnate imprimir en mí esas disposiciones, para hacer contigo, y como tú, lo que haces tan santa y divinamente.

Oh Padre de Jesús: tú nos has dado a tu Hijo y lo has puesto en nuestras manos mediante este misterio. Te lo ofrezco, pues, como algo que es verdaderamente mío, en unión con la humildad, la pureza, la caridad, el amor y demás disposiciones con que él se ofrece a ti.

Deseo también ofrecértelo por las mismas intenciones con que él se sacrifica. Te lo ofrezco, pues:

1. En honor de lo que eres, Dios mío, en tu esencia divina, en tus perfecciones, en tus Personas eternas, y en todo lo que realizas fuera de ti mismo. Te lo ofrezco en honor de cuanto tu Hijo Jesús es en sí mismo, en sus estados, misterios, cualidades, virtudes, acciones y sufrimientos, de cuanto realiza fuera de sí mismo, por misericordia o por justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno.
2. Te lo ofrezco en acción de gracias por los bienes temporales y eternos que has comunicado siempre a la humanidad sagrada de tu Hijo, a su santa Madre, a los ángeles y a los hombres y especialmente a mí la más indigna de tus criaturas.
3. Te lo ofrezco en satisfacción por la afrenta que te han causado y te causarán los pecados pasados, presentes y futuros, especialmente los míos y los de aquellas personas por quienes estoy particularmente obligado a orar, tanto vivos como difuntos.
4. Te lo ofrezco para que se cumplan tus designios, especialmente los que tienes sobre mí y sobre aquellos que me atañen. No permitas que pongamos el menor obstáculo a ellos.
5. Te suplico, Dios mío, que por el aprecio y la virtud de esta santa oblación, de este don precioso que te ofrezco y te devuelvo, nos otorgues las gracias espirituales y corporales que necesitamos

para servirte y amarte perfectamente y para ser entera y eternamente tuyos.

Elevación a Jesús como a hostia que se sacrifica a Dios en la misa.

Te contemplo y adoro, oh Jesús, en este misterio, como hostia santa que toma sobre sí y borra los pecados del mundo y que tú mismo aquí sacrificas para gloria de Dios y la salvación de los hombres. Tu apóstol me ha dado a conocer tus deseos de que seamos hostias vivas y santas y dignas de ser sacrificadas contigo a la gloria de tu Padre¹.

En honor y unión de la oblación y sacrificio que de ti mismo haces a tu Padre, me ofrezco a ti para ser por siempre víctima inmolada a tu gloria y a la gloria de tu Padre. Uneme a ti en esta condición, inclúyeme dentro de tu sacrificio, para que me sacrifiques contigo.

Y pues es preciso que la hostia que se sacrifica sea muerta y consumida por el fuego, hazme morir a mí mismo, a mis vicios y pasiones y a cuanto te desagrada. Consúmeme enteramente en el sagrado fuego de tu divino amor y haz que, en adelante, toda mi vida sea un sacrificio continuo de alabanza y de amor a tu Padre y a ti.

Elevación a Jesús para la comunión espiritual.

Oh Jesús, no soy digno de pensar en ti ni de que pienses en mí y mucho menos de comparecer ante ti y de que te hagas presente a mí. Sin embargo, no solamente piensas en mí y te presentas a mí sino quieres darte a mí con el deseo infinito de hacer tu morada en mi corazón.

¡Cuán admirables son tus misericordias, Señor! ¡Cuán excesivas tus bondades! ¿Qué hay en mí que pueda atraerte? Ciertamente a ello sólo te lleva el exceso de tu caridad. ¡ Ven, ven, pues, mi amadísimo Jesús, porque te amo y te deseo infinitas veces! ¡Ojalá me viera convertido en deseo y en amor por ti! Ven, mi dulce luz, ven, mi queridísimo amor, apresúrate a venir a mi

¹ Rm. 12, 1.

corazón que renuncia a todo lo demás y nada quiere ya sino a ti. ¡Rey de mi corazón, vida de mi alma, mi precioso tesoro, mi única alegría!

Tú que eres mi todo, ven dentro de mi espíritu, de mi corazón y de mi alma para destruir mi orgullo, mi amor propio, mi propia voluntad y mis demás vicios e imperfecciones. Ven a establecer en mí tu humildad, tu caridad, dulzura, paciencia obediencia, tu celo y demás virtudes. Ven a mí para amarte y glorificarte dignamente y para unir perfectamente mi espíritu con tu divino Espíritu, mi corazón con su sagrado Corazón, mi alma con tu alma santa, y para que este corazón, este cuerpo y esta alma que están a amenudo tan cercanos y unidos con tu corazón, tu cuerpo y tu alma por la santa Eucaristía, no tengan jamás otros sentimientos, afectos, deseos y pasiones que los de tu santo Corazón, de tu sagrado cuerpo y de tu alma divina. Finalmente, ven, oh mi Jesús, ven a mí para vivir y reinar en mí en forma absoluta y para siempre. *Ven, Señor Jesús.*

Elevación a Jesús para el final de la misa.

Te alabo, amabilísimo Jesús, y sin cesar te doy gracias y ruego a los ángeles, a los santos y a todas las criaturas que te bendigan y glorifiquen conmigo por las gracias que me has concedido en este divino sacrificio.

Te pido que conserves y aumentes en mí los deseos, pensamientos, afectos y sentimientos que has suscitado en mí durante esta misa y que me des la gracia de producir los efectos que esperas de mí.

Tú te has rebajado y te has hecho presente a mí por este santo misterio. Concédeme que durante el día de hoy no deje pasar una hora sin elevarme y hacerme presente a ti por los afectos de mi corazón. Tú has venido a este altar para tomar posesión de nuestros corazones y para recibir de nosotros el homenaje que te debemos como a nuestro Señor soberano. Toma, pues, posesión de mi corazón: te lo entrego y consagro para siempre. Te reconozco y adoro como a mi rey y soberano. Te hago el homenaje de mi ser, de mi vida y de todas mis acciones, especialmente de las que realizaré en el día de hoy. Dispón de todo ello según tu beneplácito. Dame la gracia de morir antes

que ofenderte: que sea yo una hostia muerta y viva al mismo tiempo: muerta a lo que no eres tú, viva en ti y para ti. Que toda mi vida sea un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor a ti. Que, finalmente, me inmole y consuma por tu pura gloria y por tu santo amor. Dame para ello, te lo ruego, oh buen Jesús, tu santa bendición.

SEPTIMA PARTE

LA ENTRADA DE NUESTRAS ALMAS AL CIELO Y A LA VIDA INMORTAL.

Nosotros, que tantas veces hemos merecido el infierno, somos en extremo indignos de ver el rostro de Dios y de que nos admitan en la feliz compañía de los habitantes del cielo. Sin embargo, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, la santa Virgen, los ángeles y los santos tienen el deseo inmenso de vernos pronto asociados a ellos, abismados, como ellos, en los torrentes de las celestiales e inefables delicias del divino amor que en el cielo reina en plenitud. Y debemos confiar firmemente en la divina bondad que así habrá de suceder. Uno de los mayores consuelos que podemos tener en este mundo es el pensamiento y la expectativa de aquel día en que comenzaremos a glorificar y amar a Dios perfectamente. Con qué entusiasmo deberíamos cantar, pensando en ese día dichoso: *Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor*¹. *Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre*².

Ciertamente, si celebramos el recuerdo de nuestro nacimiento a la vida de la gracia por el santo bautismo, con mucha mayor razón debemos celebrar la fiesta de nuestro nacimiento a la vida de la gloria. Celebremos, pues, esa fiesta, desde ahora, con los ejercicios siguientes:

1. Te adoro, oh Jesús, te alabo y glorifico, en el momento de tu entrada en el cielo. Te ofrezco el gozo que entonces tuviste, con la gloria, el amor y las alabanzas que en ese instante te rindieron tu Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre y todos tus ángeles y santos. Venero también a tu dichosa Madre en el momento de su entrada en el paraíso. Le ofrezco la alegría que entonces sintió y la gloria y las alabanzas que recibió de tu Padre, de ti, de tu Espíritu Santo y de todos los ángeles y santos. Te ofrezco a ti y a tu gloriosa Madre la entrada que espero hacer un día en el

¹ Sal. 122 (121), 1.

² Sal. 84 (83), 5.

paraíso, por tu inmensa misericordia, en honor de tu entrada gloriosa y triunfal en el día de tu ascensión, y de la de tu santa Madre en su asunción. Porque así es, adorable Jesús, como deseo consagrar lo que ha habido, hay y habrá en mí, en tiempo y eternidad, en honor de lo que ha habido y habrá en ti y en tu dignísima Madre.

2. Trinidad adorable: te adoro, te bendigo y glorifico por lo que eres en tu esencia divina, en tus perfecciones, en tus personas eternas y en todas las obras de misericordia y de justicia que has realizado y realizarás por siempre respecto a mí y a todas tus criaturas, en el cielo, en la tierra y en el infierno. Te ofrezco las adoraciones, amores, glorias, alabanzas y bendiciones que has recibido, recibes y recibirás por siempre. ¡Cuánto me regocija verte tan colmado de grandezas, de maravillas, de gloria y de felicidad! ¡Y ello es suficiente para mí! No quiero otra gloria, otra felicidad, en la eternidad, que contemplar la gloria y la felicidad de aquél a quien amo más que a mí mismo. Que el cielo y la tierra se conviertan en gloria y en amor a ti. Finalmente me doy y sacrifico enteramente a ti para que me consumas en las purísimas llamas de tu divino amor.

3. ¡Oh Jesús, objeto único de mis amores! ¿Qué amor y qué alabanzas te tributaré por todo cuanto eres en ti mismo y por los efectos innumerables de tu bondad con todas tus criaturas y en especial conmigo? Que todas tus criaturas, Señor, tus ángeles y santos, tu santa Madre y todas las potencias de tu divinidad y humanidad se consagren a bendecirte y amarte eternamente.

4, Oh Madre de mi Dios, ángeles, santos y santas: os saludo y venero y os doy gracias por los favores que he recibido de vosotros y, sobre todo, por la gloria y los servicios que habéis tributado a mi Dios. En acción de gracias os ofrezco el amabilísimo Corazón de mi Jesús, fuente de toda alegría, gloria y alabanza. Os entrego mi espíritu y mi corazón para que los unáis desde ahora a vuestros espíritus y corazones y me asociéis al amor y a las alabanzas que tributaréis continuamente al que me ha creado, de manera que, ya desde ahora, lo bendiga y ame en vosotros, mientras llega el día en que a él le plazca unirme del todo con vosotros para amarlo y glorificarlo perfectamente.

5. Dichoso el día en que empezaré a amar de manera pura y perfecta al que es infinitamente digno de amor, cuando comenzaré a ser todo amor para el que es todo amor por mí. Siento inmenso consuelo, oh Jesús, al pensar que te voy a amar y bendecir eternamente. Mis ojos se deshacen en lágrimas ante el dulce pensamiento de que llegará el día en que estaré convertido en alabanza y en amor a ti. ¿Cuándo llegará ese día tan anhelado? ¿Tardará mucho todavía? Ay de mí, *cómo se prolonga mi destierro*¹. ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro²? Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios³?

6. Mientras llega ese día, deseo, Salvador mío, hacer que sean verdad en mí las palabras de tu apóstol: *Nuestra ciudadanía está en los cielos*⁴ y las que pronunciaste tú mismo: *El Reino de Dios está dentro de vosotros*⁵. Deseo vivir en la tierra como si no estuviera en ella, sino con el espíritu y el corazón en el cielo. Deseo esforzarme por establecer en mí el reino de tu santa gloria y de tu puro amor. Pero, Señor, tú sabes que por mi mismo nada puedo. Me doy, pues, a ti, para que destruyas en mí todo lo que a ello se opone y para que establezcas tú mismo el reino de tu puro amor, en mi cuerpo, en mi alma y en mis pensamientos, palabras y acciones.

Conclusión de los ejercicios anteriores.

Al finalizar estos ejercicios sobre el tema de la muerte debes agradecer a nuestro Señor las gracias que en ellos te ha hecho y pedirle perdón por las faltas cometidas. Ruégale que las repare y que realice en ti sus palabras: *Dichoso el servidor a quien su amo, al llegar encuentre cumpliendo con su obligación. Os aseguro que le confiará la administración de todos sus bienes*⁶; que él esté siempre velando en ti y para ti y no seas tomado por

¹ Sal. 119 (118), 5. (Vulg.).

² Sal. 13 (12), 1.

³ Sal. 42 (41), 2-3.

⁴ Ep. 3, 20.

⁵ Lc. 17, 21.

⁶ Mt. 24, 46-47.

sorpesa; que él te conserve estos ejercicios y preparaciones para la hora de la muerte y que sea él mismo tu disposición y preparación.

Con las debidas proporciones puedes hacer lo mismo respecto de la santa Virgen, de los ángeles y santos, en especial de los santos de aquel día en que Dios sabe que habrás de morir.

Otros consejos y disposiciones para tener una muerte cristiana.

Agrego aquí algunos consejos y disposiciones que pueden servirte cuando sientas que se acerca el fin de tu vida.

Lo principal que debes hacer cuando sientas que se aproxima el fin de tu vida es ejercitarte tanto como puedas en actos de amor a Jesús, acompañándolos siempre de humildad. Nada hay, en efecto, más poderoso y suave que este divino ejercicio para borrar nuestros pecados, para adelantar en las vías de Dios y para agradecerle. Si te inquieta el temor a la muerte o la incertidumbre a causa de tus pecados pasados, hazte leer lo referente a la confianza en Dios que se halla en la segunda parte de este libro.

Si puedes soportarlo, haz que te lean algo de la vida de los santos o de algún otro libro, pero, ante todo, de la pasión de Jesucristo, el capítulo diecisiete del Evangelio de san Juan y las oraciones por los agonizantes.

Ten a menudo el crucifijo entre las manos y haz de tiempo en tiempo, mientras lo besas, los actos de amor señalados en la cuarta parte.

Que los santos nombres de Jesús y de María estén siempre en tu corazón y frecuentemente en tus labios.

Levanta de continuo tu corazón a Jesús para decirle con su discípulo amado: *Ven, Señor Jesús, ven Señor Jesús*¹.

Con san Pedro: *Te amo, Señor Jesús, te amo, te amo*².

¹ Ap. 22, 20.

² Jn. 21, 15-17.

Con el buen Ladrón: *Acuérdate de mí, Señor, en tu reino*¹. Y al decir estas palabras únete a la contrición y al amor con que él las dijo y que le merecieron escuchar de labios del Hijo de Dios: *Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso*².

Con el humilde publicano del Evangelio: *Dios mío, ten compasión de este pecador*³.

Con David: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad*⁴. *Sostenme con tu promesa y viviré, que no quede frustrada mi esperanza*⁵. *A ti, Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado*⁶.

Con san Francisco: *Sácame de la prisión de este cuerpo para que alabe tu santo nombre con todos los justos que me esperan en el cielo*⁷.

Con la santa Iglesia que así ora a la santa Virgen: *María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo y recíbenos en la hora de la muerte*.

Madre de Jesús, muestra que eres mi Madre, o mejor que eres Madre de Jesús y destruye en mí por tu intercesión y tus méritos, cuanto se opone a la gloria de tu Hijo, para que en mí sea amado y glorificado perfectamente.

Con san Esteban: *Señor Jesús, recibe mi espíritu*⁸.

Y cuando digas todas estas palabras únete siempre a la devoción, al amor y demás disposiciones con que dichas personas las profirieron.

¹ Lc. 23, 42.

² Lc. 23, 43.

³ Lc. 18, 13.

⁴ Sal. 51 (50), 3.

⁵ Sal. 119 (118), 116.

⁶ Sal. 31 (30), 2.

⁷ Cf. S. BUENAVENTURA, *Legenda S. Francisci* C. XIV; cf. Sal. 142 (141), 8.

⁸ Hech. 7, 59.

Con Jesús en su agonía del jardín de los Olivos: *Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya*¹, y en la cruz: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*².

Puedes utilizar también las siguientes jaculatorias:

Te suplico, oh Jesús, que ames a tu Padre y a tu Espíritu Santo por mí

Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, amad a Jesús por mí.

Dígnate, Señor Jesús, reinar plenamente en mí a pesar de tus enemigos.

Amado Jesús, sé tu Jesús para mí. Tú que eres mi todo, sé mi todo en el pasado, en el presente y en el porvenir.

Sólo una cosa necesito. Adiós a todo lo demás. Sólo quiero, sólo busco y sólo amo una cosa que para mí lo es todo. Todo lo demás ya no es nada para mí. Sólo quiero a Jesús, sólo a él busco, sólo a él amo y quiero amar con todo el amor del cielo y de la tierra.

Jesús es mi todo. Una vez más, adiós a lo que no es Jesús. Mi Jesús me basta. Sólo a él quiero en la tierra y en el cielo. Ven, Señor Jesús, ven a mí para amarte tu mismo perfectamente.

Oh Jesús, mi todo, que seas tú mismo mi preparación y disposición para la muerte. Me doy a ti para morir contigo, en ti y por ti.

Me doy a ti, oh Jesús para unirme en el trance de mi muerte, a todas las disposiciones de amor y de santidad con las que tú, tu santa Madre, tus santos mártires y todos tus demás santos habéis muerto.

Oh Jesús, oh María, Madre de Jesús, dadme, os lo ruego, vuestra santa bendición.

Finalmente, trata de que tu última palabra sea: Jesús, María; o bien: ¡Viva Jesús!; o bien: ¡Jesús, sé Jesús para mí!

Puedes así entretenerte despacio con nuestro Señor, por medio de las anteriores elevaciones. Pero para que te dé la gracia de utilizarlas en el momento de tu muerte, acostúmbrate a decirlas a menudo y a hacer esas aspiraciones durante tu vida, especialmente por la noche, antes de entregarte al sueño.

¹ Lc. 22, 42.

² Lc. 23, 46.

Convendría también rogar a quienes estarán cerca de ti y que te asistirán en tu enfermedad que te lean y releen esas cosas. Y que no dejen de hacer esos actos y elevaciones por ti aunque pierdas el uso de la palabra, de los sentidos o de la razón. Porque nuestro Señor las recibirá como hechas personalmente por ti, porque estarán hechas en tu nombre y a petición tuya.

Ruega también a la santa Virgen, a tus ángeles y santos, que hagan por ti esas cosas y las demás que ellos saben que Dios pide de ti en el último día de tu vida. Pero, sobre todo, pide a Jesús que haga todo eso por ti y ten gran confianza de que en su bondad infinita, él será tu todo y hará por ti cuanto tienes que hacer.

Porque debes apoyarte y confiar únicamente en la bondad y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, suplicándole siempre que sea él mismo tu preparación, tu virtud, tu santificación y tu todo.

Y es que sólo a Jesús corresponde ser todo y hacerlo todo en todos y en todas las cosas, para que sea él quien tenga la gloria de todo, conforme al oráculo divino con que di comienzo a este libro y con el que quiero darle término: *Jesucristo es todo en todos*¹. ¡Que él sea, pues, todo, en tiempo y eternidad!

Oh Jesús, que seas todo en la tierra como lo eres todo en el cielo; que lo seas todo en todos y en todas las cosas. Que lo seas todo en esta modesta obra que, en lo que tenga de bueno, es toda tuya; que no habla sino de ti, o para ti y que sólo pretende formarte y establecerte en las almas de quienes de ella se servirán. Que no ven en ella, ni busquen en ella, ni encuentren en ella sino a Jesús. Y que sólo aprendan en ella a amar y dar gloria a Jesús.

Que tú lo seas todo en quien ha preparado este libro y en sus lectores. Porque tú, mi amado todo, sabes que en vida o en muerte no tengo desecho distinto al de verte reinar en todos y en todas las cosas.

Vive, pues, oh Jesús y reina dentro de nosotros. Porque, al revés de los desdichados que, según tu Evangelio, dijeron de ti: *No*

¹ Col. 3, 11.

*queremos que éste reine sobre nosotros*¹, nosotros queremos gritar delante del cielo y de la tierra, de todo corazón: *Queremos, Señor Jesús, que reines sobre nosotros.* Reina, pues, y vive en nosotros en forma total y absoluta para que podamos cantar por la eternidad este cántico: Jesús es todo en todas las cosas. Viva Jesús, ¡Viva ese gran todo! ¡Viva el gran Jesús que es todo! ¡Viva el gran todo que es Jesús! ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús!

VIVA JESUS Y MARIA

¹ Lc. 19, 14.

**COLOQUIOS INTERIORES
DEL CRISTIANO
CON SU DIOS**

COLOQUIOS INTERIORES

OC. II, 135-194.

INTRODUCCION

P. Edouard Boudreault, C.J.M.

LOS COLOQUIOS INTERIORES estuvieron añadidos, en un comienzo, a VIDA Y REINO DE JESUS para formar, junto con las MEDITACIONES SOBRE LA HUMILDAD, la octava parte. La primera publicación tuvo lugar en 1662.

En lo sucesivo Juan Eudes los publicó por separado, pero siempre acompañados de las MEDITACIONES. Una rápida ojeada sobre el contenido de estas dos obras nos revela por qué el autor las presenta inseparables. Las MEDITACIONES SOBRE LA HUMILDAD hablan de preferencia sobre las miserias del hombre caído; los COLOQUIOS INTERIORES cantan la gratitud del cristiano colmado de los dones de Dios.

No sin razón algunos han considerado los COLOQUIOS como intermediarios entre las MEDITACIONES que insisten en el estado miserable del pecador, y el REINO DE JESUS que glorifica la acción por la cual nuestro Señor Jesucristo se hace totalmente cargo del cristiano.

Pero el breve tratado, que forma un todo bien estructurado y cuya traducción publicamos, puede bastarse a sí mismo.

El padre Carlos Lebrun resume así su contenido: A la luz de las Sagradas Escrituras, Juan Eudes contempla extasiada y amorosamente las grandezas de Dios y los beneficios sin cuento con que nos ha colmado en el orden de la naturaleza y de la

gracia. De allí concluye que nuestra vida le pertenece y debe emplearse en amarlo y glorificarlo.¹

El plan de la obra se aprecia fácilmente.

Desde toda eternidad Dios nos ha preparado sus beneficios. Los unos son exteriores a nosotros: tal es el cosmos que ha sido "creado y conservado por amor nuestro"². Otros son, sobre todo, dones personales o interiores: en el orden de la naturaleza "me sacó de la nada para formarme a su imagen y semejanza"; en el orden de la gracia "somos los hermanos de Jesucristo, de su sangre y de su linaje real y divino, formamos parte de su genealogía".³

Dios nos ha asignado un fin semejante al de los ángeles. De manera que él es nuestro principio, nuestro fin, nuestro bien supremo, nuestro rey y nuestro juez. De allí proceden los derechos de Dios sobre el hombre y las obligaciones consiguientes del hombre y, sobre todo, del cristiano.

La obra termina con una hermosa mirada sobre el sacramento del bautismo.

Quisiéramos añadir algo sobre la estructura misma del texto. Allí se habla, por una parte, de la eternidad de Dios frente a la temporalidad del hombre y por la otra de la perseverancia de la acción divina ante la inconstancia del comportamiento humano.

Lo que aparece en la historia de la humanidad existe con anterioridad a la "historia".

"Dios no tiene pasado ni futuro. Puso sus ojos en mí desde toda eternidad, dispuso todas las cosas que iban a sucederme"⁴.

Sin embargo, eterno no significa estático: los designios estables e inmodificables de Dios se adaptan a los meandros sucesivos del temporal humano.

¹ OC. II p. 133.

² OC. II p. 135.

³ OC. II p. 169.

⁴ OC. II, p. 135.

"No obstante haber previsto mis ofensas e ingratitudes, en nada cambió la solicitud amorosa, invariable y permanente que tiene por mí"¹.

Por lo demás, el hombre se halla en la imposibilidad de responder adecuadamente a las deferencias eternas de Dios. "Si yo hubiera existido desde toda eternidad hubiera debido consagrarte totalmente mi espíritu y mi corazón."²

Y aún dentro del tiempo que se le ha asignado, el hombre acusa retrasos e interrupciones múltiples en el desempeño de sus obligaciones. Sin embargo, no hay que desesperarse porque las variaciones, las debilidades del comportamiento humano, pueden ser fuente de esperanza. Sus mismos extravíos no son definitivos; mientras haya vida hay posibilidad de rectificación, la cual es, por otra parte su única posibilidad de salvación. Porque si obstaculiza el designio de Dios pierde sus derechos a los beneficios que Dios puso a su disposición para lograr el fin para el cual fue creado. Pero esa rectificación no se logra sin la misericordia de Dios.

"Porque si el Hijo de Dios no hubiera muerto para librarnos de nuestros delitos, todas las criaturas en lugar de socorrernos en nuestras necesidades se rebelarían contra nosotros".³

De ahí que la acción salvadora ha sido prevista desde toda eternidad.

"El Padre eterno tuvo el designio de enviar a su Hijo a la tierra...El Hijo tuvo el designio de encarnarse y de realizar y padecer lo que hizo y padeció en este mundo por causa mía".⁴

Así pues, el hombre puede ser restaurado conforme al plan de Dios a pesar de su condición anterior y de sus errores pasados. Este regreso es como un proyecto nuevo, como nueva alianza entre Dios y sus criaturas.

¹ OC. II, 137.

² OC. II p. 136.

³ OC. II, p. 149.

⁴ OC. II p. 135.

El hombre, al hacerse cristiano mediante el bautismo, se beneficia con un verdadero renacimiento que lo vincula en forma mucho más íntima con su Creador.

Unido a Dios por la alianza bautismal, el cristiano se convierte en miembro del Cuerpo Místico que tiene a Cristo por cabeza, que está animado por el Espíritu Santo y llamado a ser "coheredero con el Hijo de Dios y heredero de Dios".¹

El itinerario que sigue el autor revela también algunos rasgos antropológicos que podemos señalar, para terminar.

El hombre, por quien existe el universo, fue formado a imagen y semejanza de Dios. Dios es para el hombre, un modelo para imitar y el bien último que debe poseer. El hombre es verdaderamente tal cuando toma conciencia de que depende total y eternamente de Dios. Porque esta conciencia lo libera de toda otra dependencia.

¹ OC. II p. 170.

COLOQUIOS INTERIORES DEL CRISTIANO CON SU DIOS

PRIMER COLOQUIO

DESDE TODA ETERNIDAD DIOS NOS HA COLMADO DE FAVORES.

1

Ante Dios que no conoce pasado ni futuro, todas las cosas han existido siempre. Todas se hallan presentes y visibles a su luz eterna. Por eso, desde toda eternidad, Dios puso sus ojos misericordiosos en mí, pensó en mí con solicitud, me amó con fervor y ternura. Con maravillosa bondad dispuso cuanto debía sucederme espiritual y corporalmente, con las circunstancias que rodearían mi ser y mi vida, y formó grandes designios sobre mí.

Por designio suyo Dios me creó con las ventajas y perfecciones naturales que de él recibí y me ha conservado en cada instante de mi vida. Quiso crear el mundo y conservarlo por amor a mí.

El Padre eterno tuvo el designio de enviar a su Hijo a la tierra y de entregarlo a la cruz y a la muerte para liberarme.

Por amor a mí el Hijo quiso encarnarse, hacer y padecer lo que hizo y padeció en este mundo.

Por amor a mí el Espíritu Santo lo formó en las entrañas benditas de la Virgen y vino a este mundo para ser mi luz, mi santificación, el espíritu de mi espíritu y el corazón de mi corazón.

En una palabra, fue designio eterno de la santa Trinidad concederme las gracias corporales y espirituales, temporales y eternas que me ha concedido y concederá por siempre. De manera, Dios mío, que desde toda eternidad me has llevado en tu espíritu y en tu corazón; has pensado en mí y me has amado por una eternidad antes de que yo pudiera pensar en ti y amarte. Tú,

Dios de amor, no has existido un solo instante sin que tuvieras el espíritu y el corazón puestos en mí. *¿Qué es el hombre para que le des importancia, para que te ocupes de él?*¹

Y así puedo decir, oh bondad eterna, que en cierta manera, pensaste en mí y me amaste al mismo tiempo que pensabas en ti y te amabas a ti mismo, pues me amabas desde toda eternidad.

¿Cómo pagaré Dios mío, tu amor eterno hacia mí? Ciertamente, si yo hubiera existido desde toda eternidad hubiera debido entregarte y consagrarte totalmente mi espíritu, mi corazón, mis pensamientos, propósitos y afectos. Y, al menos, hubiera debido volverme y convertirme a ti con todo mi entendimiento y voluntad apenas fui capaz de hacerlo. Pero, por desdicha, tendré que decir con san Agustín: *Tarde empecé a amarte, bondad eterna*.² Perdóname, Dios mío, te lo suplico. Quiero empezar ahora a amarte, servirte y honrarte con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Dame tu gracia para ello por el amor infinito que me tienes desde toda eternidad.

2

El amor con que Dios me ha amado desde antes de que yo existiera no solamente es eterno, sino continuo, inmutable, perseverante. Nunca ha interrumpido su pensamiento y su amor por mí. Siempre tiene su espíritu y su corazón vueltos hacia mí. El haber previsto mis ofensas e ingratitudes no alteró su amor invariable y permanente. Si pudiéramos hablar de momentos en la eternidad no ha habido un solo instante en que dejara de pensar en mí con amor.

Que todas tus criaturas te den gracias eternas por el exceso de tu bondad, por tu amor eterno e inmutable. Muy tarde he comenzado a amarte y aún suponiendo que lo hubiera hecho como es debido, ¡cuántas interrupciones, inconstancias, infidelidades, frialdades, cobardías, ingratitudes y ofensas! ¡Ten misericordia, Dios mío, de este pecador ingrato y pérfido! Quiero, en adelante, con tu gracia, emplear todos los instantes de

¹ Job. 7, 17.

² San AGUSTÍN, Confes. X, 27.

mi vida en tu amor y tu servicio. Quiero disponer de tal manera mi tiempo y mis ocupaciones que todo esté consagrado a tu gloria.

3

Dios me ama no sólo con amor eterno, continuo e invariable sino con todo su ser. Porque él es todo amor por mí y me ama con amor purísimo pues nada lo obligaba a amarme antes de que yo existiera sino su sola bondad. El amor con que me ama desde antes de mi creación es eterno, inmutable, infinito y purísimo.

Por todo ello te doy gracias. Me humillo ante ti y te pido perdón por mi ingratitud. Deseo ardientemente comenzar a amarte y a emplear mis fuerzas en hacerte amar y honrar, únicamente por tu amor y tu gloria. Te ruego que destruyas en mí cuanto pueda entorpecer este propósito y dame la gracia para realizarlo, por la intercesión de la santa Virgen, de los ángeles y de los santos.

Como jaculatoria diré hoy con la mayor frecuencia posible: ¡A ti la alabanza, la gloria y el amor, santa Trinidad!, para agradecerle todos sus beneficios y para consagrarme enteramente a su alabanza, a su gloria y a su amor.

SEGUNDO COLOQUIO

OBLIGACIONES QUE TENEMOS POR LOS BENEFICIOS RECIBIDOS DE DIOS EN NUESTRA CREACION Y CONSERVACION

1

Consideraré que quien me ha creado, dándome el ser y la vida, no ha sido el mundo, ni el espíritu del mal, ni yo mismo, sino Dios con su infinito poder, sabiduría y bondad. *El nos hizo y suyos somos.*¹ Su poder infinito me sacó de la nada. Su sabiduría inmensa se manifiesta en la admirable disposición de todas las partes de mi cuerpo y de mi alma. Su bondad inefable se revela en que no me dio un ser y una vida mineral, vegetal o animal

¹ Sal. 100 (99), 3.

sino que me formó a su imagen y semejanza. Me hizo nacer con ventajosas circunstancias de tiempo y de lugar y de origen familiar, con atributos del cuerpo y del espíritu y demás condiciones que han acompañado mi nacimiento y que debo ponderar cuidadosamente.

*¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?*¹ Le daré gracias, lo bendeciré y amaré con todo mi corazón. Porque si Dios ha sido el autor y el eterno principio de mi ser y de mi vida y no el mundo, ni Satán ni yo mismo, debo emplearlos enteramente para Dios y para cumplir sus santas disposiciones.

Pero Dios no es sólo el principio de donde salí, sino el prototipo cuya imagen viviente soy. Debo, pues, imitarlo en su santidad, caridad, paciencia, mansedumbre, vigilancia, justicia y misericordia. Examinaré si he empleado mi vida pasada al servicio de quien me la ha dado, o de otros. Me preguntaré si me he esforzado por imitarlo y por expresar en mí su imagen o la imagen de su enemigo.

Si me encuentro culpable, pediré perdón de mis infidelidades, resuelto a vivir únicamente para el autor y fuente de mi vida. Contemplaré atentamente la vida, costumbres y perfecciones de mi divino modelo para imitarlas y poder ser su imagen viviente, con la ayuda de su gracia.

2

¿Para qué me ha hecho Dios? Para él, para que piense en él, lo ame, hable de él, obre por él y me sacrifique por su gloria. Porque no es sólo mi principio y prototipo sino también mi fin.

Y si Dios me ha hecho sólo para él, debo grabar profundamente en mi espíritu esta verdad: que la única razón de mi presencia en el mundo es para que lo sirva y lo honre. Es eso lo único necesario, mi única preocupación y anhelo. A ello debo orientar mis pensamientos, palabras y acciones, mi tiempo, todo cuanto tengo, lo que sé y lo que puedo. Ese es mi fin supremo y por consiguiente sólo en ello encontraré mi soberano bien, mi centro y mi elemento, mi tesoro, mi gloria, el descanso pleno de mi

¹ Sal. 116 (115), 12.

espíritu y de mi corazón y mi verdadero paraíso. Fuera de ello sólo encontraré turbación, amargura, angustia, maldición e infierno.

Me examinaré sobre el cuidado que he tenido hasta ahora de este negocio tan importante. Si no habré sido del número de aquéllos a quienes increpa san Bernardo cuando los llama evaluadores idiotas que muestran enorme interés por asuntos baladíes y casi ninguno por lo realmente importante.

De ser así pediré perdón a Dios y me entregaré a él de todo corazón para aplicarme por entero en adelante a este negocio en el que está de por medio nada menos que una eternidad de felicidad o de desdicha.

3

Dios me ha creado no solamente una vez sino tantas veces como momentos he vivido en el mundo. Porque desde el instante de mi creación siempre me ha llevado en sus brazos, incluso en su regazo y en su corazón, con mayor amor y solicitud que el de una madre por su hijo. En ningún momento ha dejado de pensar en mí, de amarme y de conservarme. Y lo más admirable es que me ha conservado en el mismo momento en que lo estaba ofendiendo, cuando merecía que me aplastara y me lanzara al infierno.

La conservación es una creación continua: pues si Dios retirara su mano omnipotente, al punto yo volvería a la nada de donde me sacó. De ahí que en cada momento me da el mismo ser que me dio en el primer instante de mi vida, con el mismo poder y el mismo amor.

Por eso le pertenezco por tantos títulos como momentos he vivido en el mundo y debo agradecerle cada instante de mi vida como si se tratara del primero.

¡Oh Dios mío! Si te pertenezco por tantos títulos y tengo tanta obligación de servirte, no permitas que el pecado, el diablo o el mundo tengan parte alguna en lo que es tuyo. Toma, te lo ruego, posesión plena de mi ser y de mi vida. Renuncio para siempre al mundo, al príncipe de este mundo, al pecado

abominable. Me entrego enteramente a ti, Dios mío, y declaro que no quiero existir, ni vivir, ni actuar, ni hablar, ni pensar, ni sufrir nada sino por amor a ti.

*Jaculatoria: Me has creado para ti, Señor, e inquieto andará mi corazón mientras no descanse en ti.*¹

TERCER COLOQUIO

DIGNIDAD Y SANTIDAD DE NUESTRO FIN

1

¿Con qué fin nos ha creado Dios? Con el mismo fin que a los ángeles. Dios ha puesto al hombre en la tierra para que hiciera en ella lo que los ángeles hacen en el cielo, es decir, para adorar, alabar, amar y servir a Dios y para seguir en todo y por doquiera su santa voluntad. Debemos llevar, por lo tanto, una vida angélica y colocar nuestra dicha en realizar estas cosas.

Pero, por desdicha, cuando consideramos nuestra vida, comprobamos que en lugar de imitar a los ángeles en su pureza, santidad, humildad, caridad, amor, sumisión a la divina voluntad y fidelidad en su servicio, hemos imitado a los demonios malignos, orgullosos, envidiosos, desobedientes, pérfidos y rebeldes contra Dios.

Humillémonos, detestemos nuestra malicia, renunciemos para siempre al príncipe de las tinieblas. Deseemos ardientemente imitar a los ángeles, comenzando aquí en la tierra lo que haremos eternamente en el cielo. Roguémosles que nos asocien a ellos en las alabanzas que tributan sin cesar a Dios, y que nos hagan partícipes de su amor y su fidelidad.

2

Dios nos ha puesto en la tierra para el mismo fin que a los santos patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, pastores y sacerdotes y demás santos que vivieron acá abajo y que ahora se

¹ San AGUSTIN, Confes. I,1.

encuentran en el cielo. Ellos eran hombres como nosotros, de carne y hueso, igualmente frágiles, expuestos a los mismos peligros y tentaciones. Nosotros formamos parte de la misma Iglesia que ellos, adoramos el mismo Dios, tenemos el mismo Salvador y mediador, Jesucristo, nuestro Señor; poseemos el mismo Evangelio, los mismos sacramentos, la misma fe, la misma esperanza y las mismas promesas. Y el mismo que los santificó tiene un deseo infinito de santificarnos si no lo obstaculizamos. Sin embargo, ellos son santos y sirvieron a Dios *en santidad y justicia en su presencia todos los días de su vida*.¹

¿Y nosotros? ¿Qué somos y qué hacemos? ¡Cuántos motivos tenemos para humillarnos! ¡Qué diremos al Hijo de Dios cuando, en el día del juicio, nos mostrará a todos sus santos, que fueron semejantes a nosotros y nos hará ver que era mucho más fácil seguirlo a él como ellos que imitar a los que ahora se ven forzados a gritar en el infierno: *Nosotros, insensatos, nos apartamos del camino de la verdad y recorrimos desiertos intransitables*.²

Decidámonos a caminar por las sendas de los santos, a leer y escudriñar sus vidas, especialmente las de aquellos que tuvieron nuestra misma profesión, para imitarlos. Y roguémosles que nos alcancen esa gracia.

3

Pero no sólo tenemos un mismo fin con los ángeles, arcángeles, querubines y serafines y con todos los santos; también lo tenemos con la reina de los ángeles y de los santos, con nuestro Señor Jesucristo y con el Dios tres veces santo. Porque la santa Virgen y nuestro Señor Jesucristo estuvieron en la tierra únicamente para honrar y glorificar a Dios y para hacerlo conocer y adorar. ¿Y cual es el fin de Dios sino Dios mismo? ¿Cuál es la mayor y continua ocupación de las tres divinas Personas sino alabarse, bendecirse, amarse y glorificarse las unas a las otras?

¹ Lc. 1, 75.

² Sab. 5, 6-7.

Pues bien, para ese mismo fin nos ha hecho nacer Dios: para honrarlo y glorificarlo y darlo a conocer a los demás en todas las formas posibles.

¡Qué fin tan noble, digno y santo! ¡Qué excelente es nuestra condición! ¡Qué privilegiados somos por haber sido creados para tanta grandeza! ¡Y qué desdichados cuando rebajamos nuestros espíritus y corazones, nuestros pensamientos y afectos al lodo y la basura, a la vanidad y la locura de las ocupaciones bajas, terrestres y mundanas de los hijos de este siglo!

¡Cuántas obligaciones tenemos con nuestro Creador por habernos hecho para un fin tan admirable y por habernos unido en alianza maravillosa con sus ángeles y santos, con su santa Madre y con él mismo!

¡Qué santa debe ser nuestra vida! ¡Cuán puros deben ser el fin y las intenciones de nuestros pensamientos, palabras y acciones! ¡Sin embargo, la mayoría de los hombres viven como si hubieran sido creados únicamente para la tierra, para buscar honores, posesiones y placeres para sí mismos y para el mundo, el demonio y el infierno!

Y nosotros, ¿qué hemos hecho hasta ahora? Sintamos horror de nosotros mismos, de nuestra vida pecadora. Porque *todos caemos muchas veces*.¹ Deseemos fuertemente convertirnos del todo a Dios y vivir en adelante sólo para tender a nuestro fin y conducir a él a nuestros semejantes.

Jaculatoria: *¿Señor, no te tengo acaso a ti en el cielo? ¿Contigo, qué me importa la tierra?*² Así declaramos a Dios que sólo a él buscamos en el cielo y en la tierra, que renunciamos a todo lo demás y que deseamos que todos nuestros deseos y anhelos tengan por objeto solamente a él.

¹ Sant. 3,2.

² Sal. 73 (72), 25.

CUARTO COLOQUIO

DEBERES PARA CON DIOS
POR LA CREACION
Y LA CONSERVACION DEL MUNDO

1

Miremos cuál es el principio y el fin de este gran universo que comprende los cielos, los astros, los cuatro elementos e innumerables criaturas.

El principio y el fin de esta obra es Dios, su Creador que la ha creado para sí y para su gloria. En efecto, todas las criaturas del universo bendicen y glorifican a Dios, cada una a su manera. *Sus obras están llenas de su gloria.*¹ *Esplendor y belleza son sus obras*². *Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.* Todas las criaturas insensibles e irracionales cumplen la voluntad de Dios, siguen los instintos que de él recibieron y nunca violan las leyes que les ha prescrito: *Les dio una ley que no pasará.*³ Todas ellas sirven sus designios, porque *todo está a tu servicio*⁴ y manifiestan su poder, sabiduría y bondad infinita.

¡Cuánto poder es haber sacado de la nada tantas y tan variadas cosas! ¡Cuánta sabiduría haber establecido orden, relación, proporción y correspondencia tan admirables! ¡Cuánta bondad haber realizado tantas maravillas para todos los hombres en general y para cada uno en particular, hasta para los ingratos y pérfidos que no se lo agradecen y que se sirven de ellas para hacerle la guerra y ofenderlo.

Adoremos y bendigamos, e invitemos a todas las criaturas a bendecir y alabar con nosotros semejante poder, sabiduría y bondad. *Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos*⁵. Eso es lo que ellas hacen sin cesar. Y nos invitan a acompañarlas. Porque todas las criaturas, dice

¹ Eccli. 42, 16.

² Sal. 111 (110), 3.

³ Sal. 148, 6.

⁴ Sal. 119 (118), 9.

⁵ Dn. 3, 57.

san Agustín¹, son otras tantas lenguas y voces que nos gritan incesantemente: Amad, amad a aquel que nos ha creado para vosotros. Es algo muy extraño, Dios mío, que criaturas irracionales e inanimadas te glorifiquen mientras que el hombre, que está obligado a ello, te deshonra.

La bondad indecible con que Dios ha creado los seres del universo se patentiza también en que no sólo los creó para nosotros y nos los ha dado, sino que lo ha hecho con amor infinito. De manera que si cada bocado del pan que comemos y cada gota del agua que bebemos tuvieran precio infinito, nos los daría con el mismo amor. Y si pudieras contar todas las criaturas del mundo contarías otras tantas deudas hacia aquél que las ha creado y nos las ha dado con infinito amor.

¿Cómo pagaré, Dios mío, tu inmensa bondad para conmigo? Que al menos aprenda yo de las criaturas inanimadas e irracionales a servirte y glorificarte y obedecer tus leyes y mandatos si no quiero ser del número de los necios contra quienes todas tus criaturas se armarán para tomar venganza de las ofensas hechas a su creador: porque *el universo peleará a su lado contra los insensatos*².

2

Dios ha creado el mundo no sólo una vez sino tantas veces cuantos momentos han transcurrido desde su primera creación: porque en cada instante impide que recaiga en la nada, lo sostiene y conserva con una continuada creación. El que pueda contar todos los momentos transcurridos hasta ahora desde la creación del mundo enumeraría otras tantas obligaciones infinitas hacia la bondad inmensa de tan admirable Conservador. Porque cada uno de nosotros está presente ante sus ojos desde el comienzo del mundo y desde toda eternidad. Y así como creó el mundo por amor a cada hombre así en todo instante lo conserva para cada uno de nosotros con amor infinito.

¹ San AGUSTÍN, Confes. X, 6.

² Sab. 5,20.

Bendito seas, gran Dios, infinitas veces. *Daré gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres*¹.

3

Es verdad que el universo fue creado para el hombre y que éste por sus crímenes y su rebelión contra Dios, y por su condenación a muerte, perdió el derecho que tenía antes del pecado.

En efecto, si el Hijo de Dios no hubiera muerto para librarnos de nuestros crímenes, todas las criaturas, en lugar de servirnos, se levantarían contra nosotros como lo harán contra los malvados en el día del juicio. Pero nuestro Señor Jesucristo, por la virtud de su sangre y de su muerte, nos devolvió el derecho a usar de las cosas de este mundo. No se trata del uso pleno y abundante que tendría de no haber pecado, sino a ejemplo de Cristo y según las palabras del Espíritu Santo: *Los que disfrutan del mundo como si no lo disfrutaran*², es decir sin darle mayor importancia, sin apegarnos a él ni complacernos en ello; únicamente por necesidad, en cuanto lo requerimos para servir a Dios y darle gloria. Usaremos de las cosas de este mundo con acciones de gracias al Creador que las ha hecho y al Reparador que con su sangre nos adquirió el derecho de usarlas que habíamos perdido por nuestros pecados.

Porque, en verdad, no tendríamos derecho de vivir ni un solo instante, ni de dar un paso sobre la tierra, ni de respirar el aire, ni de recibir la luz del sol, ni el calor del fuego, ni el agua que nos purifica, ni el vestido que nos cubre, ni el descansar en lechos, ni el probar un bocado de pan, ni beber una gota de agua, ni usar de criatura alguna si el Hijo de Dios no hubiera entregado su sangre y su vida para librarnos del castigo merecido...

Por eso tenemos para con él deberes innumerables. Si, en efecto, puedes contar todos los servicios y ayudas que has recibido de las criaturas en cada instante de tu vida y el uso que de ellas has hecho sin cesar, estarías enumerando los infinitos motivos de

¹ Sal. 107 (106), 5.

² 1 Cor. 7, 31.

gratitud hacia Jesucristo que adquirió para ti ese derecho al precio infinito de su sangre.

Roguemos a Dios que imprima estas verdades en nuestros corazones. Reconozcamos nuestras deudas hacia Jesucristo y manifestémosle nuestra gratitud. Pensemos en ello a menudo y elevemos nuestros corazones hacia aquél de quien recibimos tantos beneficios a cada instante. Deseemos ardientemente disponer nuestro tiempo y emplearlo en el servicio y honor de tan amable Salvador que nos adquirió cada instante de él a tan alto precio. Declarémosle que no queremos usar de cosa alguna creada sino para su gloria y de la manera que él usó mientras estaba en la tierra. Roguémosle nos conceda esta gracia por el amor de sí mismo.

Jaculatoria: *Que todas tus criaturas te den gracias, Señor.*¹

QUINTO COLOQUIO

ATRIBUTOS DE DIOS EN LA CREACION DEL HOMBRE

1

Dios, por habernos creado, revela múltiples atributos respecto a nosotros. Es nuestro principio y nuestro último fin, nuestro centro y nuestro elemento, nuestro supremo bien, nuestro prototipo y modelo, nuestro rey y soberano absoluto; nuestro gobernador y defensor y, finalmente, nuestro juez.

Adoremos y alabemos a Dios en todos estos atributos y excelencias. Alegrémonos de su grandeza, de sus perfecciones y de su múltiple poder sobre todas sus criaturas. Alegrémonos también y bendigámosle porque le pertenecemos por tantos títulos y porque se digna ejercer sus atributos con nosotros. Es, en efecto, singular privilegio y honor tener principio tan noble, fin tan excelso, centro tan divino, bien supremo tan espléndido y comunicativo de sí mismo, prototipo tan acabado, rey tan

¹ Sal. 145 (144) 10.

poderoso, protector tan sabio y tan fuerte, juez tan justo y Dios tan grande, admirable y bueno.

2

Los atributos de Dios no están vacíos ni ociosos: los ejerce continuamente con nosotros y con todas sus criaturas y con frutos maravillosos.

Porque, en cuanto principio, nos da el ser, no sólo una vez en el momento de nuestra creación, sino que incesantemente nos produce con mucha mayor efectividad que la fuente alimenta sus arroyos, el árbol sus ramas, el sol sus rayos. Por eso dependemos de él mucho más que el arroyo de su fuente, las ramas del árbol y los rayos del sol.

En cuanto fin, centro, elemento y supremo bien, sin cesar nos está llamando y atrayendo y nos dice: *Venid a mí los que estáis cansados y abrumados y yo os consolaré.*¹ Porque si hay una secreta virtud en el corazón de la piedra, en el elemento vital de los peces y en la esfera del fuego que con tanta fuerza los atrae, ¿cuánta más la habrá en nuestro centro verdadero, en nuestro real elemento y en nuestro verdadero medio que es Dios?

Sin embargo, ¿cómo es que tan lánguidamente nos dejamos atraer por él? Tenemos que admitir que son bien grandes nuestros obstáculos y resistencias y bien estorbo y temible el peso de nuestro pecado.

Tú que eres mi supremo bien, mi centro divino, arrebatame a ti y no permitas que ponga trabas para ello.

Además, como último fin, centro, elemento, medio vital y supremo bien, sólo Dios puede darnos la paz verdadera y el perfecto sosiego y saciar la capacidad inmensa de nuestra alma.

San Agustín escribía: El alma racional ha sido hecha de tal manera capaz de tu majestad que sólo tú puedes llenarla y nadie más. Y, de hecho, cuando nuestra alma renuncia a todo lo demás para darse enteramente a su Creador, éste la colma de sosiego

¹ Mt. 11, 28.

indecible, de paz que sobrepuja todo sentimiento, y de infinitud de bienes.

Como prototipo nos da un modelo y ejemplar de admirable perfección y santidad, cuando nos dice: *Sed santos porque yo soy santo. Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre del cielo. Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso. Sed imitadores de Dios como sus hijos muy amados.*¹ Y, lo que es más, imprime su imagen en los que se dan plenamente a él. Dios mío, me entrego del todo a ti, dignate imprimir en mí una imagen perfecta de tu santidad y de tus divinas perfecciones.

Como nuestro rey y protector, Dios nos conduce mediante leyes santísimas y siempre está en vela para dirigirnos y amparamos.

Como nuestro juez ejerce sin cesar su justicia y su juicio en el mundo dando a cada uno el castigo o el premio según sus obras.

Adoremos y bendigamos a Dios en todo lo que ha obrado y obrará en sus criaturas mediante sus divinos atributos. Agradecemosle cuanto ha realizado en nosotros y lo que habría realizado de no haberle puesto impedimento. Pidámosle perdón por nuestras resistencias. Démonos a él para que ejerza en nosotros sus divinos atributos en la forma que le plazca, y nos haga producir los frutos que desea.

Jaculatoria: *Mi corazón se consume por Dios, mi herencia perpetua*².

¹ Lev. 11, 44; Mt., 5, 48; Lc. 6,36. Ef. 5,1.

² Sal. 73 (72) 26.

SEXTO COLOQUIO

DERECHOS DE DIOS SOBRE EL HOMBRE
EN VIRTUD DE LA CREACION

1

En virtud de los anteriores atributos, Dios tiene sobre nosotros múltiples derechos que debemos conocer para no atentar contra ellos. Porque si tanto nos importa conocer los más insignificantes derechos que tenemos sobre los que dependen de nosotros, con mucha mayor razón debemos considerar los inmensos e importantes derechos que el gran Dios tiene sobre nosotros, para que actuemos en consecuencia. Veamos cuáles son:

1. Por todos sus atributos en general, tiene derecho a que lo reconozcamos, adoremos y glorifiquemos como a Dios, como a nuestro Dios, y que le sacrifiquemos todas las cosas, hasta nosotros mismos.

2. Como nuestro principio, fin y supremo bien, tiene el derecho de poseernos plenamente, como algo totalmente suyo que sólo ha sido creado para él y que de él depende infinitamente.

3. Por ser principio y fin de nuestro ser y de nuestra vida, tiene también el derecho de serlo de nuestros pensamientos, palabras y acciones, de los usos y funciones de nuestra vida. No debemos pensar, ni decir, ni hacer nada que no sea por él y para él, por su disposición y para su gloria.

4. Como nuestro principio nos produce sin cesar y nos lleva siempre en sus brazos para impedir que volvamos a la nada. Tiene, por tanto, el derecho, no sólo de que permanezcamos en él forzosamente puesto que *en él vivimos, nos movemos y existimos*¹, sino de que permanezcamos en él voluntariamente mediante nuestro amor y caridad. Porque *Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios*². Dios mío, haz que

¹ Hech. 17, 28.

² 1 Jn. 4, 16.

yo permanezca siempre en tu amor y en la caridad hacia mi prójimo para permanecer siempre en ti.

2

5. Su condición de principio nos da un ser y una vida que son participación de los suyos. De ahí que san Pablo nos advierta que somos del *linaje de Dios*¹. Por lo mismo tiene derecho a exigirnos que llevemos una vida santa y divina como la suya, para no desmentir la nobleza de nuestro origen, para no deshonar la fuente de donde salimos.

6. Como nuestro fin, nuestro centro, nuestro elemento y medio divino, tiene derecho a que nosotros aspiremos y tendamos sin cesar hacia él y que sólo en él busquemos nuestro descanso y felicidad.

7. Como supremo bien tiene derecho a que lo amemos sobre todas las cosas y a ser el dueño de nuestros pensamientos y afectos. Dios mío, sólo en ti se encuentran los verdaderos bienes, honores y contentos. Que te ame, pues, en forma exclusiva y soberana y que, en adelante, seas tú el único objeto de mis deseos y de mis amores.

3

8. Como nuestro prototipo Dios tiene derecho a que caminemos en su presencia, con la mirada fija en ese divino ejemplar, para ajustar nuestra vida y costumbres a la perfección de su vida y de sus acciones.

9. Como rey y gobernador tiene derecho a darnos leyes, a reinar en nosotros y a dirigir todas nuestras acciones.

10. Como nuestro protector debemos reconocer que sólo él puede asistarnos y defendernos y que sólo a él debemos acudir en nuestras necesidades corporales y espirituales.

¹ Hech. 17, 28.

II. Como nuestro juez tiene el derecho de vigilar y examinar nuestras acciones, de pedirnos cuenta hasta de una palabra ociosa y de castigarnos o premiarnos según nuestros méritos.

Dios mío, te adoro y glorifico en estos derechos justos y legítimos que tienes sobre todas las criaturas y sobre mí en particular. Por ellos me alegro de todo corazón y declaro que si, por imposible, no tuvieras tales derechos sobre mí, de estar en mi poder te los concedería. Te pido perdón por los numerosos obstáculos que he puesto al uso de esos derechos. Quiero, en adelante ponderarlos cuidadosamente para no impedirlos y cumplir, con tu gracia, las obligaciones que de ellos se desprenden.

Jaculatoria: *Mi Dios y mi todo.*

SEPTIMO COLOQUIO

DEBERES PARA CON DIOS POR SUS DERECHOS SOBRE NOSOTROS

1

Ya hemos considerado atentamente los atributos de Dios en relación con nosotros y los derechos que tiene por habernos creado. Nos toca ahora pensar en las obligaciones que de ello se desprenden. Porque:

1. Si Dios es nuestro principio debemos permanecer en él, llevar una vida digna de nuestro origen, colocarlo como punto de referencia de lo que somos y de lo que hacemos y darnos e inmolarnos continuamente a él para que se adueñe plenamente de nosotros. *Mirad la cantera de donde os extrajeron.*¹

2. Si Dios es nuestro fin, nuestro centro y nuestro supremo bien, debemos suspirar continuamente por él, desearlo, buscarlo por doquiera y en todas las cosas y no hallar reposo ni contento fuera de él.

¹ Is. 51, 1.

3. Si Dios es nuestro prototipo, debemos estudiar incesantemente su vida y sus perfecciones para imitarlas y hacer de nosotros la imagen viviente de tan adorable ejemplar. *Te ajustarás al modelo que te fue mostrado en la montaña.*¹

4. Si Dios es nuestro rey, nuestro gobernador y protector, le debemos honor, obediencia y confianza.

5. Si Dios es nuestro soberano, con un poder infinitamente mayor que el del alfarero sobre su vasija de barro, por el cual, como dice Job, *puede herirme mil veces, aún sin motivo*², debemos abandonarnos totalmente a él.

6. Si Dios es nuestro supremo juez debemos someternos al poder que tiene de juzgarnos. Debemos adorarlo, bendecirlo y glorificarlo en todos sus juicios, conocidos o no, que cada día realiza sobre todas las criaturas y especialmente sobre nosotros. Lo adoramos de manera especial en el juicio que ejerce a cada instante sobre las almas que se presentan ante su tribunal y en el juicio, sea cual fuere, que realizará sobre nosotros a la hora de nuestra muerte y en el día del juicio final. Finalmente debemos temerlo, porque *es horrendo caer en las manos del Dios vivo*³, y vivir como quienes han de presentarse dentro de poco ante su trono para darle cuenta hasta de una palabra ociosa.

Tales son nuestras obligaciones. Humillémonos por haberlas desempeñado tan mal. Pidamos misericordia. Roguemos a nuestro Señor Jesús, que vino a la tierra para ser nuestra propiciación, que repare nuestras faltas. Deseemos ardientemente ceñirnos en adelante a estas obligaciones e invoquemos para ello la ayuda de la divina gracia.

2

Quien peca mortalmente no sólo priva a Dios del respeto que le debe. También lo despoja, en cuanto del pecador depende, de los derechos que Dios tiene sobre él y le desconoce y usurpa los atributos que fundamentan esos derechos. Y así, con sus obras,

¹ Ex. 25, 40.

² Job. 9, 31.

³ Hb. 10, 31.

reniega de Dios, a su manera lo destruye, y se tiene a sí mismo por Dios.

Porque, ¿quién es Dios? Es el supremo bien, que debemos estimar por encima de todo. Es aquél cuya gloria, contento, interés y voluntad debemos preferir a toda otra gloria, contento, interés y voluntad. Es el principio, el fin, el centro, el ejemplar, el rey, el dueño, el que gobierna todas las cosas. Por consiguiente a él deben ellas referir, tender, a él preferir, sólo en él buscar la felicidad. Sólo a él como a su norma deben seguir y obedecer.

Pero, en cambio, ¿qué hace el pecador? Se interesa más por sí mismo que por Dios. Se ama más a sí mismo que a Dios. Prefiere su propia voluntad, su interés, su deleite y su gloria a los de Dios. Quiere adueñarse y disponer de sí mismo, como si se perteneciera, como si fuera él el principio de su ser y de su vida (....). No quiere seguir otra norma que sus pasiones, ni otras leyes que sus inclinaciones, ni otra dirección que la de su espíritu enceguecido y su voluntad desordenada.

Lo cual significa arrebatar a Dios sus derechos, usurparlos, y despojarlo de sus títulos para apropiárselos. *Es renegar de Dios con sus obras*¹. Es como decir a Dios: Señor, dicen que eres mi principio, mi fin, mi centro, mi supremo bien, mi modelo, mi norma, mi rey y que, por lo mismo, tienes múltiples derechos sobre mí. Pero yo quiero desconocer esos títulos y derechos. ¡Soy yo mi principio, mi fin, mi norma y mi conducta!(...)

Es esto lo que hace quien comete un pecado mortal. ¡Oh pecado, cuán espantable eres! ¡Cuánto odio siento por ti! Perdóname, Señor, perdona, te ruego, todas mis ofensas.

3

Todo aquel que con palabras, acciones o su mal ejemplo conduce a otros a obrar contra el querer de Dios, o que usa indebidamente de las cosas que Dios puso en este mundo para remediar nuestras necesidades; el que no busca la voluntad de Dios, ni su gloria sino que se sirve de ellas con exceso y llevado por su ambición,

¹ Til. 1,16.

su placer o su avaricia, o por la pasión de otro, ese tal también despoja a Dios, en cuanto de él depende, de los títulos y derechos que él tiene sobre las cosas que ha creado, se las apropia y se constituye en su dios.

Porque al incitar a los demás a obrar contra las leyes de Dios, quiere que ellos prefieran su propia voluntad e interés al de Dios. Es como si quisiera que se colocaran en el puesto que Dios tiene respecto a ellos. Y cuando por el mal uso de las cosas creadas no toma como norma la voluntad y la gloria de Dios, sino su pasión y sus inclinaciones depravadas, es evidente que se está apropiando los derechos que Dios tiene sobre sus criaturas.

Porque si Dios es principio y fin de todas las cosas, su voluntad y su gloria deben ser la medida y la norma del uso que de ellas hacemos (....).

Para saber cuál es el uso que Dios quiere que hagamos de las cosas del mundo, basta considerar cómo actuó su Hijo, Jesús, a quien envió a la tierra para que fuera nuestra norma en ésta como en todas las cosas.

Pero, Dios mío, ¡qué mal he seguido esa norma divina! ¡Cuán culpable soy por el mal uso de los bienes que me has dado! ¡Cuántas veces te he despojado de tus derechos sobre tus criaturas y me los he apropiado! ¡Perdón, Dios mío, perdóname, te lo ruego! Ya no quiero servirme de nada sino para tu gloria y conforme a tu voluntad, es decir, a imitación de tu Hijo Jesús.

Si en el pasado, Dios mío, me aparté de ti que eres mi principio, mi fin y mi supremo bien, si me he buscado a mí mismo, al mundo y a Satanás, al preferir sus voluntades y las mías a las tuyas, declaro que ahora renuncio enteramente y para siempre a Satanás, al mundo y a mí mismo, para entregarme a ti de manera absoluta y definitiva.

Me doy a ti, Dios mío, como a mi principio; toma plena posesión de mí, para que yo permanezca siempre en ti; que nada haga que no sea digno de mi origen y que seas tú el principio y fin de mis acciones.

Me doy a ti, Dios mío, como a mi fin, mi centro y mi supremo bien. Atráeme a ti. Que a ti te busque incesantemente y que tú seas mi único contento, mi gloria, mi tesoro y mi todo.

Me entrego a ti, Dios mío, como a mi prototipo para que imprimas en mí una semejanza perfecta de ti mismo.

Me entrego a ti. Dios mío, como a mi rey y soberano. *Concédeme la gracia de hacer lo que me mandes y manda lo que quieras*¹. Condúceme según tu voluntad y líbrame del pecado.

Me entrego a ti como a mi juez y acato de corazón los juicios que has pronunciado y habrás de pronunciar sobre mí en tiempo y eternidad. Por eso te digo con todo respeto y sumisión: *Tú eres justo, Señor y rectos tus mandamientos*². *Sí, Señor todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos*³.

Finalmente me entrego y sacrifico totalmente a ti, como a mi Dios. Si reuniera en mí todo ser creado, todas las vidas de los hombres y de los ángeles, y cien mil mundos en mis manos, todo lo sacrificaría a tu alabanza y para cumplir tu voluntad.

Despliega tu mismo, Dios mío, tu poder y tu bondad y toma posesión de mí, para consagrarme a ti y sacrificarme totalmente y para siempre a tu purísima gloria.

Jaculatoria: *Renuncio a ti, Satanás y me entrego a ti, Dios mío, Dios de mi corazón*. Y al decir "Satanás" queremos significar el pecado, el espíritu maligno, el mundo y nosotros mismos que, sin tu gracia, somos verdaderos hijos de Satán.

¹ San AGUSTIN. Confes. X, 29.

² Sal. 118 (119), 137.

³ Ap. 16,7.

OCTAVO COLOQUIO

ESTAMOS OBLIGADOS A SERVIR, HONRAR, AMAR E IMITAR A DIOS

1

Aunque, por imposible, no hubiéramos recibido jamás favor alguno de Dios, ni estuviéramos obligados a servirle por causa de nuestra creación y conservación, por la creación y conservación del mundo y por sus títulos y derechos que por ello tiene sobre nosotros, tenemos obligaciones infinitas y mucho más urgentes por lo que es Dios en sí mismo. Abramos, pues, los ojos de la fe para contemplar y adorar, con todo respeto y humildad, su ser infinito, su esencia incomprensible, su divinidad inefable, su majestad suprema, de la siguiente manera:

¡Oh esencia divina, océano de maravillas sin fondo y sin riveras!
¡Mar inmenso y mundo incomprensible y prodigioso! ¡Oh unidad y simplicidad de mi Dios, oh eternidad sin comienzo ni fin, en la que todas las cosas están siempre presentes! ¡Oh inmensidad, oh infinitud que encierras todas las perfecciones imaginables y las que escapan a la imaginación! ¡Oh inmortalidad, oh inmutabilidad, oh invisibilidad, oh luz inaccesible, oh verdad incomprensible! ¡Oh abismo de ciencia y de sabiduría! ¡Oh santidad de mi Dios que lo desprende de todas las cosas y lo retira y concentra en sí mismo! Tan desprendido se halla de todas sus obras que soporta sean destruidas en su presencia, que un día incendiará este mundo y que ha entregado y abandonado a la cruz y a la muerte a la más excelsa de todas ellas, al Hombre-Dios.
¡Oh fuerza divina que todo lo sostienes y todo lo realizas! ¡Oh divina omnipotencia, oh providencia que todo lo gobiernas! ¡Oh justicia, oh bondad, oh misericordia, oh hermosura, oh gloria, oh felicidad! ¡Oh plenitud de bienes, de gozo, de paz y de honor! ¡Oh divina voluntad que haces bien todo cuanto te place en el cielo y en la tierra! ¡Oh amor, oh caridad!... ¡Oh divina vigilancia que eres los ojos del poder, de la misericordia y de la justicia de mi Dios! ¡Oh designios, afectos y diversas operaciones de Dios en sí mismo! ¡Oh vida infinitamente feliz y gloriosa de mi Dios! ¡Oh divino señorío que puedes disponer como te place de todas las cosas sin que nada pueda llamarte a cuentas! ¡Oh gran Dios, con Cristo y por Cristo, tu Hijo, y en unión con las

adoraciones, alabanzas y bendiciones que él te tributa por sí mismo y por todos sus miembros, adoro tantas grandezas y perfecciones y las innumerables que no conozco!. ¡Cuánta alegría siento al verte tan grande y en posesión plena de toda clase de bienes y excelencias! Ciertamente, Dios mío, si yo poseyera todas esas grandezas y tú no las tuvieras, gustoso las abandonaría para revestirte de ellas.

2

Consideremos lo que las tres Personas divinas son y realizan mutuamente las unas con las otras.

El Padre comunica sin cesar a su Hijo su ser, su vida, sus perfecciones, su gloria, su felicidad, sus bienes y tesoros.

El Hijo agradece sin cesar a su Padre, como a su origen, todo cuanto recibe de él, y se encuentra en estado perpetuo de relación, de gloria y de alabanza hacia él.

El Padre y el Hijo comunican al Espíritu Santo lo que son, lo que tienen, lo que pueden y saben.

El Espíritu Santo agradece sin cesar al Padre y al Hijo, como a su principio, cuanto recibe de ellos. Y estas divinas comunicaciones, procesiones y relaciones(...) son eternas, continuas e inmensas, porque llenan los cielos y la tierra.

Y por tales comunicaciones y procesiones, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen la misma esencia y divinidad, viven con una misma vida, tienen igual poder, sabiduría, bondad y santidad, y se hallan en perfectísima unidad y sociedad.

Estas divinas personas se contemplan mutuamente y sin cesar y se ocupan perpetuamente en alabarse, amarse y glorificarse las unas a las otras.

Oh santa Trinidad: te adoro, bendigo y glorifico en todas estas cosas. Me uno al amor y a las alabanzas que tus divinas personas se tributan mutuamente. Te ofrezco la gloria que tienes en ti misma y te digo con la santa Iglesia: *Te damos gracias por tu grande gloria.* Te doy gracias infinitas, Padre eterno, por la

divina generación de tu Hijo. Os doy gracias, Padre e Hijo, porque en unidad de principio espiráis al Espíritu Santo. Os doy gracias, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por el amor, la gloria y las alabanzas que os tributáis.

¡Oh divina comunidad, oh unidad, oh sociedad, oh amor, oh vida de las tres divinas Personas! ¡Qué alegría y felicidad la mía al saber que estás colmada de gloria y felicidad inconcebibles y de infinitad de bienes; que eres Dios, un solo Dios, que vives y reinas por los siglos de los siglos! *Aclamad al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores, sabed que el Señor es Dios*¹.

3

Todas las perfecciones de la esencia divina y las maravillas de las tres Personas eternas, son otras tantas razones que nos obligan a servir, honrar y amar a un Dios tan grande y admirable. ¡Cuánto honor exige de nosotros su suprema grandeza y majestad! ¡Cuánto respeto merece su temible justicia! ¡Cuánta obediencia debemos a su soberanía! ¡Qué pureza de corazón y de vida reclama su santidad de aquellos que lo sirven!

Ciertamente la obligación que tenemos con el Padre eterno por el ser y la vida que comunica a su Hijo en su generación eterna, y con el Padre y el Hijo por lo que comunican al Espíritu Santo es infinitamente mayor que por la creación de mundos innumerables.

¡Cuántas obligaciones tenemos hacia las tres divinas Personas por el amor, las alabanzas y la gloria que se tributan mutuamente desde toda la eternidad y por toda la eternidad! Ciertamente les debemos más servicio y obediencia por todas estas cosas que por todas las gracias que hemos recibido y recibiremos de su largueza. Porque los intereses de las tres eternas Personas deben sernos infinitamente más caros que los nuestros. Entreguémonos, pues, a Dios para servirlo y honrarlo como él lo desea.

Y si lo que Dios más desea de nosotros es que lo imitemos como a nuestro modelo, y si Jesucristo nos dice: *Sed perfectos, como*

¹ Sal. 99,2.

*es perfecto vuestro Padre celestial*¹ y su apóstol: *Sed imitadores de Dios*², entreguémonos a él con el deseo ferviente de imitarlo en su santidad, pureza, caridad, misericordia, paciencia, vigilancia, mansedumbre y demás perfecciones y roguémosle que él mismo imprima en nosotros la semejanza perfecta de su santidad, de su vida y de sus virtudes divinas.

Jaculatoria: Te damos gracias por tu inmensa gloria.

NOVENO COLOQUIO

NUESTROS DEBERES PARA CON DIOS COMO CRISTIANOS

1

Ser cristiano es ser hijo de Dios, tener el mismo Padre que Jesucristo, su Hijo único. *Los hizo capaces de ser hijos de Dios*³. Y nuestro Salvador nos dice: *Subo a mi Padre que es vuestro Padre, a mi Dios, que es vuestro Dios*⁴. Y san Juan: *Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre: que nos llamamos hijos de Dios; y además lo somos*⁵.

Dios, por habernos creado, es nuestro principio, nuestro rey y soberano: y nosotros sus criaturas, su obra, sus súbditos y servidores. Pero, además, por nuestra regeneración y el nuevo nacimiento del bautismo que nos da un nuevo ser y una vida nueva y divina, Dios es nuestro Padre a quien podemos y debemos decirle: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Por eso:

1. Si por el nuevo nacimiento hemos salido del seno de Dios, nuestro Padre, también allí permaneceremos siempre, en su regazo. De otra manera perderíamos el ser y la vida nuevas que recibimos en el bautismo. Por eso nos dice: *Escuchadme,*

¹ Mt. 5,48.

² Ef. 5,1.

³ Jn. 1,12.

⁴ Jn. 20,17.

⁵ 1 Jn. 3,1.

*vosotros, a quienes cargo en mi vientre, a quienes llevo en mis entrañas*¹.

2. Somos hermanos de Jesucristo, de su sangre, de su raza real y divina, y formamos parte de su genealogía. De ahí que el cristiano, el hombre nuevo y nueva criatura, que ha nacido únicamente de Dios, no conoce genealogía distinta a la de Jesucristo, ni otro Padre que a Dios. *No os llamaréis padres unos a otros en la tierra*². *Ya no conocemos a nadie según la carne*³, dice san Pablo. Y el Señor nos dice: *Lo que ha nacido del Espíritu es espíritu*⁴.

3. Somos coherederos del Hijo de Dios y herederos de Dios. ¡Oh maravillas, oh dignidad, nobleza y grandeza del cristiano! *Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre, que nos llamemos hijos de Dios, y además lo somos*⁵. ¡Qué gracia tan grande nos hace Dios cuando nos hace cristianos y cuán agradecidos debemos vivir con su bondad!

Bien desdichado es quien desconoce a Dios como Padre y prefiere ser hijo del diablo. Y eso hacen los que pecan mortalmente. De ellos dice nuestro Señor: *Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis realizar los deseos de vuestro padre*⁶.

Humillémonos a la vista de nuestros pecados. Renunciemos a Satanás. Entreguémonos a Dios, con el deseo ferviente de vivir en adelante como verdaderos hijos suyos, de no desmentir la nobleza de nuestro linaje, de no deshonorar a nuestro Padre. Porque así como un hijo cuerdo es gloria de su padre, así el que no se comporta con sensatez es su ignominia.

¹ Is. 46, 3-4.

² Mt. 23, 9.

³ 2 Cor. 5,16.

⁴ Jn. 3,16.

⁵ 1 Jn. 3,1.

⁶ Jn. 8,44.

El cristiano es un miembro de Jesucristo. *¿Se os ha olvidado que sois miembros de Cristo?*¹ Por lo cual tenemos con Jesucristo una alianza y unión más noble, estrecha y perfecta que la que tienen con su cabeza los miembros de un cuerpo humano y natural. De lo cual se deduce:

2.1. Que pertenecemos a Jesucristo como los miembros a su cabeza;

2.2. que, por lo mismo, estamos bajo su dependencia y dirección;

2.3. que somos una sola cosa con él.

Por eso no es extraño que nos asegure que su Padre nos ama como a él mismo: *Los has amado a ellos como me amaste a mí*² y que escribirá sobre nosotros su nombre nuevo³; que tendremos con él la misma morada, que es el regazo de su Padre: *Donde yo esté allí estará también mi servidor*⁴; y que *nos hará sentar con él en su trono*⁵. Su amor y su bondad son tan excesivos que no se contenta con llamarnos sus amigos, hermanos e hijos: quiere que seamos sus miembros.

Amémoslo, bendigámoslo y comprendamos que esta cualidad nos obliga a vivir de la vida de nuestra cabeza, a continuar en la tierra su vida y sus virtudes. Pero, ¡qué alejados estamos de esa santa vida! ¡Qué culpa horrible es cometer un pecado mortal! Porque descuartiza a Jesucristo, le arranca uno de sus miembros para convertirlo en miembro de Satanás.

Detestemos nuestros crímenes. Entreguémonos a Jesucristo como sus miembros y hagamos el propósito de vivir de su vida. Porque sería monstruoso que un miembro viviera una vida distinta de la de su cabeza. Por eso san Gregorio de Nisa afirma que el cristianismo es *hacer profesión de vivir de la vida de Jesucristo*⁶.

¹ 1 Cor. 6,15.

² Jn. 17,23.

³ Ap. 3,12.

⁴ Jn. 9,26.

⁵ Ap. 3,21.

⁶ Ad Harmonium, de Professione christiana.

El cristiano es templo del Espíritu Santo, al decir de san Pablo: *Sabéis muy bien que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo*¹. Porque si somos hijos de Dios y una sola cosa con el Hijo de Dios, como los miembros con su cabeza, su mismo Espíritu debe animarnos. Por eso san Pablo nos dice: *La prueba de que sois hijos es que Dios envió a vuestro interior el Espíritu de su Hijo*² y que *si alguno no tiene el Espíritu de Cristo ese no es cristiano*³. De manera que el Santo Espíritu nos ha sido dado para que sea el espíritu de nuestro espíritu, el corazón de nuestro corazón, el alma de nuestra alma, para que esté siempre con nosotros y dentro de nosotros, no sólo como en su templo sino como en una parte de su cuerpo, vale a decir en una parte del cuerpo de Jesucristo, que es el suyo y que debe estar animado por él pues los miembros y cada parte del cuerpo deben estar animados por el mismo espíritu que anima a su cabeza.

¿Quién, pues, podrá concebir y expresar la excelencia de la religión cristiana, la dignidad de un cristiano, hijo de Dios, miembro de Jesucristo, animado por su Espíritu? ¿Cuál sea nuestra obligación para con Dios? ¿Cuál la santidad de nuestra vida? ¿Cuán culpable quien peca mortalmente? Porque el pecador destierra al Espíritu Santo de su templo para alojar al espíritu del mal; crucifica y da muerte en sí mismo a Jesucristo apagando en él su Espíritu, por el cual vivía, para entronizar y hacer vivir allí a su enemigo Satanás.

Consideremos cuidadosamente estas verdades. Grabémoslas profundamente en nuestros corazones para incitarnos a bendecir y amar a Dios, a detestar nuestras ingratitudes y pecados pasados y a llevar en adelante una vida digna de la perfección de nuestro Padre, de la santidad de nuestra Cabeza y de la pureza del Espíritu.

Jaculatoria: Padre nuestro que estás en los cielos, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

¹ 1 Cor. 6, 19.

² Ga. 4, 6.

³ Rm. 8, 9.

DECIMO COLOQUIO

MARAVILLAS OBRADAS POR EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPIRITU SANTO PARA HACERNOS CRISTIANOS

1

Se necesitaban dos cosas importantes que incluyen muchas otras, para hacernos cristianos. La primera era destruir la alianza desdichada que por el pecado habíamos contraído con el demonio de quien llegamos a ser esclavos, hijos y miembros. La segunda reconciliarnos con Dios, de quien nos hicimos enemigos y establecer con él una alianza nueva, más noble y estrecha que la que teníamos antes del pecado.

Para llenar ambas condiciones era necesario aniquilar nuestros pecados, librarnos del poder de Satán, purificar nuestras almas de las manchas de sus delitos y adornarlas con gracias y dones acordes con la cualidad de hijos de Dios y miembros del Hijo de Dios.

Para este fin he aquí, en primer lugar, lo que ha hecho el Padre eterno. Nos envió y dio a su Hijo único y amadísimo, que es su corazón, su amor, sus delicias, su tesoro, su gloria y su vida. ¿Pero dónde, a quién, y porqué lo hizo?

1.1. Lo envió a este mundo, a esta tierra de miseria y maldición: como quien dice a un lugar de tinieblas, de horror, de pecado y de tribulación.

1.2. Nos lo dio a nosotros, sus enemigos ingratos y pérfidos; a los judíos, a Herodes, a Judas, a los verdugos que lo ultrajaron, vendieron, crucificaron y que todavía lo ultrajan, venden y crucifican cada día. Y, al dámoslo, lo entregó a los tormentos de la cruz y de la muerte. *De tal manera amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único*¹.

¹ Jn. 3,16.

1.3. ¿Por qué lo envió y entregó de esa manera? Para libramos de la tiranía del pecado y del demonio; para lavar nuestras almas con su sangre; para adornarlas con su gracia; para nuestra redención, nuestra justificación y santificación y para hacernos pasar de nuestra condición de esclavos, hijos y miembros de Satanás a la dignidad de amigos e hijos de Dios, de hermanos y miembros de Jesucristo. ¡"Oh bondad inefable, exclama san Agustín, oh misericordia incomparable! No éramos dignos de ser los esclavos de Dios y he aquí que nos vemos contados entre sus hijos"¹. ¿Cómo te pagaremos, Padre bondadoso, el don infinito de darnos lo más querido y precioso que tienes, a tu Hijo único? Te ofrecemos en acción de gracias a este mismo Hijo, y, en unión con él nos ofrecemos, entregamos, consagramos y sacrificamos a ti irrevocablemente. Tómanos y poséenos perfectamente y para siempre.

2

En segundo lugar, para hacernos cristianos el Hijo de Dios salió del seno de su Padre, vino a este mundo, se hizo hombre y permaneció en la tierra treinta y cuatro años. ¡Y durante ese tiempo cuántos misterios y grandezas realizó! ¡Cuántas cosas extrañas padeció! ¡Cuántos oprobios y tormentos sobrellevó! ¡Cuántas lágrimas y sangre derramó! ¡Cuántos ayunos, vigiliias, trabajos, fatigas, amarguras, angustias, y suplicios soportó! Y todo ello para hacernos cristianos, hijos de Dios y miembros suyos. Tú, Dios mío, sólo empleaste seis días para crear el mundo y un instante para crear al hombre. Pero para hacer al cristiano empleaste treinta y cuatro años de trabajos y sufrimientos indecibles. Unas pocas palabras te bastaron para la primera creación, pero para la segunda entregaste tu sangre y tu vida con dolores infinitos. Por eso, si tengo tantas obligaciones contigo por mi creación, mucha más tengo por mi regeneración. Si me debo todo a ti por haberme dado el ser y la vida, ¿cuánto más por haberte entregado tu mismo a mí, en tu encarnación, y por haberte sacrificado por mí en la cruz? Que al menos, Salvador mío, a pesar de mi nada, te pertenezca totalmente. Que no viva sino para amarte, servirte y honrarte y para hacerte amar y honrar en todas las formas posibles.

¹ In Joan. Tract. II, 13.

En tercer lugar, también el Espíritu Santo tuvo su parte para hacernos cristianos. Porque formó en las sagradas entrañas de la santa Virgen a nuestro Redentor y nuestra Cabeza; lo animó y condujo en sus pensamientos, palabras, acciones y padecimientos y en el sacrificio de sí mismo en la cruz: Allí, Cristo *se ofreció a sí mismo, por el Espíritu Santo, a Dios*¹.

Y después de que nuestro Señor subió al cielo, el Espíritu Santo vino a este mundo para formar y establecer el cuerpo de Jesucristo, que es su Iglesia, y para aplicarle los frutos de la vida, la sangre, la pasión y la muerte de Jesús. Sin ello hubieran sido vanas la pasión y la muerte de Jesucristo.

Además, el Espíritu Santo viene a nosotros en nuestro bautismo, para formar en nosotros a Jesucristo y para incorporarnos a él, para hacernos nacer y vivir en él, para aplicarnos los frutos de su sangre y de su muerte y para animarnos, inspirarnos, movernos y conducimos en nuestros pensamientos, palabras, acciones y padecimientos, de manera que los tengamos cristianamente y solo para Dios. Hasta tal punto, que no podemos pronunciar como conviene el santo nombre de Jesús, ni tener un buen pensamiento, sino gracias al Espíritu Santo².

¡Cuántas maravillas han obrado el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo para hacernos cristianos! ¡Qué prodigioso es ser cristiano! Cuánta razón tiene san Juan cuando hablando en nombre de todos los cristianos dice: *el mundo no nos conoce*³. ¡Cuántos motivos tenemos de bendecir y amar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por habernos llamado y elevado a la dignidad de cristianos! Por eso nuestra vida debe ser santa, divina y espiritual, ya que *todo lo que ha nacido del Espíritu es espíritu*⁴.

Me doy a ti, Espíritu Santo: toma posesión de mí y condúceme en todo y haz que viva como hijo de Dios, como miembro de

¹ Hb. 9,14.

² 1 Cor. 12,3.

³ 1 Jn. 3,1.

⁴ Jn. 3, 6.

Jesucristo y como quien por haber nacido de ti, te pertenece y debe estar animado, poseído y conducido por ti.

*Jaculatoria: Alaben al Señor por sus misericordias, y por las maravillas que hace con los hombres*¹.

UNDECIMO COLOQUIO

POR EL BAUTISMO SOMOS CRISTIANOS.

1

El Bautismo es una nueva creación. Por eso la santa Escritura llama al cristiano *nueva criatura*². De esta segunda creación la primera es solo sombra y figura.

En la primera creación Dios nos sacó de la nada. En la segunda nos sacó de una nada mucho más extrema: de la nada del pecado. Porque la primera nada no se opone al poder de Dios: en cambio, la segunda le resiste con su infinita malicia. Cuando Dios *nos creó en Jesucristo*³, como dice san Pablo, cuando nos dio un ser y una vida nuevos en él por el bautismo, nos encontró en la nada del pecado, en estado de enemistad y de oposición a él. Pero Dios venció nuestra malicia con su bondad y su poder infinitos.

En la primera creación Dios nos dio un ser humano, débil y frágil; en la segunda un ser celestial y divino.

En la primera nos hizo a su imagen y semejanza: en la segunda restauró su imagen que el pecado había borrado en nosotros, nos la imprimió de manera mucho más noble y excelente, pues nos hizo *partícipes de su divina naturaleza*⁴.

En la primera creación Dios colocó al hombre en este mundo visible, creado por él en el comienzo de los siglos: en la segunda

¹ Sal. 106, 8.

² 2 Cor. 5, 17; Ga. 6, 15.

³ Ef. 2, 10.

⁴ 2 Pe. 1, 4.

colocó al cristiano en un mundo nuevo, que es Dios mismo con todas sus perfecciones. Ese mundo nuevo es el regazo de Dios. Es Jesucristo, Hombre-Dios, con su vida, sus misterios, su cuerpo, que es su Iglesia triunfante, militante y sufriente.

El mundo de la primera criatura es un mundo de tinieblas, pecado y maldición. *El mundo entero está en poder del maligno*¹. En cambio, el mundo de la nueva criatura es un mundo de gracia, de santidad y bendición, con bellezas y delicias infinitas. En efecto, ¡cuántas maravillas y encantos hay en Dios, en su santidad, eternidad, inmensidad, en su gloria y felicidad, en sus tesoros, en la vida temporal de Jesucristo, con sus misterios, acciones, padecimientos y virtudes; en su vida gloriosa e inmortal, en su Iglesia y en la vida de todos sus santos!

En el mundo de Adán, hay cielos, astros, elementos. En el mundo del cristiano el cielo es Dios y el seno de Dios; el sol es Jesús, la luna es María; los astros y estrellas los santos; la tierra es la humanidad sagrada de Jesús; el agua es la gracia cristiana; el aire es el Espíritu Santo; el fuego, el amor y la caridad; el pan es el cuerpo de Jesucristo; el vino es su sangre; los vestidos son Jesucristo: porque *cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo*².

En el mundo cristiano no hay pobres ni plebeyos. Todos los verdaderos cristianos son infinitamente ricos: *Todo es vuestro*³. Todos son nobles, príncipes y reyes.

Nada me importa ya el mundo de Adán, podrido y pestilente por causa del pecado. Dejémoslo a los hijos de este siglo y coloquemos nuestro corazón en nuestro mundo. Salgamos del mundo de Adán para entrar en el mundo de Jesucristo. Porque todos los que son de Jesucristo no pertenecen al mundo como tampoco pertenece a él Jesucristo⁴.

En nuestro mundo encontramos las riquezas, honores y deleites verdaderos. Los hijos del siglo colocan su placer en las cosas del

¹ Jn. 5, 19.

² Ga. 3, 27.

³ 1 Cor. 3, 22.

⁴ Jn. 17, 16.

mundo: en hablar y oír hablar de ellas. *Ellos pertenecen al mundo, por eso hablan el lenguaje del mundo*¹. En cambio, nosotros debemos colocar nuestro gozo en ponderar y oír ponderar las maravillas y noticias de nuestro mundo, mucho más deleitosas que las del mundo del pecador.

Finalmente, debemos estar muertos para el mundo de Adán y no vivir sino en nuestro mundo y de la vida de nuestro mundo que es Dios y Jesucristo nuestro Señor. Porque estamos en él como una parte de él mismo, que debe estar animada por su Espíritu para vivir de su vida. Esa muerte y esa vida las expresa san Pablo con estas palabras: *Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*². Entreguémonos a Dios para entrar en sus sentimientos y roguémosle que imprima en nosotros desprecio y aversión por el mundo de Adán y gran aprecio y amor por el mundo nuestro.

2

La Escritura llama al bautismo baño de regeneración y nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu Santo³. De esa generación y nacimiento es ejemplar y prototipo la generación y el nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre y su generación y nacimiento temporal en el seno virginal de María.

Porque así como en su generación eterna el Padre le comunica su ser y su vida y todas sus perfecciones, también en nuestro bautismo ese mismo Padre nos da por su Hijo y en su Hijo, un ser y una vida santos y divinos.

Y así como en la generación temporal del Hijo de Dios, su Padre le da un ser nuevo y una vida nueva, la cual, aunque santa y divina se halla revestida de mortalidad, de pasibilidad y de las miserias de la vida humana, así la vida nueva que Dios nos da en el bautismo está rodeada de fragilidad y debilidades de la vida humana con la que está unido.

¹ 1 Jn. 4, 5.

² Col. 3,3.

³ Tit. 3, 5; Jn. 3,5.

Además, así como el Espíritu Santo fue enviado para formar al Hijo de Dios en las entrañas de la santa Virgen, también se le envía para formarlo y hacerlo vivir, mediante el bautismo, en nuestra alma, para incorporarnos y unimos a él y hacemos nacer y vivir en él: *A menos que uno nazca del agua y del Espíritu*¹.

Y así como las tres divinas Personas han cooperado conjuntamente con el mismo poder y bondad, en la obra de la encarnación, también esas Personas se hallan presentes en nuestro bautismo para darnos el nuevo ser y la nueva vida en Jesucristo.

De esa manera nuestro Bautismo es una inefable generación. *Por propia iniciativa nos engendró*², y un nacimiento admirable, imagen viva del nacimiento eterno y temporal del Hijo de Dios. Por eso nuestra vida ha de ser imagen perfecta de la suya. Hemos nacido de Dios en Jesucristo por la acción del Espíritu Santo³. Por lo cual sólo debemos vivir de Dios, en Dios y para Dios y de la vida de Jesucristo, animados, conducidos y poseídos enteramente por su Espíritu.

Humillémonos al vernos tan alejados de esa vida. Entreguémonos a Dios con el ferviente deseo de empezar a vivirla. Roguémosle que destruya en nosotros la vida del mundo y del pecado y establezca la suya, para no ser de aquellos a quienes san Pablo llama *ajenos a la vida de Dios*⁴.

3

El bautismo es una muerte y una resurrección. Es una muerte porque *si uno murió por todos, luego todos han muerto*⁵. Es decir, todos los que, por el bautismo están incorporados a él como sus miembros. Porque si tenemos una Cabeza crucificada y muerta, también debemos estar sus miembros crucificados y muertos para el mundo, el pecado y nosotros mismos.

¹ Jn. 3, 5.

² Sant. 1, 18.

³ Jn. 1, 13; 3, 6.

⁴ Ef. 4, 18.

⁵ 2 Cor. 5, 14.

El bautismo es una resurrección: salimos de la muerte del pecado a la vida de la gracia.

Es una muerte y una resurrección cuyo ejemplar es la muerte y resurrección de Jesucristo.

Su muerte: porque dice san Pablo: *Hemos sido bautizados en su muerte; hemos sido sepultados en la muerte con Jesucristo por el bautismo. Su resurrección: porque como Jesucristo fue resucitado de la muerte, así nosotros empezáramos una vida nueva*¹.

Por consiguiente, por el bautismo estamos obligados a morir a todo para vivir con Jesucristo de una vida celestial, como quienes ya no pertenecen a la tierra sino al cielo y que tienen allí su espíritu y su corazón, como decían los primeros cristianos por boca de san Pablo: *Nosotros somos ciudadanos del cielo*² y también: *Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, no las de la tierra*³.

Finalmente, por el bautismo debemos hacer verídicas aquellas palabras: *Estáis muertos y vuestra vida escondida con Cristo en Dios*⁴. Muertos a lo que no es Dios para vivir únicamente en Dios y con Jesucristo. *Como muertos que han vuelto a la vida*⁵. Deben llevar en la tierra la vida del cielo, es decir una vida santa que sea ejercicio constante de amor, de adoración y alabanza a Dios y de caridad con el prójimo.

Esa debe ser la vida de todo bautizado. Los que, en cambio, viven de la vida del mundo, de la vida de los paganos y de los demonios, renuncian a su bautismo y se hacen más réprobos que ellos.

Qué temible es el pecado: destruye en nosotros una vida tan noble y preciosa, la vida de Dios y de Jesucristo en nuestras almas y la cambia por una vida pecadora y diabólica.

¹ Rm. 6, 3-4.

² Fp. 3,20.

³ Col. 3, 1-2.

⁴ Col. 3, 3.

⁵ Rm. 6, 13.

Detestemos, pues, nuestros pecados, renunciemos de corazón a la vida del mundo y del hombre viejo. Entreguémonos a Jesús y roguémosle que la destruya en nosotros y establezca la suya.

Jaculatoria: *Que ya no viva yo sino Cristo en mí.*

DUODECIMO COLOQUIO

EL BAUTISMO ES UNA ALIANZA ADMIRABLE DEL HOMBRE CON DIOS

1

El bautismo es un divino pacto del hombre con Dios, que incluye tres grandes acontecimientos.

El primero es que Dios, con misericordia incomparable, desata la alianza maldita que por el pecado teníamos con Satanás y que nos convertía en sus hijos y miembros y nos hace entrar en maravillosa sociedad con él. *Dios os llamó a la unión con su Hijo Jesucristo*¹, dice san Pablo, y san Juan: *Lo que vimos y oímos os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo*².

Se trata de la sociedad más noble y perfecta que pueda imaginarse. No es sólo alianza de amigos, de hermanos, de hijos con su Padre, de esposo con su esposa, sino la más íntima y estrecha: la de los miembros con su cabeza.

La unión natural y corporal de los sarmientos con el tronco de la vida³ y de los miembros del cuerpo humano con su cabeza, es la más estrecha en el orden natural; pero sólo es figura y sombra de la unión espiritual y sobrenatural que por el bautismo tenemos con Jesucristo. La primera se ajusta a la naturaleza material de las cosas que une entre sí. En cambio, la unión de los miembros

¹ 1 Cor. 1, 9.

² 1 Jn. 1, 3.

³ Jn. 15, 5.

de Jesucristo con su Cabeza se ajusta a la excelencia y naturaleza divina. Y así como esta divina Cabeza y sus miembros superan la cabeza y miembros naturales, así la alianza que los cristianos contraen con Jesucristo supera la unión de la cabeza con los miembros de un cuerpo humano.

Pero hay más aún: y es que la sociedad que por el bautismo establecemos con Jesucristo, y por él con el Padre, es tan alta y divina que Jesucristo la compara con la unidad existente entre el Padre y el Hijo: *Que todos sean uno, como tú Padre, estás conmigo y yo contigo. Yo unido con ellos y tú conmigo para que queden realizados en la unidad*¹. De manera que la unidad del Padre con el Hijo es ejemplar de la unión que encontramos con Dios por el Bautismo y ésta es la viva imagen de tan adorable unidad.

Además, lo que ennoblece la alianza contraída con Dios por el bautismo es que se funda y origina en la sangre de Jesucristo y que la realiza el Espíritu Santo. El mismo Espíritu que es la unidad del Padre y del Hijo, como dice la Iglesia: *en la unidad del Espíritu Santo*, es el vínculo sagrado de la sociedad y unión que tenemos con Jesucristo y por Jesucristo con el Padre, unión señalada con las palabras: *para que queden realizados en la unidad*.

Vemos así cómo, por el bautismo somos una sola cosa con Jesucristo y por Jesucristo con Dios, de la manera más excelsa y perfecta que pueda existir, después de la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo eterno. ¡Oh alianza y sociedad inefable! ¡Cuántas obligaciones tenemos con la bondad de Dios por algo tan grande! ¡Qué alabanzas y acciones de gracias debemos tributarle! ¡Bendito sea Dios por don tan inefable!

Pero si estamos asociados de manera tan íntima con el Santo de los Santos, ¡qué santa debe ser nuestra vida! Ciertamente si somos una sola cosa con Dios, debemos tener un solo corazón, un mismo espíritu, una misma voluntad, un mismo sentir con él: estar unidos con el Señor es ser un espíritu con él². Sólo debemos amar lo que él ama y odiar lo que él odia, es decir, el pecado. Porque quien peca mortalmente viola y rompe esa divina

¹ Jn. 17, 22-23.

² 1 Cor. 6, 17.

alianza que hemos contraído con Dios por el bautismo y contrae alianza con su enemigo, Satanás; deshonra la unidad del Padre y del Hijo al destruir su imagen; profana y hace inútil la sangre de Jesucristo que es el fundamento de esa sociedad; apaga el Espíritu de Dios que es su vínculo sagrado, contra lo cual nos previene el apóstol cuando dice: *No apaguéis el Espíritu*¹.

¡Qué horror debemos tener de nuestros pecados pasados y cuánto temor de recaer en ellos! ¡Cuánto cuidado para conservar tan preciosa alianza, y cómo debemos esmerarnos por asociar a ella el mayor número posible de nuestros hermanos!

2

Lo segundo que ha tenido lugar en nuestro pacto bautismal con Dios, es que después de recibimos en sociedad con él, como a sus hijos y a miembros de su Hijo, se ha obligado a mirarnos y amarnos y tratarnos como a sus propios hijos, como a verdaderos hermanos y miembros de su Hijo y a nuestras almas como esposas suyas. Ya desde entonces nos ha tratado de esa manera y concediéndonos dones inestimables ajustados a la dignidad y santidad de nuestra alianza con él: nos da su gracia, de la que el menor grado vale más que todos los imperios terrenos. Nos da la fe, la esperanza y la caridad, tesoros sin precio de bienes indecibles, y las demás virtudes, vinculadas todas a la caridad. Nos da los siete dones del Espíritu Santo y las ocho bienaventuranzas evangélicas. Y desde el día de nuestro bautismo mantiene sus ojos paternales fijos sobre nosotros y su corazón dedicado a amarnos. Nos da cuanto necesitamos para el cuerpo y para el alma y cumple fielmente sus promesas. Más aún, nos asegura que seremos sus herederos en el cielo y que allí disfrutaremos de una felicidad que ojos de hombre jamás vieron, ni oídos humanos jamás oyeron, ni corazón humano jamás puede imaginar. *Demos gracias a Dios por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres*².

¹ 1 Ts. 5, 19.

² Sal. 106 (107), 8.

Aconteció, en tercer lugar, en ese divino pacto, que nuestros padrinos y madrinan nos presentaron, ofrendaron, entregaron y consagraron a Dios; que le prometimos por su boca, renunciar a Satanás y a sus obras, es decir, a todo pecado, a sus vanidades, es decir, al mundo, y adherirnos a Jesucristo.

En efecto, según el rito antiguo de administrar el bautismo, el candidato se volvía hacia el ocaso y decía: Renuncio a ti, Satanás. Luego, vuelto hacia el Oriente exclamaba: ¡Voy tras de ti, oh Cristo! Y lo mismo se expresa hoy día en términos equivalentes. Esa es la promesa solemne que hicimos a Dios en nuestro bautismo, delante de toda la Iglesia; promesa incluida dentro de un gran sacramento, tan comprometedora que nadie podrá jamás dispensarnos de ella; promesa que, al decir de san Agustín, está escrita por los ángeles y sobre la cual Dios nos juzgará a la hora de nuestra muerte.

Juzguémonos pues, desde ahora a nosotros mismos, para no ser condenados. Examinemos rigurosamente si hemos cumplido esa promesa y nos daremos cuenta de que, a menudo, nos hemos comportado como si hubiéramos prometido todo lo contrario y como si, en lugar de renunciar a Satanás, al pecado y al mundo, y de seguir a Jesucristo, a éste le hemos vuelto las espaldas y lo hemos negado con nuestras obras para pasarnos a sus enemigos. ¡Cuánta perfidia e ingratitud después de recibir semejantes favores! Cómo debemos detestar nuestra infidelidad, y renovar con mayor fervor, la promesa y profesión de nuestro bautismo.

Es eso lo que voy a hacer desde ahora. Dios mío. De todo corazón y con todas mis fuerzas renuncio a ti, maldito Satanás. Renuncio a ti, pecado abominable. Renuncio a ti, mundo detestable. Renuncio a tus falsos honores, a tus vanos placeres, a tus riquezas engañosas, a tu espíritu diabólico, a tus máximas perniciosas y a toda corrupción y malignidad.

Me entrego a ti, Señor Jesús, totalmente y para siempre. Quiero adherir, por la fe, a tu doctrina, por la esperanza a tus promesas, por el amor y la caridad a tus mandatos y consejos. Quiero seguirte en la práctica de tus virtudes y seguirte como a mi Cabeza, como uno de tus miembros. Quiero continuar tu vida

sobre la tierra, en cuanto me sea posible, mediante tu gracia que imploro de ti encarecidamente.

Jaculatoria: Para mí lo bueno es estar junto a Dios, para tener comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo¹.

MEDITACION

SOBRE LA ELECCION DE ESTADO

1

Piensa que el único estado que debes escoger es el que Dios te ha señalado desde toda eternidad: porque no te perteneces a ti mismo sino a él, por infinitas razones. Porque te ha creado, conservado, redimido y justificado; por la soberanía que tiene sobre todas sus criaturas; por tantos títulos como pensamientos, palabras, acciones, padecimientos y gotas de sangre te ha dado el Hijo de Dios para librarte de la esclavitud del diablo y del pecado.

Por eso tiene derecho a disponer de ti, de tu vida y ocupaciones. Porque le perteneces a él infinitamente más que un súbdito a su rey, que un esclavo a su amo, que una casa a su dueño, que un hijo a su padre. Renuncia, por tanto a ti mismo. Entrégate a Dios, declárale que quieres pertenecerle y servirlo de la manera que más le agrada y en el estado a que le plazca llamarte. Rúgale que te dé a conocer su santa voluntad y haz el propósito de aportar las disposiciones requeridas para descubrirla y seguirla.

2

Para disponerte a conocer la divina voluntad tocante a tu vocación debes tener en cuenta siete cosas:

2.1. Humíllate profundamente y reconoce que eres indigno de servir a Dios en cualquier estado y condición; que por estar lleno de tinieblas, no puedes discernir por ti mismo la voluntad de Dios y que no mereces que él te comunique sus luces para ello.

¹ Sal. 72 (73), 28; 1 Jn. 1, 3.

2.2. Purifica tu alma de todo pecado y apego al mal, mediante una verdadera conversión y una confesión extraordinaria para alejar de ti cuanto pudiera obstaculizar las luces y gracias celestiales que para ello se requieren.

2.3. Reafírmale a Dios que deseas pertenecerle totalmente y servirlo de todo corazón y únicamente por su amor, en el género de vida al que le plazca llamarte.

2.4. Colócate en total indiferencia frente a cualquier profesión en la que puedas agradar a Dios y despójate de tus planes y proyectos. Coloca a los pies de nuestro Señor tus sentimientos, deseos e inclinaciones para que él te comuniquen los suyos. Abandónale tu libertad para que disponga de ti según su beneplácito. Coloca tu corazón entre sus manos como cera blanda o como carta blanca que él grave y escriba en él la expresión de su adorable voluntad.

2.5. Suplícale confiadamente que por su infinita misericordia, a pesar de tu inmensa indignidad, te coloque en el estado que te ha señalado desde toda eternidad y te dé las luces y gracias necesarias para entrar en él y servirlo allí con toda fidelidad.

2.6. Acompaña tu oración con mortificaciones, limosnas y buenas obras, corporales o espirituales.

2.7. Implora el auxilio de la santa Virgen, de san José, tu ángel custodio y demás ángeles y santos para que te alcancen la gracia de conocer y seguir lo que Dios pide de ti.

Ruega a Dios que te dé la gracia de poner en práctica estos siete consejos y esmérate por seguirlos.

3

Si después de cumplir estas recomendaciones y de asumir las disposiciones en ellas señaladas, sientes inclinación por algún género de vida, no te apures en seguirlo. Examínalo bien para no tomar los instintos de tu voluntad o de tu amor propio, o del espíritu malo, como si fueran del Espíritu de Dios. Para no engañarte, examina atentamente:

3.1. Si la condición a la que te sientes atraído es tal que puedes en ella servir fácilmente a Dios y realizar tu salvación.

3.2. Si Dios te ha dado las cualidades físicas y espirituales convenientes y las condiciones requeridas para entrar en ella.

3.3. Si el deseo que tienes es estable y permanente.

3.4. Si el motivo que a ello te lleva es puro y desinteresado, con la única intención de honrar a Dios y cumplir su voluntad.

3.5. Si aprueban y confirman tu propósito algunos servidores de Dios capaces de dirigirte en asunto de tantas consecuencias.

Si estas cinco señales de la verdadera vocación de Dios coinciden con el deseo que tienes de un estado o género de vida, sólo te queda tomar la firme resolución de llevarlo a cabo, de buscar los medios conducentes y rogar a Dios que te dé las gracias necesarias para llegar a él y para servirlo y honrarlo conforme a los designios que tiene sobre ti. Invoca con este fin la intercesión de la santa Virgen, de los ángeles y de los santos.

Jaculatoria: Indícame, Señor, el camino que he de seguir, pues a ti levanto mi alma¹.

¹ Sal. 142 (143), 8.

**EL CONTRATO
DEL HOMBRE CON DIOS
POR EL SANTO BAUTISMO**

EL CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS POR EL SANTO BAUTISMO

OC. II, 207-244.

INTRODUCCION

P. Nicolás Bermúdez, C.J.M.

Doctrina bautismal de san Juan Eudes.

El contacto con el pueblo que san Juan Eudes ha tenido por medio de las misiones, le ha permitido conocer la ignorancia de la doctrina tradicional y el olvido de las obligaciones que el cristiano ha contraído en el bautismo.

Preocupado por la renovación en la vida cristiana entre sus contemporáneos, hace del bautismo el centro de su predicación.

Su tarea y la de los maestros de la escuela de espiritualidad, es que el bautismo llegue a ser para el cristiano el ingreso a la vida nueva en Cristo, y la vida bautismal, el desarrollo dinámico a lo largo de su existencia. La vida en Cristo es el núcleo central de la experiencia espiritual, de la predicación y de los escritos de san Juan Eudes.

En 1654, en plena madurez, publica su obra **EL CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS POR EL SANTO BAUTISMO**; pero sus escritos bautismales están diseminados a lo largo de toda su obra escrita. En 1637 publica el **EJERCICIO PARA EL SANTO BAUTISMO** (OC. I, 505-519); en 1647 **REGLAS DE LA CONGREGACION DE JESUS Y MARIA** cuyos capítulos II y III indican la conducta de los que han hecho profesión de Jesucristo; en 1662 los **COLOQUIOS INTERIORES DEL CRISTIANO CON SU DIOS** (OC. II, 177-191); y el

CATECISMO DE LA MISION Cap. I y XIII (OC. II, 383-384; 430-432).

En su predicación y en sus escritos presenta la vida cristiana como la realización dinámica del bautismo, como la irrupción del misterio de Cristo en la vida de cada bautizado. Es este el eje de sus obras fundamentales: VIDA Y REINO DE JESUS y EL CORAZON DE LA MADRE ADMIRABLE.

Al querer expresar en sus escritos su experiencia personal, su presentación es vital: el cristiano es el fruto de una acción creativa de Dios, por lo tanto su vida es la de un comprometido. Misionero, Juan Eudes, tiene la profunda convicción de que su misión es comunicar a su pueblo los designios de Dios, corregir sus vicios, encaminarlos por la senda de la fidelidad a sus preceptos.

El bautismo contrato de alianza.

En VIDA Y REINO DE JESUS, el bautismo aparece como un voto: "voto y profesión de adherir a Jesucristo y permanecer en él". Insiste primariamente en el compromiso y la acción del hombre que renuncia a sí mismo y se adhiere a su Señor. Ahora lo llama con el nombre de contrato. Es una denominación que corresponde muy bien a la mentalidad del pueblo normando y que permite presentar las obligaciones que de este estado nacen.

Acción trinitaria.

Pero este contrato particular no tiene tanto su fuerza en el compromiso del hombre cuanto en la acción gratuita de Dios. Un contrato de alianza, sociedad y comunión con las tres divinas Personas: "La unidad del Padre y del Hijo es el ejemplar y modelo de la unión que tenéis con Dios por el bautismo y esta unión es la imagen viva de esta adorable unidad". En él aparecen "las promesas y obligaciones a las cuales Dios ha querido, por un exceso de su amor incomparable, comprometerse con el hombre". El contrato de alianza en que el cristiano ha entrado no tiene otro origen que el amor gratuito del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que lo han elegido.

Juan Eudes sitúa al bautizado en un estado de comunión con Dios y de participación de la plenitud del misterio pascual.

El bautizado vive el misterio trinitario y el misterio de la unidad de los discípulos de Jesús:

- **unidad de los discípulos con el Padre y el Hijo;**
- **unidad según el modelo de la unidad del Padre y el Hijo;**
- **unidad de los discípulos, consecuencia de la unidad de la del Padre y el Hijo; amor mutuo del Padre y el Hijo en los discípulos.**

En este particular contrato que es el bautismo, cada una de las tres divinas Personas se obliga con el hombre:

El Padre se le da: el objeto de la revelación del Padre es hacer conocer su amor por su Hijo y establecer entre los hombres y Jesús una estrecha comunión de vida. Los hace hijos en su Hijo único.

El Hijo los incorpora a su cuerpo. "El Hijo se compromete a considerarnos y tratarnos como parte de sí mismo". Jesús amorosamente comprometido por la alianza del bautismo los hace partícipes de su vida y de su ser.

El don del Espíritu que le hacen el Padre y el Hijo cumple la plenitud de su proyecto. Se lo da para que sea su espíritu y su corazón, el principio de la vida nueva, de sus pensamientos y de sus sentimientos, el inspirador de la actividad cristiana y el factor de la formación de Jesús en él. "Os daré un corazón nuevo, pondré mi espíritu en medio de vosotros".

Respuesta del hombre a la acción de Dios.

Luego de exponer la acción trinitaria en el hombre nuevo que nace del bautismo, Juan Eudes examina las obligaciones y promesas que el hombre contrae en su nueva realidad frente a Dios.

El hombre se compromete a obrar en conformidad con el nuevo ser recibido en Cristo y por Cristo. "...os habéis ofrecido, dado y consagrado a la divina majestad... os habéis comprometido a

renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras... Os habéis comprometido a adherir a Jesucristo por la fe, a seguirlo, a vivir de su vida".

Los dos aspectos de la respuesta del hombre, renuncia y adhesión son inseparables, por ser complementarios y por realizarse a lo largo de toda la dinámica bautismal en la vida del cristiano: ser libres para la formación de Cristo en su vida.

En la escuela de san Juan Eudes el cristiano debe renovar cada año, cada mes, cada día las promesas hechas en el bautismo, de renunciar a sí mismo para adherir a Jesús cuyo misterio de muerte y resurrección se debe reproducir en cada acción.

Tal es la respuesta del hombre a los dones que Dios le ha comunicado al llamarlo a entrar en su contrato de alianza de sociedad con él por medio del bautismo.

Juan Eudes, misionero y evangelizador, hizo del bautismo el centro de su experiencia espiritual y el eje de su predicación.

El CONTRATO tuvo varias ediciones en vida del autor. Además de la primera (1.654) de la que posee la Congregación un ejemplar, se pueden citar otras dos: una de 1.664 y otra de 1.668 igualmente atestiguadas por ejemplares conservados. Después de la muerte del Padre Eudes se reeditó en 1.684 y luego en 1.730. En 1.743, Roger Daon, eudista, publicó una edición retocada y completada con diversos textos; esta edición tuvo en los siglos XVIII y XIX unas cincuenta ediciones. En 1.861 se publicó una edición en español (Barcelona, Pablo Riera). En Colombia se ha editado por lo menos en otras seis ocasiones: 1.938, 1.940, 1.957, 1.975, 1.986 y ésta de 1.990. Ha habido también ediciones en inglés, en italiano y se está preparando la traducción portuguesa.

CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS POR EL SANTO BAUTISMO

CAPITULO I

EL QUE HA SIDO BAUTIZADO HIZO UN CONTRATO IMPORTANTISIMO CON DIOS

Es de llorar con lágrimas de sangre el que un gran número de seres humanos que por su bautismo fueron admitidos entre los hijos de Dios, miembros de Jesucristo y templos del Espíritu Santo y por lo mismo están obligados a llevar una vida acorde con estas cualidades, vivan como irracionales, como paganos y hasta como demonios y no como verdaderos cristianos.

Muchas son las causas de este inmenso mal. Pero una de las principales es que la mayoría de tales cristianos se halla en tal abismo de tinieblas y en tan asombrosa ignorancia de cuanto atañe a su profesión, que hasta desconocen lo que significa haber sido bautizados y el ser cristianos. Casi nunca reflexionan sobre las gracias y favores indecibles que recibieron de Dios en el sacramento del bautismo. Ni una sola vez en su vida piensan seriamente en las promesas solemnes que hicieron a la divina Majestad, y en las graves obligaciones que adquirieron al salir de la familia de Adán para entrar en la familia de Jesucristo, mediante el contrato bautismal.

Por eso he juzgado útil y provechoso para la gloria de Dios y la salvación de muchos, sacar a la luz ese contrato, de los tesoros de la Iglesia, su depositaria, y ponerlo en manos de los cristianos. Al verlo y al considerar sus cláusulas, aprenderás lo que es un bautizado; lo que significa para él y él para Dios; la dignidad y santidad de su condición; cuál debe ser su vida en este mundo; qué gloria le está preparada en el cielo si vive como cristiano y cuáles son los suplicios del infierno si no fuere fiel a ese contrato bautismal.

Porque debes saber, quienquiera que tú seas, que en el bautismo hiciste un contrato de la mayor importancia: contrato público y

solemne, del cual son testigos el cielo y la tierra; contrato escrito, no con tinta sino con la sangre preciosa de Jesucristo; no sobre papel o pergamino sino en los eternos libros de la divina misericordia; contrato que no se refiere a bienes terrestres sino a un imperio celestial y eterno, colmado de tesoros, de gloria, de grandezas y felicidades inimaginables.

Se trata de un contrato de donación, la más favorable para ti que se pueda expresar. Por él te diste a Dios y Dios se dio a ti.

Es un contrato de compra, según las divinas palabras: *Habéis sido debidamente comprados*. Porque estabas bajo el poder de Satanás, al que fuiste vendido por tu primer padre. Pero tu amabilísimo Salvador te compró con el precio infinito de su sangre y te sacó de ese estado miserable para ponerte de nuevo en manos de tu Padre celestial.

Finalmente, es un contrato de sociedad y alianza, la más noble, rica y honrosa que pueda concebir el espíritu humano.

Si los mundanos se esmeran tanto en leer y releer, examinar y estudiar los contratos que realizan entre sí, en lo temporal y perecedero de este mundo y se informan cuidadosamente de sus cláusulas y condiciones para enterarse, por ellas, de sus derechos y para conservar o recuperar su posesión, con qué diligencia deberán los hijos de la luz meditar el maravilloso contrato que hicieron con Dios en el bautismo para conocer los derechos infinitamente ventajosos que adquirieron y las estrechas obligaciones que se impusieron en él.

Por eso, a ti que tienes en tus manos este libro, que es copia fiel de dicho contrato, te exhorto, por el nombre de cristiano que llevas y por el bautismo que Dios te dio la gracia de recibir, a que leas y medites, cuidadosamente y repetidas veces, su contenido; a que pidas a Dios encarecidamente que lo grabe hondo en tu corazón; a que pongas de tu parte toda diligencia para expresarlo con tu conducta, para gloria del que es el fundador, la Cabeza y el santificador de la religión cristiana.

Que su infinita misericordia, por los méritos e intercesión de su santa Madre, derrame bendiciones sobre este librito y sobre los

que han de utilizarlo, de manera que resuciten o renueven en ellos la gracia de su bautismo y el espíritu del cristianismo.

CAPITULO II

LA ALIANZA MARAVILLOSA ENTRE EL HOMBRE Y DIOS

El Hijo de Dios no se contentó con romper nuestro pacto desdichado con la muerte y el infierno y con librarnos de la alianza infernal que contrajimos con Satanás por el pecado. En un exceso de amor quiso hacernos entrar en sociedad maravillosa con él y con su Padre, según aquellas palabras de los apóstoles Pablo y Juan: *Habéis sido llamados- dice el primero-a la alianza con su Hijo*¹. Y el segundo añade: *Nuestra unión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*².

Pues bien, por el contrato que hicimos con Dios en el bautismo, hemos entrado en esa alianza, la más santa, noble y estrecha que pueda existir. No es sólo una alianza de amigos o entre hermanos, o entre esposos, sino la de un miembro con su cabeza, que es la más íntima de todas.

La unión de los sarmientos con el tronco de la vida, del injerto con el árbol padre y la de los miembros de un cuerpo humano con su cabeza, no es sino sombra y figura de esa alianza y unión tan excelente.

Esta alianza es como la continuación, extensión e imitación de la alianza inefable de la humanidad del Salvador con su persona adorable.

Es una alianza sellada con la sangre preciosa de Jesucristo y de la cual es lazo divino el Espíritu Santo, que es la unidad del Padre y del Hijo.

¹ 1 Cor. 1, 9.

² 1 Jn. 1, 3.

Es una alianza tan admirable que el Hijo de Dios la comparó con la unidad que existe entre él y su Padre eterno, cuando le oró diciendo: *Te pido por ellos para que todos sean uno, como tú, Padre, estás conmigo y yo contigo; que también ellos estén con nosotros. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste, la de ser uno como lo somos nosotros. Yo unido con ellos y tú conmigo para que queden realizados en la unidad*¹.

De manera que la unidad del Padre y del Hijo es el ejemplar y el modelo de la unión que tienes con Dios gracias al bautismo; y, a su vez, esta unión es la imagen viva de esa admirable unidad.

¡Qué unión, sociedad y alianza incomparables! ¡Qué sublime la religión cristiana! ¡Qué santidad y dignidad la del bautismo! ¡Qué santo contrato de Dios con el hombre y de éste con Dios! ¡Qué incomprensible la bondad divina y qué inconcebible honor el del hombre! ¡Cómo se rebaja y humilla Dios en esa alianza, y cómo en ella se eleva y glorifica el hombre!

En ella, oh hombre, no sólo te ves libre de la esclavitud del pecado y de la tiranía de Satanás: también entras en sociedad con Dios, la más estrecha y gloriosa que se pueda imaginar. Eras miembro de Satanás y ahora lo eres de Jesucristo. Eras hijo del demonio y has llegado a ser Hijo de Dios, heredero del rey del cielo y coheredero de su Hijo único.

Tales son, querido hermano, los efectos del contrato que hiciste con Dios en tu bautismo.

Pero debes saber que todo contrato contiene acuerdo y obligaciones recíprocas. Y en este contrato, el Dios inmenso, en un exceso de bondad, quiso imponerse obligaciones contigo: y tú también te obligaste a cumplir ciertas condiciones, sin las que ese contrato no puede subsistir. Por eso debes meditarlas para ponerlas por obra.

Pero veamos antes a qué quiso obligarse contigo la divina Majestad, para que le manifiestes tu gratitud.

¹ Jn. 17, 21-23.

CAPITULO III

PROMESAS Y COMPROMISOS
DE DIOS CON EL HOMBRE

El Padre eterno, al hacerte el honor de reciberte en sociedad con él mediante el bautismo, como a uno de sus hijos y como a uno de los miembros de su Hijo, se comprometió a mirarte con los mismos ojos, a amarte con el mismo corazón y a tratarte con el mismo amor con que mira, ama y trata a su propio Hijo, pues eres una sola cosa con Cristo como los miembros con su cabeza. Lo cual hace decir a nuestro Señor, hablando de aquellos que él le dio para que fueran sus miembros: *Yo te he revelado a ellos, para que el amor que tú me has tenido esté con ellos*¹. Un poco antes le había dicho: *Los has amado a ellos como a mí*².

¿Quieres conocer los efectos de este amor que te tiene el Padre celestial? Considera los dones indecibles que te hizo cuando te recibió en su alianza por el sacramento del bautismo.

Ante todo, puso en tu alma su gracia, de la cual el menor grado vale más que todos los imperios de la tierra.

Te dio la fe que es un don inconcebible, la esperanza que es un tesoro sin precio, la caridad que es un abismo de bienes; todas las demás virtudes, los dones y frutos del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas.

Y mucho más aún: se ha entregado a ti con su Hijo y su Espíritu Santo y ha venido a morar en tu corazón. Y si no lo has arrojado de allí permanecerá siempre en ti según la promesa de la verdad eterna: *Si uno me ama, mi Padre lo amará y los dos nos vendremos con él y viviremos con él*³.

Desde entonces Dios ha fijado siempre sobre ti sus ojos paternos⁴; ocupa continuamente su espíritu en pensar en ti, su corazón en amarte, su poder, sabiduría y bondad en protegerte,

¹ Jn. 17, 26.

² Jn. 17, 23.

³ Jn. 14, 23.

⁴ Sal. 31 (32), 8.

conducirte y colmarto de infinidad de bienes corporales y espirituales.

Y después de todo esto, te promete que si eres fiel a las cláusulas de tu cContrato, serás su heredero en el cielo y coheredero de su Hijo¹ y que poseerás eternamente bienes tan grandes y admirables que ningún ojo los ha visto, ni oído alguno los ha escuchado, ni espíritu alguno los ha comprendido jamás².

A todo eso se ha comprometido el Dios Padre. Veamos ahora los compromisos de Dios Hijo:

Cuando te recibió en su alianza, como a uno de sus miembros, se comprometió también a mirarte, amarte y tratarte como a una parte de sí mismo, como a hueso de sus huesos, carne de su carne, espíritu de su espíritu, y como a alguien que es una sola cosa con él.

Se comprometió a amarte como él se ama a sí mismo. Por eso nos ha dicho aquellas maravillosas palabras: *Igual que mi Padre me amó, os he amado yo*³: es decir, te he amado como a mí mismo.

Se comprometió a darte a su Padre celestial por Padre tuyo. Por lo cual nos ordena decirle a su Padre: *Padre nuestro que estás en el cielo*⁴. Y después de su resurrección y en estado glorioso, nos dice: *Subo a mi Padre que es vuestro Padre*⁵.

Se comprometió a darte su Espíritu y su Corazón divino para que sea el espíritu de tu espíritu y el corazón de tu corazón. Por eso nos asegura, por boca de uno de sus profetas, que nos dará *un corazón nuevo y pondrá dentro de nosotros un espíritu nuevo*⁶. Y para darnos a entender cuál sea ese corazón y ese espíritu, añade: *pondré dentro de vosotros mi Espíritu*⁷.

¹ Rm. 8, 17.

² 1 Cor. 2, 9.

³ Jn. 15, 9.

⁴ Mt. 6, 9.

⁵ Jn. 20, 17.

⁶ Ez. 36, 26.

⁷ Ez. 36, 27.

Y, de acuerdo con ello, su apóstol dice a todos los cristianos: *La prueba de que sois hijos, es que Dios envió a vuestro interior el Espíritu de su Hijo*¹.

Se comprometió a darte por Madre a su santa Madre, la Virgen María. Por eso en la cruz hablando de ella a cada fiel en la persona de san Juan, le dice: *Ahí tienes a tu Madre*².

Se comprometió a darte por segunda Madre a su Iglesia. Así lo da a entender cuando hablando de ella, dice: *Esta es mi madre*³. De ahí que su apóstol llame a la Jerusalén celestial, que es la Iglesia, *Madre nuestra*⁴ y que él mismo nos ordenó mirar y tratar como pagano y pecador al que no atiende la voz de la Iglesia, porque no le obedece como debe el hijo obedecer a su madre.

Se comprometió a darte en alimento su carne y su sangre en la santa Eucaristía. Porque la vida nueva que recibimos en el nuevo nacimiento de tu bautismo, la que recibiste de la divina Cabeza a la que fuiste incorporado, como uno de sus miembros, por ser celestial y divina debe alimentarse y sostenerse con alimento celestial según las bellas palabras de Dionisio Aeropagita: Los que han nacido de Dios deben vivir de Dios.

Por eso nuestro Señor nos declara que él es *el pan de vida, que el pan que él dará es su carne, para que el mundo viva; que quien no come su carne y no bebe su sangre no tendrá la vida; que su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida; que quien come su carne y bebe su sangre, mora en él; y que como él vive gracias al Padre, también quien come a Cristo vivirá gracias a él*⁵: es decir, que tu vida debe ser santa, como un retrato vivo a imagen perfecta de la suya. Por eso en la primitiva Iglesia se daba el santo Sacramento al fiel que acababa de ser bautizado.

Se comprometió a alojarte y hacerte descansar por toda la eternidad en el mismo lugar que él, es decir, no solamente en el cielo sino en el seno y en el corazón de su Padre, que es su

¹ Ga. 4, 6.

² Jn. 19, 27.

³ Mt. 12, 49.

⁴ Ga. 4, 26.

⁵ Jn. 6, 35-48. 52. 54. 56-58.

propia morada, como lo afirma su discípulo amado: *El Hijo único que está en el seno del Padre*¹. Así se explica que hablando de los verdaderos cristianos, diga a su Padre: *Tú me los confiaste; quiero que donde yo estoy estén ellos también conmigo*².

Se comprometió a darte el mismo reino y la misma gloria que su Padre le dio a él. Por eso nos dice: *Os confiero la realeza como mi Padre me la confirió a mí*³ y a su Padre: *Les he dado a ellos la gloria que tú me diste*⁴.

Se comprometió a hacerte sentar con él en su trono, como él se sentó en el trono de su Padre. De ahí que san Juan lo haga decir en el Apocalipsis: *Al que salga vencedor, vale a decir, al que guarde las cláusulas del contrato, venciendo al demonio, al mundo y a la carne, como lo prometió al renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras, le haré sentar en mi trono, como yo vencí y me siento en el trono de mi Padre*⁵.

Se comprometió a darte su propio nombre y a dotarte de los más excelentes títulos que su Padre le comunicó a él. Por eso nos anuncia que escribirá su nombre sobre los que combatan generosamente por su gloria y venzan a sus enemigos⁶. Así como él es Hijo de Dios, también ellos serán llamados hijos de Dios y lo serán⁷. Como él es el Rey de reyes y Señor de los señores⁸, ellos serán con él reyes del cielo y de la tierra con una realeza eterna⁹. Reinarán y dominarán sobre todos los pueblos¹⁰.

Como él es juez del universo, ellos también, junto con él, juzgarán a los hombres y a los ángeles¹¹. Como él es Dios

¹ Jn. 1, 18.

² Jn. 17, 24.

³ Lc. 22, 29.

⁴ Jn. 17, 22.

⁵ Ap. 3, 21.

⁶ Ap. 3, 12.

⁷ 1 Jn. 3, 1.

⁸ Ap. 17, 14; 19, 16.

⁹ Ap. 5, 10; 20, 6; 22, 5.

¹⁰ Sab. 3, 8.

¹¹ Sab. 3, 8.

también ellos serán dioses por participación: *Yo os digo que sois dioses*¹. Serán, por gracia y comunicación lo que Dios es por naturaleza.

No te extrañen realidades tan grandes y admirables. Porque de un poder y bondad infinitos hay que esperar efectos infinitamente singulares y preciosos. Y pues plugo a tu Redentor hacerte entrar en sociedad tan íntima con él que tú y él son una sola cosa, como la cabeza y sus miembros, necesariamente debe amarte como a sí mismo, debes tener el mismo Padre que él, la misma Madre, el mismo espíritu, el mismo corazón, la misma vida, la misma morada, el mismo reino, la misma gloria, el mismo trono y el mismo nombre.

Tales son, querido hermano, los compromisos que tu adorable Cabeza ha querido asumir contigo cuando te incorporó a él, como a uno de sus miembros por el santo bautismo. Recuerda que él se llama *fiel* y *veraz*² y por lo mismo cumplirá fielmente sus promesas si tu eres fiel para cumplir las tuyas.

¡Qué amor, qué alabanzas y acciones de gracias debes tributarle por tantos favores! Dad gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres.

CAPITULO IV

PROMESAS QUE HACE EL HOMBRE A DIOS EN EL CONTRATO BAUTISMAL

Cuando entraste en alianza con Dios mediante el sagrado contrato del bautismo te ofreciste, entregaste y consagraste a su divina Majestad y asumiste dos grandes obligaciones. Porque:

1. Prometiste por boca de tus padrinos, renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras.

¹ Jn. 10, 34.

² Ap. 19, 11.

2. Prometiste adherir a Jesucristo por la fe, la esperanza y la caridad; seguirle, por la fe en sus palabras y doctrina; por la esperanza en sus promesas, por el amor a sus mandamientos, máximas, sentimientos, virtudes y vida; seguirlo no sólo como un servidor sigue a su amo, sino como un miembro a su cabeza, lo cual implica vivir de su vida.

Esto hace decir a san Gregorio de Nisa aquellas hermosas palabras: *Ser cristiano es ser una sola cosa con Jesucristo, es hacer profesión de vivir de la vida de Jesucristo*¹. Porque así como la vida de un brazo es continuación y extensión de la vida de la cabeza, así la vida cristiana es la continuación de la vida que Jesús llevó en la tierra.

De manera que quien, por el bautismo, fue injertado en ese árbol divino e incorporado a esa adorable Cabeza, debe vivir de su vida y recorrer el mismo camino. *Quien dice que permanece en él, debe vivir como él vivió*². Porque sería monstruoso que el miembro de un cuerpo humano, en lugar de vivir de la vida de su cabeza y de dejarse animar por su espíritu, recibiera vida y animación de un cerdo, de un lobo, de un tigre.

Tales son las obligaciones conexas con tus promesas bautismales. Promesas que no hiciste a un niño o a un hombre mortal sino al gran Dios inmortal, en forma pública y solemne ante toda la Iglesia: que están escritas, al decir de san Agustín, por mano de los ángeles, con la sangre de Jesucristo y en los libros de la eternidad.

Ningún papa podrá dispensarte jamás de estas promesas. Las hiciste por boca de tus padrinos, pero las ratificaste cuando, al llegar al uso de la razón, viniste a la Iglesia o recibiste algún sacramento o ejecutaste alguna acción cristiana. Por esas promesas eres cristiano y ellas contienen la verdadera vida cristiana; si no las cumples dejas de ser cristiano y no podrás esperar el paraíso.

¹ Ad Harmonium. De prof. christiana.

² 1 Jn. 2, 6.

CAPITULO V

OBLIGACIONES QUE CONTRAE EL HOMBRE
CON DIOS POR LAS PROMESAS BAUTISMALES

De las dos promesas anteriores se sigue necesariamente:

1. Que todo bautizado está obligado a renunciar totalmente y para siempre a Satanás; a sus obras, es decir, a toda clase de pecados; y a sus pompas es decir, al mundo, que según el apóstol Juan consiste en el amor a los placeres, a las riquezas y a los honores¹; a ese mundo sobre el cual el mismo apóstol amonesta, hablando a todos los fieles: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él*²; a ese mundo del cual nos dice el apóstol Santiago: *El que desea ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios*³; a ese mundo, finalmente, del que dice nuestro Señor, hablando de los suyos: *No son del mundo como tampoco yo soy del mundo*⁴.

2. Por consiguiente, quienquiera que lleve el nombre de cristiano está obligado a seguir a Jesucristo en la santidad de su vida. Porque es un engaño creer que sólo los sacerdotes y religiosos están obligados a vivir santamente.

¿No habéis oído a san Pablo declarar a todos los cristianos que Dios quiere que sean santos: *Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación*⁵ y que los ha escogido en su Hijo para que sean santos e irreprochables en su presencia⁶?

¿Y no oyes a san Pedro amonestar a todos los bautizados: *Como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta como dice la Escritura: Seréis santos porque yo soy santo*⁷?

¹ 1 Jn. 2, 16.

² 1 Jn. 2, 15.

³ Sant. 4, 4.

⁴ Jn. 17, 16.

⁵ 1 Ts. 4, 3.

⁶ Ef. 1, 4.

⁷ 1 Pe. 15, 16.

¿Y no es acaso, esto lo que el Santo de los santos te anuncia personalmente cuando dice: *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* ¹?

Por eso, el que peca gravemente comete cinco grandes males:

1. Rompe y viola la santa alianza con Dios a la que entró mediante el bautismo.
2. Profana y pisotea la sangre preciosa del Hijo de Dios, que es el fundamento y el sello de esa divina alianza.
3. Apaga y ahoga en sí mismo el espíritu de Dios, que es el vínculo de esa alianza.
4. Hace vana e inútil para sí la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor, que se encarnó, padeció y murió por nosotros para hacernos entrar en dicha alianza.
5. Renuncia a Jesucristo, a la dignidad de hijo de Dios y al derecho a ser su heredero, y se entrega a Satanás, llega a ser su miembro y su hijo. Por lo mismo no puede, en ese estado, pretender otra herencia que la de su padre, es decir las llamas, los tormentos y furores eternos del infierno.

De donde se sigue que a la hora de tu muerte serás juzgado sobre el contrato que has contraído con Dios en tu bautismo y sobre las promesas que entonces hiciste. En ese momento pondrán ante tus ojos ese contrato y esas promesas que no podrás desconocer. Si los has guardado, el Hijo de Dios te dirá: Ven, bendito de mi Padre, toma posesión del Reino que te está preparado desde la creación del mundo. Si no los has guardado te dirá: Miserable, te hice el inmenso honor de reciberte en mi alianza y en la de mi Padre; pero a ti te importó más la alianza infame con los demonios que la que hiciste con Dios. Retírate, desdichado, porque has preferido la compañía del príncipe del infierno a la del rey del cielo: le seguirás, pues, en su condenación, serás su compañero de tormentos, el esclavo de su tiranía: te quemarás, te

¹ Mt. 5, 48.

enfurecerás, sufrirás eternamente con él. *Apártate de mí, maldito, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles*¹.

¡Qué trueno espantoso! ¡Qué maldición tan horrible! Si te espanta que semejante rayo te caiga sobre la cabeza, huye del pecado que es el único que puede separarte de Dios y entrégate a él ya desde ahora, para cumplir debidamente las promesas que le hiciste en tu bautismo.

CAPITULO VI

LOS RITOS BAUTISMALES CONFIRMAN ESTAS VERDADES

Jesucristo, Cabeza de la Iglesia la conduce en todas las cosas y el Espíritu Santo la gobierna. Por consiguiente las ceremonias que acompañan la administración de los sacramentos están ciertamente inspiradas por su adorable Cabeza y el divino Espíritu, con fines santos, sublimes, dignos de la grandeza de su institutor. Y encierran grandes misterios.

Así lo verificarás en las doce ceremonias del bautismo, que contienen cosas importantes y maravillosas vinculadas a este sacramento, en las que, posiblemente, no has pensado con la suficiente seriedad. Por lo cual te exhorto a que las consideres ahora con atención.

1. Lo primero que hizo el sacerdote cuando te bautizó fue tratarte como a un poseído. Te exorcizó y ordenó al demonio que se retirara de ti y cediera su puesto al Espíritu Santo.

Esto debe recordarte que estabas bajo el dominio, la pertenencia y la alianza del espíritu malo; que eras su morada; que el Espíritu Santo vino a ti para desalojarlo y para tomar su puesto, para reconciliarte y unirse con Dios.

2. Luego el sacerdote te marcó con la señal de la cruz, sobre la frente y sobre el corazón. Lo cual te da a entender tres cosas:

¹ Mt. 25, 31-41.

2.1. Que esa señal exterior de Jesucristo, que es la cruz, indica otra marca interior, grabada en tu alma por el sacramento del bautismo tan profundamente que nada la puede borrar. Marcado así en el cuerpo y en el alma, ya no te perteneces¹. Tu dueño es ese divino Redentor que te compró con el precio infinito de su sangre y de su cruz: *Vosotros sois de Cristo*². No tienes, pues, derecho a vivir sino para el que entregó su vida por ti en la muerte de cruz, como lo recuerda su apóstol: *Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí sino para el que por ellos murió y resucitó*³.

2.2. Que como la frente es la sede del sonrojo, y el corazón la sede del amor, no debes ruborizarte de llevar la cruz con Jesucristo y de vivir según las máximas de ese adorable crucificado. Que, al contrario, debes colocar tu gloria, tu amor y tu felicidad en imitar su pobreza, sus humillaciones y mortificaciones y ufanarte de preferir sus máximas a las del mundo y del infierno, dedicándote de todo corazón a actuar cristianamente.

2.3. Que por el santo bautismo que deriva su eficacia de la cruz de Cristo, tu cuerpo y tu alma han sido consagrados a la santa Trinidad, con consagración más santa y divina que la de los templos materiales, la de los altares y vasos sagrados. Estas se obtienen mediante ceremonias y oraciones, en cambio aquella mediante un gran sacramento. Por eso no debes emplear parte alguna de tu cuerpo y de tu alma, que son templo vivo de la Trinidad, sino para gloria de aquel a quien fueron consagrados tan santa y solemnemente.

3. En tercer lugar el sacerdote bendijo la sal, símbolo de sabiduría y te puso unos granos en la boca. Esto significa:

3.1.. Que nuestro Señor, sabiduría eterna, se entregó a ti y vino a ti por el santo bautismo para ser tu primero y principal alimento, tu vida, tu fuerza, tu dirección; para incorporarte a él y transformarte en él de manera más excelente que cuando los alimentos que consumes se incorporan y se transforman en ti.

¹ 1 Cor. 3, 19.

² 1 Cor. 3, 23.

³ 2 Cor. 5, 15.

3.2. Que ya no debes apreciar y amar, ni gustar las cosas temporales y terrestres; que sólo debes estimar y apetecer, con hambre y sed, las celestiales y eternas: y que en esto consiste la verdadera sabiduría.

3.3. Que ya no debes conducirte por los sentidos, como los animales, ni por la sola razón humana como los filósofos paganos, ni según la prudencia y sabiduría mundanas que son muerte y locura, sino por las máximas evangélicas que la Sabiduría increada y encarnada sacó del seno del Padre de las luces para traerlas al mundo.

4. El sacerdote te aplicó de su saliva sobre el oído, mientras pronunciaba estas palabras: *Epheta, es decir, ábrete*¹. Lo cual significa:

4.1.. El don inestimable de la fe que nos mereció y adquirió el Verbo hecho carne, que salió de la boca adorable de su Padre: *Yo salí de la boca del Altísimo*². Esta fe es don del Padre eterno a quien representa el sacerdote. Te la aplica el Espíritu Santo que es el dedo de Dios; la infunde en el alma del cristiano a través del oído, cuando Dios lo abre a su santa palabra: *la fe viene de la predicación y la predicación por la palabra de Cristo*³.

Pero cuando esa divina princesa, que es la fe, hizo su entrada en tu alma, no venía sola, la acompañaban la esperanza, la caridad y demás virtudes, las bienaventuranzas evangélicas y los dones y frutos del Espíritu Santo. Llegaba también con ella la fuente misma de toda gracia, la santa Trinidad, que al venir a tu corazón estableció en él su morada, como su casa y su templo.

4.2. Para darte a entender que desde el momento que la misericordia del Padre, la bondad del Hijo y el amor del Espíritu Santo abrieron tus oídos a la divina palabra, por la cual la fe y el iniciador mismo de la fe entraron en tu corazón, ellos deben estar cerrados en adelante a la voz de Satán, del mundo, de la carne y del pecado, para abrirse únicamente a la voz de tu Dios y de tu Redentor.

¹ Mc. 7, 34.

² Eclo. 24, 5.

³ Rm. 10. 17.

5. En quinto lugar, el sacerdote te introdujo en la iglesia, para significar:

5.1. Que nuestro Señor Jesucristo te dio, mediante el bautismo, a su Iglesia por Madre, y, por lo mismo, a su Padre por Padre tuyo. Porque así como es cierto que quien no tiene a la Iglesia por madre tampoco tiene a Dios por Padre, igualmente el verdadero hijo de la Iglesia es un verdadero hijo de Dios.

5.2. Que para conservar la vida nueva que recibiste de la Iglesia por la regeneración bautismal, es necesario que te mantengas siempre en el seno de tu Madre y que te nutras siempre de los alimentos que ella te ofrece que son la Palabra de Dios, los sacramentos y los ejemplos de la vida de tu Salvador, de su santa Madre y de sus santos.

5.3. Que por ser la Iglesia tu Madre debes honrarla, respetarla y obedecerle. Que debes mirar, estimar y reverenciar sus sacramentos y misterios, sus funciones y observancias como cosas santas inspiradas por el Espíritu Santo. Que debes acatar sus leyes y preceptos como venidos de Jesucristo, su Cabeza, pues ella nada ordena o prohíbe sino movida por él. Que igualmente debes seguir en todo y por doquiera su doctrina, sus máximas, su dirección y su espíritu que es el mismo de Dios.

6. Luego te condujeron a la fuente bautismal. Allí el sacerdote te preguntó por tres veces si renunciabas a Satanás, a sus pompas y a sus obras. Y cada vez respondiste por boca de tu padrino y de tu madrina: Sí, renuncio. Enseguida te preguntó si creías en Dios todopoderoso y en su Hijo único, Jesucristo nuestro Señor y en el Espíritu Santo Paráclito, y respondiste: Sí, creo.

Estas palabras coinciden con los términos que se empleaban antiguamente en la administración del bautismo cuando el bautizado se volvía primero hacia el occidente, que representa la muerte y a Satanás, autor de la muerte, y decía: Renuncio a ti, Satanás. Luego se volvía hacia el oriente, símbolo de nuestro Señor Jesucristo, y pronunciaba estas palabras: Te sigo a ti, Jesucristo. Porque creer en Jesucristo y seguirlo es una misma cosa: porque es mediante la fe viva y perfecta, acompañada de la esperanza y animada por la caridad, como llegamos a ser hijos de Dios y miembros de Jesucristo.

Tales son las promesas que la Iglesia te exigió antes de conferirte el bautismo, para indicarte que para ser cristiano debes renunciar de manera absoluta a Satanás, al pecado y al mundo y adherir a Jesucristo, como un miembro a su cabeza.

7. Después de que declaraste que renunciabas a Satanás, a sus pompas y a sus obras, el sacerdote te ungió con aceite sagrado en el pecho y en las espaldas, para darte a entender que, por el bautismo fuiste alistado en la milicia de Jesucristo, para combatir valientemente contra sus enemigos que son el pecado, el mundo, el demonio y la carne y que, si logras vencerlos cumplirá en ti su promesa: *Al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono, así como yo vencí y me senté en el trono de mi Padre*¹.

8. Enseguida el sacerdote te bautizó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En ese mismo instante llegaste a ser hijo del Padre celestial, hermano y miembro de su Hijo único, templo y santuario del Espíritu Santo y quedaste consagrado a la gloria de la santa Trinidad.

9. Apenas te hubo bautizado, el sacerdote te ungió en la coronilla con el crisma de salvación, lo cual simboliza tres favores incomparables que te hizo el Hijo de Dios al incorporarte a él por el bautismo.

El primero es que te revistió de su eterna realeza para que reines sobre tus pasiones, el mundo, el pecado, el infierno y luego reines con él eternamente en la posesión del mismo reino que le dio el Padre.

El segundo es que te hizo partícipe, en cierta manera de su divino sacerdocio, para que le ofrezcas un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor y para que te inmoles sin cesar a ti mismo, con todo lo tuyo, para gloria de su divina Majestad. Por eso san Pedro llama al cristianismo *sacerdocio real*², y en las Escrituras los cristianos llevan la condición de reyes y sacerdotes³.

¹ Ap. 3, 21.

² 1 Pe. 2, 9.

³ Ap. 1, 6; 5, 10.

El tercer beneficio es que te dio su propio nombre. El se llama Cristo, es decir, Ungido, y así te llamas también tú después de esa divina unción. Porque en el bautismo no sólo fue ungido tu cuerpo con el óleo sagrado: también fue ungida tu alma con la unción de la gracia que es de la misma naturaleza que aquella con que fue ungida y santificada el alma de Jesucristo desde el momento de su encarnación.

De lo cual, san Agustín, admirado, exclama: *Mirad hermanos y asombraos, porque hemos sido hechos Cristos*. Como si dijera: Mirad los excesos de bondad de Dios con nosotros y la nobleza de nuestra condición. Porque nosotros, cristianos, somos otros tantos Cristos.

Pero nuestra extrañeza desaparecería si recordamos que por ser nosotros una sola cosa con Jesucristo, como sus miembros, también deben santificarnos la misma gracia y santidad que santifica a nuestra Cabeza y que debemos llevar un mismo nombre con él.

10. Una vez hecha esta unción real, sacerdotal y divina, el sacerdote te revistió de una túnica o de un capillo blanco, mientras te decía estas palabras: Recibe este vestidura blanca: llévala hasta el tribunal de Jesucristo, para que alcances la vida eterna y vivas por los siglos de los siglos.

Ese vestido blanco significa la inocencia, la gracia y la santidad con que tu alma está revestida por el sacramento del bautismo. Es el santo hábito de la religión cristiana a la que acabas de entrar. Es Jesucristo mismo que es el verdadero vestido de su religión. Por eso el apóstol, hablando a todos los cristianos, exclama: *Todos cuantos habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo*¹. Y así como se ve más el vestido que la persona, así el cristiano debe revestirse de la manera de Jesucristo, de sus virtudes y costumbres, que solo se vean en él la humildad, la obediencia, la caridad, la paciencia, la mansedumbre, la pureza y la santidad de Jesucristo.

11. Luego el sacerdote puso en tu mano derecha un cirio encendido para indicar que tu fe, simbolizada por la luz, debe arder

¹ Ga. 3, 27.

y brillar: arder en el interior, brillar en lo exterior; arder por la oración, brillar por la acción; arder ante Dios y brillar ante los hombres, como dice el Salvador. *Brille vuestra luz delante de los hombres, para que, al ver vuestras buenas obras den gloria a vuestro Padre que está en los cielos*¹.

12. Finalmente repicaron las campanas de la iglesia en la que fuiste bautizado para expresar la alegría de los habitantes del cielo, porque fuiste retirado del poder de Satanás y de la familia de Adán y admitido en la familia de Jesucristo y en la compañía de los ángeles, de los santos, de la Madre de Dios y aún de las tres eternas Personas. Lo cual te obliga a vivir de tal manera que des motivo de alegría a la Iglesia triunfante y militante por la pureza de tus costumbres, por la santidad de tus acciones, por la práctica de las virtudes cristianas y por una fidelidad constante a tus promesas bautismales. Igualmente te obliga a colocar en ello tu alegría y contento por amor de aquél que es todo amor por ti y que te ha hecho favores tan señalados cuando aún no lo conocías.

CAPITULO VII

ES FACIL CUMPLIR LAS PROMESAS BAUTISMALES.

Tales son los misterios que se esconden bajo la corteza de las ceremonias del sacramento del bautismo. Tales los favores insignes que recibiste entonces de la divina misericordia. Tales tus promesas y obligaciones de ser verdaderamente cristiano para obligar a Dios, si se puede hablar así, a cumplir su parte de las cláusulas del contrato.

Pero me dirás, tal vez, que de ser así las cosas, son pocos los cristianos de verdad: porque la mayoría de los bautizados, no solamente no viven según las promesas que hicieron a Dios en su bautismo, sino que se comportan como si hubieran prometido exactamente todo lo contrario. Como si hubieran hecho voto de dar la espalda a Dios, de llevar una vida opuesta a la de su Hijo Jesucristo: y en lugar de caminar por la senda que él nos trazó, seguir al demonio en sus obras y pompas. Porque prefieren las

¹ Mt. 5, 16.

leyes del infierno a los preceptos del cielo, las máximas del mundo a la doctrina del Evangelio, los sentimientos e inclinaciones de la carne a las inspiraciones del Espíritu de Dios.

Te respondo que esta conclusión tuya es acertada y acorde con la palabra de la Verdad eterna. Porque Cristo nos dice que son pocos los que siguen el camino del cielo y muchos los que escogen el camino espacioso que conduce a la perdición¹. Sin embargo, es por demás cierto que la senda que lleva al infierno es mucho más áspera que la que lleva al cielo, que es incomparablemente más fácil con la gracia de nuestro Señor, que él no te negará si se la pides, vivir como cristiano y según la profesión del bautismo, que como pagano siguiendo la depravación del mundo malo.

Porque, ¿habrá algo más fácil que renunciar a tu mayor y más cruel enemigo, que está lleno de rabia contra ti, que sólo busca perderte y precipitarte en la muerte eterna?

¿Habrá algo más fácil que renunciar a lo más horrible que hay en el mundo, como es el pecado, única causa de las desdichas de la tierra y del infierno?

¿Habrá algo más fácil que renunciar al mundo, que es, según san Ambrosio, el cuerpo del dragón infernal, que fue maldecido y excomulgado por el Hijo de Dios, cuando en la víspera de su muerte declaró que no rogaba por el mundo?²

¿Habrá algo más fácil que renunciar a las cosas del mundo, que son humo, vanidad, mentira, engaño y fascinación insensata, veneno, y hediondez, como dice el apóstol: *Todo lo tengo por basura*³?

En cambio, ¿qué puede haber de más fácil que seguir a un Dios, a un Salvador que es la bondad, la hermosura y la perfección misma? ¿Un Dios que es infinitamente amable y deseable, el sumo bien y la fuente de todo bien? ¿Que es todo corazón y amor para los que le aman? ¿Que escribe en su propio corazón

¹ Mt. 7, 13-14.

² Jn. 17,9.

³ Fp. 3,8.

los afectos, palabras, acciones y mortificaciones de sus servidores para darles otras tantas coronas inmortales y gloriosas en feliz eternidad?

Ciertamente no hay nadie en el mundo, por corto de espíritu que sea, que no reconozca que es mucho más fácil hacer esto último que lo otro. Si haces la experiencia verás que nada es más verídico.

Sé muy bien que estas cosas, aunque fáciles en sí mismas, se han vuelto arduas desde que el hombre se sometió a la tiranía del pecado. Porque la serpiente infernal de tal manera envenenó su alma y su cuerpo y lo redujo a tal miseria, debilidad e impotencia, que es incapaz de hacer, por sí mismo, bien alguno, ni resisitir al mal, ni siquiera, dice san Pablo, tener de ello un buen pensamiento.

Pero sé también que nuestro Redentor, con su sangre y su muerte, nos adquirió una gracia tan maravillosa que con el menor grado de ella podemos vencer las fuerzas del infierno, del mundo y de la carne y cumplir las obligaciones de nuestro bautismo. Que ese Salvador misericordioso tiene el deseo infinito de concederla a todos los hombres, en especial a los bautizados, si se la piden conscientes de su extrema indigencia y con perseverancia y si quieren sacar esa agua de vida eterna de las fuentes sagradas de los sacramentos de su Iglesia.

Por eso te aconsejo cuatro cosas: sin ellas no podrás vivir como cristiano, pero con ellas lo lograrás fácilmente:

La primera es que te humilles a menudo ante Dios reconociendo que por ti mismo sólo tienes tinieblas, pobreza, debilidad y pecado y, por lo mismo, infinita indignidad e incapacidad para el bien y disposición o inclinación para todo mal.

La segunda, que tengas gran confianza en el que es la fuente única de todo bien y que le grites constantemente desde lo más hondo de tu corazón para pedirle su gracia, que necesitas en todo tiempo y lugar y para todas tus acciones.

La tercera que te acerques a menudo, con las disposiciones, a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Con ellos tus

tinieblas se cambiarán en luz, tu cobardía en generosidad, tu frialdad en fervor, tus amarguras en dulzura y tu debilidad en una fuerza tan grande que podrás decir con el apóstol: *Para todo me siento con fuerzas gracias a aquél que me robustece*¹.

La cuarta, que destines algunos días cada año para reflexionar atentamente sobre estas cosas; para hacer una buena confesión; para pedir a Dios perdón por las faltas que has cometido contra la profesión que hiciste en tu bautismo; para renovar tus promesas en la forma que te propongo a continuación.

Si practicas con fidelidad estas cuatro cosas, verás que nada hay tan agradable y fácil como vivir cristianamente.

CAPITULO VIII

ELEVACION A DIOS PARA RENOVAR NUESTRAS PROMESAS BAUTISMALES

Dios mío, Padre de mi Señor Jesucristo, te adoro, bendigo y alabo por el amor infinito con que enviaste a tu Hijo al mundo y quisiste que derramara su sangre, no sólo para borrar nuestros pecados y librarnos de la cautividad del demonio y del infierno, sino para hacernos entrar en maravillosa alianza contigo por el sacramento del bautismo que él estableció en su Iglesia con este fin.

Porque, en este sacramento, contraemos contigo la alianza más excelsa, estrecha y provechosa que se puede imaginar; de parte tuya tú nos recibes en sociedad contigo, no sólo como amigos, sino como hijos y miembros de tu Hijo Jesús, para ser una sola cosa con él como los miembros con su cabeza y para quedar realizados en la unidad contigo y con él.

De parte nuestra también hemos prometido solemnemente, al entrar en alianza contigo, renunciar por completo a Satanás, a sus obras y a sus pompas y adherir a tu Hijo Jesucristo nuestro Señor para seguirlo, como los miembros siguen a su cabeza.

¹ Fp. 4, 13.

Por desdicha, Dios mío, hasta ahora me he mostrado ingrato con tantos favores e infiel a las promesas que te hice. Me acuso de ello en presencia del cielo y de la tierra y te pido perdón de todo corazón. Para tratar de reparar mi falta, deseo, mediante tu gracia, hacer tres cosas:

1. Te doy infinitas gracias, mi Dios y mi Padre eterno, y ruego a la santa Virgen, a los ángeles y santos que te den gracias por mí, por los favores recibidos de ti en mi bautismo y en toda mi vida.
2. Te ofrezco, en reparación de mi ingratitud e infidelidad, la vida y las virtudes, la pasión y muerte de tu Hijo Jesús, con los méritos de la santa Virgen y de todos los santos.
3. Quiero renovar ahora la promesa que hice en mi bautismo como si la hiciera por primera vez, de la manera más eficaz posible.

Me doy, pues, a tu divino Espíritu y a tu santo amor. Y por la virtud de ese Espíritu y de ese amor, y uniéndome a la devoción y al amor de la santa Virgen y de todos los santos, renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras y me entrego a mi Señor Jesús para seguirlo, mediante su gracia, con toda la perfección posible.

Sí, Salvador mío, me doy a ti para seguirte en tu divina doctrina, en la santidad de tu vida y de tus virtudes. Toma, te lo ruego, plena posesión de mi ser y de mi vida, entrégame a tu Padre eterno en la manera que conoces le es más agradable.

Prometo de todo corazón, Salvador mío, con la ayuda de tu gracia:

1. Que renuncio a toda clase de pecado y que prefiero morir antes que ofenderte.
2. Que renuncio a las máximas mundanas, al aprecio y estima de sus falsas riquezas, de sus vanos honores y de sus engañosos placeres.

3. Que renuncio totalmente a mí mismo, a mi espíritu y amor propios, a mi propia voluntad, a mi orgullo, a mis pasiones desordenadas, a cuanto pertenece al hombre viejo.
4. Que me adhiero a ti como a mi Cabeza adorable para seguirte en la santidad de tu vida, de tus sentimientos y virtudes, de tus máximas y disposiciones, y que sólo quiero vivir de ti y para ti.
5. Que coloco mi gloria, mi amor y mi descanso en tu cruz; mi tesoro en la pobreza, mi alegría en las mortificaciones, mi gloria en los desprecios y humillaciones y mi vida en la muerte: me refiero a la muerte al pecado, al mundo y a mí mismo.
6. Que ya no prestaré oídos a la voz de Satanás, del mundo y de la carne: que sólo escucharé la tuya para obedecerla perfectamente.
7. Que ya no tendré gusto ni apego por las cosas de la tierra, sino hambre insaciable y sed ardiente por cuanto pueda servir a tu gloria. Que ya no me guiaré por la prudencia de la carne y los criterios mundanos sino por las leyes de tu divina Sabiduría.
8. Que quiero vivir y morir en el seno de la Iglesia que me diste por madre: la honraré y respetaré en lo que ella es, hace o dispone; adheriré fuertemente a su fe y a su doctrina; obedeceré con exactitud a sus preceptos; usaré santamente de sus sacramentos y seguiré fielmente su dirección.
9. Que quiero luchar generosamente, hasta la muerte, por tu gloria, contra el pecado, contra el infierno, contra el mundo depravado, contra mí mismo y contra todos tus enemigos.
10. Que sacrifico continuamente a tu gloria, mi ser, mi vida, mi cuerpo, mi corazón, mi alma, mi tiempo, mis pensamientos, palabras y acciones y todo lo mío, para merecer el nombre de cristiano.
11. Que me esforzaré, oh Jesús, por revestirme de ti, de tu amor, caridad, paciencia, mansedumbre, humildad, pureza y de tus demás virtudes.
12. Finalmente, prometo vivir de tal manera que sea motivo de alegría para la Iglesia triunfante y militante.

Me entrego a ti con todas mis fuerzas, Salvador mío, para cumplir estos propósitos. Te suplico me des para ello las gracias necesarias, por tu inmensa misericordia y para gloria de tu nombre.

Madre de Jesús, san José, san Gabriel, ángeles y santos todos de mi Dios, entregadme a él y rogadle que me dé la gracia de vivir en adelante como cristiano y de morir antes que faltar a las promesas que le hice en mi bautismo.

Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, emplea tú misma tu poder y tu gran misericordia y toma posesión de mí: sacrifícame y conságrame para siempre a ti y a tu gloria. Concédeme que yo prefiera morir con la más dolorosa de las muertes antes que verme separado de ti.

CAPITULO IX

COMO RENOVAR CADA MES Y CADA DIA LAS PROMESAS BAUTISMALES

Hay religiosos y religiosas que renuevan sus votos no solamente una vez al año sino todos los días para ligarse más a Dios y cumplir más vigorosamente las obligaciones de su estado. De igual manera sería muy provechoso que los cristianos renovaran las promesas de su bautismo, de la manera que hemos señalado anteriormente, no sólo una vez al año, sino cada mes, después de la santa comunión y aún todos los días, de una manera más breve, por ejemplo:

Por la mañana, al despertar, después de pronunciar los nombres de Jesús y de María y de hacer la señal de la cruz, puedes servirte de las siguientes palabras que pronunciarás de todo corazón: *Renuncio a ti, Satanás, y me adhiero a ti, Señor Jesús, mi Redentor, mi Cabeza y mi Vida amadísima.* Conviene hacer lo mismo por la noche, al acostarte y cuando se presente alguna tentación.

Pero deberás tener en cuenta:

1. Que por Satanás se entienden cuatro cosas que pueden llamarse con su nombre. La primera es el espíritu maligno; la segunda el pecado; la tercera el mundo; y la cuarta, tu mismo en cuanto pecador. Porque el pecador es un verdadero Satanás para sí mismo, más peligroso que todos los demonios del infierno. Por eso nuestro Señor nos ordena renunciar a nosotros mismos si queremos seguirlo: *El que quiera venirse conmigo, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y que me siga.*¹

2. Que los cuatro títulos: Mi Señor, mi Redentor, mi Cabeza y mi Vida, deben hacerte recordar los principales motivos de tu pertenencia a Jesucristo que te obligan a unirlo y entregarte a él para seguirlo en la santidad de su vida como lo prometiste en tu bautismo.

Porque tú le perteneces:

2.1. Porque es tu Señor soberano, tu Creador, conservador y gobernador.

2.2. Porque te redimió con el precio infinito de su sangre;

2.3. Porque es tu Cabeza y tú uno de sus miembros, incorporado a él por el sacramento del bautismo.

2.4. Porque él se ha dado a ti tantas veces en la santa Eucaristía para ser tu alimento y tu vida: *Cristo es vuestra vida.*²

Tratarás, pues, de repetir esas palabras al levantarte y al acostarte y cuando se presente alguna tentación o también cuando vayas a realizar una buena acción. Las dirás con el firme deseo de renunciar por entero y para siempre al espíritu malo, al pecado, al mundo y a ti mismo. Te entregarás y consagrarás totalmente a nuestro Señor Jesucristo para que tome plena posesión de ti, pues le perteneces por tantos títulos, y que establezca en ti, como en uno de sus miembros, su vida, su espíritu, sus virtudes y cualidades y su reino para siempre.

VIVA JESUS Y MARIA

¹ Mt. 16, 24.

² Col. 3,4.

EL MEMORIAL DE LA VIDA ECLESIASTICA

EL MEMORIAL DE LA VIDA ECLESIASTICA

OC. III, 3-115.

INTRODUCCION

P. Michel Cancouët, C.J.M.

Desde sus años juveniles en el Oratorio, Juan Eudes aprende del cardenal de Béruille y del padre de Condren la grandeza del sacerdocio y cuánto contribuye a la renovación de la Iglesia la santidad de los sacerdotes.

Su experiencia misionera refuerza estas convicciones. Por eso, durante cuarenta años juzga importante asociar la formación de los sacerdotes a la predicación al pueblo: lo cual se traduce en retiros a los sacerdotes, en conferencias, en la creación de seis seminarios, en la fundación de la Congregación de Jesús y María y en la publicación de libros destinados a los sacerdotes.

EL MEMORIAL DE LA VIDA ECLESIASTICA es uno de esos libros: "Contiene un compendio de las cosas necesarias y útiles a toda clase de eclesiásticos para su salvación y su santificación". Cuatro libros más especializados lo han precedido: el MANUAL PARA UNA COMUNIDAD DE ECLESIASTICOS, que se presentará más adelante, EL BUEN CONFESOR, EL PREDICADOR APOSTOLICO y las ADVERTENCIAS A LOS CONFESORES, los cuales no aparecen en la presente edición. Todos esos libros buscan prestar ayuda a los sacerdotes para que santifiquen a los cristianos y se santifiquen ellos mismos en el ejercicio de su ministerio.

EL MEMORIAL es redactado por Juan Eudes en su ancianidad, como fruto de toda una vida al servicio de los sacerdotes. El privilegio real y el permiso de impresión se dan el 20 de mayo de 1673 pero el libro se edita por primera vez en Lisieux el 15 de

marzo de 1681, siete meses después de la muerte de Juan Eudes. Sólo existen otras dos ediciones integrales en francés: la una de París y Rennes, sin fecha, hacia 1835 y la otra de Vannes, en 1906 dentro de las Obras Completas del venerable Juan Eudes, Tomo III.

La Dedicatoria presenta el libro "a todos los santos pastores, sacerdotes y levitas de la Iglesia triunfante". Juan Eudes cree en la comunión de los Santos: por eso sitúa a los sacerdotes de su tiempo y, por consiguiente, del nuestro, dentro de la tradición de quienes recibieron antes de ellos el mismo ministerio. Así recuerda a los sacerdotes que ellos continúan el trabajo inaugurado por Jesús y que otros ejercieron en tiempos anteriores; en esa comunión de sacerdotes, en la que permanecen activos, los santos sacerdotes prolongan, junto a Jesús, su intercesión y piden siempre al dueño de la mies "que dé a su Iglesia pastores y sacerdotes según su corazón", como ellos lo fueron.

El Capítulo preliminar ofrece el libro a "todos los pastores y a todos los sacerdotes".

La primera parte desarrolla "las cualidades y excelencias de un buen pastor y de un buen sacerdote". Esos dos capítulos se asemejan y parecen repetirse. Pero sus páginas son una exposición lírica más que doctrinal. Dan un excelente ejemplo de lo que fue la predicación de Juan Eudes, cuyos sermones se han perdido. Nos ayudan a imaginarlo cuando se dirige a una asamblea de sacerdotes, cuando les daba las conferencias que acompañaban las misiones o las instrucciones durante los retiros de los seminarios. En ellos sorprendemos en vivo a Juan Eudes orador que habla a sus hermanos sacerdotes de un sacerdocio que tiene en común con ellos. Conviene, pues, leerlo como quien lo escucha hablar.

Para dirigirse a los sacerdotes, Juan Eudes multiplica las comparaciones: algunas de ellas nos seducen, otras ya no nos impactan; pero, en su conjunto, nos enseñan que el sacerdocio fundado en el sacramento del Orden, es, hablando estrictamente, imposible de definir, como los demás misterios cristianos que sólo podemos describir por diversas aproximaciones. Algo así como hizo Jesús con sus parábolas que no definen el Reino de los cielos sino que lo sugieren en múltiples maneras.

Entre esas imágenes, Juan Eudes prefiere las que permiten comprender las relaciones de los sacerdotes con Jesús, el único sacerdote, o su puesto en el cuerpo de la Iglesia. Además le interesa asociar constantemente el término pastor al término sacerdote, porque los sacerdotes son ordenados solamente para la salvación de los hombres. El enunciado, sacerdote y pastor, es para Juan Eudes, la manera de expresar lo que el Vaticano II enseña cuando habla del sacerdocio ministerial, sacerdocio que algunos ejercen para ayudar a todos los miembros del Cuerpo de Cristo a actuar como pueblo sacerdotal. Por lo demás el mismo Juan Eudes, que habla aquí a los sacerdotes de la grandeza de su sacerdocio, supo ponderar también la excelencia del bautismo y la vida del laico, en VIDA Y REINO y en el CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS.

En la segunda parte comienza el MEMORIAL propiamente dicho: en la intención de Juan Eudes, si los sacerdotes tienen obligaciones es como consecuencia directa de su sacerdocio. El estilo sobrio de este capítulo contrasta con el de los capítulos precedentes: es simplificado como el de un programa.

Su repartición en 34 párrafos que corresponden a los 34 años de la vida terrestre de Jesús, sólo es artificial en apariencia, porque se trata una vez más, de hacer captar la relación que existe entre la vida de los sacerdotes y la de Jesús "que es el ejemplo de la regla de vida de todos los pastores y de todos los sacerdotes". La parte central (No 12 a 27) da al ministerio pastoral el puesto más importante. En el No. 28 nos damos cuenta sobre qué textos de la Sagrada Escritura se apoya la doctrina pastoral de Juan Eudes.

La tercera parte: "disposiciones para desempeñar santamente las funciones eclesiásticas", atestigua admirablemente que para Juan Eudes, como más tarde para el Vaticano II, "los presbíteros alcanzarán la santidad, de manera propia, ejerciendo sus ministerios con sinceridad e incansablemente, en el espíritu de Cristo". (Presbyt. Ordinis No. 13, 1 cf. 12,3)

De manera práctica y acompañando a un cura párroco durante su jornada, desde que se levanta hasta que se acuesta, en el templo y entre sus feligreses, Juan Eudes le explica cómo, en todas sus acciones, tiene la posibilidad de entrar en el espíritu de Cristo, entregándose sin cesar al único sacerdote y comulgando con sus

disposiciones. No es fortuito que las actitudes interiores que se proponen a los sacerdotes que ejercen su ministerio sean análogas a las que VIDA Y REINO propone a los bautizados: en ambos casos se trata de dejarse revestir de la misma santidad de Jesús, que toma forma en los miembros de su Cuerpo, sean laicos o presbíteros.

Una cuarta parte, que no figura en la presente edición, ofrece un "directorío de retiros" tal como lo practicaban entonces en los seminarios los presbíteros y los candidatos a la ordenación. Los horarios son precisos, las orientaciones firmes, pero el retiro se hace—escribe Juan Eudes— "para agradar a Dios y para honrar alguno de los retiros o soledades de nuestro Señor Jesucristo y de su santa Madre", y también "para disponerse a recibir de la bondad divina nuevas luces, gracias y fuerzas para servirlo y honrarlo con mayor fidelidad en lo venidero".

Una quinta parte ofrece a los presbíteros y futuros sacerdotes temas de meditación, entre los cuales, los primeros, sobre la vocación, especialmente la vocación pastoral, describen los principios de discernimiento espiritual que permitieron la renovación del clero francés en los siglos XVII y XVIII.

Tal es ese "pequeño compendio de los deberes de los pastores y de los sacerdotes", escrito por uno de ellos para ayudar a sus hermanos a "ejercer dignamente las funciones clericales" y a "comportarse santamente en todas sus demás actividades".

En la presente edición, presentamos los principales capítulos del libro escrito por Juan Eudes. Ello explica que en la numeración falten los números correspondientes a los capítulos omitidos.

MEMORIAL DE LA VIDA ECLESIASTICA

DEDICATORIA

A TODOS LOS SANTOS PASTORES, SACERDOTES Y LEVITAS DE LA IGLESIA CELESTIAL

¡Santos gloriosos, a quienes el Santo de los santos escogió desde toda eternidad para revestiros de la manera más excelente, de su santidad; bienaventurados pastores, presbíteros y levitas, a quienes el supremo Pastor y Sacerdote Jesús asoció entre millares a su cualidad de gran Pastor de las almas y a la dignidad sublime de su sacerdocio!

Me postro a vuestros pies y os venero como a mis maestros y padres, como astros luminosos del firmamento de la Iglesia, verdaderos pastores del rebaño de Jesucristo; como a oráculos del Verbo eterno; profetas de su santa Palabra; capitanes del ejército del gran Rey; como príncipes de su reino, ornato y gloria del sacerdocio eterno y pastores y modelos de la orden más digna y admirable de la tierra y del cielo, la del divino y real sacerdocio de Jesús, su fundador y su Cabeza.

Os venero como fundamentos incommovibles de la casa de Dios. En vuestras manos están las llaves del cielo. Sois los querubines que guardáis las puertas del paraíso. Os venero como imágenes vivientes de nuestro sumo sacerdote, Jesucristo, Hijo único de Dios, con el que sois, todos juntos, un solo sacerdote, con quien participáis del mismo sacerdocio que su Padre le dio y en quien sois una sola cosa como los miembros con su cabeza.

Doy gracias infinitas a la bondad divina por haberos exaltado a dignidad tan alta en la casa del Padre celestial y en la familia de su Hijo. Me regocijo con vosotros al veros que disfrutáis de una gloria y felicidad dignas de vuestra grandeza.

Os bendigo por los servicios que habéis prestado en la tierra a nuestro dueño común y a su Iglesia, en el desempeño de vuestras funciones sacerdotales y por la gloria que le habéis tributado y le

tributaréis por siempre en el cielo. ¿Quién podrá expresar el amor ardiente de vuestro corazón por la Iglesia, la solicitud, la vigilancia y el celo con que habéis trabajado por su fundación, su crecimiento y santificación?

Vosotros estáis viendo cuánta falta hacen en este siglo corrompido, pastores y sacerdotes que sigan vuestras huellas, que imiten vuestra santidad. Bien sabéis cuán verídica es la afirmación de la Verdad misma de que la mies es mucha pero los obreros pocos.

Permitidme, pues, deciros lo que vuestro Padre y el nuestro dijo a todos sus hijos: *Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.*¹ Pero rogadle que envíe *obreros irreprochables*², como dice su apóstol, que no busquen sus intereses sino la gloria de su Maestro y la salvación de las almas redimidas con su sangre preciosa. Rogadle que envíe a su Iglesia pastores y sacerdotes según su corazón que sigan el camino que vosotros recorristeis cuando estabais en la tierra.

Bien sabéis vosotros que no hay asunto más necesario e importante. Que es éste el deseo ferviente de los cristianos a quienes enciende el fuego del amor sagrado y el celo por la casa del Señor. Es éste el único deseo que devora mi corazón. Y aunque soy el último de los presbíteros de la Iglesia de Dios, siento sinceramente que estoy dispuesto a hacerlo y sufrirlo todo para contribuir a un negocio de tal trascendencia.

Por ello he sentido la obligación de publicar este breve compendio de las obligaciones de los pastores y presbíteros. Los que se den el trabajo de leerlo tendrán en sus manos un recordatorio de sus deberes para desempeñar dignamente las funciones clericales y para comportarse santamente en sus demás actividades.

Pero como es vano nuestro trabajo en la tierra si no lo bendice y aprueba el cielo, aceptad, santos sacerdotes, este pequeño libro y dadle vuestra bendición. Ofrecedlo a Jesús, el sumo sacerdote y a su santa Madre para que ellos lo bendigan y se sirvan de él para

¹ Mt. 9, 38.

² 2 Tm. 2,15.

renovar en los sacerdotes el espíritu de piedad y de santidad que os animó a vosotros. Así se harán dignos de compartir la felicidad de que gozáis en el cielo, como participan de la dignidad que os adornó en este mundo, y merezcan disfrutar con vosotros de feliz eternidad y cantar para siempre las alabanzas del tres veces Santo, cuya gloria y majestad llenan los cielos y la tierra.

CAPITULO PRELIMINAR

A TODOS LOS PASTORES Y PRESBITEROS QUE SE ENCUENTRAN EN EL ESTADO ECLESIASTICO

Dignidad y santidad del estado eclesiástico

Venerables padres y amadísimos hermanos:

Después de postrarme a los pies de los santos pastores y sacerdotes de la Iglesia triunfante, de tributarles mis homenajes y consagrarles este libro, me dirijo a vosotros para aplicaros, de manera especial, lo que san Pedro, príncipe de los pastores y sacerdotes, dice en forma general a todos los cristianos: *Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que os llamó de las tinieblas a su admirable luz*¹.

Sois el linaje escogido: Dios os eligió entre millares para elevaros al estado más admirable y excelente que es el estado sacerdotal.

Estáis revestidos del sacerdocio real y de la realeza sacerdotal: sois reyes y sacerdotes, como Jesucristo es simultáneamente sacerdote y rey.

Sois la nación consagrada: el Santo de los santos os estableció en una condición santa. A vosotros primera y principalmente, dirigió estas palabras: *Igual que es santo el que os llamó sed*

¹ 1 Pe. 2,9.

*también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque dice la Escritura: "Sed santos porque yo soy santo"*¹.

Sois, de singular manera, el pueblo adquirido por Dios: aunque el Hijo de Dios compró a todos los hombres al precio de su sangre y aunque su Padre le entregó todas las naciones, a vosotros os adquirió de un modo particular y su Padre os dio a él con especial amor.

Después de la santísima Virgen sois vosotros la más gloriosa conquista del Salvador y el máspreciado de todos los dones recibidos de su Padre. Sois vosotros el primero y más excelente fruto de sus trabajos, el más noble trofeo de su sangre, la más rica porción de su heredad. De vosotros anhela sacar más fruto para la gloria de Dios que de todas sus demás posesiones. Os escogió no sólo para que lo sirváis y améis vosotros mismos, sino también para que lo hagáis servir y amar de los demás. Para ellos proclamareis a todo el mundo las hazañas, es decir, las perfecciones y excelencias, los misterios y maravillas del que *os llamó de las tinieblas del pecado y del infierno a su maravillosa luz*. Porque el mismo que dijo: *Yo soy la luz del mundo*², dice también de vosotros: *Vosotros sois la luz del mundo*³ y, *a vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos*⁴ y manifestarlos a los demás. Así, para vosotros se han abierto los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, los de la gracia y la misericordia, para que seáis dispensadores de unos y otros.

Os miro y reverencio como a personas a quienes Dios ha exaltado con bondad incomparable a la más excelsa dignidad del cielo y de la tierra, después de la dignidad de Madre de Dios.

Sois las personas más nobles de la casa de Dios: como cristianos y sobre todo como sacerdotes, podéis decir con san Pablo: *Somos linaje de Dios*⁵: porque sois los primogénitos entre sus hijos. Sois de la sangre real y divina de Jesucristo, Hijo único de Dios; formáis parte de su genealogía; sois hermanos y miembros

¹ 1 Pe. 1, 15-16.

² 1 Jn. 8, 12.

³ Mt. 5, 14.

⁴ Mt. 13, 11.

⁵ Hech. 17, 29.

suyos en grado más eminente que los demás cristianos; porque estáis revestidos de su sacerdocio real y vuestro sacerdocio es uno solo con el suyo; sois un solo sacerdote con el sumo sacerdote. Porque así como *sólo hay un sacerdocio*¹ en la religión cristiana, que se encuentra de manera originaria y soberana en Jesucristo, y por extensión y comunicación en los demás sacerdotes, igualmente, hablando con propiedad, sólo hay un sacerdote, pues todos los demás sacerdotes no son sino uno, pues están consumados en unidad con él, según la súplica de Cristo a su Padre: *para que queden realizados en la unidad*².

Sois vosotros los gobernadores, los jueces, los príncipes y los reyes del imperio del monarca soberano del mundo.

Sois los jefes, *no de estas tinieblas*³, es decir de este mundo que no es sino tinieblas, humo y vanidad, sino de las almas fieles, rescatadas por la sangre preciosa de Jesucristo, la menor de las cuales, para Dios, vale más que mil mundos.

Sois los jueces, no de los cuerpos sino de las almas; no de cosas terrestres y materiales sino celestiales y espirituales. Vuestros juicios no son momentáneos y transitorios sino eternos. No están escritos sobre el papel y con tinta sino en la eternidad de Dios y con la sangre adorable de su Hijo. Por eso los poderosos de este siglo y los jueces supremos de la tierra os reconocen por los jueces y árbitros de su salvación, se someten al poder que Dios os ha dado de juzgar, doblan la rodilla ante vosotros y aceptan vuestras sentencias como sentencias de Dios mismo.

Sois vosotros los reyes del imperio de Jesucristo, que es su Iglesia. A vosotros os dijo: *Os confiero la realeza como mi Padre me la confirió a mí*⁴. No es una realeza terrestre y temporal sino celestial y eterna, participación de la realeza de Jesucristo. Porque así como él es rey y sacerdote también lo sois vosotros. Y así como su Padre le dio un nombre y un poder por encima de todo nombre y poder⁵, también a vosotros os ha dado

¹ Symmach, Papa, Ep. 10 ad Eonium, Arel, Episc.

² Jn. 17, 23.

³ Ef. 6, 12.

⁴ Lc. 22, 29.

⁵ Fp. 2,9; Mt. 28, 18.

un nombre y un poder que superan los del siglo presente y del futuro.

Porque, ¿a cuál de sus ángeles ha dicho Dios: *Tú eres sacerdote para siempre a la manera del verdadero Melquisedec*¹, es decir a la manera de mi Hijo Jesucristo? ¿A cuál de sus arcángeles y principados ha dicho el Hijo de Dios: *Todo lo que atareis en la tierra quedará atado en el cielo*?² ¿A cuál de los querubines y serafines ha dado el poder de perdonar el pecado, de comunicar la gracia, de cerrar el infierno y de abrir el cielo, de formarlo a él en los corazones de los hombres y en la santa Eucaristía de ofrecerlo en sacrificio al Padre eterno y de repartir a los fieles su cuerpo, su sangre y su espíritu? Finalmente, ¿a cuál de los espíritus celestiales dijo lo que sí dijo a todos los sacerdotes: *Como el Padre me envió os envío yo a vosotros*?³, es decir, os envío para el mismo fin para el cual me envió mi Padre: para anunciar el mismo Evangelio que yo anuncié; para dispensar los mismos misterios y gracias que yo dispensé; para administrar los mismos sacramentos que yo instituí, para ofrecer a Dios el mismo sacrificio que yo le ofrecí; para disipar las tinieblas del infierno que cubren la faz de la tierra; para derramar sobre ella la luz del cielo; para destruir la tiranía de Satán y establecer el reino de Dios; para ejercer, finalmente, las mismas funciones sacerdotales que yo ejercí y para continuar y completar la obra de la redención del mundo y la misma vida que yo llevé y las mismas virtudes que practiqué.

De manera que no solamente sois los ángeles visibles del Señor Dios de los ejércitos; sois más que ángeles en poder y autoridad y, de ser posible, debéis vivir una vida más que angélica en pureza y santidad.

No debe causar extrañeza que vuestro poder exceda al de los ángeles: porque si el rey de los ángeles os ha hecho partícipes de su realeza, también ha depositado en vosotros su poder. Aunque de diferente manera, vosotros podéis decir con él: Todo poder se nos ha dado en el cielo, en la tierra y sobre el infierno. En el cielo, porque de él tenéis las llaves para abrirlo y cerrarlo; en la

¹ Sal. 110 (109), 4.

² Mt. 16, 19.

³ Jn. 20, 21.

tierra porque en ella ejercéis cada día poderes que sólo pertenecen a Dios, como el perdón de los pecados, la comunicación de la gracia, la formación de un Dios en los corazones y en el santísimo Sacramento; sobre el infierno, porque vuestro Maestro os dio el poder de pisotear y aplastar las serpientes y dragones del infierno y de expulsar de los cuerpos y de las almas los poderes infernales.

Y lo que es más aún: tenéis poder sobre el Señor soberano de cielos y tierra: porque el mismo Jesús, rey de los hombres y de los ángeles, que se sometió a su santa Madre y a san José¹, se somete también al poder de los sacerdotes: obedece puntualmente a su palabra y se hace presente entre sus manos cada vez que lo llaman, por la consagración de su cuerpo y de su sangre en la santa Eucaristía. Tienen poder sobre su Cuerpo místico que es la Iglesia, sobre su divino Espíritu, sobre su gracia y sus misterios. En efecto, por el ministerio de los sacerdotes se da el Espíritu Santo a los fieles, se les distribuyen los tesoros de su gracia y se les manifiestan las maravillas de los sagrados misterios. Por eso en las santas Escrituras se les llama *dispensadores de los misterios de Dios*² y de su gracia.

Pero lo que es más que todo eso, es maravilloso el poder que tienen los sacerdotes sobre el cuerpo y la sangre del Salvador. No solamente lo forman en los altares, lo dan a quienes les place, lo llevan y colocan donde quieren, sino que lo sacrifican cada día y a toda hora en honor de su Padre y para remisión de los pecados del mundo (...).

En esa forma Dios ha querido honrar la excelsa y divina orden del sacerdocio de su Hijo Jesús, y es así como quiere exaltar a los que a ella llama.

Es así como os ha elevado a todos los que lleváis el nombre y la condición de sacerdotes y de sacrificadores del Altísimo, al trono de una realeza eterna, de un poder y dignidad infinitos. Porque Dios, que puede crear criaturas más nobles, hombres y ángeles más perfectos, mundos más bellos, no puede crear un sacerdocio

¹ Lc. 2, 51.

² 1 Cor. 4,1.

más digno y admirable que el sacerdocio cristiano, con funciones más maravillosas que las que vosotros ejercéis.

¿Qué más diré? Sois vosotros los primeros dignatarios de la corte del gran monarca del universo, los principales ministros de su estado, los tesoreros de su misericordia, los intendentes de sus finanzas. Porque en vuestras manos depositó sus riquezas, sus conquistas, los frutos de sus trabajos, sus intereses, su gloria, las llaves de su reino, sus sacramentos, sus misterios, la fuerza de su palabra, su Cuerpo místico y su cuerpo personal, su preciosa sangre y todo cuanto tiene de más amado.

Vosotros sois la porción más noble del Cuerpo místico del Hijo de Dios. Sois los ojos, la boca, la lengua y el corazón de la Iglesia de Jesús, o mejor dicho, del mismo Jesús.

Sois sus ojos: por vosotros el buen pastor vela continuamente sobre su rebaño; por vosotros lo esclarece y lo guía; por vosotros llora las ovejas víctimas del lobo infernal y derrama lágrimas por la muerte de su amigo Lázaro, es decir, sobre los que han muerto por el pecado.

Sois su boca y su lengua: por vosotros habla a los hombres y sigue anunciando su mismo Evangelio.

Sois su corazón: por vosotros comunica la vida verdadera, la de la gracia en la tierra y la de la gloria en el cielo, a los verdaderos miembros de su cuerpo. ¡Cuántas maravillas encierra la dignidad sacerdotal!

Os miro y venero como asociados al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de la manera más excelsa. Oigo, en efecto, al apóstol que declara a todos los cristianos que ellos han sido llamados a *entrar en la sociedad de su Hijo Jesucristo*¹, pero puedo decir que estáis llamados a entrar en sociedad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Porque el Padre eterno os asocia con él en la generación inefable de su Hijo y en su divina paternidad. En cierta manera, sois los padres de su Hijo, pues os da el poder de formarlo y de darle nacimiento en los cristianos. Además os escogió para que seáis los padres de sus miembros, que son los fieles, con el

¹ 1 Jn. 1, 3.

encargo de que actuéis como padres hacia ellos. De manera que sois la imagen viva de la paternidad del Padre celestial. ¡Oh sacerdote, exclama san Agustín, vicario de Dios y padre de Cristo!

El Hijo de Dios os hace compartir sus más nobles perfecciones y sus acciones más divinas: porque os hace partícipes de su condición de mediador entre Dios y los hombres, de su dignidad de juez soberano del universo, de su nombre y oficio de Salvador del mundo y os da poder de ofrecer con él a su Padre el mismo sacrificio que él le ofreció en la cruz y que le ofrece cada día en nuestros altares, que es la acción más grande y santa que puede realizarse.

El Espíritu Santo os hace compartir con él lo grande y admirable que ha obrado y obra todos los días. Porque él vino al mundo para disipar las tinieblas de la ignorancia y del pecado, para iluminar los espíritus con la luz celestial, para caldear los corazones con el fuego del amor divino, para reconciliar a los pecadores con Dios, para borrar el pecado, comunicar la gracia, santificar a los hombres, establecer su Iglesia, aplicarle los frutos de la pasión y muerte de su Redentor y, finalmente, aniquilar en nosotros al hombre viejo y formar y hacer nacer a Jesucristo.

¿Pues bien, no es, acaso, esa vuestra ocupación? ¿No fuisteis, acaso, enviados para formar a su Hijo Jesús en los corazones? ¿Acaso las funciones eclesiásticas tienen fin distinto al de formar y hacer nacer a un Dios en las almas?

Tenéis, pues, una maravillosa alianza con las tres Personas eternas: sois los *cooperadores* del Todopoderoso¹, *cooperadores de la verdad*². Sois los sacrificadores del Altísimo y santificadores de las almas, los mediadores entre Dios y los hombres, los jueces de las naciones y los salvadores del mundo. El gran Salvador os ha dejado en su lugar para continuar en la tierra la redención del universo. Por eso quiso que llevarais en las Escrituras el título de salvadores. Porque a los sacerdotes se refiere principalmente el profeta Abdías cuando dice: *Subirán los salvadores al monte*

¹ 1 Cor. 3, 9.

² 3 Jn. 8.

Sión¹. Y Clemente Alejandrino no tiene inconveniente en reconocerles la cualidad de redentores.

Sois, pues, Jesucristos que viven y caminan sobre la tierra. Lleváis el más bello título del Hijo de Dios que es el nombre de Jesús, de Salvador: porque lo representáis y ocupáis su lugar, estáis revestidos de su realeza, de su sacerdocio, de su autoridad y demás atributos; actuáis en su nombre y de parte suya y debéis continuar su vida y las funciones sacerdotales que él desempeñó en la tierra.

Finalmente, sois los dioses visibles de este mundo, hijos de dioses, padres de los dioses. Con estos tres títulos os designa Dionisio el Areopagita, en su libro JERARQUIA CELESTIAL.

Dioses sois, ocupáis el puesto de Dios en este mundo, estáis revestidos de sus cualidades y tenéis poderes que sólo a Dios pertenecen.

Sois hijos de dioses: porque sois hijos de los obispos que son dioses en grado más eminente.

Sois padres de dioses: porque sois padres de los cristianos que también son dioses: *Yo declaro: sois dioses²*, pero en una escala muy inferior. El sacerdote, dice san Gregorio de Nacianzo, es un Dios que hace dioses³.

¡Cuán obligados estamos con aquél que nos ha llamado a un estado tan excelso y nos ha concedido gracias tan extraordinarias! ¡Qué grande es nuestra vocación y cómo debe ser poderosa y evidente! Pero qué desgracia criminal es introducirse en ella sin haber sido llamados. *Maldito quien ejecuta con negligencia el encargo del Señor⁴*. Qué culpables somos si, en lugar de santificar un ministerio tan honorable, lo profanamos; si en lugar de honrarlo, lo envilecemos; si en lugar de comportarnos con dignidad en los lugares y funciones sagradas, las llenamos de sacrilegios; si en lugar de buscar únicamente la gloria de nuestro

¹ Abd. 21.

² Sal. 82 (81), 6.

³ OraL. Apolog.

⁴ Jer. 48, 10.

Maestro y la salvación de las almas, corremos en pos de la gloria del mundo y de nuestro interés personal; si en lugar de revestirnos de la santidad de Dios, de su pureza, de su misericordia y caridad, después de revestirnos de su poder y autoridad, nos dejamos dominar por nuestra avaricia, nuestra ambición y nuestras pasiones; si en lugar de dejarnos animar por el espíritu de Jesucristo, estamos llenos del espíritu del mundo; si en lugar de seguir a Jesucristo como nuestra norma, seguimos nuestras malas inclinaciones; si en lugar de guiarnos por las máximas del Evangelio, adoptamos las del mundo corrompido; si en lugar de ser canales de gracia y de bendición lo somos de veneno y maldición; si en lugar de actuar como salvadores que conducimos los hombres al cielo, servimos al furor de los demonios y los precipitamos en el infierno, por nuestro mal ejemplo y por nuestra cobardía y negligencia.

Ciertamente, los trabajos, padecimientos, llagas y sangre del Hijo de Dios serán otras tantas voces que pidan a Dios venganza contra nosotros en el día del juicio y a la hora de nuestra muerte. Qué castigos y tormentos nos esperan si no damos gloria a Dios, conforme al conocimiento que tenemos de su divina Majestad; si le negamos nuestro corazón y nuestros afectos, que por tantos motivos le pertenecen y se los damos a la vanidad de las criaturas; si malgastamos los bienes de la Iglesia que son el tesoro de Jesucristo, el fruto de sus trabajos y de su sangre y propiedad de los pobres, en vanidades, en superfluidades o para educar y enriquecer a nuestros parientes; si pisoteamos tantas gracias que de él hemos recibido; si deshonoramos la gloria de su sacerdocio; si anulamos los frutos de la vida y de la muerte de su Hijo y si hacemos inútiles para nosotros y para los demás, la pasión, la sangre, las lágrimas, los trabajos de un Dios; si en lugar de ser los primeros en servirlo, honrarlo y amarlo, somos los primeros en perseguirlo, ultrajarlo y hasta crucificarlo.

Al decir estas cosas no pretendo acusar ni condenar a nadie. Estamos, gracias a Dios, en un momento en el que tenemos grandes motivos para alegrarnos y para bendecirlo, cuando hay tantos buenos pastores y santos eclesiásticos, ejemplares de virtud y de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Pero me arrebatan la fuerza y la importancia del tema tratado y el temor de que así como en el círculo de Jesús se encontró un Judas, puedan encontrarse, también hoy, herederos y sucesores de

la perfidia de ese traidor. Porque si entre doce apóstoles, escogidos y llamados por el Hijo de Dios, al apostolado y al sacerdocio, educados y formados en su compañía, instruidos y edificados por su palabra y por su ejemplo y testigos de sus milagros y de la santidad de su vida, se dio ese monstruo de ingratitud, hay motivos para temer que entre la gran multitud actual de sacerdotes haya todavía algunos hijos de perdición. Pero así como la apostasía de Judas no opacó la gloria del colegio apostólico, tampoco se disminuyen la santidad y dignidad de su divino sacerdocio si aparecieren algunos nuevos Judas que traicionan su conciencia y su fidelidad al Maestro. Honro de tal manera ese sacerdocio que gustoso besaría el suelo por donde pasan aquellos a quienes Dios plugo comunicarlo.

Por eso, después de consagrar este libro a los santos sacerdotes de la Iglesia triunfante, quiero dedicarlo igualmente a los buenos pastores y santos sacerdotes de la Iglesia militante, como modesto testimonio de mi respeto y como homenaje al sacerdocio real de mi Señor Jesucristo, a quien reconozco y venero en cada uno de mis hermanos. Deseo también poner este libro en vuestras manos para que os sirva de recordatorio de las cualidades, excelencias y obligaciones de nuestra profesión y de la manera de ejercer santamente las funciones sacerdotales.

Suplico de todo corazón a Jesús, gran pastor de las almas y sumo Sacerdote, que bendiga mi trabajo y mi propósito y lo haga grato y útil a quienes quieran utilizarlo. Sólo busco la gloria de su divina Majestad que debe ser siempre el único fin de nuestros pensamientos, palabras, acciones y afectos.

PRIMERA PARTE

CUALIDADES Y EXCELENCIAS DE UN BUEN PASTOR Y DE UN SANTO SACERDOTE.

La señal más grande de la ira de Dios con su pueblo y su peor castigo es permitir que, por sus pecados, caiga en manos de pastores que lo son más de nombre que de verdad: que actúan más como lobos hambrientos que como cariñosos pastores; que en lugar de apacientarlo con solicitud, lo desgarran y devoran; que en

lugar de conducirlo al cielo lo arrastran, con ellos, al infierno; que en lugar de ser sal de la tierra y luz del mundo, son veneno y tinieblas.

Porque a nosotros, pastores y sacerdotes -dice san Gregorio Magno- se nos condenará ante Dios como *asesinos de los que van cada día a la muerte eterna, por nuestro silencio y negligencia*¹. Y nada hay, agrega él mismo² que ofenda más a Dios y atraiga su ira sobre pastores y rebaño, que comprobar cómo los que él ha establecido para corregir a los demás, ofrecen ejemplos de vida depravada; que en lugar de impedir las ofensas a Dios son los primeros en perseguirlo, al despreocuparse totalmente de la salvación de las almas; cuando sólo buscamos satisfacer nuestras inclinaciones; cuando apeteceemos solamente cosas terrenas; cuando ávidamente nos apacentamos de la vana estima de los hombres y hacemos servir a nuestra ambición un ministerio de bendición; cuando abandonamos los intereses de Dios para dedicarnos a los del mundo.

Por eso Dios grita a los cristianos: *Convertíos a mí y os daré pastores según mi corazón*³.

Por el contrario, la mayor señal de la misericordia de Dios y su don máspreciado, es que le dé pastores y sacerdotes que sólo busquen su gloria y la salvación de las almas. Este es el regalo más excelente, que incluye en sí todos los demás.

Un pastor y un sacerdote según el corazón de Dios es uno de los tesoreros del gran rey. En sus manos coloca las riquezas de su misericordia para distribuirlas a todos y para enriquecer a los que se hagan dignos de ellas.

Es manantial inagotable de agua viva, abierto para todos los que quieran buscar las aguas de la salvación.

Es árbol de vida plantado por la mano de Dios en el paraíso de su Iglesia. En todo tiempo produce frutos de vida eterna que libran de la muerte y dan la vida de la gracia y de la eternidad: esos

¹ Hom. 12 super Ezech.

² Hom. 27 in Evang.

³ Jer. 3, 15.

frutos son sus palabras, instrucciones y exhortaciones, sus plegarias e intercesiones y el ejemplo de su vida.

Es lámpara ardiente y brillante sobre el candelabro de la Iglesia: ardiente ante Dios y brillante ante los hombres; ardiente por su amor a Dios, brillante por su caridad con el prójimo; ardiente por la perfección de su vida interior, brillante por la santidad de su vida exterior; ardiente por el fervor de su continua oración, brillante por la predicación de la divina palabra.

Es un sol que alegra a todo el mundo con su presencia y esplendor: que lleva a los corazones los efluvios de las celestiales bendiciones; que disipa las tinieblas de la ignorancia y del error; que lanza en todas las direcciones los rayos de una luz celestial; que da muerte al pecado y da a muchos la vida de gracia; que da calor a los que están fríos, inflama a los tibios y enciende a los que arden en el fuego del amor divino.

Es un ángel que purifica, ilumina y perfecciona a quienes Dios ha puesto bajo su custodia. Es un querubín y un serafín enviado por Dios para enseñar a los hombres la ciencia del cielo, la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos. Y ésta consiste en conocer y amar a Dios y a su Hijo Jesucristo.

Es un arcángel y príncipe de la milicia celestial, siempre armado para combatir al dragón infernal que con su cola envenenada arrastra a los abismos la tercera parte de las estrellas del cielo.

Es verdadero padre del pueblo de Dios: su corazón desborda de un amor paternal que lo lleva a trabajar sin cesar para alimentarlo con el pan de la palabra y de los sacramentos, para revestirlo de Jesucristo y de su espíritu, para enriquecerlo con los bienes celestiales y para suministrarle las ayudas posibles en lo tocante a su salvación y a su eternidad.

Pero, principalmente, es el padre, el abogado, el procurador, el defensor de los pobres, de las viudas, de los huérfanos, de los extranjeros y el refugio de todos los miserables. El encuentra su placer en conversar con ellos, en visitarlos y consolarlos, en sentarlos a su mesa y servirles, en tomar su causa entre sus manos, en velar por sus intereses y en defenderlos contra sus opresores.

Es uno de los capitanes del ejército del gran Dios, que está siempre con las armas en la mano para combatir por su gloria y por la defensa de su Iglesia, contra sus enemigos, el diablo, el mundo, la carne y el pecado, para conquistarle reinos, es decir almas, porque cada alma fiel es un reino que le es más precioso que todos los imperios terrenales.

Es un evangelista y un apóstol. Su principal tarea es anunciar, incesantemente, en público y en privado, con obras y palabras, el Evangelio de Jesucristo y continuar en la tierra las funciones, la vida y las virtudes de los apóstoles.

Es el esposo de la divina esposa, la Iglesia de Jesucristo. Y está tan encendido de amor puro y santo hacia ella que sólo piensa, día y noche, en embellecerla, y enriquecerla para hacerla digna del amor eterno de su Esposo celestial e inmortal.

Es mediador entre Dios y los hombres, para hacer conocer, adorar, servir, temer y amar a Dios; para anunciar a los hombres su voluntad y para mantenerse siempre ocupado, de espíritu y de corazón, de palabra y de obra, *en lo que atañe al servicio y la gloria de Dios*¹(...).

Un buen pastor es un Salvador, un Jesucristo en la tierra, lo representa y actúa en su nombre, revestido de su autoridad; ejerce su juicio en el tribunal de la penitencia; desempeña las altísimas funciones que él desempeñó en la tierra y continúa la obra de la redención del universo. A imitación de Jesús emplea su espíritu, su corazón, sus afectos, sus fuerzas, su tiempo, sus bienes y hasta su sangre y su vida por la salvación de los que Dios le ha confiado.

Un buen pastor es un Dios que vive y camina sobre la tierra. Dios por gracia, por participación y por semejanza eminente y particularísima. Es un Dios revestido de las cualidades y perfecciones divinas: de su autoridad, justicia y misericordia, de su espíritu, de su caridad, bondad, pureza y santidad. Un Dios empleado *en la más divina de las obras de Dios que es cooperar con él en la salvación de las almas*, como dice el gran Dionisio el

¹ Hb. 5,1.

Areopagita¹. Es, finalmente, *un Dios que hace dioses*, en expresión de san Gregorio de Nacianzo² es decir, que hace cristianos que son llamados "dioses" en las divinas Escrituras.

Es imagen de la bondad y de la vigilancia del gran Pastor de las almas, que no abandona a sus ovejas, que conoce sus necesidades, debilidades y enfermedades para remediarlas. Es un pastor que las alimenta con su palabra y su ejemplo, en el cuerpo y en el espíritu, con todas sus fuerzas, y que no es de aquellos de quienes dice un santo doctor: *La justicia divina juzgará rigurosamente a los seglares; con mayor rigor a los religiosos; pero con extremado rigor a los pastores perversos. Dios pedirá severa cuenta a los que no apacentaron corporalmente a las ovejas de Cristo; más severa a quienes no las alimentaron con la palabra; y cuenta severísima a quienes no las alimentaron con una vida ejemplar.*

Quien habla del sacerdocio, dice san Ignacio mártir, habla de la plenitud y cumbre de todos los bienes salidos de la inmensa bondad de Dios³.

Un pastor y un sacerdote dotados de la santidad exigida por su condición, tienen la mayor santidad de todos los estados de la Iglesia, santidad que es fuente y principio de gracia y santificación.

Un tal pastor y un tal sacerdote no ha sido llamado a la dignidad sacerdotal por voluntad humana, de la carne y de la sangre; no por influencias de sus padres, ni por un espíritu mundano de ambición o avaricia, o por otro motivo terrenal, sino por verdadera y poderosa vocación de Dios.

Un tal pastor y un tal sacerdote está dotado de las cualidades y atributos que señala san Pablo en el capítulo 3º de la carta primera a Timoteo, y en la epístola a Tito: es decir, *es un hombre intachable e irreprochable, desprendido, sin arrogancias ni ambiciones; pacífico y enemigo de pleitos; no dado al vino, ni colérico; equilibrado y desinteresado; hospitalario, apto para*

¹ De cælesti Hierarchia, cap.5.

² Oratio Apologetica.

³ Epist. 10 ad. Smyrn.

enseñar, amigo de lo bueno, sensato, justo, piadoso y dueño de sí¹; que sabe gobernar su propia casa. porque, -dice el apóstol- si no sabe gobernar su propia casa ¿Cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios².

Un tal pastor y un tal sacerdote no emplea sus bienes en superfluidades, en exceso de vestidos, de muebles, jardines, banquetes, perros, caballos, servidores y cosas semejantes; ni para enriquecer o colocar a sus parientes. Los usa para dotar las iglesias, vestir al desnudo, dar de comer al hambriento y de beber al sediento, liberar a los prisioneros y cautivos, casar a jovencitas pobres, sostener seminarios eclesiásticos, levantar templos, hospitales y en toda clase de buenas obras.

Un tal pastor y un tal sacerdote, visita a menudo los hospitales, las cárceles, las casas de los pobres enfermos, para consolarlos, instruirlos y asistirlos en sus necesidades corporales y espirituales.

Un tal pastor y un tal sacerdote medita a menudo, cuidadosamente, las obligaciones de su cargo; se informa sobre las necesidades de sus ovejas para tratar de remediarlas, y sobre los desórdenes que entre ellas se encuentran para desterrarlos y se entrega en todas las formas posibles para procurar la gloria de Dios y la salvación de los fieles que le han sido confiados. Por ellos deberá responder sangre por sangre y alma por alma.

Un tal pastor y un tal sacerdote emplea su espíritu, su corazón, sus pensamientos, afectos, palabras, acciones, su tiempo, sus bienes, su vida, todo lo que es, tiene, puede y sabe, para destruir la tiranía de Satanás y establecer el reino de Jesucristo en los corazones de los que Dios le ha confiado.

Finalmente, un tal pastor y un tal sacerdote es un ángel de pureza espiritual y corporal, un querubín de luz y de ciencia, un serafín de amor y de caridad; un apóstol en celo, en trabajo y en santidad, un pequeño Dios sobre la tierra por su poder y autoridad, por su paciencia y benignidad y una imagen viva de Jesucristo en este mundo: de Jesucristo que vela, ora, catequiza, trabaja, suda, llora,

¹ Tit. 1, 7-8

² 1 Tm. 3, 2-5.

que recorre aldeas y ciudades, que sufre, agoniza, muere y se sacrifica por la salvación de las almas creadas a su imagen y semejanza.

Un tal pastor y un tal sacerdote es luz de los que viven en tinieblas y sombras de muerte; guía de los que andan errantes; martillo de errores, cismas y herejías; convertidor de los pecadores, santificador de los justos, fuerza de los débiles, consuelo de los afligidos, tesoro de los pobres, alegría de los buenos, terror de los malvados, confusión del infierno, gloria del cielo, gozo de los ángeles, ruina del reino de Satanás, fundador del imperio de Jesucristo, ornato de la Iglesia, corona del supremo Pastor: en una palabra, es un mundo de bienes, gracias y bendiciones para toda la Iglesia y en especial para la que Dios le ha encomendado.

En cambio, ¿qué es un mal sacerdote? Su verdadera definición la dan estas palabras del Espíritu Santo: es *el manjar preferido del demonio*¹ que san Teófilo de Alejandría aplica a *los que niegan a Dios*². Pues bien, un mal sacerdote niega más a Dios con sus obras diabólicas que quienes lo niegan sólo con los labios. El mal sacerdote es la presa codiciada, el bocado preferido del *león rugiente que da vueltas buscando a quien devorar*³. El demonio los engullirá, los transformará en su imagen: les comunicará su soberbia, su impiedad, su furor contra Dios y contra los hombres. con ese delicioso manjar se regalan los demonios en la mesa del infierno. ¡Qué definición tan pavorosa! ¡Qué monstruo es un mal sacerdote!

SEGUNDA PARTE

MEMORIAL DE LOS DEBERES DEL ESTADO ECLESIASTICO

Después de la santa Virgen, Madre de Dios, nadie en el mundo ha recibido mayores gracias y favores de Dios que los eclesiásticos,

¹ Habac. 1, 16.

² Epist. 2.

³ 1 Pe. 5,8.

como se desprende de lo dicho anteriormente. De ahí que ninguno como ellos esté más obligado a la perfección y santidad de vida y a tributar a Dios mayor honra y servicio, especialmente si nos ha llamado a conducir almas en su Iglesia.

Es, pues, muy necesario considerar a menudo, con seriedad, la dignidad y excelencia de nuestra vocación, las obligaciones que ella implica y la manera de cumplirlas dignamente.

Con este fin conviene tener un resumen de estas cosas que podamos releer a menudo para grabarlas en nuestros corazones y expresarlas en nuestra vida.

Te ofrezco, pues, un breve resumen en 34 titulares de las obligaciones principales del estado eclesiástico, en honor de los treinta y cuatro años de la vida santa y divina del gran pastor de las almas y supremo sacerdote, Jesucristo, nuestro Señor, modelo y norma de vida de todos los pastores y sacerdotes.

Si deseamos, pues, seguir una regla tan amable, dulce y perfecta, debemos:

1

Establecer en nuestros corazones el gran propósito de llevar interior y exteriormente una vida irreprochable, según las palabras del Espíritu Santo que se refieren tanto al sacerdote como al obispo: *El obispo tiene que ser intachable*¹. Nuestra vida debe ser un Evangelio viviente, una predicación continua y una regla perfecta de vida y costumbres para aquellos mismos que nos toca conducir.

2

Hacer profesión de guiarnos en todo por las máximas de la fe y del Evangelio: para ello debemos leerlas y estudiarlas cuidadosamente. Nuestro Señor Jesucristo las trajo del cielo, las enseñó y las dejó escritas en su Evangelio, precisamente para que las siguiéramos. ¿Y quién las seguirá si no lo hacen los sacerdotes que deben predicarlas y enseñarlas a los demás

¹ 1 Tm. 3,2.

cristianos? ¿Y cómo las predicarán y las seguirán si no se imponen el esfuerzo de leerlas allí donde están, en especial en los capítulos 5º, 6º y 7º de san Mateo?

3

Estar resuelto a renunciar al mundo y a sus máximas, a su espíritu y a todas las cosas que hay en el mundo. Porque si los verdaderos cristianos no son del mundo, como tampoco lo es Jesucristo, su Cabeza y su Padre¹, con mucha mayor razón los sacerdotes. Y si el Espíritu Santo prohíbe a todos los fieles *amar las cosas que hay en el mundo* y les ordena odiarlo bajo pena de *perder el amor del Padre*² mucho más deben los sacerdotes tener en cuenta esta prohibición y mandamiento.

4

Grabar en nuestro corazón y seguir fielmente las palabras de san Pablo: *No os amoldéis a este mundo*³. Para ello renunciemos a las modas del mundo, en nuestros vestidos y demás cosas. Porque la grandeza del estado eclesiástico sufre gran perjuicio cuando los sacerdotes que son la sal, es decir, la sabiduría de la tierra, siguen al mundo loco y se amoldan a su insensatez que se manifiesta especialmente en la frivolidad y cambio constante de sus modas: *el necio cambia como la luna*⁴.

5

Huir de las conversaciones frívolas con los hijos de este siglo, que se guían por el espíritu y las máximas del mundo, sobre todo con las mujeres, a no ser por necesidad y caridad. En este caso no les hablaremos a solas sino siempre ante la vista y presencia de otras personas. Y con ellas y con otros hablar siempre el lenguaje de nuestro Padre, como nos lo enseña el Espíritu Santo: *quien habla que sea portavoz de Dios*⁵, es decir, hable siempre de las cosas de Dios y de su salvación, para *ser aroma de Cristo en*

¹ Jn. 17, 14.

² 1 Jn. 2, 15.

³ Rm. 12, 2.

⁴ Eclo. 27, 12.

⁵ 1 Pe. 4, 1.

*todo lugar, procurando la buena reputación ante todos los hombres, para que la parte contraria se abochorne, no pudiendo denigraros en nada*¹.

6

Llevar siempre la tonsura y el vestido clerical que es el atavío y la gloria de un eclesiástico. Pero eliminaremos, por una parte, toda superfluidad y vanidad y, por la otra nos presentaremos limpios y decentes para que nada en nuestro exterior ofenda las miradas de nadie. Que todo en nosotros manifieste la humildad, la sencillez, la modestia y la honestidad.

7

Cerrar totalmente nuestro corazón a la avaricia. Meditemos seriamente las siguientes palabras del Espíritu Santo: *Comportaos sin avaricia; contentaos con lo que tenéis, pues él ha dicho: no te dejaré, no te abandonaré*². *Porque los que quieren hacerse ricos caen en tentaciones, trampas y mil afanes insensatos y funestos, que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque el amor al dinero es la raíz de todos los males... Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de todo eso, esmérate en la rectitud, la piedad, la fidelidad, el amor, la paciencia, la delicadeza*³.

Recordar también que al entrar en la vida clerical nos comprometimos con estas palabras: *El Señor es mi heredad*. No deseemos, pues otra distinta de Jesucristo, nuestro Señor. El debe ser el único tesoro codiciado por nuestro corazón. De ahí que los santos Padres declaren que el sacerdote que se enriquece con los bienes de la Iglesia, o que se sirve de ellos para beneficio o ganancia de sus parientes, merece condena de Dios - dice san Bernardo- como *culpable de hurto, rapiña y sacrilegio*⁴.

¹ 2 Cor. 2, 15; Rm. 12, 17; Tit. 2, 8.

² Hb. 13, 5.

³ 1 Tm. 6, 9-11

⁴ Epist. ad Falconem.

Detestar el espíritu de ambición y vanidad de los fariseos, que buscan los honores; que dicen pero no hacen; que van en pos de la estima y la gloria de los hombres y que actúan para parecer y atraer las miradas y alabanzas. Porque nuestro Señor fulminó anatemas contra los soberbios fariseos y además pronunció estas palabras: *¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Porque así es como los padres de éstos trataban a los falsos profetas*¹. Para huir de esa peste, recordemos y tratemos de cumplir las siguientes máximas del Espíritu Santo: *Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios: porque Dios revela sus secretos a los humildes*²; y las palabras del Hijo de Dios: *Vete a ocupar el último lugar*³. *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*⁴.

Temamos que venga sobre nosotros la sentencia pronunciada contra el siervo haragán: *Arrojad fuera al siervo inútil, a las tinieblas*⁵. Huyamos, por consiguiente, de la ociosidad, como de una peste que es madre de todos los vicios. Para no caer en ella, reglamentemos y ocupemos nuestro tiempo con la oración, el estudio, las obras de caridad o algún trabajo honesto. Y recordemos que no hay personas más obligadas a emplear bien su tiempo como los sacerdotes, encargados como están de los asuntos más importantes de la tierra y del cielo, pues se refieren a la gloria de Dios y a la salvación de las almas.

Detestemos la intemperancia en comidas y bebidas y evitemos cuidadosamente todas sus ocasiones; porque es un vicio animal y por lo mismo contrario a la santidad y dignidad de un sacerdote que debe ser un ángel visible sobre la tierra.

¹ Lc. 6, 26.

² Eclo. 3, 30.

³ Lc. 14, 10.

⁴ Mt. 11, 29.

⁵ Mt. 25, 30.

11

Tengamos horror de la impureza. Evitemos con diligencia, los sitios, las personas y cuanto encierre el menor peligro o la más pequeña sombra de ese vicio abominable. Porque nada hay más necesario a una persona consagrada a Dios, que se encuentra cada día en lugar santo, junto a los altares, que cumple funciones angélicas, entre misterios divinos, como la pureza de espíritu y de cuerpo. Nada hay tan horrible como un sacerdote impúdico. Es un monstruo, un Judas, un anticristo.

12

Consideremos las palabras de san Pablo: *Quien no mira por los suyos y en particular por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un descreído*¹. Y para no ser condenados por Dios como apóstatas de la fe, establezcamos tan buena disciplina entre nuestros domésticos y en nuestra familia que sea modelo de virtud, de modestia, de caridad y de piedad para las demás familias cristianas.

13

Velemos continuamente sobre las necesidades de nuestro rebaño, para remediarlas en cuanto nos sea posible. Recordemos que la sola negligencia en asunto de tanta importancia nos hace criminales ante Dios: que él nos pedirá cuenta rigurosa de las almas que nos ha encomendado: *Reclamaré de vosotros su sangre*² y que nos condenará como asesinos de los que perezcan por nuestra cobardía, como dice san Gregorio Magno: *Somos asesinos de los que van cada día a la muerte eterna por nuestro silencio y negligenci*³.

14

Remedemos todos los males que podamos remediar; hagamos todo el bien que podamos. Impidamos y aniquilemos los escándalos y desórdenes mediante la oración, nuestro ejemplo, la

¹ 1 Tm. 5, 8.

² Ez. 3, 18.

³ Hom. 17.

palabra de Dios, en público y en privado, haciendo lo que san Pablo nos recomienda: *Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, usando la prueba, el reproche y la exhortación*¹. Desterremos las blasfemias, injurias, injusticias y las opresiones del pobre. Luchemos contra las pompas de Satán, contra el atractivo de la carnalidad, como bailes, comedias, libros y cuadros lascivos, descotes y demás vanidades de las mujeres mundanas. Combatamos el lujo, el exceso de vestidos y de muebles, de festines y de servidores. Hagamos la guerra al duelo, a los juegos de azar y a los demás juegos en que se pierde tiempo y dinero, y en los que se escuchan fácilmente imprecaciones, blasfemias y mentiras fraudulentas. Luchemos sobre todo contra la embriaguez y las concurrencias a los cabarets que son fuentes de males innumerables.

15

El pastor y el sacerdote deben ser el protector, defensor, consolador, padre y refugio de los pobres, de las viudas, de los huérfanos, de los que no pueden defenderse, de los oprimidos y de todos los miserables. Procurará que tengan asistencia en sus necesidades y especialmente que reciban instrucción religiosa, y que se confiesen en las fiestas principales del año; visitará a los prisioneros, cuidará de todos los afligidos para consolarlos y enseñarles a usar debidamente de sus aflicciones.

16

Tendrá especial caridad con los enfermos: los visitará a menudo, les administrará los sacramentos, les hará las instrucciones necesarias y sobre todo los asistirá a la hora de su muerte. Estará siempre más pronto y solícito para prestar estos servicios de caridad a los humildes que a los grandes, a los pobres que a los ricos.

17

Haremos todo lo posible para que los que nos han sido encomendados estén debidamente instruidos sobre lo que un cristiano debe creer, esperar y realizar para ser salvo.

¹ 2 Tm. 4, 2.

Utilizaremos las predicaciones, catecismos o instrucciones familiares, en público y en privado, en los campos, por los caminos, en las casas y en toda ocasión, a ejemplo de los primeros sacerdotes, de los cuales se dice que *ni un solo día dejaban de enseñar en el templo y por las casas, dando la buena noticia de que Jesús es el Mesías*¹; y para poder decir con san Pablo: *no soy responsable de la muerte de nadie, porque no me he retraído de anunciaros íntegramente el plan de Dios...Durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos, a cada uno en particular...*².

18

Procuraremos que haya maestros y maestras de escuela para instruir a los niños y niñas. No permitamos que éstas vayan a la escuela de los muchachos. Visitaremos de cuando en cuando sus planteles para exhortar a los maestros a que enseñen el catecismo a los niños y les hagan hacer de rodillas las oraciones de la mañana y de la noche, y les inculquen cómo deben comportarse en el templo, con respeto, silencio y modestia.

19

Nos dedicaremos en cuanto podamos, a poner en paz a los litigantes, a extinguir las enemistades y a hacer reinar la caridad cristiana entre los que Dios nos ha encomendado.

20

Profesaremos gran amor a la Iglesia, que Dios nos ha dado por esposa y a la que debemos entregar nuestro corazón. Velaremos por sus intereses, buscaremos su provecho, crecimiento y santificación. Tendremos un celo constante por la salvación de las almas. Grabaremos en nuestro corazón las palabras de san Dionisio el Areopagita: *Las más excelsa de las obras divinas es cooperar con Dios en la salvación de los hombres.*

¹ Hech. 5, 42.

² Hech. 20, 26-31.

21

Pondremos nuestra gloria y nuestra alegría en ejecutar santa y dignamente las funciones clericales y sacerdotales, en especial, el santo sacrificio del altar, el Oficio divino, la administración de los sacramentos, la predicación y el catecismo. Haremos todas estas cosas sin flojedad, ni por rutina, para no merecer el reproche: *Maldito el que ejecute con negligencia el encargo del Señor*¹, actuaremos, en cambio, como dice san Pablo, de *una manera digna de Dios*².

22

Seremos asiduos para oír confesiones. Consideraremos esta función como una de las principales obligaciones de un pastor, y medio poderoso de colaborar en la salvación de muchas almas. Para ello leeremos con atención el libro de EL BUEN CONFESOR.

23

Obedeceremos el mandamiento de nuestro Maestro: *No déis lo sagrado a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos*³. No permitáis que participen en los sacramentos los que deben ser rechazados; no demos la comunión a los pecadores públicos y escandalosos; ni la absolución a los que vivan en ocasión próxima de pecado o que la den a los demás; a quienes no reparen el daño hecho al prójimo; a los enemigos que no busquen la reconciliación. No admitiremos al sacramento del matrimonio a los que tienen impedimento para recibirlo válida o lícitamente, ni a los que ignoren lo que un cristiano debe saber, hasta que sean debidamente instruidos. No aceptaremos como padrinos de bautismo a quienes por su ignorancia o poca edad sean incapaces de cumplir su misión de ser, en caso de necesidad, padres espirituales de sus ahijados.

¹ Jer. 48, 10.

² Col. 1, 10.

³ Mt. 7, 6.

24

Velaremos con diligencia para que se respeten y veneren las iglesias, los cementerios y demás lugares santos. Todo en ellos debe estar limpio y ordenado, especialmente las cosas que sirven al altar. Que se sirva a nuestro gran Rey con la decencia y reverencia que merece su Majestad suprema; que allí se administren santamente los sacramentos; que se celebre con piedad el oficio divino y que todos guarden el silencio, la compostura y el respeto debidos a la casa y a la presencia de Dios. Tendremos también especial diligencia para que se santifique el domingo y las fiestas, evitando que se los profane con trabajos serviles o con el comercio, o dejando de asistir a la misa, dedicando esos días para beber en las cantinas, o para juegos y danzas y otras diversiones malsanas.

25

Tendremos particular devoción a la santa Virgen, Madre de Dios, a su esposo san José y trataremos de inculcarla a los demás. También tendremos devoción a los santos de las diócesis y del lugar de nuestra residencia así como a los santos de nuestra orden, es decir, a los santos pontífices, sacerdotes y levitas. Celebraremos sus fiestas con especial afecto, como fiestas de nuestros padres, hermanos y patronos. *Porque hijos de santos somos*¹.

26

Pero, ante todo, tengamos devoción singularísima al santísimo Sacramento que es el mayor tesoro de los sacerdotes y su propio misterio. Honrémoslo con celo muy especial y hagámoslo honrar de los demás. Conservémoslo en lugar decente y honorable y hagamos que los cristianos se comporten con reverencia y santidad en su presencia, que asistan con frecuencia y devoción a la santa misa y lo acompañen con honor y respeto cuando se lleva en procesión a los enfermos.

¹ Tob. 2, 18.

No ahorraremos esfuerzo ni medio alguno para infundir en la santa familia de Jesús, compuesta de sacerdotes y clérigos, la virtud, piedad y santidad que deben adornarla, considerando este asunto como el más importante y necesario de todos.

Leamos de tiempo en tiempo el capítulo 34º de Ezequiel, el capítulo 10º del Evangelio de san Juan, el capítulo 6º de la segunda carta a los Corintios y las cartas a Timoteo y a Tito, para escuchar en todos esos textos la voz de Dios que habla a los pastores y a los sacerdotes para indicarles sus tareas y obligaciones. Las principales están contenidas en las siguientes palabras que debemos grabar en nuestros corazones y manifestar en nuestra vida. *Sé tú un modelo de buena conducta. Cuando enseñes que se vea tu integridad y seriedad: con un hablar bien fundado e intachable, para que la parte contraria se abochorne, no pudiendo denigraros en nada*¹. *Sé tú un modelo para los fieles en el hablar y en la conducta, en el amor, la fe y la decencia. Preocúpate de la lectura pública, de animar y enseñar. No descuides el don que posees, que se te concedió con la imposición de las manos del colegio de los presbíteros. Cuida de estas cosas y dedícate a ellas para que todos vean tus progresos. Preocúpate de ti y de la enseñanza. Sé constante. Si así lo hicieres te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan*².

Pondera y medita a menudo las palabras siguientes:

*1. Lo que Dios quiere es vuestra santificación*³. *Igual que es santo el que os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque dice la Escritura: seréis santos porque yo soy santo*⁴.

¹ Tit. 2, 7-8.

² I Tm. 4, 2-16.

³ I Ts. 4, 3.

⁴ I Pe. 1, 15.

2. *Toca a nosotros ocuparnos, no de las cosas del mundo sino de los asuntos de nuestro Padre*¹.
3. *No busquemos nuestros intereses sino los de Jesucristo*².
4. *Conocer las ovejas, llamarlas por su nombre, sacarlas fuera e ir delante de ellas*³.
5. *Apacentar el rebaño del Señor con la palabra, el ejemplo y la oración; por lo mismo, ser asiduos en la oración y en el ministerio de la palabra*⁴.
6. *Fortaleced las ovejas débiles.*
7. *Curad las enfermas.*
8. *Vendad las heridas.*
9. *Recoged las descarriadas.*
10. *Buscad las perdidas.*
11. *Guardad las que están sanas y fuertes*⁵.
12. *Dad la vida por las ovejas*⁶.

30

Reconozcamos que por nosotros mismos, somos incapaces de cumplir este programa. Acudamos, por consiguiente, a la oración, a toda hora y en todas las cosas. No emprendamos nada sino después de muchas plegarias, para atraer sobre nosotros las luces y gracias necesarias. Imploramos el auxilio del supremo Pastor y la intercesión de su santa Madre, de los ángeles y de los santos.

31

Tengamos a menudo ante los ojos la vida de nuestro Señor Jesucristo, sumo sacerdote y gran pastor de las almas, la vida de su santa Madre que es la madre de todos los cristianos pero especialmente de los sacerdotes, y la vida de los santos pastores y sacerdotes que han existido en la Iglesia. Contemplemos sus costumbres, acciones y virtudes como modelo de nuestra vida y

¹ Lc. 2, 49.

² Fp. 2, 21.

³ Jn 10, 3-4.

⁴ 1 Pe. 5, 2; Hech. 6, 4.

⁵ Ez. 34, 4.16.

⁶ Jn. 10, 15.

norma que debemos seguir, porque según ella seremos juzgados a la hora de la muerte.

32

Dedicaremos cada día un cuarto de hora para leer con calma y atención en un libro de piedad, como por ejemplo, los libros de fray Luis de Granada, de san Francisco de Sales, la Instrucción a los sacerdotes de Molina el cartujo u otros parecidos.

33

Al menos una vez al mes destinaremos un tiempo para leer y meditar, en presencia de Dios, en todo o en parte, las presentes reglas y obligaciones, para examinar las faltas que contra ellas hemos cometido, para pedir por ellas perdón a Dios, para hacer el propósito de actuar mejor en lo venidero y para invocar, con este fin, la divina misericordia y la intercesión de la santa Virgen, de nuestros ángeles y de nuestros santos patronos.

34

Finalmente haremos, cada año, un retiro de ocho a diez días, a imitación de nuestro Señor que antes de empezar su predicación permaneció cuarenta días en el desierto y que durante su ministerio público se retiraba a menudo para orar en la soledad. También para imitar a los santos apóstoles y discípulos que se encerraron durante diez días a orar y a prepararse a la venida del Espíritu Santo que debía animarlos para anunciar el Evangelio y trabajar en la salvación de las almas.

Haremos dicho retiro en un seminario o en un sitio solitario para que nos dediquemos sólo a Dios y al negocio de nuestra salvación, con ejercicios de piedad y de virtud y realizar así las palabras del apóstol: *Ocúpate de ti y de la enseñanza*¹. Pero de ti en primer lugar, considerando las obligaciones de nuestra condición, examinando nuestras faltas contra ellas, humillándote ante Dios, haciendo penitencia y tomando nuevos propósitos y nuevas fuerzas para el porvenir. Invocaremos para ello la luz y la gracia celestial.

¹ | Tm. 4, 16.

TERCERA PARTE
DISPOSICIONES
PARA DESEMPEÑAR SANTAMENTE
LAS FUNCIONES ECLESIASTICAS

CAPITULO I

EJERCICIO MATINAL DE PIEDAD

Al despertar, pronuncia con fervor el santo nombre de Jesús y de María; haz con devoción la señal de la cruz, diciendo: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo para adorar la santísima Trinidad y consagrarte a ella.

Renueva la profesión que hiciste en el bautismo y di de todo corazón: Renuncio a ti, Satanás, es decir, al pecado, al espíritu maligno, al mundo y al hombre viejo, y te sigo a ti, oh Cristo.

Si quieres renovar más despacio la profesión bautismal, puedes decir:

Por amor a ti, oh Jesús, renuncio de todo corazón al pecado, al espíritu maligno, al mundo y a mí mismo; a mis voluntades e inclinaciones y a cuanto es del hombre viejo. Me doy enteramente a ti para honrarte por lo que eres. Te doy y consagro mi corazón en honor de tu Corazón; mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos en honor de los tuyos; mi alma con sus facultades; mi vida exterior e interior, con sus funciones, en honor y unión de tu vida divina; mis pensamientos, palabras, acciones, trabajos y padecimientos para honrar y agradecer los tuyos.

Toma, oh Jesús, plena posesión de mí, para consagrarme y sacrificarme contigo, íntegramente y sin cesar, a la gloria de tu Padre.

Me entrego a ti, Madre de Jesús y te ruego que me entregues a tu Hijo.

Me entrego a vosotros, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús y os ruego que me entreguéis a mi Dios para siempre.

Al salir del lecho

Piensa en el amor infinito con que nuestro Señor salió del seno de su Padre para venir a este valle de miserias, de tinieblas y, para él, saturado de amarguras y angustias. El dejó la gloria y la felicidad infinitas que se debían a su humanidad sagrada desde el instante de su encarnación, para abrazar la cruz y el sufrimiento. Uniéndote a ese amor sal valientemente del lecho, mientras dices con todo amor: *Me levantaré y buscaré al amado de mi alma*¹.

Al vestirse.

Mientras te vistes dirás alguna oración vocal, como el Ven, Espíritu Creador, u otro himno, o algún salmo o repasarás en tu espíritu un texto de la sagrada Escritura. También puedes ocuparte en un buen pensamiento, por ejemplo que nuestro Señor se sometió a la necesidad de vestirse; que hay muchos pobres que, sin haber ofendido a Dios como nosotros, no tienen con qué cubrir su cuerpo. Levantarás, pues tu corazón a Dios y le dirás: "Reconozco, Salvador mío, que por mis pecados merezco que me arrojes desnudo en las llamas eternas; te bendigo de todo corazón por haberme dado con qué vestirme. Me entrego a ti para realizar esta acción con las disposiciones e intenciones que tenías cuando te vestías como nosotros. Despójame, amado Jesús, del hombre viejo y haz que realice estas divinas palabras: *Vestíos, como elegidos de Dios, consagrados y predilectos, de ternura entrañable, de bondad, de humildad, de sencillez, de tolerancia*².

Una vez levantado.

Ponte de rodillas y adora la santísima Trinidad; dale gracias por haberte conservado durante la noche y conságrate, con toda tu jornada, a su gloria. Con esa triple intención dirás por tres veces el Gloria Patri, o al menos una vez, con gran fervor.

¹ Cant. 3, 2.

² Col. 3, 12.

Adora a nuestro Señor Jesucristo como Hombre-Dios; dale gracias y conságrate a su gloria. Para ello dirás: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo. Tú que padeciste por nosotros, Señor Jesús, apiádate de nosotros.*

Y una vez: *Tú que naciste de la Virgen María...etc.* Luego saluda, bendice e invoca a la santísima Virgen recitando el *Ave, María.*

Saluda luego a tu ángel custodio: Te saludo y venero, santo ángel de mi guarda. Te agradezco de todo corazón tus favores. Me ofrezco a ti para que me ofrezcas a mi Dios. Ruégale que me preserve del pecado y me conceda la gracia de cumplir siempre su santa voluntad.

Luego dirás a los demás ángeles y santos: *Os saludo, Angeles y Santos todos: os pido que intercedáis por nuestra salvación y la de todos los hombres.*

CAPITULO II

DISPOSICIONES PARA LEER LA SAGRADA ESCRITURA

Enseguida leerás, de rodillas, con gran respeto y atención, un capítulo del Nuevo Testamento con las siguientes disposiciones:

1. Adora a nuestro Señor en su santa palabra: Te adoro, oh Jesús, como la palabra eterna del Padre y como fuente de todas las santas palabras contenidas en este libro. Te adoro en los designios que has tenido sobre toda la Iglesia y sobre mí en particular cuando las pronunciabas o inspirabas.
2. Agradece a nuestro Señor tan precioso tesoro y tan santa reliquia de sí mismo, y todas las luces y gracias que mediante su santa palabra ha comunicado a su Iglesia.
3. Humíllate porque eres inmensamente indigno de leer y aún de tocar y mirar los libros sagrados. Pide perdón a Dios por tu negligencia para leerlos, por el mal uso que de ellos has hecho, y

por tu poco respeto hacia ellos. Porque deben ser para nosotros como el Corazón de Dios, que encierra sus secretos y que es el principio de la vida de sus hijos, como lo explica san Agustín a propósito del salmo 21,15: *Mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas*¹.

4. Acuérdate del episodio que refiere el Evangelio cuando nuestro Señor tomó el libro de las santas Escrituras, lo abrió públicamente y leyó de él². Y con este recuerdo entrégate a él para asociarte a las santas disposiciones con que él leyó la Escritura santa. Unete también a las de tantos santos que con tanta devoción han leído los libros sagrados y que con esa lectura se han santificado.

5. Entrégate al Espíritu divino que inspiró las santas Escrituras y ruégale que las grave en nuestros corazones; que haga de nosotros un Evangelio, un libro viviente, escrito por dentro y por fuera, en el que se impriman la vida interior y exterior de Jesús que nos presentan las sagradas Letras.

Después de la lectura de la Sagrada Escritura.

1. Agradece a nuestro Señor las luces y dones que te comunicó mediante su palabra.

2. Entrégate a él y ruégale que grave profundamente en tu espíritu y en tu corazón la verdades que acabas de leer y te conceda la gracia de expresarlas con tu vida.

3. Trata de grabar en la memoria algunas de las palabras celestiales que has leído para repasarlas y rumiarlas durante el día y para apacentar tu alma con ese pan divino, verdadero alimento de los hijos de Dios.

¹ Enarr. II in Ps 21.

² Lc. 4, 16.

CAPITULO III

DISPOSICIONES PARA LA ORACION MENTAL

Después de la lectura de la santa Escritura harás al menos media hora de oración mental que es por lo menos tan necesaria para el alma del cristiano, y con mayor razón del sacerdote, y del pastor, como el pan material lo es para el cuerpo. Y por ello:

1. Después de contemplar con los ojos de la fe la Majestad infinita de Dios que está en todas partes y que todo lo llena, en el que estamos inmersos más que los peces en el agua; que está más dentro de nosotros que nosotros mismos, como dice san Agustín, adorémoslo de todo corazón; humillémonos profundamente ante él por ser indignos de comparecer en su presencia, de pensar en él y de que él nos tolere ante su acatamiento.

2. Declarémosle que deseamos realizar esta acción buscando sólo su gloria y su complacencia.

3. Renunciemos a nosotros mismos, a nuestro espíritu y amor propios, y entreguémonos a nuestro Señor Jesucristo para compartir las disposiciones de su continua oración ante su Padre; y para asociarnos a la oración que hacen incesantemente en el cielo y en la tierra tantas almas santas, especialmente la santa Virgen, nuestros ángeles de la Guarda y los santos a quienes tenemos especial devoción. Roguémosles que nos comuniquen su fervor.

4. Entreguemos nuestro espíritu y nuestro corazón a nuestro Señor y pidámosle que tome posesión de ellos y los guíe durante la oración según su beneplácito; que ponga en nuestro espíritu los pensamientos y en nuestro corazón los afectos de su agrado.

Para terminar la oración mental.

1. Agradezcamos a Dios las gracias recibidas en ella; pidámosle perdón por nuestras negligencias. Roguemos al Señor que supla nuestras deficiencias y sea él mismo nuestra incesante oración ante el Padre.

2. Hagamos un manojo de los principales pensamientos y afectos que Dios nos ha inspirado para recordarlos durante el día. Y, para despertar nuestra memoria, tomemos como jaculatoria alguna palabra de la santa Escritura u otra de acuerdo con el tema de la oración.

3. Apoyémonos únicamente en la misericordia de Dios y no en nuestros pensamientos y resoluciones. Coloquemos en manos de nuestro Señor lo que de él recibimos en la oración para que lo conserve, y nos conceda la gracia de llevarlo a la práctica. Pongámoslo también en manos de la santa Virgen.

4. Roguemos a la santa Virgen, a nuestros ángeles de la Guarda, a nuestros santos predilectos y a los demás ángeles y santos que continúen nuestra oración por nosotros y nos asocien a la que hacen continuamente delante de Dios.

5. Tratemos de prever nuestras faltas habituales y las ocasiones que se nos pueden presentar durante el día, para evitarlas, así como las virtudes especiales que debemos practicar. Pidamos a Dios su gracia para ello. Tengamos presentes también las obligaciones de nuestro cargo y condición, los males que debemos evitar y el bien que podemos hacer por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

CAPITULO IV

DISPOSICIONES PARA EL OFICIO DIVINO

1. Consideremos esta función como una de las más importantes del sacerdocio y como acción santa, angélica y divina que nos es común con los ángeles y santos, con la santa Virgen, con Jesucristo, nuestro Señor y con las tres divinas Personas que viven en ejercicio constante de mutua alabanza y glorificación. Por lo mismo nos proponemos hacerla con respeto, compostura exterior y devoción.

2. Humillémonos profundamente ante Dios porque somos indignos de realizar una acción tan santa y divina e incapaces de hacerlo debidamente. Hagamos un acto de contrición para purificarnos de todo pecado y así ofrecer a Dios alabanzas puras,

recordando aquellas palabras: *La alabanza queda mal en boca del malvado*¹.

3. Entreguémonos a nuestro Señor Jesucristo para unirnos a las alabanzas que ha tributado y tributará eternamente a su Padre en el cielo y en la tierra, por sí mismo y por los miembros de la Iglesia triunfante, militante y purgante. Compartamos las disposiciones de amor, de humildad, de devoción y santidad que acompañan sus alabanzas.

4. Roguemos a la santa Virgen, a nuestros ángeles custodios, a nuestros santos predilectos y a los demás ángeles y santos que nos acompañen en esta acción y nos hagan partícipes de su devoción.

Para terminar el oficio divino.

1. Agradecemos a Dios las gracias recibidas en esta acción.
2. Pidámosle perdón por las faltas en ella cometidas.
3. Roguemos a nuestro Señor que las repare, y para ello digámosle la siguiente oración:

Jesús clementísimo: te doy gracias de todo corazón. Apiádate de este pecador. Ofrezco esta acción a tu divino Corazón para que la purifiques y la perfecciones, para que redunde en alabanza y gloria de tu santísimo Nombre y el de tu santa Madre, en salvación de mi alma y de toda tu Iglesia. Amén.

CAPITULO V

DISPOSICIONES Y PREPARACION PARA EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

1. Antes de la Misa, destinemos siempre unos momentos para considerar, ante Dios, la grandeza e importancia infinita de la acción que vamos a realizar, que es la más santa y divina que se ha realizado y se realizará en el cielo y en la tierra. Este

¹ Eclo. 15, 9.

pensamiento debe estimularnos a una digna preparación interior y exterior.

2. Humillémonos, a la vista de nuestra infinita indignidad e incapacidad para ejecutar debidamente esta acción.

3. Agradecemos a Dios el favor inmenso que nos hace al permitirnos ofrecerle este sacrificio.

4. Reafirmémosle que con él sólo buscamos su gloria.

5. Purifiquémonos mediante el espíritu de penitencia o, si es necesario, por el sacramento.

6. Entreguémonos al Padre eterno, al Hijo y al Espíritu Santo, rogándoles que destruyan en nosotros cuanto les desagrada y nos concedan las virtudes necesarias para ofrecerles este sacrificio. Démonos a nuestro Señor Jesucristo para compartir las disposiciones que acompañaron su sacrificio en la cruz y acompañan su sacrificio diario en nuestros altares. Ofrezcámonos también a la santa Virgen, a los santos sacerdotes, a los demás santos y a los ángeles y roguémosles que nos comuniquen las disposiciones santas con que ellos ofrecen perpetuamente en el cielo a Jesucristo y a su Padre eterno.

7. Ofrezcamos este sacrificio por las cinco intenciones siguientes:

7.1. En honor de lo que es Dios en su esencia divina, sus perfecciones, sus tres divinas personas; en la humanidad de Jesús y en sus misterios; en la santa Virgen; en su Iglesia triunfante, militante y purgante; en el mundo visible y aún en lo que es y realiza en el infierno. Porque en todo y por doquiera es infinitamente digno de honor.

7.2. En acción de gracias a Dios por los favores concedidos a su Hijo Jesús, a su santa Madre, a su cuerpo que es la Iglesia y a todas las criaturas, a nosotros y a nuestros amigos.

7.3. Para reparar las ofensas que le han causado los pecados pasados, presentes y futuros, especialmente los nuestros y los de nuestros allegados.

7.4. Para alcanzar de Dios las gracias espirituales y corporales que requieren sus criaturas, especialmente su Iglesia, sus pastores y sacerdotes, nosotros y las personas por quienes estamos obligados a orar.

7.5. Para que se cumplan los designios que Dios tiene sobre nosotros, su Iglesia y el mundo entero.

Después de la santa misa.

1. Postrémonos ante nuestro Señor que está dentro de nosotros para adorarlo, alabarlo, darle gracias, amarlo y pedirle perdón por nuestras ingratitudes y ofensas.

2. Pensemos que, mientras él está dentro de nosotros, realiza lo mismo que hace a la diestra de Dios en el cielo y a cada momento sobre nuestros altares. Es decir, que en nosotros adora, alaba, agradece y ama a su Padre y se sacrifica a sí mismo por su gloria. Unámonos, pues, a sus adoraciones, a su amor, a sus alabanzas y a su sacrificio. Adoremos, amemos y alabemos la santísima Trinidad e inmolémonos a ella junto con Jesús, nuestra Cabeza. Supliquémosle que nos asocie a su sacrificio y que él mismo nos inmole junto con él.

3. En honor y unión del amor infinito con que Jesús se da enteramente a nosotros, entreguémonos del todo a él y supliquémosle que, con su infinito poder y bondad, tome plena posesión de nosotros, destruya lo que a él se opone, viva y reine perfectamente en nosotros y establezca allí el reino de la gloria y del amor de su Padre.

CAPITULO VI

DISPOSICIONES PARA RECIBIR EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

1. Adoremos a Jesús en su estado y espíritu de penitencia; porque al tomar sobre sí nuestros pecados y al obligarse a satisfacer por ellos a la justicia divina, también por ellos hizo la más rigurosa penitencia.

2. Entreguémonos a él para revestir las disposiciones de su penitencia. Roguémosle nos comunique su luz divina con la que ve todas nuestras culpas, para que nosotros las conozcamos; como también la humillación y contrición que por ellas sintió; el odio infinito que tiene al pecado y el amor inmenso que tiene a su Padre. Ese amor le hizo tomar el partido del Padre contra sí mismo, sintiéndose cargado con nuestros pecados y vengador en sí mismo de las ofensas infligidas a su Padre por nuestros crímenes.

3. Examinémonos, juzguémonos y condenémonos con rigor, sin adularnos ni perdonarnos, para que Dios nos juzgue con justicia y misericordia.

4. Pidamos con insistencia a Dios por las llagas, la sangre y la muerte de su Hijo Jesús, y roguemos a la santa Virgen, a los ángeles y santos que pidan también con nosotros, un verdadero espíritu de penitencia y la gracia de alejarnos enteramente del pecado, de Satanás, del mundo y de nosotros mismos y de convertimos a él.

5. Tratemos de hacer actos de contrición y propósitos firmes de renunciar al pecado, a sus ocasiones y a los apegos y de seguir a Jesucristo como lo prometimos en el bautismo.

6. Presentémonos al tribunal de la penitencia como ante el soberano juez. Miremos y honremos al sacerdote como al representante de Jesucristo, juez de los hombres y de los ángeles. Acusémonos ante él, conscientes de que nos dirigimos al que ve el fondo de nuestros corazones y como si nos halláramos próximos a morir y fuera ésta nuestra última confesión. Finalmente, recibamos como de parte de Dios, con docilidad, sumisión y humildad, las correcciones y consejos y la penitencia que nos impongan, deseando cumplirla con exactitud. Unámonos a la humildad, sumisión y amor con que Jesucristo recibió y cumplió la rigurosa penitencia que le impuso su Padre, de ser flagelado, desgarrado, coronado de espinas y de morir en la cruz.

Después de la confesión.

1. Agradecemos a Dios que nos haya perdonado nuestros pecados, pues el menor de ellos es un mal más grande que todos los males de este mundo.

Por eso conviene recitar, después de la confesión, al menos una vez, el Gloria Patri...para dar gracias a la santísima Trinidad, una vez el *Jesús, a ti la gloria*, para dar gracias a nuestro Señor Jesucristo y un Ave María para dar gracias a la santa Virgen por cuyas manos pasan todas las gracias.

2. Cumplamos la penitencia uniéndonos a las disposiciones con que nuestro Señor cumplió la que le impuso su Padre y ofrezcámosla a Dios junto con la penitencia que hizo Cristo por nuestros pecados y junto con las penitencias de todos los santos penitentes.

3. Entreguémonos a nuestro Señor con el propósito de cumplir las resoluciones tomadas, pero sin apoyarnos en ellas. Coloquemos toda nuestra confianza en su divina misericordia y roguémosle que nos conceda la gracia de serle más fieles en el porvenir.

4. Encomendémonos con este fin a la santa Virgen, a los ángeles y a los santos.

CAPITULO VII

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

1. Leamos cada día en algún libro de piedad para recibir instrucción y edificación, conforme a la enseñanza de san Pablo: Preocúpate de la lectura. Por ejemplo LA IMITACION DE CRISTO, los libros de Fray Luis de Granada, LA INSTRUCCION DE LOS SACERDOTES, de Molina y sobre todo las vidas de los santos, en especial de los santos obispos y presbíteros.

2. Al comenzar la lectura elevemos el espíritu a Dios declarándole que queremos hacerla por amor a él y rogándole que nos dé luz y gracia para hacerla debidamente.

3. Mientras vayamos leyendo, levantemos también de cuando en cuando nuestro espíritu a Dios para producir actos de fe, de esperanza, de confianza, de humildad, de odio al pecado, de entrega de nosotros mismos a Dios, de propósito de evitar este o aquel defecto o de practicar esta o aquella virtud; e imploremos su gracia para cumplirlo.

4. Cuando leamos la vida de algún santo:

4.1. Bendigamos a Dios por la gloria que se ha tributado a sí mismo en ese santo; por las gracias que le concedió y a la Iglesia por medio de él.

4.2. Alegrémonos con el santo por las gracias que recibió de Dios en la tierra y por la gloria de que disfruta en el cielo. Bendigámoslo por los servicios y homenajes que ha tributado y tributará a Dios eternamente.

4.3. Humillémonos al vernos tan distantes de la vida de los santos que fueron hombres frágiles como nosotros.

4.4. Deseemos fervientemente imitar sus virtudes y roguémosles que nos alcancen esa gracia y nos asocien al amor y a la gloria que tributan a Dios en el cielo.

5. Al terminar la lectura agradezcamos a Dios las luces y buenos sentimientos que nos ha dado, rogándole que los grabe profundamente en nuestro espíritu y en nuestro corazón y nos conceda la gracia de producir los frutos que espera de nosotros.

CAPITULO VIII

COMO ESTUDIAR CRISTIANAMENTE

1. Adoremos a Dios, principio y fin de toda luz y de toda ciencia. A él debemos pedirla mediante la oración y a él debemos devolverla buscando en ella sólo su gloria. Porque *Dios de sabiduría es el Señor, es él quien juzga las acciones*¹.

¹ 1 Sam. 2, 3.

2. Renunciemos a toda curiosidad, estudiando sólo lo que requiere nuestra profesión, y a toda vanidad, interés particular y satisfacción propia. Digámosle a Dios que deseamos estudiar, no para que nos tengan por sabios sino para edificar a nuestro prójimo y para glorificarlo a él enseñando a los demás. Tengamos en cuenta las palabras de san Bernardo: *Hay quienes estudian para conocer y es curiosidad; otros estudian para que los conozcan y es vanidad; otros estudian para edificar y es caridad*¹.

3. Humillémonos al pensar que, por nosotros mismos, somos tinieblas, que *nada podemos atribuirnos como propio, porque nuestra capacidad nos viene de Dios*²; porque no merecemos que Dios nos dé conocimiento alguno, pues hemos abusado de cuantos nos ha dado; y porque desde que por nuestros pecados dimos la espalda al Padre de las luces, para afiliarnos al príncipe de las tinieblas, perdimos el derecho a toda luz y nuestra heredad son las tinieblas eternas.

4. Adoremos a nuestro Señor Jesucristo sabiduría eterna, enviado por Dios para ser nuestro Maestro y doctor. *Te he puesto como maestro de las naciones*³ y para ser nuestra luz: *Yo soy la luz del mundo*⁴, y nuestra sabiduría: *Por nosotros Dios lo hizo sabiduría*⁵.

Sometámonos a su enseñanza, conforme a aquellas palabras: *Todos serán discípulos de Dios*⁶; *Dichoso el hombre al que enseñas tu ley*⁷, para participar de su luz divina, para que su Santo Espíritu nos guíe en nuestro estudio y para hacer nuestras las disposiciones con que él hizo uso de la ciencia que recibió de su Padre. Finalmente, roguémosle que sea él quien dirija y santifique nuestro estudio y nos comunique las disposiciones de su apóstol que decía: *Decidí ignorarlo todo excepto a Jesús, el Mesías y éste crucificado*⁸.

¹ Sermo 36 Sup. Cant.

² 2 Cor. 3, 5.

³ Is. 55, 4.

⁴ Jn. 8, 12.

⁵ 1 Cor. 1, 30.

⁶ Jn. 6, 45.

⁷ Sal. 94 (93), 12.

⁸ 1 Cor. 2, 2.

5. Roguemos sin cesar a Dios que nos preserve de tres grandes peligros que encierra la ciencia:

El primero es la vanidad y la arrogancia: *el conocimiento engríe*¹. Contra ellas pidamos a Dios la humildad, el modesto sentir de nosotros mismos y la convicción de que es la caridad y no la ciencia, lo que nos hace gratos a los ojos de Dios. Porque la ciencia, sin la piedad, nos hunde más en el infierno, mientras la piedad, sin la ciencia, nos lleva al cielo. El deseo de saber fue una de las causas principales del pecado del hombre y de las desgracias que de él se derivaron. La ciencia adquirida por el estudio no es motivo de estudio sino de confusión: porque si el hombre no hubiera pecado, rebelándose contra Dios, no hubiera requerido de estudio para ser sabio: el estudio es castigo de su falta y una parte de la penitencia impuesta de ganar el pan con el sudor de su frente. Por eso debemos estudiar en cumplimiento de esa penitencia, en espíritu de humildad, porque la ciencia adquirida por el estudio es la señal de nuestro delito. El más sabio de los hombres reconoció que aún la contemplación de las obras de Dios, desde el hisopo hasta el cedro del Líbano, desde la tierra hasta el cielo, es sólo vanidad, trabajo y perseguir el viento. Las ciencias y las artes inventadas por los hombres perecerán con ellos: *La ciencia desaparecerá*².

El segundo resultado habitual de la ciencia es que mata y extingue la piedad: *la letra mata*³ y nos vuelve secos, fríos y lánguidos en nuestra devoción, en el amor de Dios y en la caridad con el prójimo. Para alejar este peligro no debemos apegarnos al estudio, ni gloriarnos de la ciencia sino en cuanto nos lleva a Dios y nos enciende en el amor a El y a nuestros hermanos. Por eso cuando leemos o estudiamos debemos desprender a menudo los ojos y el espíritu de la lectura para levantarlos a Dios y sacar pensamientos y afectos piadosos de los temas de nuestro estudio.

El tercer efecto de la ciencia es que a menudo crea el apego a los criterios propios, a las propias opiniones, y el desdén por las ajenas. De ahí nacen las discusiones y riñas, contra el mandamiento del Espíritu Santo: *no discutáis sobre palabras*:

¹ 1 Cor. 8, 1.

² 1 Cor. 13, 8.

³ 2 Cor. 6, 3.

*no sirve para nada y es catastrófico para los oyentes*¹. *Si hay un estímulo en Cristo... hacedme feliz del todo y andad de acuerdo en vez de obrar por egoísmo o presunción*². Las discusiones alteran y merman a menudo la caridad o la hacen morir por completo. Contra esta desgracia recordemos que la menor chispa de caridad vale más que todas las ciencias de los hombres y de los ángeles; *aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia... si no tengo caridad nada soy*³. Por eso hay que preferir el más pequeño grado de caridad a todas las ciencias del cielo y de la tierra y renunciar alegremente a nuestros pensamientos y opiniones antes que alterar en lo más mínimo el mundo de la caridad. Porque la primera obligación de un cristiano es renunciarse a sí mismo; y su gloria no consiste en vencer a los demás sino en vencerse a sí mismo y en amoldarse al criterio de los demás con humildad y caritativa condescendencia.

Oración para antes del estudio

*Envía, Señor, la sabiduría desde el cielo sagrado, mándala desde tu trono glorioso, para que esté a mi lado y trabaje conmigo, enseñándome lo que te agrada. ¿Quién conocerá tu designio si tú no le das la sabiduría enviando tu santo Espíritu desde el cielo?*⁴. *Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes y lo seguiré puntualmente*⁵. *Dame la sabiduría que se sienta junto a tu trono y no me excluyas del número de tus hijos. Porque siervo tuyo soy, hombre débil, incapaz de entender lo que es justo*⁶.

Renuncio a mí mismo y me entrego a la divina Sabiduría. Me doy a ti, Madre de la Sabiduría eterna, rogándote que me des a ella. santo ángel de mi Guarda, ángeles y santos de Jesús, me doy también a vosotros para que me entreguéis a la divina

¹ 2 Tm. 2, 14.

² Fp. 2, 2-3.

³ 1 Cor. 13, 2.

⁴ Sab. 9, 10.17.

⁵ Sal. 119 (118), 34.

⁶ Sab. 9, 4-5.

Sabiduría. Que nos bendiga la Virgen María con su Hijo misericordioso. Amén.

CAPITULO IX

COMO PREPARARNOS A PREDICAR O A DAR CATECISMO.

1. Adoremos a Dios en el misterio, el santo, la virtud o el tema de nuestra predicación o catecismo. Por ejemplo cuando prediquemos sobre algún misterio de nuestro Señor o de su santa Madre, o sobre un santo, o sobre el paraíso, el infierno, o el juicio, adoremos en ellos a Dios. Si predicamos sobre una virtud, adoraremos a nuestro Señor en ella, y en el odio que tiene contra el vicio que reprobamos en la predicación.

2. Humillémonos ante Dios, conscientes de nuestra nada, de nuestras tinieblas, de nuestra indignidad e incapacidad para el bien, y pidámosle perdón por las faltas cometidas en nuestras predicaciones y catecismos.

3. Renunciemos a toda vanidad, amor propio e interés personal y reafirmémosle que en esta acción sólo buscamos su gloria y la salvación de las almas.

4. Adoremos a nuestro Señor Jesucristo como luz del mundo y supremo predicador; entreguémosle nuestro espíritu y nuestro corazón y roguémosle que infunda en nosotros lo que él desea que prediquemos y en la manera de su agrado.

5. Roguemos a la santa Virgen, a nuestro ángel de la Guarda, a los ángeles de los lugares y de las personas a quienes predicamos, a los santos protectores de dichos lugares, a los que tienen relación con el misterio que exponemos o que sobresalieron en la virtud que vamos a tratar, y a todos los santos predicadores, que nos alcancen de Dios luces y gracias para preparar esa predicación o catecismo.

6. No preparemos cosas curiosas, elevadas o rebuscadas, ni *argumentos hábiles y persuasivos, para que no pierda su eficacia*

la cruz de Cristo¹, sino las que son necesarias, útiles y capaces de conmover. Las debemos tomar de la sagrada Escritura para no predicar las ideas y hallazgos de nuestra mente sino la genuina palabra de Dios.

7. Después de preparar y estudiar el tema de nuestra predicación o catecismo demos gracias a Dios y depositémoslo en el santísimo Corazón de nuestro Señor y en el de la santa Virgen.

8. Tratemos de imitar, sobre todo, al primero de todos los predicadores, de quien se dice que era *poderoso en obras y palabras*², que *hizo y enseñó*³ y atendamos a la recomendación de san Pablo: *Esfuérzate por que Dios te reconozca como obrero irreprochable que predica la verdad sin desviaciones*⁴. Para ello seamos fieles a estas palabras del mismo apóstol: *Hablamos de parte de Dios bajo su mirada, movidos por Cristo*⁵, es decir que debemos sacar de nuestro diálogo con él lo que vamos a decir, que no tengamos otro propósito y finalidad fuera de Dios y que prediquemos con el espíritu y las disposiciones de Jesucristo, nuestro Señor.

Conviene también que, antes de empezar nuestro estudio para preparar la predicación, digamos la oración señalada anteriormente para el estudio: Envía, Señor, la sabiduría, etc.

CAPITULO X

DISPOSICIONES PARA PREDICAR Y CATEQUIZAR.

1. Adoremos al predicador Jesucristo con las disposiciones e intenciones que le acompañaban. Entreguémonos a él para compartirlas. Roguémosle que nos las comunique. Decláremosle que renunciamos a toda vanidad y amor propio y que queremos predicar en su espíritu.

¹ 1 Cor. 2, 4; 1, 17.

² Lc., 24, 19.

³ Hech. 1, 1.

⁴ 2 Tm. 2, 15.

⁵ 2 Cor. 2, 17.

2. Humillémonos ante él, reconociendo nuestra indignidad e incapacidad, así en el campo de la naturaleza y en el de la gracia. Démonos a él para que nos anonade él mismo y se establezca en nosotros, de manera que sea él quien predique y hable por medio de nosotros porque sólo él es digno de anunciar la palabra de su Padre.

3. Entreguémonos también al Padre eterno rogándole que nos aniquile y establezca en nosotros a su Hijo Jesús.

4. Démonos también al Espíritu Santo para que destruya en nosotros nuestro propio espíritu, nos llene de él mismo, tome posesión de nosotros, nos guíe y abra y disponga los corazones de nuestros oyentes.

5. Ofrezcámonos a la santa Virgen, a nuestro ángel de la Guarda, a los ángeles, a los santos patronos y protectores de nuestros oyentes, para que nos alcancen esas gracias de Dios y rueguen a nuestro Señor para que sea él mismo el predicador y disponga y abra los corazones a su divina palabra.

Después de la predicación o el catecismo.

1. Agradecemos a nuestro Señor la gloria que tributó a su Padre y los frutos de luz y de gracia que obró en las almas con sus predicaciones, tanto personales como las que hizo mediante sus santos profetas y predicadores, especialmente las gracias que nos ha concedido en nuestras predicaciones o catecismos.

2. Pidámosle perdón por las faltas que hemos cometido en nuestra predicación y roguémosle que supla nuestras deficiencias y haga eficaz su palabra en las almas.

3. Roguemos a la santa Virgen, a los ángeles y santos que reparen nuestras faltas y oren a Dios para que su palabra produzca el fruto que él desea.

4. No comentaremos nuestra predicación ni la recordaremos después de hecha, para que el amor propio y la vanidad no hagan nuestro trabajo vano, inútil y aún nocivo a nuestra alma; no sea que después de haber predicado e instruido a los demás *resultemos*

nosotros descalificados¹ y merezcamos aquel reproche: Tú que instruyes a los otros a ti mismo no te instruyes².

CAPITULO XI

DISPOSICIONES DEL SACERDOTE FRENTE A LOS SACRAMENTOS

1. Tengamos en alta estima y respeto todos los sacramentos, como medios y creaciones admirables del poder, de la sabiduría y bondad infinita del Padre eterno. El se sirve de ellos para formar, dar nacimiento y hacer vivir a su Hijo en los cristianos; para hacerlo crecer en ellos; para nutrirlo y perfeccionarlo; para resucitarlo cuando ha muerto en ellos por el pecado; para santificarlo en ellos, como dice el príncipe de los apóstoles: *Santificad a Cristo, el Señor, en vuestros corazones³*; para multiplicar sus vasallos y extender su reino; y, finalmente, para darle su último cumplimiento y su perfecta consumación en cada fiel.

Mirémoslos también como fontanares del Salvador; en ellos los deseos de salvación vienen a buscar las aguas de la gracia.

Son instrumentos del Espíritu Santo para aplicar a los hombres el fruto de la vida y de la muerte de Jesucristo y así completar lo que falta a su pasión: porque aún queda por aplicarla a cada uno de los redimidos.

Son los tesoros de la casa de Dios y de sus hijos, ocultos a los sabios y entendidos pero manifiestos para los pequeños y los humildes.

Son, finalmente, vasos sagrados en los que la Iglesia conserva la sangre preciosa, el divino Espíritu y la gracia santa de su Esposo, para alimentar, santificar y adornar con ellos a sus hijos.

¹ 1 Cor. 9, 27.

² Rm. 2, 21.

³ 1 Pe. 3, 15.

2. Esmerémonos por afianzar en el espíritu y en el corazón de los cristianos estos mismos sentimientos de aprecio y reverencia por tan maravillosas realidades. Y para ello:

3. Tratémoslos con singular veneración. Tengamos limpios y decentes los objetos que se utilizan para ellos y administremos cada sacramento con respeto, decoro, modestia y piedad.

4. Seamos particularmente solícitos en hacer comprender al pueblo que todo sacramento es grande y admirable. Grande por su primer origen que es la misericordia de Dios; grande por su segunda fuente que es la pasión y la muerte de nuestro Señor Jesucristo; grande por sus significados profundos y misteriosos; grande por sus efectos que son el complemento de la pasión del Salvador, la santificación de la Iglesia, la destrucción de la tiranía del pecado y del demonio y el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Y que por ser los sacramentos tan grandes y santos deben honrarse sobremanera.

Debemos recibirlos siempre con gran pureza de espíritu y santas disposiciones y sacar de ellos abundantes frutos para procurar la gloria de Dios y nuestro progreso en su amor. Debemos evitar y desalojar cuanto pueda profanarlos, como es el comportamiento disoluto e insolente, la vanidad, el lujo y la mundanidad, los dichos y canciones lascivos, los juegos y bailes y demás excesos y desórdenes que preceden, acompañan y siguen, de ordinario, la celebración del sacramento del matrimonio. Porque parece como si la mayoría de quienes reciben este sacramento desaprobaban su profesión bautismal de renunciar a las pompas de Satán y vivieran más como bestias que como cristianos, lo cual trae sobre ellos y sus hijos grandes maldiciones.

Por eso los pastores y sacerdotes deben esmerarse en ilustrar a los cristianos sobre la importancia de estas cosas e impedir las profanaciones de un *sacramento tan grande en Cristo y en la Iglesia*¹.

5. Además de darles estas instrucciones generales, enseñaremos a los fieles en qué consiste cada sacramento: quién lo instituyó, cuáles son sus efectos; a qué nos obliga y con qué disposiciones

¹ Ef. 5, 32.

debemos recibirlo. Los instruiremos especialmente sobre el sacramento del bautismo y sobre las solemnes promesas que en él le hicimos a Dios. Porque hoy día su conocimiento y aprecio han desaparecido casi por completo en la mayoría de los cristianos, con enorme daño de la religión cristiana y peligro de su salvación.

CAPITULO XII

DISPOSICIONES GENERALES PARA CELEBRAR LOS SACRAMENTOS

1. Adoremos a nuestro Señor Jesucristo como el autor e institutor del sacramento que vamos a celebrar.
2. Agradezcámosle la gloria que ha tributado a su Padre y las gracias que ha hecho a su Iglesia mediante este sacramento.
3. Pidámosle perdón por las ofensas que ha recibido en las faltas cometidas contra ese sacramento.
4. Humillémonos ante Dios y reconozcamos que por ser nosotros una nada llena de pecado somos infinitamente indignos de ser los dispensadores de sus misterios y de sus gracias.
5. Purifiquémonos de todo pecado mediante el espíritu de penitencia o, si es necesario, mediante el sacramento, para tratar santamente las cosas santas.
6. Entreguémonos a nuestro Señor Jesucristo para compartir las disposiciones e intenciones que lo acompañaron cuando instituyó el sacramento que vamos a administrar y con las que quiere que nosotros lo administremos; como también para unirnos a la devoción y santidad con que lo han administrado tantos grandes santos.
7. Ofrezcamos a nuestro Señor, a su santa Madre, a los ángeles custodios y a los santos patronos del lugar, las personas a quienes vamos a administrar los sacramentos. Roguémosles que los preparen a recibirlos dignamente y que conserven en ellos la

gracia que recibirán en ellos, de manera que pierdan antes la vida que tan valioso tesoro.

8. Después de administrar un sacramento agradezcamos a Dios el favor que nos ha hecho y la gracia que comunicó a quienes lo recibieron, rogándole les conceda hacer de ella el buen uso que él desea.

CAPITULO XIII

DISPOSICIONES PARA CELEBRAR EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

1. Consideremos la grandeza e importancia de la acción que vamos a realizar. En ella ocupamos el puesto de Jesucristo, representamos su persona, estamos revestidos de su autoridad y poder, continuamos su función de salvador y ejercemos su condición de juez.

Porque mientras estamos en el tribunal de la penitencia el Espíritu Santo nos está exhortando: *Mirad lo que hacéis: porque no juzgáis en nombre de los hombres sino en nombre del Señor*¹. Además, por esta acción, borramos el pecado, derramamos en las almas la gracia y el Espíritu de Dios, les aplicamos la sangre preciosa de Jesucristo, al que formamos y hacemos vivir dentro de ellas. Por eso debemos realizar función tan santa y tan grande con sumo cuidado y aplicación.

2. Adoremos los designios que Dios tiene en este sacramento y agradezcámosle las misericordias realizadas en él.

3. Humillémonos a la vista de nuestra indignidad e incapacidad para ejercer una función tan santa e importante.

4. Purifiquemos nuestra alma y nuestro corazón, renunciando a cualquier intención que no sea buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

¹ 2 Cron. 19, 6.

5. Adoremos a nuestro Señor en su condición de juez y de salvador. Démonos a él para comulgar con las disposiciones que acompañan su ejercicio y pidámosle las luces y gracias necesarias para ejercer esas dos cualidades junto con él según su voluntad.

6. Invoquemos para nosotros y para las almas que Dios nos envíe la ayuda de la santa Virgen, de nuestros ángeles custodios y de los santos patronos de la Iglesia dentro de la cual nos encontramos

(...)

CAPITULO XV

QUE DEBE HACER EL CONFESOR AL SALIR DEL CONFESONARIO.

1. Agradezcamos a Dios, en nuestro nombre y en el de las personas cuyas confesiones hemos oído, las gracias que ellos y nosotros hemos recibido de su bondad.

2. Pidamos perdón a Dios para nuestros penitentes y para nosotros y roguemos a nuestro Señor Jesucristo que sea la reparación y satisfacción por nuestros pecados.

3. Ofrezcamos y entreguemos al Salvador las almas que él nos ha enviado y supliquémosle que convierta a las que aún se hallan en pecado, que conserve a las que están en gracia y que antes les envíe la muerte que permitir su perdición.

4. Ofrezcámoslas también y encomendémoslas a la santa Virgen, a san José, a san Gabriel, a todos los ángeles y santos especialmente a sus ángeles custodios y a sus santos patronos.

5. No nos contentemos con rogar a Dios por ellas en ese momento: tengamos solicitud especial por ellas ante Dios en nuestras oraciones por todo el resto de nuestra vida y un amor paternal y cordial que nos lleve a encomendarlas a menudo a la bondad divina, especialmente en el santo sacrificio del altar.

(...)

CAPITULO XVII

VISITA A LOS ENFERMOS

1. Ofrezcamos esta acción a nuestro Señor para honrar y compartir la caridad perfecta que tiene a sus criaturas y a todos sus hijos. Asociémonos al inmenso amor con que él llevó en su Corazón nuestras debilidades, *enfermedades y dolencias*¹ y a las disposiciones con que visitaba a los enfermos. Unámonos también a las disposiciones de tantos santos cuando realizaban esta acción.

2. Saludemos al enfermo con gran caridad, como a un miembro de Jesucristo y un hermano nuestro y mostrémosle gran compasión, hablándole con dulzura, cordialidad y discreción.

3. Démosle a entender que son dos las causas principales de nuestras aflicciones:

La primera es la providencia y voluntad de Dios que dispone siempre todas las cosas para nuestro mayor bien si las aceptamos y llevamos como es debido, con la ayuda de su gracia.

La segunda causa es el pecado. Por consiguiente debemos hacer tres cosas:

- 3.1. Humillarnos a causa de nuestras culpas que nos han hecho merecedores del infierno y de las tribulaciones de este mundo.
- 3.2. Someternos y abandonarnos confiadamente a la divina voluntad.
- 3.3. Sufrir con paciencia, por amor a nuestro Señor, que tanto padeció por nosotros, y ofrecerle nuestros sufrimientos para honrar los suyos y unirnos a ellos.

4. Después de proponer al enfermo estas reflexiones u otras semejantes trataremos de que las ponga en acción, diciéndole:

¹ Mt. 8, 17.

Animo, queridísimo hermano (queridísima hermana). Te invito a que te humilles ante Dios. Reconoce que eres pecador (pecadora). Y aunque hubieras cometido un solo pecado, Dios podría enviarte, con justicia, todas las aflicciones del mundo.

Adora la divina voluntad que te ha enviado esta enfermedad y abandónate de corazón a su disposición amabilísima. Bendícela, ámala, y agradécele el don que te hace con esta aflicción.

Acepta sufrir, por amor de nuestro Señor Jesucristo, que tanto sufrió por ti; ofrécele tus pequeños sufrimientos en honor y unión de los suyos tan inmensos y suplícale que él mismo los una y que haga de ellos el uso que tú deberías hacer.

Ofrécete, con tus dolores, a la santa Virgen y suplícale que te ofrezca a su Hijo, que repare tus faltas y que haga por ti lo que tú deberías hacer en tu enfermedad. Con este fin entrégale tu corazón y tu voluntad. Ofrécele también, con esta intención, a tu Ángel de la Guarda y a todos los ángeles y santos.

5. Dispondremos al enfermo a recibir el sacramento de penitencia y, si es preciso, le recordaremos brevemente las condiciones que él requiere. Averiguaremos si en las anteriores confesiones acusó claramente sus pecados, si conserva enemistades, si ha causado daño a otros, para que se reconcilie y lo repare, a ser posible, antes de la absolución; si vive en ocasión próxima de pecado o se halla en inveterada costumbre de pecado grave, para ayudarlo a renunciar a ella y a tomar la firme resolución de romper con ella empleando los medios necesarios.

6. Lo prepararemos también a la santa comunión y, después de ella, le ayudaremos a tributar a nuestro Señor los homenajes de adoración, de alabanza, de acción de gracias, de amor, de penitencia, de abandono y sacrificio de sí mismo, de su vida, voluntades e inclinaciones y de todas las cosas del mundo.

7. Le enseñaremos, si es necesario, o lo exhortaremos a levantar a menudo su espíritu y su corazón, al Padre eterno, o al Hijo de Dios o al Espíritu Santo, o a la santa Virgen, a los ángeles y santos, de diferentes maneras y con actos diversos de fe, de esperanza, amor, paciencia, humildad, sumisión, alabanza, bendición, contrición, etc.

8. Le recomendaremos que haga frecuentes jaculatorias, por ejemplo:

Dios mío, me entrego totalmente a ti.

Señor mío, que se haga tu santa voluntad.

Padre mío, no se haga lo que yo quiero sino lo que quieres tú.

Reconozco, Dios mío, que por mis pecados he merecido mayores castigos: "Quema, Señor, corta, acá, con tal que me perdones para siempre".

Oh Jesús, asóciame a tu sacrificio a la gloria de tu Padre.

Quiero, oh Jesús, sufrir, por tu amor, cuanto te plazca. "Me doy a ti, oh Jesús, para unirme a las disposiciones que acompañaban tus padecimientos.

Oh Jesús, que tú seas Jesús para mí.

Sé tú, Jesús, mi fuerza y mi paciencia.

Salvador mío, te entrego mi voluntad, para que hagas por mí lo que yo debería hacer.

Te ofrezco, amado Jesús, mis pequeñas penas: únelas a tus inmensos padecimientos, bendícelas y santifícalas y ofrécelas, junto con las tuyas, al Padre eterno. Haz de ellas el mismo uso que hiciste de las tuyas.

Madre de Jesús, muestra que eres mi buena madre, aunque yo sea indigno de ser tu hijo, une mis dolores a los tuyos, y ofrécelos con los tuyos a tu Hijo. Repara mis deficiencias y haz de mis sufrimientos el uso que yo debería hacer.

Santo angel de mi guarda, san José, santos y santas de Jesús, interceded por mí, amad y alabad a Dios por mí, reparad mis faltas y haced ante Dios lo que yo debería hacer.

9. Si la enfermedad está acompañada de agudos dolores, propondremos al paciente diversos momentos de la pasión de nuestro Señor para que los honre en tiempos distintos, de la siguiente manera:

Animo, querido hermano: consagremos este día, esta noche, esta tarde, o esta hora a honrar la agonía de nuestro Señor en el huerto de los Olivos, que es el primer misterio de la pasión: Meditemos con fe en lo que Jesús sufrió en ese lugar para animarnos a sufrir con él. El día, la noche o la hora siguientes los consagraremos a honrar lo que sufrió cuando recibió el beso de Judas mientras éste lo entregaba a sus enemigos; luego, en honor de lo que padeció cuando, atado como un criminal, fue llevado a casa de Anás, de Caifás, de Pilatos, de Herodes y a los demás lugares de su dolorosa pasión. Y así, de hora en hora o de día en día, lo

seguiremos de un sitio a otro, de un misterio a otro, de un padecimiento a otro, uniendo nuestros dolores a los suyos, olvidando los nuestros para pensar en los suyos y bendiciéndolo por el favor que nos hace de poder honrarlo en su santa pasión de la mejor manera que es imitándolo y configurándonos con él.

10. Propondremos al enfermo y haremos que realice estos actos, no de una vez sino poco a poco, sin cansarlo ni fastidiarlo, con gran discreción, en voz baja y llena de dulzura.

11. Alternaremos estas exhortaciones con plegarias, arrodillándonos de vez en cuando nosotros y los presentes para orar en voz alta por el enfermo. Podemos recitar, por ejemplo, las letanías de Jesús, o de la santa infancia, o del santísimo Sacramento, o de la pasión, o las de nuestra Señora, o de san José, o de los santos ángeles o de todos los santos. O bien recitaremos el Madre del Redentor, Virgen fecunda o el Salve, Reina de los cielos, u otra plegaria.

12. Lo exhortaremos a que sea dócil a los médicos y a quienes lo cuidan para honrar la obediencia de nuestro Señor y a que tome las medicinas y remedios en honor de la hiel que él bebió y de las llagas y dolores que soportó en su pasión, por amor a él.

CAPITULO XVIII

COMO ASISTIR A LOS MORIBUNDOS.

1. Dispondremos al enfermo, poco a poco y con gran dulzura, para que se abandone enteramente a la voluntad de Dios y le sacrifique gustoso su vida, unido a nuestro Señor que por nosotros sacrificó la suya de la cual un solo instante vale infinitamente más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles.

Para ello le haremos ver que la vida de este mundo no es sino una muerte continuada, rodeada de miserias; que la vida verdadera es la que nos ha sido preparada en el cielo, eterna y dichosa, libre de todo mal y colmada de todos los bienes; que este mundo es una cárcel, un destierro y hasta un infierno para los verdaderos hijos de Dios; que el cielo es nuestra patria donde se encuentran

nuestro Padre y nuestra Madre, Jesús y María, con nuestros hermanos y hermanas que son los ángeles y santos que nos aman y desean fervientemente vernos gozar junto con ellos de su felicidad indecible.

Que, por nuestros pecados, hemos merecido toda suerte de muertes y que debemos aceptar la nuestra en el tiempo, lugar y circunstancias que a Dios le plazca, para rendir homenaje a su divina justicia.

Que, aún si estuviéramos en estado de inocencia y no hubiéramos nacido como hijos de Adán, Dios sigue siendo nuestro soberano y puede hacer con nosotros lo que le plazca con infinita más razón que el alfarero con su vaso de arcilla; que a nosotros toca someternos y abandonarnos de buen grado a lo que él quiere disponer de nosotros y de la vida que nos dio.

Finalmente, puesto que nuestro Señor Jesucristo, que es la vida eterna, quiso morir por nosotros y que igualmente murió la santa Virgen que es la madre de vida, aunque nosotros no estuviéramos condenados a muerte deberíamos someternos voluntariamente a ella para coincidir con nuestro Padre y con nuestra Madre y honrar su muerte con la nuestra.

2. Una vez el enfermo se haya entregado a la voluntad divina, le recordaremos los homenajes que un cristiano debe tributar a Dios y a Jesucristo, Hombre-Dios, antes de salir de este mundo y lo ayudaremos a cumplirlos. Ellos son:

2.1. Agradecer con Jesucristo y con toda la Iglesia a la santísima Trinidad, las gracias recibidas de su bondad infinita.

2.2. Pedirle perdón por sus pecados y, en satisfacción, ofrecerle la propia muerte en unión con la muerte de Jesucristo.

2.3. Adorarlo, alabarlo, glorificarlo y amarlo porque sólo para ello estamos en este mundo y es preciso terminar nuestra vida en el ejercicio de aquello para lo cual Dios nos ha creado.

2.4. Rogar a nuestro Señor, a la santa Virgen, a san José, al ángel de la guarda del enfermo y a los demás ángeles y santos que hagan por él todas esas cosas.

2.5. Adorar también, alabar y agradecer a nuestro Señor Jesucristo, pedirle perdón y rogar a su santa Madre, a los ángeles y santos que cumplan en nombre del enfermo con todas esas obligaciones.

3. Le mostraremos sus obligaciones hacia la santa Virgen, san José, su ángel custodio y demás ángeles y santos y especialmente hacia los que debe honrar más particularmente y lo exhortamos

3.1. a darles gracias;

3.2. a pedirles perdón y ofrecerles en satisfacción, el amabilísimo Corazón de Jesús;

3.3. a pedirles su intercesión y su asistencia para el momento de la muerte.

4. Le recordaremos sus deberes con el prójimo que son

4.1. pedir perdón a quienes ha ofendido o dado mal ejemplo;

4.2. perdonar de corazón a quienes le han ofendido, repitiendo con nuestro Señor: *Padre, perdónalos*¹;

4.3. si el enfermo es padre o madre de familia, superior o superiora, recomendaremos a sus subordinados el temor de Dios y les daremos la bendición, o, mejor dicho, rogaremos a Dios que se la imparta.

5. Si se trata de una persona con comodidades temporales lo exhortaremos a que se acuerde de los pobres y de las obras pías para que borre sus pecados mediante la limosna y para que los pobres lo reciban en las moradas eternas.

6. Le aconsejaremos que ponga en orden sus asuntos temporales y que no deje motivos de proceso, o de discordia a sus hijos o herederos.

7. Lo prepararemos para el santo Viático y lo exhortaremos a que se una de corazón a la devoción con que la santa Virgen y tantos santos y santas hicieron su última comunión.

8. Procuraremos que gane alguna indulgencia y para ello:

8.1. despertaremos en él un gran deseo de lucrarla.

8.2. Le haremos declarar que la desea no buscando su interés sino solamente la gloria de Dios y para que el fruto de la santa pasión y de la sangre de Jesucristo se aplique a su alma.

8.3. Le ayudaremos a entrar en espíritu de penitencia y contrición después de acusarse, en forma general, de sus pecados.

¹ Lc. 23, 34.

8.4. Le haremos pronunciar por tres veces, con toda devoción, el santísimo nombre de Jesús y de María, uniéndose al amor que se ha tributado y se tributará por siempre, en el cielo y en la tierra, a Jesús y María.

9. Lo dispondremos con tiempo a recibir la unción de los enfermos por las intenciones con que nuestro Señor instituyó este sacramento, a saber: para borrar en el cristiano los restos del pecado; para perfeccionar en él la acción de la gracia; para fortalecerlo contra los asaltos de sus enemigos; para dotarlo de las virtudes y disposiciones requeridas para morir cristianamente; también para que el enfermo recupere la salud si conviene para gloria de Dios.

Lo ayudaremos a entrar en las disposiciones necesarias para recibir ese sacramento:

9.1. la primera es que lo desee fervorosamente para que se cumplan los designios de nuestro Señor al establecerlo;

9.2. que adore a Jesús como a su institutor, y le agradezca la gloria que ha tributado a su Padre y las gracias concedidas a las almas por ese sacramento;

9.3. que se confiese otra vez de sus pecados y pida por ellos perdón a Dios;

9.4. que ofrezca al Padre eterno el honor que su Hijo le ha tributado con el uso santo de sus sentidos exteriores e interiores, de las potencias de su alma, en satisfacción de las ofensas que irrogó a Dios con el mal uso de los suyos;

9.5. que se una a las disposiciones con que tantos santos y santas han recibido ese sacramento;

9.6. que se entregue a nuestro Señor Jesucristo para que él mismo lo prepare a recibirlo;

9.7. que ruegue a la santa Virgen, a los ángeles y santos que reparen sus faltas y que hagan por él ante Dios, lo que él debe hacer en esta ocasión, y le alcancen las gracias que necesita.

10. Le haremos renovar su profesión bautismal y para ello:

10.1. que agradezca a Dios la gracia de su bautismo;

10.2. que pida perdón a Dios por el mal uso de esa gracia y por haber violado tantas veces las promesas bautismales y le ofrezca en satisfacción la vida y la muerte de su Hijo Jesús y los méritos de su santa Madre y de todos los santos;

10.3. que repita con la mayor sinceridad estas palabras: Renuncio a ti, Satanás; renuncio a todas tus obras; renuncio a todas tus pompas. Te sigo a ti, Señor Jesús, mi Rey y mi Dios y quiero reines sobre mí. Renuncio a ti, maldito Satanás; renuncio a tus obras, es decir, a todo pecado; renuncio a tus pompas, es decir, a todo cuanto es de este mundo. Me entrego y me sacrifico enteramente a ti, Señor Jesús. Quiero de todo corazón que reines en mí para siempre. Que así sea, Salvador mío, por tu infinita misericordia.

CAPITULO XIX

CONSOLAR A LOS AFLIGIDOS.

Recordemos que el Hijo de Dios ha dicho que cuanto hagamos al más humilde de los suyos lo hacemos a él mismo. Por eso quien consuela a un afligido está consolando a nuestro Señor y también a su santa Madre puesto que el consuelo del Hijo es consuelo de la Madre. Por eso es gracia grande de Dios poder consolar a un pobre afligido. Y eso debe llevarnos a no hacerlo como de paso sino con seriedad, dedicándole nuestro tiempo y actuando con el prójimo como quisiéramos que actuaran con nosotros. Para ello debemos, ante todo:

Mirar con los ojos de la fe, por una parte la caridad inmensa que trajo a nuestro Salvador a este mundo para *consolar a los afligidos*¹, y por la otra mirar al prójimo que se halla en la aflicción como un hijo de Dios, como miembro del Salvador y como nuestro hermano. Nos daremos a esa caridad que arde en el Corazón benignísimo de Jesús para con el afligido, y, unidos a ella, le hablaremos con dulzura, cordialidad y compasión, demostrándole que lo acompañamos sinceramente en su dolor, que tomamos parte en su aflicción, que deseamos hacer lo posible por ayudarlo y consolarlo. Luego trataremos de infundir en su espíritu las siete verdades siguientes, que son sólidas verdades de fe:

¹ Lc. 61, 2.

1. Que la divina *providencia conduce y gobierna todas las cosas*¹; que nada sucede en el mundo sin que ella lo ordene o lo permita y que siempre lo dispone para nuestro mayor bien, si queremos, por nuestra parte, hacer de ello el uso debido. Por consiguiente, que debemos tomar y recibir lo que nos sucede como venido de la mano adorable del amabilísimo Corazón de nuestro Creador.

2. Que Dios es, de verdad, nuestro Padre, que nos ama infinitamente más de lo que nos amamos a nosotros mismos. Que sobre nosotros sólo tiene designios de amor y *de paz y no de aflicción*². Es un Padre que nos ama tanto que muestra solicitud hasta por los cabellos de nuestra cabeza; ¿Cuánto más tendrá en cuenta lo que para nosotros es más importante: los bienes, la reputación, la salud, la vida? Y como es un Padre de infinito poder, sabiduría y bondad, puede, sabe y quiere proteger a los que le temen y le aman, contra todo mal y hace que todo redunde en su bien. Por eso toca a nosotros liberarnos de los verdaderos males y poseer los bienes verdaderos. Vivamos en el temor de Dios y se cumplirán las palabras del Espíritu Santo: *Al que teme al Señor no le sucederá mal alguno*³ y *donde no hay iniquidad la adversidad no puede hacer daño*⁴. *Todas las cosas redundan en bien de los que aman a Dios*⁵.

3. Que Dios nos hace una gracia inmensa cuando no nos trata como riguroso juez sino como Padre misericordioso y no nos castiga como a enemigos sino como a hijos suyos. Porque nos hace sufrir algunas penas temporales en este mundo para librarnos de las eternas que hemos merecido con nuestros pecados; y nos hace pagar en la tierra, y no en el purgatorio, nuestras deudas con su divina justicia.

4. Que uno de los mayores beneficios que puede hacernos nuestro Señor en este mundo es enviarnos alguna aflicción, haciéndonos participar de su cruz. Porque nos hace beber de su cáliz y nos da lo que ha amado más en este mundo: porque, después de su Padre

¹ Sab. 14, 3.

² Jer. 29, 11.

³ Eclo. 33, 1.

⁴ S. BERNARDO, Sermo 13 sup. Qui habitat.

⁵ Rm. 8, 28.

eterno, su cruz es el primer objeto de su amor. Y es que mediante la cruz destruyó el pecado que es la fuente de todos los males y nos dio todos los bienes de la tierra y del cielo. Nos da a nosotros lo que él tomó para sí y dio a la persona que más ama en este mundo, que es su santa Madre, a los apóstoles y a sus mayores amigos. *Todos los que agradaron a Dios pasaron por muchas tribulaciones*¹. *Porque eras grato a Dios* -dice el ángel Rafael a Tobías- *fue necesario probarte con la tentación*².

5. De ahí que las santas Escrituras nos adviertan que la cruz y los sufrimientos son la gloria, el tesoro, el paraíso, el supremo bien del cristiano en la tierra. *Dios me libre*, - dice san Pablo- *de gloriarme más que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*³. Y el mismo apóstol, hablando en nombre de todos los cristianos, añade: *Nos gloriamos hasta en las tribulaciones*⁴. *Teneos por muy dichosos* -dice Santiago- *cuando os asedien en pruebas de todo género*⁵.

Podemos, pues, decir que quien ha encontrado una aflicción ha hallado un tesoro que lo hace rico para siempre si sabe usar bien de él. Los mayores consuelos que pueden existir en este mundo, aún los espirituales y divinos, son florecillas que pronto se marchitan; pero una gran aflicción es una bella moneda de oro, sólida y permanente; es una piedra preciosa de valor inestimable; es noble tierra que, bien cultivada, enriquecerá al afligido con infinitos bienes celestiales y eternos.

6. Porque nada purifica tanto al hombre como el sufrimiento; nada lo embellece tanto a los ojos de su divina Majestad; nada lo enriquece tanto con verdaderos bienes, nada lo ennoblece tanto como la verdadera nobleza que consiste en asemejarse a nuestro gran rey, a nuestro amabilísimo crucificado.

7. Finalmente, es importante usar santamente de las tribulaciones. El que las sobrelleva cristianamente tributa a Dios la mayor gloria que el hombre le puede tributar en la tierra. En

¹ Jd. 8, 23.

² Tob. 12, 13 (Vg)

³ Ga. 6, 14.

⁴ Rm. 5, 3.

⁵ Sant. 1, 2.

efecto, el Hijo de Dios que vino al mundo para honrar a su Padre y reparar la deshonra producida por el pecado, no conoció y escogió medio más eficaz que el de la cruz y los sufrimientos. Además, adquiere tesoros inestimables de gracia para la tierra y de gloria para el cielo. Al contrario, quien no sobrelleva las tribulaciones como es debido, priva a Dios de la gloria que de ello habría recibido por una eternidad y se perjudica a sí mismo de tal manera que, de darse cuenta de ello, nunca podría consolarse.

Después de hacer entender bien estas verdades a la persona que queremos consolar, le enseñaremos a usar bien de su aflicción, practicando lo que sigue:

7.1. Prestar fe a estas verdades, tan ciertas que ningún cristiano puede dudar de ellas.

7.2. Si el afligido no está en la gracia de Dios, exhortarlo a reconciliarse con él mediante la confesión y una verdadera conversión. Porque el que sufre en pecado mortal no sólo pierde el mérito de sus sufrimientos, sino que es compañero de cruz del mal ladrón, comienza su infierno en este mundo y es miserable de cuerpo y alma ante Dios y ante los hombres. Si no se convierte, es desdichado en este mundo y lo será infinitamente más en el otro.

7.3. Humillarnos ante Dios por nuestros pecados que son la causa de nuestros males. Reconocer que hemos merecido el infierno, la ira de Dios y de todas las criaturas. Aun cuando nos enviara todas las aflicciones de este mundo y aunque todas las criaturas se levantaran contra nosotros para vengar nuestras ofensas a su Creador, no tendríamos derecho a quejarnos y nada sería en comparación de lo que hemos merecido, pues un solo pecado mortal merece las penas del infierno, la menor de las cuales sobrepasa todas las aflicciones temporales de este mundo.

Por eso aceptar gustosos y con profunda humildad todo sufrimiento, en satisfacción de nuestros pecados y para honrar la justicia divina. *Señor, tú eres justo y tus mandamientos son rectos*¹. *Lo que has hecho con nosotros es un castigo merecido;*

¹ Sal. 119 (118), 137.

*porque hemos pecado y no hemos obedecido a tus mandamientos*¹. Así apaciguaremos la ira de Dios y atraeremos sobre nosotros las bendiciones y consuelos de su misericordia. Porque nada cautiva tanto el corazón del Padre de las misericordias y del Dios de todo consuelo como la criatura que se humilla ante su divina Majestad: *Haceos humildes bajo la mano poderosa de Dios, que él, a su tiempo, os levantará*².

7.4. Adorar la voluntad de Dios y someterse, resignarse y abandonarse, sin reservas y de todo corazón a sus designios sobre nosotros. Aniquilar a sus pies nuestros quereres e inclinaciones, suplicándole que afirme su reino en nuestros corazones. Entreguémonos a nuestro Señor para repetir con él lo que él dijo a su Padre en la mayor angustia de la historia, uniéndonos a su perfecta aceptación y a sus santas disposiciones: *Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya*³, y con santa Gertrudis: *Te pido, Señor, y lo deseo de todo corazón, que se cumpla en mí y en todas tus criaturas, tu adorabilísima voluntad*⁴.

7.5. Bendecir, alabar y dar gracias a Dios en el tiempo de la aflicción: *Bendeciré al Señor en todo tiempo*⁵. Pero debemos bendecirlo con mayor fervor en los momentos de desolación, porque las aflicciones son mayores muestras de la bondad de Dios que los consuelos.

7.6. Adorar a nuestro Señor Jesucristo crucificado y tan saturado de padecimientos desde los pies a la cabeza que el Espíritu Santo lo llama *Varón de dolores*⁶. Entregarnos al amor inmenso que lo clavó en la cruz y, unidos a ese amor, aceptar nuestras cruces por amor a nuestro amabilísimo Crucificado: ofrecerlas para honrar y agradecer las suyas y suplicarle que las asocie a sus cruces y por éstas las bendiga y santifique, que repare nuestras faltas y realice ante su Padre lo que nosotros deberíamos hacer, y use de nuestros sufrimientos como de los suyos, para gloria de su Padre.

¹ Dn. 3,31.29-30.

² 1 Pe. 5, 6.

³ Lc. 22,42.

⁴ *Legal. div. piet.*, lib. 3 cap. 11.

⁵ Sal. 34 (33) 2.

⁶ Is. 53, 3.

7.7. Si la divina Providencia se sirve de algunas personas para afligirnos, no nos dejemos llevar por el odio y la venganza. Entreguémonos, en cambio, a la caridad de nuestro Señor por sus verdugos y digamos con él: *Padre, perdónalos*¹. Mi Padre y mi Dios, perdónalos, te lo ruego. En cuanto a mí, los perdono de todo corazón, por amor a ti.

7.8. Si la aflicción proviene de la muerte o enfermedad grave de un pariente o amigo, recordar que nuestro Señor sacrificó por nosotros una vida de la que un solo instante valía más que una eternidad de todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Entregarse al amor incomprensible por el que hizo este sacrificio por nosotros y, unidos a ese amor, sacrificarle la vida de nuestros amigos y la nuestra, y declararle que si tuviéramos en nuestras manos todas las vidas de los hombres y de los ángeles querríamos ofrecérselas en sacrificio para honrar y agradecer el sacrificio que hizo de sí mismo por nuestro amor.

7.9. Aunque nos está permitido emplear remedios lícitos para aliviarnos y librarnos de los males que nos aquejan, hay que evitar apoyarnos en criatura alguna, sino en la bondad incomparable del único que tiene poder, sabiduría y amor infinitos para librarnos de nuestros males en el tiempo, el lugar y la manera más conveniente. Si quieres saber cuánto agrada a Dios esa confianza y los efectos maravillosos que produce en quienes la poseen, escucha lo que el Salvador dijo un día a santa Gertrudis, tal como lo refiere el capítulo 7 del libro 3 de las DIVINAS INSINUACIONES²: *Cuando una persona afligida se coloca bajo mi protección con firme esperanza, me traspasa el corazón de tal manera que a él dirijo estas palabras: Unica es mi paloma, elegida entre millares. De tal manera ha traspasado mi corazón con una de sus miradas, que si yo supiera que no podría socorrerla en su aflicción, mi corazón sufriría tal desconsuelo (si yo fuera capaz de dolor) que todas las delicias del cielo no podrían disminuirlo. Y un poco después añade: Esa mirada de mi paloma que me traspasa el corazón como una flecha de amor es la firme e inquebrantable confianza que ella tiene de que yo puedo, sé y quiero asistirle fielmente en todas las cosas. Esa confianza*

¹ Lc. 23, 34.

² Legatus. div. piet, 1,3. cap. 7.

*tiene una fuerza tal y presiona de tal manera mi divina bondad que me es imposible abandonarla*¹.

7.10. Contemplar el ejército innumerable de mártires que se encuentran en el cielo, que han padecido tantos y tan atroces tormentos, aunque eran débiles y frágiles como nosotros. Nos animaremos con su ejemplo y les pediremos que nos comuniquen su paciencia, su amor a Dios y demás virtudes.

7.11. Considerar cuántos desdichados hay en la tierra que sufren miserias más grandes que las nuestras y a quienes Dios no concedió los auxilios corporales y espirituales que nos dio a nosotros; lo cual debe llevarnos a bendecirlo, a darle gracias y a sufrir con paciencia por amor a él.

7.12. Sobre todo acudir con gran confianza a la amorosa Madre de Dios que es también madre nuestra. Ella es el verdadero consuelo de los afligidos, llena de bondad, de dulzura, clemencia y benignidad especialmente en favor de quienes se hallan en amargura y angustia e imploran su auxilio. Por eso la Iglesia la llama benigna, clemente, piadosa, dulce Virgen María. Ella jamás ha rechazado ni abandonado a ninguno de los que han puesto en ella su confianza. Porque su Hijo le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra y sobre todas las criaturas. Y nos la ha dado a ella como nuestro refugio, socorro y consuelo.

8. He ahí, pues, algunos actos de virtud que se pueden utilizar santamente en la aflicción. Pero debemos tener en cuenta tres cosas:

8.1. Que no es necesario proponerlos ni ejecutarlos todos a la vez, sino primero los más necesarios, de acuerdo con la capacidad y las disposiciones de las personas a quienes hablamos y al carácter de su aflicción, dejando los demás actos para otra ocasión.

8.2. Que después de proponerlos debemos ayudar a los afligidos a ponerlos por obra, especialmente si no pueden hacerlos por sí mismos. Les diremos, por ejemplo: "Valor, querido hermano (querida hermana). Dile a Dios que quieres renunciar por

¹ Cf. Reino de Jesús, 2a parte. 29.

completo a tu propia voluntad y que te sometes totalmente a su querer". Y así se hará con los demás actos como ya se dijo.

8.3. Que conviene, a veces, si el lugar, el tiempo y las personas lo permiten, ponerse de rodillas con ellas para realizar dichos actos, diciendo: "Animo, querido hermano, vamos a hacer un buen acto de aceptación de la adorabilísima voluntad de Dios: con este fin, repite conmigo, interiormente, lo que voy a decir;

"Dios mío, renuncio enteramente a mi voluntad; quiero someterme perfectamente a la tuya". etc. Y así harás para los demás actos. Luego pueden decirse algunas oraciones, como el Bajo tu amparo nos acogemos o el Acuérdate piadosa Virgen María...

CAPITULO XX

COMO AGRADAR A DIOS EN NUESTRO TRATO CON EL PROJIMO.

Gran parte de nuestro tiempo lo ocupa nuestro trato con el prójimo: es pues, importante observar las reglas siguientes:

Evitemos las compañías peligrosas e inútiles, como son las de los libertinos, maldicientes, burlones, haraganes, jugadores, etc. Evitemos en especial la compañía de eclesiásticos que llevan una vida ociosa y siguen más el espíritu y las máximas del mundo que las del Evangelio.

Huyamos del trato de señoras y señoritas, no sólo de las mundanas sino también de las devotas, a no ser por motivos de caridad. No iremos a sus residencias sino en caso de enfermedad, de aflicción o por alguna otra necesidad. No les permitamos venir a nuestra casa sino por motivos semejantes.

No hablemos con ellas en el templo si no es de paso, por poco tiempo y mateniéndonos de pie. En el confesionario sólo les hablaremos de los deberes y obligaciones de su estado, de los medios de cumplirlos y de temas semejantes, para poder decir

con verdad: *Nuestra conversación es celestial*¹; porque cada uno se complace en hablar de lo que ama. Esa es la verdadera señal para distinguir a los eclesiásticos que aman el mundo y siguen su espíritu de los que de verdad aman a Dios y están animados por su espíritu: *ellos pertenecen al mundo, por eso hablan el lenguaje del mundo, y el mundo los escucha. Nosotros en cambio, somos de Dios*².

Para observar debidamente estas normas, tres cosas son necesarias:

La primera es tener verdadera voluntad y deseo de hacerlo. La segunda, leerlas de cuando en cuando para grabarlas en su espíritu y en su corazón. La tercera es que cuando se nos llame para hablar con el prójimo o cuando es preciso ir en compañía de alguien, nos recojamos brevemente delante de Dios. Con los ojos de la fe recordaremos cómo trataba nuestro Señor con los hombres; le adoraremos en las disposiciones o intenciones de amor a su Padre, de caridad hacia los hombres, de humildad, desprendimiento de sí mismo (*Cristo no buscó su propia satisfacción*)³, de mansedumbre, afabilidad, paciencia y modestia. Renunciaremos a nosotros mismos, a nuestro amor propio, a nuestro propio espíritu y criterio y a todo lo nuestro. Nos entregaremos al Hijo de Dios para uniros a él en esas disposiciones y le suplicaremos que nos haga partícipes de ellas. Roguemos a su santa Madre, a nuestro ángel de la guarda y a los ángeles guardianes de las personas con quienes vamos a tratar que nos alcancen esa gracia. Y mientras dura la conversación reiteraremos de cuando en cuando esa donación de nosotros mismos a nuestro Señor con el mismo fin.

CAPITULO XXI

DISPOSICIONES PARA LAS COMIDAS.

1. Humillémonos ante Dios, reconociéndonos indignos de tomar nuestros alimentos, porque hay muchos pobres que nada tienen

¹ Fp. 3, 20.

² 1 Jn. 1, 5.

³ Rm. 15, 3.

para comer, que no han ofendido a Dios tanto como nosotros, que por nuestros pecados hemos merecido la suerte de los condenados, que rabiarán de hambre y sed eternamente.

2. Renunciemos a nuestro amor propio y a la sensualidad y entreguémonos a nuestro Señor Jesucristo, para tomar nuestros alimentos con las disposiciones e intenciones con las que él y su santa Madre tomaron las suyas cuando estaban en la tierra.

3. Declarémosle a Dios que es voluntad nuestra que todos los bocados que comeremos y las gotas de nuestras bebidas sean otros tantos actos de alabanza a la Majestad divina por habernos concedido que un Hombre-Dios y una Madre de Dios comiesen y bebiesen con nosotros en la tierra.

CAPITULO XXII

PARA LOS VIAJES

1. Ofrezcamos nuestro viaje a nuestro Señor para honrar los viajes que él y su santa Madre hicieron en la tierra y entreguémonos a él para comulgar con sus disposiciones e intenciones.

2. Encomendémonos a la intercesión de los ángeles y de los santos de los lugares adonde vamos y por donde pasamos.

3. Al comenzar a caminar recitemos el itinerario de los clérigos que se halla al final del breviario.

4. Si pasamos frente a una iglesia, adoremos a nuestro Señor, diciendo: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo. Tú, Señor que por nosotros padeciste, apiádate de nosotros.

Saludemos a la santa Virgen diciendo el Ave María; a los ángeles custodios y a los santos patronos del lugar: Os saludo, ángeles y santos de Dios: interceded por nuestra salvación y por la de todo el mundo.

Roguemos por las almas de los difuntos: Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz. Y pidamos la bendición de nuestro Señor y de su santa Madre, diciendo: Que nos bendiga la Virgen María con su Hijo divino. Amén.

5. Al llegar al lugar donde vamos a almorzar o a dormir, adoremos a la santísima Trinidad y a Jesucristo nuestro Señor. Saludemos a su santa Madre, a los santos ángeles y a los patronos de ese lugar diciendo: Gloria al Padre...: Te adoramos, Cristo, ...: Ave María... Os saludo, ángeles y santos, ... Y terminemos siempre con las palabras: Que nos bendiga la Virgen María con su Hijo divino. Amén.

6. Una vez en el cuarto del hotel nos pondremos de rodillas para adorar a la santa Trinidad y a nuestro Señor Jesucristo y para saludar a la santa Virgen, a los ángeles y patronos del lugar y para recitar con esta intención, las anteriores plegarias con todo fervor, tratando de reparar las ofensas que Dios recibe de ordinario en dichos lugares.

7. Si queda algún tiempo mientras estamos en el hotel, en lugar de perderlo inútilmente, empleémoslo en catequizar e instruir a los habitantes de la casa o a otros que allí se encuentren.

8. En el momento de partir pongámonos de rodillas para adorar y dar gracias a la santísima Trinidad y a nuestro Señor Jesucristo, diciendo el Gloria al Padre y el Tú que naciste de la Virgen; para colocarnos bajo la protección de la santa Virgen diremos: Bajo tu amparo nos acogemos...; para encomendarnos a los ángeles y santos de los lugares por donde hemos de pasar, diremos: santos ángeles y todos los santos y santas de Dios, interced por nuestra salvación y la de todo el mundo. Y para invocar la bendición de nuestro Señor y de su santa Madre diremos:

Bendito sea el Corazón amantísimo y el dulcísimo nombre de nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosa Virgen María, su Madre, por los siglos eternos. Que nos bendiga la Virgen María con su Hijo divino. Amén.

9. Llegados a la meta de nuestro viaje, iremos, cuanto antes, a la iglesia para adorar allí a Dios y darle gracias, para saludar a la

santa Virgen, a los ángeles y a los santos, especialmente a los ángeles custodios de las personas con quienes vamos a tratar.

CAPITULO XXIII

EJERCICIO PARA LA NOCHE

1. Adoremos a Dios como principio y fuente de todo bien y agradezcámosle los beneficios que nos ha hecho siempre y en especial en ese día, a nosotros y a todas sus criaturas, en particular a quienes no se los agradecen.

2. Adoremos a nuestro Señor Jesucristo como a nuestro juez soberano y sometámonos al poder que tiene de juzgarnos; adorémosle y bendigámosle en el juicio y en la sentencia que pronunciará sobre nosotros a la hora de la muerte; roguémosle que nos comunique su luz por la que nos hará ver nuestros pecados, y el celo de su justicia, para que podamos conocer y odiar nuestras faltas.

3. Examinémonos sobre nuestros pecados de pensamiento, palabra y obra, en especial de los que cometemos más fácilmente y los que cometimos contra los propósitos de la meditación de la mañana.

4. Pidamos a Dios un verdadero espíritu de penitencia y de contrición.

Entreguémonos a Jesús para asociarnos a la humillación, contrición y penitencia que él tuvo de nuestros pecados.

Odiémoslos, porque él los odia y prometámosle, mediante su gracia, que los confesaremos y nos corregiremos de ellos por amor a él.

Ofrezcamos al Padre eterno la vida y las virtudes, la pasión y la muerte de su Hijo, con los méritos de su santa Madre y de toda la Iglesia en satisfacción de nuestras ofensas.

5. Roguemos a la santa Virgen, a san José, san Gabriel, a nuestros ángeles custodios y a todos los ángeles y santos que

reparen nuestras faltas, pidan por ellas perdón a Dios y nos alcancen la gracia de una verdadera conversión.

6. Ofrezcamos a Dios el descanso que vamos a tomar, en honor y unión del que nuestro Señor y su santa Madre tomaron cuando estaban en la tierra.

Unámonos a las alabanzas que se tributarán a la santísima Trinidad durante esta noche y por toda la eternidad, en la tierra y en el cielo; declarémosle que es deseo nuestro que todas nuestras respiraciones y latidos del corazón sean otros tantos actos de alabanza y de amor a su divina Majestad.

7. Tratemos de ir al lecho en el estado en que quisiéramos hallarnos en la hora de la muerte y, con este fin, entreguémonos a nuestro Señor Jesucristo para asociarnos a las santas disposiciones con que murieron él, su santa Madre y todos sus santos.

8. Pidamos la bendición de nuestro Señor y de su santa Madre y para disponernos a recibirla digamos con devoción: Bendito sea el corazón amantísimo y el dulcísimo nombre de nuestro señor Jesucristo y de la gloriosa Virgen María, su Madre, por los siglos eternos. Que nos bendiga la Virgen María con su Hijo divino.

Al desvestirse.

Roguemos al Señor que nos despoje del hombre viejo. Para ello podemos decir: *Líbrame, Señor, del malvado, guárdame del hombre violento*¹. Digamos alguna otra oración vocal u ocupemos nuestro espíritu con palabras de la santa Escritura.

Al acostarse.

1. Tomar agua bendita y rociar con ella el lecho.
2. Hacer la señal de la cruz sobre el lecho y sobre sí mismo.
3. Renovar la profesión bautismal con las mismas palabras que dijimos en la mañana: Renuncio a ti, Satanás. Me adhiero a ti Jesucristo.

¹ Sal. 140 (139), 2.

Una vez en la cama.

Abrir el oído a la voz del Espíritu Santo que nos dice: *En todas tus acciones piensa en el desenlace final y nunca pecarás*¹.

Repetir las últimas palabras de nuestro Señor en la cruz: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*² y tratar de decirlas como quisiéramos pronunciarlas en la hora de la muerte; para ello entreguémonos a nuestro Señor y asociémonos a las disposiciones con que él y tantos santos las dijeron al morir.

Nos dormiremos con esos santos pensamientos y con los nombres de Jesús y de María en los labios y en el corazón.

Al despertarnos durante la noche.

Digamos alguna jaculatoria, v.g. *Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío, da luz a mis ojos, para que no duerma en la muerte, para que no diga mi enemigo: "le he podido"*³, o bien, la siguiente; *Aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque tú vas conmigo*⁴.

Bendigamos a Dios porque, mientras nosotros dormimos, él vela continuamente sobre nosotros: *No duerme ni reposa el guardián de Israel*⁵. Y porque tiene sus ojos siempre fijos sobre nosotros: *Fijaré en ti mis ojos*⁶.

Pensemos que mientras nosotros descansamos confortablemente hay muchos desdichados en las cárceles o en otras partes, que pasan grandes apuros; sintamos piedad de ellos, encomendémoslos a la divina misericordia y bendigámosla por los beneficios que nos ha concedido.

Acordémonos de los que se hallan en el purgatorio y digamos alguna oración por ellos. Descendamos aún más espiritualmente,

¹ Eclo. 7, 36.

² Lc. 23, 46.

³ Sal. 13 (12), 4.

⁴ Sal. 23 (22), 4.

⁵ Sal. 121 (120), 4.

⁶ Sal. 32 (31), 8.

y veamos en el infierno a tantos miserables, para humillarnos pensando que por nuestros pecados hemos merecido estar con ellos. Bendigamos la bondad infinita de nuestro Señor que nos ha librado.

Pongámonos de rodillas sobre el lecho para adorar junto con los ángeles y santos del cielo y con tantas almas santas que viven en la tierra, a la santísima Trinidad y a nuestro Señor Jesucristo. Digamos el Gloria al Padre y el Tú naciste de la Virgen; para saludar a la santa Virgen, a los ángeles y santos diciendo el Ave María y el Os saludo ángeles, santos y santas de Dios; benditos seáis por siempre; interced por nuestra salvación y la de todo el mundo; y para pedir la bendición de Jesús y de María con estas palabras: Que nos bendiga la Virgen María con su Hijo divino.

VIVA JESUS Y MARIA

**MANUAL PARA USO
DE UNA COMUNIDAD
ECLESIASTICA**

MANUAL PARA USO DE UNA COMUNIDAD ECLESIASTICA

OC. III, 268-446.

INTRODUCCION

P. Henri Macé, C.J.M.

En 1668, Juan Eudes publicó un libro de oraciones que tenía por título: **MANUAL DE VARIOS EJERCICIOS DE PIEDAD PARA USO DE UNA COMUNIDAD ECLESIASTICA**. Aunque lo proponía a toda comunidad de presbíteros, lo destinaba, ante todo, a la Congregación de Jesús y María, la cual, desde hacía años lo estaba utilizando y, para ciertas fórmulas, desde su fundación en 1643.

A la etapa de experimentación sucedía ahora la de su fijación y, por cierto, cuando el padre Eudes se hallaba en plena posesión de su espiritualidad y acababa de dar el último toque al Oficio y a la Misa del Corazón de Jesús.

Este pequeño libro, impreso en Caen, lo habrían de utilizar las comunidades eudistas hasta su dispersión, durante la Revolución francesa, en 1792, y después de su restauración en 1826. En 1837 el padre Louis de la Morinière, superior general, sacaba en Rennes una nueva edición. Hacia finales del siglo, sin fecha precisa, aparecía en París, ligeramente abreviado, bajo el título de: "Manual de la Congregación de Jesús y María". Luego, en 1922, se reeditaba el Manual en su integridad, también en París. Los eudistas de Colombia habían publicado un texto español-latino y los del Canadá uno inglés-latino.

¿Para qué este Manual de Piedad? ¿Qué razón tenía de existir en comunidades sacerdotales que celebraban en común el Oficio

divino, la liturgia de la Iglesia? ¿Es que, acaso, san Juan Eudes pensaba que algo faltaba al breviario romano, o carecía, él mismo, de espíritu litúrgico? Para quien ha leído la 3ª parte del Reino de Jesús, la respuesta es negativa. Un examen, por somero que sea, del Manual, muestra que no hay motivo para oponer la oración litúrgica a los "ejercicios de piedad". El propósito del Manual es, en verdad, hacer orar, pero, sobre todo, transmitir, por la gracia de Dios, un espíritu, una determinada forma de oración, una "mirada" que a menudo se fija en la santa Trinidad pero que, de manera constante, se centra en el Verbo encarnado, en Cristo, el Hijo de Dios, nuestra Cabeza, nuestro sacerdote. San Juan Eudes quería que sus hijos contemplaran, intensa y concretamente, a Cristo, en sus estados, sus misterios, sus virtudes: los "ejercicios" del Manual le proporcionaban el medio para ello, pues los formaba en la oración a Cristo y en Cristo.

Estructura general y contenido del Manual.

En cuanto a la estructura y el contenido podrían hacerse interesantes paralelos entre el Reino de Jesús y el Manual. En el Reino de Jesús, según su visión concreta de las cosas, san Juan Eudes aplica el gran principio de "hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros", cada año, cada mes, cada semana, cada día. En el Manual hallaremos el mismo tema, pero invertido. Allí se encuentra:

- Oraciones para la mañana, el medio día, la noche, para ciertas circunstancias y letanías;
- "disposiciones" para la oración, para el Oficio divino, para la "oración mental";
- las que podemos llamar "moniciones" para el año litúrgico;
- formularios para ciertos actos importantes, especialmente para las renovaciones.

Para dar una idea más concreta del Manual, presentamos aquí algunos elementos:

1. Las "moniciones" para el año litúrgico.

Se trata de breves textos para cada período del año que invitan a celebrar, desde el interior, los misterios de Jesús, durante el Adviento, la Navidad, la Cuaresma, el Tiempo ordinario llamado

aquí "tiempo de la vida oculta (después de la Navidad) y Tiempo de la vida pública (apostólica) de Jesús.

He aquí dos ejemplos: en la primera semana del Adviento: "Vamos a honrar el misterio inefable de la encarnación, por el cual el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos dioses; se hizo Hijo del hombre para hacernos Hijos de Dios".

En la primera semana de Cuaresma: "Vamos a honrar el retiro y la soledad de nuestro Señor en el desierto".

No podemos entrar en mayores detalles. Sólo anotaremos sobre este punto la aplicación de un principio del Reino de Jesús: que "no debemos dejar nada (de los misterios de Jesús), sin tributarle honor". Porque sus misterios son fuente de nuestra vida.

2. Las "oraciones de antes del mediodía".

Esta parte del Manual es, a no dudarlo, la más típica y digna de mención. El ejercicio llamado de antes del mediodía, consta de dos partes:

- 2.1. de una oración litánica**
- 2.2. de una corta meditación.**

La oración litánica invita a contemplar el misterio de Jesús a través de las invocaciones concretas de varias letanías: letanías de Jesús, de Jesús Niño, del Santísimo Sacramento, de la Pasión, del Corazón de Jesús. Se emplean diversamente, según los días de la semana, pero también según el período del año.

La meditación se presenta con variantes para cuatro semanas. Sus cortos textos nos hacen fijar la mirada sobre los misterios de la divinidad y sobre los misterios y virtudes de Jesús. Todos siguen, prácticamente, el mismo esquema:

- Contemplación, adoración del misterio;**
- Acción de gracias por el misterio y por la gracia que de él se deriva;**
- Ofrenda de nosotros mismos para que seamos purificados y para entrar en comunión con Cristo en ese misterio;**
- A menudo, finalmente, invocación a la Virgen María, a los ángeles y a los santos.**

3. Los formularios de renovación.

San Juan Eudes recomendaba la renovación anual de los grandes compromisos de la vida, como el de las promesas bautismales y sacerdotales. En los textos que aquí se publican se hallará la fórmula propuesta para estas últimas, que deberían pronunciarse el 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de nuestra Señora. Es digno de notar en ella su invocación a la Trinidad, a Cristo, con quien se configura el sacerdote, y a María, Madre del Sumo Sacerdote y de todos los sacerdotes, a los apóstoles y a todos los santos sacerdotes y levitas, en espíritu de comunión y de intercesión.

4. Algunas oraciones.

En esta edición reproducimos las cinco más célebres: el Ave Cor, el Ave María, Filia Dei Patris, el Ave Joseph, la Profesión de humildad y el Magnificat o canto de alabanza al Corazón de Jesús y de María.

El Ave Cor resume todo el pensamiento de san Juan Eudes sobre el Corazón de Jesús y el Corazón de María. La fórmula, que puede parecer desconcertante: "corazón santísimo de Jesús y de María" quiere marcar la total comunión de amor entre Cristo y su Madre. La primera parte de esta oración es una contemplación del misterio; la segunda expresa los actos de alabanza, de acción de gracias, de ofrenda de nosotros mismos que despierta la meditación del misterio.

San Juan Eudes recomendaba encarecidamente recitar el Ave María Filia Dei Patris por la conversión de los pecadores.

La oración del Ave Joseph se ha recitado mucho en la Congregación de los eudistas por los sacerdotes y las vocaciones.

Las tres oraciones anteriores están construidas sobre el número 12, signo de plenitud. Doce saludos y una serie de bendiciones para el Ave María y el Ave Joseph. En realidad el Ave Cor y el Ave María contienen 13 saluciones, porque la décima tercera fue añadida posteriormente como consecuencia de una gracia recibida.

Todo ello: oraciones, disposiciones, moniciones, formularios, sólo tiene un propósito: hacer vivir y reinar las virtudes, las acciones, la oración de Jesús en nosotros; continuar, expresar, completar sus misterios, en la confianza de que esta mirada sobre Jesús en sus misterios, estas alabanzas y peticiones nos harán "participar" de ellos.

En resumidas cuentas, tenemos aquí aplicadas a la oración los principios de Vida y Reino de Jesús. Poco a poco quien "practica" este Manual se abre a esta oración, queda penetrado por su espíritu, por la gracia del Espíritu Santo. Estará "animado por el espíritu de Jesús, vivirá de su vida, caminará por sus sendas, se hallará revestido de sus sentimientos, continuará y contemplará la vida que Jesús llevó en la tierra"¹

Los hijos de san Juan Eudes consideran el Manual como parte esencial de su herencia espiritual y piensan que, precisamente, gracias a él, esa herencia se ha transmitido entre ellos.

¹ Reino de Jesús, II Parte.

MANUAL PARA USO DE UNA COMUNIDAD ECLESIASTICA

SALUTACION A LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

(Ave Cor Sanctissimum)

Te saludamos, Corazón santo
Te saludamos, Corazón manso
Te saludamos, Corazón humilde
Te saludamos, Corazón puro
Te saludamos, Corazón ferviente
Te saludamos, Corazón sabio
Te saludamos, Corazón paciente
Te saludamos, Corazón obediente
Te saludamos, Corazón solícito
Te saludamos, Corazón fiel
Te saludamos, Corazón fuente de toda
felicidad
Te saludamos, Corazón misericordioso
Te saludamos, Corazón, lleno de amor, de
Jesús y de María.

Te adoramos,
te alabamos,
te glorificamos,
te damos gracias.
Te amamos
con todo nuestro corazón,
con toda nuestra alma,
con todas nuestras fuerzas.
Te ofrecemos nuestro corazón,
te lo entregamos,
te lo consagramos,
te lo inmolamos.
Acéptalo y poséelo plenamente,
purifícalo,
ilumínalo
y santifícalo,

para que en él vivas y reines,
ahora y siempre
y por los siglos eternos. Amén.

SALUTACION A MARIA **(Ave María, Filia Dei Patris)**

Te saludamos, María, Hija de Dios Padre,
Te saludamos, María, Madre de Dios Hijo,
Te saludamos, María, Esposa del Espíritu Santo,
Te saludamos, María, Templo de la Divinidad,
Te saludamos, María, Lirio en el que resplandece
la luz indeficiente de la Trinidad.
Te saludamos, María, Rosa esplendorosa de encanto celestial.
Te saludamos, María, Virgen de las vírgenes, Virgen fiel.
de la que quiso nacer y alimentarse
el rey de los cielos.
Te saludamos, María, Reina de los mártires:
tu alma fue traspasada
por una espada de dolor.
Te saludamos, María, Soberana del universo;
todo poder te ha sido dado
en el cielo y en la tierra.
Te saludamos, María, Reina de mi corazón, mi Madre, mi vida,
mi alegría y mi más dulce esperanza.
Te saludamos, María, Madre digna de amor.
Te saludamos, María, Madre admirable.
Te saludamos, María, Madre de misericordia.
Tú eres la llena de gracia, el Señor está contigo;
bendita tú entre las mujeres;
y bendito Jesús, el fruto de tu vientre.
Y bendito tu esposo José,
y bendito tu padre Joaquín,
y bendita tu madre Ana,
y bendito tu hijo Juan,
y bendito tu ángel Gabriel,
y bendito el Padre Eterno que te escogió,
y bendito el Hijo que te amó,
y bendito el Espíritu Santo que contigo se desposó.
Y benditos por siempre los que te bendicen y te aman.
Amén.

SALUTACION A SAN JOSE (Ave Joseph)

Te saludamos, José, imagen de Dios Padre,
 Te saludamos, José, Padre de Dios Hijo,
 Te saludamos, José, Sagrario del Espíritu Santo,
 Te saludamos, José, amado de la santa Trinidad,
 Te saludamos, José, fiel colaborador del designio de Dios,
 Te saludamos, José, digno esposo de la Virgen Madre,
 Te saludamos, José, Padre de todos los fieles,
 Te saludamos, José, guardián de las santas vírgenes,
 Te saludamos, José, observante del sagrado silencio,
 Te saludamos, José, amante de la santa pobreza,
 Te saludamos, José, ejemplo de paciencia y mansedumbre,
 Te saludamos, José, espejo de humildad y de obediencia,
 Bendito seas entre todos los hombres,
 Benditos tus ojos que vieron lo que viste,
 Benditos tus oídos que oyeron lo que oíste,
 Benditas tus manos que estrecharon al Verbo hecho carne,
 Benditos tus brazos que llevaron a quien sostiene el universo,
 Bendito tu pecho en el que se reclinó dulcemente el Hijo de Dios,
 Bendito tu corazón encendido en ferviente amor a él,
 Y bendito el Padre eterno que te eligió,
 Y bendito el Hijo que te amó,
 Y bendito el Espíritu Santo que te santificó,
 Y bendita María, tu esposa, que te amó como
 a esposo y hermano,
 Y bendito tu Ángel custodio,
 Y benditos por siempre todos los que te bendicen y te aman.
 Amén.

PROFESION DE HUMILDAD

Señor Jesucristo,
 nada somos, nada podemos, nada valemos,
 nada tenemos fuera de nuestros pecados.
 Somos siervos inútiles, nacidos en la enemistad,
 últimos de los hombres y primeros de los pecadores,
 para nosotros la vergüenza y la confusión,

y para ti la gloria y el honor por siempre jamás. Amén.

**CANTO DE ALABANZA
AL CORAZON DE JESUS Y MARIA
(Magnificat)**

Alaba, alma mía, al Corazón admirable de Jesús y de María.
Mi espíritu se regocijó en mi gran Corazón.
Jesús y María me entregaron su Corazón, para que viva siempre
en su amor.

Gracias infinitas le sean dadas por este don inefable.

Cosas grandes hizo en mí este Corazón bueno
desde el vientre materno me hizo suyo.
El abismo de mis miserias atrajo el abismo de sus misericordias.
Se anticipó a enriquecerme con los favores de su bondad.
Con la sombra de su mano me protegió
y me consintió como a la niña de los ojos.

Me escogió para ser su sacerdote,
y me dio un puesto entre los servidores de su pueblo.
Puso sus palabras en mis labios
e hizo mi boca como espada acerada.

Me ha purificado y me ha hecho revivir,
ha estado en todos mis caminos,
ha batallado contra mis enemigos,
de todas mis tribulaciones me ha liberado.

Corazón lleno de amor, fuente de todo bien,
de ti me vinieron favores sin cuento.
A ti la alabanza, el amor y la gloria,
a ti canten todas las lenguas, te amen todos los corazones.

Tus misericordias te proclamen grande,
las maravillas de tu amor te revelen a los hombres.
Tus servidores te ensalcen,
te alaben, te glorifiquen por siempre.

El Padre misericordioso tenga presente tu sacrificio,

y escuche los deseos de tu Corazón.
 Corazón de Jesús, destrozado por nosotros en la cruz,
 a impulsos del amor y del dolor,
 para ti se consuma nuestro corazón,
 en el fuego perpetuo de tu amor.

Corazón de María, atravesado por dura espada de dolor,
 haz que la fuerza del amor divino,
 penetre nuestro corazón.

Corazón de Jesús y María,
 hoguera de amor,
 en ti se sumerja nuestro corazón,
 se consuma en tus llamas, para que por siempre se identifique
 con el Corazón de Jesús y María. Amén.

EXAMEN Y EJERCICIO DEL MEDIO DIA

Primera manera

Para todos los días de la semana

Adoremos a nuestro Señor Jesucristo en las virtudes especiales que nos proponemos practicar en este año y en este mes y en los misterios y santos que estamos honrando.

Agradezcámosle el honor que ha tributado a su Padre mediante esas virtudes, misterios y santos, las gracias concedidas a esos santos y a nosotros por su intercesión y mediante dichos misterios.

Pidámosle perdón por nuestras faltas contra esas virtudes.

Entreguémonos a él para honrar esos misterios y santos y para practicar esas virtudes con la perfección que exige de nosotros. Supliquémosle que aniquile en nosotros cuanto se opone a ello. Con este fin invoquemos la intercesión de nuestros santos del mes.

Ant. A Cristo Jesús lo constituyó Dios propiciación, justificación y santificación nuestra. El murió por nosotros para

que los que viven ya no vivan para sí mismos sino para el que murió y resucitó por ellos.

V/ Queremos, Señor Jesús,

R/ que reines sobre nosotros.

Oremos

Quebranta en nosotros, Dios de poder y de misericordia, cuanto a ti se opone y, con la fuerza de tu brazo, toma posesión de nuestros corazones y de nuestros cuerpos, para que afiances en ellos el reino de tu amor.

Protege, Señor Jesús, de toda adversidad, a esta familia y líbrala de las insidias de tus enemigos, por la intercesión de la santa Virgen, de san Gabriel, san José, san Juan Evangelista y de todos los santos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. R/ Amén.

Segunda manera

Domingo

Con Jesucristo, nuestro Señor, adoremos la santa Trinidad, en ella misma y en sus obras, del cielo, de la tierra y del infierno.

Alegrémonos por ser ella lo que es. Démosle gracias. Pidámosle perdón. Entreguémonos a su poder, sabiduría y bondad, para que destruya en nosotros cuanto le desagrada, para que tome posesión de nosotros, para que nos gobierne y establezca en nosotros el reino de su gloria por siempre.

Lunes

Adoremos la voluntad divina en sus eternos designios sobre todas sus criaturas y sobre nosotros en particular. Démosle gracias por ello. Pidámosle perdón por los obstáculos que le hemos puesto. Entreguémonos a ella y roguémosle que destruya nuestra propia voluntad, que establezca su reino en nosotros y nos conceda la gracia de tener un solo deseo: el de agradar a Dios y obedecer en todo su adorable voluntad.

Martes

Adoremos, bendigamos y amemos el amor inefable que Dios se tiene a sí mismo. Alegrémonos de saberlo así infinitamente amable y amado. Pidámosle perdón de nuestras faltas contra su divino amor. Entreguémonos de corazón a ese amor, suplicándole que extinga en nosotros cualquier otro amor y tome plena posesión de nuestros corazones.

Miércoles

Adoremos, bendigamos y amemos la caridad infinita de Dios por todas las criaturas. Agradezcámosle los efectos de su inmensa caridad. Pidámosle perdón de nuestras ingratitudes y de los pecados contra la caridad que debemos al prójimo. Entreguémonos a la caridad divina para que destruya lo que en nosotros le es contrario y establezca su trono en nuestros corazones.

Jueves

Adoremos la misericordia divina en sí misma y en sus efectos en el universo y en especial en nosotros. Démosle gracias por ello. Pidámosle perdón por los obstáculos que le hemos puesto. Entreguémonos a ella para que destruya en nosotros cuanto se le opone, nos revista de sí misma e imprima en nosotros compasión por las miserias espirituales y corporales del prójimo y el deseo de remediarlas según nuestra capacidad.

Viernes

Adoremos, glorifiquemos y amemos la justicia divina en sí misma y en sus efectos, en especial en lo que se relaciona con nosotros. Démosle gracias porque no es menos digna de alabanza por lo que hace, aún en el infierno, que la misericordia por lo que realiza en el cielo. Pidámosle perdón por nuestras faltas contra ella. Supliquémosle que nos revista y arme de su odio contra el pecado, para destruirlo en nosotros y en los demás, tanto como nos sea posible.

Sábado

Adoremos la santidad de Dios con los serafines que cantan sin cesar: santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos. Adoremos y bendigamos la voluntad que él tiene de que seamos santos cuando nos dice: *Sed santos, porque yo soy santo*. Pidámosle perdón por los obstáculos que le hemos presentado. Entreguémonos a su santidad y supliquémosle que nos separe enteramente del pecado, de nosotros mismos y de todas las cosas y nos una fuerte e inseparablemente a solo Dios.

Tercera manera

Domingo

Adoremos a Jesús como Hijo único de Dios y un solo Dios con su Padre y su Espíritu Santo; como al que nos ha creado, conserva y guía; como a nuestro hermano que nos ha hecho hijos de Dios al darnos a su Padre por Padre nuestro. Démosle gracias. Pidámosle perdón por el mal uso de sus dones. Entreguémonos a él y roguémosle que nos haga partícipes del amor que tiene a su Padre y de su celo por su gloria.

Lunes

Adoremos y amemos a Jesús como principio, junto con el Padre, del Espíritu Santo, al que nos ha merecido con su sangre y nos lo ha dado para que sea, en cierta manera, nuestro espíritu y corazón, nuestra luz y amor, nuestra fuerza y consuelo. Démosle gracias por ello. Pidámosle perdón por haber hecho tan poco uso de don tan excelente. Entreguémonos al Espíritu de Jesús y supliquémosle que apague en nosotros el espíritu del mundo y del hombre viejo y nos llene, posea y conduzca en todo según su voluntad.

Martes

Adoremos y amemos a Jesús como nuestro redentor, que nos ha redimido al precio de su sangre, trabajos y padecimientos. Pidámosle perdón por haber malgastado tantas veces lo que le ha costado tan caro: nuestro tiempo, nuestra vida, con todas sus funciones y dependencias, para darlas a sus enemigos.

Entreguémonos a él y supliquémosle que como dueño que es de todo lo nuestro emplee su poder y su bondad para tomar de ello plena posesión y utilizarlo según su beneplácito.

Miércoles

Adoremos y amemos a Jesús como nuestro superior y padre. Agradecemos su solicitud y las muestras de su amor paternal por nuestra comunidad. Pidámosle perdón por nuestras desobediencias e ingratitudes. Entreguémonos a él y supliquémosle que no permita que alguien distinto de él la gobierne. Y que nos infunda un espíritu de amor, de respeto, de sumisión y de imitación con respecto a él.

Jueves

Adoremos a Jesús como Cabeza de su Iglesia a la que escogió para que sea su cuerpo y por lo mismo a cada uno de nosotros para que seamos sus miembros. Agradecemos tan incomprensible favor. Pidámosle perdón por no haber actuado con él como los miembros con su Cabeza y por la deshonra que le hemos causado al no haber vivido ni actuado como miembros de esa Cabeza. Entreguémonos a él para vivir de su vida, imitar sus sentimientos, profesar sus máximas y conducirnos en todo por su Espíritu.

Viernes

Adoremos a Jesús en su cruz, como sumo sacerdote que se inmola a sí mismo, y como hostia santa inmolada para gloria de su Padre y por nuestra salvación. Agradecemos su sacrificio y el habernos comunicado sus condiciones de sacerdote y hostia. Pidámosle perdón por las faltas cometidas en nuestras funciones sacerdotales. Entreguémonos a él y supliquémosle que nos comunique el espíritu de su sacerdocio y nos haga dignos de ser víctimas que se sacrifiquen con él; que nos asocie a su sacrificio, nos inmole junto con él a la gloria de su Padre y nos consuma en las llamas de su amor.

Sábado

Adoremos a Jesús como Hijo único de María. El nos la ha dado también por superiora y madre. Agradecemosle que la hubiera escogido por Madre suya y nuestra. Pidamos perdón al Hijo y a la Madre por nuestras ingratitudes y ofensas. Entreguémonos a Jesús y supliquémosle que nos haga participar de su espíritu filial con respecto a su santa Madre. Ofrezcámonos a María, Madre de Jesús y roguémosle que asuma sobre nuestra comunidad el poder que le corresponde para dirigirla en todo y hacer que en ella viva y reine la adorable voluntad de Dios y el divino Espíritu de su Hijo.

Cuarta manera

Domingo

Adoremos a Jesús en el amor purísimo que tiene a su Padre y en su perfecta sumisión a la voluntad divina. Agradecemosle el honor que le ha tributado con estas virtudes. Pidámosle perdón por nuestras faltas contra ellas. Entreguémonos a él para participar de su amor y sumisión. Y roguemos a la santa Virgen, a los ángeles y santos que nos alcancen esta gracia.

Lunes

Adoremos a Jesús en su profunda humildad. Agradecemosle el honor tributado a su Padre con esta virtud. Pidámosle perdón por nuestras faltas contra la humildad y supliquémosle que destruya en nosotros cuanto le es contrario y haga reinar en nosotros su humildad. Invoquemos para ello la ayuda de la santa Virgen, de los ángeles y de los Santos.

Martes

Adoremos a Jesús en su paciencia, mansedumbre y benignidad. Agradecemosle el honor que tributó a su Padre con esas virtudes. Pidámosle perdón por nuestras faltas contra ellas. Entreguémonos a él para continuar su espíritu de paciencia y mansedumbre y supliquémosle que destruya en nosotros cuanto le es contrario y haga vivir y reinar en nosotros esas virtudes. Con este fin

imploremos el auxilio de la santa Virgen, de los ángeles y de los santos.

Miércoles

Adoremos a Jesús en su amada virtud de la pureza y en su odio por lo que le es contrario. Agradecemosle el honor que tributó a su Padre con esa virtud. Pidámosle perdón por nuestras faltas contra ella. Entreguémonos a él para imitarlo en su amor a la pureza y en su odio al vicio opuesto. Supliquémosle que haga vivir y reinar en nosotros dicha virtud angélica y roguemos a la Virgen de las vírgenes, a los ángeles y a los santos, en especial a las santas vírgenes que nos alcancen esta gracia.

Jueves

Adoremos a Jesús en su caridad y celo ardiente por nuestra salvación. Agradecemosle el honor que con ella ha tributado a su Padre. Pidámosle perdón por nuestras faltas contra esa virtud. Entreguémonos a él para revestirnos de su caridad y celo, rogándole nos haga partícipes de ella. Invoquemos con este fin la intercesión de su santa Madre, de los ángeles, de los santos.

Viernes

Adoremos a Jesús en su obediencia, exacta, pronta y perfecta que lo hizo obediente hasta la muerte de cruz. Agradecemosle el honor que tributó a su Padre con dicha virtud. Entreguémonos a él para imitar su obediencia y supliquémosle que aniquile nuestra voluntad propia y haga vivir y reinar en nosotros la voluntad divina. Con este fin imploremos la ayuda de la Madre de Dios, de los ángeles y de los santos.

Sábado

Adoremos a Jesús en el amor que ha tenido y tendrá enternamente por su amabilísima Madre. Agradecemosle los efectos de su amor a ella y el habérmola dado por Madre. Pidamos perdón por nuestras ingratitudes hacia él y hacia ella. Entreguémonos a él para continuar su amor hacia una Madre tan admirable y su celo por su honor. Ofrezcámonos a esta Madre de amor y declarémosle

que queremos servirla, amarla y honrarla en todas las formas posibles, con la gracia de su Hijo.

RENOVACION DE LAS PROMESAS CLERICALES

En la fiesta de la Presentación de la santa Virgen María.

El que preside dirá en voz alta lo siguiente:

Vamos a renovar, queridos hermanos, nuestra profesión clerical. Que cada uno se entregue a nuestro Señor para repetir interiormente lo que voy a decir. Unámonos a las disposiciones con que el sumo sacerdote, Jesús, y los santos sacerdotes, ejercieron su sacerdocio. Que los ángeles y los santos, especialmente nuestros ángeles custodios, los santos sacerdotes y levitas, y la santa Virgen nos entreguen con este fin al Hijo de Dios y hagan con nosotros y por nosotros lo que vamos a hacer.

Trinidad santa y adorable, Padre, Hijo y Espíritu Santo: prosternado ante ti con humildad y devoción, te adoro en ti misma y en todas tus obras, especialmente en tu Iglesia y en el sacerdocio que estableciste en ella para tu gloria y para nuestra salvación.

Tú eres, Dios mío, el principio y la fuente de la dignidad, poder y santidad del sacerdocio cristiano; tú eres motivo de todas sus funciones, cuyo único fin es el honor debido a tu divina Majestad.

Por ti quedan consagrados, bendecidos y santificados los sacerdotes y levitas en tu Iglesia. Por tu adorable voluntad son llamados y elegidos a tan alta dignidad. Por comunicación de tu admirable paternidad, Padre santo, llegan a ser los padres de los hijos de la luz. Por participación en tu sacerdocio, oh Jesús, Hijo único de Dios, son los sacrificadores del Altísimo. Por efusión especial de tu santidad, oh Espíritu divino, son los santificadores de los hombres. En ellos y por ellos, Rey del cielo, te haces visible sobre la tierra y realizas en ella obras que sólo pertenecen a un poder y bondad infinitos. Tú eres, en fin, su herencia, su tesoro y su gloria, en la tierra y en el cielo.

Te adoro, alabo y glorifico, Trinidad augusta, en todas estas cosas y en lo que eres respecto a ellas y a la sagrada orden en la que los hiciste entrar. Que te bendigan conmigo las criaturas del universo, Padre santo, por haber querido establecer esta orden en tu Iglesia. De ella tú eres el primer principio y el autor, tu Hijo Jesús el institutor y Cabeza, y tu Espíritu Santo su guía y santificador. Te bendigo, porque has querido fundar, apacentar y santificar a tu Iglesia, mediante esa misma orden.

¡Cuán agradecido debo estar contigo, Dios mío, por haberme escogido, a mí, que nada soy, a mí, pecador, infinitamente indigno de toda gracia, para entrar en esta orden, la primera y más santa de todas y que santifica las demás! Que todas las criaturas y las potencias de tu divinidad te bendigan y glorifiquen por ello eternamente.

¿Cómo podré reparar, Señor mío, los innumerables pecados, ofensas y negligencias cometidas desde que entré en la santa familia del estado eclesiástico? Perdón, Dios mío, perdón, te lo suplico. Detesto, por amor a ti, mis ingratitudes e infidelidades. Te ofrezco, en santificación, la pasión y muerte de mi Salvador y el honor que te han tributado y que te tributarán por siempre, Jesús, su santa Madre, y los santos sacerdotes y levitas, en sus funciones clericales y sacerdotales. Prometo, con la ayuda de tu gracia, que llevaré en adelante una vida ajustada a la santidad de mi vocación. Y para comenzar desde ahora, quiero renovar la solemne profesión que te hice cuando entré en ella.

Así, pues, ante el cielo y la tierra, renuncio para siempre al pecado, al mundo y a mí mismo. Y en unión del amor con que me escogiste, Dios mío, para que te perteneciera y me consagrara a ti, en forma especial, por la unción sacerdotal, te escojo también como mi herencia, mi tesoro y mi todo. *El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en su mano*¹.

Que yo te pertenezca a ti, Dios de mi corazón, como tú a mí. Que sea tuyo para siempre como para siempre tú eres mío; que mi corazón esté en ti como en su tesoro; que mi vida se consagre y sacrifique a tu gloria; que encuentre mi gozo y mis delicias en

¹ Es costumbre que todos pronuncien al tiempo este versículo del salmo 15 (16), 5.

desempeñar santamente, por amor a ti, las funciones sacerdotales y clericales y en seguir en todo momento tu adorable voluntad.

Virgen santa, Madre del Sumo Sacerdote y de todos los demás sacerdotes: por medio de ti Dios me concedió la gracia de entrar en la orden de tu Hijo; te doy gracias de todo corazón y te suplico que se lo agradezcas por mí, me ayudes a reparar mis faltas y me alcances las gracias para servirlo fielmente en la santidad de mi profesión.

Me ofrezco a vosotros, santos apóstoles, a todos los santos sacerdotes y levitas: ofrecedme a Jesús, el sumo sacerdote. Dadle gracias por mí, por sus dones infinitos. Pedidle perdón por mis ingratitudes. Reparad mis deficiencias. Rogadle que así como se dignó comunicarme su sacerdocio, me comunique también el espíritu y las disposiciones con que él ejerció sus funciones. Y que así como me asoció a vosotros en su orden santa, me haga partícipe del amor, caridad, celo, humildad, paciencia, mansedumbre, sumisión, obediencia, pureza y demás virtudes que os adornaron, para agradar mejor a su divina Majestad y bendecir eternamente, con vosotros y con él, la santa Trinidad. Amén.

Todos contestan: Amén, amén, que así sea, Señor Jesús, con tu gracia y para gloria de tu nombre.

VIVA JESUS Y MARIA

**DEVOCION
AL SANTISIMO CORAZON
DE LA
SANTA VIRGEN MARIA**

DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE LA SANTA VIRGEN MARIA

OC. VIII, 411-444.

INTRODUCCION

P. Jacques Arragain, C.J.M

La obra literaria que san Juan Eudes consagró a María comprende en primer término textos latinos de saluciones y letanías para la piedad privada y también misas y oficios para celebrar sus misterios preferidos, festejados en algunos lugares o cuya fiesta instituyó él mismo e hizo celebrar con autorización de los obispos diocesanos. Así por ejemplo, la fiesta del santo Corazón de María, el 8 de febrero, o la de la santa Infancia, el 12 de octubre.

Además el Santo compuso tres libros para propagar el culto a la Virgen: LA DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE MARIA (1650), LA INFANCIA ADMIRABLE DE LA SANTISIMA MADRE DE DIOS (1676) y EL CORAZON ADMIRABLE DE LA SACRATISIMA MADRE DE DIOS (obra póstuma, 1681). Aquí presentaremos el primero de estos tres libros.

En 1648, durante una gran misión que Juan Eudes daba en Autun, obtuvo del obispo Claudio Ragny de la Madeleine la autorización para celebrar solemnemente en la catedral la fiesta del Corazón de María, instituida por él en 1643. Para la ocasión hizo imprimir en Autun los textos, compuestos por él, de la Misa y del Oficio del Corazón de María y añadió la Misa y el Oficio de su Santo Nombre, así como dos saluciones: el AVE COR SANCTISSIMUM y el AVE MARIA, FILIA DEI PATRIS, precedidos cada uno de una introducción y seguidos de

las aprobaciones requeridas. Su libro se titulaba LA DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON Y AL SANTISIMO NOMBRE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN.

En 1650 reeditó ese libro en Caen y añadió, a manera de prefacio, un tratado sobre LA DEVOCION AL CORAZON DE MARIA de sesenta páginas. En el capítulo primero el Santo demuestra cómo el origen de esta devoción se encuentra en el Evangelio y en los comentarios de numerosos Padres y escritores eclesiásticos. En el capítulo segundo expone las principales razones de honrar al Corazón de María. En el tercero, partiendo de los sentidos bíblicos del término CORAZON indica el objeto de la devoción. Finalmente en el capítulo cuarto enumera los medios para honrar al Corazón de María. "Este estudio es, en resumidas cuentas un corto tratado de la devoción al Corazón de María y, aunque muy breve, es, así lo creemos, uno de los mejores que poseemos" (OC. VIII, 404).

Pero hay más. Este opúsculo -no sólo el tratado sino también la Misa, el Oficio y el Ave Cor- señala una etapa importante en la producción literaria y en la evolución de la espiritualidad de san Juan Eudes.

El libro de 1650 tuvo una tercera edición, aumentada a su vez, en 1663. En 1666 se publica un resumen en el que ya no figuran las misas y los oficios sino un oficio parvo y letanías, con consideraciones para enfervorizar al lector en la devoción al Corazón de María. Mas esto "no es sino una pequeña parte de un libro que empecé hace algún tiempo y que deseo grandemente terminar, si place a Dios", escribe el Santo al comienzo de la edición de 1663. El libro del que habla es el CORAZON ADMIRABLE, obra maestra del Santo al que dio nacimiento LA DEVOCION de 1650 y que sólo aparecerá después de la muerte de su autor en 1681.

En cuanto a la espiritualidad del Santo se puede decir que el libro de LA DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE MARIA da la orientación nueva y característica que ella va a tomar, orientación que se llama "el paso al Corazón". En 1637, siendo oratoriano, el autor del REINO DE JESUS conoce bien la espiritualidad de Bérulle, la vive y la expone de manera concreta. Mediante la adoración el cristiano orienta su ser y su vida a la

gloria de Dios. En la línea de su bautismo practica la abnegación y la adhesión, continúa la vida de Jesús en sus estados y misterios. María, modelo perfecto de esa formación de Jesús en ella, forma también a Jesús en nosotros, como lo formó en ella misma. Pues bien, y esto constituye la primera iluminación del Padre Eudes, todo tiene por causa y fin el amor y la caridad. Lo que Dios hace por nosotros mediante su Hijo y todo cuanto quiere de nosotros es el amor. Lo comprendió así y lo practicó María de modo perfecto. De ahí la importancia de los actos de amor en VIDA Y REINO DE JESUS.

La otra iluminación decisiva, tomada de la Sagrada Escritura, es que el Corazón es el amor. El nudo de su reflexión son los nueve sentidos bíblicos de la palabra corazón que desembocan todos, de una manera u otra en el amor. Habrá que esperar aun varios años para que estos ocho corazones sean jerarquizados en tres corazones: corporal, espiritual y divino. Pero por el momento, "todos estos corazones no forman sino un solo corazón en la Madre de amor".

Y la devoción al Corazón de María no consiste en honrar un misterio, una acción, una cualidad y ni siquiera la misma persona de María. Es honrar lo que en ella es la fuente de la dignidad y santidad de todo ello, es decir su amor y su caridad.

DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE LA SANTA VIRGEN MARIA

1. EL ORIGEN Y EL FUNDAMENTO DE ESTA DEVOCION

La devoción al santísimo Corazón de la santa Virgen Madre de Dios no es algo nuevo. Es tan antigua como la religión cristiana y el Evangelio pues el evangelista san Lucas la menciona dos veces en el mismo capítulo de su Evangelio. En el v. 19 del capítulo 2º dice: *María conservaba estas cosas meditándolas en su Corazón* y en el v. 51: *Su Madre conservaba en su Corazón el recuerdo de todo aquello.*

Así pues, esta devoción tiene su origen y fundamento en el santo Evangelio. Porque si el Espíritu Santo que inspiró a los evangelistas cuanto ellos escribieron, quiso que uno de ellos nos hablara tan honrosamente del Corazón virginal de la Madre del Salvador y nos la presentara como la fiel depositaria de los principales misterios que obró en la tierra y como libro viviente y evangelio eterno en el que está escrita su vida, es para que a imitación suya honremos este Corazón perfecto digno de honor eterno.

El mismo Espíritu, que escogió al Corazón de la Madre del amor hermoso para tener en él su descanso y establecer el trono de su amor, no se contentó con evangelizarnoslo mediante san Lucas. Quiso utilizar también los oráculos y doctores de su Iglesia para anunciarnos sus eminentes perfecciones y para incitarnos a tributarle el honor y las alabanzas que le son debidos.

En efecto, muchos santos Padres como san Ambrosio, san Agustín, san Juan Crisóstomo, san León, san Bernardo, Beda el venerable, san Lorenzo Justiniano, san Buenaventura, san Bernardino de Siena y otros hablan de ella digna y santamente. Podrás comprobarlo a lo largo de este estudio y en el Oficio y la Misa compuestos en honor de este santísimo Corazón donde se les cita en diversos lugares.

El docto y piadoso Ricardo de Saint-Laurent, penitenciario de Ruan, que vivió hace más de cuatrocientos años, dice, en su obra de los doce libros de alabanzas de la santa Virgen, que de ese Corazón partieron los dos primeros hechos que dieron comienzo a nuestra salvación, a saber, la fe y el consentimiento que ella dio a la palabra del ángel; que ese Corazón es el primero entre todas las criaturas que fue digno de recibir en él al Verbo eterno salido del Corazón de su Padre para venir a este mundo; que en este Corazón pacífico la misericordia y la justicia divina se dieron el beso de paz; que a ese Corazón materno, en el momento de la pasión de nuestro Señor, lo afligieron mil heridas y violentos dolores por nuestros pecados; que llevó sobre sí nuestros dolores con los del Salvador y realizó de verdad aquellas palabras: *Ninguna herida como la de su corazón*¹ porque todo e íntegro el Corazón de esta Madre afligida fue traspasada por mil dardos de dolor.

El mismo autor nos advierte que el dignísimo Corazón de la Madre de Dios es como una biblioteca viviente que encierra cuanto de más singular y grande hay en todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. De ahí que lo llame *Archivo de las Escrituras*². Y añade que es un libro vivo en el que el dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, escribió la vida de nuestro Señor Jesucristo³.

El sabio y piadoso Juan Gerson, una de las lumbreras de la célebre universidad de París, dice que el Corazón de la Madre del Salvador es como la zarza de Moisés, que arde siempre en el fuego de una ferviente caridad, sin jamás consumirse; que es el verdadero altar de los holocaustos sobre el que el fuego sagrado del divino amor se halla encendido día y noche; que el sacrificio más grato a Dios y más útil al género humano, después del sacrificio que Jesucristo hizo de sí mismo en la cruz, es el holocausto que la santa Virgen ofreció al Padre Eterno en el altar de su Corazón, cuando miles de veces y con tanto amor, ella le ofreció este mismo Jesucristo, su Hijo único y amadísimo. Jesucristo fue sacrificado una vez en la cruz pero innumerables

¹ Eclo. 25, 13.

² Lib. 12; lib. 10.

³ Lib. 4 y 12.

veces fue inmolado por nosotros al Padre en el Corazón de su santa Madre.

Muchos otros eximios doctores, antiguos y recientes, han escrito con especial afecto sobre este tema, especialmente los que han comentado el capítulo segundo de san Lucas y las palabras del Cantar de los Cantares, 8,6: *Grábame como un sello en tu corazón* y éstas del capítulo 5,2: *Yo dormía pero mi corazón velaba*.

Santa Matilde, de la orden de san Benito, que vivía en el año 1300, es citada sobre este tema y muy alabada por el padre Poiré y por el padre Canisio, como excelente instrumento del espíritu de Dios y como oráculo del que se sirvió Jesucristo para comunicarse con los hombres.

Esta santa recibió de labios de nuestro Señor muchas bellas instrucciones acerca de la devoción que él deseaba se tuviera a su adorabilísimo Corazón y al Corazón amabilísimo de su Madre bendita¹.

Te das cuenta por consiguiente cómo la devoción al Corazón sagrado de la gloriosa Virgen está fundada en la autoridad del Evangelio, de los Padres y Doctores de la Iglesia y en la piedad de los santos. Ella toma su origen no sólo en la Sagrada Escritura, en los escritos y en los corazones de los santos sino sobre todo en el Corazón adorable de Jesús, Hijo único de María, que quiso constituirse él mismo en su doctor y su predicador.

2. RAZONES QUE NOS OBLIGAN A TENER DEVOCION PARTICULAR AL SANTISIMO CORAZON DE LA VIRGEN MARIA.

Infinidad de razones nos obligan a imitar a los santos y santas que acabo de mencionar en su devoción especial al Corazón de la Madre del amor hermoso. Te enumero algunas de las principales.

¹ Lib. 1, cp. 2, 5, 18; Lib. 2, cp. 16, 17; lib. 3, cp. 2,7.

2.1. La primera es que debemos honrar y amar las cosas que Dios ama y honra y en las que es amado y glorificado.

Pues bien, después del adorabilísimo Corazón de Jesús no ha habido jamás, en cielo y tierra, un corazón tan amado y honrado por Dios y que haya glorificado y amado tanto a Dios como el dignísimo Corazón de la Madre del Salvador. Es el trono más excelso del amor divino. En ese Corazón sagrado tiene el amor de Dios dominio perfecto. Porque siempre reinó en él sin intermisiones y sin obstáculos y con él las leyes todas de Dios, todas las virtudes cristianas, los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas.

2.2. Y es que la santa Trinidad encuentra en el santísimo Corazón de nuestra Señora un cielo de gloria y un edén de delicias. Porque, si, como lo desea el apóstol, los corazones de los fieles son morada de Jesucristo¹ y si el mismo Jesucristo nos asegura que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacen su morada en los corazones de los que aman a Dios² ¿quién puede poner en duda que la santa Trinidad haya tenido siempre su mansión, de manera inefable y sorprendente, en el Corazón virginal de quien es la Hija del Padre, la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo y que ella sola ama a Dios más que todas las criaturas juntas?

2.3. Además ese Corazón es el depositario sagrado de los misterios y portentos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo como lo afirma san Lucas: *Y su Madre conservaba todo esto en su Corazón*³. Es, pues, un Evangelio vivo de la vida del mismo Jesucristo. Si debemos agradecer a los evangelistas que nos hayan dejado por escrito, en papel, los misterios de nuestra redención, con cuánta mayor razón, debemos estar agradecidos con la Madre del Redentor por haberlos escrito y conservado en su Corazón para comunicarlos luego a los santos apóstoles para que ellos los anunciaran al mundo. Por eso un gran doctor llamó a la Virgen la biblioteca de los apóstoles⁴. Lo que puede aplicarse también a su Corazón sacratísimo.

¹ Ef. 3, 17.

² Jn. 14, 23.

³ Lc. 2, 51.

⁴ VIGUERUS, De Mysterio Incam. c. 20.

2.4. El Corazón amabilísimo de María es la fuente de sus piadosos sentimientos, de sus buenas palabras y acciones, de las virtudes que practicó y de la santidad de su vida. Porque así como, según dice el Señor, los malos pensamientos, palabras y obras proceden del corazón¹, también los buenos nacen en él.

Si la Iglesia celebra fiestas en honor de acciones particulares de la Madre de Dios, como la Presentación, la Visitación, la Purificación, cuánto honor debemos tributar a su santo Corazón, fuente de cuanto hay en ella de santo, teniendo en cuenta, sobre todo, que es la sede del amor y éste es el principio, la medida y la regla de toda santidad.

2.5. La piedad popular ha conservado con veneración algunos objetos que se dice pertenecieron a la Madre de Dios; con cuánta mayor razón se debe honrar y celebrar con alabanzas a su Corazón, digno de todo honor².

2.6. ¿Quién podrá contar cuán encendido de amor estaba este Corazón incomparable para con su Hijo y con cuánta solicitud alimentaba, vestía, cuidaba y educaba a nuestro Salvador? Le debemos por ello gratitud sin medida.

2.7. Además, ¿cuánto reconocimiento debemos a ese Corazón tan lleno de caridad por nosotros? Si juntáramos en un solo corazón el amor de todas las madres que han existido, existen y existirán, sólo sería una chispa de esa hoguera ardiente de caridad que consumía el Corazón de la Madre del amor hermoso por todos sus hijos.

2.8. Aunque el Corazón de Jesús sea diferente del Corazón de María y lo sobrepase infinitamente en excelencia y santidad, Dios ha unido tan estrechamente esos dos corazones que podemos decir con verdad que no son sino un Corazón, animados por un mismo espíritu y por los mismos sentimientos y afectos.

¹ Mt. 15, 19.

² San Juan Eudes menciona diversos objetos conservados en santuarios célebres de su época; en nuestros días su autenticidad se rechaza o al menos se pone en duda (N. del E.).

Si san Bernardo, cuando habla del adorabilísimo Corazón de nuestro Señor, nos da a entender que el Corazón del Salvador es nuestro corazón¹, con mayor razón podemos decir que ese mismo Corazón de Jesús es el Corazón de su santa Madre. Si se dijo de los primeros cristianos que no tenían sino un solo corazón y una sola alma por la mutua y estrecha caridad que los unía, con sobrados motivos, podemos afirmar que Jesús, Hijo de María, y María, Madre de Jesús, no tienen sino un corazón y una sola alma, por la perfectísima coincidencia y armonía de espíritu, de voluntad, de sentimientos y de inclinaciones que existían entre ellos. Además Jesús de tal manera vive y reina en María que es de verdad el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el Corazón de su Corazón. Tan cierto es todo esto que, hablando con propiedad, el Corazón de María es Jesús. Y así honrar y glorificar el Corazón de María es honrar y glorificar a Jesús.

2.9. La Iglesia canta todos los días al Hijo único de María: *Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron*² y san León³ con san Agustín⁴ nos enseñan que la Virgen Madre concibió y llevó al Hijo de Dios en su Corazón antes de concebirlo y llevarlo en sus entrañas y que lo llevó en su vientre porque primero lo había llevado en su Corazón por su amor ardentísimo hacia él; y si lo llevó nueve meses en sus entrañas lo llevó siempre y lo llevará eternamente en su Corazón. Pues bien, si alabamos y veneramos las sagradas entrañas que llevaron al Hijo del eterno Padre y los pechos que lo alimentaron, ¿qué honor y qué alabanzas no deberemos tributar a su dignísimo Corazón?

2.10. Por la profunda humildad, la pureza sin igual y el amor ardentísimo de su Corazón virginal esta Virgen de las vírgenes cautivó el Corazón del Padre eterno, que es su Hijo mismo, y lo atrajo a su Corazón y a sus entrañas. Por esas virtudes fue elevada a la sublime dignidad de Hija primogénita del Padre, de Madre del Hijo, de Esposa del Espíritu Santo, de santuario de la Trinidad, de soberana del universo. Debido a ello nos fue dada por

¹ Tract. de Pass. Dom. cp. 3.

² Lc. 11, 27.

³ Serm. 1, de Nat. Dom.

⁴ Lib. de Sanct. virg. cp. 3.

Madre, abogada y protectora. ¡Cuánta gloria merece su dichoso Corazón!

2.11. Este Corazón maternal fue traspasado por una espada de dolor al pie de la cruz de su Hijo. San Lorenzo Justiniano dice a este propósito que el Corazón de la Virgen llegó a ser como un espejo terso de la pasión de Jesucristo e imagen perfecta de su muerte¹. Ahora bien, como hemos sido nosotros, con nuestros pecados, la causa de todos sus dolores, estamos en la obligación de tributarle toda la gloria que nos sea posible para reparar el disgusto y la angustia que le hemos proporcionado.

2.12. Así como debemos compartir las aflicciones de la santísima Virgen debemos igualmente alegrarnos de sus consuelos. Y así como hemos causado amarguras a su alma debemos esmerarnos por acrecentar las alegrías de su Corazón mediante la alabanza y valiéndonos de cuantos recursos dispongamos para servir y honrar ese Corazón sin igual.

2.13. Este Corazón admirable es la imagen perfecta del Corazón divino de Jesús; es el ejemplar y el modelo de nuestros corazones; nuestra felicidad, perfección y gloria consiste en que nuestros corazones sean imágenes vivas del santísimo Corazón de María así como él es la imagen perfecta del Corazón adorable de Jesús. De ahí que sea muy provechoso exhortar a los cristianos a la devoción al Corazón de la Virgen María. Ya que la suprema devoción, dice san Agustín, es imitar aquellos que honramos, invitar a los fieles a que honren el Corazón de la Madre de Dios es incitarlos a imitar sus eminentes virtudes, a grabar su imagen en sus corazones y a ser dignos hijos del Corazón de Madre tan excelsa.

2.14. El Corazón de la Reina de los angeles no sólo es el prototipo y el ejemplar sino también, después del Corazón de Jesús, el rey de todos los corazones que han sido creados para amar a Dios. Este Corazón no sólo debe ser considerado e imitado como modelo de todos los corazones sino que debe recibir de ellos los homenajes debidos a su soberano.

¹ Lib. de Triumph. Agone Christi, cp. 21.

3. QUE SE ENTIENDE POR CORAZON DE LA SANTA VIRGEN.

Si me preguntas qué se entiende por santísimo Corazón de la santa Virgen es importante que antes tengas en cuenta que el término corazón tiene diversos sentidos en la Sagrada Escritura.

3.1. Significa el corazón material y corporal que llevamos dentro del pecho; él es la parte más noble del cuerpo humano, principio de la vida, primero en vivir y último en morir; es la sede del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, del miedo y demás pasiones del alma. De este corazón habla el Espíritu Santo cuando dice: *Por encima de todo guarda tu corazón porque de él brota la vida*¹. Como si dijera: si diriges y regulas las pasiones y movimientos de tu corazón, ajustándolos a la razón y al espíritu de Dios, gozarás de vida corporal larga y tranquila y de vida espiritual santa y honrada. Pero si ellas se enseñorean de tu corazón te darán muerte temporal y eterna.

3.2. El término corazón se emplea en la Sagrada Escritura para significar la memoria como cuando dice el Señor a los apóstoles: *Poneos en el corazón que no tenéis que preparar vuestra defensa*², es decir: acordaos cuando os lleven por causa de mi nombre ante los reyes y los jueces de que no debéis preocuparos de lo que vais a responder.

3.3. Significa también el entendimiento mediante el cual hacemos la meditación. Esta consiste en un discurrir y razonar sobre las cosas de Dios para persuadirnos y convencernos acerca de las verdades cristianas. Este es el corazón que señalan aquellas palabras: *Acoge las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón*³.

3.4. Expresa igualmente la voluntad libre que es la más noble de las potencias del hombre, la reina de las demás facultades, la raíz del bien y del mal, la madre del vicio y de la virtud. De este corazón hace mención Jesucristo cuando dice: *El que es bueno, de*

¹ Prov. 4, 23.

² Lc. 21, 14.

³ Sal. 19 (18), 15.

*la bondad que almacena en su corazón saca el bien; y el que es malo saca el mal*¹. Un buen corazón, es decir, la buena voluntad del justo es un tesoro inapreciable del que sólo nace toda suerte de bienes; pero un corazón malo, o sea la mala voluntad del malvado, es fuente de toda maldad.

3.5. Corazón significa también aquella parte suprema del alma que los místicos llaman "la punta del espíritu" por la cual se realiza la contemplación. Esta consiste en una exclusiva mirada y sencillísima visión de Dios sin razonamiento ni multiplicidad de pensamientos. En opinión de los santos Padres a esta parte se refiere el Espíritu Santo al hacer decir a la santa Virgen: *Yo duermo pero mi corazón vela*². Porque ni el descanso ni el sueño de su cuerpo le impedían, dicen san Bernardino de Siena y varios otros, que su Corazón, vale a decir la parte más excelsa de su espíritu, estuviera siempre unido a Dios mediante altísima contemplación³.

3.6. A veces se entiende por corazón el interior del hombre, cuanto pertenece al alma y a la vida interior y espiritual conforme a estas palabras del Hijo de Dios al alma fiel: *Grábame con un sello en tu brazo, como un sello en tu corazón*⁴. Es decir, imprime en tu alma y en tu cuerpo, mediante la perfecta imitación, la imagen de mi vida interior y exterior.

3.7. Puede significar el Espíritu Santo que es el corazón de la santa Trinidad. Ella promete dárnoslo para que sea nuestro espíritu y nuestro corazón: *Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo*⁵. Y para darnos a entender cuál sea ese espíritu y ese corazón añade: *Os infundiré mi espíritu*⁶.

3.8. Al Hijo de Dios se le llama en las Sagradas Escrituras el corazón del Padre eterno. Porque de ese corazón habla el Padre a su divina esposa, la purísima Virgen, cuando le dice: *Me has*

¹ Lc. 6, 45.

² Cant. 5, 2.

³ Tom. 2, serm. 51.

⁴ Cant. 8, 6.

⁵ Ez. 36, 26.

⁶ Ez. 36, 27.

*raptado el corazón, hermana y novia mía*¹. Y a ese mismo Hijo de Dios se le llama también *el aliento de nuestra boca*², es decir, el alma de nuestra alma y el corazón de nuestro corazón.

3.9. También se toma el término corazón por la facultad y capacidad de amar que se puede alojar en la parte superior o inferior, material o sobrenatural del alma, como también el amor humano y divino que procede de esa facultad. A ese corazón se refieren las palabras: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*³, es decir, con toda la capacidad de amar que él te ha dado.

Con estas premisas, paso a dar respuesta a la pregunta inicial. Entiendo por Corazón de la santa Virgen lo que su Hijo amadísimo quiso decir con aquellas palabras que dirige a todos los cristianos, pero principalmente, a su divina Madre: *Grábame como un sello en tu corazón*⁴.

Entiendo lo que ella quiere darnos a comprender cuando nos dice: *Yo duermo pero mi corazón vela*⁵.

Entiendo lo que el Espíritu Santo quiere declararnos cuando nos dice en san Lucas: *María conservaba todas estas cosas en su corazón*⁶.

Y para hablar más claramente, entendemos por corazón de la gloriosa Virgen esas nueve clases de corazones que acabamos de enumerar, que todos forman un solo corazón en la Madre de amor. En efecto, por una parte todas las facultades de la parte superior e inferior de su alma han estado perfectamente conjugadas y por otra, Jesús, que es el corazón del Padre eterno y el Espíritu Santo de Jesús, que es el corazón de la santa Trinidad, le fueron dados a ella, para ser el espíritu de su espíritu, el alma de su alma y el corazón de su corazón; ella se encontraba, en efecto, más llena, penetrada, animada, poseída y conducida por

¹ Cant. 4, 9.

² Lam. 4, 20.

³ Mt. 22, 37.

⁴ Cant. 8, 6.

⁵ Cant. 5, 2.

⁶ Lc. 2, 19. 51.

Jesús y por su divino Espíritu que por su propio espíritu y su propio corazón.

Y podemos decir con verdad que todos esos corazones, que forman uno solo, están incluidos en estas palabras del Espíritu Santo: *María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón.* Porque:

3.9.1. Conservaba los misterios y maravillas de la vida de Jesús, su Hijo, en su Corazón sensible y corporal, principio de la vida y sede del amor y de las demás pasiones. Porque todos los latidos de ese Corazón virginal, las funciones de la vida sensitiva que de él procedían, y los actos de dichas pasiones, tenían por objeto a Jesús y cuanto acontecía en él: el amor para amarlo, el odio para detestar lo que le es contrario, la alegría para regocijarse por su gloria y su magnificencia, la tristeza para afligirse por sus trabajos y sufrimientos. Y así de las demás pasiones.

3.9.2. María los conservaba en su Corazón, o sea en su memoria, en su entendimiento, en su voluntad, y en lo más íntimo de su espíritu. Porque todas las facultades superiores de su alma se hallaban permanentemente ocupadas en recordar, meditar, contemplar, adorar y glorificar la vida de su Hijo, hasta en el menor detalle, consciente de que nada había en él que no fuera infinitamente grande y adorable; y si cuida con tanta solicitud de nuestras pequeñas cosas hasta contar nuestros pasos y los cabellos de nuestra cabeza, si recompensa con gloria eterna las menores acciones hechas por amor a él, mucho más debemos considerar y honrar todo cuanto él ha dicho, hecho y padecido por nosotros en este mundo.

3.9.3. María los conservaba en su Corazón, vale decir en su alma y en su interior, esmerándose en realizar estas divinas palabras: *Grábame como un sello en tu corazón*, así imprimía en su alma y en su cuerpo la imagen perfecta de la vida y de las virtudes de su Hijo; y conservaba esas cosas en su Corazón mediante la imitación.

3.9.4. María los conservaba en su Corazón mediante el Espíritu Santo que era el Espíritu de su espíritu y el Corazón de su corazón; conservaba para ella todos estos misterios y maravillas; se los hacía repasar y recordar para que fueran su alimento por la

contemplación y tributar así a su Hijo el honor y la adoración que le eran debidos y poder luego transmitirlos a los apóstoles y a los discípulos.

3.9.5. De la misma manera los conservaba en su Corazón mediante su Hijo, Jesús, que la llenaba, poseía y guiaba como no hubieran podido hacerlo su propio espíritu y corazón; él esclarecía su entendimiento con luces infinitas e imprimía en su alma un inmenso respeto y veneración por los misterios realizados en ella o de los que había sido testigo.

3.9.6. Finalmente los conservaba en su Corazón empleando toda su capacidad natural y sobrenatural de amar, en un ejercicio continuo de amor purísimo, decidido y ardiente, a su Hijo Jesús, único objeto de sus afectos; amaba igualmente cuanto le acontecía en su interior y su exterior, en su humanidad y su divinidad. Por causa de ese amor Jesús residía, vivía y reinaba siempre en su Corazón, conforme a sus palabras: *Si alguno me ama, mi Padre lo amará y vendremos a él y viviremos en él*¹.

Esto es lo que entendemos por corazón santísimo de la amada de Dios. Deseamos, sobre todo, venerar y honrar primera y principalmente la facultad y capacidad de amar, natural y sobrenatural, que se encuentra en esta Madre de amor. Ella la empleó íntegramente en amar a Dios y al prójimo. Es este amor y caridad de la Madre del Salvador el que está expresado y contenido en la palabra corazón cuando decimos: *Grábame como un sello en tu corazón*. Porque aún cuando el término corazón representa todo el interior, significa principalmente el amor, como lo atestiguan estas otras palabras: *Porque es fuerte el amor como la muerte, es centella de fuego, llamada divina*². Y así cuando el Esposo celestial dice a su esposa: *Grábame como un sello en tu corazón, como un sello sobre tu brazo* es como si dijera: graba en ti una imagen perfecta del amor que tengo por mí mismo y que tengo por ti y un retrato vivo de la caridad que tengo a todos los hombres. Que tu Corazón se encienda interiormente con el fuego sagrado del amor que me tengo a mí mismo y de mi caridad para con todas las criaturas y que las

¹ Jn. 14, 13.

² Cant. 8, 6.

llamas de ese fuego se hagan visibles en tus palabras y en tus obras.

Nunca se ha encontrado ni se hallará jamás alguien que haya cumplido tan perfectamente este mandamiento del divino Esposo de las almas fieles como la Virgen fidelísima. Por eso es llamada *la Madre del amor hermoso*¹.

Así pues, lo que contemplamos y veneramos de manera especial en nuestra Señora y Madre es ese amor y caridad incomparables. Eso es lo que entendemos primordialmente por su santísimo Corazón. Es bajo esta hermosa cualidad y glorioso título de Madre de amor y de caridad como deseamos honrar y alabar a esta admirable Virgen y Madre.

4. CONTINUA EL MISMO TEMA

Por lo dicho puedes ver que celebrar y honrar el santísimo corazón de la santa Virgen es celebrar y honrar las funciones todas de su vida corporal y sensitiva, de la que el corazón es el principio.

Es honrar el uso santo que hizo ella de las pasiones que tienen su sede en el corazón, como también de su memoria, entendimiento y voluntad y de la parte suprema de su espíritu.

Es honrar infinidad de maravillas que tuvieron lugar en su alma y en su vida interior y espiritual.

Es honrar los frutos de luz, de gracia, de santidad que el Espíritu Santo y su Hijo Jesús, que son el corazón de su corazón, han obrado en ella y la respuesta fiel que ella dio para colaborar con ellos.

Pero, sobre todo, es celebrar y honrar de manera especial el inmenso amor y caridad ardiente de esta Madre del amor hermoso para con Dios y para con los hombres y todas las consecuencias que tal amor y caridad produjeron en sus pensamientos, palabras, plegarias, acciones, sufrimientos y en la práctica de todas las virtudes.

¹ Eclo. 24, 24.

¿Qué honor no merecen portentos tan grandes y admirables?

4.1. ¡Cuánta veneración se merece ese corazón sensible y corporal de la Madre de Dios que ha sido el principio de la vida humana del Niño Jesús cuando habitaba en sus benditas entrañas! En efecto, mientras un niño está en el vientre materno el corazón de la madre es fuente de la vida tanto del hijo como de la suya propia en total y mutua dependencia.

¡De cuánto respeto y de cuántas alabanzas no es digno el Corazón santo de María del que el Niño Jesús quiso depender durante nueve meses! ¡Corazón admirable, principio de dos vidas tan nobles y preciosas: de la vida purísima y santa de la Madre de Jesús y de la vida humanamente divina y divinamente humana del hijo de María! ¡Corazón sobre el que el Niño Jesús tantas veces descansó! ¡Corazón que por su calor natural produjo la purísima leche que lo alimentó! ¡Corazón que es la parte más noble y venerable de su cuerpo virginal, que dio un cuerpo al Verbo eterno, a quien los espíritus celestes adoran y bendicen! ¡Corazón, en fin, que es sede y templo en el que la pasiones del amor y del odio, de la alegría y de la tristeza han tributado tanto honor y gloria al que ha sido siempre su dueño y rey absoluto y a cuya voluntad tales pasiones han estado plenamente sometidas!

4.2. ¡Cuánto honor no merecen las facultades superiores de la Virgen Madre, su memoria, su entendimiento, su voluntad y la parte más íntima de su espíritu que no han tenido más ocupación que Dios y su Hijo único y han estado sólo bajo la moción del Espíritu Santo!

4.3. ¡Cuánto no debemos honrar el alma santa y la vida interior y espiritual de la Madre de Dios que es la imagen perfecta del alma deificada de Jesús y vivo retrato de su vida interior y oculta!

4.4. ¡Cuánta gloria no debemos tributar a Jesús, que es el verdadero Corazón de María, y al Espíritu Santo de Jesús, que es el espíritu de su espíritu y el alma de su alma, por tantos pensamientos santos con que colmaron su espíritu, por tantas luces celestiales con las que iluminaron su memoria y su entendimiento, por tantas iniciativas infundidas en su voluntad, por la altísima contemplación a la que la elevaron, por tantos ardores con que inflamaron su Corazón, por tantos dones de la

gracia y tantas virtudes eminentes con que adornaron su alma y por tantos prodigios obrados, a lo largo de tanto tiempo, en las facultades de su alma santa!

4.5. ¡Cuántas alabanzas no merece esta Reina de los corazones consagrados a Jesús no sólo por no haber puesto jamás óbice a la acción de su Hijo y del Espíritu en ella, sino por haber correspondido y cooperado con tanta fidelidad, con todo su corazón y según la plenitud de la gracia que en ella había! Usó perfectamente de estas luces, dones y favores para la gloria de Dios y el cumplimiento de sus voluntades divinas.

4.6. Pero sobre todo, ¡cuánto honor, gloria y amor debemos a esta Madre del amor hermoso, la más amante y amable y la más amada por Dios y por los hijos de Dios entre todas las criaturas! ¡Cuánta honra no merece esta Madre amorosa que es toda Corazón, toda amor y toda caridad hacia Dios y hacia los hombres por los frutos admirables y copiosos de su amor y caridad incomparables!

Porque, para decirlo una vez más, lo que nos proponemos bendecir, alabar y enaltecer, en todas las formas posibles, es este amor, milagro de los divinos amores; es esta caridad, maravilla de las santas caridades; es el Corazón virginal, colmado, poseído y abrasado en tal amor y caridad.

Deseamos honrar en la santa Virgen, Madre de Jesús, no sólo algunos de sus misterios o acciones, como su concepción, su nacimiento, su presentación, su visitación o su purificación; no sólo algunas de sus cualidades como su condición de Madre de Dios, o de hija del Padre, o de esposa del Espíritu Santo, o de templo de la santa Trinidad, o de reina del cielo y de la tierra; ni siquiera honramos solamente la fuente y el origen de su santidad y de la dignidad de sus misterios, acciones, cualidades y de su persona, es decir su amor y su caridad, ya que, según los santos doctores el amor y la caridad son la medida del mérito y el principio de toda santidad.

Veneramos ese Corazón lleno de amor y caridad que santificó los pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos de la santa Madre del Salvador.

Honramos ese Corazón, hoguera del amor y de la caridad divinos que santificó su memoria, entendimiento, voluntad y las facultades superiores e interiores de su alma.

Ensalzamos ese Corazón que adornó toda su vida interior y exterior con santidad maravillosa e incomparable.

Enaltecemos ese Corazón que contiene en grado eminente todas las virtudes, los dones y frutos del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas.

Glorificamos ese Corazón que atrajo hacia ella el Corazón de la santa Trinidad, esto es, el Espíritu Santo para que fuera su Espíritu y su Corazón.

Tributamos honra a ese Corazón que conmovió el Corazón del Padre eterno, o sea a su Hijo amadísimo para que fuera el Corazón de su corazón.

Es ese Corazón que hizo que sus sagradas entrañas y sus benditos pechos fueran dignos de llevar y alimentar al que sostiene al mundo y que es la vida de todos los vivientes.

Es ese Corazón el que la exaltó a la dignidad, en cierto modo infinita, de Madre de Dios y de Señora del universo. Por ello dice san Agustín¹ que su mayor dicha fue llevar a Jesucristo en su Corazón antes que en sus entrañas; y si la Iglesia canta con razón: Bienaventuradas las entrañas de María Virgen, con mayores motivos puede decir: Dichoso el Corazón de María Virgen que llevó al Hijo del eterno Padre.

Podemos afirmar por consiguiente que por haber sido este Corazón ardiente de amor y de caridad el que la constituyó Madre de Jesús, ese mismo Corazón la hizo Madre de todos los miembros de Jesús.

Ese Corazón la exaltó en el cielo sobre los serafines y la hizo sentar en un trono de gloria, incomparable de grandeza, poder y felicidad, por su dignidad, infinita en cierta manera, de Madre de Dios.

¹ Lib. de sancta virginitate, cap. 3.

Ese Corazón bendito es fuente inexhausta de dones, gracias, favores y bendiciones para los que aman de veras a esta Madre del amor hermoso y honran con devoción su amabilísimo Corazón según las palabras que el Espíritu Santo le hace decir: *Yo amo a quienes me aman*¹.

Finalmente, con este Corazón divino y maternal de nuestra Madre y nuestra Reina tenemos obligaciones casi infinitas. Por eso nunca podríamos tributarle cumplida honra, alabanza y gloria.

De todo lo dicho puedes concluir que es bueno y santo, muy útil para nuestras almas y agradable sobremanera a Dios, al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a la santa Madre de Dios celebrar la memoria de tantas maravillas y consagrar un día al año a esta devoción del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Agradecemos así a la santa Trinidad tantas pruebas de su bondad hacia la más noble y querida de sus criaturas; nos regocijamos con esa Madre de amor por los portentos que el Todopoderoso realizó en su amabilísimo Corazón y nos estimulamos, meditando en sus dones, a tributarle el honor y el servicio que El quiere que le rindamos y a hacernos dignos, con la ayuda de su gracia, mediante la imitación de sus virtudes, de pertenecer al número de los verdaderos hijos de su Corazón maternal.

5. SIETE MEDIOS DE HONRAR EL SANTISIMO CORAZON DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

Las anteriores consideraciones muestran a las claras que la devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen María está muy sólidamente fundada. Por eso debemos idear toda clase de medios para honrarlo y hacerlo honrar por los cristianos. Te expongo siete principales:

5.1. Si deseas agradecer a ese Corazón virginal tan solícito por tu salvación escucha y obedece lo que el Señor te dice con estas

¹ Prov. 8, 17.

palabras: *Hijo mío, dame tu corazón*¹ y con estas otras: *Convertíos a mí de todo vuestro corazón*².

Para ello haz el firme propósito de cumplir la promesa que hiciste a Dios en tu bautismo de renunciar enteramente a Satanás, a sus obras pecaminosas y a sus pompas, es decir, al mundo y de seguir a Jesucristo en su doctrina, en sus costumbres y virtudes.

Y para que te conviertas a Dios no sólo de corazón sino con todo tu corazón, proponte fervientemente, con la gracia de Dios, convertir y dirigir las pasiones de tu corazón a su divina Majestad, poniéndolas al servicio de su gloria. El amor, por ejemplo, amando sólo a Dios y al prójimo en Dios y por Dios; el odio, odiando sólo el pecado y cuanto lleva a él; el temor, temiendo únicamente en este mundo desagradar a Dios; la tristeza, no sintiéndola sino por haber ofendido a Dios; la alegría, colocando todo tu gozo en servir y amar a Dios y en seguir en todo y por todo su santa Voluntad.

Adoramos a un Dios que no nos pide cosas difíciles. Se contenta con que le demos nuestro corazón, con sus afectos, en especial los del amor y del odio; el amor para amarlo sobre todas las cosas y con todas nuestras fuerzas, y el odio para odiar sólo el pecado.

¿Qué hay de más amable que amar una bondad infinita de la que sólo hemos recibido toda suerte de bienes? ¿Qué hay de más fácil que odiar lo más abominable que hay en el mundo y que es la causa de todos nuestros males?

Desde ahora entrega por entero y de manera irrevocable tu corazón a aquel que lo ha creado, que lo ha rescatado y que tantas veces te ha dado el suyo. Y para que tome plena posesión de él, comparte los mismos sentimientos del Corazón de María, a saber:

- gran sentimiento de horror y de abominación frente al pecado,

¹ Prov. 23, 26.

² Joel, 2, 12.

- hondo sentimiento de odio y desprecio por el mundo depravado y por todo lo que le pertenece,
- profundo sentimiento de humilde estima, y aun de menosprecio, por ti mismo,
- radical sentimiento de aprecio, respeto y amor por todo lo que atañe a Dios y a su Iglesia,
- alto sentimiento de veneración y afecto por la cruz de Jesucristo, por las privaciones, humillaciones, penas y sufrimientos, que son los más preciados tesoros del cristiano en este mundo, según el oráculo celestial: *Teneos por muy dichosos, hermanos míos, cuando os veáis asediados por pruebas de todo género*¹ para que puedas decir con san Pablo: *Dios me libre de gloriarme sino de la cruz de Cristo*².

5.2. Uno de los medios más útiles de honrar el dignísimo Corazón de la Reina de las virtudes es que te esmeres por imitar e imprimir en tu corazón una viva imagen de su santidad, afabilidad, bondad, humildad, pureza, sabiduría y prudencia, de su paciencia, obediencia, vigilancia, fidelidad, amor y demás virtudes.

5.3. Entrega a menudo tu corazón a esta Reina de los corazones consagrados a Jesús y suplícale que tome plena posesión de él para que lo entregue sin reserva a su Hijo y para grabar en él todos estos sentimientos y virtudes haciéndolo así imagen del Corazón del Hijo y de la Madre.

5.4. Socorrer a los pobres, a las viudas, a los huérfanos y a los extranjeros; proteger a los indefensos, consolar a los afligidos, visitar a los enfermos y prisioneros y practicar otras obras de misericordia semejantes agrada sobremanera al Corazón misericordioso de la Madre de la gracia.

5.5. Sobre todo, la mayor alegría que podamos proporcionar al Corazón sagrado de María, encendido en amor por las almas que costaron la sangre preciosa de su Hijo, es trabajar con celo y con amor en su salvación. Porque si los corazones de los ángeles y de los santos del cielo se regocijan cuando se convierte un pecador en la tierra, el Corazón de su Reina se alegra más por ello que

¹ Sant. 1, 2.

² Ga. 6, 14.

todos los habitantes del cielo juntos por cuanto tiene más amor a Dios y a los hombres que todos los corazones angélicos y humanos del cielo y de la tierra.

5.6. Procura tributar diariamente algún homenaje especial a este Corazón real de la Señora del universo mediante algún acto piadoso o con alguna plegaria por esta intención. Puedes servirte para ello de la salutación compuesta en su honor que encontrarás al final de este libro¹.

5.7. Acuérdate de destinar un día cada año para festejar este Corazón. En algunos lugares se hace ya el primero de junio. Pero en muchos otros se celebra la fiesta solemne el ocho de febrero, fecha más conveniente para este efecto.

Porque si se pesan bien aquellas palabras: *María conservaba todas estas cosas en su Corazón*, registradas dos veces en el capítulo 2º de san Lucas, ellas nos proclaman lo más notable y digno de admiración en el muy noble Corazón de la Madre del Salvador, digno por tanto de nuestra rendida veneración. Pues bien, en el primero de estos textos esas palabras se refieren a los hechos maravillosos que tuvieron lugar en la divina Infancia del Hijo de Dios; en el segundo mencionan los que sucedieron durante su vida oculta. Ambos declaran que su santa Madre conservó fielmente los unos y los otros en su Corazón.

Y precisamente, el comienzo del mes de febrero, cuando se celebra la fiesta del Corazón de la santa Virgen, coincide con el final del tiempo consagrado a honrar la divina infancia, que culmina con la fiesta de la Purificación, y abre el tiempo dedicado a honrar la vida oculta, período que va desde la Purificación hasta la Cuaresma.

De ahí que el tiempo del año más propicio para celebrar la fiesta del amabilísimo Corazón de la Madre de Dios es el comienzo del mes de febrero.

Muchos eminentes prelados, que han honrado con su aprobación este libro, han exhortado a sus diocesanos a acoger esta devoción

¹ Se trata de la oración compuesta por san Juan Eudes *Te saludamos, María, hija de Dios Padre*, que figura en el manual.

y a celebrar en esta fecha esta festividad sirviéndose del Oficio que se publica en seguida, inspirado en la Sagrada Escritura y en los santos Padres.

Finalmente, si no viviéramos en un siglo en el que, al parecer, cuesta creer en el Evangelio, podría referir aquí varios milagros realizados en el cuerpo y en el espíritu por la invocación y los méritos del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Me limitaré sólo a decir que es imposible que nuestro Señor Jesucristo pueda rehusar nada de cuanto se le pide conforme a su gloria y a nuestra salvación, sobre todo cuando se le ruega por el amabilísimo Corazón de su queridísima Madre que lo ama y amará siempre con mayor fervor que todos los corazones de los ángeles y de los santos.

Suplico a Jesús, rey de los corazones, por el inmenso amor de su Corazón filial hacia su santa Madre y por la perfecta dilección que el Corazón maternal de María le tiene, que bendiga, con sus más preciadas bendiciones, a cuantos celebren esta fiesta de su sacratísimo Corazón y que establezca en sus corazones el imperio eterno de su divino amor.

Oro a María, Madre de Jesús, por el adorable Corazón de su Hijo amadísimo y por el suyo propio, que ofrezca esos corazones a la divina voluntad, rogándole que aniquile en ellos cuanto le desagrada, y viva y reine perfectamente en ellos para siempre.

Ruego finalmente al Hijo y a la Madre que envíen centellas de la hoguera ardiente de sus amabilísimos Corazones a los corazones de quienes celebrarán con amor dicha fiesta, para que los enfervorice en amor sagrado si se encuentran tibios, los incendie si están ardientes, los abraze si están incendiados.

VIVA JESUS Y MARIA

EL DIVINO CORAZON DE JESUS

EL DIVINO CORAZON DE JESUS

OC. VIII, 206-353.

Introducción

P. Jacques Arragain C.J.M.

LA DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE LA SANTA VIRGEN MARIA fue el arroyuelo del que nació, como un río, el CORAZON ADMIRABLE DE LA SANTISIMA MADRE DE DIOS, última obra de san Juan Eudes, largamente madurada, culminación de sus cuarenta años de investigaciones doctrinales y de devoción litúrgica, referentes al culto, primero conjunto, luego diferenciado, de los Corazones de Jesús y de María.

"Hoy, 25 de julio de 1680, anota el Padre Eudes en su diario (OC. XII, 135), Dios me concedió la gracia de terminar mi libro del CORAZON ADMIRABLE DE LA SANTISIMA MADRE DE DIOS". El 19 de agosto siguiente moría el santo. Su sucesor, el Padre Blouet de Camilly, lo publicó en abril de 1681. Era un magnífico "in quarto" de 782 páginas. Fue reeditado en dos tomos en París en 1834 antes de aparecer en 1908, en los tomos VI, VII y VIII de las Obras Completas. Es la más voluminosa obra del santo. Por ese motivo la presente edición sólo presenta el libro doce consagrado directamente al solo Corazón de Jesús, pero no puede dejar que el lector ignore la obra más considerable del Padre Eudes. Esta introducción se propone, pues, darle brevemente una idea sustancial de la misma. Después de algunas indicaciones sobre la composición y las fuentes, vendrá un análisis detallado de los once primeros libros; algunas palabras sobre el libro doce introducirán un esbozo del concepto de san Juan Eudes sobre el Corazón de María y sobre el Corazón de Jesús.

Composición y fuentes.

Impulsado por su amor a María, Juan Eudes reunía en el seminario de Caen todas las obras sobre ella que encontraba durante sus viajes o que le eran obsequiadas. Algunos hermanos le redactaban colecciones de notas. Y entre una y otra misión se inspiraba en ellas para componer sus libros. Siempre tenía cuatro o cinco en elaboración; entre ellos dos sobre la Virgen: LA INFANCIA ADMIRABLE, terminada en 1676, "que me significó un descanso delicioso...obra más de mi corazón que de mis manos" escribe en la conclusión y EL CORAZON ADMIRABLE, por cuya terminación ruega, en ese mismo lugar, a la "Reina de su Corazón" que interceda junto a su Hijo (OC. V, 477).

Con ese método el Padre Eudes ha hecho un libro de vasta erudición. Buscó en la Sagrada Escritura el sentido de la palabra CORAZON pero sobre todo meditó los textos que nos hablan del amor de Dios, de Cristo y de la Virgen, en especial en el Cantar de los Cantares, en los profetas, y en el evangelio. Los Padres le son familiares tanto los griegos como los latinos: Cirilo de Alejandría, el Seudo-Dionisio, Juan Damasceno, Agustín, Ambrosio, etc. Cita con soltura a escritores eclesiásticos: Anselmo, Bernardo, Buenaventura, entre otros; a místicos y autores espirituales antiguos o contemporáneos. Su conocimiento de los escolásticos hace honor a sus maestros de Caen y de París. De todo ello resultó, según uno de los últimos obispos de Bayeux "como una suma teológica de la devoción al Corazón de María, luminosa y grandiosa, aunque a veces difusa y vehemente... enorme cúmulo de pruebas, de consideraciones y de consejos, en el que han venido a inspirarse todos los autores que en los tiempos siguientes han escrito sobre el tema" (Monseñor Picaud).

Los once primeros libros

¿Qué contiene la obra? Empezando, un primer libro, muy importante, dice lo que es el Corazón de María y también el Corazón de Jesús, objeto de la devoción. Sigue un grupo compacto de ocho libros, cerca de las dos terceras partes del conjunto; trata allí de los cuatro fundamentos de esa devoción.

En primer lugar el Padre. Partiendo de la creación y del Antiguo Testamento nos ofrece doce CUADROS del Corazón de María: cielo, sol, tierra, fuente...zarza ardiente, arpa de David, trono de Salomón, etc. Luego el Verbo. El reprodujo en el Corazón de María los atributos divinos, los llamados metafísicos: unidad, simplicidad, infinitud, etc. y los llamados morales: santidad, fuerza, sabiduría, etc. En tercer lugar el Espíritu Santo. El también nos habla del Corazón de María, mediante la Escritura, de donde analiza doce ORACULOS, entre ellos las dos alusiones de Lucas al Corazón de María. Nos habla también por los Padres y escritores eclesiásticos, por los autores espirituales, entre los cuales doce jesuitas, apóstoles del Corazón de María; los Papas, cardenales y prelados que han aprobado esa devoción; luego por santos y santas que la han celebrado. El cuarto fundamento, en fin, son todas las excelencias de María; doce y aun trece de ellas son aquí objeto de meditación, en particular y largamente la misericordia, utilizando los mejores pasajes de los Padres y escritores eclesiásticos.

En el décimo libro el padre Eudes ofrece un excelente comentario del MAGNIFICAT que él denomina el cántico del Corazón de María. De él pesa cada palabra. Se extasía ante la alabanza que la Virgen dirige a Dios, en la alegría; ante la inmensidad de los dones que inspiran su acción de gracias; ante la misericordia del Señor que se extiende de generación en generación.

El libro undécimo trata brevemente del culto al Corazón de María, de las razones que lo justifican, de los medios de practicarlo. Aconseja una actitud interior de unión y de ofrenda a María, para vivir con ella de la vida de Jesús. Indica muchas prácticas: meditaciones, de las que brinda dos series, oraciones personales, textos litúrgicos; entre éstos recomienda la Misa y el Oficio propios de los que él es el autor. Con este undécimo libro se termina el estudio propiamente dicho sobre el Corazón de María, emprendido por san Juan Eudes.

El libro doce

Pero no se puede separar "del Corazón de la Madre de Jesús el Corazón del Hijo único de María". Por eso el santo añade cerca de doscientas páginas consagradas únicamente al Corazón divino de Jesús. Estas constituyen el duodécimo libro del CORAZON

ADMIRABLE, el único que se publica en la presente edición ya que el Padre Eudes había dado lo esencial de su pensamiento sobre el Corazón de María en su opúsculo **LA DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA** que aparece publicado aquí íntegramente.

Estas páginas finales no tienen la amplitud de la suma consagrada a María en los libros precedentes. Sin embargo si unimos a este duodécimo libro lo esencial de lo que se dijo en el primero sobre el significado de corazón, objeto de la devoción, tenemos un excelente tratado sobre el Corazón de Jesús. El padre Eudes define allí con profundidad los beneficiarios del amor de Jesús: el Padre, objeto de un amor eterno, inmenso, infinito; María, colmada de gracias insondables; la Iglesia en todas sus dimensiones; cada uno de nosotros en particular, gracias sobre todo a la Eucaristía y la pasión. El padre Eudes analiza sutilmente la acción de las divinas personas que coinciden en este misterio de amor que es la Redención del mundo por el Verbo encarnado. Finalmente, después de citar extractos de diversos autores, aun contemporáneos, que han escrito excelentemente sobre el Corazón de Jesús, el santo termina indicando prácticas de culto, oraciones y sobre todo meditaciones, llenas de doctrina y de unción, y "aspiraciones" al Corazón divino.

Devoción eudista a los Sagrados Corazones

Para san Juan Eudes el corazón es el amor y la caridad. Pero en María y Jesús, el amor es realidad compleja. En 1650 el santo le atribuía ocho dimensiones. Hacia 1665 adoptó la división tripartita: corazón corporal, corazón espiritual y corazón divino: "tres corazones que son un solo corazón" a los que Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas* hará eco con su "triple amor". Los dos primeros corazones cubren las mismas realidades para Jesús y María. El corazón corporal es el órgano cardíaco pero también (en el siglo XVII) "la sede de las pasiones". El corazón espiritual es la memoria, el entendimiento, y sobre todo la voluntad, facultad del amor. Es también la vida de gracia y de caridad, obrada por el Espíritu Santo. El corazón divino, para Jesús, es su amor en cuanto Dios (Dios es amor) y en cuanto principio, con su Padre, del Espíritu Santo. En cuanto a María es una criatura tan vacía de sí misma que se puede decir con razón -como dice san Pablo- que ella ya no vive sino que es Jesús el que vive en ella, que es el

Corazón de su corazón y por consiguiente ella tiene un Corazón todo divino.

La devoción a estos dos corazones es en primer tiempo contemplación. Para Jesús se contempla el misterio insondable de su amor trinitario: amor del Padre y del Hijo, origen de su vínculo de amor que es el Espíritu; se contempla su amor de donde procede, por el Hijo, la creación, la encarnación redentora: "he aquí que vengo", la Inmaculada Concepción, el misterio pascual, la Iglesia, los sacramentos, fuentes de gracia. Jesús nos ama como el Padre lo ama a él, nos hace sus herederos. Para María se contempla su corazón divino: María, modelo perfecto de renuncia a todo cuanto no es Cristo, unida con adhesión total, la de la esclava, a los pensamientos de Dios, por la fe; a sus promesas por la esperanza y a su voluntad por la caridad, adhesión a las virtudes y a los estados y misterios de Jesús.

En cuanto al culto, en lo que atañe a Jesús, se trata de adorarlo, bendecirlo, glorificarlo y darle gracias, pedirle perdón y unir nuestra reparación a la suya cerca del Padre. Luego, de responder a su amor con nuestro amor, y amándonos unos a otros como él nos amó. En lo que mira a María se trata de venerarla, glorificarla, agradecerle y sobre todo expresarle nuestra confianza. Pero, se trate del uno o de la otra, es importante servirnos de su Corazón, el de Jesús, como de un tesoro, de un oráculo, de una regla de vida. Se trata asimismo de apropiárnoslo porque nos pertenece y luego de ofrecérselo pues contiene cuanto hay de más precioso: el Corazón de su Padre y el de su Madre con quienes no tiene sino un mismo Corazón. Finalmente hay que pedir a María que como ella formó a Jesús en su Corazón, antes de formarlo en sus entrañas, lo forme también en nosotros y nos lleve en su Corazón como a sus hijos muy amados, con su primogénito Jesús, nuestro hermano.

EL DIVINO CORAZON DE JESUS

CAPITULO I

EL DIVINO CORAZON DE JESUS ES LA CORONA DE LA GLORIA DEL SANTISIMO CORAZON DE MARIA

No es justo separar dos realidades que Dios ha unido tan estrechamente con los lazos más fuertes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Me refiero al divino Corazón de Jesús, Hijo único de María y al Corazón virginal de María, Madre de Jesús. El Corazón del mejor Padre que pueda existir y de la mejor Hija que haya existido y existirá siempre; el Corazón del más divino de los esposos y de la más santa de las esposas; el Corazón del más amable de todos los Hijos y de la más amante de todas las Madres. Son dos corazones unidos por el mismo espíritu y el mismo amor que une al Padre de Jesús con su Hijo amadísimo hasta no formar sino un solo Corazón, no en unidad de esencia como lo es la unidad del Padre y del Hijo, sino de sentimiento, de afecto y de voluntad.

Estos dos corazones de Jesús y de María se hallan unidos tan íntimamente que el Corazón de Jesús es el principio del Corazón de María como el creador es el principio de su criatura; y que el Corazón de María es el origen del Corazón de Jesús como la madre es el origen del corazón de su hijo.

¡Prodigio admirable! El Corazón de Jesús es el corazón, el alma, el espíritu y la vida del Corazón de María. No tiene éste actividad ni sentimiento sino por el Corazón de Jesús. A su vez el Corazón de María es la fuente de la vida del Corazón de Jesús, residente en sus benditas entrañas, como el corazón de la madre es el principio de la vida del corazón de su Hijo.

Finalmente el Corazón adorable de Jesús es la corona y la gloria del amable Corazón de la Reina de los Santos. Como también el Corazón de María es la gloria y la corona del Corazón de Jesús porque le tributa más honor que todos los corazones del paraíso.

Por eso, después de haber hablado ampliamente del Corazón augusto de María, es razonable no terminar este libro sin decir algo del Corazón admirable de Jesús. ¿Pero qué podremos decir sobre un tema que es inefable, inmenso, incomprensible e infinitamente elevado por encima de las luces de los querubines? Las lenguas de los serafines serían demasiado débiles para hablar dignamente de la más mínima centella de esa hoguera abrasada por el divino amor. ¿Cómo un miserable pecador, lleno de tinieblas e iniquidad, se atreverá a acercarse a ese abismo de santidad? ¿Cómo osará mirar ese formidable santuario cuando golpean sus oídos aquellas terribles palabras: *temblad ante mi santuario?* "Señor Jesús, lava en mí mis iniquidades para que merezca entrar con espíritu purificado en el Santo de los santos", con puros pensamientos y palabras encendidas en aquel fuego celestial que trajiste a la tierra y abrasa en él el corazón de los lectores.

CAPITULO II

EL CORAZON DE JESUS ES UNA HOGUERA DE AMOR AL PADRE ETERNO

Infinidad de razones nos obligan a tributar adoraciones y honores al divino Corazón de nuestro Salvador. Ellas están contenidas en las palabras de san Bernardino de Siena que llama a ese Corazón: *Hoguera de ardentísima caridad para inflamar y abrasar el universo entero*¹.

En efecto, el Corazón admirable de Jesús es una hoguera de amor a su Padre, a su santa Madre, a su Iglesia y a cada uno de nosotros, como se verá en los capítulos siguientes.

Pero ¿qué espíritu podría imaginar y qué lengua expresar la menor chispa de esa hoguera infinita del divino amor que abrasa el Corazón del Hijo de Dios hacia su Padre? Se trata de un amor digno de tal Padre y de tal Hijo. Es amor a la altura de las perfecciones del ser amado. Es un Hijo infinitamente amante quien ama a un Padre infinitamente digno de amor. Es un Dios que ama a un Dios. Es amor esencial que ama al amor eterno. Es

¹ Sermo 514, de Passione Dom. p.2, tit.1

amor inmenso, incomprensible e infinito. En una palabra el Corazón de Jesús, tanto en su divinidad como en su humanidad, se encuentra más abrasado de amor hacia su Padre, y lo ama infinitamente más en cada instante, que los corazones de los ángeles y de los santos en toda la eternidad.

Y como no existe amor más grande que el dar la vida por el amado, el Hijo de Dios ama tanto a su Padre que estaría listo a sacrificarla de nuevo, como la sacrificó en la cruz, y con los mismos tormentos, por amor a su Padre, si tal fuera su beneplácito. Y como es amor inmenso estaría listo a sacrificarla por todo el universo. Y como es amor eterno e infinito, estaría dispuesto a sacrificarla eternamente, infinidad de veces y con dolores infinitos.

¡Oh Padre, Creador, vida y Señor del universo! Nada en el mundo es tan digno de amor como tú. Tus perfecciones infinitas y tus bondades indecibles imponen a tus criaturas obligaciones infinitas de servirte, honrarte y amarte con todas sus fuerzas. Y, sin embargo, nada hay en el mundo que sea tan poco amado como tú, tan despreciado y ultrajado como tú. *Me han odiado a mí y a mi Padre* ¹, dice tu Hijo Jesús: *Gratuitamente me han odiado* ² a mí que en cambio los he colmado de beneficios. Pues multitud de demonios y de condenados profieren en el infierno millones de blasfemias contra tu majestad y la tierra está llena de infieles, de herejes y de falsos cristianos que te tratan como si fueras su peor enemigo.

Pero dos cosas me consuelan y alegran. La primera es que tus perfecciones y grandezas, Dios mío, son tan admirables y sientes tal complacencia en el amor infinito de tu Hijo por ti y en lo que hizo y sufrió para reparar las injurias de tus enemigos que éstos no podrán jamás arrebatarte el menor brillo de tu gloria y felicidad.

La segunda es que Jesús, tu Hijo, que por bondad extrema quiso ser nuestra Cabeza para que fuéramos sus miembros, nos ha asociado con él en el amor que te tiene y nos ha permitido, por

¹ Jn 15, 24

² Jn 15, 25

consiguiente, amarte con su mismo amor que es, en cierta manera, eterno, inmenso e infinito.

Para que lo comprendas bien ten en cuenta estos tres puntos: el primero es que el amor del Hijo de Dios a su Padre es eterno, no pasa, subsiste siempre, estable y permanente. El segundo, que ese amor lo llena todo con su inmensidad y por lo mismo está en nuestros corazones, *más íntimo en nosotros que nosotros mismos*, como dice san Agustín. El tercero, que el Padre de Jesús *nos ha dado todas las cosas*¹ al darnos a su Hijo y por consiguiente el amor del Hijo de Dios por su Padre nos pertenece y podemos usar de él como de algo propio.

Puedo, pues, amar a su Padre y mi Padre con el mismo amor con que mi Salvador lo ama, con amor eterno, inmenso e infinito. Y para llevarlo a la práctica puedo decir de esta manera:

Me doy a ti, Salvador mío, para asociarme al amor que tienes a tu Padre. Te ofrezco, Padre adorable, ese amor eterno, inmenso e infinito de tu Hijo Jesús, como algo que me pertenece y así como el Salvador nos dice: *Os amo como mi Padre me ama*, a mi vez puedo decirte: Te amo, Padre, como tu Hijo te ama.

Y puesto que el amor del Padre por su Hijo es tan mío como el amor del Hijo por su Padre, puedo también usar de ese mismo amor del Padre por su Hijo, como de un amor mío; lo que puedo poner en práctica así:

Me doy a ti, Padre de Jesús, y me uno al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Hijo amado. Te ofrezco, Jesús, el amor eterno, inmenso e infinito de tu Padre por ti, como un amor que me pertenece. Y así como este amado redentor nos dice: *Os amo como mi Padre me ama* yo puedo a mi turno decirle: te amo, Salvador mío, como tu Padre celestial te ama.

¡Qué felicidad para nosotros que el Padre eterno nos haya hecho don de su Hijo y de todas las cosas con él y no sólo para que fuera nuestro redentor y nuestro hermano sino también nuestra Cabeza! ¡Qué privilegio ser miembros del Hijo de Dios y por lo mismo

¹ Rm. 8, 32

una sola cosa con él, y tener con él un mismo espíritu, un mismo corazón y un mismo amor para amar a su Padre!

No es de extrañar, pues, que hablando de nosotros al Padre celestial le diga Jesús: *Los amaste como me amaste a mí*¹ y que le ruegue que siempre nos ame así: *Que el amor con que me amaste a mí permanezca en ellos*². Porque si amamos a ese Padre tan digno de amor como su Hijo lo ama no puede sorprendernos que nos ame como ama a su Hijo porque nos mira en él como miembros de su Hijo que son una sola cosa con él y que lo aman con el mismo Corazón y el mismo amor que su Hijo.

Que el cielo y la tierra y todo ser creado se conviertan en llama pura de amor a este Padre de misericordia y al Hijo único de su amor; así lo llama san Pablo cuando dice: *Nos trasladó al reino del Hijo de su amor*³.

CAPITULO III

EL CORAZON DIVINO DE JESUS ES UNA HOGUERA DE AMOR A SU SANTA MADRE

Nada tan fácil como probar esta verdad. Las gracias inconcebibles con las que nuestro Salvador ha colmado a su santa Madre demuestran que tiene por ella un amor sin medida y que después de su Padre celestial es el primero y el más digno objeto de su amor. Su Hijo la ama incomparablemente más que a todos sus ángeles, sus santos y todas las criaturas.

¿De cuántos privilegios la ha colmado?

- En primer término esta santa Virgen es la única a la que el Hijo de Dios escogió desde toda la eternidad para elevarla por encima de todo ser creado, para sentarla en el más encumbrado

¹ Jn 15, 23

² Jn 17, 26

³ Col. 1, 13

trono de la gloria y de la grandeza y para darle la más admirable de todas las dignidades, la de Madre de Dios.

- Descendamos de la eternidad a la plenitud de los tiempos y veremos como esta sagrada Virgen es la única entre los hijos de Adán a quien Dios, por privilegio especial, preservó del pecado original. En testimonio de ello la Iglesia celebra todos los años la fiesta de su Concepción inmaculada por toda la tierra.
- El amor del Hijo de Dios no sólo preservó a su Madre del pecado original; también la llenó desde el momento de su concepción de una gracia tan eminente que al decir de grandes teólogos superaba la gracia del primero de los serafines y del más grande de los santos.
- Por otro privilegio sólo ella comienza a conocer y a amar a Dios, desde el primer momento y lo ama con mayor fervor que los más encendidos serafines.
- Sólo ella lo ha amado continuamente, sin interrupción, durante toda su vida. Se dice por ello que sólo hizo un acto de amor desde el primero hasta el último instante de su vida.
- Sólo ella cumplió a la perfección el primero de los mandamientos: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*¹ (...).
- Ella es la única que hizo nacer de su propia sustancia a aquel que nació desde toda la eternidad en el seno de Dios, de la sustancia de su Padre. Sí, ella dio parte de su sustancia virginal y de su sangre purísima para formar la santa humanidad del Hijo de Dios. Y colaboró con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la unión de su sustancia con la persona del Hijo de Dios; así cooperó a que se realizara el misterio de la encarnación, el mayor milagro que Dios ha hecho y podrá hacer jamás.
- Y esa sangre purísima y esa carne virginal que ella aportó en ese misterio permanecerán unidas para siempre, mediante la unión hipostática, a la persona del Verbo encarnado. Sangre

¹ Dt. 6,5

virginal y carne preciosa que se han hecho adorables en la humanidad del Verbo de Dios y que por siempre serán en él adoradas por los ángeles y los santos.

- Esta Madre admirable proporcionó también la carne y la sangre para formar el corazón del Niño Jesús; corazón que tomó su alimento y crecimiento de esa misma sangre, durante los nueve meses de su permanencia en las benditas entrañas de la Virgen, y de su leche virginal en sus primeros años.
- Sólo esta Virgen incomparable hizo de padre y de madre con respecto a un Dios y se vio obedecida por el soberano monarca del universo, lo que significa para ella más honor que si recibiera los homenajes de todo cuanto Dios podría crear.
- Sólo ella es Madre y Virgen. Ella sola llevó en sus benditas entrañas, durante nueve meses, a Aquél a quien el Padre celestial lleva en su seno por toda la eternidad.
- Sólo ella alimentó con su seno e hizo vivir al que es la vida eterna y da la vida a todos los seres vivientes.
- Sólo ella, en compañía de san José, permaneció continuamente con el adorable Salvador durante treinta y cuatro años. Es admirable que el divino redentor que vino al mundo para salvar a todos los hombres sólo les predicó tres años y tres meses de su vida, mientras permaneció más de treinta con su Madre para santificarla siempre más y más. ¿Cuántos torrentes de gracia y de bendiciones derramaba incesantemente durante aquel tiempo en su bendita Madre, dispuesta siempre a recibirlos? ¡Con cuántos ardores y llamas celestiales el divino Corazón de Jesús, hoguera de amor, abrasaba siempre más y más el Corazón virginal de su santa Madre! Especialmente cuando esos dos corazones estaban cercanos y estrechamente unidos como cuando lo llevaba en sus entrañas, cuando le daba su seno, cuando lo mecía en sus brazos y lo reclinaba en su pecho, y durante el tiempo en que vivía familiarmente con él, como una madre con su hijo, en que comía y bebía con él, oraba a Dios con él, oía las palabras que salían de su boca adorable, como carbones ardientes que encendían siempre más su Corazón con el fuego del amor divino.

- ¿Después de éste quien podría expresar en qué manera el Corazón de la Madre del Salvador se hallaba abrasado de amor a Dios? Ciertamente hay motivos para creer que si su Hijo no la hubiera conservado milagrosamente hasta la hora que le había fijado para llevarla al cielo, ella habría muerto de amor no una sino miles de veces.
- Sólo esta Virgen maravillosa, después de su Hijo, ha sido transportada en cuerpo y alma al cielo, de acuerdo con la tradición y el sentir de la Iglesia que celebra esta solemnidad por todo el mundo.
- Sólo ella ha sido elevada por encima de los coros de los ángeles y de los santos. Sólo ella colocada a la diestra de su Hijo. Sólo a ella coronaron como reina del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres y soberana del universo. Sólo ella tiene todo poder sobre la Iglesia triunfante, militante y sufriente. *En Jerusalén se halla mi poder*¹. Ella sola tiene más valimiento cerca de su Jesús que todos los ciudadanos del cielo juntos. *A ti se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*².
- San Anselmo señala otro privilegio con estas palabras: *Si tú, Señora, callas, nadie orará, nadie prestará ayuda; pero si tú oras todos (los santos) orarán, todos ayudarán.*

He ahí un gran número de privilegios con que nuestro Salvador ha honrado a su santa Madre. ¿Quién lo obligó a ello? El amor ardentísimo de su Corazón filial hacia ella. ¿Y por qué la ama tanto?

1. Porque ella es su Madre de quien recibió nuevo ser y nueva vida.
2. La ama más que a todas las criaturas juntas porque ella tiene por él más amor que todos los seres creados.
3. La ama ardientemente porque ella ha colaborado con él en su obra máxima de la redención del mundo. Cooperó dándole un cuerpo mortal y capaz de padecer para sobrellevar los sufrimientos de su pasión; proporcionándole la sangre preciosa que derramó por

¹ Eclo. 24, 11

² Mt. 28, 18

nosotros; dándole la vida que sacrificó por nuestra salvación y ofreciendo ella misma en sacrificio, al pie de la cruz, ese cuerpo, esa sangre y esa vida.

Y si este amado Salvador ha amado de tal manera a su divina Madre, ¿cómo no estaremos nosotros obligados a amarla, servirla y honrarla en todas las formas posibles? Amémosla , pues, al mismo tiempo que a su Hijo Jesús. Y si los amamos, odiamos lo que ellos odian, amemos lo que ellos aman. No tengamos sino un corazón con ellos. Un corazón que deteste cuanto ellos detestan, es decir el pecado, en especial los pecados contrarios a la caridad, a la humildad y a la pureza; y un corazón que ame lo que ellos aman, en particular a los pobres, las cruces y todas las virtudes cristianas. ¡Alcánzanos, Madre de bondad, esta gracia de tu Hijo!

CAPITULO IV

OTRO PRIVILEGIO CON EL QUE NUESTRO SALVADOR HONRA A SU SANTA MADRE

Hay otro privilegio con el que el Hijo de Dios glorifica a su santa Madre y que sobrepasa los anteriores. Es que no sólo ella estará eternamente asociada en el cielo a la más alta dignidad del Padre eterno que es su adorable paternidad sino que posee y poseerá por siempre, ella sola, la misma autoridad de Madre que poseía en la tierra y que señalan aquellas palabras: *Y siguió bajo su autoridad*¹. Lo cual es para ella más glorioso que si tuviera el imperio de cien millones de mundos. Porque, aunque su Hijo la sobrepasa infinitamente en gloria, en poder y en majestad, él, sin embargo la mirará y honrará eternamente como a su verdadera Madre.

La condición de Hijo de Dios, dice san Ambrosio, no lo dispensaba, cuando estaba en la tierra, de la obligación divina y natural que tenía, como los demás hijos, de obedecerle como a su Madre. Tal sumisión no era humillante sino honrosa porque era voluntaria; no era fruto de incapacidad sino de piedad.

¹ Lc. 2, 51

En fin muchos santos doctores coinciden en afirmar que la Madre del Salvador tenía verdadera autoridad sobre su Hijo sea por derecho de naturaleza sea como efecto de la bondad y de la humildad de ese mismo Hijo. El más excelente de los títulos de esta divina Virgen, dice el piadoso Gerson, es el de Madre de Dios porque *le da autoridad y ascendiente natural sobre el Señor de todo el mundo*¹. No se puede pensar que su Hijo le otorgara ese poder mientras ella estaba en la tierra y se lo retirara desde que ella reina en el cielo; no tiene en efecto menos respeto y amor por ella en el cielo del que le tenía en la tierra.

Es, pues, justo pensar que no es menos poderosa en el cielo que lo que era en la tierra y que conserva aún en el cielo alguna autoridad sobre su Hijo. *Uno mismo es el poder de la Madre y del Hijo*, dice Arnolfo de Chartres; y Ricardo de Saint-Laurent: *ella fue hecha omnipotente por el Hijo omnipotente*. El Hijo y la Madre tienen la misma carne, el mismo Corazón y la misma voluntad, por ello, en cierta manera, tienen el mismo poder.

Escuchemos las magníficas palabras con las que Jorge, arzobispo de Nicomedia, se dirige a María: *Nada puede resistir a tu poder; todo cede a tu fuerza y tus mandatos; todo obedece a tu imperio; el que de ti nació se elevó por encima de todo; tu Creador saca gloria de tu gloria y se siente honrado por los que te honran; tu Hijo se regocija al contemplar el honor que te tributamos. Como si cumpliese obligaciones contigo, te concede gustoso todo cuanto le pides; nada, oh Virgen, resiste a tu poder: tu Hijo considera como propia tu gloria y, como pagando una deuda, escucha tus súplicas*².

Sabemos con certeza, dice san Anselmo, que la santa Virgen rebosa de tal manera de gracia y de mérito que alcanza siempre sus deseos³.

Es imposible, dice san Germán de Constantinopla, que no sea escuchada en todo y en todas partes puesto que su Hijo está siempre sometido a todas sus voluntades⁴.

¹ Serm. de Annunt.

² Orat. de oblat. Deiparae

³ De excel. Virg. cap. 12

⁴ Serm. 2 in B. Mariae Dormit.

Por doquiera el asombro, por doquier el milagro -dice san Bernardo- Que Dios obedezca a una mujer, es humildad sin antecedentes y que una mujer dé órdenes a Dios es sublimidad sin nada semejante. De ahí que san Pedro Damiano se atreva a decir que la Virgen bondadosa se presenta en el cielo ante el sagrado altar de nuestra reconciliación no sólo suplicante sino imperante¹. Ruega al Padre, da órdenes al Hijo con el derecho de Madre, canta la Iglesia de París en una secuencia.

Si alguien objeta que eso equivale a colocar la criatura por encima de su creador yo le preguntaré si la divina Palabra eleva a Josué por encima de Dios cuando dice que el sol se detuvo y que Dios obedeció a la voz de un hombre ². No, no es colocar la criatura sobre el creador; es que el hijo de Dios tiene tal amor y respeto por su divina Madre que su súplica equivale a un mandato.

La bienaventurada Virgen, dice san Alberto el Grande, puede no sólo implorar a su Hijo sino también darle órdenes con autoridad materna. Esto pedimos con estas palabras: *Muestra que eres madre*, muestra que eres Madre, plegaria que la Iglesia le dirige a menudo, mucho le agrada y es de gran utilidad para nuestras almas. Es como si le dijéramos: sacratísima Madre de Dios, haz que conozcamos las bondades incomparables de que rebosa tu Corazón maternal para con tus hijos indignos; concédenos comprobar el gran poder que ese Corazón benigno tiene sobre el Corazón misericordioso de tu Hijo amadísimo. *Muestra que eres Madre y que el que quiso nacer de ti acoja nuestras súplicas por tu intercesión.*

CAPITULO V

EL AMOR INFINITO DE JESUS A SU SANTA MADRE COLMO DE DOLORES EN LA PASION, SU DIVINO CORAZON

Así como el Corazón adorable de nuestro Salvador estaba inflamado de amor infinito por su santa Madre, también fueron inconcebibles sus dolores al verla sumergida en un océano de

¹ Serm. I de Nativ. B. Mariae

² Jua. 10, 14

tribulaciones en el momento de su pasión. Desde que la santa Virgen fue Madre de nuestro redentor libró un continuo combate de amor dentro de su Corazón. Porque, conociendo que era voluntad de Dios que su Hijo amadísimo sufriera y muriera por nuestra salvación, el amor ardentísimo que ella tenía a la divina Voluntad y a la salvación de los hombres la colocaba, por una parte, en total sumisión a las disposiciones divinas. Y por otra parte su amor incomparable de Madre hacia su amadísimo hijo le causaba dolores indecibles a la vista de los tormentos que debía padecer por la redención del mundo.

Los santos juzgan que al llegar el día de su pasión, dado el amor y la obediencia con que se comportaba siempre con su santa Madre y según la bondad que tiene para consolar a sus amigos en las aflicciones, antes de entrar en sus sufrimientos, se despidió de su queridísima Madre. Y para hacerlo todo dentro de la obediencia, tanto a la voluntad de su Padre como a la de su Madre, pues no conocía otra distinta de la de ese divino Padre, le pidió licencia para ejecutar lo ordenado por su Padre eterno; le comunicó que era voluntad de su Padre que ella lo acompañara hasta el pie de la cruz y una vez muerto envolviera su cuerpo en un lienzo para depositarlo en el sepulcro, y le dio consignas sobre lo que debía hacer y dónde debía permanecer hasta que hubiera resucitado.

Es probable también que le hubiera dado a conocer lo que él iba a padecer para prepararla y para disponerla a acompañarlo espiritual y corporalmente en sus sufrimientos. Y, dado que los dolores interiores de ambos eran indecibles, no se los declaraban recíprocamente mediante palabras pero sus ojos y sus corazones se entendían entre sí y se comunicaban mutuamente sus aflicciones. Mas el amor perfectísimo de ambos y su total conformidad a la voluntad divina no permitía la menor imperfección en sus sentimientos naturales. Por un lado el Salvador era el Hijo único de su amadísima Madre y sentía inmensamente sus dolores y, por otro, era su Dios y quería fortalecerla en la mayor desolación conocida. La consolaba con sus palabras que ella escuchaba y conservaba cuidadosamente en su corazón y con nuevas gracias que derramaba en su alma para que pudiera soportar y vencer los inmensos dolores que le estaban preparados. Eran éstos tan grandes que si hubiera podido sufrir en lugar de su queridísimo Hijo habría soportado más fácilmente sus propios tormentos que verlos padecer por él; le hubiera sido más llevadero dar su vida por

él que verlo sufrir suplicios tan atroces. Pero como Dios dispuso las cosas de otra manera, ella ofrecía su Corazón y Jesús su cuerpo para que cada uno padeciese lo que Dios había dispuesto. María sufría los tormentos de su Hijo y los suyos propios en la parte más sensible que es el Corazón y Jesús sufría en su cuerpo sufrimientos inexplicables y en su Corazón los inconcebibles de su santa Madre.

El Salvador se despidió de su santa Madre y fue a hundirse en el océano inmenso de sus dolores. Su desolada Madre permanecía en continua oración y lo acompañaba interiormente. Aquel triste día comenzó para ella con plegarias, lágrimas, agonías íntimas, en sumisión perfecta a la voluntad divina; ella decía con su Hijo en el fondo de su Corazón lo que él dijo a su Padre en la agonía del huerto de los Olivos: *Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya*¹.

La noche de la prisión de nuestro redentor en el huerto, los judíos lo llevaron atado, primero a casa de Anás, luego a la de Caifás; allí cansados de burlarse de él y de ultrajarlo de mil modos, se retiró cada uno a su casa. Jesús permaneció prisionero en la misma casa hasta que llegó el día.

San Juan Evangelista salió de la casa de Caifás, sea por orden recibida de Nuestro Señor, sea por alguna inspiración divina y se dirigió a la casa de la santa Virgen para informarla de lo sucedido. ¡Oh Dios! ¿quién podría expresar las tristezas, dolores y lamentaciones que se cruzaron entre la Madre de Jesús y su discípulo amado, cuando éste le refería lo hasta entonces acontecido? Ciertamente los sentimientos y angustias de ambos fueron indescriptibles. Se hablaba más con el corazón que con los labios, y con las lágrimas más que con palabras, en especial la santa Virgen porque, como su inmensa modestia no le permitía palabras ofuscadas, su Corazón sufría lo inimaginable.

Luego, viendo llegado el momento de ir a buscar y acompañar a su Hijo único en sus tormentos, salió de su casa al despuntar el día, imitando al divino Cordero en el silencio, como oveja muda, bañando el camino con sus lágrimas y enviando al cielo los ardientes suspiros de su Corazón. Que los devotos de esta Virgen

¹ Lc. 22, 42

desolada caminen en adelante por ese camino y la acompañen doloridos en sus pesares.

Los judíos llevan al Salvador a la casa de Pilatos y de Herodes entre ultrajes y baldones; la afligida Madre no pudo contemplar al Hijo a causa de la multitud y la algazara de la plebe, hasta el momento en que Pilato lo mostró al pueblo, flagelado y coronado de espinas. Fue entonces cuando al oír los gritos del populacho, el tumulto de la ciudad, las injurias y blasfemias de los judíos contra su Hijo, su Corazón padeció dolores inmensos y *sus ojos derramaron fervientes lágrimas*¹; como ella había puesto en él todo su amor, aunque la presencia de su Hijo era lo que más la afligía, la deseaba por encima de todo. Y es que el amor conoce tales excesos cuando soporta menos la ausencia del ser amado que el dolor, por grande que sea, que le causa su presencia.

Entre semejantes amarguras y angustias esta santa oveja suspiraba por ver a su divino Cordero. Finalmente lo vio desgarrado, de la cabeza a los pies, por los latigazos, con su cabeza traspasada por crueles espinas, con el rostro amoratado, hinchado, cubierto de sangre y salivazos, con una cuerda al cuello, las manos atadas, un cetro de caña en la mano y vestido con un manto de burla. El sabía que su Madre estaba allí y ella sabía que su divina Majestad leía los sentimientos de su corazón, traspasado de dolores no menos inmensos que los que él llevaba en su cuerpo.

Allí oyó los falsos testimonios que esgrimían contra él y cómo lo posponían al ladrón y homicida Barrabás. Allí escuchó millones de voces furibundas que gritaban: *¡Fuera, fuera, crucifícalo!*². Allí conoció la sentencia de muerte pronunciada contra el autor de la vida. Ahí vio la cruz en que iba a ser crucificado y cómo, con ella sobre las espaldas, empezó a caminar hacia el Calvario. Ella, siguiendo sus huellas sangrientas, bañaba el camino con tantas lágrimas como sangre vertía Jesús; también ella, cargaba con la cruz dolorosísima que sufría en su corazón, como él la llevaba en sus hombros.

Finalmente llegó ella al Calvario, acompañada de las santas mujeres que se esforzaban por consolarla. Pero ella callaba, a

¹ Lc. 2, 18

² Jn 19, 15

imitación del manso Cordero y sufría dolores inconcebibles al oír los martillazos de los verdugos sobre los clavos que fijaban a su Hijo en la cruz. Y como estaba tan débil por haber pasado en vela y llorando toda la noche y por no haber tomado alimento para sostenerse, cuando vio a aquel que amaba infinitamente más que a sí misma, levantado y clavado en la cruz, con tan crueles dolores, sin poder prestarle ningún alivio, se desmayó entre los brazos de quienes la acompañaban como acontece habitualmente en los excesivos dolores. Sus lágrimas se detuvieron, quedó sin color y temblorosa, hasta que su Hijo le dio nuevas fuerzas para que lo acompañara hasta la muerte.

Entonces, vertiendo nuevos torrentes de lágrimas empezó a padecer otro martirio de dolores a la vista de su Hijo colgado en la cruz. Ello no le impedía ejercer su oficio de mediadora ante Dios en favor de los pecadores, cooperando a su salvación con su redentor y ofreciendo por ellos al Padre eterno su sangre, sus sufrimientos y su muerte con el deseo ardiente de su felicidad eterna. El amor indecible por su amado Hijo, le hacía temer verlo expirar y morir y, al tiempo, la llenaba de dolor ver como se prolongaban sus tormentos que no teminarían sino con la muerte. También ella deseaba que el Padre celestial suavizara el rigor de su suplicio y asimismo quería conformarse totalmente a las disposiciones de ese Padre adorable. Y así el amor divino hacía nacer en su Corazón un combate en tan contrapuestos deseos y sentimientos que por provenir de ese mismo amor le causaban dolores inexplicables.

La sacratísima Oveja y el divino Cordero se miraban y se entendían el uno al otro y se comunicaban sus dolores que eran tales que sólo podían comprenderlos los corazones del Hijo y de la Madre. Por amarse perfectamente sufrían juntos esos crueles tormentos porque el amor mutuo que se profesaban era la medida de sus dolores. Quienes los consideren no los podrán entender si están lejos de comprender el amor de tal Hijo por su Madre y de tal Madre por su Hijo.

Los pesares de la santa Virgen crecían y se renovaban continuamente con los nuevos ultrajes y tormentos que la rabia de los judíos descargaba sobre su Hijo. ¿Qué dolor sentía al oírle gritar aquellas palabras: *Dios mío, Dios mío, por qué me has*

*abandonado?*¹ ¡Qué amargura cuando vio que le daban hiel y vinagre en el ardor de su sed! ¡Qué congoja cuando vio que le traspasaban el Corazón con una lanzada! ¡Qué pesadumbre al recibirlo muerto entre sus brazos, una vez bajado de la cruz! ¡Qué tristeza cuando le arrebataron su santo cuerpo para encerrarlo en el sepulcro! ¡Con qué pesar se retiraría a su casa a esperar la resurrección! Ciertamente esta divina Virgen hubiera preferido sufrir todos los dolores de su Hijo antes que ver cómo padecía.

El amor perfecto obra en los corazones que se esfuerzan por imitar a su divino Padre y a su buena Madre el hacerles soportar con gusto sus propias aflicciones y sentir vivamente las del prójimo de manera que les es más fácil sobrellevarlas personalmente que mirar cómo las sufren los demás. Esto hizo nuestro Salvador durante su vida y particularmente en el día de su pasión. Porque sabiendo que Judas lo había vendido demostró mayor tristeza por su condenación (cuando dijo que le hubiera valido mejor no haber nacido) que por los tormentos que iba a sufrir por causa de su traición.

También hizo ver a las mujeres que iban llorando detrás de él cuando llevaba su cruz cómo le eran más sensibles las tribulaciones que ellas y la ciudad de Jerusalén iban a sufrir que todo lo que él padecía. *Hijas de Jerusalén -les decía- no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque llegará el momento en que se diga: Dichosas las estériles, y los vientres que no han dado a luz y los senos que no han amamantado*².

En el momento mismo en que estaba clavado en la cruz, olvidado de sus propios suplicios, demostró que las necesidades de los pecadores le eran más sensibles que sus propios sufrimientos, cuando pidió a su Padre que los perdonara. El amor que él tiene por sus criaturas le hacía sentir sus males más que los suyos propios.

Por eso uno de los mayores tormentos de nuestro Salvador en la cruz, más sensible que sus propios dolores físicos, era ver sumergida en un mar de amarguras a su santa Madre. Tenía por ella más amor que por todas las criaturas juntas. Era ella la mejor

¹ Mt. 27, 46

² Lc. 23, 28-29

de todas las madres, la compañera fidelísima de sus viajes y trabajos. Y por ser inocentísima no merecía esos padecimientos. Era una Madre que estaba más llena de amor por su Hijo que los corazones de todos los ángeles y santos y la veía padecer tormentos nunca antes conocidos. ¡Cuál no sería la aflicción de esa Madre que tenía ante sus ojos semejante Hijo tan injustamente atormentado y sumergido en un océano de padecimientos sin poder prestarle el menor alivio! Ciertamente es una cruz tan pesada que no hay espíritu capaz de comprenderla. Es una cruz reservada a la gracia, al amor y a las virtudes heroicas de una Madre de Dios.

De nada le servía a ella ser inocente y ser Madre de Dios para evitar tan gran tormento. Al contrario su Hijo no permitió que criatura alguna ni aún los que lo crucificaban tuviesen la osadía de hacerle afrenta alguna: porque deseando hacerla semejante a él, como el amor era la primera y principal causa de sus sufrimientos y de su muerte, quería también que el amor que tenía por ella como a Madre suya y el amor que ella le tenía como a Hijo suyo fueran la causa del martirio de su Corazón al fin de su vida así como al comienzo había sido el origen de sus alegrías.

El Hijo de Dios desde su cruz veía las angustias y desolaciones del Corazón de su santa Madre; escuchaba sus suspiros, percibía sus lágrimas y el abandono en que se hallaba y en el que permanecería después de su muerte; todo ello era nueva tortura y nuevo martirio para el divino Corazón de Jesús. De suerte que aquí nada faltaba de cuanto podía afligir y crucificar los amabilísimos Corazones del Hijo y de la Madre: por eso algunos piensan que cuando el Salvador habló estando en la cruz a su dolorida Madre, no quiso llamarla madre para no extremar su desolación y aflicción. Le dijo sólo palabras que le mostraran que no la había olvidado y que la socorría en su abandono en la manera ajustada a la voluntad del Padre, dándole por hijo su discípulo amado con estas palabras *Mujer, ahí tienes a tu hijo y al discípulo: Ahí tienes a tu Madre*¹. En consecuencia Juan permaneció al servicio de la Reina del cielo, la honró como a Madre y Señora suya y consideró el servicio que le prestaba como el más insigne favor que podía recibir de su Maestro en este mundo.

¹ Jn 19, 26-27

Todos los pecadores tienen parte en esta gracia de san Juan porque él los representaba a todos al pie de la cruz y nuestro Salvador los veía a todos en su persona. Y al dirigirse al él hablaba a todos en general y a cada uno en particular para decirles: *Ahí tienes a tu Madre*. Os doy mi Madre para que sea vuestra Madre y os doy a ella para que seáis sus hijos. ¡Cuán agradecidos debemos estar a la bondad inefable de nuestro Salvador! Nos dio a su Padre por Padre nuestro y a su santa Madre para que no tengamos sino un mismo Padre y una misma Madre con él. ¡No éramos dignos de ser los esclavos de esa gran Reina y nos ha hecho sus hijos! ¡Cuánto respeto y sumisión debemos a semejante Madre. ¡Cuanto celo y afecto para servirla! ¡Con qué cuidado debemos imitar sus virtudes, para demostrar que existe parecido entre la Madre y los hijos!

Esta bondadosa Madre recibió gran consuelo cuando oyó la voz de su amado Hijo; en esa última hora cualquier palabra de un hijo o de un amigo verdadero es reconfortante y consoladora. Y como esos dos Corazones se entendían perfectamente entre sí, la santa Virgen aceptó gustosa a san Juan como hijo y en él a todos los pecadores, sabiendo que esa era la intención de su Jesús. Dado que él moría por ellos y que sus pecados eran la causa de su muerte quiso en esa última hora quitarles la desconfianza que podrían albergar hacia él, al ver los grandes tormentos causados por sus pecados; con este fin les dio a su santa Madre, el ser que más estimaba, y que más poder tenía sobre él para que por su intercesión y protección tuviéramos la confianza de que seríamos bien recibidos y acogidos por su divina Majestad.

No se puede tampoco dudar del amor inconcebible de esta Madre de bondad por los pecadores puesto que al alumbrarlos espiritualmente al pie de la cruz sufrió dolores increíbles que no experimentó en el alumbramiento virginal de su Hijo y de su Dios.

Todas estas cosas muestran claramente que los dolores de la Madre y los tormentos del Hijo terminaron en gracia, en bendición, en beneficios inmensos para los pecadores. Por eso cuánta obligación tenemos de honrar, amar y alabar a estos dos Corazones de Jesús y de María, de emplear toda nuestra vida en servirlos y glorificarlos y de esforzarnos por imprimir en nuestros corazones una imagen

perfecta de sus virtudes. Porque es imposible agradecerles si tomamos caminos distintos de lo que ellos recorrieron.

CAPITULO VI

EJERCICIOS DE AMOR Y DE PIEDAD SOBRE LOS DOLORES DEL CORAZON DE JESUS Y DEL CORAZON DE SU SANTA MADRE

Bondadoso Jesús, Cordero inocentísimo, que sufres tantos tormentos en tu cruz y que contemplas el Corazón virginal de tu querida Madre sumergido en un océano de dolores, enséñame a acompañarte en tus sufrimientos y a tomar parte en tus aflicciones.

¡Qué espectáculo tan doloroso contemplar a estos dos Corazones de Jesús y de María, tan santos e inocentes, tan llenos de gracias y perfecciones, tan encendidos en el divino amor y tan unidos entre sí, tan afligidos el uno por el otro! El Corazón sagrado de la Madre de Jesús siente vivamente los tormentos inmensos de su Hijo y el Hijo único de María está totalmente compenetrado con los dolores incomparables de la Madre. La Oveja inmaculada y el inocente Cordero se llaman mutuamente; el uno llora por el otro; el uno sufre por el otro y siente como propia la angustia del otro; y entre más puro y ardiente es el amor recíproco más sensibles y acuciantes son los dolores.

¡Oh corazón endurecido! ¿Cómo es que no te deshaces en lágrimas al ver que eres tú la causa de esos sufrimientos inenarrables? ¡Nada han hecho ellos para merecer tantos quebrantos! Eres tú, pecador miserable, y tus odiosos pecados, los verdugos de estos santos Corazones. Perdonadme, Corazones benignísimos, descargad sobre mí la venganza de que soy digno y puesto que las criaturas os obedecen, ordenadles que me castiguen como lo merezco. Pero enviadme vuestras pesadumbres para que habiendo sido la causa de ellas os ayude a llorar y sentir lo que os he hecho padecer. ¡Oh Jesús, amor de mi corazón, oh María, consuelo de mi alma, tan semejante al Hijo, imprimid en mi Corazón desprecio y aversión por los placeres de esta vida que vosotros habéis pasado en la aflicción. Puesto que os pertenezco y soy de vuestra casa y servidor vuestro, no permitáis que busque placer en este mundo

sino en aquello que causa el vuestro. Haced que lleve siempre vuestros dolores en mi alma y coloque mi gloria y mis delicias en estar crucificado con Jesús y María.

¿Cómo es, sacratísima Virgen, que todas tus alegrías se han cambiado en tristezas? Si fueran semejantes a las del mundo hubieran sido explicables estos cambios. Pero tú, Reina de los ángeles, no has buscado deleite fuera de las cosas divinas. Dios solo era el dueño de tu Corazón y nada podía contentarte sino lo que de él venía o a él te conducía. Tuviste el gozo de ser Madre de Dios, de llevarlo en tus entrañas, de verlo nacido y adorado por los ángeles, por los pastores y los magos, de hacerlo descansar en tu regazo y sustentarse de tu leche virginal, de servirlo con tus manos, de ofrecerlo al Padre eterno en el templo, de verlo reconocido y adorado por el justo Simeón y la profetisa Ana. Todas tus alegrías durante los treinta años que viviste con él eran divinas, interiores y espiritualmente comunicadas por él mismo. Eran arrebatos, elevaciones espirituales y éxtasis con los que tu alma santa, encendida por el amor del amabilísimo Jesús, tu Hijo y tu Dios, te elevaba y te transportaba en su divina majestad. Y por estar constantemente unida y transformada en él ella recibía mayores favores que todas las jerarquías del cielo, pues su amor sobrepasaba el de todos los serafines. ¡Oh Reina de los ángeles! ¿Qué podía haber en deleites, tan puros y santos, para que se cambiaran en amarguras? ¿La miseria y el castigo de los pobres hijos de Eva, desterrados del paraíso, en cuyos pecados ninguna parte tuviste, por qué tenían que alcanzarte a ti? Este destierro no pudo, pues, dejar de ser para ti, tierra de aflicciones y valle de lágrimas.

¡Oh pobre pecador que crees encontrar placer en esta vida que no tiene sino deleites falsos y engañosos, mira los sufrimientos del Rey y de la Reina del cielo y muérete de vergüenza por los desórdenes de tu vida y por la gran repugnancia que siente por las cruces. Toda la vida de Jesús que es la inocencia misma es un sufrimiento continuado; toda la vida de María, la santa e inmaculada, es una perpetua cruz. ¡Y tú, pecador miserable, que mil veces has merecido el infierno buscas placeres y consuelos!

Durante el tiempo en que viviste con tu Hijo tú, Reina de los ángeles, estuviste esperando los dolores que te anunció Simeón, pesadumbres sin igual pues la grandeza de tu amor era la medida

de tus padecimientos. Al llegar el tiempo de su pasión, ese amable Salvador se despide de ti para enfrentarse al sufrimiento, dándote a conocer que era voluntad de su Padre que tú lo acompañaras al pie de la cruz y que tu Corazón fuera traspasado por la espada de dolor. San Juan te advirtió que había llegado el tiempo en que el divino Cordero debía ser inmolado y tu saliste de tu casa, bañando las calles de Jerusalén con tus lágrimas. Encuentras a tu Hijo en medio de una jauría de lobos y leones que rugían contra él y gritaban: *¡Fuera, Fuera, crucifícalo!*¹ No lo ves ahora adorado por los ángeles ni por los magos sino expuesto al pueblo como rey de burlas, blasfemado, deshonrado, condenado a muerte, con la cruz sobre los hombros, conducido al Calvario adonde tu lo acompañas bañada en lágrimas y presa de torturas inmensas.

Oyes los martillazos que lo fijan en la cruz y que te trapan el Corazón. Sufres tormentos indecibles mientras le llega la hora dolorosa en que lo veas crucificado. Lo ves levantado en alto entre gritos y blasfemias y tu sangre se te hiela en las venas. Pasas esas horas lacerantes al pie de la cruz, escuchando las atroces injurias que esos pérfidos descargan sobre tu Cordero y viendo los terribles tormentos que le hacen padecer hasta que lo ves expirar en medio de tantos oprobios y suplicios.

Luego te lo colocaron muerto entre tus brazos para que envolvieras su cuerpo en una sábana y lo sepultaras. Y que así como en su nacimiento le prestaste los primeros cuidados también ahora le procuraras los últimos servicios pero con dolores y angustias tan acuciantes y con desolaciones que penetraban de tal manera tu Corazón maternal que para entenderlo sería necesario comprender el exceso del amor casi infinito que tienes a tu Hijo. Todo te afligía. Para cualquier parte que volvieras la mirada sólo veías motivos de desolación y de lágrimas. Tu Corazón maternal estaba lacerado por otras tantas llagas sangrientas y dolorosas que tu amado Jesús sufría en su cuerpo y en su Corazón.

Es verdad que tu fe en nada mermó y que tu obediencia mantenía tu Corazón perfectamente ajustado a la voluntad divina. No dejabas por ello de sufrir dolores inconcebibles lo mismo que tu Hijo amado, a pesar de su perfecta sumisión a las disposiciones de

¹ Jn 19, 15

su Padre. Finalmente aquel corazón que tenga menos amor que el tuyo jamás podrá comprender lo que sufriste en esos momentos.

Cuando tus fieles servidores y verdaderos amigos consideran estas cosas se anegan en llanto y se llenan de dolor viendo cómo tus divinos gozos se truecan en crueles torturas y cómo tu santísima inocencia padece pesares tan inhumanos. Si para consolarte pudieran conducirse y volverse afligos lo harían gustosos. ¡Oh qué sangriento martirio para el Corazón de tu divino Cordero, el Hijo único de Dios y tuyo, al ver claramente los dolores que penetraban en tu Corazón, el abandono en que te encontrabas, las angustias que su ausencia te iba a causar!

¿Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, cómo es que tienes estos dos Corazones crucificados de esta manera? ¿Cómo es que no prestas ayuda a tu Hijo único y a tu amada hija y humilde esclava? ¿Por qué invalidas con ellos la ley que diste de no sacrificar sobre tu altar, en un mismo día, al cordero y a su madre? Pero he aquí que en el mismo día y a la misma hora, en la misma cruz y con los mismos clavos, has clavado al Hijo único de María y al Corazón virginal de su Madre inocente. Te importan, acaso, más las ovejas irracionales que no deben ser sacrificadas en el mismo momento en que están afligidas por la pérdida de sus corderos, que esta Virgen purísima, agobiada de esa manera por los dolores y muerte de su divino Cordero? Pero es que tú quieres que ella no tenga otro verdugo de su martirio distinto del amor por su Hijo único, ni que entre tan crueles suplicios, el espectáculo de los sufrimientos de esa Madre faltara a ese Hijo para acabar de afligirlo y atormentarlo. Que se tributen bendiciones y alabanzas inmortales al amor incomprensible que tienes a los pecadores.

¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, divina luz de mi alma! Te pido, por el amor infinito que tienes por mí que ilumines mi espíritu con tu verdad, que destierres de mi corazón el deseo de los consuelos de esta vida y coloques en cambio el deseo de sufrir por tu amor ya que tu amor ha sido el causante de tus tormentos y que el amor que tienes a tu santa Madre y que ella tiene por ti ha sido la fuente de ese mar de tribulaciones.

¡Qué ciego soy si pienso que puedo agradarte caminando por otro camino! ¿Hasta cuándo me estaré escapando de ti? ¿Hasta cuándo este hombre de barro se resistirá a compartir tus divinos

sentimientos? ¿Para qué quiero la vida si no es para emplearla en tu compañía como tu santa Madre puesto que entregas la tuya por mí en la cruz? ¡Oh mi divina Sabiduría, que tu luz celestial me guíe por doquiera, que la fuerza de tu amor me posea en plenitud y obre en mí los cambios que él realiza en los corazones de cuantos le obedecen! Me ofrezco y me doy todo a ti; haz, Señor, que lo haga con corazón puro y total. Quítame el gusto de todas las cosas menos el de amarte y sufrir contigo.

Dios de mi corazón, te adoro y te doy gracias porque has trocado en mi provecho los dolores que experimentaste a la vista de los de tu santa Madre al dármela por Señora y Madre, desmotrándome que me amas tanto que deseas que ella me ame como a hijo en lugar tuyo y que en calidad de tal tenga compasión de mí, que me asista, favorezca, proteja, guarde y dirija como a hijo suyo. Tal vez, Redentor mío, no encontraste mejor consuelo para tu santa Madre que darle hijos malos y pecadores, para que ella ejerciera su poder y su caridad en procurar su conversión y su salvación. Que seas bendito y alabado por siempre por haber querido que nada se perdiera sino que todo contribuyera a remediar mis males y colmarme de bienes. No permitas, caritativo médico mío, que entre tantos remedios yo carezca de medicina. Acéptame como tuyo y haz que yo sea digno servidor y verdadero hijo de esta Reina y Madre.

Sacratísima Madre de Dios, acuérdate de que los dolores que no tuviste en el alumbramiento virginal de tu Hijo único se redoblaron al pie de la cruz en el parto espiritual de los pecadores cuando los recibiste por hijos tuyos. Y puesto que te he costado tanto recíbeme en esa calidad, a pesar de mi indignidad; haz conmigo el oficio de madre; protégeme, asísteme y condúceme en todo. Y alcánzame de tu Hijo la gracia de que este indigno hijo tuyo no se pierda. Ciudadanos del cielo, frutos benditos de las entrañas espirituales del Corazón maternal de la purísima Virgen, rogadle que sea siempre mi madre benigna y me alcance de Jesús que yo ame fielmente al Hijo y a la Madre en este mundo y me cuente en el número de los que los bendecirán y amarán eternamente en el otro. Amén.

CAPITULO VII

EL DIVINO CORAZON DE JESUS ES UNA HOGUERA DE AMOR A LA IGLESIA TRIUNFANTE, MILITANTE Y SUFRIENTE

Este Corazón adorable es de verdad una hoguera del divino amor que esparce sus ardores en todas las direcciones, en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. En el cielo en la Iglesia triunfante, en la tierra en la militante, y en el purgatorio en la sufriente y , en cierto modo, en el infierno.

Si levantamos los ojos y el corazón al cielo, hacia la Iglesia triunfante, veremos un ejército innumerable de santos, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y bienaventurados. Todos esos santos son otras tantas llamas de la hoguera inmensa del Corazón divino del Santo de los santos. Porque el amor de ese Corazón los hizo nacer en la tierra, los iluminó con la luz de la fe, los hizo cristianos, les dio la fortaleza para vencer al demonio, al mundo, y a la carne; los embelleció con todas las virtudes, los santificó en este mundo y los glorificó en el otro; encendió en sus corazones el amor a Dios, colmó sus labios de sus alabanzas; ese amor es la fuente de todo lo grande, santo y admirable que hay en ellos. ¿Por eso si celebramos en el curso del año tantas fiestas en honor de esos santos cuánta solemnidad no merece el divino Corazón que es el princio de cuanto hay de noble y glorioso en todos ellos?

Bajemos a la tierra y miremos lo más digno y grande de la Iglesia militante. ¿No son acaso los sacramentos? El Bautismo nos hace hijos de Dios; la Confirmación nos da el Espíritu Santo; la Penitencia borra nuestros pecados y nos restablece en la gracia con Dios; la Eucaristía nos alimenta con la Carne y la Sangre del Hijo de Dios y nos hace vivir de su vida; el Matrimonio da hijos a Dios para que lo sirvan y honren en la tierra y lo amen y glorifiquen por siempre en el cielo; el Orden da a la Iglesia sacerdotes que continúen las funciones del Sumo Sacerdote y cooperen con él en la salvación del mundo; la Unción de los enfermos nos fortalece a la salida de este mundo contra los enemigos de nuestra salvación.

Todos estos sacramentos son otras fuentes de gracia y santidad que nacen del océano inmenso del Corazón de nuestro Salvador; las gracias que de ellos dimanar son llamas de esa divina hoguera. Pero la más ardiente de esas llamas es la santa Eucaristía. Este sacramento es compendio de las maravillas del poder, sabiduría y bondad de Dios y uno de los frutos del Corazón incomparable de Jesús.

Si celebramos en la Iglesia una fiesta tan grande en honor de ese santo sacramento ¿qué solemnidad no debemos celebrar en honor de su santísimo Corazón que es el origen de cuanto hay de grande y precioso en ese augusto sacramento?

Y vamos al purgatorio, a la Iglesia sufriente. El es el trono de la justicia de Dios del que dice santo Tomás *que la menor pena que allí se sufre supera todos los sufrimientos de este mundo*¹. Lo mismo afirma san Agustín². Sin embargo esta terrible justicia no reina de tal manera en él que excluya la misericordia. Ella, unida a la justicia, hizo el purgatorio para abrirnos el paraíso que permanecía cerrado a la mayor parte de los hombre de no existir este momento de purificación. Es verdad de fe que *nada manchado entra en el cielo*³. Así pues, el purgatorio es fruto de la bondad y caridad del Corazón benigno de nuestro Redentor.

Descendamos más bajo aún, con el pensamiento, hasta el infierno ya que san Juan Crisóstomo nos declara que quienes allí bajan de esa manera en vida para animarse a buscar la salvación con temor y temblor no bajarán a él después de la muerte.

El infierno es, al decir del Evangelio, lugar de tormentos, es la gehenna del fuego⁴, el suplicio eterno⁵, es, en una palabra, el lugar de las venganzas y de las cóleras del gran Dios. Pero la bondad infinita del Corazón misericordioso de nuestro Salvador encuentra allí sitio (...). Se sirve, en efecto, de los fuegos del infierno para encender en nuestros corazones el fuego del amor

¹ Sm. Theol. 3a. pars. 46, q. 6, ad 3um.

² Super Ps. 37; Serm. 4 pro defunctis.

³ Ap. 21, 27

⁴ Lc. 16, 28

⁵ Mt. 18, 9

divino. ¿Si hubieras merecido aquel fuego, cuánta obligación tendrías de amar a quien te libra de tan gran suplicio?

Muy pocas personas hay en el mundo que no hayan cometido al menos un pecado mortal. Y cuantos han ofendido a Dios mortalmente han merecido el infierno. Verse libres de él lo deben a la caridad inmensa del benigno Corazón de nuestro Redentor. Tenemos, por tanto, obligaciones infinitas de servirlo y amarlo. Reconoce por consiguiente que las bondades del Corazón del divino Salvador son tan admirables que utiliza hasta los fuegos del infierno para comprometernos a amarlo y por lo mismo para poder pertenecer al número de los que lo poseerán eternamente.

Esta divina hoguera del Corazón adorable de Jesús esparce así sus llamas por doquier, en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. ¡Oh amor admirable! ¡Oh Dios de mi corazón! Ojalá tuviera yo todos los corazones que han existido, existen y existirán para emplearlos en amarlo, alabarle y glorificarle sin cesar. ¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María! Te ofrezco el Corazón de tu divina Madre que vale más y te agrada más que todos ellos. ¡Oh María, Madre de Jesús! Te ofrezco el Corazón adorable de tu Hijo amado, que es la vida, el amor y la alegría de tu Corazón.

CAPITULO VIII

EL DIVINO CORAZON DE JESUS ES UNA HOGUERA DE AMOR HACIA CADA UNO DE NOSOTROS

Para comprender esta afirmación consideremos los efectos admirables del amor inefable que ese Corazón tiene por nosotros.

En primer término nos libró del abismo de males en que el pecado nos había arrojado. El pecado nos había hecho enemigos de Dios, objeto de su ira y de su maldición, excomulgados de la santa Trinidad, separados de la compañía de los ángeles, desalojados de la casa de nuestro Padre celestial, arrojados del paraíso, precipitados en las llamas devoradoras del fuego eterno, esclavos de la tiranía de Satanás. En una palabra, condenados a los

suplicios del infierno y esto para siempre sin que pudiéramos esperar ninguna ayuda ni alivio.

Pero hay un mal que los supera a todos. Es el pecado, el mal de los males y la causa única de todos los demás de la tierra y del infierno. Para comprender algo lo que es el pecado imagina que todos los hombres del pasado, del presente y del futuro estuvieran ahora vivos sobre la tierra y que cada uno de ellos fuera tan santo como san Juan Bautista, y que todos los ángeles del cielo, revestidos de carne humana, hechos pasibles y mortales, se sumasen a ellos. Aunque todos esos hombres y esos ángeles derramaran hasta la última gota de su sangre, murieran miles de veces, y sufrieran por toda la eternidad los tormentos del infierno, si el Hijo de Dios no hubiera derramado su sangre por nosotros, no podríamos librarnos del más pequeño pecado venial ni satisfacer dignamente a Dios por las ofensas con él recibidas, ni por consiguiente liberarnos de la más mínima pena merecida por ese pecado ni darnos aquella gota de agua que el rico epulón implora desde tanto tiempo.

Si un pecado venial es un mal tan grande ¿qué diremos del pecado mortal y de ser esclavos de ese monstruo infernal, más hediondo y terrible que todos los monstruos y dragones de la tierra y del infierno?

Ese es el abismo de males en el que habíamos sido precipitados sin esperanza de poder salir de él. Porque todas las fuerzas humanas y los poderes terrenos y celestiales no podían sacarnos de él. Pero sucedió, por dicha incomprensible, que fuimos liberados, gracias al amabilísimo Corazón de nuestro redentor. La bondad inmensa, la misericordia sin límites y el amor incomparable de ese divino Corazón nos libraron de tantos males. Y no ha sido porque le hayamos prestado servicio alguno para obligarlo a ello. Por amor purísimo nos ha dispensado semejante favor. Para ello todo lo hizo y todo lo padeció; le costó bien caro: su sangre, su vida, mil tormentos y una muerte cruel e ignominiosa. ¿Qué obligaciones no tenemos entonces de honrar, alabar y amar ese benignísimo Corazón?

Imagínate a un hombre que robó a un mercader en el bosque. Lo ponen preso, lo echan a la cárcel, lo procesan, lo condenan a muerte hasta que el verdugo le pone el lazo en el cuello. Entonces

llega el mercader. A fuerza de dinero, de ruegos y de amigos y hasta ofreciéndose morir por él lo libra y lo pone en libertad. ¿Cuánta obligación no tendrá para con la bondad del mercader? Pues bien, por nuestros crímenes estábamos condenados a los suplicios eternos. El Hijo único de Dios, en exceso inconcebible de la bondad de su Corazón, sufre muerte cruel y afrentosa para librerarnos. Juzga de ahí cuán obligados estamos con ese Corazón admirable. ¿Cómo te pagaré, Salvador mío, y qué haré por tu amor por haberme retirado de los abismos del infierno tantas veces como he caído en él por mis pecados o que habría caído en él si la caridad de tu Corazón no me hubiera preservado?

Es éste el primer efecto o mejor los innumerables efectos del amor inmenso que el divino Corazón de nuestro redentor nos ha mostrado al libramos de infinidad de males.

No le bastó libramos de ellos sino que quiso añadirnos beneficios inconcebibles. ¡Qué felicidad, en efecto, es no sólo el haber sido retirado del infierno sino el haber sido elevado al cielo, ser ciudadano del paraíso donde se poseen forma plena, invariable y eterna todos los bienes! ¡Qué felicidad ser compañeros de los ángeles, vivir su misma vida, estar revestidos de su gloria, gozar de su felicidad, en una palabra ser semejantes a ellos: *Serán como ángeles de Dios!*¹.

¡Qué felicidad ser contados entre los hijos de Dios, herederos suyos, coherederos de su Hijo: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos!*². ¡Qué alegría ser reyes con una realeza eterna y poseer el mismo reino que el Padre de Jesús ha dado a su Hijo: *Yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros como mi Padre lo dispuso para mí!*³. ¡Qué regocijo sentarse a la mesa del rey del cielo: *Para que comáis y bebáis a mi mesa!*⁴. Qué gozo estar revestidos con el hábito real y glorioso del rey de reyes: *Yo les he dado la gloria que tú me diste!*⁵. ¡Qué alborozo compartir el mismo trono con el monarca soberano del universo: *El que venciere le daré sentarse*

¹ Lc. 20, 36

² 1 Jn 3, 1

³ Lc. 22, 29

⁴ Lc. 22, 30

⁵ Jn 17, 22

*conmigo en mi trono!*¹. ¡Qué deleite morar y descansar con nuestro Salvador en el regazo y en el Corazón adorable de su Padre: *Quiero, Padre, que donde yo estoy estén también conmigo los que tu me has dado!*². ¿Y dónde estás tú, mi Salvador? *En el seno del Padre*³, contesta san Juan.

Qué contento poseer los bienes de Dios. Porque quien posee a Dios gozará de todas sus glorias, dichas y riquezas. *En verdad os digo que los pondrá al frente de todos sus bienes*⁴. Finalmente, ¡qué júbilo estar transformado en Dios, revestido, colmado y penetrado de las perfecciones divinas, más totalmente que cuando el hierro en medio de la hoguera se ve revestido y penetrado por las cualidades del fuego! ¡Qué felicidad ser un solo ser con Dios: *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros*⁵. *Partícipes de la naturaleza divina*⁶. Ser por gracia y por participación lo que Dios es por naturaleza y por esencia.

¿Qué inteligencia creada podrá comprender semejantes bienes? ¡Todas las lenguas de los ángeles y de los hombres no pueden expresar su más mínima parte! Se realiza aquí lo que afirma san Pablo que todos esos bienes son tan grandes que *ni el ojo vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre llegó lo que Dios prepara para los que le aman*⁷.

¿A quién debemos agradecer entonces estos bienes? A la liberalidad inmensa y al amor infinito del Corazón de nuestro Salvador. ¡Qué homenajes, alabanzas y acciones de gracias debemos tributarle y con qué piedad debemos celebrar la solemnidad de tan augusto Corazón!

Pero hay mucho más: nuestro Salvador no sólo nos ha librado de la muerte eterna y de los tormentos que la acompañan; nos ha colmado de inmensidad de bienes. *¿Cómo pagaremos al Señor*

¹ Ap. 3, 21

² Jn 17, 24

³ Jn 1, 18

⁴ Mt. 24, 47

⁵ Jn 17, 21

⁶ 2 Pe. 1, 4

⁷ 1 Cor. 2, 9

todo el bien que nos ha hecho? ¹. Si tuviéramos tantos corazones de serafines como estrellas hay en el cielo, átomos en el aire, briznas de hierba en la tierra, granos de arena y gotas de agua en el mar y que los empleáramos por completo en amarlo y darle gloria, nada serían ellos en comparación del amor que él nos tiene y de las obligaciones que tenemos de consagrarle nuestros corazones.

Sin embargo, ¿qué hacemos nosotros y la mayoría de los hombres? ¿No es acaso verdad que tratamos ese adorable Redentor con tanta ingratitud como si de él ningún bien hubiéramos recibido? ¿Como si nos hubiera causado todos los males del mundo? ¿No es cierto que nada omitió de lo que podía hacer para demostrarnos su amor? *¿Qué pude hacer y no lo hice?* Si hubiera sido posible, dijo a santa Brígida, que yo sufriera los tormentos de la pasión tantas veces como hay de almas en el infierno los padecería con gusto, pues arde tanto mi corazón en caridad como entonces.

¿No es verdad acaso que la mayoría de los hombres tratan todos los días a ese amable Salvador como si fuera su peor enemigo? ¿Qué injurias, qué ultrajes, qué crueldades pueden ejercer contra él que no lo hagan? ¿Qué más execrable pueden hacer contra él que crucificarlo todos los días? Porque quien lo ofende mortalmente lo crucifica. *Crucifican de nuevo por su parte al Hijo de Dios* ². Y cometen un crimen mayor que el de los judíos pues éstos no lo conocían.

Sintamos horror por semejante ingratitud, impiedad y abominación. Prestemos oídos a las voces de nuestro Salvador. Porque todos los males de que nos ha librado y los bienes con que nos ha colmado son otras tantas voces que nos gritan: de esa manera nos ha amado Jesús. Amemos pues, al que tanto nos ama. Si el último de los hombres nos manifiesta su amistad no podemos menos de amarlo. Si un perro miserable se pega a nosotros y nos presta el menor servicio le mostramos cariño. ¿Y cómo no amaríamos a un Dios que es nuestro Creador, nuestro rey, nuestro amigo fiel, nuestro amante hermano, nuestro Padre,

¹ Sal. 115 (116), 2

² Hb. 6, 6

nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro sumo bien, nuestra vida y corazón, nuestro todo y que es todo corazón y amor por nosotros?

No sé, Salvador mío, si he empezado ya a amarte como es debido. Pero ahora estoy resuelto a amarte con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Renuncio para siempre a todo cuanto va en contra de tu santo amor. Concédeme que muera mil veces antes que ofenderte. Te doy mi corazón, toma plena posesión de él; destruye en él cuanto te desagrada y aniquílalo si no te ama. O amar a Jesús o morir. ¿Pero acaso es gran cosa darte el corazón de la nada? Si yo tuviera, Señor, tantos corazones de serafines como tu omnipotencia puede crear, con qué alegría los consagraría todos a tu amor. Te ofrezco el Corazón de tu digna Madre que tiene por ti más amor que todos los corazones que han existido y existirán. ¡Oh Madre de Jesús, ama a tu adorable Hijo por mí! ¡Oh buen Jesús, ama a tu amabilísima Madre por mí! Vosotros ciudadanos todos de la Jerusalén celestial, amad a Jesús y María por mí y asociadme a vosotros en el amor que les tenéis y les tendréis eternamente.

CAPITULO IX

EL CORAZON DE JESUS, HOGUERA DE AMOR, EN EL SANTISIMO SACRAMENTO

Con toda razón san Bernardo llama al sacramento de la Eucaristía, el amor de los amores. Porque si abrimos los ojos de la fe para contemplar los efectos de la bondad inefable que nuestro Salvador tiene por nosotros en este adorable misterio descubriremos ocho llamas de amor que salen continuamente de esa admirable hoguera.

La primera llama consiste en que el amor inconcebible del Corazón de Jesús que lo llevó a encerrarse en ese sacramento lo obliga a permanecer allí continuamente, día y noche. para estar siempre con nosotros y realizar sus palabras: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*¹. Es el buen Pastor que quiere estar siempre con su rebaño. Es el médico que quiere estar siempre a la cabecera de los enfermos. Es el padre lleno de ternura que no abandona jamás a sus hijos. Es el amigo

¹ Mt. 28, 20

fidélísimo que encuentra sus delicias en estar con sus amigos: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* ¹.

La segunda llama de esta hoguera ardiente es el amor del Corazón adorable de nuestro Salvador que le asigna importantes ocupaciones en favor nuestro en ese sacramento. Porque él está allí, adorando, alabando y dando gracias incesantemente a su Padre por nosotros, es decir, para satisfacer en lugar nuestro esas obligaciones infinitas.

Está allí dando gracias continuas a su Padre por los beneficios corporales y espirituales, naturales y sobrenaturales, temporales y eternos que nos ha otorgado y nos otorga a cada instante y que quiere seguir concediéndonos si no ponemos obstáculo.

Está allí amando a su Padre por nosotros, es decir para cumplir nuestra obligación infinita de amarlo. Está allí ofreciendo sus méritos a la justicia de su Padre para pagarle por nosotros lo que le debemos por causa de nuestros pecados. Está allí orando continuamente a su Padre por nosotros, por todas nuestras necesidades: *Está siempre vivo para interceder por nosotros* ².

La tercera llama de nuestra hoguera es el amor infinito de nuestro redentor por el cual su omnipotencia obra diversos prodigios en este sacramento: cambia el pan en su cuerpo y el vino en su sangre y realiza otros milagros que sobrepasan los hechos por Moisés, por los demás profetas y apóstoles y aún por nuestro Salvador mientras estuvo en la tierra. Porque todos esos milagros fueron hechos sólo en Judea y éstos en todo el universo. Aquéllos fueron pasajeros y éstos son continuos y durarán hasta el fin de los siglos. Aquéllos fueron hechos en favor de muertos resucitados, de enfermos curados y de otras criaturas semejantes: pero éstos se verifican en el cuerpo adorable de un Dios, de su preciosa sangre y hasta en la gloria y las grandezas de su divinidad que aparece como aniquilada en ese sacramento.

La cuarta llama está señalada en las palabras del Espíritu Santo por boca del príncipe de los apóstoles: *Dios ha enviado a su Hijo*

¹ Prov. 8, 31

² Hb. 7, 25

para bendeciros ¹. Y aquel Hijo adorable vino lleno de amor por vosotros y con el ardiente deseo de derramar sus bendiciones sobre los que lo honran y aman como a padre suyo. Y principalmente mediante ese sacramento colma de sus favores a los que no ponen impedimento.

La quinta llama es su amor inmenso por el que comparte con nosotros todos los tesoros de gracia y santidad que adquirió en la tierra. En la santa Eucaristía, nos concede, en efecto, bienes infinitos y gracias abundantísimas si aportamos las disposiciones requeridas para recibirlos.

La sexta llama consiste en su amor ardentísimo que lo mantiene siempre dispuesto no sólo a enriquecernos con los dones y gracias adquiridos por su sangre sino también a darse a sí mismo en la santa Comunión; nos da su divinidad, su humanidad, su persona divina, su cuerpo adorable, su sangre preciosa, en una palabra todo lo que es en cuanto Dios y en cuanto hombre. Y por consiguiente también nos da su Padre eterno y su Espíritu Santo, inseparables de él; nos inspira además la devoción a su santa Madre que sigue por doquiera a su divino Cordero mucho más que las santas vírgenes de las que el Apocalipsis afirma que siguen al Cordero a donde quiera que vaya ².

La séptima llama es el amor que lleva al Salvador a sacrificarse aquí continuamente por nosotros. Ese amor sobrepasa en cierta manera el que lo llevó a inmolarse en el altar de la cruz. Porque allí se inmoló solamente en el calvario y aquí se sacrifica en todos los lugares por la santa Eucaristía. Allí se inmoló solamente una vez, aquí se sacrifica millones de veces todos los días. Es verdad que el sacrificio de la cruz tuvo lugar en un mar de dolores y que aquí se realiza en un océano de alegrías pero el Corazón de nuestro Salvador, está tan encendido por nosotros como lo estaba entonces y, si fuera posible y necesario para nuestra salvación, estaría dispuesto a sufrir los mismos dolores de su inmolación en el calvario, tantas veces como se sacrifica a toda hora sobre los altares del universo.

¹ Ac. 3, 26

² Ap. 14, 4

La octava llama de esta hoguera es el amor que nuestro Redentor nos manifiesta cuando da a los hombres todos los testimonios de su bondad en el mismo instante en que recibe de ellos manifestaciones del odio más furioso imaginable. Porque cuando instituye ese divino sacramento, en la víspera de su muerte, los hombres ejercitan contra él tanta rabia y furor como los mismo demonios. Así lo declaran sus palabras: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas* ¹.

Tú, Salvador mío, sólo tienes designios de paz, de caridad y de bondad hacia los hombres. Ellos, en cambio, sólo tienen pensamientos de malevolencia y de crueldad contra ti. Tú sólo buscas medios para salvarlos, ellos medios de perderte. Todo tu Corazón y tu espíritu están dedicados a romper las cadenas que los mantienen cautivos y esclavos de los demonios, ellos, en cambio, te traicionan y te entregan en manos de tus enemigos. Tú estás ocupado en establecer un sacramento para permanecer siempre con ellos, pero ellos no te aman a ti y quieren arrojarte del mundo y de la tierra y si pudieran te aniquilarían. Tú les preparas infinidad de gracias y dones acá en la tierra, y tronos y coronas gloriosos para el cielo; ellos te preparan cuerdas, látigos, espinas, clavos, lanzas, cruces, salivazos, oprobios, blasfemias y toda clase de ignominias, ultrajes y crueldades. Tú les ofreces el festín delicioso de tu carne y de tu sangre y ellos te dan a beber hiel y vinagre. Tú les das tu cuerpo santísimo y ellos lo hieren a golpes, lo desgarran con látigos, lo perforan con sus clavos y espinas, lo cubren de llagas de la cabeza a los pies y le hacen padecer los más atroces tormentos. Finalmente, Señor mío, tú los amas más que a tu sangre y a tu vida, y las sacrificas por ellos, y ellos te arrancan el alma del cuerpo a fuerza de tormentos.

¡Qué amor el de tu Corazón adorable, Salvador mío, y qué ingratitud, impiedad y sevicia las del corazón humano para contigo!

Lo que entonces sucedió sigue sucediendo ahora. Porque tu Corazón se halla en ese sacramento abrasado de amor por nosotros y allí realiza continuamente mil efectos de bondad hacia nosotros. ¿Y cómo te los retribuimos, Señor mío? Sólo con ingratitudes y ofensas de pensamiento, palabra y acción, pisoteando tus

¹ Lc. 22, 53

mandamientos y los de tu Iglesia. ¡Qué ingratos somos! Nuestro Salvador nos ha amado tanto que habría muerto por nosotros miles de veces mientras estuvo en la tierra y de haber sido necesario estaría aun dispuesto a morir por nosotros. ¡Muramos, muramos de dolor a la vista de nuestros pecados; muramos de vergüenza al comprobar nuestro escaso amor por él; muramos con mil muertes antes que ofenderlo en lo venidero! Concédeme, Salvador mío, esta gracia, te lo suplico. Madre de Jesús, alcánzame este favor de tu Hijo amadísimo.

CAPITULO X

EL DIVINO CORAZON DE JESUS, HOGUERA DE AMOR POR NOSOTROS EN SU PASION

Toda la vida mortal de nuestro Salvador en la tierra es ejercicio continuo de caridad y de bondad hacia nosotros. Pero en el tiempo de su santa pasión nos da los mayores testimonios de su amor. Porque es entonces cuando, en exceso de su amor, sufre tormentos espantosos para librarnos de los suplicios del infierno y para adquirírnos la felicidad inmortal del cielo. Es entonces cuando vemos su cuerpo adorable cubierto de heridas y bañado en su sangre. Es entonces cuando su sagrada cabeza se halla traspasada de punzantes espinas y sus manos y sus pies horadados por los clavos, sus oídos aturridos por las blasfemias y las maldiciones, su boca amargada de hiel y vinagre. Entonces la crueldad de los judíos le arranca el alma de su cuerpo a fuerza de tormentos atroces, principalmente cuando su divino Corazón se halla atormentado con infinitas heridas sangrientas y dolorosas. Y si se pueden contar las llagas de su cuerpo, son innumerables las de su Corazón. Porque hay dos clases de heridas que proceden de dos causas diferentes:

La primera causa son nuestros pecados. Encuentro en la vida de santa Catalina de Génova que un día el Señor le hizo ver el horror del más pequeño pecado venial y aunque la visión duró sólo un instante contempló algo tan espantoso que la sangre se le heló en las venas y cayó en agonía, y habría muerto si Dios no la hubiera conservado milagrosamente para que contara lo que había visto. Y decía ella que si estuviera en lo más profundo de un mar de llamas y que estuviera en su poder salir de él a condición de volver a

contemplar algo tan espantoso preferiría quedarse allí que salir bajo esa condición. Pues bien, si la vista de un mínimo pecado venial colocó a esa santa en ese estado ¿qué podremos pensar del estado en que se vio nuestro Salvador al contemplar los pecados del universo?

El veía la infamia y la deshonra infinitas que todos los pecados irrogaban a su Padre; veía la condenación de innumerables almas, causada por esos pecados; y, como sentía un amor infinito por su Padre y por sus criaturas, todos esos pecados y todos esos espectáculos herían su Corazón con infinitas llagas.

Numera, si puedes, todos los pecados de los hombres, más numerosos que las gotas de agua del mar, y comprenderás las llagas de ese amabilísimo Corazón.

La segunda causa de esas llagas es el amor infinito que enciende a ese mismo Corazón por todos sus hijos y la vista de las penas y aflicciones que les han de suceder, especialmente de los tormentos de todos sus santos mártires. Cuando una madre amantísima ve sufrir a su hijo seguramente sus dolores le son más sensibles a ella que a él. Nuestro Señor tiene tal amor por nosotros que, juntando el amor de todas los padres y madres en un solo corazón, sólo tendríamos una chispa del que arde en el suyo por nosotros. Por eso como todas nuestras penas y dolores estaban presentes a sus ojos se convertían en otras tantas heridas para su corazón paternal: *En verdad, él tomó sobre sí nuestras dolencias y soportó nuestros dolores*¹.

¿Cuál no será entonces nuestra obligación de honrar a este Corazón que ha soportado tantas heridas por amor nuestro? Cuántos motivos tenemos para temer cometer nuevos pecados que le hacen pronunciar esta queja: *Porque acosan al que tú has herido, cuentan las llagas del que tú has lacerado*².

¡Cómo debemos temer ser del número de quienes san Pablo dice que crucifican de nuevo a Cristo!³. ¡Con qué afecto debemos aceptar y padecer todas las aflicciones que nos suceden puesto que

¹ Is. 53, 4; cfr. Mt. 8, 17

² Sal. 68 (69), 27

³ Hb. 6, 6

él las ha sobrellevado primero por amor nuestro! ¿No deben acaso parecernos dulcísimas sabiendo que ellas pasaron por su amabilísimo Corazón? ¡Pero qué horror debemos experimentar de nuestros pecados que causaron tantas heridas y dolores al divino Corazón de nuestro Redentor!

Leemos en la vida de san Francisco de Borja, jesuita, que hablando un día ante el crucifijo a un gran pecador a quien exhortaba a la conversión; como permaneciera endurecido en su crimen, el crucificado le habló exhortándolo a hacer lo que su servidor le decía, y al mismo tiempo vertía sangre de todas sus llagas. Así nuestro Señor le daba a entender que estaba dispuesto a derramar una vez más su sangre y a morir por su salvación si fuera necesario. Y como a pesar de esa bondad indecible el miserable seguía endurecido, salió un chorro de sangre de la llaga del costado que al caer sobre él lo dejó tendido muerto en ese lugar. Dejo que concluyas tú mismo que sería de su alma. ¡Oh Dios, qué horrendo espectáculo!

Aprendamos de esta lección que no es por culpa de nuestro Redentor el que no seamos salvos. Pero hay corazones tan duros, que aunque bajase del cielo para predicarles personalmente y aunque lo vieran cubierto de llagas y bañado en su sangre no se convertirían. ¡Oh Dios mío, no permitas que seamos de ese número! Danos la gracia de abrir nuestros oídos a la voz de todas las sagradas llagas de tu cuerpo y de tu Corazón que son otras tantas bocas por las que tú nos gritas sin cesar: *Volved, pecadores, al corazón* ¹, es decir, a mi Corazón que es todo vuestro puesto que lo he dado totalmente a vosotros. Volved a ese Corazón benignísimo de vuestro Padre, que desborda de amor y de misericordia hacia vosotros; él os recibirá y os alojará en sus entrañas y os colmará de toda suerte de bienes. Renunciad al partido del infierno, huid de todas las ocasiones de mal y practicad todas las virtudes. Dichosos los que se rindan a esa voz; pero ¡ay! de los que cierran sus oídos y endurezcan sus corazones como el infortunado de que acabamos de hablar. *El terco se acarrea desgracias* ². ¡Ay del corazón duro porque perecerá para siempre y sufrirá tormentos indecibles!

¹ Is. 46, 8 (según Vulgata)

² Eclo. 3, 27

Te doy mi Corazón, Salvador mío. Guárdalo de esa desdicha. Madre de misericordia, también te lo doy a ti para que lo presentes a tu Hijo y le ruegues que lo coloque dentro del número de los corazones que amarán al Hijo y a la Madre eternamente.

CAPITULO XI

EL CORAZON DE JESUS ES UNO SOLO CON EL CORAZON DEL PADRE Y DEL ESPIRITU SANTO Y UNA HOGUERA DE AMOR POR NOSOTROS

Todos saben que la fe cristiana nos enseña que las tres personas de la santa Trinidad tienen una misma divinidad, poder, sabiduría y bondad, un mismo espíritu, una misma voluntad y un mismo corazón. De ahí que nuestro Salvador, en cuanto Dios, sólo tiene un Corazón con el Padre y el Espíritu Santo; y, en cuanto hombre, su Corazón humanamente divino y divinamente humano, es también uno solo con el Corazón del Padre y del Espíritu en unidad de espíritu, de amor y de voluntad.

Por eso adorar al Corazón de Jesús es adorar al Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu santo; es adorar un Corazón que es una hoguera ardiente de amor por nosotros. En esa hoguera debemos hundirnos ahora para arder en ella eternamente. ¡Ay de los que sean arrojados en la horrible hoguera del fuego eterno, preparada para el diablo y sus ángeles! Pero dichosos los que sean arrojados en el fuego eterno del amor divino por nosotros que abrasa el Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Para animarnos a sumergirnos gozosos en él veamos cual es ese fuego y ese amor.

¿Quieres saber cuál es el amor del Corazón paternal de nuestro divino Padre que es el Padre de Jesús. Escucha a san Pablo: *No perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros*¹. Lo envió a este mundo y nos lo dio para demostrarnos su amor, sabiendo desde antes de enviarlo de qué manera lo iríamos a tratar. Sabía que, debiendo nacer en la tierra para que los hombres

¹ Rm. 8, 32

podrían vivir en el cielo, su divina Madre buscaría un lugar para darlo a luz y no lo encontraría: *No encontraron sitio para ellos en la posada*¹; que apenas nacido los hombres lo buscarían para asesinarlo y se vería obligado a huir y a esconderse en país extranjero; que cuando comenzara a predicarles e instruirlos lo tratarían como a insensato y querrían amarrarlo como si hubiese perdido la razón; que al anunciar la Palabra de su Padre varias veces cogerían piedras para lapidarlo, lo llevarían a la cumbre de una montaña para desde allí precipitarlo; que lo atarían como a un ladrón, lo arrastrarían por las calles de Jerusalén, como a un criminal, le harían sufrir toda clase de ultrajes y tormentos y lo harían morir de la muerte más infamante y cruel del mundo. Que después de su resurrección ahogarían la creencia en ella para aniquilarlo enteramente; que habiendo establecido la Iglesia y los sacramentos para aplicar a las almas los frutos de su pasión y de su muerte, la mayoría de los cristianos abusarían de ellos, los profanarían y los harían servir para su mayor condenación; en fin, que después de todos sus trabajos, sufrimientos y muerte, la mayoría de los hombres pisotearían su sangre preciosa y harían inútil lo que él había hecho por su salvación y se perderían desdichadamente.

Todo esto consideraste, Padre adorable, y sin embargo no dejaste de enviarnos a tu Hijo amadísimo. ¿Quién te obligó a ello? El amor de tu Corazón paternal hacia nosotros, tan incomprensible que podemos decir: Padre de las misericordias, parece como si tú nos amaras más que a tu Hijo y que a ti mismo pues que él es una sola cosa contigo. Hasta podemos decir que parece como si por amor a nosotros odiaras a tu Hijo y a ti mismo. ¡Oh bondad incomprensible, oh amor admirable! Esto es algo del amor infinito del amable Corazón del Padre eterno por nosotros.

¿Quieres conocer ahora el amor incomprensible del divino Corazón del Hijo de Dios por nosotros? Escúchalo que dice: *Como el Padre me amó así os he amado yo*². Mi Padre os ama tanto que por amor a vosotros me entregó a la muerte y muerte de cruz. Y yo os amo tanto que me abandoné por amor a vosotros al poder de la tinieblas y a la rabia de mis enemigos: *Esta es vuestra*

¹ Lc. 2, 7

² Jn 15, 9

*hora y el poder de las tinieblas*¹. ¡Oh Salvador mío! puedo decirte con tu fiel servidor san Buenaventura que *tú me amas de tal manera que pareces odiarte a ti mismo por mí*.

Vengamos ahora al amor del Espíritu Santo. El es el Corazón del Padre y del Hijo. ¿Cuando este divino Espíritu formó al Hombre-Dios en las sagradas entrañas de la santa Virgen sí sabía bien lo que íbamos a hacer de él? ¿Sabía acaso las indignidades y crueldades que los hombres ejercerían contra él? ¿Que harían todo esfuerzo para aniquilar su obra maestra que es ese Hombre-Dios? Lo sabía muy bien y sin embargo no dejó de formarlo en el seno de la Virgen, de hacerlo nacer en el mundo para nosotros, de mostrarse en forma de paloma sobre su cabeza, en el río Jordán, para dárnoslo a conocer, de conducirlo al desierto para que allí hiciera penitencia por nuestros pecados, de animarlo para que nos predicara su Evangelio y nos anunciara las verdades del cielo. *El Espíritu del Señor está sobre mí...*² y de llevarlo a que se sacrificara a sí mismo en la cruz para nuestra redención. *Por el Espíritu santo se ofreció a sí mismo*³. ¡Oh amor sin igual, tener más amor por el pecador y el criminal que por el Hombre-Dios, que es el Santo de los santos! ¡Por un esclavo de Satanás que por el Hijo único de Dios, por un tizón del infierno que por el rey del cielo! ¡Oh prodigio sin igual! ¡Quién te encantó de esa manera! Perdóname, Espíritu adorable que te hable así pero no es acaso cierto que parece como si el amor excesivo que nos tienes te hubiera hechizado a ti también, como al Padre y a su Hijo único? ¡Cuán cierto es lo que se dice que amar y conocer apenas si se le concede a Dios!

De esa manera nos aman el Padre, el Hijo y el Espíritu santo. *De tal manera amó Dios al mundo*⁴. En verdad el divino Corazón es hoguera de amor por nosotros.

¿Qué haremos nosotros para corresponder a semejante bondad? ¿Qué pides de nosotros, Dios mío? ¿Es que no oyes su voz que te está gritando desde tanto tiempo: *¡Dame, hijo mío, tu corazón!*⁵

¹ Lc. 22, 53

² Lc. 4, 18

³ Hb. 9, 14

⁴ Jn 3, 16

⁵ Prov. 23, 26

Un gran prelado, Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico, en las Indias, en América, en la Nueva España, en carta que escribió a los padres de su orden reunidos en Tolosa en 1532, asegura que antes que los habitantes de dicha ciudad de Méjico se hubieran convertido a la fe, el diablo a quien adoraban en sus ídolos ejercía sobre ellos tiranía tan cruel que los obligaba a degollar todos los años más de veinte mil niños y a abrirles las entrañas para arrancarles el corazón y ofrecerlo en sacrificio quemándolo sobre carbones encendidos a manera de incienso. Si en la sola ciudad de Méjico se inmolaban cada año a Satanás más de veinte mil corazones de niños, os dejo concluir cuantos se le sacrificarían cada año en todo el reino de Méjico.

Adoramos a un Dios que no exige de nosotros cosas tan extrañas. Pide, claro está, nuestro corazón pero no quiere que lo arranquen de nuestro pecho para sacrificárselo. Se contenta con que le entreguemos los afectos, especialmente los dos principales que son el amor y el odio. El amor para amarlo con todas nuestras fuerzas y por encima de todas las cosas; el odio para odiar únicamente el pecado. ¿Qué puede haber de más dulce que amar la bondad infinita de la que no hemos recibido sino toda clase de bienes?

¿Qué puede haber de más fácil que odiar lo más horrible que hay en el mundo y que es la causa única de todos nuestros males? Ciertamente si rehusamos nuestro corazón a quien desde hace tanto tiempo nos lo está pidiendo, corazón que le pertenece por infinidad de razones, todos aquellos paganos que sacrificaron al diablo los corazones de sus hijos, se levantarán contra nosotros y nos condenarán en el día del juicio. ¡Qué confusión será la nuestra cuando el verdadero y legítimo rey de nuestros corazones nos muestre a aquellos pobres idólatras y nos diga: estas son gentes que arrancaron el corazón del pecho de sus propios hijos para inmolarnos a Satanás y vosotros me habéis rehusado los afectos del vuestro! No permitamos que se nos haga reproche semejante; entreguemos hoy mismo, de manera irrevocable y total, nuestro corazón al que lo ha creado y rescatado y que tantas veces nos ha hecho don del suyo.

La historia de las cruzadas por la liberación de Tierra santa, escrita por un padre de la Compañía de Jesús, refiere que en 1098, Gefroy de la Tour, noble limusino, uno de los más valientes guerreros del

ejército cristiano, que combatía contra los infieles, habiendo oído los rugidos de un león que parecía quejarse de un gran mal, entró en el bosque cercano y, corriendo hacia el lugar de donde provenía el lamento, vio cómo una horrible e inmensa serpiente envolvía con sus anillos las patas y el cuerpo del león. Lo había puesto fuera de combate y amenazaba con clavarle su veneno. Impresionado por el peligro del león, logra matar con su espada la serpiente. Entonces el pobre león, al verse libre y reconociendo al autor de su libertad, vino a darle gracias de la manera que pudo, festejándolo y lamiéndole los pies; se apegó a él como al que le debía la vida, nunca más lo quiso abandonar y lo seguía por doquiera como un perro fiel sin hacer mal a nadie sino a quienes ofendían a su dueño. Con él iba siempre al combate y a la caza, surtiéndolo con abundancia de presa. Pero lo más admirable fue que, como el capitán del navío en el que Geffroy regresó a Francia después de la Cruzada no permitió que el león acompañara a su dueño, la pobre fiera desesperada se arrojó en el mar nadando siempre detrás del navío hasta que le faltaron las fuerzas y se ahogó prefiriendo morir a verse separada de su amo.

¿No debiéramos morir de confusión al ver como una fiera nos da lecciones de gratitud hacia nuestro supremo bienhechor? ¿Habría que enviar a los cristianos a la escuela de las fieras para que aprendan lo que deben a Dios? Tú, Salvador mío, me arrancaste de las garras del dragón infernal, diste tu vida para librarme de la muerte eterna del infierno y para hacerme vivir de una vida inmortal en el cielo. Que yo sea todo tuyo; que no viva sino para ti; que te siga por todas partes; que todas las potencias de mi alma estén irremediabilmente ligadas a tu divina voluntad; que no tenga yo sentimientos distintos de los tuyos; que no odie jamás nada sino a tu enemigo, que es el pecado; que no ame sino a ti en todas las cosas y que prefiera morir antes que verme separado de mi amabilísimo Jesús!

CAPITULO XII

EL DIVINO CORAZON DE JESUS ES UN TESORO INMENSO QUE NOS PERTENECE

Luego de considerar al Corazón adorable de nuestro Salvador como hoguera de amor por nosotros, veamos ahora que es tesoro

inmenso de riquezas infinitas, que nos pertenece y cómo debemos servirnos de él.

El divino Corazón de Jesús es un tesoro que encierra las riquezas todas del cielo y de la tierra, de la naturaleza y de la gracia, de la gloria, de los ángeles y santos, de la santa Virgen, de la divinidad, de la santa Trinidad, de todas las divinas perfecciones. Porque si san Juan Crisóstomo dice que la sagrada Virgen es *abismo de las inmensas perfecciones de la divinidad*¹, ¿con cuánta mayor razón lo será el Corazón adorable de Jesús?

Además ese Corazón es precioso tesoro que contiene todos los méritos de la vida del Salvador, los frutos de sus divinos misterios, todas las gracias que nos adquirió con sus trabajos y sufrimientos, todas las virtudes que practicó en grado infinitamente elevado, todos los dones del Espíritu Santo de los que fue colmado: *Descansará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, etc.*² En una palabra cuanto hay de grande, rico y admirable en el ser creado e increado, en el Creador y en las criaturas está encerrado en ese tesoro incomparable.

Ahora bien, ¿para quién será tan maravilloso tesoro? Para nosotros todos y para cada uno de nosotros, pues de nosotros depende entrar en posesión de él. ¿Por qué títulos ese tesoro nos pertenece? Por el título y derecho de donación. ¿Quién nos lo ha dado? El Padre de Jesús nos lo ha concedido al entregarnos a su Hijo. Y nos lo da continuamente porque *los dones de Dios son irrevocables*³. El Hijo de Dios nos lo ha conferido también infinitas veces al darse a nosotros y nos lo da continuamente en la Eucaristía. El Espíritu Santo nos lo entrega también incesantemente. La santa Virgen nos lo da continuamente porque ella no tiene sino un Corazón y voluntad con su Hijo, quiere lo que él quiere, y junto con él nos otorga cuanto él nos da.

Está comprobado que el Corazón amable de Jesús nos pertenece por completo y es nuestro Corazón. Podemos repetir con san Bernardo: *Diré audazmente que el Corazón de Jesús es mi corazón,*

¹ In Hor. ani.

² Is. 11, 2

³ Rm. 11, 29

*pues si Jesús es mi Cabeza, ¿como no ha de ser mío lo que es de mi Cabeza? Así como los ojos de mi cabeza corporal son verdaderamente mis ojos, así el corazón de mi cabeza espiritual es de verdad mi Corazón. ¡Qué felicidad la mía pues es absolutamente cierto que no tengo sino un corazón con Jesús!*¹

¿Pero de qué serviría a un hombre poseer un rico tesoro si se dejara morir de hambre, de sed y de frío frente a su tesoro? ¿Y si, por no pagar sus deudas, se dejara arrastrar a la prisión para pudrirse en ella? Así también ¿de qué nos serviría este gran tesoro si no hacemos uso de él? Porque Dios nos lo dio para que cumpliéramos nuestras obligaciones y pagáramos nuestras deudas.

Tales deudas son infinitas: somos deudores de Dios y de los hombres, del Creador y de las criaturas. Debemos al Creador cinco grandes cosas:

1. adoración, honor, gloria y alabanza;
2. amor;
3. acción de gracias por los beneficios que sin cesar recibimos;
4. satisfacción por nuestros pecados;
5. donación de nosotros mismos pues le pertenecemos por infinitas razones. Añade a ellos la oración que se funda primero en nuestra pobreza e indigencia pues nada somos ni tenemos por nosotros mismos y luego en que Dios es el supremo bien y la fuente de todo bien, y su bondad infinita le infunde deseos infinitos de colmarnos de sus bienes; pero él quiere, y es justo, que se los pidamos con nuestra oraciones.

Pues bien, para pagar esas deudas debes hacer lo siguiente: Es necesario ante todo que estés en gracia de Dios. Luego de celebrar la misa, si eres sacerdote, o de participar en ella, y principalmente después de haber comulgado, acuérdate de que tienes en tu pecho al divino Corazón de Jesús, y con él las tres Personas divinas.

Dirígete en primer lugar al Padre diciéndole con todo respeto y humildad, con estas o parecidas palabras:

Padre santo, te debo honor, gloria, amor, alabanzas, adoraciones, acciones de gracias y satisfacciones infinitas; y me debo yo mismo a ti por infinitas razones. Por mí mismo nada soy ni

¹ D. Bern. Tract. de Pass. Domini, cap. 3

tengo para pagar esas deudas. Pero ahí tienes el divino Corazón de tu Hijo amadísimo, que tú me diste. Te lo ofrezco para cumplir las obligaciones que tengo de adorarte, honrarte, alabarte, glorificarte, amarte, darte gracias, satisfacer por mis pecados, darme a ti y rogarte por ese mismo Corazón que me concedas las gracias que necesito. Es ése mi tesoro, el que tú me has dado en el exceso de tus bondades; recíbelo, te lo ruego, Padre de las misericordias, y dignate pagarte con tus propias manos, tomando de ese sagrado tesoro para satisfacer plenamente todas mis deudas.

Dirígete luego al Hijo de Dios ofreciéndole ese mismo tesoro, o sea, su propio Corazón, como también el de su santa Madre que en cierta manera es un solo Corazón con el suyo y que le es más agradable que todos los corazones del paraíso.

Harás lo mismo con respecto al Espíritu Santo.

Te acordarás luego de las obligaciones que tienes con la Madre de Dios que te ha dado un Salvador con los bienes infinitos que se derivan de ese don maravilloso; ofrécele el amable Corazón de su Hijo amadísimo en acción de gracias por los favores que has recibido de esa divina Madre. Ofrécele también el mismo Corazón en reparación y suplemento de tus negligencias, ingratitudes e infidelidades con ella. Así lo indicó ella misma a santa Matilde cuando se dolía de las negligencias cometidas en su servicio; le pidió ella que le ofreciera este santísimo Corazón de su Hijo, asegurándole que esto le sería mucho más agradable que todas las devociones y ejercicios de piedad.

Y considerando además que eres deudor a los ángeles y a los santos por haber intercedido tantas veces por ti, ofréceles a todos en general y a cada uno en particular tu inmenso tesoro, en acción de gracias, como suplemento de tus deficiencias con ellos y para aumento de su gloria y su alegría.

Piensa también que estás en deuda con tu prójimo. Debes amor a todos, aún a tus enemigos, asistencia a los pobres según tus posibilidades, respeto y obediencia a tus superiores, etc. Para satisfacer a todas estas obligaciones, ofrece a nuestro Salvador su divino Corazón en reparación de las fallas en ello cometidas; ruegale que las repare por ti y que te dé las gracias que necesitas para cumplirlas perfectamente en lo venidero.

Encuentro en los libros de santa Matilde que cuando una persona le pidió que rogara por ella a nuestro Señor para le diera un corazón humilde, puro y caritativo, ésta fue la respuesta que él dio a la santa: busque en mi Corazón todo cuanto desea y necesita y pídalo como un niño pequeño; pida confiadamente a su Padre lo que desea. Si desea la pureza de Corazón que acuda a la inocencia; si desea la humildad que la reciba de mi humilísimo Corazón; que de él tome también mi amor con toda mi santa vida apropiándose con confianza de todo lo bueno y santo que hay en ese Corazón puesto que lo he dado plenamente a mis hijos.

Es ése el tesoro inmenso e inagotable que nuestro buen Jesús nos ha dado, del que podemos tomar confiadamente cuanto necesitamos, mientras tenemos ese rico tesoro. Porque si lo perdemos por el pecado ¡qué horrenda pérdida! Si la conociéramos debidamente, aún cuando viviéramos hasta el día del juicio y no cesáramos de llorar hasta formar un mar de lágrimas de sangre nada sería para deplorar debidamente semejante desgracia. Y aunque los ángeles y los santos bajaran del cielo a consolarnos, jamás podrían secar nuestras lágrimas. *¡Ay, cuánto ha perdido el que perdió a su Dios,* exclama san Agustín. Y nosotros podemos decir: *¡Cuánto ha perdido el que perdió el Corazón de Jesús!* ¿Quién podría comprender la inmensidad de esa pérdida? ¿Quién podría expresarla? ¿Quién podría deplorarla dignamente?

Y sin embargo después de haber perdido tantas veces ese infinito tesoro, tú, insensato, actúas como si nada hubieras disipado, cuando deberías mostrar tu dolor y llorar con lágrimas de sangre. ¡Qué horror deberías concebir de tus pecados, causantes de semejante desastre! ¡Cuánto temor de recaer en él! ¡Qué urgencia de buscar todos los medios para preservarte! Deberías estar dispuesto a perderlo todo en lugar del Corazón amabilísimo de nuestro Redentor. Porque una vez perdido él, todo está acabado. ¡Perdámoslo ante todo: bienes de la tierra, amigos, salud, todas las vidas imaginables, millones de mundos! Concédenos esa gracia, Salvador mío. Madre de Jesús, alcánzanosla de tu amadísimo Hijo.

CAPITULO XIII

**JESUS NOS AMA COMO LO AMA SU PADRE
QUE DEBEMOS HACER PARA AMARLO**

Acabamos de ver el gran número de efectos admirables del amor que abraza el Corazón sagrado de nuestro Salvador por nosotros. Pero hay uno que los supera a todos: está expresado en las maravillosas palabras salidas de su divino Corazón y pronunciadas por su boca adorable: *Como el Padre me ha amado así os he amado yo* ¹.

Detengámonos un poco a pensar bien esas palabras: Yo os amo. ¡Qué palabra tan dulce, encantadora y consoladora del soberano monarca del universo! Yo os amo, dice nuestro buen Jesús. Si un príncipe o rey de la tierra se tomara la pena de transportarse a la casa del último de sus súbditos para decirle: vengo expresamente para asegurarte que te amo y que te haré sentir los efectos de mi amor, ¡qué alegría para aquel hombre! Pero si un ángel o un santo o la Reina de los santos apareciera en medio de una iglesia repleta de fieles para decir públicamente, en voz alta, a alguno de ellos: "te amo, mi corazón es tuyo", ¡qué transportes, qué entusiasmos los de ese hombre; ¿no moriría acaso de alegría? Sin embargo aquí hay algo infinitamente más importante. El Rey de reyes, el Santo de los santos, el Hijo único de Dios, el Hijo único de María que bajó expresamente del cielo para deciros yo os amo. Yo el Creador de todas las cosas, que gobierno el universo, que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, que hago lo que quiero, a cuya voluntad nadie puede resistir, yo os amo. ¡Qué palabra tan gloriosa para nosotros, Salvador mío! No era ya favor insigne que nos dijeras: pienso a veces en vosotros; pongo mis ojos en vosotros una vez al año; tengo algunos buenos designios sobre vosotros. Pero eso no te bastó; tú quieres asegurarnos que nos amas. Y que tu Corazón rebosa de ternura por nosotros. Por nosotros que nada somos; por nosotros, gusanos de tierra; por nosotros, miserables pecadores que tanto te hemos ofendido, por nosotros que tantas veces hemos merecido el infierno: Yo os he amado.

¹ Jn 15, 9

¿Pero en qué forma nos ama ese adorable Salvador? Escucha: *Como mi Padre me amó*. Os amo con el mismo amor con que me ama mi Padre. ¿Con qué amor ama a su Hijo ese divino Padre? Es un amor que tiene cuatro grandes cualidades, que se encuentran por lo mismo en el amor del Corazón de Jesús para con nosotros.

1. El amor del Padre por su Hijo es infinito, sin límites ni medida; es amor incomprensible e inexplicable; amor tan grande como la esencia misma del Padre eterno; mide, si puedes, la extensión y grandeza de la esencia divina y medirás la grandeza del amor de ese Padre adorable por su Hijo. Al mismo tiempo habrás medido la extensión del amor del Hijo de Dios para con nosotros pues dice amarnos con el mismo amor con que es amado por su Padre Dios.

2. El amor del Padre por su Hijo es amor eterno que llena todos los espacios de la eternidad. El Padre ama a su Hijo desde toda eternidad y nunca ha estado sin amarlo. Lo ama sin interrupción y lo amará eternamente. ¡Salvador mío, qué gozo siento al verte amado como lo mereces! Los judíos ingratos, los demonios y los condenados te odian, pero no por eso eres menos amable y tu Padre te ama más en cada instante que lo que podrían odiarte esos pérfidos en mil eternidades.

Y como el Padre ama a su Hijo con amor eterno, el Hijo de Dios nos ama también de manera que toda la eternidad está llena de su amor por nosotros. ¿No es acaso verdad que si hubiéramos existido desde toda la eternidad hubiéramos debido amar al Salvador desde toda eternidad? ¿Y si viviéramos por una eternidad sobre la tierra no deberíamos emplearla en amar al que nos ama con amor eterno? Sin embargo a pesar de los breves días de nuestra existencia en el mundo, los empleamos en amar las basuras y bagatelas de la tierra con ingratitud condenable.

3. El amor del Padre por su Hijo es amor inmenso, que llena los cielos y la tierra y hasta el infierno. En el cielo lo ama mediante los corazones de los ángeles y de los santos. En la tierra, mediante los corazones que le pertenecen. En el infierno porque lo ama dondequiera que está y las tres divinas personas están presentes y actúan en el infierno tanto como en el cielo.

De la misma manera el amor de nuestro Salvador llena el cielo, la tierra y el infierno. En el cielo incita a todos sus moradores a amarnos como a sí mismos. Los hace partícipes del amor que él nos tiene y nos ama por ellos. En la tierra nos ama porque está presente en ella, la creó y la conserva y gobierna las cosas del universo por amor a nosotros. Lo que hace decir a san Agustín: *El cielo y la tierra y cuanto hay en ellos no cesan de decirme que ame a mi Dios*. Finalmente porque prohíbe a los habitantes de la tierra, bajo pena de condenación perjudicarnos en nuestros bienes, en nuestra reputación, en nuestras personas ni en nada que nos pertenezca y les ordena que nos amen como a sí mismos.

Ese amor inmenso de nuestro redentor llena no solamente el cielo y la tierra sino también el infierno. Porque encendió los fuegos eternos para que nuestros corazones ardieran en el fuego de su divino amor, es decir, que al considerar que por nuestros pecados hemos merecido las llamas eternas y que nuestro Salvador nos libró sufriendo por nosotros los tormentos de la cruz, nos obliguemos a amarlo. ¡Oh Dios mío, tú nos amas por doquiera y nosotros, ingratos, en todas partes te ofendemos! ¡No lo permitas más! Haz en cambio que te amemos y bendigamos por doquiera: *En todo lugar de su imperio bendice, alma mía, al Señor*¹.

4. Podría también hacerte ver que el amor del Padre eterno por su Hijo es amor esencial; lo ama en efecto con todo lo que él es, y es todo corazón y amor por él. También el amor del Hijo de Dios por nosotros es amor esencial; todo lo que él es, en su divinidad, en su humanidad, en su alma, en su cuerpo, en su sangre, en sus pensamientos, palabras, acciones, privaciones, humillaciones, sufrimientos, todo lo que es y tiene y puede lo emplea en amarnos.

Pero hay un efecto de su amor que sobrepasa a todos los demás. El doctor en teología Luis Bail refiere que en cuatro lugares de los libros de santa Brígida, aprobados por tres Papas y dos concilios generales, el divino Salvador y su santa Madre revelaron a esa santa que cuando él estaba en la cruz sufrió por amor a nosotros dolores tan vivos, tan penetrantes, violentos y terribles que su adorable Corazón se rompió. ¡estalló! *Mi corazón estaba saturado de dolor y al abrir los ojos vi a mi queridísima madre abismada en*

¹ Sal. 102 (103) 27

*un mar de angustias y de lágrimas, lo que me afligía más que mis propios sufrimientos; vi también a mis amigos aplastados por la pesadumbre. En este suplicio, mi corazón estalló por la violencia del dolor y fue entonces cuando mi alma se separó de mi cuerpo*¹.

Y en otra ocasión el Salvador dijo también a santa Brígida: *Pocas personas piensan con cuántos dolores estaba clavado al madero de la cruz cuando mi corazón se rompió; se destruyó por la violencia de los dolores: mi corazón estalló*².

Oigamos ahora a la santa Virgen que dijo a la misma santa que al acercarse la muerte de su Hijo *su corazón se hendió por la violencia de los dolores*³.

Encuentro algo semejante en el ejercicio 10º de las INSINUACIONES DE LA DIVINA PIEDAD de santa Gertrudis en el que ella habla así a nuestro Redentor: *Tu divino Corazón se rompió en tu muerte por el exceso de tu amor por mí*⁴. De suerte que podemos decir que moriste de amor y de dolor por mí, Y es esto lo que cada uno de nosotros puede decir también con toda verdad.

Gran Dios ¿quién oyó nunca algo semejante? Oh pecador, ¿No abrirás tú los ojos para reconocer el amor de tu Salvador? Oh corazón humano, ¿no te impresiona amor tan ardiente? ¿No te rendirás? ¿No te convertirás? ¿No amarás a quien tanto amor tiene por ti?

¿Hasta cuándo permanecerá tu corazón sepultado en el fango de la tierra? ¿En el estiércol y en las vanidades de este mundo? ¿No querrás amar al que es todo corazón y todo amor por ti, y te promete un imperio eterno si quieres amarlo?. Esto es lo que pide de ti pues después de pronunciar aquellas palabras: *Yo os amo como mi Padre me ha amado añade: Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y he permanecido en*

¹ Revel. extr. cap 51

² Ib. cap. 106

³ Rev. L. 1, cap. 10

⁴ Exerc. Laudis et Grat. actionis

*su amor*¹. Después de lo cual nos sigue diciendo: *Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno*².

Por consiguiente, ¿quieres dar una gran alegría a tu Salvador y hacer que tu corazón esté alegre y contento, y que comiences tu paraíso en la tierra? Ama a tu Salvador sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo. Eso es todo. Oh Jesús, te doy enteramente mi corazón. Madre de Jesús, te lo doy también, con los corazones de mis hermanos y hermanas; ofrécelos, te ruego, a tu Hijo y ruégale que tome de ellos posesión plena y eterna.

Oh Creador mío, te debo más que mi cuerpo y mi alma porque me has dado los tuyos, tu vida y a ti mismo. ¿Cómo te pagaré? Si yo tuviera millones de vida y te las ofreciera millones de veces en cada momento nada sería. Pero como tengo tanta obligación contigo y nada puedo pagarte, ven tu mismo y ejecútame y toma lo que tengo. Te ofrezco las potencias de mi alma, los sentidos de mi cuerpo, todos mis miembros, mi corazón y mis entrañas; los sacrifico por entero a tu adorable voluntad para que ella haga con ellos lo que le sea más agradable. No quiero ojos sino para mirar lo que tu quieres que mire, ni oídos sino para obedecer a tu santa palabra. Que me arranquen la lengua si no me sirvo de ella sino para bendecirte; que mi corazón estalle en mi pecho si no te ama; que pierda la memoria si no me sirve para acordarme de ti; que me falle la razón si no te conozco y te admiro; que me corten las manos si no las empleo en tu servicio. No quiero pies sino para buscarte y seguirte. No quiero voluntad sino para querer o no querer según lo dispongas; lo que más deseo en todas las cosas es tu beneplácito. Haz de mí lo que tú quieres puesto que has hecho por mí más de lo que yo me hubiera atrevido a querer o desear. Me abandono enteramente entre tus manos, Dios mío, que quieres mi bien más que yo mismo, pues eres el único en conocerlo y el único que puede concedérmelo.

(...)

¹ Jn 15, 9-10

² Jn 15, 11

CAPITULO XX

CUARENTA LLAMAS DE AMOR AL CORAZON DE JESUS

1. Corazón admirable de mi Jesús, me llena de alegría contemplar en ti las grandezas, tesoros y maravillas de todos los seres creados e increados.
2. Divino Corazón, objeto primero del amor del Padre eterno y del tuyo propio, me entrego a ti para abismarme por siempre en ese amor.
3. Corazón adorable del Hijo único de María, mi corazón se llena de gozo al comprobar que tienes más amor por esa amable Virgen que por todo cuanto ha sido creado, y que ella también te ama más que todas las criaturas juntas. Entrego mi corazón a ese amor mutuo del Hijo y de la Madre.
4. Amabilísimo Corazón de mi Salvador, te ofrezco el amor que arde por ti en los corazones de los divinos amantes y les ruego que asocien mi corazón a los suyos en este mismo amor.
5. Oh Jesús, Rey legítimo y soberano de todos los corazones, sé tú el Rey de mi corazón y que yo sea todo corazón y amor por ti como tú eres todo corazón y amor por mí.
6. ¿A dónde escaparé, buen Jesús, de tu justicia si no me ocultas en tu Corazón?
7. Corazón admirable, principio de mi vida, que sólo viva en ti y por ti.
8. ¡Cuán caro te he costado, amabilísimo Corazón, puesto que me has comprado con la última gota de tu sangre! ¡Qué alegre estaría mi corazón si pudiera darte la última gota del suyo!
9. Tú me has colmado, Corazón bondadoso, de tus gracias y favores; que todos los actos de mi Corazón sean de amor y de alabanza a ti.

10. Corazón benignísimo, nunca has estado sin amarme; que toda la inspiración de mi corazón sea amor por ti.

11. ¡Oh Corazón caritativo, que has muerto por darme la vida, que yo viva de tu vida, que muera de tu muerte y por tu amor!

12. Tu Corazón, oh Jesús, está abrasado de purísimo amor por mí; que también yo te ame, no buscando mi interés temporal o eterno sino únicamente por amor a ti.

13. Tu Padre, oh mi Jesús, ha puesto todo en tus manos y tu amor las mantiene siempre abiertas para dármelo todo; que cuanto soy y tengo sea enteramente tuyo y para siempre.

14. Dios de mi corazón, que el amor que te llevó a morir por mí me haga también morir por ti.

15. Oh Corazón inmenso, ¿podrá haber algo mayor que tú? ¿Y quién puede decirme que existe algo más grande, en el cielo o en la tierra, que aquél a quien yo he dado mi corazón?

16. Corazón de Jesús, eres tú quien me ha dado a mi Jesús para que sea mi tesoro, mi gloria, mi vida y mi todo; haz que también yo sea todo para él.

17. Hijo único de Dios, ¿cómo es posible que siendo el Hijo de tan buen Padre hayas querido tener un hermano tan malo como yo, que tanto he ofendido a ese Padre adorable?

18. Corazón lleno de sabiduría y de luz, que siempre estás pensando en mí y en los menores detalles que me conciernen; haz que mi espíritu y mi corazón estén también adheridos siempre a ti y que yo te sirva fielmente en las cosas grandes y pequeñas.

19. Corazón poderoso, con tu poder destruye en mi corazón cuanto te desagrada.

20. Corazón inmenso, que me amas por doquier, que también yo te ame en todas partes y en todas las cosas.

21. Corazón fidelísimo, amor que quiere más a tus amigos en la adversidad que en la prosperidad, haz que yo te ame más en las aflicciones que en los consuelos.
22. Corazón del Rey de los humildes, abismo de humildad, aplasta en mí cuanto es contrario a esa santa virtud y hazla reinar plenamente en mi corazón.
23. Corazón obedientísimo, que has preferido perder la vida antes que desobedecer, haz que yo ame con ternura esa virtud sin la que es imposible agradar a Dios.
24. Corazón infinitamente más puro, que los corazones angélicos, fuente de toda pureza, imprime en mi corazón un especial amor a la pureza y horror a todo lo que le es contrario.
25. Oh Corazón, hoguera ardiente de caridad, consume en nosotros lo que se opone a esa divina virtud y hazla reinar en los corazones de los hijos de Dios.
26. Oh divino Corazón, ¿quién puede comprender el odio infinito que tienes al pecado? Imprime ese odio en nuestros corazones para que no odiemos en este mundo sino a ese monstruo infernal que es el objeto único de tu odio.
27. Oh Padre de Jesús, ama a tu Hijo Jesús por mí y comunícame el amor que le tienes.
28. Oh Jesús, ama a tu Padre por mí y enciende mi corazón con el amor que le tienes.
29. Oh Espíritu adorable, que eres todo amor y caridad, ama a mi bondadoso Padre y a mi amabilísimo Jesús por mí y transforma totalmente mi corazón en amor hacia ellos.
30. Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, ama a tu divina Madre por mí y enciende mi corazón en el amor que le tienes.
31. Oh Madre de amor, ama a Jesús que es tuyo y mío, por mí, y concédeme participar del amor que le tienes.

32. San José, san Gabriel, san Joaquín, santa Ana, san Juan Bautista, san Juan Evangelista, san Lázaro, santa Magdalena, santa Marta, todos los apóstoles y discípulos de Jesús, todos los santos mártires, sacerdotes, levitas, santas vírgenes y todos los demás santos y santas, especialmente los preferidos del Corazón de Jesús y de María, amad a Jesús y a María por mí y suplicadle que me hagan según su Corazón, me cuenten en el número de los hijos de su Corazón y me asocien al amor que vosotros les tendréis eternamente.

33. Oh mi Jesús, puesto que tu Padre me lo ha dado todo cuando te dio a mí, todos los corazones del universo me pertenecen; tomo, pues, todos esos corazones, quiero amarte con todo el amor de que eran capaces cuando los creaste para que te amaran.

34. Dijiste, Jesús mío, que viniste a la tierra para encender fuego en ella y que no tienes deseo mayor sino el de que ese fuego abraza todos los corazones ¹. ¿Cómo es que la tierra toda está llena de corazones de hielo para ti? La única causa de ello es el pecado. Oh pecado execrable, acepto gustoso verme reducido a cenizas para verte destruido en todas las almas.

35. Oh Corazón de mi Jesús, hoguera inmensa de amor, envía tus llamas sagradas a todos los corazones del universo para iluminarlos con tu luz celestial y encenderlos en tus divinos ardores.

36. Oh buen Jesús, por amor a mí tanto amaste la cruz, que tu espíritu llama día de las alegrías de tu Corazón al día de tus grandes sufrimientos; haz que yo ame y abrace de todo corazón las cruces que me vengan por amor a mi amabilísimo Crucificado.

37. Amabilísimos Corazones de Jesús y de María, que sois uno solo por unidad de espíritu, de voluntad y de afecto, haz que este indigno hijo vuestro sólo tenga un corazón con vosotros y con todos los corazones que os pertenecen.

38. Oh Corazón de Jesús, ya que el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo te ha entregado a mí al darme a Jesús, y

¹ Lc. 12, 49

eres verdaderamente mi Corazón, ama por mí todo lo que debo amar y de la manera como Dios quiere que yo ame.

39. Oh Corazón de Jesús y de María, tesoro inestimable de toda clase de bienes, sé tú mi único tesoro, mi refugio, mi salvaguardia. Es a ti a quien puedo acudir en todas mis necesidades; aunque todos los corazones de todos los hombres me engañaran y abandonaran tengo gran confianza de que el fidelísimo Corazón de mi Jesús el de su benigna Madre, no me engañarán ni me abandonarán jamás.

40. Escúchame, escúchame, oh gran hoguera de amor, es una humilde brizna la que pide con humildad y encarecimiento verse abismada, absorbida, perdida, devorada y consumida en tus sagradas llamas para siempre.

(...)

OCHO MEDITACIONES SOBRE EL DIVINO CORAZON DE JESUS

Primera meditación

La santa Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús

Primer punto.

Considera que el Padre eterno está en ese Corazón admirable haciendo nacer allí a su Hijo amadísimo y haciéndolo vivir de la misma vida santa y divina que lleva en su seno adorable desde toda eternidad; que va imprimiendo en él la imagen de su divina paternidad para que ese Corazón, humanamente divino y divinamente humano, sea el Padre de todos los corazones de los hijos de Dios. Por eso nuestros corazones deben mirarlo, amarlo y honrarlo como a su padre amabilísimo y esforzarse por grabar en ellos la semejanza perfecta de su vida y de sus virtudes.

Oh buen Jesús, graba tú mismo en nuestros corazones la imagen de tu santo Corazón y haz que sólo vivan de amor a tu Padre y que muramos de amor por ti como tú has muerto de amor a tu Padre.

Segundo punto

Considera que el Verbo eterno está en ese Corazón de rey, uniéndolo con él con la unión más perfecta que pueda imaginarse como es la unión hipostática, la cual hace que ese Corazón sea adorable con la misma adoración que se debe a Dios; que está allí, si es lícito hablar así, de una manera en cierto modo más ventajosa que en el seno y en el corazón de su Padre. Porque en ese seno y en ese corazón está viviendo pero no reinando, en cambio sí reina en el Corazón del Hombre-Dios; reina allí sobre todas las pasiones humanas (que tienen su sede en el corazón) de forma tan absoluta que no tienen actividad alguna sino por orden suya.

Oh Jesús, Rey de mi corazón, vive y reina soberanamente sobre mis pasiones, uniéndolas a las tuyas y no permitas que tengan actividad alguna sino por tu dirección y para tu gloria.

Tercer punto

Considera que el Espíritu Santo está también viviendo y reinando en el Corazón de Jesús de manera inefable. Que allí encierra los tesoros infinitos de la ciencia y la sabiduría de Dios, y que lo llena, en supremo grado, de todos sus dones según sus palabras: *Descansará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad y lo colmará el espíritu del temor del Señor*¹.

Considera finalmente que las tres divinas personas viven y reinan en el Corazón del Salvador como en el trono más excelso de su amor, en el primer cielo de su gloria, en el paraíso de sus más queridas delicias y que allí derraman luces admirables, océanos de gracias, torrentes de fuegos y de llamas, que arden con su amor eterno.

Oh santa Trinidad, que se te rindan alabanzas infinitas y eternas por los milagros que has realizado en el Corazón de mi Jesús. Te ofrezco el mío y el de todos mis hermanos y te suplico con toda humildad que tomes de él total posesión; que destruyas en él lo que te desagrada y establezcas en él el reino de divino amor.

¹ Is. 11, 2-3

Jaculatoria: Trinidad sacrosanta, vida eterna de los corazones, reina en el corazón de todos los hombres.

Segunda meditación

El Corazón de Jesús, santuario e imagen de las perfecciones divinas

Primer punto

Adoremos y contemplemos las perfecciones de la divinidad que viven y reinan en el Corazón de Jesús. Ellas son la eternidad de Dios, su inmensidad, el amor, la caridad, la justicia, la misericordia, el poder, la fuerza, la inmortalidad, la sabiduría, la bondad, la gloria, la felicidad, la paciencia, la santidad y demás perfecciones.

Adorémoslas en los efectos que obran en ese Corazón maravilloso; démosle gracias por ellas con todo nuestro corazón; ofrezcámosle las adoraciones, la gloria y el amor que le serán tributados eternamente por ese mismo Corazón.

Segundo punto

Estas adorables perfecciones imprimen su imagen y semejanza en ese divino Corazón en forma infinitamente más excelente de lo que espíritus humanos y angélicos pueden pensarlo o expresarlo. El Corazón de Jesús lleva en sí la imagen de la eternidad por el perfecto desprendimiento de las cosas caducas y temporales y por su afecto a las cosas divinas y eternas. Lleva en sí la imagen de la inmortalidad, por el amor infinito que tiene a su Padre y a nosotros, cuya inmensidad se extiende por doquiera en el cielo, en la tierra y hasta en el infierno. Si queremos considerar con atención ese Corazón incomparable veremos fácilmente que lleva en sí una viva semejanza de todas las demás perfecciones de la divinidad.

Corazón admirable de Jesús, te ofrecemos nuestros corazones; imprime en ellos, te lo ruego, una participación de esa divina semejanza para que se cumpla el mandamiento del divino Maestro: *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* ¹.

¹ Mt. 5, 48

Tercer punto

Entre las divinas perfecciones cuya semejanza lleva en sí el santísimo Corazón de nuestro Salvador, debemos reservar devoción particular a la divina misericordia para grabarla en nuestro corazón. Para ello haremos tres cosas: la primera es perdonar de todo corazón y olvidar prontamente las ofensas recibidas de nuestro prójimo. La segunda tener compasión de sus miserias corporales y aliviarlo y asistirlo en cuanto nos es posible. La tercera compartir las miserias espirituales de nuestros hermanos que mueven mucho más a compasión que las corporales. Por eso debemos tener gran piedad de tantos miserables que no se compadecen de sí mismos y usar de nuestras oraciones, ejemplos e instrucciones para preservarlos de las miserias eternas del infierno.

Oh benignísimo y misericordioso Corazón de Jesús, imprime en nuestros corazones la imagen perfecta de tus grandes misericordias para que nos ajustemos al mandamiento que nos has dado: *Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso*¹.

Jaculatoria: *Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, compadécete de nosotros.*

Tercera meditación

El Corazón de Jesús, templo - altar - incensario del divino amor

Primer punto

El amor increado y eterno que es el Espíritu Santo edificó ese templo magnífico de la sangre virginal de la Madre de amor. Fue consagrado y santificado por el sumo Pontífice y por la unción de la divinidad. Está dedicado al amor eterno. Es infinitamente más santo, digno y venerable que todos los templos materiales y espirituales que han existido y existirán en el cielo y en la tierra. En ese templo recibe Dios adoraciones, alabanzas y glorias dignas de su infinita grandeza. En ese templo el sumo predicador nos exhorta continuamente. Es un templo eterno que no tendrá fin. Es el centro de la santidad, incapaz de cualquier profanación. Está

¹ Lc. 6, 36

adornado en grado sumo de todas las virtudes cristianas y de las perfecciones de la esencia divina como con otros tantos retablos vivientes.

Alegrémonos a la vista de todas las excelencias de ese templo maravilloso y por toda la gloria que en él se tributa a la divina Majestad.

Segundo punto

El Corazón de Jesús no es sólo el templo, es también el altar del amor divino. Sobre ese altar arde día y noche el fuego sagrado de ese amor. Sobre ese altar el sumo sacerdote Jesús ofrece continuamente diversos sacrificios a la santa Trinidad. En primer lugar se ofrece y sacrifica a sí mismo como víctima de amor, como la más santa y preciosa hostia que haya existido o pueda existir; allí él inmola enteramente su cuerpo, su alma, su sangre, toda su vida, sus pensamientos y palabras, sus acciones y padecimientos terrenos y ofrece este sacrificio perpetuamente con amor inmenso e infinito.

En segundo lugar sacrifica todo cuanto su Padre le ha dado, las criaturas racionales e irracionales, sensibles e insensibles, las que transforma en víctimas de alabanza a su Padre; inmola principalmente a los hombres, a los buenos, los predestinados, como hostias de amor a su divina bondad; a los malvados, los réprobos, como víctimas de la ira de Dios, a su terrible justicia. Así este sumo Sacerdote sacrifica a la gloria de su Padre todas las cosas en el altar de su Corazón.

Ofrezcámonos a él y roguémosle que nos coloque entre las víctimas de su amor, que nos consuma enteramente como holocaustos en las llamas que arden incesantemente sobre el altar de su Corazón.

Tercer punto

El divino Corazón de Jesús es además el incensario del divino amor. Es, al sentir de san Agustín, aquel incensario de oro de que nos habla el capítulo octavo del Apocalipsis. En ese incensario están las adoraciones, alabanzas, plegarias, deseos y afectos de todos los santos, que se ofrecen a Dios en el Corazón de su Hijo

amadísimos, como agradable perfume a su divina Majestad. Pongamos en él nuestras oraciones, deseos, devociones y piadosos afectos y nuestros mismos corazones con todo lo que somos y hacemos. Supliquemos al Rey de los corazones que lo purifique y lo santifique todo y lo ofrezca a su Padre como celestial incienso de suave olor.

Así pues, el Corazón sagrado de nuestro Jesús es el templo, el altar y el incensario, el sacerdote y la víctima del divino amor. Y todo esto lo es por amor a nosotros y por nosotros lo ejerce. Cuánta veneración y cuántas alabanzas te debo, amabilísimo Corazón. Que yo sea todo corazón, todo amor por ti, y que todos los corazones del cielo y de la tierra se inmolen a tu alabanza y a tu gloria.

Jaculatoria: Eres el sacerdote de los corazones, víctima igual a Dios, templo digno de la divinidad y ara sacrosanta.

Cuarta meditación El Corazón de Jesús nos ama con amor eterno e inmenso

Primer punto

El divino Corazón de nuestro Salvador reboza de amor eterno por nosotros. Dos elementos forman la eternidad: el primero es que no tiene ni comienzo ni fin; el segundo, que encierra en sí los tiempos pasados, presentes y futuros, los años, meses, semanas, días, horas y momentos, en forma estable y permanente porque están unidos entre sí como en un punto indivisible. En eso difiere del tiempo pues éste pasa incesantemente; de suerte que, cuando un momento llega, el otro se desliza y se pierde. Y no pueden verse dos momentos de tiempo juntos. Pero en la eternidad todo es permanente y lo que es eterno permanece siempre con la misma consistencia.

El amor eterno del Corazón de Jesús por nosotros comprende así dos cosas: la primera que ese Corazón incomparable nos ha amado desde toda la eternidad antes de que existiéramos, antes de que lo conociéramos y amáramos, y ello a pesar de ver las ofensas que íbamos a cometer contra él, presentes ante él como lo son ahora. La segunda es que en cada momento nos ama con todo el amor

con que nos ha amado y nos amará en todos los instantes que puedan imaginarse en toda la eternidad. De donde ya podemos deducir la diferencia entre el amor de Dios y el nuestro. Porque nuestro amor es una acción pasajera, no así el de Dios, pues el amor que ha desplegado por nosotros desde hace cien mil años está todavía en su Corazón con el que ejercerá dentro de cien mil años. Porque la eternidad hace que en Dios no haya ni pasado ni futuro sino que todo esté presente; Dios nos ama en estos momentos con el mismo amor con que nos ha amado desde toda la eternidad y con el que nos amará por toda la eternidad.

De haber vivido desde toda eternidad yo hubiera debido amarte, Dios mío, con amor eterno. No sé si he empezado siquiera a amarte como debo. Pero al menos quiero comenzar ahora, Salvador mío, a amarte tanto como tú quieres que te ame. Me doy a ti, Dios de mi corazón, para unirme al amor con el que me amas desde toda eternidad para amarte en ese mismo amor. Me doy también a ti para unirme al amor con que tu Padre te ama y al amor con que amas a tu Padre antes de todos los siglos, para amar al Padre y al Hijo con amor eterno.

Segundo punto

El Corazón de nuestro Jesús nos ama con amor inmenso. Porque el amor increado de ese Corazón adorable no es otra cosa que Dios mismo; como Dios está en todas partes y en todas las cosas, igualmente ese amor. El Corazón de Jesús no solamente nos ama en el cielo o en cualquier otro lugar. Nos ama en el cielo y en la tierra y en el sol y en las estrellas y en toda la creación. Nos ama en los corazones de los habitantes del cielo y de las personas que en la tierra usan de alguna caridad con nosotros. Toda la caridad de los corazones celestiales y terrestres por nosotros es participación del amor que el Corazón de Jesús nos tiene. Y hasta me atrevo a decir que nos ama en los corazones de nuestros enemigos a pesar de su odio y hasta en los corazones de los demonios y de los réprobos, porque ese amor divino está por doquier como Dios y llena el cielo y la tierra.

Me pierdo y me hundo, Amor inmenso, en tus llamas que llenan la creación para amar a mi Dios y a mi Salvador en todas partes y en todas las cosas. Te ofrezco, oh Jesús, el amor inmenso de tu corazón, del corazón adorable de tu Padre, del Corazón de tu santa

Madre y de todos los corazones que te aman en el cielo y en la tierra; y deseo ardientemente que todas las criaturas del universo se conviertan en llamas de amor a ti.

Jaculatoria: ¡Tarde te he amado, bondad tan antigua y tan nueva, tarde te he amado!

Quinta meditación

**El Corazón de Jesús es el principio de la vida
del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios
y de la vida de los hijos de Dios**

Primer punto

El Corazón de nuestro Salvador es el principio de la vida del Hombre-Dios y, por lo mismo, de los pensamientos y afectos que el Hijo de Dios tuvo en este mundo por nuestra salvación, de sus palabras y acciones, de sus sufrimientos y del amor incomprensible con que realizó y padeció todo esto. A tu Corazón, oh Jesús mío, debemos estar agradecidos por todo ello. ¿Cómo te daremos gracias? Nada podemos hacer que te sea más agradable que ofrecerte este divino Corazón. Te lo ofrezco, pues, Salvador mío, en unión del amor infinito con que él hizo tantas obras admirables por nuestra redención.

Segundo punto

El Corazón de Jesús es el principio de la vida de la Madre de Dios. Porque mientras esta Madre admirable llevaba en sus entrañas a su Hijo amadísimo, su corazón virginal era en verdad el principio de la vida espiritual y sobrenatural de su dignísima Madre. Por consiguiente, ese Corazón deificado del Hijo único de María era el principio de los piadosos pensamientos y afectos de la Madre al Hijo, de las palabras, acciones, virtudes, penas y dolores que ella sufría santamente para cooperar con su Hijo en nuestra salvación.

Que se tributen alabanzas eternas, oh Jesús, a tu divino Corazón. Te ofrezco, redentor mío, en acción de gracias por las maravillas que tu Corazón filial obró en tu gloriosa Madre, su Corazón maternal, abrasado en amor por ti.

Tercer punto

El Corazón de Jesús es el principio de la vida de todos los hijos de Dios. Por ser en efecto el principio de la vida de la Cabeza, lo es también de la vida de los miembros. Y por ser el principio de la vida del Padre y de la Madre lo es también de la vida de los hijos.

Debemos, pues, mirar y honrar a ese Corazón como principio y origen de los buenos pensamientos que se han albergado y se albergarán en los espíritus de todos los cristianos, de sus santas palabras, de sus obras pías, de sus virtudes, de los trabajos sobrellevados por ellos cristiana y santamente.

Que todas estas cosas, Salvador mío, se conviertan en alabanzas inmortales a tu santísimo Corazón. Y puesto que tú, oh Jesús, me has dado ese mismo Corazón para que sea el principio de mi vida, te ruego que sea también la única fuente de mis sentimientos y afectos, de las facultades de mi alma, del uso de mis sentidos interiores y exteriores. Haz que él sea el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, el Corazón de mi corazón.

Jaculatoria: Corazón de Jesús, fuente de todos los bienes, a ti la gloria y la alabanza por siempre.

Sexta meditación

Tres corazones que son un solo Corazón

Primer punto

En nuestro Salvador adoramos tres corazones que por la estrecha unión que tienen entre sí no son sino un solo Corazón.

El primero es su Corazón divino que tiene desde toda la eternidad en el seno de su Padre, que no es sino un Corazón y un amor con el Corazón y el amor de su Padre, y que es junto con él el principio del Espíritu Santo. De ahí que cuando nos dio su Corazón nos dio también el Corazón de su Padre y su adorable Espíritu. Por eso puede decimos aquellas maravillosas palabras: *Como mi Padre me amó así os he amado a vosotros*¹, con el mismo Corazón y el mismo amor. Mi Padre me ama con amor

¹ Jn 15, 9

eterno, inmenso e infinito, también yo a vosotros. Por mi Padre soy lo que soy: Dios como él e Hijo único de Dios. Y yo hago que seáis, por gracia y participación, lo que soy por naturaleza, es decir, dioses e hijos de Dios que tenéis un mismo Padre conmigo el cual os ama con el mismo Corazón y el mismo amor con el que me ama: *los amaste como me amaste a mí*¹. Mi Padre me ha hecho *heredero universal de sus bienes*² y yo os he constituido también en mis coherederos: *Herederos de Dios y coherederos con Cristo*³. Yo os prometo *colocaros al frente de todos mis tesoros*⁴. Mi Padre pone toda su complacencia y sus delicias en mí y yo las pongo en vosotros: *mis delicias son estar con los hijos de los hombres*⁵.

¡Oh bondad, oh amor excesivo! ¡Oh Dios de amor! ¿Cómo es posible que los corazones humanos sean tan fríos y helados contigo que eres todo fuego y llama de amor por ellos? ¡Que toda mi alegría y mis delicias sean pensar en ti, hablar de ti, servirte y amarte! ¡Oh mi todo, que yo sea todo tuyo y que, solamente tú, tomes posesión de mí y de todo lo mío!

Segundo punto

El segundo Corazón de Jesús es su corazón espiritual que es la voluntad de su alma santa. Lo propio de este Corazón es amar lo que es digno de amor y odiar lo que merece odio. Pero el divino Salvador sacrificó de tal manera su voluntad humana a su Padre que jamás la hizo mientras estuvo en la tierra ni la hará siquiera en el cielo. Unicamente hará la voluntad de su Padre según sus palabras: *No busco mi voluntad sino la de aquel que me ha enviado*⁶ y *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me ha enviado*⁷.

Pues bien, ha sido por amor nuestro que Jesús renunció a su propia voluntad para realizar nuestra salvación por la sola

¹ Jn 17, 23

² Hb. 1, 2

³ Rm. 8, 17

⁴ Mt. 24, 47

⁵ Prov. 8, 31

⁶ Jn 5, 30

⁷ Jn 6, 38

voluntad del Padre, especialmente cuando le dijo en el Huerto de los Olivos: *Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya*¹.

Oh Dios de mi corazón, si por amor a mí sacrificaste una voluntad santa y deificada ¿cómo no he de renunciar yo, por amor a ti, a mi propia voluntad, depravada y corrompida por el pecado? De todo corazón renuncio a ella para siempre y te suplico con humildad, mi adorable Redentor, que la aplastes totalmente en mí como a serpiente venenosa y establezcas en mí el reino de la tuya.

Tercer punto

El tercer Corazón de Jesús es el santísimo Corazón de su cuerpo deificado que es hoguera de amor divino e incomparable por nosotros. Porque ese Corazón sagrado por estar unido hipostáticamente a la persona del Verbo, está abrasado con las llamas de su amor infinito por nosotros. Es un amor tan ardiente que obliga al Hijo de Dios a llevarnos continuamente en su Corazón, a tener los ojos fijos siempre en nosotros, a tomar gran cuidado de las más pequeñas cosas que nos conciernen, como son los cabellos de nuestra cabeza, a pedir a su Padre que nosotros hagamos perpetua morada con él en su seno: *Padre, quiero que los que me diste estén conmigo donde yo estoy*² y a asegurarnos que si vencemos a los enemigos de su gloria y de nuestra salvación nos hará sentar con él en su propio trono y nos pondrá en posesión del mismo reino y de la misma gloria que su Padre le ha dado.

¡Qué exceso del amor de Jesús por hombres tan ingratos e infieles como nosotros! Oh Jesús, amor mío, haz que no viva más o que viva solamente para amarte, alabarte y glorificarte sin cesar. Que prefiera morir mil veces antes que hacer voluntariamente lo que te desagrada.

Tú tienes tres Corazones que son un mismo Corazón, totalmente ocupado en amarme sin cesar. Quisiera tener todos los corazones del universo para consumirlos en tu santo amor.

Jaculatoria: *Te amo, amantísimo Jesús, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón y quiero amarte más y más.*

¹ Lc. 22, 42

² Jn 17, 24

Séptima meditación

Los milagros del Corazón de Jesús

Primer punto

Contempla el mundo de la naturaleza, el gran universo que encierra tantas maravillas, los cielos, el sol, la luna y demás astros y los cuatro elementos: el aire poblado de inmensa variedad de aves; la tierra cubierta de tantas especies de animales, de árboles, de plantas, de flores, de frutos, de metales, de piedras preciosas; el mar repleto de multitud de peces. Y añade a ellos las criaturas racionales, hombres y ángeles, en el estado natural de su creación.

¡Qué prodigio haberlo creado todo de la nada! Cuenta, si puedes, todas las criaturas y contarás otros tantos milagros de Dios que los sacó de la nada. Cuenta los momentos transcurridos desde la creación del mundo, en cada uno de los cuales han sido creados, pues la conservación es una creación continuada, y contarás otros tantos milagros, sin hablar de infinidad de otras maravillas obradas perpetuamente en el gobierno de este universo.

¿Quién es el autor de esos milagros innumerables? Es la bondad inconcebible y el amor incomprensible del divino Corazón de aquel Verbo del que san Juan Evangelista hace mención en las primeras palabras de su Evangelio: *En el principio existía el Verbo y el Verbo era Dios y todo fue creado por él*¹. Por amor a nosotros ha hecho todas las cosas aun cuando tenía y tiene siempre ante sus ojos las ingratitudes, ofensas y ultrajes infinitos que iba a recibir y recibe todos los días de parte nuestra.

Por eso todas las cosas por él creadas son otras tantas voces que nos predicán incesantemente la caridad inefable de su benignísimo Corazón y nos exhortan a adorarlo, amarlo y glorificarlo en todas las formas posibles. *El cielo y la tierra, dice san Agustín, y todas las cosas en ellos contenidas no cesan de decirme que ame a mi Dios.*

¹ Jn 1, 2

Segundo punto

Imagínate el mundo de la gracia que comprende infinitas maravillas que sobrepujan incomparablemente los de la naturaleza. Porque encierra todos los prodigios de santidad realizados en la tierra por el Santo de los santos; todos los portentos que han tenido lugar en la Madre de gracia; toda la Iglesia militante, los sacramentos que ella guarda en su seno con los efectos admirables que producen, las maravillas obradas en la vida de todos los santos del mundo.

La fuente de todos esos prodigios es la caridad inconcebible del Corazón de nuestro Redentor que fundó y conserva ese mundo maravilloso de la gracia en la tierra por amor nuestro.

Que todos esos portentos de tu Corazón, oh Jesús mío, y todas las potencias de tu divinidad y de tu humanidad se empleen en bendecirte y alabarte sin cesar y eternamente: *Todas las potencias del Señor, bendecid al Señor*¹.

Tercer punto

Levanta tu espíritu y tu corazón al cielo y contempla el mundo de la gloria, la espléndida y gloriosa ciudad, cuyos moradores están por siempre libres de toda pena y colmados de bienes infinitos.

Contempla el ejército innumerable de bienaventurados, *que nadie puede contar* ², más resplandecientes que el sol, dueños de riquezas inestimables, de gracias indecibles y de glorias inenarrables.

Contempla las felicidades inimaginables que te esperan en aquella Jerusalén celestial, pues el Espíritu Santo nos declara que ningún ojo vio jamás ni oído escuchó jamás, ni corazón de hombre puede imaginar jamás lo que Dios ha preparado para los que le aman.

Pues bien, ¿quién ha creado el cielo y los milagros que contiene sino el ardentísimo amor del Corazón del Hijo de Dios que lo creó con su poder infinito, que nos lo mereció con su sangre y que lo llenó con un océano de delicias en posesión eterna?

¹ Dn. 3, 61.

² Ap. 7, 9.

Acepta, Salvador mío, te lo ruego, que te ofrezca en acción de gracias, todas las glorias, grandezas y maravillas del paraíso. Que si yo tuviera cien mil paraísos quisiera despojarme de ellos para sacrificarlos a tu eterna alabanza.

Jaculatoria: Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres.

Octava meditación

El Corazón de Jesús es una hoguera de amor que purifica, ilumina, santifica, transforma y deifica

Primer punto

El Corazón de nuestro Salvador es una hoguera de purísimo amor hacia nosotros, de amor que purifica, ilumina, santifica, transforma y deifica.

Su amor purifica los corazones de los amantes más perfectamente que la hoguera purifica el oro.

Su amor ilumina, disipa las tinieblas del infierno que cubren la tierra y nos hace entrar en las luces radiantes del cielo: *Nos llamó de las tinieblas a su luz admirable* ¹.

Su amor santifica, destruye en nosotros el pecado y establece el reino de la gracia.

Su amor transforma las serpientes en palomas, los lobos en corderos, las fieras en ángeles, los hijos del demonio en hijos de Dios, los hijos de ira y maldición en hijos de gracia y bendición.

Su amor deifica: de los hombres hace dioses. *Yo dije: sois dioses* ², haciéndolos participar de la santidad de Dios, de su misericordia, paciencia, bondad, amor, caridad y demás perfecciones. *Nos ha hecho partícipes de la naturaleza divina* ³.

¹ 1 Pe. 2, 9

² Jn 10, 34

³ 2 Pe. 1, 4

Oh amor divino de mi Jesús, me doy a ti; purifícame, ilumíname, santifícame, transfórmame totalmente en ti para que sea todo amor por mi Dios.

Segundo punto

El augusto Corazón de Jesús es una hoguera de amor que lanza sus fuegos y llamas en todas direcciones, en el cielo, en la tierra y por todo el universo, fuegos y llamas que abrasan los corazones de los serafines y que encenderían todos los corazones de la tierra si los hielos del pecado no se opusieran a ello. Esos divinos fuegos transforman los corazones de los amantes celestiales en otras tantas hogueras de amor a aquel que es todo amor por ellos.

Todas las criaturas de la tierra, aún las insensibles, inanimadas e irracionales sienten los efectos de las bondades de ese Corazón magnífico, puesto que él ama todo cuanto existe y nada odia sino el pecado: *Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces*¹.

Pero tiene amor extraordinario por los hombres, no solo por los buenos y amigos suyos, sino también por los malvados y enemigos. Tiene por ellos tan ardiente caridad que los torrentes y diluvios de las aguas de sus pecados innumerables no pueden extinguirla: *Grandes aguas no pueden apagar el amor*². Porque no pasa un solo instante en el que no les haga toda suerte de beneficios naturales y sobrenaturales corporales y espirituales, aún mientras ellos lo están ofendiendo y deshonrando con sus pecados.

Esos divinos fuegos del Corazón del Hijo de Dios se extienden hasta el infierno sobre los condenados y los demonios. Les conserva el ser, la vida y las perfecciones naturales que les dio al crearlos y no los castiga como lo merecen. De verdad: *Nada se esconde de su calor*³.

¹ Sab. 11, 24

² Cant. 8, 7

³ Sal. 18 (19), 7

Oh fuegos, oh llamas sagradas del Corazón de mi Salvador, venid y derretíos sobre mi corazón y sobre los corazones de mis hermanos y cambiadlos en hogueras de amor a mi amabilísimo Jesús.

Tercer punto

Si imaginas toda la caridad, los afectos, cordialidades y ternuras que se han dado y se darán y los que provendrían de los corazones que la omnipotente mano de Dios podría crear, si todos ellos estuvieran unidos en un solo corazón suficientemente grande para contenerlas, ¿no formarían acaso una hoguera de amor inimaginable? Pues bien, todos los fuegos y llamas de esa hoguera no serían ni una chispa del amor inmenso que abrasa el Corazón de Jesús por nosotros.

¿Quién me diera poder sumergirme en esa hoguera? Oh Madre de Jesús, santos y santas de Jesús, me entrego a todos vosotros y a cada uno en particular y os entrego también a mis hermanos y hermanas y a todos los moradores de la tierra para que nos arrojéis a todos a lo más profundo de esa hoguera.

Escúchame, escúchame, escúchame, oh gran hoguera de amor. Una brizna insignificante está pidiendo muy humildemente que la lancen, la pierdan, la devoren y consuman enteramente en tus sagradas llamas para siempre.

Jaculatoria: Oh fuego que ardes siempre sin consumirte, oh amor sin cesar ferviente, que nunca te entibias, enciéndeme por entero para que te ame con todo mi ser.

ESCRITOS PERSONALES

ESCRITOS PERSONALES

INTRODUCCION

P. Jacques Venard, C.J.M.

Ha parecido bien incluir al final de esta colección de escritos de san Juan Eudes cuatro textos, bastante cortos, que jamás fueron destinados a la publicación pero en los que el santo entrega la intimidad de su corazón. Son reliquias preciosas que nos revelan hasta qué punto puede llegar el corazón de un santo en cuanto a:

- valor en el VOTO DEL MARTIRIO,
- alabanza, gratitud y perdón en el MEMORIALE BENEFICIORUM DEI,
- amor a la Virgen María en el CONTRATO DE SANTA ALIANZA,
- abandono a Dios y amor a los suyos en su TESTAMENTO.

VOTO DEL MARTIRIO (OC. XII, 135-139)

El 25 de marzo de 1637, aniversario del día en Juan Eudes fue recibido en el Oratorio en 1623 y del día en que pronunció, en 1624, con la autorización del padre de Bérulle, el voto de servidumbre a Jesús y a María, el misionero se compromete en otro voto. Redacta al efecto dos cuadernillos, ocho paginitas, que conservamos aún hoy y que intitula ELEVACION A JESUS PARA OFRECERSE A EL EN CALIDAD DE HOSTIA Y DE VICTIMA QUE DEBE SER SACRIFICADA A SU GLORIA Y POR SU AMOR.

Juan Eudes reside por entonces en Caen. Es misionero ya distinguido en Normandía y acaba de entregar su primer gran libro: VIDA Y REINO DE JESUS que encierra una consideración sobre el espíritu del martirio. Por otra parte toda la reforma católica de los siglos XVI y XVII vibró de admiración por el martirio, expresión suprema de la fe y del amor. En la Francia del siglo XVII, en paz luego de las guerras de religión, la perspectiva del martirio parece poco probable. Juan Eudes quiere expresar sin embargo el deseo que experimenta, como tantos santos, y como algunos de ellos lo hicieron, lo firmará también él con su sangre.

La elevación, de tono un tanto solemne, se desarrolla en varios puntos:

- Adoración a Jesús, contemplación de la Virgen María y de los mártires de todos los tiempos.
- Consagración a Jesús para ofrecerle, con compromiso irrevocable, su sangre y su vida.
- Palabras a María, reina de los mártires, y a todos los santos mártires.
- Firma de este voto con su propia sangre; le añade una declaración de fe y exclamaciones de amor, escritas igualmente con su sangre.

Esta reliquia insigne de san Juan Eudes fue probablemente confiada a las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad por el padre Hébert, superior general de los Eudistas, al comienzo de la Revolución francesa. En todo caso, actualmente se conserva en su comunidad de Chevilly, cerca de París.

MEMORIALE BENEFICIORUM DEI (OC. XII, 103-135)

Para san Juan Eudes la gratitud es virtud esencial de la vida cristiana. Es solícito en recomendarla a sus hijos e hijas. Por lo que a él toca, para guardar en la memoria los beneficios recibidos de Dios y dar gracias por ellos, compuso una especie de diario en el que consigna, año tras año, los acontecimientos de su vida. Llamó este escrito MEMORIALE BENEFICIORUM DEI,

MEMORIA DE LOS PRINCIPALES FAVORES QUE HE RECIBIDO DE DIOS POR SU HIJO JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR Y POR MEDIACION DE SU SANTA MADRE Y POR LOS QUE LE ALABO Y LE AGRADEZCO SIN CESAR.

¿Cuándo fue compuesto este diario? No lo sabemos. Parece que toda su primera parte fue reconstituida por el padre Eudes de memoria o valiéndose de diversos documentos, siendo ya sacerdote, misionero y escritor. Completó luego el texto de año en año. Es probable que lo haya interrumpido entre 1674 y 1679, y lo haya retomado al terminar la "desolación de seis años" que había causado al viejo misionero la desgracia real. El MEMORIALE termina el 25 de julio de 1680, fecha en la que, tres semanas antes de su muerte, el anciano da gracias a Dios de haber podido terminar su obra predilecta, EL CORAZON ADMIRABLE DE LA SANTISIMA MADRE DE DIOS.

En estas páginas que Juan Eudes escribió solamente para él podemos observar:

- El puesto primordial concedido a los recuerdos de las misiones: fechas, lugares, bienhechores, resultados obtenidos... Toda la vida y la actividad de san Juan Eudes está orientada ante todo a las misiones.
- El cúmulo de pruebas que el fundador experimentó en su madurez y su ancianidad. La mención vuelve repetidamente a partir de 1659, así como el afecto a las obras nacientes: la Congregación de Jesús y María, Nuestra Señora de la Caridad...
- Por el contrario, observamos con admiración, no encontrar mención de las grandes iniciativas litúrgicas: fiestas del Corazón de María y del Corazón de Jesús. El original del MEMORIALE se perdió pero existe en los archivos de los Eudistas una copia antigua. Muy preciosas para fijar la biografía de san Juan Eudes, estas páginas nos hacen conocer íntimamente, a través de sus alegrías y de sus aflicciones, el alma del gran misionero.

Mucho más sensible de lo que lo deja entrever su porte austero y su actividad infatigable, supo hacer de su vida entera una acción de gracias al Padre de las misericordias.

CONTRATO DE SANTA ALIANZA CON LA VIRGEN MARIA (1668) (OC. XII, 160-166)

En el decurso de la larga vida, san Juan Eudes multiplicó las expresiones de su amor para con la Virgen María: gestos de niño, compromiso de joven que desliza un anillo en el dedo de la estatua de Nuestra Señora, oraciones y letanías, libros escritos en su honor, y sobre todo la institución de la fiesta litúrgica del Corazón de María, en febrero de 1648. Veinte años más tarde, el sábado 28 de abril, se nos presenta redactando una nueva consagración a la Virgen María, bajo la forma original de un contrato, a la manera de los contratos matrimoniales en los que los notarios de la época fijaban las obligaciones recíprocas de los esposos.

Desarrollando en forma sistemática la comparación del matrimonio, el Padre Eudes encuentra en cada cláusula de este contrato la ocasión de expresar su ternura apasionada a la Virgen María y de consagrarle totalmente su ser así como a todos sus hijos espirituales y muy en especial la pequeña Congregación de Jesús y María.

Y como lo había hecho treinta años antes cuando el "Voto del martirio" Juan Eudes firma estas páginas con su sangre. Este hombre de 67 años, luego de mil actividades y de mil preocupaciones, supo expresar aquí arrebatos místicos que atestiguan extraordinaria juventud de corazón.

A la muerte de san Juan Eudes el original de este CONTRATO fue colocado en su ataúd. Retirado en 1810 y conservado en Nuestra Señora de la Caridad de Caen fue destruido cuando el bombardeo del monasterio en 1944.

EL TESTAMENTO DE SAN JUAN EUDES (1671) (OC. XII, 169-177)

En París, el 24 de abril de 1671, nueve años antes de morir, san Juan Eudes redactó su testamento. De espíritu práctico y

previsivo, indica en él sus últimas voluntades y lega a sus allegados algunos objetos de piedad personal. Sobre todo se empeña en hacer profesión de su fe y de las intenciones con las que espera morir, en unión con Jesús, haciendo este acto "en honor y unión del testamento que Jesús quiso hacer en el último día de su vida mortal". Finalmente, con insistencia solemne, entrega, escribe, a la Congregación que había fundado así como a sus demás hijos espirituales..."el Corazón muy amable de mi Jesús y de mi buena Madre... puesto que ellos me lo dieron de modo especial..."

Testamento de un santo cuyo corazón, totalmente unido a Dios, no quiere olvidar a ninguno de los que deja tras de sí, estas páginas son para todo lector un modelo de ese arte de bien morir que Juan Eudes había descrito ya desde su primer libro, VIDA Y REINO DE JESUS.

VOTO DEL MARTIRIO

Elevación a Jesús para ofrecerse a él como hostia y víctima que debe ser sacrificada para su gloria y su puro amor.

Jesús María

Te adoro y glorifico, amabilísimo Jesús, en el cruento martirio que padeciste en tu pasión y en tu cruz.

Te adoro y te bendigo, con todo mi ser, en tu estado de hostia y de víctima en el santo sacrificio del altar, en el que te ofreces continuamente a la gloria de tu Padre y por nuestro amor.

Te adoro y reverencio en el doloroso martirio de tu santa Madre al pie de la cruz.

Te alabo y glorifico en los diversos martirios de tus santos que han padecido tantos y tan atroces tormentos por amor a ti.

Adoro y bendigo todos los pensamientos, los designios y el amor que tienes, desde toda eternidad, hacia los bienaventurados mártires que han existido en la Iglesia desde sus comienzos y que existirán hasta el fin del mundo.

Adoro y reverencio el deseo extremo y la sed ardiente que tienes de sufrir y morir hasta la consumación de los siglos, en tus miembros, para completar el misterio de tu sagrada pasión y dar gloria a tu Padre, por el camino de los sufrimientos y de la muerte, hasta el fin del mundo.

En honor de todas estas cosas y en unión del inmenso amor con que te ofreciste a tu Padre desde el instante de tu encarnación, en calidad de hostia y de víctima, para ser inmolado por su gloria y por amor nuestro en el doloroso martirio de la cruz; en unión del amor de tu santa madre y de todos tus mártires, me ofrezco, me entrego y me consagro a ti, oh Jesús, mi Señor, en el estado de hostia y de víctima. Me ofrezco a ti para sufrir en mi cuerpo y en mi alma, según tu beneplácito y mediante tu gracia, toda clase

de penas y tormentos, y aún para derramar mi sangre y hacerte el sacrificio de mi vida con el género de muerte que te plazca, sólo por tu gloria y por tu puro amor.

Te hago voto, Señor Jesús, de que nunca revocaré por un acto formal esta obligación, consagración y sacrificio de mí mismo a la gloria de tu divina majestad.

Si llegara la ocasión en que me viere obligado a escoger entre morir o renunciar a mi fe en ti, o hacer algo importante contrario a tu voluntad, te hago voto y promesa, confiado en tu misericordia y en la ayuda de tu gracia, de confesarte, reconocerte, adorarte y glorificarte delante de todo el mundo, al precio de mi sangre, de mi vida y de toda clase de martirios y tormentos. Te prometo padecer mil muertes, con todos los suplicios de la tierra y del infierno, antes que negarte o contrariar tu santa voluntad.

Recibe y acepta, oh Jesús, este voto y sacrificio que te hago de mi ser y de mi vida, en homenaje y por los méritos del divino sacrificio que hiciste de ti mismo a tu Padre en la cruz. Mírame desde hoy como una hostia y una víctima destinada a ser inmolada enteramente a la gloria de tu santo nombre. Te pido, por tu inmensa misericordia, que toda mi vida sea un perpetuo sacrificio de amor y de alabanza a ti. Que mi vida imite y honre la tuya, la de tu excelsa madre y la de tus santos mártires. Que no pase un día sin que yo sufra algo por amor a ti y que, finalmente, mi muerte sea la imagen de tu santa muerte.

Te pido todo esto, humilde y encarecidamente, oh Jesús, por el ardiente amor que te hizo morir por nosotros en la cruz, por tu preciosa sangre derramada, por la muerte dolorosa que padeciste, por el amor inmenso que tienes a tu sagrada madre, reina de los mártires, por el que das a tus mártires y por el que recibes de ellos, en una palabra, por todo lo que amas y por todo lo que te ama en cielo y tierra.

Madre de Jesús, reina de todos los mártires, santos mártires de Jesús, pedid a este mismo Jesús que obre bondadosamente en mí todo esto, sólo por su gloria y su puro amor. Presentadle este voto mío y rogadle que lo confirme y lo haga realidad en virtud de su Sangre preciosa; yo lo firmo con mi propia sangre en

testimonio de que deseo derramarla hasta la última gota por su amor.

Hecho en Caen, en el Oratorio de Jesús, el 25 de marzo de 1637.

JUAN EUDES

Viva Jesús y María,
los amo más que a mi vida.
Jesús María.

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado.

Te amo, Jesús amantísimo, te amo, bondad infinita; te amo, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y quiero amarte siempre más y más.

¡Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero!
¡Bienaventurados los que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero!

Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos.
Amén.

Ven, Señor Jesús. Jesús María. Jesús, fortaleza de los mártires, ten piedad de nosotros. Reina de los mártires, ora por nosotros. Todos los santos mártires, glorificad y orad a Jesús, por nosotros. Jesús María.

MEMORIALE BENEFICIORUM DEI

Memoria de los principales favores que he recibido de Dios por su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, y por su Santa Madre. Por ellos le alabo y le quedo agradecido para siempre.

*Alaben al Señor por sus misericordias,
por las maravillas que hace con los hombres.*

1. Por la gracia de Dios fui concebido, nací, fui bautizado, hice mi primera comunión y prediqué una misión muy llena de bendiciones en Ri, diócesis de Sécz, parroquia dedicada a la santísima Virgen María, su patrona.

*A Dios, Uno y Trino, honor, fuerza y poder;
al Hijo y a la Madre Virgen sea por siempre la alabanza.*

2. Dios me concedió la gracia de nacer de un padre y una madre de mediana condición, temerosos de su santo Nombre; tengo sobrados motivos para creer que murieron en su gracia y en su amor.

*Servidores del Señor, bendecid al Señor;
los que teméis al Señor, glorificadlo;
descendencia toda de Jacob, alabadlo.*

3. Por un maleficio que les había sido inferido, mis padres pasaron tres años, desde su matrimonio, sin tener hijos; hicieron entonces voto a la Virgen María, de ir a nuestra Señora de Recouvrance, lugar de devoción mariana en la parroquia de Tourailles, diócesis de Sécz. Habiendo quedado encinta mi madre, volvió en peregrinación con mi padre a dicha capilla, en la que me ofrecieron y consagraron a nuestro Señor y a nuestra Señora.

*Soy tuyo, Señor Jesús; soy tuyo Señora María;
Recíbidme y poseedme totalmente para gastarme íntegramente,
con Jesús, con María, con todos los santos,
en alabanza y gloria eterna de la Santísima Trinidad.
Amén, amén; hágase y cúmplase así.
Alabad al Señor que da un puesto en la casa a la estéril
como madre feliz de hijos.*

4. Si es cierto lo que afirman los médicos, que el alma es infundida en el cuerpo de los niños varones en el día 40o. a

contar de su concepción, mi alma fue creada por Dios y unida a mi cuerpo el 25 de marzo, día de la encarnación del Hijo de Dios, y en el que María fue hecha Madre de Dios. En efecto, nací el 14 de noviembre y por tanto mi concepción ocurrió nueve meses antes, el 14 de febrero. Entre este día y el 25 de marzo median exactamente cuarenta días.

*Sea bendito por siempre
el Corazón amante y el dulce nombre de nuestro Señor Jesucristo
y de la Virgen María, su gloriosa Madre.*

5. Nací el 14 de noviembre de 1601, día miércoles. Fui bautizado el viernes siguiente, al anochecer, en el comienzo del sábado; fui llamado Juan por mi padrino que llevaba ese nombre; mi madrina se llamaba María.

*Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,
como era en el principio, ahora y siempre.
Gracias al Padre que dio a su Hijo
el Nombre que está por encima de todo nombre,
para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble,
en el cielo, en la tierra, en el abismo.*

6. Habitando en una parroquia donde la instrucción referente a la salvación era escasa y donde, fuera de Pascua, muy pocos comulgaban, empecé, a la edad de doce años, a conocer a Dios, por gracia especial de su divina bondad, y a comulgar cada mes, luego de hacer confesión general; en la fiesta de Pentecostés se me dio la gracia de acercarme a la primera comunión.

Gracias a Dios por su don inefable.

Poco después se me hizo la gracia de consagrarle mi cuerpo por el voto de castidad. Sea por ello bendito para siempre.

7. Hice mis primeros estudios en una aldea, bajo la dirección del sacerdote Jacobo Blanette; su ejemplo y las instrucciones espirituales que impartía a sus alumnos me sirvieron mucho. Mi padre me envió luego a Caen para continuar mis estudios en el colegio de los padres jesuitas. Fui recibido en el curso cuarto, en 1615, en la fiesta de san Dionisio, bajo la guía del padre Robin. Con él estudié dos años más, lo que considero gracia especial de nuestro Señor, pues era un director virtuoso y muy piadoso; a menudo nos hablaba de Dios con fervor extraordinario; todo esto me ayudó inmensamente en los caminos de la salvación.

*Bendice alma mía, al Señor,
y no te olvides de sus beneficios.*

8. Fui admitido en la Congregación de nuestra Señora en el colegio de los padres jesuitas en Caen. Esto sucedió hacia 1618, año en el que nuestro Señor me otorgó gracias señaladas por intercesión de su santa Madre.

*Doy gracias al Señor de todo corazón,
en compañía de los rectos, en la asamblea.*

9. Accedí a la tonsura y a las cuatro órdenes menores en 1620, según me parece, en Sééz, en el mes de septiembre.

*Todos los santos sacerdotes y levitas,
benedicid al Señor eternamente.*

10. En el año de 1623, el veinticinco de marzo, fui recibido en la Congregación del Oratorio, en San Honorato de París, por su fundador, el reverendo padre de Bérulle.

*Bendigamos a Jesús, el Hijo de María, y a María,
la Madre de Jesús,
Alabémoslos y glorifiquémoslos por siempre.*

11. Fui revestido con el hábito eclesiástico en el mismo año, en la fiesta de nuestra Señora de los Dolores, que se celebra el viernes de la semana de la pasión de nuestro Señor.

*Alabo al Señor y ensalzo su nombre eternamente
pues me revistió con el ropaje de la salvación
y me ciñó con la vestidura de la justicia.
A ti alabanza, honor y gloria, bondadosa Virgen María,
por los siglos infinitos. Amén.*

12. En el mismo año, por mandato de mis superiores, comencé a predicar a pesar de no haber recibido aún las órdenes mayores.

*Tus obras te celebren, Señor,
y te bendigan tus Santos. Gloria al Padre.*

13. En Sééz, el 19 de septiembre de 1620, recibí la tonsura y las órdenes menores; en Sééz, en 1624 accedí a la orden de subdiácono. Comencé a orar con el breviario en la fiesta del apóstol santo Tomás.

*Se llene mi boca de tu alabanza
y celebre sin cesar tu gloria y tu grandeza.*

14. En la cuaresma de 1625, fui ordenado diácono, en Bayeux.
*Todos los santos levitas, glorificad al Señor;
 ensalcemos juntos su Nombre.*

15. En el mismo año de 1625 recibí el presbiterado, en París, el 20 de diciembre.
*Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;
 alabadlo y ensalzadlo por los siglos.*

16. Celebré mi primera misa en la Navidad de 1625, a la media noche, en San Honorato, residencia del Oratorio de París, en una capilla y un altar erigidos en honra de la santa Madre de Dios.
Gloria a Ti, Señor, nacido de la Virgen...

17. En 1625 y 1626 me envió Dios una enfermedad corporal que me impidió trabajar al exterior; me concedió estos dos años para vivir en recogimiento y entregarme a la oración, a la lectura de obras piadosas y a otras ocupaciones espirituales. Fue gracia especialísima por la que bendigo y agradezco eternamente su divina bondad.
Cantaré por siempre las misericordias del Señor.

18. En 1627 la peste asoló las parroquias de San Cristóbal, San Pedro de Vriigny, San Martín de Vriigny, de Avoinnes y otras vecinas, de la diócesis de Sééz; estando los enfermos privados de todo auxilio espiritual y encontrándome entonces en París, solicité autorización al R.P. de Bérulle para ir a asistirlos. Me la concedió. Fui a hospedarme donde un sacerdote ejemplar de la parroquia de San Cristóbal, el P. Laurens, quien me acogió caritativamente en su casa. Celebrábamos diariamente la santa misa en la capilla de San Evroult, no lejana de su residencia. Ponía en seguida las hostias que había consagrado en una cajita de hojalata, que conservo en el fondo de mi baúl, la que llevaba al cuello. Ibamos luego, este sacerdote y yo, por las parroquias, en busca de los enfermos; los confesábamos y en seguida yo les daba el santísimo Sacramento. Así hicimos desde fines de agosto hasta la fiesta de Todos los Santos cuando la peste cesó del todo. Dios nos preservó hasta el punto de no haber experimentado incomodidad alguna.

*Te bendigo, Señor y Rey mío, Te ensalzo, Dios Salvador mío;
 Doy gracias a tu Nombre porque fuiste mi ayuda y mi escudo.*

19. En 1631 el padre Gaspar de Répichon, superior del Oratorio de Caen, fue atacado por la peste, mal que lo llevó a la muerte. Dios me concedió la gracia de asistirlo en su enfermedad, administrarle los sacramentos y acompañarlo en su agonía y muerte. Después de él pude auxiliar a otros dos; les presté los servicios corporales que es costumbre prodigar a los enfermos y les di los sacramentos. Uno de ellos sanó, el otro falleció. Y Dios me preservó de todo mal.

*Por ello te alabo y te doy gracias,
y bendigo por siempre el nombre del Señor,
porque arrancaste mi vida de la muerte;
te ensalcen cielo y tierra, el mar y cuanto los habita.*

20. En el año de 1632 fui encargado de las misiones en la diócesis de Coutances, en Lessay, Périers, Saint-Sauveur-le Vicomte, La Haye-du Puits, Cherbourg, Montebourg.

*Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantadle toda la tierra.*

21. En 1635 prediqué varias misiones en diversos lugares de la diócesis de Bayeux, en Beneauville, Avenay, Evrecy y Villers-Bocage.

Todo cuanto respira alabe al Señor.

22. En el verano de 1636 trabajé en varias misiones en la diócesis de Saint-Malo, en Bretaña, en Pleurtuit, Plouër y Cancale.

*Bendice, alma mía, al Señor
y todo mi ser a su santo Nombre.*

23. En septiembre del mismo año realicé en la parroquia de Fresne una misión costeadada por el señor de Camilly. Plugo a Dios convertir en esta ocasión a numerosos protestantes. Durante esta misión comencé la recitación, con los fieles, de las oraciones de la mañana y de la noche, como lo hemos seguido haciendo.

*Glorifiquen al Señor sus misericordias
y lo alaben todos sus ejércitos.*

24. En 1637 hice una misión en la parroquia de Ri, mi pueblo natal, diócesis de Séz, colmada por Dios de bendiciones.

Obras del Señor, bendecid al Señor,

alabadlo y ensalzadlo por los siglos.

25. En 1638 prediqué tres misiones: la primera durante el verano en Brémoy, diócesis de Bayeux; la segunda en septiembre, en Estreham, financiada por la señora Lorenza de Budos, abadesa de la Trinidad en Caen; la tercera durante el adviento en Pont-l'Évêque, diócesis de Lisieux.

Imposible enumerar los frutos que Dios cosechó en ellas; por ello lo bendigo y glorifico eternamente.

26. En 1639 prediqué la cuaresma en Pont-l'Évêque como continuación de la misión hecha en el adviento.

27. Entre el adviento y la cuaresma de este mismo año hice una misión en la abadía de San Esteban de Caen con frutos imponderables.

¿Cómo pagar al Señor todo el bien que me ha hecho?

Te sacrificaré la hostia de la alabanza

y glorificaré tu Nombre por siempre.

28. En el verano de aquel mismo año, el obispo de Lisieux, monseñor Cospéan, me hizo hacer una misión en su ciudad episcopal. Dios fue grandemente glorificado en ella.

¡Santa Trinidad, a ti alabanza, gloria y honor!

De ti procede todo bien en cielo y tierra.

29. Prediqué el adviento de este mismo año de 1639 y la cuaresma de 1640 en San Pedro de Caen. Quiso nuestro Señor obrar maravillosos efectos de gracia en muchos mediante el poder de su divina palabra.

Te bendigan, Señor, todas tus obras;

Alaben y ensalcen tus misericordias por los siglos.

30. Prediqué el adviento de 1640 y la cuaresma de 1641 en Lisieux. La bondad divina continuó brindándome sus bendiciones.

Bendeciré al Señor en todo tiempo;

que no caiga su alabanza de mis labios.

31. Igualmente en 1640 hice una misión en la parroquia de Mesnil-Mauger, diócesis de Lisieux. Derramó Dios tantas gracias sobre ella que no es posible enumerarlas.

A él de quien, por quien y en quien todo subsiste, la gloria sempiterna.

32. Realicé en 1641 cinco misiones colmadas de bendiciones divinas: la primera en Urville, cerca de Falaise, en la diócesis de Bayeux; la segunda en Remilly, diócesis de Coutances, costeadas por los esposos de Montfort; la esposa era hermana del señor de Bernières. En esta misión empecé a dar conferencias especiales a los sacerdotes;

la tercera en Landelle, en la misma diócesis bajo los auspicios del señor de Renty;

la cuarta en Coutances, pedida y financiada por el señor Le Pileur, vicario de monseñor de Matignon, obispo de aquella ciudad;

la quinta durante el adviento, en Pont-Audemer, diócesis de Lisieux, cuyos costos asumió monseñor Cospéan, obispo de la ciudad.

Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz

a los hombres de buena voluntad.

te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,

te damos gracias por tu inmensa gloria.

33. Igualmente en 1641, en la octava de la Natividad de la Virgen, Dios me concedió la gracia de concebir el propósito de fundar nuestra Congregación.

34. Asimismo en agosto de 1641 recibí de Dios uno de los mayores beneficios que me haya otorgado su divina bondad. En ese tiempo tuve la dicha de empezar a conocer a la hermana María des Vallées. Por su medio la divina Majestad me ha hecho incontables mercedes, muy señaladas. Después de Dios, me siento agradecido por este favor con la Virgen María, mi Señora digna de todo honor y mi muy querida Madre. Jamás podré manifestarle cumplida gratitud.

Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,

porque has revelado a los sencillos

las cosas que escondiste a los sabios y entendidos.

Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo,

bendita tú entre las mujeres,

y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús. Amén.

35. También fue en 1641, en la fiesta de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen, cuando Dios me concedió la gracia de comenzar la fundación de la casa de Nuestra Señora de la Caridad.

Demos gracias a Dios.

36. En 1642 realicé tres misiones, con efectos de gracia y de bendición más abundantes que los de todas las misiones precedentes.

La primera tuvo lugar en Ruan. Duró desde principios del año hasta bien entrada la cuaresma. La duquesa d'Aiguillon proveyó a su realización.

La segunda se verificó durante el verano en la ciudad de Saint-Malo, en Bretaña; monseñor de Sancy, obispo de Saint-Malo corrió con los gastos.

La tercera se realizó en Sain-Lô, en la diócesis de Coutances.

*Bendito eres, Señor en el firmamento del cielo,
alabado, glorificado y enaltecido por siempre.*

37. En 1643, por exceso de su bondad, nuestro Señor y su santísima Madre, nos hicieron la gracia de empezar la fundación de nuestra pequeña Congregación; aconteció el 25 de marzo, día en que el Hijo de Dios se encarnó y la Virgen fue constituida Madre de Dios.

*A la Trinidad sacrosanta, a la humanidad de Cristo Jesús,
a la fecundidad de la Virgen Madre, a la totalidad de los santos,
se tributen alabanza sempiterna, honor, poder y gloria,
de parte de toda criatura por los siglos infinitos. Amén.*

38. En ese mismo año realizamos dos grandes misiones, colmadas de frutos extraordinarios que excedieron los de todas las misiones precedentes como si nuestro Señor hubiera querido demostrar claramente a todo el mundo que estaba con nosotros y que era él el autor de nuestra institución.

La primera se celebró en Saint-Sauveur-la-Vicomte, de la diócesis de Coutances.

La segunda tuvo lugar en Valognes; fue tal la muchedumbre presente que me vi obligado a predicar todos los días fuera de la ciudad, detrás del castillo; se estima que los domingos y días de fiesta se reunían cuarenta mil personas. En esta misión nos hizo

Dios la gracia de establecer, en la parroquia de Alleaume, cercana a Valognes, la devoción de nuestra Señora de la Victoria, en una capilla del todo deshabitada y abandonada.

Gloria al eterno Padre, gloria a su Hijo unigénito, gloria al Espíritu Santo, gloria a la Virgen Madre, ahora y siempre y eternamente. Amén.

39. En 1644 prediqué la cuaresma en Coutances con especial bendición; tuve el gusto de alojarme en casa del señor Potier, sacerdote ejemplar; allí residía la hermana María a quien veía y con quien departía a diario fructuosamente y con beneficio tal para mi alma que es imposible decirlo con palabras.

Gracias a Dios y a la santísima Virgen María por sus dones inefables.

40. En el mismo año hicimos en Honfleur, diócesis de Lisieux, durante el verano, una célebre misión, llena de grandes frutos. Sean por ello benditos para siempre, Dios y la santísima Madre de Dios.

En los años subsiguientes realizamos otras misiones semejantes, así:

en 1645 la de Estrées, cerca de Corbon, diócesis de Lisieux y la de Vimoutiers en la misma diócesis;

también en 1645 la de Armay-le-Duc, en Borgoña, diócesis de Autun, pedida y en parte costeada por el señor de Renty, y la de Couches, en la misma diócesis, igualmente patrocinada por el señor de Renty.

41. En la cuaresma de 1646, la de Thorigny, diócesis de Bayeux, procurada por la señora de Matignon;

la de Béný, asimismo en 1646, a expensas del señor de Renty; pidió él que estuviera presente la hermana María des Vallées y Dios obró por su mediación varios prodigios;

también en 1646, la de Lion, diócesis de Bayeux, en inmediaciones de nuestra Señora de la Délivrande.

42. En 1647 predicamos en Nogent-le-Rotrou, diócesis de Chartres;

en el mismo año en Fouqueville, diócesis de Evreux. Esta misión fue solicitada y financiada por la señora de Bec-Thomas, ahora señora de la Porte, esposa del señor de la Porte, consejero del parlamento de Ruan;

asimismo en 1647 estuvimos en Ferté-en-Vidame, diócesis de Chartres, en misión costeada por el señor duque de Saint-Simon.

43. Desde el comienzo del adviento de 1647 hasta poco antes de la cuaresma de 1648 misionamos en Autun, en Borgoña; en la cuaresma de 1648 pasamos a Beaune, diócesis de Autun; estas dos misiones fueron pedidas y sufragadas por el señor de Renty; también en 1648 realizamos la misión de Fère-en-Tardenois, diócesis de Soissons; fue hecha a instancias de la princesa de Condé, madre de los príncipes de Condé y de Conti, y a expensas suyas;

en el mismo año estuvimos en Citry-en-Brie, diócesis de Soissons, en misión pagada por el señor de Renty;

En estas cuatro misiones obró Dios prodigios de bondad y de misericordia, extraordinarios e innumerables; sea por ello bendecido y glorificado eternamente el Señor Jesucristo.

*Alabad al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.*

44. También los hubo, numerosos, visibles y muy considerables, en las siguientes misiones:

en la de Saint-Sauveur-Lendelin, diócesis de Coutances, pueblo natal de la Hermana María des Vallées, quien estuvo presente en ella; se celebró en 1649 y fue costeada por el señor de Liancourt; en la de Briquibec, de la misma diócesis, y en el mismo año;

en la de Alleaume, cercanías de Valognes, asimismo en ese mismo año;

en la de Saint-Sever, también en ese año, en la diócesis de Coutances; la había querido el difunto señor de Renty y fue financiada por la señora de Renty.

45. En 1650 hicimos la misión de Vesly, diócesis de Coutances; en ella nos concedió Dios la merced de establecer la devoción de nuestra Señora de la Consolación, en una capilla de esa parroquia, en total abandono por entonces; también en 1650 predicamos en Denneville, en la misma diócesis y en Ravenoville, misión ésta sufragada en sus gastos por el señor de Cybrantot.

46. En el mismo año, en la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen, empezamos la fundación de nuestra casa de Coutances; sean por ello eternamente alabados por todas las criaturas del cielo y de la tierra Jesús y María. *Amen, Amen.*

Fiat, Fiat. Esta fundación se debió a la amplia generosidad que monseñor Auvry, obispo de Coutances, nos reservaba; él mismo, por propia iniciativa, manifestó que la deseaba.

47. Predicamos luego una segunda misión en Coutances que comenzó en el adviento de 1651 y se prolongó hasta poco antes de la cuaresma de 1652; sus frutos fueron copiosos; por ellos y por los de las misiones precedentes y siguientes se tribute alabanza y gloria eterna al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y a la santísima Madre de Dios por los siglos eternos. Amén.

48. Nos otorgó Dios la gracia de realizar en 1651 las siguientes misiones:

En París, en la parroquia de San Sulpicio, durante la cuaresma; había sido pedida desde hacía mucho tiempo por el señor Olier, cura de esa parroquia, y él mismo asumió sus costos;

en Corbeil, diócesis de París, financiada por la señora Tronson, de la parroquia de San Sulpicio;

en Bernay, de la diócesis de Lisieux, pedida y costada por el señor de Croisy, abogado del Consejo;

en Marolles, de la misma diócesis, durante el otoño.

49. En 1653 predicamos en Pontoise una misión solicitada y sufragada por la madre Juana de Jesús, carmelita, hermana del señor Canciller Séguier; y en el mismo año, durante el otoño, misionamos por segunda vez en Lisieux.

50. Durante esta misión tuvo lugar la fundación de nuestra casa de Lisieux; por ello se den gracias inmortales a nuestro Señor Jesús y a su santa Madre.

51. En 1654 hicimos la misión de Cisai, diócesis de Lisieux, pedida y costada por el señor presidente de Amfreville.

52. En 1656 monseñor Servien, obispo de Bayeux, nos pidió la misión de Lingèvres, en su diócesis; la divina providencia se sirvió de ella para borrar las pésimas impresiones que en contra nuestra se le habían infundido y para reconciliarnos con él.

53. En 1657 realizamos en Etanville, cerca de Grandcamp, diócesis de Bayeux, una misión solicitada y financiada por el presidente de Langrie.

54. En Ruan, en el día de la Ascensión de 1658, se acordó la fundación de una casa y se firmó el acta por el señor Arzobispo; nuestra iglesia fue dada al servicio en 1659; todo ello se debió a la solicitud y la caridad del señor de La Motte-Lambert, del señor Mallet, vicario general, del señor d'Omonville, del señor Fermanel, sacerdote, hijo del señor Fermanel, recaudador, y del señor Cornier.

55. En 1659 hicimos una misión en Vasteville, en la Hague, diócesis de Coutances, extraordinariamente bendecida.

Y otra, el mismo año, en Villedieu-les-Poëles, de la misma diócesis, no menor que la precedente; la había deseado el difunto señor de Renty; la señora de Renty asumió sus costos.

Por todas estas misiones y fundaciones, por las gracias que Dios nos ha concedido, proclamo con todo mi corazón, y suplico a los santos y a todas las criaturas lo hagan conmigo:

*Al Rey de los siglos, inmortal e invisible,
a solo Dios, honor y gloria por siempre jamás. Amén.
También a ti, santísima Madre de Dios,
se te rinda alabanza y acción de gracias,
de parte de toda criatura, siempre y eternamente.
Amen. Amen. Fiat, Fiat.*

Imposible olvidar siete favores que nuestro Señor y su santa Madre nos han hecho además, que obligan muy especialmente mi gratitud:

56. El primero: monseñor Molé, obispo de Bayeux, prevenido contra nosotros por informaciones aviesas, hizo cerrar nuestra capilla de Caen con intención de acabar del todo nuestra fundación; Dios dispuso todos sus propósitos y desbarató cuanto maquinaba contra nosotros por intermedio de monseñor de Sainte-Croix, su hermano, nombrado obispo de Bayeux poco después de la muerte del dicho monseñor Molé; nos restableció en nuestra condición inicial y la capilla fue de nuevo puesta en servicio en 1653, después de Pascua, cuando festejábamos la Aparición de nuestro Señor a su santísima Madre luego de su resurrección. Fue día de inmenso consuelo y de regocijo extraordinario para nosotros y para todos nuestros amigos.

*Reina del cielo, alégrate, alleluya,
 porque Cristo, a quien llevaste en tu seno, alleluya,
 ha resucitado, según su palabra, alleluya.
 Ruega a Dios por nosotros, Alleluya, alleluya, alleluya, alleluya.*

57. El segundo: Jesucristo, nuestro Señor, y su muy digna Madre nos concedieron la gracia de edificar una iglesia en Coutances, en el lapso de tres años; es la primera iglesia que haya sido levantada y dedicada al honor del santísimo Corazón de la Virgen quien no tiene con su Hijo amado sino un solo Corazón.

*Te ensalcen, Madre admirable, todas las naciones,
 todos los pueblos enaltezcan tu fiel Corazón.*

58. El tercero: si bien nuestra amada hermana María des Vallées había deseado que su cuerpo reposara en nuestra iglesia, por algún tiempo nos vimos privados de este tesoro; plugo a la divina bondad devolvérselo por mediación del señor presidente de Langrie; la protección de monseñor Claudio Auvry, obispo de Coutances, nos ha permitido conservarlo a pesar de las perversas intenciones del mundo para arrebatárnoslo y de cuantos esfuerzos hizo por lograrlo.

*Te alabo, Señor, porque te hiciste nuestra ayuda y protección,
 y no dejaste que nuestros enemigos se burlaran de nosotros.*

59. El cuarto: quiso Dios, por su poder y su misericordia, darnos cuando todo parecía imposible, la espaciosa plaza que se encuentra frente a nuestra casa de Caen, para construir una Iglesia en honra del Corazón de la Madre Admirable y levantar los edificios y dependencias que necesitábamos; se sirvió para ello de monseñor Servien, obispo de Bayeux del señor de Longueville, gobernador de la provincia y del señor de la Croisette, gobernador del castillo de Caen, así como de su esposa, la señora de la Croisette.

*Grande es nuestro Dios y grande su poder;
 su sabiduría no tiene medida;
 sea él bendito para siempre.*

60. El quinto: en más de una ocasión me he encontrado en peligro inminente de perder la gracia de mi Dios y de caer en el abismo del pecado; él me ha preservado por mediación de mi Señora y buena Madre, la Virgen María.

*Te ensalzo, Señor Dios, con todo mi corazón
y glorificaré tu nombre por siempre
pues tu misericordia se ha mostrado grande conmigo
y arrebataste mi alma del abismo profundo.
Gloria a ti, Madre de la gracia; gloria a ti, Madre de misericordia,
porque fuiste mi amparo en contra de mi enemigo.
Gloria a ti, mi Madre amadísima, de parte de toda criatura,
por siempre, Amén.*

61. El sexto: la divina misericordia me ha hecho pasar por tribulaciones sin cuento como uno de los mayores favores que me ha dispensado; me fueron muy provechosas y de todas finalmente me liberó.

*Bendito Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las
misericordias y Dios de todo consuelo que corrige a los que ama.
Me hizo pasar por pruebas sin número pero me consoló en todas
mis tribulaciones y me sacó de todas mis angustias.*

62. El séptimo es la multitud de gracias que nuestro Señor me ha concedido por mediación de su dignísima Madre; sean ellos alabados y glorificados eternamente.

*Proclamad conmigo la grandeza del Señor Jesús,
enalteced el nombre de María, su Madre, por siempre.
Celebren al Señor sus misericordias
y sus hazañas entre los hijos de los hombres.*

63. En el adviento de 1659 durante diez días hice pláticas a los ordenandos de Ruan; prediqué también la cuaresma de 1660 largamente bendecida.

*Bendito eres, Señor, en la bóveda del cielo,
digno de gloria y de alabanza por los siglos.*

64. A fines de 1659 y comienzos de 1660 permitió Dios que fuera despreciado, desollado y calumniado de forma inmisericorde. Sin embargo, por gracia especial de su divina bondad, que alabo y bendigo por siempre, me afectó muy poco y diría que casi nada.

65. Poco antes de la Ascensión de 1660 la divina providencia me llevó a París y me comprometió, cuando menos lo pensaba, en una misión en Quinze-Vingts. Derramó Dios en ella favores abundantes y maravillosos. Nos la pidió y la costeó monseñor Auvry, obispo de Coutances.

*Celebren al Señor sus misericordias
y sus hazañas entre los hijos de los hombres.*

66. Luego de esta misión realizamos otra, corta, de diez días, en la parroquia de Mauregard, cinco o seis leguas distante de París, en la diócesis de Meaux.

*En todo lugar de su imperio
bendiga mi alma al Señor.*

67. También en 1660 hicimos una misión en Saint-Germain-des-Près, de París. Comenzó el 4 de julio y se prolongó hasta la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Derramó Dios en ella bendiciones aun mayores que las alcanzadas en la de Quinze-Vingts. Nos fue encomendada por el señor de Poussé, cura de San Sulpicio.

A ti, Dios, te alabamos; a ti, Señor, te glorificamos.

68. En 1661 y 1662 me envió Dios aflicciones grandes; me vinieron maledicencias y calumnias del mundo y también de parte de personas que me eran especialmente amadas; durante meses padecí, penas y angustias tan sensibles como nunca las había sentido en la vida.

*Bendigo al Señor Jesús en todo momento;
que no caiga su alabanza de mis labios.*

69. En 1662, un día de sábado, en vísperas de la Visitación de nuestra Señora, nuestro Señor nos proveyó de medios para cancelar la deuda de trescientas sesenta y nueve libras que teníamos con la ciudad de Caen por el terreno situado frente a nuestra casa, que nos había fiado. Una persona de París, que quiere quedar en el anonimato ahora y después de muerta, por pura caridad, nos dio, mejor dio a nuestro Señor y a su santa Madre, la suma de diez mil francos; tomamos de allí un poco menos de ocho mil para amortizar la deuda y para pagar obligaciones atrasadas de la misma. Ese mismo día dediqué y consagré ese sitio a la honra del santísimo Corazón de la Virgen e hice voto a Dios, ante el santísimo Sacramento, de escogerla como fundadora de la iglesia que deseamos y esperamos edificar allí así como de las habitaciones que nos son necesarias para la comunidad. Me obligué además a no admitir nunca otra persona, cualquiera que fuese, en calidad de fundador o fundadora.

Bendito sea por siempre tu Corazón amantísimo

María, vida, esperanza y gozo de nuestro corazón.

70. Asimismo en 1662, el 16 de septiembre, tuvo a bien el Señor enviarme una enfermedad grave que me duró seis semanas y durante la cual me otorgó grandes mercedes.

*Bendice alma mía al Señor
y todo mi ser a su santo Nombre.*

71. En 1663, nuestro Señor y su santa Madre nos dieron, como don precioso, una pesada cruz; con su gracia la tomamos de sus manos y la cargamos con sumisión total a la adorable voluntad de Dios. Fue la muerte de nuestro muy querido hermano, el señor Manchon quien falleció en Ruan, el 6 de febrero, con las disposiciones más santas que se puedan desear. Trabajó más de veinte años en la salvación de las almas y en cantidad de misiones ganó muchas para Dios. La noticia de su muerte nos llegó a Caen el 8 de febrero, fiesta del santísimo Corazón de la Virgen. Ese día monseñor de Bayeux celebró la santa Misa, ofició solemnemente las vísperas y escuchó la hermosa predicación del señor de Than, doctor y religioso de la abadía de Caen; impartió luego la bendición con el santísimo Sacramento. En medio de nuestro inmenso dolor esta celebración nos trajo consuelo.

*Bendeciré al Señor en todo momento
no caiga su alabanza de mis labios.*

72. Igualmente en 1663 realizamos en la parroquia de San Germán de la Campagne, diócesis de Lisieux, una misión bendecida con muchos frutos; fue pedida y sufragada por el señor Le Manchard, uno de los cuatro curas de la parroquia.

Gracias sean dadas a Dios.

73. En el mismo año tuvimos una segunda misión en Etanville; ya habíamos estado allí en 1657. Fue esta misión muy fructuosa y renombrada, más aun que la primera. La pidió y costó el presidente de Langrie, fallecido el 13 de diciembre del mismo año. Monseñor Francisco de Nesmond, obispo de Bayeux, se hizo presente en ella en los días finales; celebró la confirmación, predicó en el cementerio e impartió la Bendición Eucarística luego de haber pronunciado una vehemente y fervorosa exhortación.

A solo Dios el honor y la gloria por los siglos infinitos. Amén.

74. También en ese año, del 7 de octubre hasta el adviento, hicimos una misión en Sain-Lô. Sus frutos fueron maravillosos; éramos veinticinco confesores pero cincuenta no habrían bastado. Se dieron numerosas restituciones y conversiones e incineramos una multitud de libros perniciosos.

Gracias se den a Dios por sus dones inefables.

El Abad de Sain-Lô la había solicitado y asumió la mayor parte de sus costos; el resto fue proporcionado por el señor de Mesny, el señor Eliot, comerciante en paños, y algunos otros *cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.*

75. En 1664, desde Reyes hasta la primera semana de cuaresma inclusive, realizamos en la ciudad de Meaux una misión en la que Dios concedió gracias tan abundantes como en la precedente. Nos fue pedida por el señor obispo de Meaux y él mismo corrió con los gastos.

*Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre jamás.*

76. También en 1664, el 20 de mayo, antevíspera de la Ascensión, con gran solemnidad, la señora de Croisette, esposa del gobernador de la ciudad, puso la primera piedra de nuestra iglesia de Caen. Actuó ella no en nombre propio sino en el de la divina Fundadora, la santa Madre de Dios. Monseñor Francisco de Nesmond, obispo de Bayeux, presidió la ceremonia, asistido de quince eclesiásticos; celebró misa pontifical en honor del santísimo Corazón de María, con el introito *Gaudeamus*, *Gloria*, *Credo* y la secuencia *Laetabunda*; el clero de la ciudad cantó la misa pues el señor obispo había pedido a los párrocos venir acompañados de procesiones de fieles. Esta celebración se verificó en un teatro que había sido levantado en la plaza donde debía erigirse la iglesia. El señor de la Croisette se encontraba presente junto con los notables de la ciudad y numeroso público. La predicación corrió a cargo del señor Lamy, canónigo teologal de Bayeux. El día siguiente, 21 de mayo, víspera de la Ascensión, en las horas de la tarde, se pusieron las primeras bases de la Iglesia.

Alleluya, alleluya, alleluya, alleluya, alleluya.

*Sea por siempre alabado el santísimo Corazón de María,
herencia, esperanza y gozo nuestro,
gloria de nuestra comunidad. Amén.*

77. Asimismo en 1664 realizamos en Ravenoville, diócesis de Coutances, una segunda misión financiada por el señor de Cybrantot; en ella Dios se mostró rico en bendiciones.

*Bendito sea el nombre del Señor
ahora y por siempre jamás.*

78. En ese mismo año tuvimos una misión en Cretteville-en-Beauptois, costeada en parte por la señora Malherbe, quien la había recomendado en su lecho de muerte, y había dejado una suma de dinero con ese fin; el resto fue proporcionado por algunas personas piadosas. Las bendiciones divinas se hicieron patentes en forma extraordinaria.

Benedicid al Señor todas sus obras.

79. En 1665 tuvimos en Granville, diócesis de Coutances, una misión sufragada generosamente por los habitantes del lugar y colmada de frutos incontables.

Durante ella fui atacado de pleuresía de la que me sanó la divina bondad.

*Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo Nombre;
El sana todas tus enfermedades, salva tu vida de la muerte,
y te colma de gracia y de ternura.*

80. En el mismo año realizamos en Châlons, ciudad de Champagne, una misión pedida y costeada por el obispo de Châlons; la divina misericordia derramó en ella, a manos llenas, raudales de bendiciones.

Gracias se den al Señor por sus dones inefables.

81. Desde comienzos del adviento del mismo año y hasta la cuaresma de 1666 hicimos en la iglesia de San Pedro de Caen una misión cuyos costos asumió en parte el señor obispo de Bayeux contribuyendo con 500 libras; la señora de Secqueville aportó unas 800 y otras personas pusieron el resto. Esta misión produjo frutos admirables y copiosos; por ellos sea Dios glorificado eternamente.

Te damos gracias por tu inmensa gloria.

82. Durante 1666 realizamos cuatro misiones: la primera, en la parroquia de Mesnil-Durand, diócesis de Lisieux; la segunda en la parroquia de Cérisy-Montpinchon de la diócesis de Coutances, costeada por varios particulares;

la tercera en el castillo de Caen para bien de los soldados;
la cuarta en la parroquia de Saint-Eny, diócesis de Coutances,
financiada por el señor de Méautis, sacerdote, y por los habitantes
del lugar.

*Bendito sea el nombre del Señor
ahora y por siempre jamás.*

83. En 1667 continuamos la misión de Evreux, que habíamos
empezado en 1666, y concluimos en los Reyes; se debió al celo
de monseñor Henri de Maupas du Tour, obispo de la ciudad; él
mismo asumió sus costos. Durante esta misión, se estableció en
varias iglesias de Evreux la fiesta del Santísimo Corazón de la
Virgen; el señor obispo la extendió luego a toda la diócesis.

84. Al terminar la misión el señor obispo fundó nuestro
seminario de Evreux; compró, pagó y amobló la casa y la dotó
con dos mil libras de renta; el señor Le Doux, Deán de Evreux,
nos obsequió su casa, su huerto y el priorato del Désert, conocido
como de Santa Susana.

*A Ti, Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te ensalzamos.*

85. En el mismo año tuvimos cuatro misiones:
Primero en Besneville, diócesis de Coutances, cerca de Saint-
Sauveur-le-Vicomte; fue costeadada por el señor de Gourmont,
arcediano de la ciudad;
luego en Percy, diócesis de Coutances bajo los auspicios de la
señora de Matignon;
la tercera en Brucheville, en inmediaciones de Grand-Vey,
diócesis de Coutances, patrocinada por el cura de la parroquia.

86. Antes de las dos últimas habíamos hecho una en la catedral
de Ruan, a expensas del señor Le Cornier, contador, y de varias
personas piadosas que dieron su aporte.

La empezamos en septuagésima y la terminamos en la octava de
pascua. En los primeros días se desarrolló entre oposiciones y
contradicciones pero sus frutos fueron sorprendentes.

Te damos gracias por tu inmensa gloria.

87. La divina bondad me agradó a lo largo de este año con
cruces muy pesadas; sea por ello bendita y alabada eternamente.

88. Desde finales de 1667, y hasta la cuaresma del año siguiente, hicimos otra misión en Marigny, diócesis de Coutances, por solicitud de los señores Eleine y Chardin, sacerdotes del lugar.
Gracias sean dadas a Dios.

89. En 1668 tuvimos misión en Carentan, misma diócesis, financiada en su mayor parte por el cura de Brévands; en el verano misionamos en Montfarville y en Plessis; durante la cuaresma en 1669 en Montsurvent de la misma diócesis y en el mes de julio en la aldea de Cenilly y en Quettehou.

90. Desde principios del adviento de 1669 hasta la octava de pascua de 1670 realizamos en Rennes de Bretaña una gran misión, llena de bendiciones singulares; se debió al celo de monseñor de Vieuville, obispo de esa ciudad, y fue costeadada por él mismo; al fin de esta misión se hizo la fundación de Rennes y el señor obispo nos regaló una casa, un huerto y dos mil libras para renta.

*¿Quién podrá contar las hazañas del Señor,
pregonar toda su alabanza?*

91. En la misma diócesis de Rennes hicimos durante 1670 otras tres misiones: la primera... la segunda en... ¹, y la tercera en la ciudad de Fougères.

A solo Dios se tribute honor y gloria por siempre. Amén.

92. Durante el mismo año plugo a Nuestro Señor favorecerme con variadas y pesadas cruces; me conceda la gracia de poder repetir eternamente: *Lejos de mí gloriarme sino en la cruz del Señor.*

93. Durante el jubileo de 1671, el arzobispo de París nos envió a hacer una misión en Versalles; fue pedida y costeadada por el rey. Durante ella, ante el Santísimo expuesto, Dios me concedió la gracia de hacer dos vehementes exhortaciones ante la Reina, sosteniendo en la mano la custodia, y una tercera, aun más valerosa, delante del rey.

*Señor, salva al rey,
y escúchanos en el día en que te invoquemos.*

¹ El nombre de estas parroquias está en blanco en la copia del Memoriale que poseemos.

En ese mismo año las cruces me acompañaron por doquier. Gracias sin fin se tributen al crucificado, digno de todo amor, y a su santa Madre, que es también la mía.

94. En 1672 fui visitado casi de continuo por la cruz; fueron tantas las gracias que recibí que bien puedo exclamar: *Reboso de consuelo, estoy colmado de gozo en medio de mis tribulaciones. me rodearon mastines sin número... Padre, perdónales..*

95. Durante la quincena de pascua de 1673 el rey y la reina nos pidieron una misión en Saint-Germain-en-Laye la que reportó frutos copiosos; sus majestades manifestaron haber quedado muy satisfechos.

Señor, salva al rey, etc.

96. También en 1673, por orden del señor obispo de Evreux, hicimos una misión en Elbeuf, en aquella diócesis; fue sufragada por el mismo señor obispo en parte, y parte por el párroco de Elbeuf y por su vicario, el señor Le Sueur; durante esta misión se dieron dos acontecimientos notables:

El cuarto día de la misión, once del mes de junio, cuando me disponía a subir al púlpito, se produjo un trueno espantoso que aterrorizó el corazón de todos; un rayo cayó en la iglesia y dejó señales de su violencia en todas partes, aún en el altar mayor. Sin embargo dejó intacto el altar de la Virgen, lo que no pocos atribuyeron al hecho de haber consagrado la misión, desde el primer día, a la honra del santísimo Corazón de María.

Destrozó dos columnas pequeñas, situadas a lado y lado de una imagen, en relieve, de la Virgen, colocada encima de una portezuela de la iglesia que da acceso a la nave. La imagen no recibió daño alguno. El rayo alcanzó a un sacerdote y lo dejó inconsciente; se le quemó la camisa sin que externamente diera señales de perjuicio. Recobró el sentido, se confesó, recibió los últimos sacramentos y falleció cristianamente. El único en morir fue este sacerdote.

Algunos de los presentes resultaron heridos, entre otros, un notario o escribano que estaba orando con una rodilla apoyada en una caja pequeña y la otra en el aire; el rayo lo arrojó por tierra para que aprendiera con qué respeto se debe hablar a su divina

Majestad; resultó herido en ambas rodillas y recibió así su buena lección.

El otro hecho sucedido en esta misión fue éste: el dos de julio, mientras en un sermón sobre la santísima Virgen hablaba contra el vicio incompatible con la devoción a la Reina de las Vírgenes, se sintió, sobre el techo de la Iglesia, algo así como un trueno pavoroso, estando sin embargo el aire muy sereno y completamente despejado. Al principio creímos que era simplemente un trueno. Pero como se prolongase como la duración de un miserere y sucedía encima del techo de la iglesia pensamos que éste se abriría y se desfondaría aplantándonos a todos. La confusión fue inmensa. La iglesia se llenó de gritos, llantos, gemidos y lamentaciones lastimosas; imploraban unos misericordia; otros invocaban la ayuda de la Virgen y de los santos; se prosternaban por tierra no pocos y algunos se arrojaban a los pies del sacerdote más cercano suplicándole los absolviera de sus pecados.

El ruido pasó y todos se retiraron más muertos que vivos. Entre tanto yo permanecí de rodillas en el púlpito adorando la divina justicia y haciendo por mí y por los otros lo que sentía era mi deber.

No se supo la causa de este accidente. Apenas cesó, el techo fue revisado de inmediato y nada extraño se encontró. Todos pensaron sin embargo que era un acto de rabia del demonio contra la misión; pero bien burlado quedó, pues Dios se sirvió de esto para ablandar los corazones endurecidos y disponerlos a recibir la gracia de la misión cuyos frutos fueron inmensos.

Rayos, bendecid al Señor,

fuego y viento huracanado, que cumplen sus órdenes.

97. Asimismo en 1673, su alteza real la señora de Guise nos obsequió doce mil francos para la construcción de la iglesia del amabilísimo Corazón de Jesús y María, en nuestra casa de Caen. Las modalidades y condiciones estipuladas en el contrato fueron firmadas ante los notarios du Châtelet, Després y Gallois el 3 de junio de 1673.

*A ti, alabanza; a ti, honor; a ti gloria por siempre,
Corazón amantísimo de Jesús y María.*

98. A fines de 1673 y principios de 1674 la divina providencia me favoreció con tribulaciones dolorosas, mayores que todas las precedentes. Primeramente, a fin de destruir por entero nuestra Congregación, se indispuso el corazón del rey en mi contra, persuadiéndolo de que yo había atentado contra los intereses de su majestad, cosa que ni había soñado; esto me había sido predicho desde un año antes. En segundo lugar, con el fin de impedir que obtuviéramos de la Santa Sede la aprobación de nuestra Congregación, se envió, de París a Roma, un escrito rebosante de calumnias y falsedades en contra nuestra.

99. En los años de 1675 y 1676 nuestro amadísimo Crucificado me honró con pesadas cruces. Permitió que, casi por toda Francia, se publicaran contra mí libelos difamatorios, llenos de injurias atroces y de calumnias; se me acusaba de innumerables herejías de las que estoy muy alejado, gracias a Dios. Todo ello se desvaneció como el humo.

*Gracias sean dadas a Dios y a María por sus dones inefables.
Padre, perdónales.*

100. En 1674, nuestro muy querido hermano Jacobo de la Haye, llamado de Bonnefond, nos trajo de Roma varias bulas de nuestro santo Padre, el Papa Clemente X. Una por la que nos dio la facultad de hacer misiones en toda Francia, con indulgencia plenaria. Otra en la que se confirma los Estatutos de nuestra Congregación. Otras seis para nuestras casas de Caen, Ruan, Coutances, Lisieux, Evreux y Rennes por las que se nos autoriza a establecer cofradías del santísimo Corazón de Jesús y de María, en nuestras iglesias y capillas, con numerosas indulgencias. En dichas bulas estas iglesias y capillas son llamadas por nuestro santo Padre, como quien dice por los labios adorables de nuestro Señor, *las iglesias y capillas del divino Corazón de Jesús y María*; esto me llenó de consuelo extraordinario en medio de tantas tribulaciones.

*Gracias, infinitas, inmensas, eternas,
al amantísimo Corazón de Jesús y María.*

101. En 1674, 1675 y 1676 predicamos varias misiones en las diócesis de Bayeux, Coutances, Lisieux, Evreux y Rennes, copiosamente bendecidas por Dios; menciono en especial la de Saint-Lô, tercera vez que estábamos allí, en la que la divina bondad convirtió a numerosos protestantes..

Gracias se den a Dios y a María.

102. En 1676 Nuestro Señor me dio numerosas y muy sensibles cruces; sea por ello bendito eternamente.

Amargura muy sensible cambiada en consolación

Desde el 25 de marzo de 1675 hasta el 17 de junio de 1679, sufrí una gran tribulación, debida a una falaz calumnia infundida contra mí en el alma del rey. Se me acusaba de haber presentado a nuestro santo Padre el Papa una súplica en la que le pedía autorización para prestarle obediencia aun en asuntos dudosos, cosa en la que nunca había pensado. Se presentó esto ante el rey como un delito con intención de lograr la destrucción de nuestra Congregación. Más la divina bondad desbarató este plan mediante la intercesión de la Virgen María; ocurrió que, habiendo hecho voto a Dios de dedicar a la honra de la Inmaculada Concepción una de las capillas principales de nuestra iglesia de Caen, pasados tres días, recibí de monseñor Claudio Auvry, antiguo obispo de Coutances, una carta, dirigida a Caen, en nombre del señor arzobispo de París; en ella me comunicaba que el rey había cambiado la mala imagen que de mí se le había infundido y que me trasladara a París para manifestar mi gratitud a su majestad. Llegado allí el arzobispo de París me presentó al rey y le hablé así:

Majestad, me encuentro a sus pies para expresarle humildemente mis agradecimientos por su bondad al permitirme que tenga el honor y el consuelo de verlo una vez más antes de mi muerte y para reafirmarle que no hay nadie en el mundo que tenga mayor preocupación y devoción por su servicio y por sus intereses. Con este sentimiento deseo emplear y gastar los pocos días que me restan de vida. Ruego también a su majestad que nos honre con su real protección y nos siga dispensando sus gracias y favores. Es esto lo que espero de esta maravillosa bondad que alegra y entusiasma los corazones de quienes tienen el honor de hablar a su Majestad, de cuyo trato todos regresan en el colmo de la alegría y del consuelo.

El rey escuchó con atención mis palabras y lleno de bondad me habló así:

Estoy muy contento, padre Eudes, de verlo. Me han hablado de usted. Estoy persuadido de que hace mucho bien en mis Estados. Continúe trabajando como lo está haciendo. Me gustaría mucho verlo de nuevo. Le prestaré ayuda y lo protegeré en todas las ocasiones que se puedan presentar.

Estas palabras del rey me inundaron de indecible satisfacción. Pasaban así seis años de angustias y el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo enjugó mis lágrimas y trocó mis amargas aflicciones en alegrías increíbles. Sea por ello bendito y alabado eternamente; y también lo sea la Madre de gracia y de bendición por cuyas manos nos llegan los favores de la divina bondad.

Otro sufrimiento

103. Regresando de París, el movimiento del coche, al pasar por un camino lleno de piedras muy grandes, me produjo una hernia que me hizo sufrir mucho corporalmente y sobre todo en mi ánimo pues me privó de trabajar en las misiones por la salvación de las almas.

Gloria a ti, Señor, nacido de la Virgen, etc.

104. En 1680, durante la octava de la fiesta del santísimo Sacramento, nos concedió Dios la gracia de reunir la primera asamblea general de nuestra pequeña Congregación para elegir a quien me reemplace, en especial después de mi muerte. El señor Blouet de Camilly fue el elegido por mayoría de votos, y con todos los sufragios, para ser superior general y perpetuo de la Congregación. Mi consuelo fue muy grande tanto más que habían precedido días de pena y de angustia muy sensibles por razones que me debo callar.

Te alabamos, Señor Jesús,

te bendecimos, Señora María, dignísima Madre de Jesús,

y Madre nuestra amadísima.

Nos bendigan María Virgen y su divino Hijo.

105. Hoy, veinticinco de julio de este año de 1680, me concedió Dios la gracia de terminar mi libro sobre el Corazón admirable de la santísima Madre de Dios.

¡Oh Trinidad sacrosanta,

vida eterna de los corazones,

*santidad del Corazón de María,
reina en todos los corazones. Amén!*

CONTRATO DE SANTA ALIANZA CON LA SANTA VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS

Jesús, María, José.

Admirable y amabilísima María, Madre de Dios, Hija única del Padre eterno, Madre del Hijo de Dios, Esposa del Espíritu Santo, Reina del cielo y de la tierra, nada de extraño hay en que quieras ser la esposa del último de los hombres y del mayor de los pecadores, que se atrevió a elegirte por esposa desde su más tierna edad y consagrarse a ti por entero, de cuerpo, alma y corazón.

Quieres así imitar la bondad infinita de tu Hijo Jesús que quiere ser el esposo de un alma pecadora y digna de lástima. Los ángeles y los santos, las criaturas todas y hasta el mismo Creador te bendigan y alaben eternamente y reparen por mí las ingratitudes e infidelidades incontables que he cometido contra ti.

Puesto que has sido ya tan bondadosa, tú, la más amante de todas las criaturas, dignate aceptar las condiciones de nuestra santa Alianza que voy a escribir en este papel. Hará las veces de contrato, o mejor, de copia del contrato del que ruego al Espíritu Santo servir de notario para que lo escriba en tu Corazón y en el mío con caracteres indelebles, en letras de oro de su puro amor.

El esposo es el jefe y el superior de la esposa, sometida a su autoridad; yo quiero en cambio respetarte y honrarte como mi reina y soberana; todo mi ser, con cuanto de él depende y le pertenece, esté subordinado del todo a tu poder para que dispongas de él como bien te plazca.

De la dote de la esposa una parte pasa a manos del esposo, lo que comúnmente se conoce como don móvil; el esposo dispone de él a discreción; pero yo no quiero ni apropiarme ni retener nada de la dote que me has aportado; ella está constituida por las gracias y favores que por tu mediación el Padre celestial me ha dado. Renuncio a sacar de ellos provecho alguno en bien de mis intereses particulares. Los pongo en tus manos, con los frutos

que han producido, para que los devuelvas a quien es su primera fuente y a quien sólo pertenece la gloria eternamente.

La esposa, después de la muerte del esposo, no hereda para su viudez sino parte de los bienes del marido. Mi intención es, dignísima Señora mía, que cuanto soy, puedo y tengo, en cuerpo y alma, en naturaleza y gracia, cuanto espero en la gloria, en una palabra cuanto me pertenece temporal o espiritualmente o depende de mí en cualquier forma, sea tuyo, sin reserva y dispongas de todo ello según tu agrado. Más todo esto es nada. Si yo poseyera millones de mundos, ¡cuán gustosamente te los entregaría, Señora mía! Y si por imposible tuviera un ser divino, como tu Hijo Jesús, tendría el inmenso gozo de entregártelo unido al amor con el que él se dio a ti.

La esposa debe acomodarse y asemejarse al esposo, según estas palabras: *Hagamos al hombre una ayuda semejante a él*¹. Por el contrario yo deseo de todo corazón asemejarme a ti, reina mía, imitando tu vida y tus virtudes. Usa, te lo suplico, del poder que Dios te dio para aniquilar en mí cuanto pueda ser obstáculo a este propósito, e imprime en mí una viva y perfecta imagen de ti misma.

El esposo y la esposa deben habitar en la misma casa. Por eso deseo morar contigo en el amabilísimo Corazón de Jesús que es tu propio Corazón. No permitas, te lo ruego, que jamás me aleje de él sino que fije allí mi residencia ahora y para siempre.

La esposa es inseparable de su esposo y está obligada a seguirlo y acompañarlo por doquiera. Te suplico a ti, que eres toda bondad, que estés siempre conmigo en todo lugar, en todo tiempo y en todas mis actividades para que me dirijas en todo según la adorable voluntad de tu Hijo.

Como el honor de la esposa, que es la gloria del esposo, constituye para él tesoro de gran precio, declaro que quiero llenarme de celo ferviente para honrarte y hacerte honrar de todas las formas posibles, con la gracia de tu Hijo.

¹ Gn. 2, 18.

El esposo y la esposa deben amarse mutuamente con amor sincero, constante y cordial. Tengo todas las pruebas imaginables de tus bondades incomparables para conmigo. Y tú conoces igualmente los fuegos y llamas, los afectos y ternuras de mi corazón para contigo. No amo ni deseo en el cielo y en la tierra nada distinto de ti, después de tu Jesús que es también mío. Después de Dios tu eres el único objeto de mi corazón y estoy dispuesto a hacerlo y sufrirlo todo por tu amor. Sé que nada agrada tanto a tu Hijo y a ti como trabajar en la salvación de las almas; conoces ciertamente los sentimientos de mi corazón a este respecto. Quiero tener los corazones de los ángeles y de los hombres, con toda la capacidad de amar pasada y futura, para amar a Jesús, Hijo de María, y a María, Madre de Jesús. Mas todo esto no me satisface aun. Hay que tener el corazón de un Dios para amar dignamente a un Hombre Dios y a una Madre de Dios. Gracias a Dios lo tengo. Porque Jesús se ha dado todo a mí y su corazón me pertenece. Sí, el Corazón de Jesús es mi corazón. Y en el amor de ese Corazón quiero amar a mi Salvador y a su amadísima Madre: amarlos con vigor, con fervor, con ternura, exclusiva y eternamente. No quiero amar sino lo que ellos aman. No quiero odiar sino lo que ellos detestan. No quiero otro contento que no sea lo que a ellos alegra, y me entristece sólo lo que a ellos desagrada. Quiero colocar mi consuelo y mis alegrías en pensar en ellos, en tratar con ellos, en hablar y oír hablar de ellos, en trabajar en su servicio, sufrir por su amor y morir mil veces, si fuera posible, por Jesús y María.

El esposo y la esposa tienen la mutua obligación de asistirse y consolarse en sus debilidades, enfermedades y aflicciones. Por consiguiente mi deseo es servirte, ayudarte y consolarte, con la fuerza que Dios me dé, en la persona de los pobres, de los enfermos y afligidos; en ellos te miraré como a la madre en sus hijos; al mismo tiempo te suplico que me asistas benigna, me protejas y sostengas en mis necesidades espirituales y corporales.

El esposo y la esposa no deben tener sino un solo corazón y una sola alma. Te suplico, pues, reina de mi corazón, que yo no tenga contigo sino un alma, un espíritu, una voluntad y un corazón. Quítame, pues, mi corazón y dame el tuyo, según tus palabras, para poder cantar eternamente:

O qualis haec benignitas!
 Ardens Mariae charitas
 Meum sibi cor abstulit,
 Suum mihi cor praebuilt.

¡Qué inmensa es tu bondad!
 El amor ardiente de María,
 Tomó para sí mi corazón,
 Y me dio en cambio el suyo.

Sea el Corazón sagrado de mi queridísima María el alma de mi alma y el espíritu de mi espíritu; sea el principio de mi vida y de mis pensamientos, palabras, acciones, sentimientos y afectos; que yo realice mis acciones, y sufra mis penas y sinsabores en el amor, la caridad, la humildad, la sumisión y la paciencia y en las demás disposiciones e intenciones de este santísimo Corazón.

La esposa debe redoblar sus cuidados y afectos con su esposo en sus últimos días y en la hora de su muerte. También yo te pido a ti, la amada de mi alma, que estés personalmente presente y cerca de mí, en mi último día y en mi postrer hora, según tu promesa, para defenderme de los enemigos de mi salvación, para infundirme fuerza y consuelo, para prepararme a una santa muerte, para asociarme a las disposiciones santas con que tú moriste, para acoger mi alma a la salida de mi cuerpo y alojarla en tu regazo y en tu Corazón maternal. Porque tú eres mi madre y mi esposa como eres la Esposa y la Madre de mi Jesús, la lles tras de ti al cielo y allí ame, alabe, glorifique por siempre a la santa Trinidad contigo y con todos los ángeles y los santos.

Puesto que la esposa debe cuidar de los hijos que su esposo le deja después de su muerte, también yo te suplico, a ti que eres toda caridad, que veles de manera especial sobre todos los hijos espirituales que Dios me ha dado; son también hijos tuyos pues me los dio por tu mediación. Los pongo a todos, desde ahora, en tus manos y te suplico que los guardes tan bien que ninguno de ellos perezca.

Coloca igualmente en tus manos benditas las comunidades que la divina providencia me ha encomendado o con las que me ha puesto en relación particular, asimismo las personas que han tenido amistad o caridad conmigo o se han encomendado a mis oraciones; también aquéllas hacia las que tengo alguna obligación; no olvido las que han tenido odio o aversión contra mí; por ellas te pido que les obstengas el perdón de la divina misericordia.

Pero sobre todo, sobre todo, te encomiendo muy encarecidamente, a ti la toda buena, la pequeña Congregación de Jesús y María que tu hijo y tú misma me habéis dado. Te suplico, reina mía, por tu Corazón benigno y bondadoso, que suplas las deficiencias que he tenido en ella y destruyas cuanto obstaculice los designios de Dios sobre ella; que la protejas, bendigas y conduzcas en todo. Acuérdate, Virgen de inmensa bondad y de inmenso poder, que tu Hijo Jesús es su fundador, superior y padre y que tú eres su fundadora, superiora y madre. Ella está totalmente dedicada y consagrada a tu santísimo Corazón. Haz que todos los hijos de esta Congregación sean los verdaderos hijos de tu Corazón y que para ello renuncien por entero a su propia voluntad para seguir en todo y doquiera la voluntad adorable de Dios.

Despide de ella a todos los que quieren vivir según los deseos de su corazón y no permitas que sujetos semejantes entren en ella. Bendice y favorece generosamente a los que observen con fidelidad las reglas de esta Congregación. Bendice también pródigamente a quienes la amen y protejan. Pero principalmente te ruego, mi divina princesa, que le des un superior según tu Corazón que repare mis innumerables faltas y que la gobierne en tu espíritu que es el espíritu de tu Hijo.

Estas son las cláusulas del contrato de santa alianza que has querido sellar conmigo, mi reina del Cielo, como santa Esposa de mi espíritu y de mi corazón.

Te suplico, una vez más, que lo aceptes y lo firmes con la sangre de tu virginal Corazón como yo voy a firmarlo con mi sangre, con el ardiente deseo de firmarlo con la última gota de sangre de mi corazón.

Encárgate de que este contrato sea aceptado y firmado por tu Padre adorable que es también el mío; por tu Hijo Jesús, mi Redentor y por el Espíritu Santo, tu Esposo; por tu padre san Joaquín, por tu madre santa Ana, por tu esposo san José. Que san Gabriel, tu ángel custodio, y mi ángel, san Juan Bautista y san Juan Evangelista y todos los santos que tuvieron para contigo devoción especial mientras estaban en la tierra y los demás ángeles y santos lo firmen como testigos y que el Espíritu Santo

le ponga el sello eterno de su divino amor. ¡Amen, Amen! ¡Fiat, fiat!

Hecho en Caen, en la casa de la Congregación de Jesús y María, este sábado 28 de abril de 1668.

Lo firma con su sangre,

JUAN EUDES
Presbítero misionero
de la Congregación de Jesús y María

TESTAMENTO DE SAN JUAN EUDES

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y en honor y unión del testamento que mi Jesús hizo en el último día de su vida mortal en la tierra, hago el siguiente testamento, únicamente para gloria de mi Dios.

1. De todo corazón me entrego a mi Salvador para unirme a la fe perfecta de su santa Madre, de sus apóstoles, de su santos y de toda la Iglesia. Y en unión con esta fe declaro ante el cielo y la tierra que quiero morir como hijo de la santa Iglesia, católica, apostólica y romana y como fiel creyente en todas las verdades cristianas que ella enseña; y con este fin me ofrezco a mi Dios para sufrir, mediante su gracia, todos los tormentos imaginables y todas las muertes posibles por esta causa.

2. De todo corazón me doy al amor infinito por el que mi Salvador murió en la cruz por mí y por todos los hombres. Unido a ese amor acepto la muerte en el tiempo, lugar y manera que le plazca enviármela, en honor y acción de gracias de su santa muerte y de la muerte de su gloriosa Madre. Y que por su Corazón adorable que estalló de dolor en la cruz y de amor por nosotros, me conceda la gracia de morir en su amor, por su amor y para su amor.

3. Postrado en espíritu a los pies de todos mis hermanos y de todos aquellos a quienes he causado disgusto o dado mal ejemplo les suplico de todo corazón que me perdonen por amor a nuestro Señor y que le pidan tenga misericordia de mí.

4. De todo corazón me doy al amor infinito que llevó a Jesús, mientras estaba en la cruz, a orar a su Padre por sus verdugos, diciendo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*¹. Unido a ese mismo amor digo a mi Padre celestial, desde lo más hondo de mi corazón, por todos los que me han ofendido, si es que puede hablarse de ofender a un miserable pecador como yo: Padre, perdónalos porque no sabían lo que hacían.

¹ Lc. 23, 34.

5. Declaro que es mi intención recibir el santo viático y la extrema unción y suplico a mis queridísimos hermanos me los administren mientras tenga el uso de razón. Me entrego a mi Dios para unirme a las disposiciones santas con que los recibieron tantos santos. Y si aconteciese verme privado de ellos ruego a mi Redentor misericordioso obre en mí los efectos de esos sacramentos y que sea por su sola gloria.

6. Si llegase a perder el uso de mi razón y de mis sentidos exteriores, hago míos con todo mi corazón los actos de fe, de esperanza, de caridad, de humildad, de conformidad, de contrición y otros que se hagan por mí, sea en la tierra o en el cielo. Suplico a mis queridos hermanos, a mi ángel de la guarda, a san Miguel, san Gabriel y demás ángeles, a san José, san Joaquín, santa Ana, san Juan Bautista, san Juan Evangelista, san Lázaro, santa Magdalena, santa Marta, los santos apóstoles, los santos mártires, los santos sacerdotes, las santas vírgenes, a los santos inocentes y a todos los santos y santas del paraíso, sobre todo a mi divina Madre, la santa Virgen, que suplan mis deficiencias y cumplan ante mi Dios mis obligaciones; que hagan por mí lo que más agrada a su divina Majestad. Declaro que es mi deseo que todos los latidos de mi corazón y todas mis respiraciones, sean otros tantos actos de contrición, de conformidad, de alabanza y de amor hacia mi Creador y mi Salvador.

7. De todo mi corazón me entrego al amor infinito por el que mi Jesús entregó su alma santa al Padre, cuando dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*¹. Unido a ese amor entrego mi alma al Padre de la misericordia, Dios de todo consuelo, para decirle también: *Padre en tus manos encomiendo mi espíritu*. La coloco igualmente en el amabilísimo Corazón de Jesús y María, hoguera ardentísima del amor eterno y les suplico con toda humildad que la abrasen, consuman y transformen en llama purísima de ese divino amor.

8. Si pudiera expresar mis anhelos desearía que me enterraran en nuestra iglesia de Caen, consagrada al Corazón de Jesús y de María. Pero abandono totalmente mi cuerpo y mi alma a la divina voluntad y me someto gustoso a lo que le plazca disponer al respecto en el tiempo y por la eternidad. Acepto con alegría

¹ Lc. 23, 46.

que mi cuerpo se reduzca a polvo y que todos sus granos sean otros tantos actos de adoración y de alabanza al misterio de la sepultura de mi Salvador y de su santísima Madre.

9. Suplico a mis queridos hermanos que me entierren con el pequeño hábito blanco de mi divina Madre, incluido el ceñidor de seda blanca y el corazón adornado con una cruz de seda roja, como también el alba que tengo destinada para ello. Deseo tener conmigo el santo escapulario y el mismo santo rosario que me dio sor María, el original de mi testamento del que se guardará esta copia y el CONTRATO DE ALIANZA que hice con la santísima Virgen y sobre todo la santa imagen, elaborada en parte con santas reliquias, que se encuentra en un pequeño nicho de cobre dorado.

10. Con toda mi voluntad me doy al amor incomprensible con el que mi Jesús y mi buena Madre me dieron, de manera especial, su Corazón amabilísimo. Unido a ese amor, doy este mismo Corazón, como algo que me pertenece y del que puedo disponer para la gloria de mi Dios, a la pequeña Congregación de Jesús y María. Se lo dejo para que sea la herencia, el tesoro, el patrono principal, el corazón, la vida y la norma de los verdaderos hijos de esta Congregación. Igualmente doy y consagro esta misma Congregación a este divino Corazón para que esté dedicada a su honor y alabanza en tiempo y eternidad. Suplico y conjuro a todos mis hermanos muy amados que le tributen y le hagan tributar toda la gloria que les sea posible; que celebren sus fiestas y Oficios en los días señalados en nuestro Propio con la mayor devoción y que hagan alguna predicación sobre este tema en todas las misiones. Que se esmeren por imprimir en su corazón una imagen perfecta de las virtudes de este santísimo Corazón; que lo miren y lo sigan como a la primera norma de su vida y de su conducta. Que entreguen a Jesús y María todas sus acciones y actividades para realizarlas en el amor, la humildad y las demás disposiciones de este sagrado Corazón. Así amarán y glorificarán a Dios con un Corazón digno de Dios, *Corde magno et animo volenti*¹, y serán conformes al Corazón de Dios y verdaderos hijos del Corazón de Jesús y de María.

¹ 2 Mac. 1, 3.

11. Doy también este corazón preciosísimo a mis queridas hijas, las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad, a las carmelitas de Caen y a todos mis demás hijos espirituales, en especial a quienes tienen afecto particular por su indignísimo Padre y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Los entrego a todos y cada uno a ese buen Corazón con las intenciones señaladas en el artículo precedente. Les prometo que si Dios me da la gracia, como lo espero de su infinita misericordia y de la caridad incomparable de su santa Madre, tendré en el cielo solicitud especial por ellos y los asistiré en la hora de su muerte en compañía de la bondadosa Virgen.

12. Prosternado a los pies de mi Jesús, a quien adoro como al Institutor, Fundador, Superior y Padre de nuestra Congregación, y ante la Reina del cielo, institutora, fundadora, superiora y Madre de la misma Congregación, les suplico humilde y encarecidamente, por su benignísimo Corazón, y ruego a todo el paraíso que se sume a mi súplica, que en mi lugar designen para gobernarla a alguien que sea según su Corazón, que repare las faltas que he cometido y la conduzca conforme a su espíritu. Y como conozco mejor que nadie las cualidades y disposiciones de los miembros de la Congregación, ruego a mis queridos hermanos acepten que les diga que nadie es tan apropiado, bajo todos los aspectos, para este cargo como nuestro queridísimo hermano¹...

13. Les pido también que consideren las Reglas y Constituciones que les dejo no como algo mío sino como salido de las manos de nuestro Señor y de su santa Madre así como los Oficios y oraciones que se encuentran en el Propio y en el Manual de nuestra Congregación; que las observen y practiquen exactamente por amor a ellos. Les declaro que el Hijo y la Madre amarán, protegerán y bendecirán siempre a quienes así se comporten y los tratarán en este mundo y en el otro como a verdaderos hijos de su Sagrado Corazón. Pero no considerarán, ni en la vida ni en la muerte, como hijos de su Congregación a quienes desprecien o descuiden estas Constituciones o esos Oficios.

¹ Dicen al respecto los Anales, Ib. VIII, 21: "No lo nombra y no hay punto final en el original donde dejó estas últimas líneas, las que tachó en el otro original pero no hay duda de que quiso hablar del señor Blouet".

14. El relicario de plata que tiene la figura de un corazón y que llevo conmigo, lo lego a la sacristía de nuestra casa de Caen para que esté inseparablemente unido a la imagen de la santísima Virgen que se expone en el altar cuando se cantan las letanías.

15. Mi crucifijo, lleno de santas reliquias, lo dejo a mi sucesor y le ruego que haga cada noche y cada mañana los actos que se encuentran en el REINO DE JESUS en honor del crucifijo.

16. Le encargo también a él que disponga de las otras reliquias que mantengo conmigo y que se encuentran en el pequeño cofre que está cerca de la ventana de mi cuarto que da sobre el huerto de los reverendos padres jesuitas, y de las medallas que están allí y en la gaveta de mi escritorio; doy todo esto por sus manos a quien él designe.

17. Lo conjuro a él y a todos sus sucesores que no dejen de hacer cada año la visita de todas las casas de la Congregación, personalmente o por delegados, y tener en cuenta para ello lo que está escrito en las Constituciones.

18. Le ruego también ordenar que no se pierdan mis sermones; que los haga empastar para conservarlos para la Congregación; y si quedan algunos de los libros que he escrito para bien de las almas que los haga imprimir; ojalá se pueda editar cuanto he escrito en un solo volumen.

19. Suplico a todos los superiores de la Congregación que estudien y practiquen seriamente las normas de su cargo; que hablen sin cesar a sus súbditos con sus obras y su ejemplo y que los gobiernen con toda caridad, bondad y afabilidad. Insto a los verdaderos hijos de la Congregación a que manifiesten el respeto, el afecto y la obediencia debidos a quienes representan a nuestro Señor Jesucristo. Porque del cumplimiento de los deberes de todos, superiores e inferiores, depende la perduración y la felicidad de la Congregación.

20. He recibido de nuestro querido hermano Ricardo le Moine valiosa ayuda en todas mis necesidades materiales a lo largo de muchos años; ruego a todos mis hermanos, en especial a mi sucesor, que tengan con él la misma caridad que usarían conmigo si todavía estuviera en este mundo.

21. Finalmente me doy de todo corazón a mi amadísimo Jesús y me uno a las santas disposiciones con que él y su santa Madre y todos sus santos han muerto. Acepto por amor a él todos los sufrimientos del espíritu y del cuerpo de mis últimos días; deseo que mi último suspiro sea un acto de purísimo amor a él y le suplico que acepte y conserve para la hora de mi muerte los sentimientos y actos de piedad señalados en el presente documento.

Tal es mi testamento. Suplico con toda humildad a mi amabilísimo Salvador y a mi bondadosísima Madre, que por su benignísimo Corazón, ser el albacea para que todos los artículos en él contenidos se cumplan en la forma que más plazca a la adorabilísima voluntad de Dios.

Amen, Amen. Fiat, fiat. Veni, veni, veni, Domine Jesu.

Hecho en París, el 24 de abril de 1671.

JUAN EUDES
Presbítero Misionero
de la Congregación de Jesús y María

Adición

Para no caer en extrema ingratitud hacia mi queridísima hija en nuestro Señor, mi primogénita, Ana Le Huguais, señora de Camilly, a quien nuestro querido hermano, señor de Than, asoció, con sobrada razón, con él en la fundación de nuestra casa de Caen porque Dios le dio un corazón de madre para con la Congregación y en especial con esta casa a la que ha hecho todo el bien que ha podido, suplico a todos mis hermanos que la consideren y honren en calidad de tal y que le rindan durante su vida y después de su muerte lo que se debe a la fundadora y la madre de una congregación. Le dejo algo que me es muy precioso: una pequeña imagen de la Virgen que llevo colgada al cuello en un estuche de plata, en el que se halla también un fragmento de la verdadera cruz. Dicha imagen me fue dada de parte de la misma Virgen como prueba de la alianza especial que me

hizo la gracia de contraer con ella.

Hecho en París, el 1 de marzo de 1672.

JUAN EUDES
Presbítero Misionero

Donación de su corazón y revocación

San Juan Eudes había resuelto que su corazón fuera dado, después de su muerte, a la casa de Nuestra Señora de la Caridad. Además de expresar esa voluntad en su testamento había remitido a este respecto a las religiosas una carta firmada de su mano, que decía:

El 13 de enero de 1678 hice donación de mi corazón a mis amadísimas hijas en nuestro Señor, las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad, establecidas en Caen, para que sea enterrado en su monasterio. Tal es mi voluntad que deseo se cumpla y por ella ruego a los presbíteros de nuestra Congregación. En prueba de ello, he firmado.

JUAN EUDES
Presbítero Misionero
de la Congregación de Jesús y María.

San Juan Eudes revocó esta donación y tachó este artículo en su testamento dejando al seminario la nota siguiente:

Revoco la donación que hice de mi corazón a las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad y deseo que mi cuerpo y mi corazón sean sepultados juntos en nuestra iglesia del amabilísimo Corazón de Jesús y de María.

Hecho en Caen, el 18 de septiembre de 1678.

JUAN EUDES
Presbítero Misionero
de la Congregación de Jesús y María

CARTAS ESCOGIDAS

CARTAS ESCOGIDAS

INTRODUCCION

Monseñor Clément Guillon, C.J.M.

San Juan Eudes, como misionero, director espiritual y fundador de dos institutos, tuvo ocasión de escribir un importante número de cartas. Poseemos actualmente unas doscientas cincuenta cuyo texto nos ha llegado sea íntegro sea como extractos citados por sus primeros biógrafos. Hemos seleccionado veinte que presentamos bajo cuatro títulos:

1. Jesucristo, vida nuestra
2. Dedicarse a la formación de los sacerdotes: la Congregación de Jesús y María.
3. Anunciar la misericordia de Dios: el Instituto de Nuestra Señora de la Caridad.
4. Relaciones con la reina Ana de Austria y con el rey Luis XIV.

En el primer grupo de cartas se manifiesta con fuerza la preocupación constante de san Juan Eudes: que Jesucristo sea nuestra vida. Hacia ello orienta a los fieles que dirige: por ejemplo a una religiosa benedictina probada con la enfermedad (carta Nº 1), o a una madre de familia angustiada por la mala salud de su marido (carta Nº 5). Con ese fin se ha comprometido ardorosamente en la predicación de las misiones, encontrando a menudo el éxito (carta Nº 3) pero también a veces fuertes oposiciones (carta Nº 2). En la carta Nº 4, al superior de un grupo misionero, Juan Eudes pide que los obreros del Evangelio sean los primeros en vivir el mensaje que proclaman. Y la carta Nº 6 nos transmite el eco de su experiencia personal, cuando afectado duramente por odiosas calumnias, no puede menos que "imitar a Jesús en su paciencia y su silencio".

El segundo grupo de cartas se relaciona con la Congregación de Jesús y María, fundada por el padre Eudes en 1643 para trabajar en la formación de los sacerdotes, al mismo tiempo que se dedicaba activamente al ministerio de las misiones. La carta Nº 7, dirigida a dos hermanos aún titubeantes, les encarece que se comprometan resuelta y definitivamente "en el servicio de nuestro bondadoso dueño (para) conquistarle almas que él rescató al precio de su sangre". Las dos cartas siguientes (Nº 8 y Nº 9) muestran la solicitud del fundador para con uno de sus primeros compañeros, Simón Mannoury; en 1648 lo anima en las laboriosas diligencias que adelanta en Roma y, tres años más tarde, le aconseja en la tarea delicada que representa la formación de un postulante. Las cartas 10a. y 11a., escritas a comunidades eudistas con motivo de acontecimientos felices, las invitan a dar gracias y a tomar conciencia de la grandeza y de las exigencias de la misión de la Congregación: "dirigir a los directores, adoctrinar a los doctores, apacentar a los pastores".

Desde antes de la fundación de la Congregación de Jesús y María, en 1641, el padre Eudes había comenzado el establecimiento de la casa de Nuestra Señora de la Caridad, destinada a recoger mujeres con graves problemas morales; las cartas del tercer grupo se refieren a esa obra. En la carta Nº 12 repite a las "Damas de la misericordia", encontradas en Ruan durante una misión, la importancia del "Hospital para almas enfermas" que acaba de fundarse en Caen, y describe su buen funcionamiento al mismo tiempo que su pobreza. La carta siguiente (Nº 13) anuncia a la comunidad de las hermanas la feliz noticia, esperada por más de nueve años, de la aprobación dada por el obispo. La obra está ahora consolidada pero conocerá aún duras pruebas, como en 1660 la muerte de sor María del Niño Jesús, que es la ocasión de la carta Nº 14, dirigida a la superiora, madre Francisca-Margarita Patin. Al morir ésta última, ocho años más tarde, la comunidad escogió como directora a la madre María del Santísimo Sacramento Pierre: apenas informado de la elección, el padre Eudes se apresura a escribir a la nueva superiora (carta Nº 15).

Las cartas del cuarto grupo tienen que ver con las relaciones del padre Eudes con la reina Ana de Austria y el rey Luis XIV. Consciente de haber recibido la misión de hablar en nombre de Jesucristo, no teme colocarlos frente a sus responsabilidades (cartas Nº 16, 17 y 18) y su mensaje, a la vez firme y

respetuoso, es bien acogido. Infortunadamente, al fin de su vida, como consecuencia de una falsa acusación, Juan Eudes se ve rechazado por el rey forzado a recluirse en el seminario de Caen. Cruelmente afectado por esta medida injusta, cuyos efectos van a durar más de cinco años, (carta Nº 19), tiene finalmente la alegría de reencontrar una relación normal con el soberano (carta Nº 20).

Las cartas de san Juan Eudes, por cuanto en ellas se expresa en forma directa y personal, nos permiten un contacto vivo con su personalidad. Claramente se descubre en él a un apasionado de Jesucristo. En pos del apóstol Pablo y de muchos santos, comprendió que nada vale la pena fuera de Jesús. Su mayor deseo es vivir en comunión estrecha con él, "continuar su vida", a ejemplo de María. Todo es para él ocasión de encontrar a Cristo y de adherirse, en unión con él, a la voluntad del Padre. Lejos de desalentarlo, los contratiempos, molestias y sufrimientos de toda índole aparecen como invitaciones a entrar en el misterio pascual de Jesús.

Como apasionado de Cristo, Juan Eudes desea intensamente compartir su experiencia personal: su ardor misionero estalla en cada página de sus cartas. Que su corresponsal sea sacerdote o una mujer del mundo, una religiosa o una reina de Francia, siempre se esfuerza por atraerlo al camino de la santidad y del servicio apostólico; lo invita, en el centro mismo de su existencia diaria, a "continuar la vida de Cristo, a seguir sus huellas, a entrar en sus disposiciones e intenciones". No teme mostrarse exigente aunque siempre de manera humana, midiendo el peso del sufrimiento ajeno y participando en él con todo su ser.

Juan Eudes puso al servicio de su acción misionera sus grandes capacidades de hombre de decisión y de acción. Clarividente en el análisis de las situaciones, descubre certeramente las urgencias esenciales y busca los remedios oportunos. Esto lo conduce progresivamente a ser el fundador de dos institutos. Entonces se revela a la vez solícito en edificar para el porvenir y atento a los detalles de la vida de cada día, asombrosamente porfiado y perseverante pero capaz de adaptarse a las situaciones cambiantes.

Las cartas escritas por san Juan Eudes dibujan el retrato apasionante de un testigo de Cristo. Cada una de ellas, si le prestamos atención, puede resultar para nosotros un llamamiento encarecido a ajustar más profundamente nuestra vida al Evangelio.

CARTAS ESCOGIDAS

I. Jesucristo, nuestra vida

No. 1. A Sor María de Taillepie, religiosa benedictina ¹.

Hacia 1636

¿Qué le podré decir para consolarla, mi querida hermana? ¿Acaso lo que los mundanos acostumbran decir a los enfermos: que se trata de algo sin importancia y que muy pronto se restablecerá? Pero no es eso lo que usted espera. Tampoco le diré que hay motivos para pensar que pronto se verá libre de las miserias de esta vida y de este destierro, porque, de seguro, usted no busca su propio interés.

Callaré, pues, acerca de usted porque nos es preciso olvidarnos de nosotros mismos. Sólo le hablaré de Jesús, él único tema digno de nuestras palabras, de nuestros pensamientos y de nuestro consuelo.

Este Jesús, infinitamente digno de nuestro aprecio y de nuestro amor, es todo suyo, mi querida hermana, y usted le pertenece enteramente a él. ¿Puede anhelar mayor consuelo? Manténgase, pues, en paz y expulse el temor; Jesús es todo suyo y usted toda de Jesús. El la ama infinitamente y tiene sobre usted únicamente pensamientos y designios de amor y de bondad.

No se inquiete si no puede recitar el Oficio o hacer la meditación o practicar sus demás ejercicios, como son sus deseos. Muchas personas lo están haciendo por usted. Y lo que es infinitamente más importante, Jesús, en persona, que es su todo, se halla en constante ejercicio de contemplación, de alabanza y de amor al Padre eterno, en lugar suyo.

¹ OC. XI, 27-28. Religiosa conversa de la abadía de la Trinidad en la ciudad de Caen, que recibía dirección espiritual del padre Eudes. Por su salud precaria sufría mucho con tendencia a replegarse sobre sí misma. Juan Eudes la invita a superar esta tentación para mirar solamente a Jesús y a vivir en la paz y la confianza.

Así que todo es suyo en el cielo y en la tierra. Permanezca, pues, en paz, en abandono total de usted misma, de su salud, de su vida y de su salvación en las manos de su amabilísimo Padre que es Jesús.

No. 2. A Madame Budos, abadesa benedictina ²

Verano de 1636.

Me encuentro en un poblado en el que voy a dar comienzo a la misión. Ignoro lo que en ella me habrá de suceder; lo cierto es que en la anterior me adornaron con preciosos epítetos³. Unos afirmaban que yo era el precursor del anticristo, otros que el anticristo en persona. Para algunos era un seductor, un demonio a quien no debía darse crédito o un embaucador que atraía a todo el mundo en pos de sí. Unos estaban resueltos a expulsarme y a lo mejor lo hubieran logrado si nuestros padres no hubieran llegado ese mismo día.

Pero todo ello son rosas. Las espinas que me punzan el corazón son contemplar a tantas pobres gentes que llevan hasta ocho días detrás de mí sin poder acercarse al confesonario aunque somos diez confesores.

² OC. XI, 29-30. Madame de Budos era la abadesa de la Trinidad de Caen. El padre Eudes que acaba de terminar una misión y se dispone a comenzar otra, en Bretaña, le envía noticias.

³ Las dificultades de que habla el padre Eudes provenían de un pequeño pero dinámico grupo de protestantes que lo atacaron vigorosamente amparados por un personaje de la región.

No. 3. Al señor Juan Jacobo Blouet de Camilly⁴

Paris, 23 de Julio de 1659.

Mi queridísimo hermano,

No tengo palabras para ponderar las bendiciones prodigiosas que Dios derrama sobre esta misión.

Hace ya mucho tiempo que no estoy predicando en la iglesia porque, a pesar de que es grande, resulta demasiado estrecha en esta ocasión. Puedo decir con verdad que los domingos tenemos más de quince mil personas.

Hay doce confesores, pero, sin hipérbole, cincuenta tendrían buen trabajo. Las gentes vienen desde ocho y diez leguas⁵ y sus corazones se conmueven de tal manera que sólo se ven lágrimas y se oyen gemidos de hombres y mujeres penitentes. Son maravillosos los frutos que recogen los confesores. Pero lo que nos aflige es que ni la cuarta parte se podrá confesar. Estamos abrumados. Los misioneros contemplan a muchos de ellos que esperan durante ocho días sin poder confesarse y que se precipitan a sus pies dondequiera los encuentran, suplicándoles con lágrimas y con las manos juntas que los oigan en confesión. Sin embargo ya vamos aquí en la sexta semana.

¡Qué beneficio tan grande son las misiones! ¡Qué necesarias son! ¡Qué mal tan grande impedir las! Ojalá quienes se han opuesto a que realizáramos varias de ellas en esta diócesis se dieran cuenta del mal que han causado⁶. *Padre, perdónalos; porque no sabían lo que hacían*⁷.

Oremos, mi queridísimo hermano, al dueño de la mies, que le envíe obreros y digámosle con todo el corazón: *Dueño de la*

⁴ OC.X, 431-432. Juan Jacobo Blouet de Camilly, entrado recientemente en la Congregación fundada por el padre Eudes (de la cual sería más tarde el superior general), seguía entonces sus estudios en París. Juan Eudes le escribe durante la misión que dirige en Vasteville (Normandía) y que durará cuarenta y cinco días.

⁵ De treinta a cuarenta kilómetros.

⁶ Juan Eudes hace alusión a un antiguo vicario general de Coutances que se había opuesto a las misiones de los eudistas.

⁷ Paráfrasis de Luc 23,34.

*mies, envía obreros a tu mies*⁸. ¿Qué están haciendo en París tantos doctores, tantos bachilleres, mientras perecen las almas por millares porque nadie les tiende la mano para retirarlas de la perdición y preservarlas del fuego eterno? Ciertamente, si me escuchara a mí mismo, me iría a París a gritar en la Sorbona y demás instituciones docentes: Corran a apagar el fuego, el fuego, el fuego del infierno que consume todo el universo. Vengan, señores doctores, señores bachilleres, señores abades, vengan todos ustedes, señores eclesiásticos y ayuden a extinguirlo⁹.

No. 4. Al superior de un grupo de misioneros¹⁰

Mi queridísimo hermano,

Lo que debe consolarlo y animarlo es que (en sus misiones) nuestro Señor está con ustedes de manera especialísima, según su promesa: *Estaré con vosotros todos los días*¹¹.

No sólo está con usted sino que está dentro de usted para continuar allí la obra de la redención de las almas comenzada por él mismo. Permanezca también en él, amadísimo hermano, y esfuércese por salir de sí mismo, por renunciarse fuertemente para refugiarse en él. Entréguese totalmente a él porque fuera de él nada puede y en él lo puede todo¹.

Recuerde que predicar es hacer hablar a Dios. Por eso el predicador debe desaparecer para que Dios sea todo en él. Antes de subir al púlpito anonádese delante de nuestro Señor y entréguese a él, suplicándole que él mismo lo aniquile y se establezca en usted para que sea él el que hable, porque es exclusiva competencia suya anunciar la palabra de su Padre.

⁸ Paráfrasis de Luc 10,2.

⁹ Tenemos aquí probablemente la reminiscencia de una carta de san Francisco Javier, el cual, un siglo antes, expresaba sentimientos análogos.

¹⁰ OC. X. 479-480. En cada misión había un superior encargado de coordinar el trabajo y de animar la vida del grupo misionero. Esta carta nos da preciosos informes sobre la manera como se desarrollaban las misiones y sobre el espíritu que el padre Eudes quería ver reinar en ellas.

¹¹ Mt. 28,20.

¹ Cfr Jn. 15, 1-7 y Fp. 4,13.

Preocúpese igualmente, queridísimo hermano, por hacer siempre un poco de meditación y de decir bien su breviario y su Misa.

Le ruego que cuide su salud. Para ello le encarezco que no predique nunca más de una hora. Le recuerdo también la salud de nuestros queridísimos hermanos. Que todos regresen de la iglesia a la misma hora para tomar su alimento juntos. Que los más débiles celebren la Misa de la mañana. Y sobre todo que se retiren a descansar a las nueve de la noche para que tomen el reposo que necesitan.

Recomiéndeles a menudo la piedad interior y el digno comportamiento exterior. Que se entreguen frecuentemente a nuestro Señor para realizar su obra con su mismo espíritu, con las disposiciones interiores y exteriores con que él ejecutaba sus acciones cuando estaba en la tierra. A todos les suplico que se entreguen fuertemente a él para desempeñar las funciones sacerdotales, que son acciones divinas, *Digne Deo*¹, para tratar a los pecadores con el espíritu de su caridad y mansedumbre y para vivir y tratarse mutuamente con respeto y amor fraterno, no buscando su propio interés sino el de los demás². Sobre todo los conjuro que miren con horror y huyan, más que de la muerte y del infierno del vicio abominable que no podemos nombrar³. Por eso traten a las personas del sexo opuesto con gran discreción.

Bendigo infinitamente a Dios por todas las gracias que les concede en sus misiones. Si no hay todavía mucha concurrencia en esta misión, no se desanimen. Si al principio acude poca gente, crecerá luego su número.

Recuerden además que ante Dios un alma es un mundo y que nuestro Señor se detuvo a predicarle a una sola mujer.

Se impone, por otra parte, dar muerte a la vanidad y al amor propio que se cuelan hasta en las obras que hacemos por Dios.

¹ Cfr. Col. 1,10.

² Fp 2,4.

³ Cfr. Ef. 5,3.

Pero eso no los dispensa de preparar cuidadosamente sus predicaciones que requieren suma diligencia y fervor.

No. 5. A madame de Camilly¹.

18 de octubre de 1661.

Ojalá, mi queridísima hija, pudiera contestarle con ocasión de esta enfermedad de nuestro carísimo hermano lo que nuestro Señor replicó a santa Marta y a santa Magdalena, cuando le dieron la noticia de la dolencia de su buen hermano Lázaro, con las mismas palabras empleadas por usted: *Su amigo se halla enfermo*². Ojalá, repito, pudiera responderle también: Esta enfermedad no es para muerte³. Pero esta divina respuesta no tendría efecto en mis labios. Sin embargo cuando usted se dirige a su indigno representante para decirle: *su amigo está enfermo*, es a nuestro Señor a quien lo dice. Por eso suplico de todo corazón a este bondadosísimo Salvador, por la inmensa bondad que lo animaba entonces para responder así, que también a usted le diga: *Esta enfermedad no es para muerte*.

Suceda lo que suceda, mi querida hija, esas palabras siempre se cumplirán para nuestro querido enfermo, y esto es un maravilloso motivo de consuelo. Porque no hay muerte para los verdaderos hijos de Dios. *Yo soy la resurrección y la vida*, dice el Hijo de Dios a santa Marta, *el que tiene fe en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que está vivo y tiene fe en mí, no morirá para siempre*⁴. Consolémonos, queridísima hija, con estas verdades y recordando las palabras de nuestro Salvador.

Le confieso, sin embargo, que aunque esta certidumbre mitiga en gran parte mi dolor, no impide que mi corazón esté muy afligido

¹ OC. XI. 77-79 Ligado desde hace más de veinticinco años con el señor y la señora de Camilly, el padre Eudes acaba de conocer, por carta de esta última, que su marido se encuentra gravemente enfermo. La profunda simpatía que el misionero siente por él le permite encontrar las palabras apropiadas para apelar al espíritu de fe de su corresponsal.

² Jn. II, 3-4.

³ Jn. II, 4.

⁴ Jn. II, 25-26.

al saber que nuestro pobre y querido hermano del corazón¹, el señor de Camilly, se encuentra en semejante estado y que usted, mi querida hija, con todos los suyos, está sumida en la angustia y expuesta a contraer la misma peligrosa enfermedad. Suplico a mi Jesús, de todo mi corazón, que la conserve. Pero que se haga su voluntad y no la mía.

El tenor de su carta me deja entrever que el Salvador ha puesto en su corazón las disposiciones adecuadas para una ocasión como ésta, lo cual me causa gran consuelo. Por ello le doy infinitas gracias, suplicándole que las conserve y aumente para su gloria. Porque no hay ningún tiempo, para un alma, que dé tanta gloria a Dios, como el momento de la aflicción sobrellevada cristianamente. Esforcémonos, pues, por lograrlo, mi queridísima hija, aceptando las penas que nos vienen de su mano y soportándolas con la mayor humildad, resignación y amor que nos sea posible.

Si usted nota que nuestro querido hermano se halla en peligro, tome en sus manos el librito compuesto por mí, EL CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS². Allí encontrará usted, hacia la mitad del libro, varias formulaciones de ejercicios con las disposiciones para morir cristianamente, junto con la manera de preparar al enfermo para que se sirva de ellos sin incomodarlo. Yo quisiera que los que asisten a los enfermos tuvieran este libro. También convendría tener en cuenta el *Ejercicio de preparación a la muerte* que se encuentra al final del REINO DE JESUS³.

En fin, mi queridísima hija, suplico a nuestro Señor que él mismo sea su fuerza y su guía y que realice perfectamente en usted y en todos los suyos su adorabilísima voluntad. Igualmente imploro a su santa Madre que la guarde a usted en su Corazón maternal, de la manera más conforme a esa divina voluntad.

¹ Hermano del corazón era la expresión, llena de afecto, que Juan Eudes utilizaba a menudo para referirse a su amigo el señor de Camilly.

² Se trata de un pequeño libro sobre el bautismo, publicado por el padre Eudes en 1654, y que aparece en otro lugar de esta edición.

³ El Reino de Jesús es un manual de vida cristiana, publicado por el padre Eudes en 1637 y que igualmente aparece en esta edición.

En el amor sagrado de este bondadosísimo Corazón abrazo mil veces a nuestro queridísimo enfermo y pronuncio sobre él, sobre usted y todos los suyos, estas santas palabras: Que la Virgen María nos bendiga con su Hijo Jesús¹.

No. 6. Al padre Luis Faucon de Santa María.
superior del seminario de Ruan².

Enero de 1675.

Doy a usted mil veces gracias, mi queridísimo hermano, por la carta caritativa y cordial que me ha escrito y que compromete mi gratitud hacia usted y hacia los padres que en ella me señala³. Le ruego expresarles mi más profundo reconocimiento.

Son muy laudables el celo y la bondad de ellos. Pero como no encuentro en el santo evangelio que nuestro divino y adorable Maestro haya empleado la vía y los medios sugeridos por su carta, para defenderse de la injusticia y crueldad de los judíos, no puedo decidirme a hacer otra cosa que tratar de imitarlo en su paciencia y en su silencio. *Pero Jesús callaba*⁴. Es posible que Dios suscite a alguien que responda al libelo⁵. Sea lo que fuere, acepto gustoso todas las cruces que plazca a Dios enviarme. A él le suplico que perdone a mis perseguidores. Mis numerosos pecados merecen mil veces más.

¹ Fórmula de bendición de la Iglesia que el padre Eudes utilizaba corrientemente en latín: *Nos cum prole pia benedicat Virgo Maria*.

² OC. X. 474. Por esa época el padre Eudes era blanco de graves calumnias; acababan de publicar contra él un violento libelo difamatorio. El padre Faucon de Santa María le había escrito, en nombre de los hermanos del seminario de Caen, una carta cordialísima en la que le insistía en que se defendiera públicamente.

³ Se trata de los eudistas del seminario a quienes el padre Faucon había mencionado en su carta.

⁴ Mt 26, 33.

⁵ De hecho un poco más tarde, un presbítero amigo del padre Eudes publicará: REFUTACIONES contra el libelo difamatorio.

II. Trabajar en la formación de los sacerdotes

La Congregación de Jesús y María

No. 7. A los Padres Ricardo Le Mesle y Tomás Vigeon¹.

22 de septiembre de 1646.

Les ruego encarecidamente que acudan acá para que completen su sacrificio y para permanecer en compañía de sus hermanos que los aman con ternura y desean fervientemente tenerlos junto a sí *ad convivendum et ad conmorendum*, en vida y en muerte. Porque ustedes saben que quien mira hacia atrás, después de haber empuñado el arado no es apto para el reino de Dios.

Vengan, pues, mis hermanos muy amados, en nombre de nuestro Señor y de su santa Madre, y manténganse fieles a aquel que los ha llamado. Vengan sin tardanza para que dediquemos juntos lo que nos queda de vida al servicio de nuestro buen Maestro y a ganar para él las almas redimidas con el precio de su sangre. No permitan que el tentador los sorprenda o que el mundo los seduzca. Cierren los oídos a la voz de la serpiente y ábranos únicamente a la voz celestial.

¹ OC. X. 385. Ricardo Le Mesle hacía parte de la Congregación desde la fundación en marzo de 1643; Tomás Vigeon había entrado un poco más tarde. Pero ni el uno ni el otro habían pronunciado todavía "la promesa de Incorporación" que el padre Eudes había instituido para señalar el compromiso definitivo en la Congregación. Hallándose él en misión en alguna aldea de Normandía les escribe para animarlos a no demorar más ese compromiso.

No. 8. A Simón Mannoury en Roma ¹.

7 de Abril de 1648.

Animo, mi querido hermano, porque no deseamos otra cosa que la voluntad de Dios. Por nuestra parte hagamos todo lo posible en favor de los intereses de nuestro buen Soberano y de nuestra amada Señora y después de ello abandonémonos en todo a su santa voluntad. Si nuestro tiempo ha llegado, todo el mundo junto no podrá impedir lo que ellos se proponen. Si todavía no ha llegado, esperemos en el Señor, seamos valientes, tengamos ánimo². Hay algo que debe animarnos sobremanera: es que no podemos dudar de que ésta sea una obra de Dios, si tenemos en cuenta las grandes y extraordinarias bendiciones que se digna derramar sobre nuestros pequeños trabajos, lo cual nos certifica que vienen de él y por consiguiente no abandonará su propia obra. El la sacará adelante en el tiempo y de la manera más conveniente, y mejor de lo que podríamos desear. A nosotros toca solamente permanecer fieles y proceder siempre con humildad, fortaleza y confianza.

No. 9. A Simón Mannoury en Coutances³.

abril-mayo 1651.

Usted se esmerará por formarlo en el espíritu de nuestro Señor. Es espíritu de desprendimiento y de renuncia a todas las cosas y a sí mismo; es espíritu de sumisión y abandono a la divina voluntad. Esta se nos manifiesta por las normas del Evangelio y

¹ OC. X, 386-387. Simón Mannoury, uno de los primeros compañeros del padre Eudes había sido enviado a Roma para buscar la aprobación de la Congregación de Jesús y María. Pero encontraba fuertes oposiciones, sobre todo de parte de la Congregación del Oratorio a la que Juan Eudes había pertenecido. Simón Mannoury había enviado al fundador, que por entonces misionaba en Borgoña, una carta bastante pesimista. Este lo reconforta y le expresa a la vez su confianza en el Señor y su disponibilidad para aceptar su voluntad.

923 Sal. 27 (26), 14.

³ OC. X. 394-395. Después del regreso de Simón Mannoury de Roma, donde no pudo lograr la aprobación de la Congregación de Jesús y María, el padre Eudes le confió, por algún tiempo, la misión de acoger y formar a los postulantes de la Congregación. Esta carta, escrita durante una misión cerca de Corbeil, en la región parisense, muestra la importancia que Juan Eudes daba a la formación de los que iban a ser sus hermanos.

las reglas de nuestra Congregación que no son sino la expresión de las máximas evangélicas, y por las directivas de quienes ocupan para nosotros el puesto de Dios. Es espíritu de amor puro a Dios que nos lleva a no hacer nada sino para agradarle. Es espíritu de devoción singular a Jesús y María, a los misterios de su vida y a los santos que más de cerca les pertenecen. Es espíritu de desprecio y de aversión hacia el mundo, que es el cuerpo de Satanás, y hacia todo lo que el mundo ama. Es espíritu de amor a la cruz de Jesús, es decir, a los desprecios, la pobreza y el dolor. Es espíritu de odio y horror por toda especie de pecado, que debe llevarnos a hacerle la guerra sin cesar, y a aplastarlo en nosotros y en los demás. Es espíritu de humildad y de anonadamiento de nosotros mismos, como lo destacan las palabras de la IMITACION DE CRISTO: *Desea ser ignorado y tenido en nada*¹. Es espíritu de caridad fraternal y cordial hacia el prójimo, especialmente por los hermanos de la Congregación y por los pobres, y de celo por la salvación de las almas. Es espíritu de virtud, para amar todas las virtudes y practicarlas sólidamente en el espíritu de Jesús como está explicado en el libro del REINO DE JESUS², cuya lectura y práctica debe recomendar mucho a quienes usted dirige. Es espíritu de amor, de aprecio y de respeto por la Iglesia y por todo lo que le pertenece, como también por las órdenes religiosas. Porque debemos tener espíritu católico, es decir, universal, que aprecie, honre y ame a todo cuanto es de Dios y para Dios, pues no debemos despreciar ni odiar nada fuera del pecado y de nosotros mismos. Finalmente es espíritu de oración y de piedad, para hacer todas nuestras acciones en el espíritu, es decir, con las disposiciones con que nuestro Señor realizó las suyas.

Esmérese usted, tanto como pueda, para llenarse de este espíritu, con la gracia de nuestro Señor y para comunicarlo a los demás con su ejemplo, sus oraciones, conferencias, meditaciones, lecturas y demás ejercicios. Pida, sobre todo, a Dios que le dé el espíritu de mansedumbre, y vigile particularmente en este punto para hacerse querer y ganar los corazones y colocar luego en ellos lo que Dios le dará con este fin.

Conserve esta carta y léala de cuando en cuando.

¹ Imitación, 1.1. Cap. 11 n° 3.

² Cfr. supra la carta n° 5.

No. 10. A sus hermanos del seminario de Coutances¹.

15 de mayo de 1653.

Mis hermanos amadísimos:

Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras pruebas². ¡Alleluya! Se ha reabierto nuestra capilla y estaremos celebrando en ella la misa, ¡Alleluya, alleluya, alleluya!

Sólo se abrió el martes pasado pero el documento se hizo y firmó el sábado, día de la fiesta de la aparición de nuestro Señor resucitado a su santa Madre³.

Es un efecto del poder y de la bondad inefables de nuestra buena Madre, que ha querido dilatar el desenlace de este asunto hasta el día del gozo más grande que ella tuvo en la tierra. Lo hizo cuando ya nosotros casi ni pensábamos en ello y después de que habíamos empleado en vano todos nuestros esfuerzos y los de nuestros amigos. ¡Alleluya, alleluya, alleluya!

Esta Madre de misericordia ha querido servirse de la buena madre superiora de la Misericordia de París para concedernos esta gracia y recordarnos que todo ha sido un efecto de su inmensa misericordia y que nosotros somos los misioneros de la divina misericordia, enviados por el Padre de las misericordias para distribuir los tesoros de su misericordia a los miserables, es decir, a los pecadores, y para tratarnos, junto con ellos, con espíritu de misericordia, de compasión y de ternura. ¡Alleluya, alleluya, alleluya! ¡alleluya, alleluya, alleluya!

¹ OC. X. 398-401. Más de dos años antes, el obispo monseñor Eduardo Molé, hostil al padre Eudes, había ordenado cerrar la capilla de la comunidad en Caen, lo que impedía que funcionara el seminario. Pero el 10 de marzo de 1653, Francisco Molé, que acababa de ser nombrado obispo a raíz de la muerte de su hermano, puso fin a tan penosa situación. En el intervalo se había fundado una segunda casa de la Congregación, el seminario de Coutances. Pues bien, a los hermanos de esta casa el padre Eudes, mediante esta carta desbordante de alegría y de acción de gracias, comunica la feliz noticia de la reapertura de la capilla de Caen.

² 2 Cor. 1, 3-4.

³ Esta fiesta instituida por el padre Eudes y celebrada en el tiempo pascual pertenecía al Propio de la Congregación de Jesús y María.

¿Cómo le pagaremos a tan admirable Madre? ¿Cómo le pagaremos a su Hijo amadísimo por el que el Padre celestial nos concede todas las cosas? ¿Cómo le pagaremos a ese Padre divino que es la fuente primera de todos los bienes?

¡Que todos los ángeles y los santos bendigan por siempre a Jesús y María! ¡Que Jesús y María, con los ángeles y los santos alaben y glorifiquen al Padre eterno! ¡Que todas las potencias y perfecciones de la divinidad glorifiquen infinitamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres¹. Pero eso no es todo. Les suplico, mis queridísimos hermanos:

1. Que en memoria y acción de gracias por el favor infinito que nuestro Señor nos ha hecho de venir a visitarnos y a consolarnos con su divina presencia en el santísimo Sacramento, por la intercesión de la Madre de misericordia, tomemos la resolución de celebrar debidamente cada año la fiesta de su aparición a esta divina Madre y de la primera visita que le hizo después de su resurrección.

2. Que cada uno de ustedes celebre una misa votiva en honor de este misterio y luego otras siete misas, según la devoción de cada uno, para darle gracias a Dios y pedirle tres cosas: la primera por todos los que se han opuesto a nosotros para que no les sea tomado en cuenta²; la segunda por todos nuestros amigos para que el Señor les devuelva centuplicados los efectos de su caridad para con nosotros; la tercera por nosotros para que nos conceda la gracia de hacer santo uso de sus beneficios y de empezar seriamente a servirlo y amarlo con la perfección que pide de nosotros, es decir, con verdadera humildad, obediencia exacta, caridad cordial, celo ardentísimo por la salvación de las almas, amor puro a Dios y sobre todo sumisión perfecta y abandono a su divina voluntad.

3. Que en la salutación al santísimo Corazón de nuestra Madre de misericordia, después de Ave Cor beatissimum añadamos Ave cor

¹ Sal. 106 (107), 1.8.

² 2 Tm. 4,16.

miserericordissimum¹ y en la salutación Ave María, Filia Dei Patris, después de Ave María, Mater admirabilis agreguemos el versículo Mater misericordiae; igualmente en las letanías de nuestra Señora, después de Mater admirabilis, añadamos también Mater misericordiae. Y todo ello en memoria y acción de gracias por la misericordia que Dios nos ha hecho en esta ocasión por esta Madre de gracia y de misericordia; para recomendarle a ella y por ella a su Hijo todos los que se encuentran en alguna miseria espiritual o corporal y especialmente los que están en la espantosa miseria del pecado y para darnos a la divina misericordia a fin de que nos anime con su espíritu hacia todos los desdichados, que tengamos compasión de ellos y hagamos todo lo posible por asistirlos y aliviarlos.

4. Que habiéndonos nuestro Señor concedido la gracia de regresar a su casa y de poseerlo en la santa Eucaristía renovemos nuestro deseo de tributarle y hacerle tributar, en este sacramento, el honor y respeto que esté a nuestro alcance. Nos comportaremos en la iglesia con toda la modestia, reverencia y piedad posibles; no hablaremos en ella sino por necesidad, poco y en voz baja; no permitiremos que en nuestras iglesias y capillas los niños jueguen o hagan ruido o que los pobres pidan limosna o que entren perros o que las personas charlen o tengan posturas indecentes o se comporten sin reverencia.

Entréguese todos a nuestro Señor Jesucristo y con todo el corazón, para hacer suyos estos sentimientos y para llevarlos a la práctica por amor a nuestro amabilísimo Jesús y su dignísima Madre.

Y en el amor sagrado de este santísimo Corazón los abrazo a todos en particular, con un deseo renovado de servirlos de todas las maneras que me sea posible. Que se den ustedes el mutuo abrazo, en ese mismo amor, *Corde magno et animo gaudenti*².

¹ El Ave Cor y el Ave María, filia Dei Patris son dos oraciones en uso en los institutos fundados por san Juan Eudes. Aparecen en esta edición en el Manual de oraciones.

² Aquí el padre Eudes modifica una fórmula bíblica preferida por él, *Corde Magno et animo volenti* (Con corazón generoso y ánimo resuelto) de 2 Mac. 1,3, a fin de hacerla más apta para expresar su alegría.

Me doy enteramente a ellos por ustedes y todo a ustedes por ellos, como su indignísimo servidor y amantísimo hermano,

JUAN EUDES,
Presbítero Misionero
de la Congregación de Jesús y María

No. 11. A sus hermanos en misión en Honfleur¹.

diciembre 1657.

Monseñor ha redactado Letras Patentes muy auténticas (...), enseguida ordenó al señor cura de san Julián de Caen² que publicara por doquiera el acontecimiento y que enviara el domingo pasado, comunicaciones a todos los párrocos y predicadores para que notificaran a todo el mundo la confirmación del establecimiento del seminario de Bayeux en nuestra casa y que la ceremonia tendría lugar en nuestra capilla, ese mismo día, con toda la solemnidad posible, como en efecto sucedió. Cantamos una misa por la mañana y vísperas por la tarde con gran pompa. El señor de Saint- Pierre³, canónigo de Bayeux, vino expresamente por invitación del señor Vicario y mía, para presidir la ceremonia (...)

Bendito sea nuestro Señor y su santa Madre que son los verdaderos y únicos autores de este acontecimiento. Porque, de nuestra parte, nada hicimos, ni directa ni indirectamente, para que monseñor de Bayeux tomara esta determinación. En cambio, el prelado estuvo constantemente presionado por una congregación a

¹ OC. X. 414-415. El seminario de Caen ha conocido nuevas dificultades porque monseñor Francisco Molé demisionó aun antes de tomar posesión de su sede. Su sucesor monseñor Servien, se mostró en un primer momento muy desconfiado frente al padre Eudes. Luego, progresivamente, cambió de actitud; a principios de diciembre de 1657 decidió convertir el seminario de Caen en verdadero seminario diocesano en el que todos los aspirantes al presbiterado estarían obligados a pasar una temporada. El padre Eudes informa sobre este feliz acontecimiento a sus hermanos que se hallaban misionando en Honfleur, pequeña ciudad de la diócesis de Lisieux y los invita a tomar conciencia de la responsabilidad que les incumbe.

² Este cura párroco es el mismo Claudio Le Grand que el año anterior había sido nombrado "superior eclesiástico" de Nuestra Señora de la Caridad.

³ Se trata del cura de la parroquia de san Pedro, una de las más importantes de la ciudad.

la cual estaba ligado por una estrecha amistad. Ellos hicieron todos los esfuerzos para impedirlo¹, lo mismo que muchos otros que le ofrecían grandes ventajas para su seminario y que no omitieron nada, por sí mismos y por sus amigos, para intentar separarlo de nosotros y comprometerlo con ellos. Sin embargo, con gran independencia, resistió a estas presiones y después de romper con todos los demás, escogió a personas ínfimas y desvalidas como nosotros para confiarnos su seminario.

Ustedes deben recordar que Dios estableció la Congregación en su Iglesia y que los trajo a ella con tres finalidades:

la primera, para darles los medios para alcanzar la perfección y santidad que corresponden al estado eclesiástico.

la segunda, para trabajar en la salvación de las almas en las misiones y demás funciones del ministerio sacerdotal, que es la obra de los apóstoles y del mismo nuestro Señor, y que es tan grande y divina que parece no existiera otra a ella comparable.

Sin embargo otra obra la supera: trabajar en la salvación y santificación de los eclesiásticos. Porque equivale a salvar a los salvadores, dirigir a los directores, enseñar a los doctores, apacentar a los pastores, iluminar a quienes son la luz del mundo, santificar a los que dan la santidad a la Iglesia y desempeñar en la jerarquía de la Iglesia la función de los serafines y querubines en la patria celestial. Es éste el tercer fin para el cual Dios ha querido establecer nuestra pequeña Congregación en la Iglesia y para el que nos ha llamado a ella, por su incomprensible misericordia a pesar de no ser dignos de ello. Quiere colocar en nuestras manos lo más precioso que tiene, sus eclesiásticos, la porción más ilustre de su Iglesia, que le es más apreciada que la pupila de sus ojos, el corazón de su cuerpo místico; es la santa familia que ha colocado bajo nuestra solicitud y dirección.

Ya podrán ustedes comprender cuáles son nuestras obligaciones y cuánta la perfección que Dios pide de nosotros. Quiere que los sacerdotes sean modelo y ejemplo de los fieles, pero de nosotros exige que seamos modelo y dechado de los sacerdotes.

¹ La Congregación del Oratorio.

Humillémonos ante realidades tan sublimes y reconozcamos nuestra indignidad e incapacidad para semejante ministerio. Pero al mismo tiempo que desconfiamos de nosotros mismos, depositemos nuestra absoluta confianza en aquel que nos ha llamado, porque ha dispuesto para nosotros gracias poderosas, proporcionadas a nuestra vocación y con ellas todo lo podremos. Tomemos, pues, el propósito de no obstaculizarlas y disponernos para recibirlas. Renovemos nuestra decisión y entreguémonos vigorosamente al Señor para desempeñar santamente todas las funciones eclesiásticas, para cumplir con fidelidad las tareas de la comunidad, para ejecutar puntualmente todas sus órdenes, para obedecer exactamente a nuestros superiores, para amarnos cordialmente los unos a los otros y sobre todo para mostrarnos humildes siempre y en toda circunstancia.

III. Anunciar la misericordia de Dios

El instituto de Nuestra Señora de la Caridad

No. 12. A las Damas de la Misericordia de Ruan¹.

19 de Julio de 1642.

Señoras y hermanas muy queridas en nuestro Señor Jesucristo,

La gracia, la misericordia y la paz de parte del mismo Jesucristo estén siempre con ustedes.

El celo y la piedad que pude comprobar en ustedes durante mi estadía en Ruan me han edificado y consolado de tal manera que no me canso de dar gracias por ello a nuestro Señor. Cada día le ruego en el santo sacrificio de la misa que las colme de sus bendiciones y las conserve y que encienda en forma creciente en

¹ OC. XI, 35-40. En el curso de una misión que se daba en Ruan, al comienzo del año de 1642, el padre Eudes había tomado contacto con este grupo de mujeres activamente comprometidas en el servicio del prójimo. Comprobando que aportaban su apoyo a un "Refugio" destinado a acoger mujeres en grave situación moral, les habló de la casa que él mismo acababa de abrir en Caen con esa misma finalidad. Algunos meses más tarde les escribe esta carta para animarlas al mismo tiempo que para darles noticias.

sus corazones el fuego de su ardiente caridad. Sólo pasé físicamente tres meses en Ruan pero les aseguro que allí estoy y estaré siempre de espíritu y de corazón, acompañándolas en las prisiones, en los hospitales, en las casas de los pobres y enfermos, regocijándome con nuestro Señor, con su santa Madre y los ángeles custodios de ustedes, al verlas continuar, de tan excelente manera, en el ejercicio de las obras de Dios (...).

Si en verdad agrada a Dios que se edifiquen hospitales y casas de salud para alivio y asistencia de los enfermos del cuerpo ¿cuánto no le agraderá la apertura de una casa y de un hospital para las almas afectadas por una peste infernal que las llevaría a la muerte, a ellas y a muchas otras, si no les pone remedio? ¿Cuando hay tantos hospitales para los cuerpos no será justo que haya algunos para las almas que están más horrenda y peligrosamente enfermas que los cuerpos? Los que aman a Dios y saben cuánto amor tiene a las almas ¿no deberán sentir más afecto por éstas que por aquéllos? Una sola alma vale más que mil mundos. Por eso quien gana un alma para Dios realiza algo más grande que conquistar mil imperios.

Dar una limosna a un pobre es muy recomendable y recomendado por la santa Palabra de Dios. Pero cooperar en la conversión de un alma, dice san Juan Crisóstomo, es más sublime que repartir a los pobres todo el oro del universo.

Pues bien, en la obra que las ocupa, queridas hermanas, ustedes están haciendo ambas cosas, porque dan limosna espiritual y corporal, lo que agrada inmensamente a Dios que es todo amor y misericordia y que ama tanto estas virtudes que pronuncia un juicio sin misericordia al que carece de ella y al contrario otorga su misericordia, sin juzgarlo, a quien practica la misericordia¹(...).

En la casa de Nuestra Señora del Refugio de Caen todo marcha muy bien, gracias a Dios. Les aseguro que experimenté grandísimo consuelo cuando, de regreso de esa ciudad, estuve allí para darme cuenta de lo que se estaba haciendo y comprobé que Dios es glorificado por el buen orden que reina y por la gran solicitud que se tiene para que estas pobres penitentes vivan en el

¹ Sant. 2J3.

temor de Dios y en la piedad y aprovechen bien el tiempo. Sin embargo, sólo tres personas en Caen¹ y por cierto no las más ricas, permiten que esta casa subsista. Encarezco a ustedes, queridas hermanas, ya que son materialmente más pudientes que las de Caen, que desplieguen también mayor caridad.

No. 13. A las hermanas de la comunidad de Nuestra Señora de la Caridad de Caen²

11 de febrero de 1651.

Mis queridísimas hijas,

Jesús, que es el santo Corazón de María, sea nuestra vida y nuestro gozo por siempre.

Les voy a anunciar una gran alegría. Pónganse todas de rodillas para recibirla no como de parte mía sino de nuestro adorable Jesús y de su santa Madre.

Finalmente, después de varios años de espera y paciencia, el miércoles pasado 8 de febrero, día de la fiesta del santísimo Corazón de la Virgen, monseñor de Bayeux firmó el acta del establecimiento de ustedes. También firmó, en compañía del señor y de la señora de Langrie, el contrato de fundación. De manera que ustedes son las hijas del corazón de la reina del cielo y por lo mismo están obligadas a honrarlo y amarlo de manera especialísima, a celebrar su fiesta con particular devoción, a no tener con ella y entre ustedes sino un sólo corazón y a llevar una imagen perfecta del amor, de la caridad, de la obediencia, de la humildad, de la dulzura, del celo por la salvación de las almas y

¹ Estas tres personas son Juan de Bernières, Jacobo Blouet de Camilly y probablemente Claudio de Buisson, célebre jurista.

² OC. X, 496-498. La comunidad de Nuestra Señora de la Caridad conoció en sus comienzos enormes dificultades. Sólo el 8 de febrero de 1651 después de nueve años de esfuerzos porfiados, el padre Eudes pudo obtener de monseñor Molé, obispo de Bayeux que por entonces estaba residiendo en París, la aprobación de su fundación. Tres días después comunica esta buena noticia a la comunidad de las hermanas.

demás virtudes que reinan en su corazón, para que, de esta manera sean conformes con el Corazón de su Hijo.

Ya no deben temer nada: su comunidad y su instituto están fundados sobre el sacratísimo Corazón de la soberana emperatriz del universo. Todo se ha cumplido, no con maniobras humanas, sino por disposición particular del cielo. En efecto, el martes último, monseñor de Bayeux, después de varias dilaciones y trabas, había postergado el asunto para el viernes. Sin embargo el mismo día hizo saber que sería el miércoles, como en efecto sucedió. Gracias eternas sean dadas por ello a la santísima Trinidad, a nuestro Señor Jesucristo, a su preciosa Madre y a todos los ángeles y santos que han tenido parte en ello. Y que sean bendecidas por siempre con las más santas bendiciones del cielo, las personas que de cualquier manera han prestado su colaboración. Como acción de gracias soy de parecer que ustedes deben recitar, juntas, durante una semana, diariamente, el *Te Deum*, el *Ave Cor Sanctissimum*, una de las letanías del santísimo Corazón de la santa Virgen, con las oraciones a san José, san Gabriel, a los ángeles custodios y la de la fiesta de Todos los Santos. Además harán treinta y cuatro comuniones, según la comodidad de cada una, en acción de gracias a la santísima Trinidad, a Jesús, al santísimo Corazón de su gloriosa Madre, a los ángeles y a los santos y por monseñor de Bayeux, por los fundadores y bienhechores de la Comunidad y por todos los que han prestado su colaboración.

Fuera de esto juzgo que deben escribir cuatro cartas de agradecimiento: 1. a monseñor de Bayeux; 2. al presidente, señor de Langrie¹; 3. a la señora presidenta; 4. a la señora de la Porte con quien ustedes tienen grandísimas deudas de gratitud². Ruego a nuestra querida hermana de San Francisco Javier³ que escriba estas cuatro cartas. Y sobre todo les ruego encarecidamente que comiencen ahora, con plena convicción, a vivir como verdaderas hijas del santísimo Corazón de la Madre de Dios.

¹ El señor y la señora de Langrie lo mismo que madame de la Porte, nombrada al final de esta carta, eran personas influyentes de Caen que lo habían acompañado y sostenido en París, durante sus diligencias ante monseñor Molé.

² Cfr. nota anterior.

³ Postulante que desempeñaba funciones de secretaria. Parece que no perseveró.

Y en el amor sagrado de este Corazón soy de ustedes y lo seré siempre, mis amadísimas hijas, todo suyo,

JUAN EUDES,
Sacerdote Misionero

No. 14. A la madre Francisca Margarita Patin, superiora de la comunidad de Nuestra Señora de la Caridad¹.

comienzos de febrero de 1660

Mi muy querida y buena madre,

¡Sea en todo nuestra norma la divina voluntad!

El fallecimiento de nuestra querida sor María del Niño Jesús me tomó por sorpresa en un comienzo; pero al centrar la mirada sobre esta adorable voluntad, que dispone las cosas tan admirablemente que no pueden resultar mejor, mi corazón se ha tranquilizado y mis labios aciertan a decir: Dios mío, que no se haga mi voluntad sino la tuya². Todo está bien así, mi queridísima madre, pues tal ha sido la voluntad del divino Niño Jesús, que quiso llevarse consigo a esta querida hermana, consagrada a la divina infancia, en el tiempo dedicado a celebrar este gran misterio. Ella se ha ido a tomar posesión del cielo en nombre de todas las hermanas y a comenzar allí un establecimiento eterno de la comunidad de Nuestra Señora de la Caridad. Se ha ido al paraíso para adorar, alabar y amar continuamente y por toda la eternidad a la santísima Trinidad con Jesús y María y con todos los bienaventurados, en nombre y delegación de sus queridas hermanas. Ustedes han ofrecido a la

¹ OC. X. 524-525. El 30 de enero de 1660 la comunidad de Nuestra Señora de la Caridad experimentó una prueba dolorosa: la muerte de sor María del Niño Jesús de Boisdauid. Había entrado cuatro años antes siendo viuda y madre de seis hijos. Era mujer notable en la que el padre Eudes fundaba grandes esperanzas. Al recibir la noticia durante su permanencia en el seminario de Ruan, que él había fundado el año anterior, el padre escribe a la madre Patin, religiosa de la Visitación que había aceptado dirigir la comunidad, demasiado frágil todavía para gobernarse por sí misma.

² Lc. 22,42.

divina majestad las primicias de su casa. Es éste su primer sacrificio, de seguro muy grato ante el trono del Dios soberano.

Pero cuando digo que ella se ha ido al cielo no pretendo afirmar que ya hubiera llegado; porque a veces hay largas demoras en el camino. Por eso hay que orar mucho por esta querida hermana. Por mi parte no dejaré de hacerlo, con la ayuda de Dios.

Me asalta el temor de que el fervor de nuestras hermanas y su deseo de mortificarse las lleven a soportar excesivamente el frío hasta enfermarse. Le ruego, pues, mi queridísima Madre, tener cuidado con ello¹.

Para la comunión de las enfermas disponga usted lo que juzgue más conveniente².

Doy gracias a nuestro Señor y a su santa Madre por haberles dado la casa de la Moneda³.

Saludo muy cordial a todas nuestras queridas hermanas y me repito, de todo corazón, muy querida y buena Madre, todo suyo,

JUAN EUDES,
Sacerdote Misionero

¹ Tenemos aquí un hermoso ejemplo de la solicitud del padre Eudes y de su sentido humanitario y su equilibrio: el renunciamiento que predica no consiste en arruinar la salud sino en combatir el orgullo y el amor propio.

² Las Constituciones preveían que las hermanas enfermas recibirían la comunión cada quince días. Parece que aquí el padre Eudes anima a la madre Patin a ampliar esa frecuencia.

³ Se trata probablemente de una casa donada a la comunidad por el señor de Langrie, bienhechor de quien se habló en la carta anterior.

No.15. A la madre María del santísimo Sacramento Pierre, superiora de la comunidad de Nuestra Señora de la Caridad¹.

9 de enero de 1669.

Mi queridísima hija,

Doy gracias de todo corazón a nuestro Señor y a su santísima Madre por haberla escogido a usted para encomendarle la carga de su casa. Y digo *la carga* porque usted hace bien, mi queridísima Hija, en no considerarla como un honor o un privilegio sino como una cruz y fardo muy pesado, ya que los superiores y las superioras están obligados a responder ante Dios por la salvación de las almas que él les ha confiado.

Por eso usted no debe considerarse como superiora; la verdadera es la santísima Madre de Dios. Usted es sólo su vicaria y delegada. Por eso póstrese a menudo ante ella, especialmente cuando tenga que intervenir como superiora y, allí, renúciense a sí misma, entréguese a ella y supplíquese que aniquile su propio espíritu y la haga partícipe del suyo que es el mismo de su Hijo para poder conducir a sus hermanas por el espíritu del Esposo y de la Madre de todas ellas.

Para ello, mi queridísima hija, usted haga cuatro cosas:

1. Hable a sus hermanas más con sus obras que con sus palabras. Sea la primera en acudir a todo y trate de comportarse de tal manera que sirva de ejemplo en toda clase de virtudes.
2. Diríjalas con inmensa caridad, mansedumbre y benignidad, adivinando sus necesidades corporales y espirituales, y demostrándoles en toda circunstancia un verdadero corazón de madre, lleno de solicitud, de ternura, de cordialidad.

¹ OC. X. 560-562. Después de la muerte de la madre Patin, acaecida el 31 de octubre de 1668, las hermanas de la comunidad escogieron como superiora a una de entre ellas, sor María del Santísimo Sacramento. El padre Eudes, quien se hallaba en París, al saber la noticia dirige sus recomendaciones a la nueva responsable.

3. Vele por la exacta y cuidadosa observancia de sus Reglas y Constituciones; estúdielas usted con esmero, en especial las que le conciernen.

4. Tenga usted un cuidado muy particular de las penitentes y no omita nada de lo que pueda hacer para lograr su perfecta conversión; la casa ha sido establecida con este fin. De ello dependen todas las gracias que Dios quiera derramar en ella. Mientras se cumpla convenientemente lo propio de este instituto, Dios derramará abundantes bendiciones sobre su comunidad; pero en el momento en que se deje de cumplir, Dios la abandonará y todo se derrumbará, en lo espiritual y en lo temporal.

Espero que pronto, con la ayuda de Dios, pueda dar respuesta, oralmente, al resto de su carta; no hay que apresurarse tanto para escribir la vida de una persona que acaba de morir, por múltiples razones¹.

Saludo cordialmente a todas mis queridas hijas. Siempre he tenido y tendré para ellos un corazón de verdadero padre. Y con toda verdad, mi queridísima hija, soy todo suyo,

JUAN EUDES,
Sacerdote Misionero
de la Congregación de Jesús y María

¹ El padre Eudes alude aquí a la madre Patin. Trata de desalentar el proyecto de la nueva superiora de hacer escribir una biografía de la Visitandina fallecida. Pero a pesar de sus consejos LA VIDA DE LA VENERABLE MADRE FRANCISCA PATIN, escrita por una religiosa de la comunidad, aparecerá en Caen.

IV. Relaciones con la reina Ana de Austria y con el rey Luis XIV

No. 16. A la reina madre Ana de Austria¹.

2 de septiembre de 1648

Señora,

No puedo rechazar el pensamiento que plugo a Dios inspirarme cuando le ofrecía el santo sacrificio de la misa, durante los disturbios de París, que suplique a usted con toda humildad en nombre de Jesucristo y de su santa Madre servirse del poder que ellos le han dado para detener el torrente impetuoso de iniquidad que está devastando a Francia, arrastra infinidad de almas al infierno y es la causa única de las miserias del pueblo.

Es algo, señora, que debe llorarse con lágrimas de sangre, ver cómo perecen tantas almas que han costado la sangre preciosa de Jesucristo, cómo ese mal va creciendo y cuán pocos se alarman por ello.

Si se tratara de algún interés temporal de los príncipes y monarcas de este mundo, ¿qué no se haría? Los intereses del Monarca soberano, están, con todo, abandonados. En las misiones nosotros nos matamos gritando contra numerosos desórdenes que suceden en Francia, que ofenden en extremo a Dios y son causa de condenación de muchas almas. Dios nos ha hecho la gracia de remediar algunos. Pero estoy bien cierto que si usted, majestad, quisiera emplear el poder que Dios le ha dado en destruir la tiranía del demonio y establecer el reino de Jesucristo, podría hacer más que todos los misioneros y predicadores juntos.

¹ OC. XI, 52-54. El 20 de agosto de 1648 estallaron las revueltas en París que durarían tres días. Estaban dirigidas contra la reina madre Ana de Austria, que ejercía la regencia en nombre de su hijo Luis XIV, por entonces de 10 años, y contra su ministro Masarino. El padre Eudes, que estaba de paso en la capital, fue testigo de los tumultos, así como de la miseria material y moral del pueblo. El 2 de septiembre escribió a la reina la presente carta para llamar su atención sobre sus responsabilidades.

Si su majestad desea conocer los medios será fácil proponérselos y a usted, más fácil todavía, con la gracia de nuestro Señor, llevarlos a la práctica.

Por ahora le diré que el más poderoso de todos es dar buenos obispos a la Iglesia, porque buenos obispos y buenos presbíteros formarían buenos cristianos. Por este medio, en poco tiempo, la Iglesia de Francia cambiaría de rostro y recobraría su antiguo esplendor. Esta es la principal obligación de su majestad. Es el mayor servicio que puede prestar a Dios y a su Iglesia. Es de tal importancia que merece que su majestad se ocupe en él personalmente. Usted será la primera a quien el soberano juez pedirá cuenta, tanto más terrible cuanto que en este asunto está implicada la salvación de infinidad de almas que él puso bajo sus cuidados.

Oiga cómo el Espíritu Santo, por boca de san Pablo está clamando: *Quien no mira por los suyos y en particular por los de su casa ha renegado de la fe y es peor que un descreído*¹. De manera que a la hora de su muerte Dios lo condenará como a un apóstata y lo castigará con mayor severidad que a los paganos e infieles.

Si su majestad presta este servicio a Jesucristo y a su Iglesia, él la colmará de bendiciones temporales y eternas; pero si descuida estas cosas yo le declaro en el nombre y de parte del Dios viviente que todos los pecados que se cometan en Francia, por no haber usted proporcionado buenos obispos a la Iglesia, le serán atribuidos como si usted misma los hubiera cometido; que caerá sobre usted la condenación y el castigo; que todas las almas que se pierdan por culpa de ello y todas las gotas de sangre que Jesucristo derramó por su salvación pedirán venganza contra usted a la hora de su muerte.

Por lo demás, señora, puedo asegurar a su majestad, con toda verdad, que en todo ello no me mueve interés alguno personal y que no pretendo otra cosa que la gloria de mi Maestro y la salvación de las almas. El, que conoce el fondo de los corazones, sabe que digo la verdad. En él y en su santa Madre seré siempre,

¹ | Tm 5,8.

señora, con todo el respeto posible, de su majestad, el humildísimo, obediente, fiel vasallo y servidor,

JUAN EUDES
presbítero¹

No. 17. A sus hermanos del Seminario de Caen²

17 de febrero de 1661

La reina llegó al final de mi sermón. Le dije muchas cosas respecto al incendio que consumió una parte del palacio del Louvre. Comencé hablándole de esta manera:

No tengo, señora, otra cosa para decir a su majestad distinta de suplicarle humildemente, ya que la divina Majestad la ha traído a este lugar, que no olvide nunca la vigorosa predicación que Dios ha dirigido a usted y al rey con este incendio del Louvre. Para los cristianos no hay cosas fortuitas sino que todo sucede por la providencia y disposición de Dios. Este incendio nos enseña varias cosas.

1. Que no se debe trabajar los domingos y días festivos.
2. Que los reyes pueden levantar palacios como el Louvre pero que Dios les ordena dar alivio a sus súbditos, tener compasión de tantas viudas y huérfanos y de tantas muchedumbres oprimidas por la miseria.

¹ Un poco después el padre Eudes completó esta carta con un MEMORIAL SOBRE VARIOS GRANDES DESORDENES DE FRANCIA Y SUS POSIBLES REMEDIOS. En él denunciaba diversos abusos como la profanación de las fiestas de la Iglesia, el rigor de los empleados del fisco que importunaban a las pobres gentes aún el domingo, la lujuria, las blasfemias, los duelos, la herejía, y sugería a la reina medidas sencillas que permitirían mejorar la situación.

² OC. X, 441-444. El 8 de febrero de 1661, el padre Eudes predicaba en París en la comunidad de las Benedictinas del Santísimo Sacramento. Ana de Austria que desempeñaba todavía la regencia fue a escucharlo. El le habló del incendio que dos días antes había dañado una parte del palacio del Louvre y sacó lecciones del acontecimiento. Algunos días después escribió a sus hermanos de Caen para referirles detalladamente lo que había dicho.

3. Que es lícito a los príncipes y reyes tomar algunas honestas diversiones. Pero que pasarse en ellas todos los días, las semanas, los meses, los años e inclusive la vida entera, no es camino que conduce al paraíso.

4. Que París está lleno de ateos que colocan a Dios bajo sus pies y que ejecutan acciones que escandalizan al mismo demonio; y que si sus majestades, sabiéndolo, no utilizan su poder real para castigar tan horribles crímenes, se harían responsables ante Dios y atraerían sobre sus cabezas su venganza y maldición.

5. Que si el fuego temporal no perdonó la casa del rey, el fuego eterno tampoco perdonará a príncipes y princesas, ni reyes ni reinas si no viven como cristianos y si no tiene piedad de sus vasallos. Que si este fuego material no respetó los retratos y figuras reales que se hallaban en el lugar del incendio, el fuego de la ira de Dios tampoco perdonaría los originales si no empleaban su autoridad para destruir la tiranía del demonio y del pecado y para establecer el reino de Dios en el corazón de sus súbditos.

6. Que al decir estas cosas no buscaba otro interés que el de mi Señor y mi Dios, y el de la salvación de mi rey y de mi reina, por quienes estaba listo a ofrendar mil veces mi vida.

7. Que es lamentable ver a los grandes de este mundo sitiados por una tropa de aduladores que los corrompen con sus elogios y los pierden de modo que nadie les dice casi nunca la verdad. Que los predicadores serían criminales ante Dios si mantuvieran cautiva la verdad en la injusticia y que yo me consideraría reo de condenación si callara estas cosas a su majestad.

Finalmente le supliqué que no recibiera mis palabras como las de un hombre mezquino y miserable pecador; que las recibiera como palabras de Dios ya que por el lugar en que me encontraba y por ocupar el puesto de Dios, yo podía exclamar con san Pablo y con todos los que tienen el honor de anunciar la santa Palabra de Dios: *Nosotros actuamos como enviados de Jesucristo*¹ para hacerle llegar la palabra del Rey de reyes a una reina, a quien suplicaba la tomara de esta manera (...).

¹ 2 Cor 5,20.

Esto fue, casi palabra por palabra, lo que dije. Lo escribo para que ustedes y nuestros amigos conozcan la verdad.

Supe después por varias personas que la acompañaban y que salieron con ella que la reina tomó muy bien mis palabras y que cuando algunos aduladores quisieron criticar algo, les había tapado la boca sin contemplaciones.

Monseñor de Coutances¹, que vive en la corte y sabe lo que en ella ocurre, me ha manifestado su complacencia por este episodio y también muchas personas importantes han venido a visitarme para expresarme su satisfacción.

Quiera Dios bendecirlo todo y concedernos la gracia de no buscar jamás nada distinto de agradecerle, haciendo y diciendo lo que él pide de nosotros.

No. 18. Al padre Jacobo de la Haye de Bonnefond²

21 de abril de 1673

Ayer la reina vino acá al convento de las carmelitas mientras yo me hallaba en Montmartre. Y demostró tanta, tanta complacencia por la misión y por los predicadores que no hay términos para expresarlo. Dijo que otras predicaciones eran sólo palabras pero que éstas penetraban el corazón que todo el mundo quedaba conmovido y que ella notaba cambio en la conducta del rey. Ruegue usted a Dios que bendiga nuestros humildes esfuerzos. En una palabra, ella manifestó tanta, tanta bondad, tanta, tanta amistad (son las mismas palabras que empleó nuestra buena sor

¹ Se trata de monseñor Auvry, antiguo obispo de Coutances, quien después de su dimisión en 1658, había mantenido sus relaciones amistosas con el padre Eudes.

² OC. X. 465-466. En marzo de 1671, el padre Eudes y sus hermanos fueron llamados a dar durante una semana una misión en la corte, en el palacio de Versalles. Dos años más tarde, del 26 de marzo al 9 de abril de 1673, predicaban de nuevo ante el rey Luis XIV y su esposa, la reina María Teresa, esta vez en Saint-Germain en Laye. El padre Eudes, según su costumbre, se presentó como testigo de las exigencias del Evangelio y fue muy apreciado. Poco tiempo después de la segunda misión, el 20 de abril de 1673, la reina quiso hacerle saber que había estado muy satisfecha de la predicación y de sus frutos. En carta escrita al día siguiente, el padre Eudes comparte con sus hermanos la profunda alegría que lo embarga.

Teresa, la cual atizaba el fuego tanto como podía)¹ hacia este colmo de la nada como no se lo puede imaginar. Luego le encareció a sor Teresa que no dejara pasar el día sin decirme todas estas cosas. Bienaventurados los que son amados por la Reina del cielo².

No. 19. Al rey Luis XIV³

7 de noviembre de 1678.

Majestad,

soy el último de sus súbditos, que me encuentro de regreso de las puertas del sepulcro, del que estoy todavía muy cerca, después de haber sido conducido hasta allí por una enfermedad mortal.

Pero Dios no ha permitido que saliera de este mundo con la fea mancha que me han puesto en la frente al acusarme de haber presentado una súplica a nuestro santo padre el Papa, que hería los intereses de su majestad.

Con toda verdad puedo asegurarle que esta acusación me ha sido en cierta manera más amarga, en esta emergencia, que la misma muerte que tenía ante mis ojos, porque preferiría estar muerto antes que hacer cualquier cosa que pudiera desagradar a aquél que tiene en la tierra la representación del Rey del cielo; ante él reafirmo que dicha súplica nunca me vino a la mente.

¹ Sor Teresa, que era de familia noble, era bien conocida de la reina. Ella "atizaba el fuego tanto como podía", es decir se ingeniaba para acentuar las palabras elogiosas de la reina.

² Aunque feliz por la actitud de la reina hacia él, el padre Eudes no quiere olvidar que sólo cuenta verdaderamente la estima de la Virgen María.

³ OC. XI, 120-121. Las relaciones entre el padre Eudes y el rey que eran excelentes en 1673, se deterioraron en el mes de agosto siguiente. Luis XIV, informado tendenciosamente de una infortunada diligencia hecha en Roma once años antes por un enviado del padre Eudes, Luis Boniface, vio en ello la señal manifiesta de una falta de confianza del misionero hacia él y le retiró su protección. Fue un golpe terrible para el padre Eudes, el cual durante varios años intentó en vano hacer comprender que la desgracia que lo hería era totalmente inmerecida. La presente carta, escrita a los pocos días de una grave enfermedad, es testimonio conmovedor del sufrimiento del anciano sacerdote.

Suplico a su majestad tener en cuenta que es un sacerdote el que tiene el honor de hablarle, el cual, desde hace más de cincuenta años, ofrece todos los días a Dios el sacrificio del cuerpo adorable y de la sangre preciosa del que es la verdad eterna, y que es caridad cristiana dar algún crédito a sus palabras antes de juzgarlo y condenarlo como mentiroso e impostor. Estoy listo a sostener lo que digo por todos los medios que un cristiano tiene a su disposición para afirmar una verdad, y declaro enfáticamente que desapruebo y rechazo de todo mi corazón esta súplica; preferiría entregar mil vidas antes que hacer algo contra el más pequeño interés de su majestad¹, a la cual suplico con toda humildad que borre el recuerdo de esta malhadada súplica, así como usted lo desea, que el Salvador aniquile totalmente todo cuanto podría oponerse a su felicidad eterna y que me permita ir a postrarme a sus pies para reafirmarle de viva voz que soy, con el más profundo respeto, de su majestad...

No. 20. Al Padre Ricardo Dufour, su secretario².

17 de junio de 1679

Ayer tuve el honor de ver al rey en Saint Germain lo cual sucedió así: me hicieron entrar en la cámara real donde me encontré rodeado de un gran grupo de obispos, sacerdotes, duques, condes, marqueses, mariscales de Francia y guardias reales. Monseñor de París me había hecho colocar en un ángulo de la cámara y cuando el rey hizo su entrada pasó por mí entre todos estos grandes personajes y se vino directamente hacia mí, con rostro lleno de bondad. Entonces empecé a hablarle de nuestro asunto. Me escuchó con gran atención, como complacido de oír lo que yo le decía:

¹ Esta protesta de fidelidad puede parecernos excesiva hoy día. Pero no se debe olvidar que Juan Eudes, como el conjunto de sus contemporáneos, reconocía un carácter sagrado a la persona del rey, en quien veía al representante de Dios en la tierra. Ser infiel a su rey era para él una falta gravísima y por eso sufría cruelmente al verse acusado de haberla cometido.

² OC. X, 477-478. Finalmente, el 16 de junio de 1679, el rey aceptó recibir al padre Eudes en Saint-Germain-en-Laye. No hizo alusión a lo sucedido pero su actitud benévola manifestaba públicamente que nada reprochaba al anciano misionero. Este experimentó "un contento indecible" como lo dice en esta carta que escribió al día siguiente a su secretario.

Majestad, me encuentro a sus pies para expresarle humildemente mis agradecimientos por su bondad al permitirme que tenga el honor y el consuelo de verlo una vez más antes de mi muerte y para reafirmarle que no hay nadie en el mundo que tenga mayor preocupación y devoción por su servicio y por sus intereses. Con este sentimiento deseo emplear y gastar los pocos días que me restan de vida. Ruego también a su majestad que nos honre con su real protección y nos siga dispensando sus gracias y favores. Es esto lo que espero de esta maravillosa bondad que alegra y entusiasma los corazones de quienes tienen el honor de hablar a su majestad, de cuyo trato todos regresan en el colmo de la alegría y del consuelo.

El rey al oír estas cosas me respondió:

Estoy muy contento, padre Eudes, de verlo. Me han hablado de usted. Estoy persuadido de que usted hace mucho bien en mis Estados. Continúe trabajando como lo está haciendo. Me gustaría mucho verlo de nuevo; le prestaré ayuda y lo protegeré en todas las ocasiones que se puedan presentar.

Estas fueron las palabras del rey que me llenaron de un contento indecible y que fueron escuchadas por monseñor el arzobispo de París y por todos los señores que estaban presentes y que se admiraban de ver cómo un gran rey departía con tanta afabilidad y bondad con el último de todos los hombres.

Después de esto fui a decir la misa donde los Recoletos¹. Me invitaron luego a almorzar con los capellanes² quienes me acogieron con gran bondad y caridad.

Escriba usted a todos los superiores de nuestras casas de parte mía que les ruego hacer tres cosas: la primera, una octava de acción de gracias a nuestro Señor y a su santa Madre por el buen éxito de este asunto. La segunda, orar mucho por el rey y por toda la casa real, y por los monseñores de París y Countances. Y la tercera, tomar una vigorosa resolución de servir y amar en adelante a

¹ Se trata del convento de los franciscanos recoletos de Saint-Germain-en-Laye.

² Es el título que se daba entonces a los sacerdotes que rodeaban la persona de un rey, de un príncipe, o de un gran señor y que estaban encargados de funciones espirituales (culto etc) y temporales (distribución de limosnas etc).

nuestro benignísimo Salvador y su bondadosísima Madre con mayor fervor que en el pasado, con la práctica de sólidas virtudes.

INDICE DE TEMAS

ABNEGACION: Su necesidad para la vida cristiana 81; propia del Espíritu de Jesús 146; fundamento de la vida cristiana 149; perfección de la abnegación 151; para formar a Jesús en nosotros 204; en la línea del bautismo 499.

ACCIONES ORDINARIAS: su santificación 279; elevación a Jesús 281; relación con la oración 153; en nombre de Jesús 155.

AMOR A JESUS: Ejercicio de amor a Jesús 250 ss; qué debemos hacer para amarlo 573; 40 llamas de amor a Jesús 579.

AMOR DE DIOS: amor eterno hacia nosotros 315; características del amor de Dios 316 ss; nos crea y nos conserva por amor 317, 323 ss; sus atributos en la creación 326.

ANGELES Y SANTOS: la devoción hacia ellos 243; honramos a Jesús en ellos 243, 244; maneras de honrar a los santos 244, 245; en la vida del sacerdote 423.

AÑO: comenzar lo con Jesús, unidos a María; cómo terminarlo 247; cómo honrar los misterios de Jesús durante el año. 226.

BAUTISMO: es incorporación a Cristo 88; es unión espiritual con Jesús 136; es voto de adherir a Jesucristo 49, 179, 199 ss, 215; es nuevo nacimiento 348 ss; es una nueva creación 346; es alianza admirable con Dios 351, 362, 365, 367, 386; unión con Cristo 352; nos hace hijos de Dios 353; renuncia a Satanás 354, 380; respuesta del bautizado 363; es un contrato con Dios 365 ss; compromisos de la Trinidad en él 369 ss; promesas del bautizado 363 ss, 376, 386 ss; obligaciones del hombre para con Dios 375; ritos bautismales y su significación 377 ss; nos introduce en la Iglesia 380, 388; objeto especial de la predicación 446; bautismo de san Juan Eudes 10, 610; su significación en el Oratorio 13; relación con su Incorporación a la Congregación 37; puntos de su teología 45; fundamenta la doctrina espiritual de san Juan Eudes 80, 98; base para una espiritualidad laical 81; en él se recibe la Fe 86; exige la santidad en todo bautizado 91; por él se participa de los estados y misterios de Jesús 97; en la doctrina de Bérulle 107.

BERULLE: 11, 18, 29, 45, 76-80, 83, 87, 106, 107, 199, 393, 498, 601, 611.

CARIDAD: en qué consiste 192; amor al prójimo 193; práctica de la caridad 194 ss; caridad apostólica 196.

CONFIANZA: disposición para la oración 135, 156, 160, 163; propia del Espíritu de Jesús 146; en qué consiste 178 ss, 303, 385; sigue a la humildad y al amor 184; continuar la de Cristo 197 ss; para el espíritu del martirio 217; para la buena muerte 303, 305, 306; para cumplir las promesas del bautismo 385; para el sacramento de penitencia 439.

CONGREGACION DE JESUS Y MARIA: 21, 22, 23, 28, 29, 30, 31, 32, 34, 40, 43, 45, 48, 49, 52, 59, 60 ss, 62, 64 ss, 69 ss, 393, 475, 603, 615, 616, 631, 632, 633, 639, 643, 645, 646, 647, 651, 652, 663, 670, 678.

CONSTITUCIONES Y REGLAS PRACTICAS: 34, 35, 37, 40, 45, 47, 74, 75, 631, 644, 678.

CONTRATO: Libro del Contrato 45, 49, 73, 361, 364-366, 661; el bautismo es un contrato 80, 362-365; primera cláusula del contrato 82; segunda cláusula del contrato 82; contrato de alianza con las Tres divinas Personas 362 ss, 365; características de este Contrato 365, 366; alianza maravillosa entre Dios y el hombre 367; cómo es esta alianza 367 ss; efectos de este Contrato 368; compromisos de Dios 369; promesas al que cumpla el Contrato 372; promesas del hombre a Dios 373, 374, 383, 384; se nos juzgará conforme a este Contrato 366; contrato de alianza con María 76, 604, 635.

CORAZON DE JESUS: Ave Cor 478, 480; Magnificat de san Juan Eudes 483; el Corazón de Jesús es el Corazón de María 504, 590, 636; devoción eudista a los Sagrados Corazones 526; unión con el Corazón de María 528; el amor de Jesús al Padre 529; unidos a él amamos al Padre 532; amor de Jesús a María 532; privilegios para con el Corazón de María 532 ss, 536; al predicar los misterios 443; el amor de María lo colmó de dolores en la Pasión 538 ss, 562; ejercicios sobre los dolores del Corazón de Jesús 546; el Corazón de Jesús es nuestro corazón 570; qué debemos hacer para amarlo 574; lleno de las perfecciones divinas 585; templo-altar del amor divino 586; principio de vida de Jesús 590; nuestro principio de vida 591; en él distinguimos tres corazones 591 ss; milagros del Corazón de Jesús 593, acciones del Corazón de Jesús 596; historia de la fiesta 37, 61 ss, 92 ss; actos de culto al Corazón de Jesús 596; dados a san Juan Eudes y el los da a sus hijos 643; Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico 71, 92; en él se revela la misericordia de Dios 99; puesto en la espiritualidad 78, 92 ss; lo propio de san Juan Eudes 526.

CORAZON DE MARIA: fiesta del 8 de febrero 37, 95; Misa y Oficio para la fiesta 45, 519 ss; la obra del Corazón Admirable 69, 74, 524, 633; estudio de esta obra 523 ss; el Ave Cor 480; en el Magnificat de san Juan Eudes 483; obras en honor del Corazón de María escritas por san Juan Eudes 497 ss; origen de la fiesta 497; en qué consiste esta devoción 499; su fuente en el Evangelio 500; su fuente en los Padres y escritores eclesiásticos 500; razones para esta devoción 502; Jesús es el corazón de María 505; Jesús nos lo da 257; el Corazón corporal de María 507; el corazón significa memoria, entendimiento y voluntad 507; es la parte suprema del alma 508; es la vida interior 508; significa el Espíritu Santo 508; significa el mismo Hijo de Dios 508; es la facultad y capacidad de amar 509; lo que María conservaba en su Corazón 510; lo que entendemos por Corazón de María 511; honor debido a este Corazón 513; medios para honrarlo 516-518; sentimientos del Corazón de María 518; su unión con el Corazón de Jesús 62, 528, 636; ejercicios sobre los dolores del Corazón de Jesús 546; dado a san Juan Eudes lo da a sus Congregaciones 643 ss; en él se funda nuestra Señora de la Caridad 674; templos en su honor 43, 58, 621, 623; al predicar los misterios 442; revela la misericordia de Dios 99; su lugar en la espiritualidad eudista 78, 92 ss; Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico 71, 92; lo propio de san Juan Eudes 78, 93, 94, 99, 526.

CRISTOCENTRISMO: 11, 17, 19.

CUERPO MISTICO: Jesús es nuestra Cabeza 83, 136; es la Iglesia 79 s, 133; en el martirio 215; unidos a través de las acciones ordinarias 279; somos miembros de Cristo 340; por el Bautismo 362, 367, 368, 373, 374, 389; en el sacerdote 403; frente al mundo 416; meditación; fuente de la espiritualidad eudista 78; se expresa en las virtudes 84; María, madre del Cuerpo místico 88; el bautismo nos hace miembros de él 314, los eclesiásticos son su corazón. 681.

DEBERES CON DIOS: por nuestra creación y conservación 317 s., por el fin que nos ha señalado 320; por la creación y conservación del mundo 323; son relativos a sus derechos 331, 332; cuáles son estos deberes 336; por ser cristianos 329.

DERECHOS DE DIOS CON EL HOMBRE: cuáles son estos derechos 329 ss.

DEVOCION: En qué consiste 197 ss; la devoción de Jesús 80, 198, práctica de la devoción cristiana 201 s., devoción a la Santa Virgen 37, 63, 239, 423, devoción a los Santos 243, al Verbo Encarnado 11, 45; singular a Jesús y María 47; a la Palabra de Dios 78, 430; a los Sagrados Corazones 78, 93; hacer vivir la devoción de Jesús en nosotros 82, 136, 139, 203, al sacerdocio 89, unida a la virtud de

religión es básica 138, va acompañada de pruebas 207; devoción especial a los mártires 217; a los estados y ministerios de Jesús 225, 232 s.; unirse a la devoción de María y de los Santos 387.

ENCARNACION: La espiritualidad Eudista es de Encarnación 97; tres profesiones de Jesús al momento de encarnarse 198 s.; meditación sobre este misterio 266; en el Manual 476.

ESCUELA FRANCESA: 11, 76.

ESPIRITU SANTO: Es nuestro Espíritu 88, 123; fuente de todo bien 132; es el Espíritu de Jesús 257, 286; nos debe animar 342; acción del Espíritu Santo en nosotros 345; su acción en el Bautismo 377; obra por los sacramentos 445; meditación 487; en el Corazón de María 503; relación con el Corazón de Jesús 567, 584, 586; su papel en el contrato de alianza con María 635, 639; cómo es el Espíritu de Jesús 664; docilidad a él 110.

ESTADOS Y MISTERIOS DE JESUS: habitan al cristiano desde el bautismo 97; obligación de honrarlos 222; se deben consumir en nosotros 222, ss; motivos para honrarlos 224 s.; vivirlos en la Liturgia 225 ss; qué debemos honrar en cada misterio 230 s.; manera de honrarlos 234 s.; nos llevan a amar a Jesús 261; meditaciones 265 ss; elevación a Jesús 276; al predicar 442, 443; en el Manual 476, 484.

ESTADOS Y MISTERIOS DE MARIA: cuáles son los principales 241; inseparables de los de Jesús 242; honrarlos en su Corazón 514.

EUCARISTIA: para participar en ella 290 ss; elevación a Jesús al comienzo 293; durante la misa 294; al final de la misma 298; el sacerdote y la Eucaristía 402, 422; disposiciones para ella 433 ss.; compendio de las maravillas de Dios 551; su relación con el Corazón de Jesús 558; sentido de la presencia real 558 ss.; meditación 269 ss.

FE: primer fundamento de la vida cristiana 86, 139; es unión espiritual con Jesús 136; naturaleza de la Fe 139,.; debe guiar nuestras acciones 141; bautismo y Fe 379, 382, 383; en la vida del sacerdote 415; nos adhiere a Jesús 82; el bautizado debe tener una mirada de Fe 110; el espíritu de la Fe 142; en la humildad cristiana 168.

FORMAR A JESUS EN NOSOTROS: principal preocupación 116; Jesús toma forma en nosotros 117; misterio y tarea del cristiano 201; cómo formarlo en nosotros 203; se requiere la abnegación 204; en los Sacramentos 447; formar en el espíritu de Jesús 664.

HUMILDAD: su dignidad y necesidad 165, 167; humildad de espíritu 168; humildad de corazón 171; la humildad de Cristo 173, 176; práctica

de la humildad cristiana 174; unirse a la humildad de Jesús 220; meditación y examen 489.

IGLESIA: por el Bautismo entramos en ella 380, 383, 388; es el cuerpo místico de Cristo 25, 71, 138, 141, 193, 488, 345, 377, 403, 433, 434; el amor que le debemos 421; amada por el Corazón de Jesús 551; formación de Jesús en nosotros obra de la Iglesia 82, 202; Iglesia y Espíritu Santo 88, 141, 224, 377, 405; el sacerdote existe para la Iglesia 89, 91; el Corazón de Jesús y la Iglesia 94; María Madre de la Iglesia 94 s., 371; Jesucristo encarnado en la Iglesia 97; la espiritualidad de san Juan Eudes es eclesial 98; delante de la Iglesia hacemos la profesión bautismal 199, 354, 373, 374; por ella nos enseña Cristo 200, 210; Cristo se completa en ella 222; Jesús realiza en ella sus estados y misterios 223, 237; depositaria del contrato bautismal 365; nos es dada por Madre 388; el sacerdote en la Iglesia 393 s.; 401, 402 s., 409 s., 413 s., 420 s; Iglesia y Sacramentos 445 s., 447.

INFANCIA DE JESUS: Manera de honrar e imitar este estado 238; actos de amor a Jesús Niño 263; meditación 265 s.

INTENCIONES Y DISPOSICIONES: Realizar nuestras acciones con las de Jesús 85, 135; para leer la Biblia 429 s.; para la oración mental 431; para el oficio divino 432 s.; para la Eucaristía 433 s.; para la penitencia sacramental 435 s.; 448, 449; para la lectura espiritual 437 s.; para el estudio 438 s.; para el catecismo y la predicación 443 s.; para los Sacramentos 447-449; para las comidas 465; para los viajes 466; cuáles son las del Corazón de Jesús 638, 643; apropiarse de las de Jesús 653; para morir cristianamente 661, 363; renunciar a las propias intenciones 281; para ejercer el ministerio sacerdotal 427.

MARIA (devoción): Relación entre Jesús y María 239, 242, 273; principales estados y misterios de María 241; son inseparables de los de Jesús 242; devoción a María 239, 423; amor a Jesús en las entrañas de María 263; en la Encarnación 266; en la gloria de Jesús 300; su fin adorar a Dios 321; en la vida del sacerdote 400, 403, 414 s., 423, 493; para los afligidos 463; meditación y examen 489, 490; amor del Corazón de Jesús a María 532; privilegios de María 532 ss, 536; Jesús y María en la Pasión 539 ss; dada por Madre en la cruz 550; contrato de santa alianza con María 604, 635.

MARIA DES VALLES: 21, 22, 34, 43, 50, 52, 67, 615, 617, 621, 643.

MARTIRIO: Es la cumbre de la santidad 87, 209; excelencias del martirio 210 ss.; clases de martirio 212; en las acciones ordinarias 212; vivir en el espíritu del martirio 214, 217; la muerte de Jesús

216; martirio de Jesús y María en la Pasión 538 ss.; 548; voto de san Juan Eudes 23, 106, 601 ss., 606; mártires eudistas 71; puesto en la vida cristiana 85, 87.

MISERICORDIA: Los tres momentos de la misericordia 18 ss.; misioneros de la divina misericordia 46, 666, 671; en la vida de san Juan Eudes 24, 30; en la fundación de Nuestra Señora de la Caridad 32 s.; obra de misericordia y bautismo 81; frente a las angustias del mundo actual 99; su tesorero es el sacerdote 404; de ella debe revestirse todo pastor 411; en el sacramento de la Penitencia 436, 437, 448; es origen de los sacramentos 446; con los afligidos 458; meditación y examen 486; en el Corazón de María 501; en el Corazón de Jesús 586; acompaña en las tribulaciones 622; derrama gracias en las misiones 626.

MUERTE: la entrada en la gloria 300; disposiciones para morir cristianamente 303, 671.

MUNDO: renunciar a él, tercer fundamento de la vida cristiana 145, 416; qué es el mundo 145; el mundo y Jesús 146 s.; impide el amor a Jesús 252; es Satanás 390, 427.

NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD: 21, 23, 24, 27, 32 ss., 50 s., 57 s., 59, 61, 71, 603, 604, 616, 647, 651 ss., 671 ss., 673, 675, 677.

OBEDIENCIA: Motivos para la obediencia 184; continuar la obediencia de Cristo 186, 188 s.; práctica de la obediencia 187; perfección de la obediencia 189; cómo obedeció Jesús 198; meditación y examen 490.

ORACION: Cuarto fundamento de la vida cristiana 154; su naturaleza 154; clases de oración 156 ss.; disposiciones para orar 159 ss.; 431; en el sacerdote 410, 425, 418 ss.; su puesto en la vida cristiana 86; cómo se alimenta la oración 110; el cristiano continúa la oración de Cristo 138, 200; el rosario 241; a san Juan Evangelista 246.

ORATORIO: 11, 12 s., 14 s., 18, 22 s., 26, 29 s., 34, 36, 77 s., 393, 601, 608, 611 ss.

PECADO: Huir de él segundo fundamento de la vida cristiana 123, 142; Jesús lo odia 133, 142; su naturaleza 143; sus efectos 143 s.; en relación con la humildad 168 s.; impide amar a Jesús 251; males que trae el pecado 376; en la vida del sacerdote 416 ss.; en los afligidos 460; mal que supera todos los males 533 ss.; causa de la pasión el Corazón de Jesús 562.

POBRES: Compromiso de san Juan Eudes con ellos 14, 15, 16, 20, 37, 54, 612; en la misión del sacerdote 91, 410, 413 s., 455; al visitarlos 284; la pobreza de Jesús 293; medio de honrar al Corazón de María 518; atenderlos es cuidado de los gobernantes 681; en los ejercicios de las misiones 37; el Espíritu de Jesús nos lleva a ellos 47; invitarlos a cenar en la casa 62; son porción escogida del Cuerpo de Cristo 88; socorrerlos es propio del cristiano 162; pedir el afecto a ellos 196; orar por ellos 122.

RENUNCIAMIENTO: Renuncia, abnegación, desprendimiento, anonadamiento, fase de la vida cristiana 81; desprendimiento del mundo, tercer fundamento de la vida cristiana 145, 416 s., 427; desprendimiento de sí mismo 149, 218, 390; razones para renunciar a sí mismo 149; perfección del renunciamento cristiano 151; para formar a Jesús en nosotros 204; para vencer las tentaciones 289; renuncia en el bautismo 354, 380, 384, 387, 388; a Satanás 389.

SACERDOCIO: Qué es el sacramento del orden 25, 290; en el Oratorio 12; Juan Eudes vive con amor el sacerdocio 18, 89 s., 393; elevación a Jesús Sumo Sacerdote 295, 401, 488; el poder del sacerdocio de Jesucristo habita al sacerdote 98 s.; meditación y examen 488; finalidad de la Congregación 28; entrega a Cristo y a su Iglesia 91; Jesús nos asocia a su sacerdocio 397, 406; dignidad y grandeza del sacerdote cristiano 403 s, 407 s, 412 s.

SACERDOTE: Es un pastor ante todo 394 s., 408 s., 411; su relación con Jesús Sacerdote 395, 397, 45; asociados a los santos sacerdotes 393 s., 397; imágenes y figuras del sacerdote 397, 399 ss., 409 ss.; comparados con María 400, 403, 414 s., 423, 425; comparados con los ángeles 402; el sacerdote y la Eucaristía 402 s., 422, 433; el sacerdote y el Evangelio 402, 404, 415, 424 ss., 430, 683; es Cristo en la tierra 406, 411; en el Ministerio 406 s., 409 s., 412 s., 419 s.; y los pobres 410, 413, 418, 420; el mal sacerdote 414; y la santidad 415; y la Palabra de Dios 420 s., 429 s.; amor a la Iglesia 421; y la oración 425, 431, 432 s.; la jornada del sacerdote 427 s.; para la penitencia sacramental 435 s., 448 s.; la lectura espiritual 437 s.; para predicar y catequizar 442, 443; al celebrar los sacramentos 445, 447; para visitar a los enfermos 450 s.; para asistir a los moribundos 453 s.; para consolar a los afligidos 457 s.; al tratar con el prójimo 464; meditación 488; renovación de las promesas clericales 491; qué es formar sacerdotes 670; el buen sacerdote forma buenos cristianos 680; de dónde viene su predicación 682.

SANTIDAD: Obligación de todo bautizado 91, 98, 116 s.; a través de lo ordinario 279 s.; significada en el bautismo 382; para el sacerdote 415 s., 424; meditación y examen 487; el Corazón de Jesús santifica 596.

TESTAMENTO DE SAN JUAN EUDES: Historia 604 s.; texto del testamento 101, 641.

VIDA CRISTIANA: Es la continuación de la vida de Cristo 117, 136, 138, 139, 142, 161, 222; que Cristo viva en nosotros 137; las acciones ordinarias 279 s.; según el Catecismo de la Misión 25; según las Reglas Latinas 40; su norma fundamental el Evangelio 37; se cimenta en la incorporación a Cristo 45 s.; en toda espiritualidad 76; en Bérulle 77; en el Cristocentrismo 80; y el Bautismo 81 s., 361, 374 ss.; su dinámica 81 s.; las virtudes 83; elementos que la constituyen 85; aversión al pecado 86; y el martirio 87, 98, 209; su esencia 94; el desprendimiento del mundo 145; el desprendimiento perfecto 149, 204; y la oración 154; llamada Vida eterna por Cristo 154.

VIRTUDES: Excelencia y naturaleza de las virtudes 161 s.; cómo ejercitarse en ellas 164; debemos continuar las virtudes de Jesús en nosotros 83, 138, 164, 200 s.; meditan y contemplan las de Jesús 142, 154 s.; la vida de Jesús es rica en ellas 146; debemos ejercitarnos en ellas 152; lucha por adquirirlas 175, 177; las virtudes cristianas son las de Jesucristo 197; en el bautismo hacemos profesión de las virtudes de Jesús 200; en el martirio 213; honrar la virtud propia de cada misterio de Jesús 231; en la devoción a María 240; Jesús las imprime en María 273; en la Eucaristía 296; en el sacerdote 426; en las aflicciones 473; meditación y examen 484; el Corazón de Jesús adornado de todas ellas 586 s.; en las Reglas Latinas 40.

VOLUNTAD DE DIOS: Voluntad de Dios y obediencia 184 s.; relación con la devoción de Jesús 198; en las arideces 208; es nuestra voluntad 262; meditación y examen 485, 489; en la pasión de Jesús 548 ss.; en el testamento de san Juan Eudes 646; dónde se manifiesta 664 ss; fundamento de la Congregación 40; en la muerte de sus compañeros 56, 59, 624; la percibimos por la fe 86; la Virgen y los santos la descubren en todo 190; en el martirio 211; las criaturas irracionales la cumplen 323; preferirla a todo 333; cómo conocerla, 7; criterios 355; en la pastoral de enfermos 450; en la de moribundos 453; en las aflicciones 461, 463; de Jesús para con María en la cruz 544; sea en todo nuestra norma la divina voluntad 665.

INDICE GENERAL

PRESENTACION (<i>P. Jorge Jiménez</i>)	7
INTRODUCCION (<i>P. Alvaro Torres</i>)	
I. San Juan Eudes: su vida.	9
II. San Juan Eudes: Escritos	72
III. San Juan Eudes: Doctrina espiritual	76
VIDA Y REINO DE JESUS EN LOS CRISTIANOS	103
Introducción: (<i>P. Paul Milcent</i>)	105
Dedicación a Jesús y a María, su santa Madre.	113
Prefacio	116
I. Algunos ejercicios más necesarios para vivir cristianamente y para formar, santificar y hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros.	120
II. Cómo hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros.	136
III. Qué hacer al comienzo, al fin y durante el año para vivir cristiana y santamente y para formar, santificar y hacer vivir y reinar a Jesús entre nosotros.	219
IV. Lo que debe practicarse cada mes para vivir cristiana y santamente y para hacer vivir y reinar a Jesús entre nosotros.	249
V. Meditaciones o elevaciones a Jesús para cada día de la semana, sobre los diversos estados de su vida.	265
VI. Santificación de las acciones ordinarias.	279
VII. La entrada de nuestras almas al cielo y a la vida inmortal.	300

COLOQUIOS INTERIORES

Introducción. (<i>P. Edouard Boudreaul</i>)	311
I. Desde toda la eternidad Dios nos ha colmado de favores.	315
II. Las obligaciones que tenemos como seres humanos por los beneficios recibidos de Dios en nuestra creación y conservación.	317
III. Dignidad y santidad de nuestro fin.	320
IV. Nuestros deberes para con Dios por la creación y conservación del mundo.	323
V. Atributos de Dios en la creación del hombre.	326
VI. Derechos de Dios sobre el hombre.	329
VII. Nuestros deberes para con Dios por los derechos que tiene sobre nosotros	331
VIII. Estamos obligados a servir, honrar, amar e imitar a Dios.	336
IX. Nuestros deberes para con Dios como cristianos. ¿Qué significa ser cristiano?	339
X. Maravillas obradas por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo para hacernos cristianos.	343
XI. Por el Bautismo somos cristianos.	346
XII. El Bautismo es una Alianza admirable del hombre con Dios.	351
Meditación sobre la elección de estado.	355

EL CONTRATO DEL HOMBRE CON DIOS POR EL SANTO BAUTISMO

Introducción. (<i>P. Nicolás Bermúdez</i>)	361
I. El que ha sido bautizado hizo un contrato importantísimo con Dios.	365
II. La Alianza maravillosa entre el hombre y Dios en dicho Contrato.	367
III. Compromisos de Dios con el hombre.	369
IV. Promesas que hace el hombre a Dios en el Contrato Bautismal.	373
V. Obligaciones que contrae el hombre con Dios por las promesas bautismales.	375
VI. Los ritos bautismales confirman estas verdades.	377

		699
VII.	Es fácil cumplir las promesas bautismales.	383
VIII.	Elevación a Dios para renovar nuestras promesas bautismales.	386
IX.	Cómo renovar cada mes y cada día las promesas bautismales.	389

EL MEMORIAL DE LA VIDA ECLESIASTICA

Introducción. (<i>P. Michel Cancouët</i>).	393
Dedicatoria.	397
Capítulo preliminar.	399
I. Cualidades y excelencias de un buen pastor y de un santo sacerdote.	408
II. Memorial de los deberes del estado eclesiástico.	414
III. Disposiciones para desempeñar santamente las funciones eclesiásticas.	427

MANUAL PARA USO DE UNA COMUNIDAD ECLESIASTICA

Introducción. (<i>P. Henri Macé</i>).	475
Salutación a los Corazones de Jesús y María.	480
Salutación a María.	481
Salutación a San José.	482
Profesión de humildad.	482
Canto de alabanza al Corazón de Jesús y María.	483
Examen y ejercicio del medio día.	484
Renovación de las promesas clericales.	491

DEVOCION AL SANTISIMO CORAZON DE LA SANTA VIRGEN MARIA

Introducción. (<i>P. Jacques Arragain</i>).	497
I. El origen y el fundamento de esta devoción.	500
II. Razones que nos obligan a tener devoción particular al Santísimo Corazón de la Virgen María.	502
III. Qué se entiende por Corazón de la Santa Virgen.	507
IV. Continúa el mismo tema.	512
V. Siete medios de honrar al Santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen.	516

EL DIVINO CORAZON DE JESUS

Introducción. (<i>P. Jacques Arragain</i>).	523
I. El divino Corazón de Jesús es la corona de la gloria del Santísimo Corazón de María.	528
II. El Corazón de Jesús es una hoguera de amor al Padre Eterno.	529
III. El Corazón divino de Jesús es una hoguera de amor a su santa Madre.	532
IV. Otro privilegio con el que nuestro Salvador honra a su santa Madre.	536
V. El amor infinito de Jesús a su santa Madre colmó de dolores su divino Corazón.	538
VI. Ejercicios de amor y de piedad sobre los dolores del Corazón de Jesús y del Corazón de su santa Madre.	546
VII. El divino Corazón de Jesús es una hoguera de amor a la Iglesia triunfante, militante y sufriente.	551
VIII. El divino Corazón de Jesús es una hoguera de amor hacia cada uno de nosotros.	553
IX. El Corazón de Jesús, hoguera de amor, en el santísimo Sacramento.	558
X. El Corazón de Jesús en su pasión.	562
XI. El Corazón de Jesús es uno solo con el Corazón del Padre y del Espíritu Santo y una hoguera de amor por nosotros.	565
XII. El divino Corazón de Jesús es un tesoro inmenso que nos pertenece.	569
XIII. Jesús nos ama como lo ama su Padre. Qué debemos hacer para amarlo.	574
XIV. Cuarenta llamas de amor al Corazón de Jesús.	579
Ocho meditaciones sobre el divino Corazón de Jesús.	583

ESCRITOS PERSONALES

Introducción. (<i>P. Jacques Venard</i>).	601
Voto del martirio.	606
Memoriale Beneficiorum Dei.	609
Contrato de Santa Alianza con la santa Virgen María, Madre de Dios.	635
Testamento de San Juan Eudes.	641

CARTAS ESCOGIDAS

Introducción. (<i>Monseñor Clément Guillon</i>)	651
I. Jesucristo nuestra vida.	655
II. Trabajar en la formación de los sacerdotes:	
La Congregación de Jesús y María.	663
III. Anunciar la misericordia de Dios:	
El Instituto de nuestra Señora de la Caridad.	671
IV. Relaciones con la reina Ana de Austria y con el rey Luis XIV.	679
INDICE POR TEMAS	723
INDICE GENERAL	731

**Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos de
Editorial Carrera 7a. Ltda.
Calle 23 No. 4-61 - Tel. 2839205
Bogotá, Colombia**

